

MALAZ: EL IMPERIO



IAN C.
ESSLEMONT

EMPUÑAPIEDRAS

Ambientada en el mundo de Malaz, co-creado junto a STEVEN

Lectulandia

Melena Gris creía haber dejado atrás su pasado. Tenía su escuela de esgrima en Falar y estaba deseando disfrutar de una existencia más estable, aunque su colega Kyle no estaba tan enamorado de la vida fuera de la Guardia Carmesí. Sin embargo, para un antiguo puño del Imperio de Malaz no es tan fácil desaparecer, sobre todo cuando te han declarado traidor.

Además, el nuevo emperador se ha obsesionado con la ignominia de la fallida invasión del subcontinente de Korel. En las criptas que hay bajo la capital imperial yacen las respuestas, y de esta historia enterrada emerge un único nombre: Empuñapiedras.

Mientras el caos acecha, un magistrado local investiga una serie de asesinatos solo para encontrarse con que está llegando al corazón de un crimen mucho más antiguo y aterrador...

Lectulandia

IAN C. ESSELMONT



EMPUÑAPIEDRAS

Malaz: El Imperio 3

ePub r1.0
arthur 26.09.14

Título original: *Stonewielder*
Ian C. Esslemont, 2010
Traducción: Marta García Martínez
Mapas: Neil Gower
Ilustración de cubierta: Steve Stone

Editor digital: arthor
ePub base r1.1

más libros en lectulandia.com

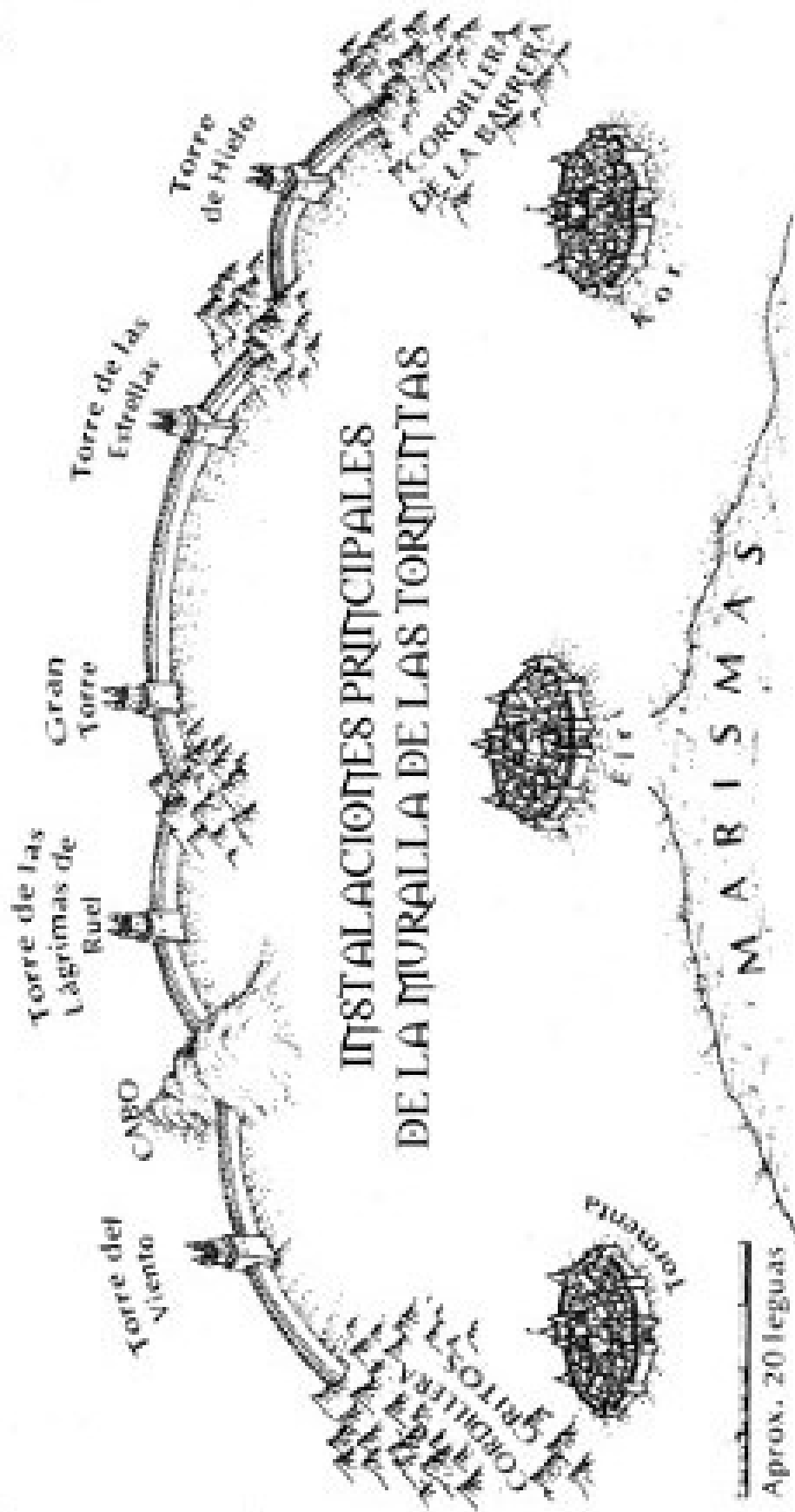
A Gerri, con cariño

AgRADEcImIENTos

Toda mi gratitud para Gerri por su apoyo inquebrantable. Gracias a Derick Burleson por tener la gentileza de permitirme adaptar una de sus obras a este marco. También me gustaría dar las gracias a los admiradores del mundo de Malaz, a sus lectores y a los que participan en sus foros online. Vuestra energía y vuestro entusiasmo son los que nos inspiran a Steve y a mí.

MAPAS

O C É A N O D E L A S T O R M E N T A S



DRAMATIS PERSONAE

DE LA FUERZA EXPEDICIONARIA MALAZANA

Melena Gris / Orjin Samarr, puño supremo, comandante de la fuerza expedicionaria
Kyle, adjunto del puño supremo
Nok, almirante, comandante de las fuerzas navales
Torbellino, almirante de las fuerzas moranthianas azules
Rillish Jal Keth, puño de división del Cuarto Ejército
Khemet Shul, puño de división del Octavo Ejército
Devaleth, maga del cuadro

DECIMOSÉPTIMO PELOTÓN MALAZANO, CUARTA COMPAÑÍA, SEGUNDA DIVISIÓN DEL CUARTO EJÉRCITO

Apuestas, capitán de la compañía
Tela, sargento
Pyke, infantería pesada
Yana, infantería pesada
Suth, infantería pesada
Manteca, infantería pesada
Lerdo, infantería pesada
Wess, infantería pesada
Len, saboteador
Keri, saboteadora
Faro, explorador

OTROS

Urfa, teniente de los saboteadores de la cuarta compañía
Dospies, sargento del sexto
Coral, sargento del vigésimo
Tolat, exploradora barghastiana de la cuarta compañía

DEL SEXTO EJÉRCITO MALAZANO

Yeull'ul Taith, jefe supremo
Ussü, mago supremo y asesor

Borun, comandante de los moranthianos negros

Enesh-jer, enviado del jefe supremo

EN LA MURALLA DE LAS TORMENTAS

Hiam, lord protector de la muralla de las Tormentas, comandante de todos los korelrianos

Quint, oficial veterano (mariscal del muro) de la muralla de las Tormentas

Shool, ayudante de Hiam

Toral Stimins, maestro ingeniero

Barras de Hierro, campeón de la muralla de las Tormentas y juramentado de la Guardia Carmesí

Corlo, prisionero y guardia carmesí

Jemain, prisionero y miembro de la tripulación de Barras

Hagen, antiguo campeón de la muralla de las Tormentas

Tollen, prisionero malazano

EN EL REINO DE ROOL

Bakune, examinador jefe de Banith

Karien'el, teniente, más tarde capitán, de la Guardia de la Ciudad

Hyuke, vigilante de la ciudad

Puller, vigilante de la ciudad

Starvann Arl, abad del Claustro y Asilo de Nuestra Señora la Salvadora

Ipsbank, antiguo sacerdote de Fener

Manask, ladrón

DEL EJÉRCITO DE LA REFORMA JOURILANO

Beneth, líder espiritual

Hegil Lesour'an'al, comandante de la caballería

Martal, comandante del ejército, la Reina Negra

Ivanr, antiguo gran campeón de los Juegos Imperiales jourilanos

Carr, teniente del ejército

DE LA GUARDIA CARMESÍ

Penas

Dedos

Lazar

Shell

EL SÍNODO DE ESTIGIO

Totsin Jurth Tercero

Hermano Carfin

Hermana Gosh

Hermana Esa

Hermana Nebras

Hermano Jool

EN EL REINO DE SOMBRA

Kiska, antigua guardaespaldas de Tayschrenn, mago supremo del Imperio

Jheval, agente de la reina de los Sueños

DEL PUEBLO DEL MAR

Orzu, patriarca de su clan

Ena, joven madre del clan

Prólogo



La Era Ancestral

Punto culminante de las Cruzadas en Jacuruku

Las Muchas Islas

Uli supo que era un mal presagio en cuanto lo vio. Estaba preparando sus redes para la pesca previa al amanecer cuando aquel halo antinatural verde y azul amarató el cielo. Surgió del este que se iba iluminando y se hinchó, abultándose con cada momento que pasaba. La bahía estaba picada, como si estuviera tan agitada como él, y a Uli no le apetecía mucho empujar su bote poco profundo hacia las olas. Pero su familia tenía que comer, y los estómagos doloridos no dejaban de eructar un sinfín de quejas.

Durante el primero de los lanzamientos de la mañana, Uli mantuvo la cara apartada de aquella cosa que colgaba en el cielo descolorido, resplandeciendo como el ojo tímido de un dios. Esa mañana la captura fue escasa, ya fuera por su distracción o porque los peces habían huido de la aparición. En cualquier caso, el pescador decidió abandonar un esfuerzo ya maldito, arrojó su red al fondo de la barquita y empezó a remar hacia la orilla. El ojo verde azulado relucía más brillante que el sol y Uli se protegió la mirada de los puntos de luz extraña que rielaban sobre las olas. Y remó más rápido.

Un ruido desconcertante detuvo de pronto sus esfuerzos frenéticos, jadeantes. Un gran rugido, eso era, como un corrimiento de tierra. Miró furioso a su alrededor, en busca de la fuente. El inquietante ojo parecía llenar la mitad del cielo. No quedaba resto alguno del cálido fulgor amarillo del sol para tocar las aguas, la orilla arbolada o los bultos oscuros de las islas lejanas. Y luego, a una velocidad sobrenatural, la superficie de la bahía se quedó quieta, como si se encogiera. Uli contuvo el aliento y pasó agachado de un lado a otro de su diminuto bote.

El ojo se partió. Unos fragmentos dejaron una estela de llamas azules que se arquearon. Un rugido como el pescador no había tenido que sufrir jamás lo llevó a sujetarse la cabeza con las manos y chillar de dolor. Un inmenso trozo descendió, como un ascua despedida del fuego de un dios, y se precipitó por el este. Una

llamarada blanca incandescente cegó a Uli. Dio la sensación de que algo había golpeado la isla grande.

Justo cuando volvía a recuperar la vista, otro fulgor destelló a su espalda. Arrojó su sombra por delante como una serpentina negra que atravesara la bahía. Uli se giró y ahogó un grito al ver un abanico de fragmentos que descendían por el oeste mientras otros caían en cascada mucho más arriba. Se frotó los ojos doloridos, ¿podría ser el fin del mundo? Quizá era otra caída de una luna, como había oído contar en las leyendas. Recordó entonces su remo; Helta y los críos estarían aterrados. Volvió al agua revuelta con una furia desesperada, casi sollozando de miedo.

El bote de piel curada chocó con las marismas mucho antes de lo habitual. Perplejo, el pescador sacó un pie por el costado. Bajíos donde antes no los había. Y la orilla todavía a un buen trecho de distancia. Era como si el agua estuviera desapareciendo. Uli alzó los ojos e hizo una mueca: al este, una gigantesca nube oscura de negro y gris ondulante se abría paso por el cielo. Ya se había tragado el sol. Un botín incalculable yacía alrededor de Uli: bancos de peces que jadeaban, aspiraban y saltaban, presas de la agonía.

Pero ni un solo pájaro. Los pájaros... ¿dónde se han ido?

La luz adoptó un matiz misterioso, de un tono verdoso oscuro. Uli se dio la vuelta muy despacio, volvió la cabeza hacia el mar y la esperanza lo abandonó por completo. Algo se hinchaba en las aguas: un muro verde sucio. Olas como las que contaban los antiguos relatos. Montañas de agua que llegaban para inundar la tierra, como decían todas las leyendas. Parecía alcanzar el cielo, tan descomunal era. La espuma tejía la curva superficie saliente, un blanco turbio coronaba su cima. Uli solo pudo mirar con la boca abierta aquel avance inexorable, letal.

¡Corred, pequeños, corred! ¡El agua viene a reclamar la tierra!

Aprox. 400 años A. M. (Antes de la Muralla)

Las Islas Vacías

Temal se levantó de las olas gélidas y se agachó, con la espada lista. Miró sin comprender la superficie de las aguas cada vez más oscuras y se limpió la espuma de la cara. ¿Dónde se han ido? Un momento dado está luchando por su vida y al siguiente los demonios del mar desaparecen como la bruma que los precedía. Una tos débil sonó junto a él. Temal se afanó entre las rocas por levantar a un camarada empapado: Arel, un primo lejano. Aunque casi desvanecido por el agotamiento, Temal arrastró al hombre hasta la orilla. Los supervivientes de su banda de guerra corrieron hasta las olas para llevarlos a los dos a la calidez vivificante de una gran hoguera hecha con maderos encontrados en la playa.

—¿Qué pasó? —tartamudeó con un castañeteo de dientes.

—Se retiraron —respondió el hermano de espada mayor de Temal, Jhenhelf. Su tono transmitía su incredulidad turbada—. ¿Pero por qué? Ya nos tenían.

Temal no se lo discutió, estaba demasiado cansado y sabía que era verdad. Le quedaban menos de veinte hombres sanos en su banda y en su mayoría eran jóvenes sin experiencia.

—Regresarán con el amanecer para acabar con nosotros —continuó Jhenhelf desde el otro lado del fuego. Temal sostuvo la mirada de su antiguo camarada entre las llamas que saltaban y de nuevo no dijo nada. A los pies de ambos tosía Arel, que después vomitó el agua de mar que había tragado.

—¿Qué hay de Rojizo? —preguntó uno de los nuevos reclutas—. Podríamos mandar a buscar ayuda.

Los rostros se alzaron alrededor del fuego, pálidos de frío y miedo.

—Podrían estar con nosotros al amanecer...

—Rojizo está pasando tantos apuros como nosotros —lo interrumpió Temal con fuerza—. Debe defender su propia costa. —Fue mirando un rostro tenso tras otro—. Rojizo no puede prescindir de sus hombres.

—Entonces... —empezó uno de los jóvenes.

—¡Entonces esperamos y descansamos! —ladró Jhenhelf—. Arel, Will, Otten, haced guardia. El resto, intentad dormir un poco.

Agradecido por el apoyo de su viejo amigo, Temal se echó en el suelo. Sin quitarse las sandalias, estiró los pies hacia el fuego e intentó hacer caso omiso del terrible escozor de la sal que lamía sus múltiples cortes y brechas. Sintió el calor que lo invadía y se encorvó hacia delante; la mano en el regazo, en la empuñadura de la espada envainada. Con los ojos entrecerrados contempló la bruma que trepaba al salir de los cueros que se iban secando sobre su cuerpo.

No tenía ni idea de por qué atacaban esos malditos jinetes marinos demoníacos. A pesar de ellos, era una tierra atractiva. La península y las islas eran terrenos ricos y cultivables. Estaban listos para ser colonizados, el único impedimento eran unas cuantas tribus ignorantes. Su padre, y su abuelo antes que él, habían luchado para conservar el tenue asidero que tenían. Como líder de su extenso clan, Temal tenía que pensar en el futuro: ¡ya bastaba de vagabundeos fútiles! Se aferrarían a esas islas y a todas las tierras que había más allá. El oscuro Avallithal, con sus bosques embrujados, no les había servido, ni la costa salvaje de Dhal-Horn, ni las siniestras islas de Malassa. Su estandarte volaba en estas tierras. En ellas habían quemado sus botes sus ancestros. No permitiría que esos jinetes los echaran de allí; no tenían adónde ir.

Temal se despertó con una sacudida y apartó de un empujón el roce de Jhenhelf. Casi

había amanecido.

—¿Un ataque? —Le costó levantarse, tenía las piernas entumecidas y rígidas.

El rostro de su teniente tenía una expresión desconocida para él.

—No. —Señaló con la barbilla algo a su espalda, donde se alzaban los riscos coronados de hierba de la orilla; señalaba los prados, bosques y granjas que había más allá, todo lo que pronto estaría muerto y atrofiado si a los demonios del mar se les permitía hacer su brujería sin obstáculos.

Todo el mundo, observó Temal, tenía los ojos clavados en el interior, no en el mar, donde deberían estar vigilando en busca de los primeros destellos perlados del acercamiento de los jinetes.

—¿Qué pasa?

Jhenhelf no respondió, y se le ocurrió a Temal que la extraña expresión en el rostro duro y curtido por mil batallas de su amigo quizá fuera de asombro maravillado. Guiñó los ojos y miró la cima de la silueta recortada del risco. Una figura se erguía allí, alta bajo las nubes oscuras, entre el dorado rojizo de la luz del amanecer inminente. Las proporciones de lo que estaba viendo a Temal le parecieron incongruentes: quienquiera que fuera, él o ella, debía de ser un gigante para alzarse a tanta altura desde tan lejos...

—Iré yo —dijo con la vista fija—. Tú quédate de guardia.

—Llévate a Will y a Otten.

—Si no queda más remedio...

El amanecer estaba en pleno apogeo cuando alcanzaron la cima y, cuando lo hicieron, Will y Otten se quedaron callados, con la mirada clavada. Aunque la brisa de la costa era fuerte, un hedor repulsivo, como a carne podrida, golpeó a Temal. Apretó los labios, contrajo el estómago contra la pestilencia y se obligó a avanzar solo.

La figura era gigantesca, fuera de toda proporción, el doble de la altura de los jaghut o de los otros ancestrales de los que había oído hablar, como los toblakai o los tarthenos, y con una forma vagamente femenina, con su larga cabellera grasienta que le llegaba hasta la cintura, los senos sobresalientes y la oscura maraña de vello en la entrepierna. Sin embargo, su carne era repulsiva: un pez pálido, muerto, moteado, salpicado de llagas putrefactas y abiertas. El hedor casi hizo desmayarse a Temal. Al lado de la cosa descansaba un gran bloque de piedra negra, semejante a un cofre o un altar.

Temal miró por un momento al mar, a la superficie transparente, sin mácula, que resplandecía bajo la luz de la mañana, donde no quedaba insinuación alguna de los demonios marinos traídos por las olas. Su atención retornó a la figura. *¡Tomadora Oscura!* ¿Podría ser ella?, ¿la diosa local que algunos asentamientos invocaban para que los protegiese?, ¿que muchos afirmaban que ofrecía santuario y amparo ante los

jinetes?

Los labios anchos y exangües se estiraron en una sonrisa cómplice, como si el ser hubiera leído sus pensamientos. Sin embargo, los ojos permanecieron vacíos de toda expresión, sin vida, apagados, como los orbes lechosos, fijos, de los muertos. Temal se sintió transformado. *¡Ha venido! ¡Los ha liberado de una aniquilación cierta bajo las lanzas de los demonios del mar!* Sin saber qué decir, hincó una rodilla en tierra y ofreció una obediencia sin palabras. Tras él, Will y Otten se arrodillaron también.

La figura respiró hondo, fue como si absorbiese el aire.

—Forastero —bramó—, has venido a colonizar la tierra. Te doy la bienvenida y te ofrezco mi protección. —La diosa hizo un gesto con una mano nudosa y retorcida y señaló el bloque que tenía a los pies—. Toma este muy preciado sarcófago. Dentro descansa carne de mi carne. Transpórtalo a lo largo de la costa. Indica un sendero. Márcalo y construye allí una gran muralla. Una barrera. Defiéndela de modo que, detrás de ella, puedas descansar protegido de esos enemigos del mar que pretenden asolar esta tierra. ¿Aceptas este, mi regalo, para ti y todo tu pueblo?

Como a distancia, Temal sintió lágrimas frías que trazaban líneas por su rostro.

—Aceptamos —jadeó, apenas confiando en su propia voz.

La diosa abrió todo lo que pudo los pesados brazos.

—Así sea. Lo que está hecho, está hecho. Esta es nuestra alianza. Que nadie la deshaga. Os dejo con vuestra gran labor.

Temal se inclinó de nuevo. La diosa emprendió el camino con paso pesado hacia el sur, con zancadas prodigiosas que hacían temblar el suelo bajo las rodillas de Temal. En unos momentos había desaparecido. No supo cuánto tiempo permaneció postrado, pero al final Will y Otten se acercaron a su lado. El sol le abrasaba la espalda. Se irguió con un suspiro, mareado.

¿Qué había hecho? ¿Qué podría haber hecho? No había alternativa. Estaban perdiendo. Cada año eran menos, mientras que el enemigo parecía igual de fuerte, incluso más. No obstante, el simple acercamiento de la diosa los había hecho retroceder.

Will fue el primero que tuvo fuerzas para hablar.

—¿Eso era un jaghut? ¿O era esa... diosa?

—Era ella. Ha ofrecido su protección.

—Bueno, pues se ha ido... así que volverán —dijo Otten, siempre escéptico.

Temal señaló con un gesto el ataúd de basalto.

—No. Sigue aquí.

—¿Qué es? —preguntó Otten estirando el brazo hacia el objeto.

—¡No! —Temal los hizo retroceder—. Id a buscar a Jhenhelf. Y a Rojizo.

—Pero dijiste que debían hacer guardia.

—Da igual lo que dijera. Escuchadme ahora. Id a buscarlos a los dos. Decidles

que traigan madera y cuerdas.

—Pero ¿qué hay de los demonios?

—No volverán. Al menos, no se acercarán a nosotros. —Extendió la palma de una mano sobre el bloque negro y reluciente. El calor irradiaba de él como de una piedra sacada de una hoguera. *Carne de su carne. ¡Buena diosa! ¡Gentil Señora! Ojalá nunca te fallemos a ti ni a tu confianza.*

Año koreliano 4156 D. M. (Desde la Muralla)

Año 11 de la ocupación malazana

Reino de Rool

Isla de Puño

Karien'el, teniente de la Guardia de la Ciudad, llevó a Bakune bajo el embarcadero, al lugar en el que el cuerpo de la joven yacía entre una maraña de algas en la base de las rocas amontonadas donde rompían las olas. El teniente, siempre consciente de su rango, estiró el brazo para ayudar al hombre a caminar sobre las rocas resbaladizas, aunque él llevaba encima más años que Bakune, recién nombrado examinador de Banith.

Con la llegada de Bakune a la gélida orilla maltratada por las olas, los hombres de la Guardia se irguieron. Varios de ellos se apresuraron a apretarse los ceñidos yelmos y a colocarse bien los chalecos de cuero, la caída de sus porras y su distintivo de honor, las espadas (aunque fueran espadas cortas), que solo ellos entre los pueblos sometidos de Puño tenían permiso para llevar, permiso concedido por sus amos y señores malazanos. También consciente de su rango, a su manera, Bakune respondió a los saludos con gesto informal, con la esperanza de tranquilizarlos a todos. Aun así, no le parecía bien que aquellos hombres, muchos de ellos veteranos de las guerras de invasión, debieran hacerle un saludo militar. Incómodo y ajustándose las túnicas para entrar en calor, alzó una ceja y miró al teniente de la Guardia.

—¿El cuerpo?

—Aquí, examinador. —El teniente lo condujo hasta el borde mismo de las perezosas olas y los peñascos ennegrecidos y rodeados de algas, peñascos grandes como cubas de vino. Un anciano esperaba allí, curtido por el sol y el viento, arrodillado sobre sus ancas flacas, sandalias viejas en pies mugrientos, con una túnica andrajosa y una barba igual de sucia.

—¿Y este? —le preguntó Bakune a Karien'el.

—Nos trajo hasta el cuerpo.

El anciano estaba arrodillado, inmóvil, el rostro tranquilo, con una cuidadosa expresión vigilante. El cuerpo yacía a sus pies. Bakune se agachó. Recién arrojada a la orilla; el olor todavía no dominaba entre el hedor circundante de la costa. Desnuda.

Los cangrejos habían mordisqueado los extremos de manos y pies; también se habían llevado buena parte de la cara (¿o era una desfiguración deliberada?). Muy joven, esbelta, en otro tiempo atractiva, sin duda. ¿Una prostituta? Marcas extrañas en el cuello, estrangulación. Tatuajes de alheña desvaídos, una vanidad muy común.

—¿Era algo suyo? —preguntó Bakune sin alzar los ojos.

—No —graznó el anciano en rooliano con mucho acento.

—Entonces ¿por qué la Guardia?

—¿Es que una muchacha anónima muerta no merece su atención?

Bakune alzó la cabeza poco a poco y observó al tipo: rasgos oscuros, pelo encanecido y extravagante. Los ojos negros lo estudiaron a su vez con una expresión abierta que otros podrían calificar de impertinente. Bakune bajó la cabeza y cogió un palo para mover el brazo de la chica.

—Usted es nativo de una tribu. ¿De los drenn?

—Conoce las tribus. No es muy común entre ustedes, los invasores.

Bakune volvió a alzar la mirada y entrecerró los ojos.

—¿Invasores? Los malazanos son los invasores.

Una sonrisa carente de humor tiró de las comisuras de los labios del anciano.

—Hay invasores e invasores.

Bakune se irguió, dejó caer el palo y escudriñó al anciano de frente. Como examinador cualificado, sabía cuándo a él también lo estaban... examinando. Se cruzó de brazos.

—¿Cómo se llama?

De nuevo la sonrisa paciente.

—¿En su idioma? Gheven.

—Muy bien, Gheven. ¿Cuál es su... valoración... aquí?

—No soy más que un nativo errante, mi alabado señor. ¿Qué podría importar mi opinión?

—Me importa a mí.

Los labios se endurecieron en una línea recta; los ojos casi desaparecieron en sus nidos de arrugas.

—¿Le importa? ¿De veras?

Por alguna extraña razón, Bakune tuvo la sensación de que estaba a punto de vacilar.

—Bueno, sí. Por supuesto. Soy el examinador. Es mi obligación.

Un encogimiento de hombros y las líneas endurecidas se relajaron y recuperaron la cautela distante y serena.

—Ahora es cada vez más común —empezó—, pero se remonta a muy atrás. Todos ustedes les echan la culpa a las tropas malazanas, por supuesto. Estos malazanos llevan aquí, ¿qué, diez años ya? Recorren sus calles, se alojan en sus casas

y posadas. Visitan sus tabernas. Contratan a sus prostitutas. Sus mujeres se juntan con ellos. Con frecuencia a esas chicas las matan por mezclarse así. Por lo general son sus propios padres o hermanos, por manchar lo que ellos llaman su «honor»...

—¡Esa es una maldita mentira, escoria tribal! ¡Son los malazanos!

Bakune estuvo a punto de dar un salto, se había olvidado del teniente de la Guardia. Alzó una mano para aplacar al hombre que permanecía allí, hirviendo de rabia, los nudillos blancos en la empuñadura de su espada corta.

—¿Ha dicho por lo general...?

El rostro arrugado del hombre se había crispado en un disgusto inflexible; las manos nudosas colgaban a los lados. No parecía ser consciente, o acaso le resultaba indiferente, de lo cerca que estaba de que lo derribaran de un golpe. Por suerte para él, Bakune compartía su asco y, en general, también su valoración. Gheven asintió con la cabeza y los labios apretados se despegaron.

—Sí. Por lo general. Pero no esta vez. Buena parte de la carne ha desaparecido, pero observe el diseño de la zona alta del hombro derecho.

Bakune se arrodilló, prescindió de las formalidades de un palo cualquiera y usó sus propias manos para mover el cuerpo. Los torbellinos de alheña eran antiguos y estaban más desvaídos, a causa de la acción blanqueadora del agua de mar, pero entre las ordinarias abstracciones geométricas un símbolo en concreto le llamó la atención... un círculo roto. Un signo de uno de los nuevos cultos ilegalizados por su iglesia nativa de Korel y Puño, la iglesia de la Salvadora, la señora de la Liberación. Intentó recordar cuál sería entre el desconcertante número de todas aquellas fes extranjeras, entonces lo recordó: uno menor, el culto del «dios Caído».

—¿Qué pasa con él? No estará sugiriendo que solo por uno de estos tatuajes los guardianes de Nuestra Señora...

—Estoy sugiriendo algo peor. Observe los cardenales en la garganta. Los cortes en las muñecas. Ha pasado mucho tiempo, ¿no es así, examinador?, desde que, la que ustedes afirman que los protege de los demonios del mar, de los jinetes, ha exigido su pago, ¿no?

—¡Escoria drenn! —Karien'el agarró al hombre por el cuello. El hierro arañó la madera cuando desenvainó la espada.

—¡Teniente! —El hombre se quedó inmóvil, jadeando de furia—. Se olvida de quién es. Suéltelo. Soy yo el que examina aquí.

Poco a poco, de mala gana, el oficial fue aflojando los dedos, devolvió la espada a su sitio de golpe y le dio un empujón al hombre.

—Las mentiras de siempre. Constantemente calumniando a Nuestra Señora a pesar de su protección. Os protege incluso a vosotros, ¿sabéis? A las tribus. De los demonios del mar. Deberíais quedaros en vuestras montañas y vuestros bosques y consideraros dichosos.

Gheven no dijo nada, pero en la faz tensa, casi rígida, del anciano, Bakune vio un orgullo fiero que nada podía plegar. Los ojos oscuros se posaron en él y lo retaron.

—¿Y cuál es su juicio aquí... examinador?

Bakune se apartó de la orilla, donde las olas más fuertes arrojaban espuma fría que le helaba la cara. Se sacó un pañuelo de una manga para secarse el agua salobre.

—Se ha tomado nota de sus, eh, sospechas, Gheven. Pero lo siento. Acusaciones tan graves como esta requieren pruebas igual de contundentes y de eso yo no veo nada. Salvo que aparezcan más pruebas materiales, el asesinato continúa siendo lo que sugirió usted en un principio, un asesinato o una muerte por una desagradable cuestión de honor. Esa es mi valoración.

—¿Hemos terminado aquí? —preguntó Karien'el. Las ranuras de sus ojos no se apartaron del viejo nativo.

—Sí. Y, teniente, este hombre no debe sufrir ningún daño. Cumplió con su obligación al llamar nuestra atención sobre un feo delito. Lo haré responsable a usted en persona.

El ceño avinagrado del oficial se crispó todavía más, pero asintió con una reverencia.

—Sí, examinador.

Mientras volvía a trepar por las rocas de la orilla, Bakune se colocó bien las túnicas y apretó los dedos congelados para devolverles algo de vida. Por supuesto que había visto las marcas que rodeaban el cuello, pero algunas cosas no podían admitirse en voz alta, al menos en los inicios de tu carrera. Contempló al teniente, que lo había seguido, una bota en el borde de piedra, siempre tan cumplido.

—Infórmeme al momento del descubrimiento de cualquier otro cuerpo con estas características. O sobre rumores acerca de desapariciones de jóvenes, ya sean varones o mujeres. Puede que haya un monstruo entre nosotros, Karien.

Un saludo marcial de las puntas de los dedos en el borde acordonado del yelmo de hierro.

—Sí, examinador.

El oficial descendió por la ladera, las botas rozando los peñascos, la capa cortando el viento. Bakune se abrazó para entrar en calor. La costa, Señora, cómo la odiaba: el viento gélido que olía a los jinetes, las aguas que desgarraban, la humedad fría que llenaba de moho todo lo que tocaba. Pero si allí le hacían un informe positivo, eso podría llevar a un ascenso y a ese destino en Paliss que esperaba... otra buena razón para ser discreto.

Buscó al nativo entre las rocas húmedas, pero el hombre se había ido. Bien. No quería que la conciencia lo mortificara. ¡Menuda acusación! ¿Por qué precipitarse en dar esa valoración? Ciertamente, hace mucho tiempo las antiguas costumbres sancionaban ese tipo de actos en el nombre de un bien mayor, pero todo eso lo había desechado la

ascendencia de Nuestra Señora la Santísima Salvadora. *¡Y en sus historias es evidente que eran los ancestros de ese hombre los que lo practicaban, no los nuestros! De ahí la larga antipatía entre nosotros y estas tribus que acechan en pantanos y yermos con su sangre corrupta.*

Quizá en verdad la muerte la había dado un padre o un hermano airado, pero sin pruebas suficientes, ¿quién puede hacer ese peritaje? En lugar de pruebas, los habitantes de la zona decidirán que este, como todos los anteriores, ha sido con toda claridad obra de sus ocupantes, esos asesinos con las manos manchadas de sangre, los malazanos.

Metido entre altos peñascos, Gheven observó alejarse a aquella pareja. El oficial de la Guardia, Karien'el, se rezagó un poco y lo buscó con la mirada. Cosa que no inquietó al nativo; su intención era seguir su camino, en cualquier caso. A los ojos de los ocupantes roolianos de esa tierra que llamaban Puño, él era oficialmente itinerante, después de todo. Y por qué no, puesto que iba de peregrinación, un itinerario de senderos sagrados que recorrer y lugares que visitar, ¿y al caminar y visitar, reinscribía y reafirmaba? Una notable confluencia de actitudes diametrales que se alineaban.

Se volvió para irse. Con cada paso, el paisaje soñado de su antigua tierra ancestral se desplegaba a su alrededor. Pues la tierra era su senda y ellos sus practicantes. Algo que todos esos invasores extranjeros, mortales e inmortales, parecían incapaces de comprender. Y él tampoco tenía nada más que hacer allí. Las semillas se habían plantado; el tiempo diría lo fuertes o lo profundas que serían sus raíces.

Si ese nuevo examinador era fiel a su oficio, Gheven se compadecía de él. A los que contaban la verdad jamás se les miraba con buenos ojos, sobre todo si eran de tu propia gente. Mejor contar cuentos, al menos así se capta la verdad esencial de que todo el mundo prefiere las mentiras.

Año korelriano 4176 D. M.

Año 31 de la ocupación malazana

Reino de Rool

Isla de Puño

El ocupante de la pequeña embarcación con vela triangular la maniobró por el atestado puerto de Banith hasta atarla entre una galera mercante provista de remos, procedente de Robo, y una gabarra de carga jourilana medio podrida. Lanzó su único equipaje, un rollo de tela con una cincha apretada de cuerda, al amarradero, y después trepó a las tablas de madera negra recubiertas de moho. Se llevó las manos a los riñones, irguió la forma ancha y achaparrada y se estiró con una mueca.

Un oficial de aduanas que estaba haciendo el inventario de la galera lo señaló con el bastón que indicaba su cargo.

—¡Eh, oiga! ¡No puede amarrar aquí! Esto es un muelle comercial. Llévase ese juguete al embarcadero público.

—¿Llevarme qué? —preguntó el hombre con tono insulso.

El jefe del amarradero abrió la boca para responder, pero después la cerró. Le había parecido un tipo viejo por la cabeza rapada, oscura y bronceada, pero era obvio que todavía había poder en el grueso cuello carnosos, los hombros redondeados y las manos nudosas de nudillos grandes. Y lo que era más alarmante, los restos desvaídos de unos tatuajes azules se arremolinaban por su frente, sus mejillas y su barbilla, demarcando la cabeza de un jabalí que gruñía con una mueca fiera.

—El bote, mueva el bote.

—No es mío.

—¡Sí que lo es! ¡Acabo de ver que lo ataba ahora mismo!

—Eh, oiga... —El tipo llamó a un viejo con andrajos que, a gatas, andaba restregando el muelle con una piedra pómez—. ¿Qué le parece una pequeña lancha? Bastante usada, pero todavía aguanta.

El anciano se lo quedó mirando y después lanzó una carcajada chillona y húmeda y negó con la cabeza.

—No tengo los dineros.

El recién llegado lanzó una moneda de cobre al muelle.

—Ahora sí.

Los ojos del oficial de aduanas pasaron de uno a otro con expresión suspicaz.

—Espere un momento...

El anciano atrapó la moneda, ladeó la cabeza, miró con aire divertido al oficial de aduanas y le tiró la moneda al tipo. El recién llegado la cogió al vuelo.

—Hable con este hombre —le dijo al oficial antes de darle la espalda.

—¡Eh! No puede, así sin más...

—¡Enseguida muevo mi barco, señor! —graznó el viejo, y reveló un pozo oscuro vacío de dientes—. ¡No se me ocurriría atarlo aquí, señor!

Mientras se alejaba, el recién llegado permitió que su boca se ensanchara en una amplia sonrisa de sapo bajo la aplastada nariz torcida.

Pasó junto a la garita de guardia del puerto de Banith, donde su mirada se detuvo en los soldados malazanos que holgazaneaban a la sombra del soportal. Advirtió el chaleco de cuero abierto de uno, suelto para acomodar un estómago abultado; el otro dormitando, la silla apoyada en la pared, el yelmo echado sobre los ojos.

La sonrisa del recién llegado se desvaneció. Más adelante, la calle principal de Banith corría más o menos de este a oeste. La ciudad trepaba por las poco

pronunciadas colinas costeras, los tejados dominados por las altas agujas sobresalientes del Santo Claustro y los muchos aguilonos del cercano Asilo. Tras ellos, llanuras onduladas, cultivadas y fértiles, tierra en otro tiempo boscosa que se extendía a lo lejos, envuelta en bruma. El hombre giró a la derecha. Caminaba con lentitud, estudiaba las fachadas de las tiendas y los puestos. Pasó junto a un grupo de matones callejeros y observó entre ellos los tonos mucho más oscuros o claros del mestizaje malazano, tan diferente de la tez uniforme y morena del legado de Puño.

—Tíranos una moneda, sacerdote mendigo —exclamó un joven atrevido, el mayor de todos.

—Todo lo que poseo es tuyo —respondió el tipo con su voz áspera.

Eso dejó parados a muchos. Se dispararon las miradas entre los perplejos jóvenes hasta que el matón mayor lanzó un bufido de incredulidad.

—Entonces dánoslo todo.

El achaparrado estaba examinando la fachada de una tienda vacía.

—Eso es fácil, dado que nada poseo. ¿Este edificio está ocupado?

—Cárcel de deudores —respondió una chica descalza, vestida con unos pantalones de lona andrajosos y una túnica sucia; lucía el cabello ensortijado de unos progenitores korelanos mezclados con extranjeros—. Retención de impuestos de los amos y señores malazanos.

El hombre alzó los gruesos brazos hacia el edificio.

—Entonces se lo consagro a mi dios.

—¿Y cuál de todos vuestros puñeteros dioses extranjeros es?

El hombre se volvió. Una sonrisa le levantó los labios irregulares y distorsionó el tatuaje desvaído de la cabeza de jabalí. Su voz se reforzó.

—Bueno, ya que lo preguntáis... Dejadme hablaros de mi dios. Su dominio es el de los oprimidos y desposeídos. Los pobres y los enfermos. Para él, la posición social, las riquezas y el prestigio son velos vacíos que nada significan. Su primer mensaje es que todos somos débiles. Todos tenemos defectos. Todos somos mortales. Y que todos debemos aprender a aceptarlo.

—¿Aceptar? ¿Aceptar qué?

—Nuestros fallos. Pues todos somos imperfectos.

—¿Cómo se llama ese dios enfermo y pervertido?

El sacerdote extendió las manos abiertas y vacías.

—Es el que reside en nuestro interior, cada dios no es más que un rostro de él.

—¿Cada dios? ¿Todos? ¿Incluso Nuestra Señora, que nos protege del mal?

—Sí. Incluso ella.

Muchos de la banda se encogieron entonces, hicieron una mueca y se alejaron cuando percibieron un sacrilegio más profundo e inquietante que fluía bajo la habitual irreverencia de los extranjeros.

—¿Y su segundo mensaje? —preguntó una chica. Se había acercado más, pero sus ojos permanecían vigilantes, atentos a la calle, y una expresión de desprecio parecía clavada en sus labios laxos.

—Cualquiera puede lograr la liberación y la gracia. Está abierta a todos. No se le puede ocultar a nadie como si fueran simples dineros.

La joven señaló su estrecho tórax.

—¿Incluso nosotros? Los teólogos de la Santa Señora nos echan de sus umbrales, incluso en el Asilo. Nos escupen por ser mestizos. Y el viejo Recaudador Oscuro exige pago por cada alma, a pesar de todo.

Los ojos oscuros del hombre resplandecieron con expresión divertida.

—Ninguna moneda terrenal puede comprar esto de lo que yo hablo. Ni lo puede imponer poder terrenal alguno.

Perpleja, la chica dejó que sus amigos tiraran de ella. Pero miró atrás, pensativa; las cejas afiladas, encrespadas.

Sonriendo de nuevo para sí, el recién llegado cogió el pestillo de la puerta y empujó con firmeza hasta que la madera se agrietó, se partió, y la puerta se abrió. Durmió esa noche en el umbral bajo su fina manta acolchada.

Pasó la mañana siguiente sentado en la puerta abierta, saludando con la cabeza a todo el que pasaba. Los que no desdeñaron su saludo, lo esquivaron como potros cautos. Poco después del amanecer, una patrulla malazana de seis soldados comenzó su ronda lenta y deliberada. El desconocido observó las monedas que pasaban de manos de los tenderos a las del sargento de la patrulla; cómo los soldados, hombres y mujeres, se servían lo que les apetecía de los puestos, y se atiborraban de pan, fruta y brochetas de carne cocinada sobre carbones mientras paseaban con un contoneo arrogante.

Al final llegaron a él y el hombre suspiró y bajó la mirada. Había oído que las cosas estaban mal allí, en Puño (que era por lo que había ido), pero no tenía ni idea de que fuera hasta ese punto.

El sargento de la patrulla se detuvo en seco, sus cejas oscuras y espesas se enredaron.

—En el nombre de las tetas de Togg, ¿se puede saber qué está haciendo aquí un sacerdote de Fener procedente de Robo?

El recién llegado se puso en pie.

—Sacerdote sí. Pero ya no de Fener.

—¿Te han echado? ¿Por sodomita, quizá?

—No... por eso te ascienden.

Los hombres y las mujeres de la patrulla se echaron a reír. El sargento frunció el ceño, en las mandíbulas sin afeitar había pliegues de grasa. Coló las manos tras el

cinturón y su mirada se posó con aire astuto en su patrulla.

—Parece que tenemos un itinerante. ¿Tienes dinero, viejo mendigo?

—Lo tengo. —El sacerdote metió una mano en un pliegue de su andrajosa camisa y tiró una pieza de cobre a la calle adoquinada.

—¿Medio penique estigio? Eso no vale nada. —La boca carnosa del sargento se crispó.

—Tienes razón, no vale nada. No hay moneda que valga algo. Es solo que algunas valen menos que otras.

El sargento lanzó un bufido.

—Y encima un puñetero místico del Embozado. —Se sacó una porra de madera del cinturón—. En esta ciudad no toleramos vagos. Empieza a moverte o ya te daré yo pago de otro tipo.

Las manos anchas del sacerdote se retorcieron un poco a los lados; su boca de rana se estiró en una sonrisa recta.

—Por suerte para ti, tampoco uso ya de esa moneda.

El sargento blandió el arma. La porra golpeó con un ruido seco la mano abierta y en alto del sacerdote. El sargento gruñó con la tensión. Su rostro curtido se oscureció por el esfuerzo. De un tirón, el sacerdote se quedó con la porra, que luego agrietó de un rodillazo que no tardó en partirla. Después arrojó los trozos a la calle. Los hombres y las mujeres de la patrulla dieron un paso atrás con las manos en las espadas.

El sargento levantó una mano: *Un momento*. Miró al sacerdote y asintió a modo de reconocimiento de la demostración.

—Eres nuevo, así que esta te la paso. Pero de ahora en adelante, las cosas van a funcionar así: si quieres quedarte, pagas. Tan sencillo como eso. O si no, el calabozo. Y déjame darte un consejo... como te pases allí dentro el tiempo suficiente, te vendemos, te mandamos de culo con los korelrianos. Siempre están buscando cuerpos calientes para la muralla, y les da igual de dónde vengan. —Ladeó la cabeza con suavidad a derecha e izquierda e hizo crujir las vértebras, después esbozó una sonrisa salvaje—. Así que eres sacerdote. También tenemos sacerdotes. Supongo que los mandaré a darse una vuelta por aquí. Podéis hablar de filosofía. Hasta entonces... que duermas bien.

El sargento le hizo una seña a la patrulla para que siguiera adelante. Los soldados se fueron con una gran sonrisa. Una de las mujeres le lanzó un beso.

El sacerdote se recostó y los vigiló mientras exigían sus pagos. Los jóvenes de la calle, observó, no se dejaban ver por ninguna parte. *Una puñetera pena. Peor de lo que había imaginado. Menos mal que el viejo comandante no está aquí para verlo. De otro modo, sería la propia guarnición la que terminaría en el calabozo.*

Cogió los dos trozos de la porra y los levantó. *Aun así, no hay que ser muy duro. La ocupación y subyugación de una población (con intención o sin ella) es un asunto muy feo. Te brutaliza. Saca lo peor de ambos bandos.* Mira lo que había oído de Siete Ciudades. Y aquello no tenía mejor pinta.

Bueno, él tiene a su dios. La boca ancha del sacerdote se abrió de lado a lado. *Ah, sí, su dios. Y una población intimidada y oprimida entre la que reclutar. Terreno abonado.* Inclino la cabeza, calculador. *Sí... podría funcionar...*

Primer año del gobierno del emperador Mallick Rel el Misericordioso

(Año 1167 del Sueño de Ascuá)

Ciudad de Delanss, subcontinente de Falar

Sentado enfrente de su amigo, aquel hombretón canoso, Kyle apretó su vaso de vino e intentó no mostrar su preocupación. El cabello largo del tono de la piedra que le había dado a su amigo su antiguo apodo, Melena Gris, colgaba en esos momentos más plateado que el peltre. Y aunque atacaba su arroz con salsa de pescado con pimienta picante de Falar con su habitual entusiasmo y apetito, Kyle notó que sus debilitadas finanzas debían de estar cobrándose su precio: nuevas arrugas le rodeaban la boca y unos círculos oscuros le ensombrecían los ojos, y Kyle podría jurar que el tipo estaba perdiendo peso.

Estaban sentados en una terraza con vistas a un patio cerrado de arena rastrillada donde las rejillas de armas lucían espadas de todas las hechuras además de dagas, y todo tipo de lanzas y astas; también había camisotes acolchados, yelmos y escudos. Todo, reflexionó Kyle, cuanto se podría necesitar para una academia de lucha.

Salvo alumnos.

Hasta el momento a Kyle no le parecía que Melena Gris, que insistía en usar su nombre de pila original, Orjin, hubiera atraído más de treinta estudiantes de pago a su nueva escuela. Kyle no se contaba a sí mismo; él había intentado pagar por las lecciones y entrenamientos que había tenido el privilegio de recibir de ese hombre, pero Orjin no quería aceptar ni un penique. Los tres primos que habían llegado con Melena Gris también habían intentado ayudar, pero después de que su versión de «adiestramiento» rompiera huesos y ensangrentara narices, Orjin les había pedido que lo dejaran. Aburridos de andar por allí sin hacer nada, Acecho, Fochas y Malas Tierras se habían despedido y habían embarcado en un navío rumbo al oeste. El espíritu protector, o el aparecido, de Kyle también parecía haberse ido: Joroba, el fantasma de un guardián carmesí muerto, uno de los juramentados, los que habían hecho un juramento vinculante de oponerse al Imperio de Malaz durante el tiempo que durase. Y ese juramento, que tanto les concedía, que extendía su vida y sus fuerzas, también los ataba en la muerte y los encadenaba al mundo. Pero a lo largo de

los meses Joroba también se había desvanecido, quizá había regresado con sus hermanos muertos. A Kyle le había parecido ver una especie de decepción en los ojos del aparecido cuando se le presentó esa última vez para despedirse.

Así que todos aquellos meses se había dedicado a poner por las nubes la escuela de Orjin en cada oportunidad. Sospechaba, sin embargo, que a su amigo no le interesaba lo que los burgueses y granjeros habituales de los mercados, posadas y tabernas pudieran pensar de su nueva academia; él tenía los ojos puestos en un grupo mucho más elevado, y más acaudalado, de la sociedad local de Delanss.

Ya quisiera él. Delanss, capital de la segunda isla más poblada del subcontinente y archipiélago de Falar, podía presumir de tener prestigiosas escuelas muy arraigadas ya: la Academia de Grieg, la Escuela de la Hoja Curva, la Escuela del Halcón Negro. Academias que rivalizaban con la famosa escuela de oficiales de la isla de Golpe. Y, en privado, Kyle no creía que su amigo fuera a conseguir jamás abrirse camino en un mercado tan cerrado y unificado de lo que parecía una sociedad igual de cerrada y unificada. A sus ojos, la capitulación de esa región ante sus invasores malazanos parecía haberse reducido solo a cambiar el color de las banderas en la cima de la fortaleza del puerto.

Melena Gris, Orjin, arrancó un trozo de torta grasienta y la usó para rebañar los restos de salsa; pareció a punto de decir algo, pero, en su lugar, se limitó a masticar con gesto malhumorado. Kyle tomó unos tragos de su vino blanco de arroz y pensó en preguntarle si había alguna clase programada para ese día, pero al final decidió que mejor no.

Le daba la sensación de que todo le debía de resultar especialmente mortificante, dado que su amigo tenía que ocultar su pasado. Un pasado que haría que aspirantes a oficiales tiraran sus puertas abajo si supieran de él. Por desgracia, cualquier rumor sobre su antigua carrera como general del Imperio de Malaz, puño y, a continuación, prófugo de ese mismo Imperio, lo convertiría en un hombre perseguido también en ese subcontinente.

Un sonido que se oyó abajo, en el patio de prácticas, atrajo la atención de Kyle. Había entrado un hombre. Iba vestido con un sombrero redondo de tela, túnicas gruesas y las joyas brillantes de ese estrato social que Orjin tan empeñado estaba en atraer. El tipo recorrió con mirada perpleja la escuela vacía. Orjin siguió la mirada de Kyle y se asomó; después se levantó disparado de su silla, que terminó patas arriba.

—¡Sí, señor! —bramó—. ¿Puedo ayudarlo en algo?

El hombre se sobresaltó al oír el bramido estudiado para atravesar el estrépito de toda batalla y miró hacia arriba con los ojos guiñados, no muy seguro.

—¿Es usted el maese de este establecimiento? —preguntó en taliano, la segunda lengua no oficial del archipiélago.

—¡Sí, señor! ¡Un momento, señor! —Orjin se limpió la boca, se desenredó de la

silla caída y se dirigió a las escaleras. Cruzó el patio de prácticas y se inclinó—. ¿En qué puedo servirlo, señor?

Kyle se terminó su vino y lo siguió. Se detuvo al final de las escaleras y se apoyó en la barandilla de madera sin pulir. El tipo vestía la última moda de la aristocracia local: múltiples anillos en los dedos, gruesas cadenas de plata alrededor del cuello por encima de túnicas ribeteadas de piel con puños también de piel. Su sombrero consistía en tela envuelta de color borgoña oscuro incrustada de piedras semipreciosas. Llevaba la perilla bien recortada y mientras miraba a Orjin de arriba abajo se la acariciaba, lo que le permitió alardear de las grandes gemas de sus anillos.

—¿Cuáles son sus credenciales?

Orjin se volvió a inclinar. Tenía un aspecto que Kyle esperaba que fuera adecuado, severo y profesional, con sus cueros curtidos.

—Serví en el Cuarto Ejército malazano, señor, y alcancé el rango de capitán antes de sufrir una herida en la batalla de las Llanuras.

El hombre alzó las cejas.

—¿De veras? ¿Entonces estaba usted allí cuando cayó la emperatriz?

—Sí, señor. Aunque no lo presencié.

—Pocos lo presenciaron, tengo entendido. ¿Cuál, entonces, es su impresión de este nuevo emperador, Mallick Rel?

Orjin volvió la cabeza y miró a Kyle, después carraspeó.

—Bueno, señor, yo no soy político. Pero me alegré de que no procesara a los oficiales que se habían rebelado contra la emperatriz.

La mirada calculadora del hombre pareció decir «¿Porque tú estabas entre ellos?».

—Es falari, ¿sabe?

—No, señor. No lo sabía.

—Sí. Y le diré una cosa, a muchos aquí no nos sorprendió en absoluto la noticia de su, eh, ascenso.

—No me diga, señor.

El hombre se encogió de hombros, incómodo, bajo las varias capas de túnicas y pieles.

—En cualquier caso... ¿sus tarifas?

—Una mediaplata la hora por instrucción individual.

La boca del hombre se abrió.

—Eso es mucho más de lo que esperaba.

—Ah, pero... —El hombretón señaló a Kyle—. También puedo ofrecer instrucción de aquí mi compatriota, que perteneció a la afamada compañía de la Guardia Carmesí.

El noble observó a Kyle con frialdad.

—Y ahora emplea esas habilidades rompiendo brazos.

Orjin llegó a hacer una mueca.

—Sí, bueno. Siempre podría dejarnos si juzgase que la instrucción no lo beneficia.

—No es para mí. Es para mi hijo.

—Entiendo. ¿Su edad?

—Todavía un niño, en realidad... pero pendenciero. Indisciplinado. —Ladeó la cabeza mientras se acariciaba la perilla—. Pero tiene usted aspecto de poder manejarlo. —Asintió con gesto pensativo—. Sí, gracias. Hasta entonces. —Se inclinó.

Orjin respondió a la inclinación.

—Lo estoy deseando.

El hombre se fue. Kyle se acercó con prisas al lado de Orjin.

—¿Crees que lo volveremos a ver?

—Podría ser.

—Ni siquiera pidió ver tus papeles.

—Quizá sabe con qué facilidad pueden falsificarse esas idioteces.

—Quizá. —Kyle miró a su amigo de soslayo—. ¿Una mediaplata la hora? Un poco excesivo. Yo no podría permitírmelo.

El hombre esbozó una sonrisa lobuna y sus glaciales ojos azules resplandecieron con buen humor. Por un momento dio la sensación de volver a ser él mismo.

—Me pareció que le sobraba.

Kyle se echó a reír.

—Sí. Mañana, entonces.

—Sí... Trabajamos con espada y escudo.

Mientras retrocedía, Kyle desechó la sugerencia con un gesto.

—Dioses, no. No hay habilidad en eso.

—¿Que no hay habilidad? La que habla es la ignorancia. Acabar contigo, eso es lo que podría hacer esa ignorancia un día.

—No antes de que la acuchille.

—¿Acuchillar? Inútil contra cualquiera con un mínimo de armadura.

Kyle hizo una pausa.

—Entonces le... —Resonó una llamada justo cuando iba a abrir las puertas. El joven frunció el ceño y abrió una de las amplias hojas. Tres hombres, vestidos con sencillez y luciendo costosas espadas largas y dagas de estilo falari, las hojas rectas y delgadas. ¡Tres más! Debía de ser el día de Melena Gris (Orjin). Saludó con la cabeza a uno—. Días...

El tipo, un joven encopetado con un sombrero de fieltro verde de ala ancha, lo miró de arriba abajo sin intentar disimular siquiera su desaprobación.

—¿Eres tú ese nuevo maestro de armas?

—No. —Kyle señaló túnel arriba—. Es él. —Se apartó. Los tres hombres entraron y dejaron la puerta entreabierto. La condescendencia indiferente de ese gesto, como si los tres estuvieran acostumbrados a que otros les abrieran y cerraran las puertas, empujó a Kyle a seguirlos sin prisas, con curiosidad.

Se detuvo en la boca del túnel que llevaba al patio. Los tres se habían reunido con Orjin junto a la rejilla de armas.

—¿Es usted ese nuevo maestro de armas, Orjin Samarr? —preguntó el portavoz en un tono que era casi acusatorio.

Orjin se volvió y parpadeó con suavidad. Sus ojos destellaron como zafiros en la sombra.

—¿Sí? ¿Puedo ayudarlos en algo? ¿Les gustaría dar una lección, quizá?

Los tres intercambiaron miradas y crisparon las bocas, divertidos.

—Sí —empezó el tipo del sombrero verde al tiempo que se apartaba y se llevaba una mano enguantada a la espada—. Puede ayudarnos a resolver una apuesta que hemos hecho mis amigos y yo... —Los otros dos se colocaron a la derecha e izquierda de Orjin. Kyle se apartó del muro y se fue acercando poco a poco a una rejilla de armas—. Versa sobre si un extranjero podría proporcionar enseñanzas de lucha de cierta calidad, algo que se aproxime siquiera a la que bendice Delanss.

Orjin asintió, comprensivo. Sacó un bastón rematado de la rejilla de armas y observó su longitud.

—Entiendo. Bueno, en circunstancias normales cobro una mediaplata por las lecciones. Pero quizá ustedes tres prefieran ir juntos con una tarifa de grupo...

Los jóvenes desenvainaron con una mueca desdeñosa. Orjin saltó sobre el que tenía a la derecha, el bastón machacó la diestra del hombre, que lanzó un gáñido y se la metió bajo el brazo. Orjin giró para enfrentarse a los otros dos. Kyle sacó una porra de madera de la rejilla de armas y empezó a darle vueltas en el aire mientras miraba.

Usándolo con las dos manos, Orjin desvió las estocadas; el bastón se desdibujaba y apartaba a golpes las finas hojas de dos filos. El tipo del sombrero de fieltro tiró la espada con furia y sacó su daga de parada. El ruido seco del bastón contra las hojas resonaba por el patio. Kyle escuchó con atención por si oía el chasquido revelador del hierro al morder la madera, pero hasta el momento Orjin había conseguido evitar ese peligro concreto. La cara del hombre estaba enrojeciendo y Kyle dejó de lanzar la porra al aire.

Muy pronto, demasiado pronto para que empezase a notarse el esfuerzo.

—Están usando cuchillos —comentó con tono familiar.

Orjin lo atravesó con una mirada furiosa, las mejillas hinchadas. Los tres bailaban alrededor del espadachín mientras este iba cambiando poco a poco de postura, las

rodillas dobladas, el bastón ladeado.

—Bien, en circunstancias normales —comenzó la plática—, nunca tendríais ocasión de encontraros con un oponente que usase un arma a dos manos... —Uno se abalanzó y el bastón de Orjin lo abofeteó en la cara y lo envió bamboleándose lateralmente. Orjin volvió a ponerse en guardia contra los dos que quedaban—. Por lo general, resulta demasiado lento e incómodo a la hora de desplazarla de un lado a otro por el cuerpo. Un oponente ágil debería... —El mismo joven volvió a cargar con una estocada. El bastón de Orjin la paró, se hundió y subió contra la entrepierna del tipo. El hombre cayó como una marioneta con los hilos cortados. Kyle mostró una mueca de dolor empático.

Con el sudor bañándole ya la cara, Orjin se enfrentó al portavoz, que sonrió, admitió la lección y de inmediato atacó. Su oponente detuvo el ataque, realizó una inclinación con la cabeza y gritó para animarlo.

—¡Sí, sí! Eso es... Ladea la punta, ¡prepara la izquierda para la estocada oculta!

Un grito de advertencia de Kyle murió en su garganta cuando el tipo al que habían golpeado en la mano volvió a entrar en la refriega para sujetar a Orjin por detrás. A Kyle le asombró la estupidez del movimiento; Orjin era como un bhederin, mucho más ancho que cualquier hombre que él hubiera conocido jamás.

Con un encogimiento de hombros, Orjin retorció un brazo, sujetó al hombre por la cabeza y lo cargó al hombro, boca arriba, como un saco de grano. Con el bastón en una mano, miró al portavoz.

—Ahora lleváis ventaja... ¡un oponente con una sola mano!

El portavoz no dudó. Las botas se deslizaban y daban golpes secos en la arena mientras esquivaba y fintaba para rodear a Orjin, que cambiaba de postura con movimientos pesados. Kyle se apartó del muro de una patada. *¡Mierda! ¡Va a intentarlo de verdad!* La espada larga arañó el mango del bastón y lo apartó, después el tipo metió la daga y lanzó una estocada, pero Orjin giró; la hoja serró su costado sin clavarse cuando las piernas y las botas del hombre que llevaba al hombro chocaron contra su ayudante y lo mandaron por los aires. Orjin tiró al hombre contra su despatarrado compañero y se irguió jadeando. Se tocó el costado con cautela e hizo una mueca.

—La lección es... —respiró hondo una vez— que todos deberíais haber atacado a la vez, a pesar de todo.

Kyle observó el pecho del hombretón alzándose y cayendo. ¿Ya estaba sin aliento? Mala señal. Sí, muy mala señal. Volvió a poner la porra en su sitio.

Cuando el portavoz se levantó con esfuerzo, Orjin le puso una bota en el trasero y lo mandó dando tumbos por el túnel.

—Os cobraría. Pero sospecho que sois incapaces de aprender nada.

Los chicos reunieron sus armas caídas y salieron de espaldas hacia la puerta. Kyle

se inclinó cuando pasaron.

—¡Honorables señores!

Los jóvenes se limitaron a mirarlo con furia y pronunciaron unas cuantas maldiciones. Kyle salió sin prisas a reunirse con Orjin, que se estaba recomponiendo.

—Ya sin aire...

El hombre le lanzó una mirada colérica.

—Ha pasado mucho tiempo. —Encontró un trapo y se limpió la quijada.

—Un altercado de nada como ese no debería...

—Déjalo.

Kyle alzó las cejas. *Y encima irritable.*

—Bueno, me pasaré entonces mañana por la tarde para trabajar con la espada y el escudo. ¿Qué dices? ¿Armadura completa también?

Orjin hizo una mueca.

—Muy gracioso. Y ahora, largo de aquí. Tengo que asearme.

Kyle hizo un saludo militar y retrocedió.

Pero lo había dicho en serio.

En un callejón estrecho y en sombras, unas calles más abajo, el joven matón, con el sombrero de fieltro verde en una mano, se llevó un pañuelo de seda a la nariz y la boca para restañar la sangre y miró al noble delaness costosamente vestido con sus túnicas de piel y las gruesas cadenas de plata. Con una mano cargada de anillos, el nobleladeó la cabeza del joven para examinarle una mejilla y chasqueó la lengua por lo bajo.

—Así que se las arregló para manejarte...

—¡Padre!

—Bueno, ¿qué te parece? ¿Es él?

—Tiene que serlo. Levantó a Donas como si fuera un crío.

—Muy bien. Enviaré recado. Hasta entonces, contrata hombres para mantener vigilada la escuela.

El joven se inclinó.

—¡Y nada de castigos! Nada de ballestas en plena noche ni cuchillos en el mercado. Lo quieren vivo.

El joven puso los ojos en blanco.

—Sí, padre.

El noble se acarició la perilla entreverada de gris y estudió al joven.

—Debo decir que me impresiona el control de ese hombre. Te derribó sin romper ningún hueso. Mostró un gran comedimiento ante un insulto casi intolerable.

—¡Padre!

Primer año del gobierno del emperador Mallick Rel el Misericordioso
(Año 1167 del Sueño de Ascu)
Subcontinente de Stratem

Al amanecer, Kuhn Eshen, llamado Kuhn la Nariz, capitán del Suculentas Nuevas, un mercante katakano, echó el ancla no lejos de la costa, junto a la ciudad de Thickton, y pasó una mañana de angustia a la espera de ver si eran ciertas las historias de que las tierras de Stratem volvían a estar abiertas al mundo exterior.

A medida que pasaban las horas, los barquitos de siempre comenzaron a salir para ofrecer fruta fresca, pan, pescado y cerdos. Los chicos y las chicas atravesaban a nado las frías aguas y se ofrecían a llevar a la tripulación a pensiones o burdeles, o para actuar como guías por la ciudad. Todas buenas señales de una apertura creciente al comercio. Hacia el mediodía, las lanchas abiertas más grandes salían remando con agentes mercantes a bordo. A esos hombres y mujeres Kuhn los recibió. Les ofreció una muestra del licor estigio que había traído y les mostró rollos de popelín de Jass. Los agentes escucharon con una impaciencia apenas disimulada su charla sobre Korel; noticias que solo tenían unas semanas de antigüedad en lugar de los dos o tres meses que por lo general tardaba cualquier información en alcanzar ese trozo del aislado mar de Carillón.

Una mujer entre ellos, sin embargo, desconcertó a Kuhn, que no le quitó el ojo cauto de encima. La mujer permanecía apoyada en un lado, sin hablar con nadie. Vestida con cueros oscuros, con una espada al costado, en el cinturón, el largo cabello cobrizo apartado de la cara y sujeto con un broche de carey de color verde brillante, casi parecía una especie de oficial del ejército. No mostró ningún interés en las mercancías; en su lugar vigilaba a la tripulación, que a su vez le echaban un ojo a la orilla densamente arbolada. Unas cuantas historias confusas habían llegado a las tierras de Korel sobre acontecimientos acaecidos en su vecino del sur. Rumores de una banda de mercenarios que se estaban tallando un reino privado. Pero todo eso había sido hacía mucho. Aun así, Kuhn se preguntó si esa mujer podría ser uno de ellos.

Tras expresar cierto interés por encargar varias cantidades de las maderas nobles locales, pieles curtidas y telas de piel, Kuhn pasó un tiempo repartiendo noticias de tierras korelanas. El atestado círculo de mercaderes de la zona se aferró a cada jirón, ya fuera verdad o no. Estaba hablando de la muralla de las Tormentas cuando su público se quedó callado y todos los ojos se apartaron y miraron más allá de él. Kuhn se volvió.

La mujer de los cueros oscuros se había colocado a su espalda. Lo contemplaba con aire expectante, la afilada barbilla levantada.

—¿Disculpe...? —tartamudeó.

—He dicho qué era eso... de lo que estaba hablando ahora mismo.

—Solo las últimas noticias de la muralla de las Tormentas, honorable dama. ¿Y usted es...?

—Represento al gobernador de esta provincia, la provincia de Refugio, de Stratem.

—¿De veras? ¿Un gobernador? —Kuhn miró a un agente cercano que asentía con gesto muy serio, el grueso cuello todavía más abultado. *Qué curioso. Esta noticia podría valer mucho en ciertos puertos de Korel*—. Y este gobernador... ¿tiene nombre? —Al observar más de cerca, vio que lucía una única joya en la parte alta del pecho, a la izquierda, lo que parecía un dragón o una serpiente forjada en plata.

Los labios finos de la mujer se ladearon en una sonrisa astuta, casi cruel.

—Usted primero.

Ah. Así que esas tenemos, ¿eh? Kuhn se encogió de hombros y apoyó los antebrazos en la regala del barco.

—Desde luego, mi señora. Mis noticias son siempre gratis. Es casi por eso por lo que los comerciantes somos bienvenidos doquiera que vamos. Estaba hablando de la muralla de las Tormentas. Las filas de los elegidos han menguado, ¿sabe? Pero esta última estación ha surgido un nuevo campeón en el muro. Los korelrianos no hablan más que de sus hazañas. Lo llaman Barras, un extraño nombre, ese.

La reacción de la mujer hizo estremecerse a Kuhn. Se puso muy pálida; alzó una mano como si quisiera cogerlo por la garganta y sacudirlo, pero, para alivio de Kuhn, la mano femenina se limitó a aferrarse al aire.

—Barras —siseó la mujer en voz alta, con un susurro casi maravillado. Se arrojó por la borda y bajó resbalando por la escala de cuerda sujetándose solo con las manos. Aterrizó sin gracia en una balsa y de inmediato le ordenó que se pusiera en marcha. Incluso se puso ella misma a remar y el resto de la fornida tripulación no lo tuvo fácil para seguirle el ritmo. Todo lo cual Kuhn observó con gesto perplejo mientras se rascaba la cabeza.

—En el nombre de la Santísima Salvadora, ¿quién era esa?

—Esa era Janeth, celadora de la ciudad.

—¿Celadora? ¿Qué quiere decir eso? ¿Es vuestra gobernante?

Una sacudida de la cabeza.

—No, amable señor. Tenemos un consejo. Ella aplica las leyes. Sus hombres vigilan la costa. Arrestan a ladrones y asesinos, y no se puede decir que hayamos tenido muertes en algún tiempo. —El agente empezó a encontrarle el gusto al tema y cruzó los brazos sobre la regala—. La temporada pasada llegaron asaltantes de su vecina Mare. Aparecen de vez en cuando. Ella y sus hombres los ahuyentaron.

Kuhn le echó un vistazo a la balsa que se alejaba. ¿Ahuyentaron asaltantes de Mare? ¿Ella y cuántos hombres? Así que aplican la ley y protegen. Agente de ese

supuesto gobernador. ¿Un rey con algún otro nombre? Noticias sin duda para el Consejo korelano de los elegidos sobre sus vecinos del sur, antes tan tranquilos.

—Y ese gobernador provincial, ¿tiene nombre?

Un encogimiento de hombros tranquilo bajo pieles amontonadas.

—Yo oí que lo llamaban Penas una vez. Nosotros solo lo llamamos lord gobernador. Vive en un antiguo fuerte llamado Refugio. No ha pasado mucho por aquí en los últimos tiempos. Y no es que yo lo fuese a conocer si lo viese.

Basta por ahora. Con una sonrisa fácil, Kuhn le dio al hombre una palmada en el brazo.

—Bueno, gracias. ¿Lo veo esta noche?

—Oh, sí. En casa de Esta. Tiene un establecimiento muy limpio. El mejor de todos. Ya lo verá.

¿El mejor de todos? Amigo mío, dudo mucho que este remoto nido de barro pueda ofrecer alguna atracción que rivalice con las de la célebre Danig de Robo o la legendaria Ebon de Estigio.

Libro primero



EL MAR

El así llamado «Imperio» de Malaz comenzó como una talasocracia. Es decir, gobierno gracias al poder en el mar. En la indecorosa lucha de los estudiosos por identificar y destilar las primeras etapas del imperio, se suele pasar por alto esta característica, que es la que de verdad lo define. Sin embargo, la expansión malazana fue, de forma innegable, la de una potencia marina y esa fue la clave de sus primeros éxitos. También fue la clave de uno de sus primeros fracasos: la irreflexiva incursión en el archipiélago y subcontinente conocido con los variados nombres de Puño, Korel o el Maldito por las Tormentas. Pues este archipiélago era, en sí mismo, una potencia marina suprema, aunque no expansionista. Y al final, por supuesto, fue el mar el que de forma tan definitiva e irreversible puso fin a todas las hostilidades.

Campañas imperiales (Las ocupaciones de Korel), volumen II

Puño

Imrygyn Tallobant

1



¿Qué es un viejo más que un montón de hojas desvaídas?

Sabiduría de los antiguos
Kreshen Reel, recopilador

Año 33 de la ocupación malazana

Año koreliano 4178 D. M.

Norte de Elri, isla de Korel

El escritorio del lord protector de la muralla de las Tormentas está construido con tablones que se cogieron de los restos de una galera de guerra mare que los jinetes de la tormenta, el enemigo, habían capturado y usado en un intento de embestir la muralla. Había sido una de sus estratagemas más exitosas del último siglo. Más de treinta de los elegidos entregaron su vida en santo martirio para restañar esa brecha. El lord protector de la época, uno de los pocos no korelianos que había logrado llegar a tan augusto cargo, ordenó que se construyera el escritorio para recordarles a todos sus sucesores que, si bien los jinetes de la tormenta se habían arrojado durante siglos contra el muro con lo que hasta el momento eran tácticas predecibles, incluso repetitivas, uno no podía nunca dormirse en los laureles con respecto a ellos.

El lord protector Hiam, el actual titular del cargo más alto del subcontinente de Korel, el último de un linaje ininterrumpido que se remontaba al primer titular, el legendario fundador, Temal-Esh, pasó una mano por la superficie cálida y lisa del escritorio, y pensó en ese más que notable mensaje del pasado. Durante el punto más álgido de los asaltos de los jinetes, la escarcha pintaba sus esquinas como si todavía llevara en su interior el recuerdo de su subvertido propósito. Aquel había sido uno de los momentos más peligrosos para la muralla de las Tormentas, pero al menos había sido una amenaza externa. Y ese era un peligro que Hiam aceptaría encantado en lugar del que los atenazaba en ese momento.

Alzó los ojos y vio a su ayudante, el mariscal del estado mayor Shool, que esperaba con paciencia mientras él se empeñaba en distraerse. El lord protector se aclaró la garganta.

—Bueno, Shool, más cálculos de reclutamientos a la baja.

Con el yelmo en el hueco de un brazo, el manto de color celeste oscuro doblado

en el otro, Shool hizo una reverencia y se sentó. Después posó su sencillo yelmo.

—Sí, lord protector.

—Con las jubilaciones, las bajas y el desgaste habitual... ¿dónde nos deja eso para el próximo otoño?

—Incluso más escasos que el año pasado.

Y ese año había sido peor que el año anterior. Una tendencia innegable que presagiaba un desastre definitivo e inevitable para cualquiera que quisiera trazar esa trayectoria concreta hacia el futuro, pero Hiam no tenía esas inclinaciones. La Señora, su protectora, los salvaría como siempre había hecho. Sabía que la opinión general culpaba del descenso de las cifras a esos invasores, los malazanos. Una creencia que él no hacía nada por desmentir, precisamente porque él sabía que la tendencia se remontaba a mucho antes de su llegada.

Cruzó el espacio que lo separaba de la ventana estrecha que se asomaba a la parte central y más fuerte de la amplia cortina de varias leguas de longitud que era la muralla de las Tormentas. La superficie reluciente del océano de las Tormentas yacía con un color gris hierro y la tranquilidad del verano. ¿Cuántas veces había permanecido allí y se había preguntado lo que disimulaba esa superficie? ¿El enemigo los contemplaba a ellos de la misma forma? ¿O se retiraban entre asalto y asalto a una profundidad inimaginable o a una caverna para pasar durmiendo los meses intermedios? Nadie lo sabía, aunque los poetas y los bardos especulaban en interminables baladas románticas y épicas.

Con la ayuda de la Señora quizá todavía podría borrar a esos jinetes de la faz de la tierra.

Le dio la espalda a la estrecha ranura del muro de piedra de un brazo de grosor.

—Más levas en las provincias, Shool. Presiónelos bien. Recuérdeles a Jasston y Estigio cuáles son sus obligaciones.

Shool cogió su yelmo y empezó a darle vueltas. Pareció estudiar la envoltura de cuero teñido de azul y el grabado de plata de elegido de la tormenta.

—¿Espera una ofensiva de los malazanos con ese nuevo emperador?

—Espero una ofensiva, Shool —dijo Hiam con tono ecuánime—, pero no de los malazanos.

El yelmo paró en seco. Shool dejó caer la cabeza con gesto dócil.

—Mis disculpas, lord protector.

De un gancho que había junto a la ventana, Hiam descolgó el pesado manto de varias capas de lana que se ponía todo el año, tanto con el extremo viento cortante del invierno como bajo el calor abrasador del verano.

—¿Nos vamos?

Shool se levantó a toda prisa e hizo una reverencia.

—Sí, lord protector.

Abandonaron la torre principal del homenaje y salieron a la amplia plaza de armas principal de la muralla, siempre barrida por el viento y de cincuenta pasos de anchura. Hacia el mar se alzaba un muro más delgado, bordeado de escaleras de piedra y coronado por un camino de ronda y parapetos, los matacanes exteriores. Los bloques de granito gris de la construcción de la muralla resplandecían con un brillo oscuro tras la reciente lluvia, y los charcos reflejaban el cielo cubierto.

Una distracción, se dijo Hiam. Esos malazanos. Nada más que una distracción de su auténtica vocación, su propósito divino. Daba igual lo impresionados que parecieran algunos por lo que había logrado ese imperio en otros lugares. Ellos no eran ningunos bárbaros picados por las pulgas que se quedan con la boca abierta ante los misterios de una infantería disciplinada, ni tampoco urbanitas decadentes a los que se podía intimidar o comprar; ellos eran la Guardia de la Tormenta, los elegidos, defensores de todas las tierras ante su mayor enemigo.

A ellos no los arrollarían. No podían arrollarlos.

Un elegido los recibió junto a la puerta. Allí estaba, envuelto en el grueso manto de color azul oscuro que era su uniforme extraoficial, yelmo crestado en la cabeza y, levantada, una lanza con filo de hoja ancha. Mariscal del muro e intendente, Quint de Robo. Le hizo una reverencia a Hiam y sus rasgos oscuros y repletos de cicatrices se retorcieron en lo que el lord protector sabía que pasaba por sonrisa en aquel hombre, así que él inclinó la cabeza a modo de respuesta.

Mientras hacían la visita de inspección, Hiam no pudo evitar notar detalles inquietantes, aunque los dejara pasar sin hacer ningún comentario: escalones agrietados sin reparar; cestas desgarradas que habría que reemplazar; cuerda fina y deshilachada que ya había dejado atrás sus mejores años; los bordes harapientos del manto de Quint y las sandalias agrietadas. Falta de mantenimiento, falta de equipo. Todos problemas que unos fondos adecuados podrían solucionar. Pero el dinero que la Guardia de la Tormenta conseguía a través de tributos, impuestos y levas, se invertía en su totalidad en adquirir cuerpos calientes para dotar al muro, de cualquier modo que pudiese.

Y ese flujo de tributos e impuestos estaba disminuyendo. Sobre todo en esos tiempos, con la presencia de los invasores, los malazanos, que envalentonaba a vecinos resentidos como Estigio y Jasston para que descuidaran tratados y acuerdos que tenían siglos de antigüedad.

—¿Cómo van las reparaciones, mariscal? —preguntó Hiam.

La cara llena de marcas de Quint (cortesía del filo dentado de un jinete) se crispó todavía más. Bajo el manto cambió de postura los brazos y acunó el mango de la lanza.

—Lentos como putas fastidiosas en un burdel, estos peones.

Hiam no pudo evitar la sonrisa irónica con la que respondieron sus labios. Ese

hombre tenía la reputación de ser el guardia de la tormenta más feroz del muro. Juntos se remontaban a muy atrás, hasta el reclutamiento de ambos, aunque Quint lo había precedido.

—No son voluntarios, como en los viejos tiempos. —*Al contrario que nosotros.*

Un gruñido de respuesta fue todo lo que el mariscal se iba a permitir, una informalidad que ningún otro osaría tener delante del lord protector.

—Si trabajaran una mínima parte de lo que se quejan, ya lo habríamos terminado todo a estas alturas. Deberías oírlos, Hiam. Que ya entregan suficiente en invierno sin tener que proporcionar encima cuadrillas de trabajo en verano. Pero ni un solo hombre entre todos ellos se ha presentado jamás en el muro. Ahora dependemos más de las levas extranjeras que de los verdaderos korelrianos. Es una auténtica vergüenza, eso es lo que es. No me sorprendería... —Su voz se fue apagando y después lanzó una carcajada dura—. Bueno, siempre cambian de canción cuando vuela la nieve, ¿eh, Hiam?

Hiam alzó los ojos y vio la mirada de Quint clavada en el rostro sobresaltado de Shool. *Sí, viejo amigo, no estamos solos. Ibas a decir que no te sorprendería que Nuestra Señora nos diera la espalda por nuestros pecados, ¿eh? Ahora somos nosotros los perros viejos que refunfunan por cómo han caído los estándares, igual que hicieron nuestros instructores y superiores antes que nosotros.*

Hiam se detuvo y le hizo un gesto a Shool.

—Eso es todo. Le echaré un vistazo a los inventarios más tarde.

Shool se inclinó.

—Mi señor.

Quint lo observó irse.

—A ese lo destetaron muy pronto —rezongó.

—Cumplió con su estación —gruñó Hiam, sin dejarse impresionar—. Bueno, dímelo a las claras, intendente. Sin tus habituales zalamerías.

—Es una puñetera cagada, eso es lo que es. Vamos con retraso por todas partes. Hay una grieta en el revestimiento, al este de Vor, tan grande que podrías meter a un tipo dentro. Pero —y dejó al descubierto unos dientes amarillos e irregulares— podría decir lo mismo de cierta mujer de Jourilan que conocí.

—¿El maestro Stimins?

Quint dejó escapar un bufido de exasperación.

—Déjame que te diga un par de cosas del maestro ingeniero Stimins. La semana pasada me arrastra muro abajo, tras la quinta torre al norte de Tormenta, y señala un pequeño curso de arena en las rocas. ¡El tipo se está tirando de los pelos por un diminuto riachuelo, ya seco, mientras yo intento encontrar canteros suficientes para llenar las brechas!

—Le preocupan los cimientos.

—Cimientos, y una mierda. El muro es tan pesado como una montaña. No puede derrumbarse. Además, es solo un lugar para ponerse, lo que cuenta son los hombres y las mujeres que lo defienden. Y necesitamos más.

—Que la Señora bendiga esa frase, Quint. Bueno, ¿y qué hay de la última cosecha? ¿Van espabilando?

—Tan útiles como un puñado de eunucos y costureras. Pero los iremos metiendo en vereda. Las heces habituales de las cárceles de Katakán y Robo no valen ni la comida que compramos para alimentarlos. Los contingentes dourkanos y jourilanos son bastante sólidos, como siempre. Mare ha enviado un barco entero de prisioneros malazanos. Incluso tenemos algunos deudores de Rool; los malazanos siguen permitiéndolo, al parecer.

—Se llevan su parte, estoy seguro. Y hablando de ellos, ¿cómo está el actual campeón?

El intendente negó con la cabeza con gesto amargo.

—No podemos contar con sacarle otra temporada. Está deseando morir. No es la primera vez que lo veo.

—Una pena. Ha logrado hazañas asombrosas.

—Cierto. Salvo que se ríe como un lunático cada vez que lo llamamos «malazano».

Hiam asintió para sí y escuchó el viento que llevaba los lejanos tintineos metálicos de los mazos al chocar contra la piedra, las llamadas de los capataces y el latido lento de las olas del otoño que se iban acelerando. Le sudaban los brazos bajo el manto sofocante.

—Muy bien, intendente. No te apartaré más de tus obligaciones.

Quintladeó la cabeza con gesto suspicaz.

—¿Y adónde vas?

—A buscar al bueno de nuestro maestro ingeniero.

—¡Ja! Lo más probable es que te lo encuentres a gatas por ahí, olisqueando nuestros cimientos como un perro, sin duda.

—Continúa, mariscal del muro, y no te pongas en el camino de Stimins.

—Será un placer.

No fue hasta últimas horas de aquella tarde que el lord protector por fin localizó al maestro ingeniero Stimins. Y (tal y como había predicho Quint) el hombre estaba olisqueando la base del muro. Para entonces Hiam contaba ya con escolta: dos veteranos, Pesebre, de Korel, y la sólida Evessa, procedente de Jourilan, de la que muchos sospechaban que tenía algo más que una gota de sangre antigua. Habían llegado por orden de Quint, cuyo mensaje era que no estaba bien visto que el lord protector vagara por ahí sin guardias. Hiam no se molestó en señalar que estaba igual

de mal visto que Quint permitiera que el maestro ingeniero hiciera eso mismo.

Oyó a Stimins mucho antes de encontrarlo entre los enormes peñascos caídos de la ladera que bajaba por la parte posterior del muro.

—Eres muy bonito —oyó arrullar al viejo, y no tuvo que preguntarse a qué se estaba dirigiendo el tipo—. Muy, muy bien. —Avanzando entre tropezones con él, las lanzas entrechocando con estrépito, Pesebre y Evessa compartieron una mirada y pusieron los ojos en blanco.

Hiam se preguntó si no estaría persiguiendo a un loro.

Al final, tras rodear un alto peñasco, encontró al hombre encorvado y a gatas como una araña pálida que investigara una hendidura en busca de comida.

—Maestro ingeniero... —empezó a decir Hiam.

El hombre dio un salto y miró furioso a su alrededor con ojos miopes bajo unas pobladas cejas blancas.

—¿Quién es? ¿Quién?

—Soy Hiam, Stimins.

—Ah, el joven Hiam. En el nombre de la Señora, ¿se puede saber qué estás haciendo aquí abajo?

—Buscarte —comentó Hiam con aspereza.

—Ah, bueno. ¿Y para qué?

Hiam ladeó la cabeza para alejar a su escolta. Con una inclinación, los dos se apartaron y fueron a apoyarse entre los peñascos caídos, los brazos cruzados sobre los astiles de sus lanzas.

—Tu informe.

El ingeniero jugueteaba con unas rocas pequeñas que llevaba en la palma de la mano, a las que fue dando vueltas y más vueltas.

—¿Informe? ¿Qué informe?

El lord protector dio una palmada en un lado caliente y arenoso de un peñasco. El guano seco de los pájaros veteaba de blanco la piedra y había trozos de líquenes que crecían con tonos verdes y naranjas.

—¡Tu informe sobre el estado de la muralla!

—Ah. Ese informe. Bueno, todavía no es concluyente. Necesito estudiar más las cosas.

—Eso fue lo que dijiste el año pasado, y el año anterior también.

Las cejas nevadas se alzaron sobre unos ojos azules y acuosos.

—¿Lo dije? Bueno, ahí lo tienes.

—Con el debido respeto, maestro ingeniero, ya no podemos permitirnos el lujo de hacer informes concluyentes... Tu evaluación actual tendrá que servir.

Stimins sorbió por la nariz con aire de desaprobación.

—Ese es el problema con vosotros, las generaciones más jóvenes; no hay

paciencia para hacer bien el trabajo. Las cosas se van al Abismo en una carreta rota, eso es lo que pasa.

Hiam se cruzó de brazos, se le abrió el manto y reveló los antebrazos anchos y llenos de cicatrices, las brechas alarmantes y los arañazos profundos en los brazaletes de bronce y cuero. El maestro ingeniero extendió la mano huesuda, apretada, los nudillos se abultaron en la articulación dolorida. Hiam estiró también la mano abierta. Dos piedras pequeñas cayeron en su palma.

—Mi informe —dijo Stimins.

Desconcertado, Hiam estudió las dos piedras. Cogió una en cada mano y observó que encajaban a la perfección: dos mitades de la misma pieza.

—¿Qué es esto? ¿Una roca rota?

—Partida con limpieza por la mitad, lord protector. Por el propio frío que la corroe.

Hiam miró entonces a su maestro ingeniero.

—¿El frío? ¿Cómo podría hacer algo así?

Stimins levantó las manos para pedir paciencia a los cielos.

—Déjame corregirme. Por la escarcha. Por la humedad al helarse de repente. De una forma explosiva.

Hiam pensó en los toneles de agua que se dejaban en el exterior durante los peores asaltos, algunos explotaban al tocarlos las hechicerías de los jinetes.

—Entiendo... creo.

—Por toda la muralla, de un lado a otro —continuó Stimins, y su voz se hizo soñadora—, se congela y descongela, año tras año. Claro que no es el avance lento y suave de la naturaleza. Es el puño forzado y antinatural de los jinetes, que se estrella invierno tras invierno. Y machaca el muro hasta reducirlo a astillas.

—¿Cuánto... —Hiam tosió para aclararse la garganta—, cuánto tiempo tenemos?

El anciano, el rostro todavía distraído, se encogió de hombros con una indiferencia enloquecedora.

—¿Quién puede decirlo? Otros cien años... o uno.

Hiam tuvo que hacer un esfuerzo para contenerse y arrojó las piedras, que cayeron con estrépito entre los peñascos.

—Gracias por tu informe, maestro ingeniero. —*Aunque sea totalmente inútil en nuestra crisis actual*—. Y te recuerdo que es una información que solo podemos compartir tú y yo.

El anciano parpadeó, confundido, las cejas arrugadas.

—Por supuesto, lord protector.

—Muy bien. Continúa. —El lord protector dejó a su maestro ingeniero rascándose el ralo pelo blanco y frunciendo el ceño entre las rocas.

Su escolta, Pesebre y Evessa, se irguieron de donde habían estado apoyados, entre

los peñascos del tamaño de menhires. Pesebre arrojó al suelo un puñado de guijarros.

—Ruidos raros entre estas piedras, ¿eh, Evessa?

—Los ecos más extraños, Pesebre.

Ivanr abría su granja a tajos en el remoto sur sin colonizar de Jourilan, pegada a las estribaciones de las inmensas montañas que algunos llamaban la cordillera de Yermo Helado. Los vagabundos y los refugiados religiosos que huían de las ciudades rumbo al sur pasaban con frecuencia por su campo. Muchos afirmaban que la sacerdotisa estaba cerca, pero, aun así, a Ivanr le sorprendió verla aparecer un día. La voz de la mujer lo sobresaltó cuando estaba agachado, limpiando su jardín de malas hierbas; se irguió y se limpió el sudor de los ojos con un parpadeo.

—Ivanr —dijo la mujer—, ¿qué es lo que temes de mí?

El granjero estudió a aquella niña-mujer con sus sucios harapos. Una extranjera llegada para convertir una tierra entera. Vio un rostro arrugado y ojeroso, obra de un sufrimiento que a ningún joven debería pedírsele que soportara; miembros deformados, casi combados por las tareas que se les habían exigido. Y, sin embargo, una innegable aura de poder planeaba sobre ella, ahuyentando a cualquiera que se planteara desafiarla. Ivanr se encogió de hombros y volvió a sus malas hierbas.

—Sacerdotisa, no te temo.

—Pero me evitas con resolución.

El hombre señaló su campo con un gesto amplio.

—Tengo trabajo que hacer.

Las hojas secas susurraron cuando se acercó la mujer. Sus pies desnudos estaban sucios, sus túnicas no eran más que harapos manchados de barro.

—Igual que yo. ¿Podría ser, Ivanr, que temes que yo pueda tener otro trabajo para ti?

—Tienes muchos otros entre los que elegir.

—Sin embargo, aquí estoy, hablando contigo.

El granjero se irguió, se alzaba a mucha más altura que ella y esta tuvo que levantar la barbilla para encontrarse con su mirada. El cabello negro y enredado de la mujer le revoloteó alrededor de la cara como una cogulla. Ivanr tuvo que ocultarse de las profundidades de aquellos ojos irresistibles.

—Bueno, pues estás perdiendo el tiempo.

—¿Pretendes entender lo que hago? Se burlan de ti, ¿sabes? Te llaman granjero. Destripaterrones. Cobarde.

—Y yo cultivo cosas llamadas tomates, alubias, calabacín. —Eso provocó una sonrisa breve y angustiada—. No me necesitas. Me han dicho que tienes a muchos de los aristócratas. Las familias gobernantes de pura sangre.

—Cierto. Hijos e hijas de los apellidos más relevantes de Jourilan han llegado en

ordenada fila hasta mi modesta higuera. «Enséñame», exigen. «Instrúyeme en este nuevo modo del que hemos oído hablar». Quizá ya se hayan adentrado demasiado en el camino equivocado. Pero eso yo no puedo mostrárselo, solo tú puedes.

Ivanr estudió sus manos manchadas de tierra, llenas de cortes y sangre, con callos, las uñas rotas. *Igual que durante todos esos años de adiestramiento y duelos.*

—No me escucharán. No tengo el... historial que debiera.

—Ah, sí. Esa mancha tan vergonzosa para los jourilanos. Mestizo. ¿Sabes el nombre de tus ancestros, Ivanr?

El hombre se encogió de hombros, la mirada entornada.

—Mi madre decía que su pueblo era de la tribu de Roca-Roja de los thoul-alai. Es todo lo que sé.

La voz de la sacerdotisa se endureció con una cólera repentina.

—¡Tu pueblo era de los toblakai, Ivanr! ¡Benditos entre los hijos de la Gran Madre! Algunos de vosotros sobrevivís aislados, en pequeños focos repartidos por distintos lugares, a pesar de los esfuerzos hechos por todos aquellos que os han robado vuestras tierras.

—¿Robado? Palabras muy fuertes para alguien que no es de aquí.

La sacerdotisa se abrazó entonces el cuerpo anguloso, las arrugas de su boca se profundizaron en las sombras.

—Es una historia que no me es ajena.

Ivanr se la quedó mirando, perplejo. *Bueno, un lado vulnerable. Algo se abre. Cuidado. La seducción tiene muchas caras.*

—Irrelevante. Lo que está hecho, hecho está. No se puede recuperar el pasado.

—Ni pretendería nunca tal cosa. —Las palabras de la mujer fueron más suaves, su tono más parecido al que le correspondía a su tierna edad. Ivanr sintió las heridas de aquella joven y algo en su interior anheló abrazarla, aliviar su dolor.

Peligrosa de verdad.

—La cuestión es cómo avanzar hacia el futuro. Tú, Ivanr, el campeón guerrero que desafió la llamada de la muralla de las Tormentas. He oído muchos rumores sobre las razones. Pero yo tengo mi propia teoría...

La mirada de Ivanr encontró una bandada de cuervos que cruzaba la meseta central de la lejana Jourilan. El humo oscurecía el horizonte septentrional; se protegió los ojos y los guiñó. *Ya están quemando; muy pronto, puñeta.*

—Fue cobardía, déjalo así.

—No. Sería cobardía dejarlo así.

Ivanr dejó caer la mano. Ella lo miró a la cara, casi con frialdad, y él sintió que se encogía bajo esos ojos firmes y resueltos. ¡Tanto sufrimiento grabado en ese rostro afilado y ya repleto de arrugas, aunque debería estar inmaculado! Y un fulgor angustiado también, ¿la insinuación persistente de la revelación sobre la que todo el

mundo susurraba? ¿Quién era él para osar disputar las decisiones de esa mujer? ¡Sin duda él era indigno! ¿Cómo podría él, que en otro tiempo disfrutaba de los conflictos, servir a Dessembrae, el señor de la Tragedia, o a cualquiera de esos dioses extranjeros?

—No podría. No soy...

—¿No eres digno? ¿No eres lo bastante puro? ¿No eres lo bastante entregado? ¿No... estás seguro? Ninguno lo estamos. Y nadie que esté seguro interesa al señor de la Tragedia. Esas mentes están cerradas. Él requiere que la mente esté abierta. — La mujer parecía mirarlo de refilón, casi con gesto burlón—. Fue tu mente abierta la que te llevó a tu conclusión, a ese destello intuitivo que tanto te cambió, ¿no?

—No sé de qué estás hablando.

—Lo viste por instinto, tú solo, la inutilidad de todo.

¡Dioses, esa mujer era peligrosa! ¿Cómo podía saberlo? Y, sin embargo, ¿no era esa la esencia de sus sermones, su propio mensaje? Ivanr se pasó una mano por la frente resbaladiza.

—Una charla peligrosa, sacerdotisa —le contestó con voz ronca—. Una charla que puede llevar a un hombre, o a una mujer, a la muerte.

—Así que tienes miedo...

Ivanr esbozó una media sonrisa.

—A los pozos de tortura del emperador jourilano, sí.

—Ellos no son el enemigo. El enemigo es la ignorancia y el odio. ¿No merece la pena oponerse a eso?

Puro idealismo. Ah, dioses, ¿por dónde se empieza con alguien así? La mirada masculina encontró los pimientos que maduraban a sus pies.

—Sacerdotisa —comenzó con lentitud—, no creerás de verdad que eres la primera, ¿no? —Abarcó con un gesto los campos—. Nuestra Señora la Salvadora ha vigilado con tiento su jardín todas estas generaciones. Arranca las malas hierbas con minuciosidad. Y sin piedad. A ningún invasor poco grato se le ha permitido aferrarse a esta tierra. Ya lo he visto antes.

La sacerdotisa alzó los ojos, y quizá fuera la luz argentina de las últimas horas del día, o algún reflejo, pero los ojos llamaron como si estuvieran fundidos.

—¿No te has preguntado —indagó ella en voz baja— por qué has de quitar de forma constante las malas hierbas, ya en primer lugar?

Ivanr ladeó la cabeza, no muy seguro de adónde quería ir a parar la sacerdotisa.

—Es porque las malas hierbas son mucho más resistentes que la cosecha que estás intentando cultivar.

Ivanr se encontró con que se había encogido. Se paseó por el campo, metiéndose entre las plantas. *¡Maldita seas, mujer! ¿Cómo te atreves a atormentarme con exigencias tan indignantes? ¿Es que no he hecho suficiente? Pero quizá alejarme no*

era suficiente. Quizá alejarse nunca fue suficiente. Dejó los paseos. Se volvió hacia ella, pero solo pudo ofrecerle una negativa muda.

La mujer se acercó con suavidad, como si temiera que él fuera a huir, y extendió una mano.

—Coge esto. Y ven a mi higuera. Siéntate a mi lado. Escucha el mensaje que ha venido a mí. Creo que tú ya has recorrido buena parte de ese sendero.

Cuando él no quiso levantar la mano, la sacerdotisa la tomó y le metió el objeto entre los dedos. La mano femenina solo era una fracción de la de Ivanr, pero mucho más dura. Tan afilada e inflexible como lascas de piedra. Después se alejó, los largos andrajos de sus túnicas se arrastraban entre los tallos. Ivanr abrió la mano. Un clavo de hierro tallado como una espada en miniatura, con un lazo de cuero pasado por el pequeño bucle que era la empuñadura y el pomo. El símbolo del culto de Dessembrae.

La noticia de la herejía politeísta había bajado del norte por las estribaciones montañosas solo unos años antes. Había pasado el doble de ese tiempo desde que Ivanr había rechazado la «llamada» y había arrojado sus espadas en el polvo de los campos de adiestramiento de Abor. Lo habían encarcelado, lo habían golpeado hasta casi matarlo, lo habían maldecido llamándolo asquerosa escoria mestiza thel, y eso que sus antecedentes no habían importado mucho mientras su espada servía. Pero no iban a matarlo, no al gran Ivanr, al que habían alabado como el más grande paladín jourilano en la memoria viva.

Y así fue como se había encontrado parpadeando bajo la, para él, desconocida luz brillante del sol con solo los andrajos que le rodeaban la entrepierna por toda posesión. Los guardias que lo habían tirado de la carreta pinchándolo con las lanzas le arrojaron un cuero de agua a los pies y le dijeron que si regresaba a la ciudad, lo matarían allí mismo. Las heridas de la espalda desgarrada se abrieron cuando se arrodilló para coger el pellejo.

Se había dirigido al sur. Al principio pensó que se limitaría a seguir caminando hasta que sus pies lo llevaran a las inmensas y gélidas tierras baldías sometidas a la cordillera de Yermo Helado. Donde sin duda habría perecido. Pero cuando llegó a las estribaciones se encontró con muchos más como él, apiñados en pequeños campamentos familiares alrededor de hogueras humeantes, cavando la tierra junto al camino. Algunos de pura sangre, algunos mestizos; simples restos, los que lucían la marca de los antiguos habitantes de la tierra. Algunos de una altura notable, como él, otros anchos y pegados al suelo. Los thoul-alai, o, según los casos, «thel» o «thoul», como los invasores los habían clasificado. Así que decidió que quizá aquel era su sitio. Eligió una sección de la falda de una colina desfavorable y revuelta y se puso a plantar.

Los rancheros locales que criaban una raza de ganado llamada baranal creyeron que estaba loco y hacían pasar con regularidad a sus bestias por su campo. Los otros también pensaban que estaba mal de la cabeza; ninguno de ellos cultivaba. Pero a él le parecía que una sociedad que dependía de un modo de vida que ya no era viable, a saber, cazar y recolectar, debería empezar a adaptarse de verdad. Y consideraba que la agricultura era un sustituto razonable.

Entonces se extendieron rumores sobre ese nuevo culto. ¡Blasfemia! ¡Niegan a la diosa! ¡Hablan contra la muralla de las Tormentas! La sacerdotisa que los lideraba era una bruja que esclavizaba a los hombres por medio del sexo. Celebraban orgías en las que asesinaban bebés para comérselos.

A Ivanr le parecía extraño que todo el mundo estuviese tan dispuesto a creer que un culto que predicaba la no violencia se dedicara a asesinar bebés. Pero por lo que él había visto en la vida, era mucha la demencia que rodeaba la religión.

Entonces, la primera de las cuadrillas de prisioneros llegó arrastrando los pies por el camino que atravesaba el valle que había bajo su colina. Un cadáver suspendido de una horca colgaba a la cabeza de la columna. Tras trabajar todo el día dándole la espalda de forma deliberada al valle, Ivanr al fin tiró a un lado sus picos y sus palas y bajó adonde los captos jourilanos habían plantado las estacas para las cadenas. Un oficial del destacamento salió a recibirlo, flanqueado por soldados.

—¿Estos son los herejes? —preguntó.

—Sí. —El oficial lo observó muy de cerca; Ivanr reconoció a muchos de sus hermanos y hermanas entre los prisioneros encadenados. Ninguno alzó la cabeza.

—¿Van para Abor?

—Sí.

—¿Ejecución?

—Sí.

—¿Lo habitual? ¿Lapidarlos? ¿Aplastarlos? ¿Agarrotarlos en público y empalarlos? ¿O una simple crucifixión? Fines violentos para personas que juran no usar la violencia.

La mirada del oficial jourilano se endureció todavía más.

—¿Es eso una objeción?

—Solo una observación.

El oficial le hizo un gesto para que se fuera.

—Entonces observa desde más lejos.

Un mes después Ivanr estaba sentado delante de su choza con tejado de terrones, afilando sus herramientas, cuando una fila de mendigos polvorientos se acercó. Los encabezaba un anciano, un hombre de pura raza invasora jourilana, macilento y sin lavar, pero todavía con la cabeza muy alta y el paso firme, que plantaba con fuerza un

bastón por delante. Detuvo su banda de seguidores a una distancia discreta, después se aproximó y se apoyó en el cayado.

—¿Te sobra un trago de agua para los sedientos, desconocido?

Ivanr dejó en el suelo su piedra de afilar. Examinó el horizonte en busca de alguna patrulla jourilana.

—Sí.

Sacó un pequeño barril de agua de lluvia que había recogido y una taza de cuero embreado. El anciano se inclinó, dio un pequeño sorbo y después le pasó el barrilito a sus compañeros. En ningún momento las ranuras de aquellos ojos oscuros que brillaban en el rostro arrugado y curtido por el sol abandonaron los de Ivanr.

—¿Sois del sur? —preguntó Ivanr.

—Sí.

—¿Lleváis la palabra de esta nueva fe?

Los labios agrietados, ensangrentados, se alzaron con una leve mueca de buen humor.

—Seguimos a la sacerdotisa y llevamos la palabra de sus enseñanzas. La palabra de la nueva fe que se le reveló. Una fe que abraza la vida. Rechaza la muerte.

—¿Vosotros rechazáis la muerte?

—La aceptamos. Y, por tanto, le negamos cualquier poder que pudiera tener sobre nosotros.

—¿Os dirigís al norte?

—Sí. A Pon-Ruo.

—Creo que os encontraréis con que lo que negáis os aguarda allí.

De nuevo la media sonrisa.

—La muerte nos aguarda a todos. La cuestión, entonces, debería ser en realidad cómo vivir.

—¿Quieres decir sobrevivir?

—No, cómo vivir tu vida. Hacer daño a otros no es forma de honrar la vida.

Ivanr, que hasta entonces solo se había limitado a entretenerse, se estremeció al oír esas palabras. El anciano peregrino no pareció notarlo y señaló los campos de Ivanr.

—Cultivar honra la vida.

Ivanr hizo un gesto para que el hombre se fuera.

—Coged el agua y marchaos. —Y él se alejó.

—No puedes ocultarte de la vida —exclamó el anciano a su espalda—. Te haces daño a ti mismo y aumentas el poder de aquello a lo que le das la espalda.

—¡Vete!

El anciano se inclinó.

—Te honramos por tu regalo.

¡Marchaos de una vez, malditos seáis!

De todos los lugares en los que uno podía morir, Bakune creía que aquel era con toda probabilidad el más feo. Casi podía oler la locura que debía de haber empujado a la anciana a morir allí, en aquel callejón sin salida. Lo que no podía evitar oler era el sudor rancio, el miedo animal y los orines secos.

Era una monja que prestaba servicio en el Claustro y Asilo de Nuestra Señora la Salvadora. Eso al menos había determinado la Guardia. Una mujer que se había vuelto loca y había terminado su vida en un montón retorcido y espumeante, oculta en un callejón salpicado de basura, los dedos ensangrentados y desgarrados de arañar los muros de piedra.

Y había estado a punto de no verla.

La Guardia ya casi nunca se molestaba en llamarlo. Otro cadáver más. El examinador llegaba, hurgaba un poco, hacía sus obtusas preguntas, y luego regresaba a fruncir el ceño y entretenerse con sus informes. ¿Qué sentido tenía? Por su parte, Bakune sabía que, si bien la Guardia respetaba las sentencias que dictaba desde el tribunal, seguía pensando que ojalá se quedara en su despacho. Después de todos esos años, estaba empezando a ser, bueno, embarazoso.

Pero en ese caso había algo diferente. ¿Qué estaba haciendo una monja fuera del templo en plena noche? ¿Cómo había salido sin que nadie lo advirtiera? ¿Y por qué? ¿Para qué perderse en ese laberinto de callejones? La locura, supuso, era la respuesta más sencilla.

Pero demasiado fácil para su gusto. El templo no revelaba mucho de los puntos más sutiles de su fe, por no hablar ya de su funcionamiento interno. ¿Cómo podía haber escapado aquella vergüenza a su vigilancia interna? No cabía duda de que la demente ya debía de llevar algún tiempo bajo un auténtico arresto domiciliario, incluso encerrada en la celda de un asceta. Quizá procediera una visita al Claustro.

Se irguió después de estudiar el cadáver rígido y se encontró con que su escolta, dos soldados de la Guardia, se habían retirado a la boca de ese callejón invadido por las ratas y que daba a una calleja trasera un poco más grande y menos atestada. Bakune suspiró, pasó por encima de la basura podrida y los desechos nocturnos y se reunió con ellos.

—Un auténtico pestazo —opinó el bigotudo, lo más parecido a una disculpa que cualquiera de los policías de la calle le podrían ofrecer.

—Quiero hablar con el abad.

Los dos compartieron el destello de una mirada y, en ese rápido intercambio, a Bakune le mortificó leer la verdadera bancarrota de su influencia y reputación: hacer de niñera del examinador mientras se entretenía por los callejones era una cosa, permitirle que le diera la lata al abad del Claustro de Nuestra Señora era otra muy

distinta.

Se sintió mortificado, sí, pero no le sorprendió. A la Guardia de la Ciudad le importaba la acción y los resultados rápidos. A él le parecía que las porras romas y brutales que llevaban al costado eran las armas más adecuadas para los instrumentos romos y brutales del estado que las mantenían.

—No es necesario que me acompañen.

De nuevo aquel destello en la mirada.

—No, examinador —dijo arrastrando las palabras el que tenía un aspecto menos torpe—. Es nuestro trabajo.

—Muy bien. Esperemos que el abad pueda atendernos con tan poca antelación.

El Claustro de la Santísima Señora era el tercer lugar sagrado más reverenciado de la isla de Puño, después de las Cuevas de los Ascetas, cerca de Thol, y el Tabernáculo de Nuestra Señora de Paliss. Ni Mare ni Skolati poseían un lugar como aquel, digno de peregrinaje. El Claustro se alzaba alrededor de la roca desnuda donde se decía que la propia Señora había derramado sangre en su misión sagrada de detener al enemigo llegado por mar.

Bakune se dirigió a la ruta de peregrinos que serpenteaba desde los muelles hasta las puertas dobles de cobre del Claustro. La cacofonía lo alcanzó primero. Los ganchos y los vendedores ambulantes berreaban para captar la atención de los penitentes que recorrían el antiguo sendero que trepaba la falda de la colina hasta esas puertas de paneles batidos. Bakune, seguido por los guardias, se unió a la fila. Fachadas de tiendas, puestos y modestas alfombras extendidas bordeaban el estrecho camino de la Obtestación. Cada uno desplegaba lo que parecía un surtido infinito de amuletos, pulseras benditas, piedras curativas, huesos de este o aquel monje, monja o santo, muestras de tela recortadas de las espaldas de devotos destacados que se desmayaban al caer en un éxtasis enloquecido; en pocas palabras, cualquier cosa que pudiera tentar a los peregrinos llegados para aumentar su purificación espiritual.

El examinador apartó los palos que se le cruzaban por delante de la cara y a los que habían atado amuletos, como pequeños bosques de cuentas.

—¡Cura la terciana, la podredumbre y la ceguera turbia! —exclamó un gancho.

Pusieron ante él una petaca que colgaba de un largo bastón.

—¡Aguas benditas de la fuente del Claustro! ¡Lo curan todo!

Bakune sabía que, para ser realmente eficaces, esas aguas debían de recogerse en su fuente, pero los peregrinos primerizos no sabían esas cosas.

Un golfillo callejero lleno de mugre le tiró de las túnicas.

—¿Inspecciona a las vírgenes sagradas? —La mirada lasciva era sorprendente en una cara tan joven. Uno de los guardias apartó al chico de una patada.

Bakune solo pudo sacudir la cabeza; había pasado mucho tiempo desde que había

hecho sus propias visitas obligatorias, pero no recordaba que la experiencia fuera tan, bueno, sórdida. Hizo una pausa para girar y, rozado por los hombros de los que pasaban, cabezas inclinadas en meditación, recorrió con la mirada todo ese arco del Camino y abarcó no solo a los vendedores ambulantes y abastecedores de objetos religiosos, legítimos o no, sino también a los vendedores de comida, las posadas, los mozos de cuadra, el sinfín de servicios que los emprendedores ciudadanos de Banith proporcionaban al torrente constante de visitantes que llegaban durante todo el año. En esa ciudad costera sin importancia, ese era el único negocio que había en realidad en marcha. Amenazar su flujo sería amenazar el propio sustento de la ciudad, y Bakune sintió que lo recorría un escalofrío ante una reafirmación tan visceral de lo que él siempre había percibido a un nivel más intelectual.

Su escolta se detuvo en seco y lo miró con aire socarrón, después intercambiaron miradas aburridas. Bakune se volvió de nuevo sin un solo comentario y les hizo un gesto para continuar.

Cerca del Claustro la multitud disminuía. Allí, las tiendas caras (ocultas tras entradas estrechas) atendían a los peregrinos más acaudalados, mercaderes ellos también, quizá, o a las esposas de funcionarios de alto rango de Dourkan o Jourilan. Allí también patrullaban los Guardianes de la Fe con sus severas túnicas oscuras, armados con bastones con extremos de hierro. La orden había comenzado como un cuadro militar religioso para responder a las invasiones malazanas. Tenía encomendado proteger a los peregrinos y la fe en sí, para evitar recaídas y corrupción. En opinión de Bakune, era la peor de las innovaciones que había acarreado la presión de la ocupación extranjera; quizá porque la orden era una especie de policía religiosa rival que decidía lo que era un comportamiento adecuado y lo que no, y quizá porque se veía a sí misma como un estamento que estaba por encima de las leyes terrenales, representadas en aquella ciudad nada menos que por él.

Cuando llegó a las altas puertas dobles de los terrenos del Claustro, la visión de tantos guardianes haraganeando hizo pensar a Bakune que durante todo el trayecto no había visto ni un solo soldado de sus antiguos ocupantes, los malazanos. Muy prudentes: se mantenían alejados de la ruta de los peregrinos, donde los ánimos podrían encenderse.

Dos guardianes se adelantaron para bloquear el camino abierto.

—¿Qué asunto lo trae al Claustro? —preguntó uno.

Bakune alzó una ceja, ¿desde cuándo habían empezado a interrogar a los visitantes?

—Mi asunto es mío. ¿Con qué derecho pregunta?

El hombre se enfureció y apretó el bastón con fuerza.

—Con el derecho de la fe. —Miró a Bakune de arriba abajo y estudió el manto oscuro, los pantalones de tela, el chaleco de satén con brocados y la camisa limpia de

lino—. Usted no es ningún peregrino. ¿Cuál es su asunto?

—Me muero de sangrado de los pulmones.

El guardián se encogió por un momento, pero se recuperó y alzó la barbilla.

—Ese no es asunto de broma. Hay hombres y mujeres muriendo de esa misma aflicción en el Asilo, rezando para alcanzar la bendición de Nuestra Señora y sus aguas curativas. Mientras, usted le resta importancia.

A Bakune le impresionó la velocidad con la que el hombre se había apropiado de la cima moral, aunque el movimiento había sido demasiado ostensible y osado. Cachiporras. Como sus propios guardias, que en ese momento subían casi a rastras el camino adoquinado, aquellos no era más que simples instrumentos romos.

Lanzó un suspiro irritado, se quitó un guante de piel de topo y le tendió la mano al guardián.

—Examinador Bakune. He venido a ver al abad.

El guardián frunció el ceño al descubrir el anillo del cargo. Con cierto retraso, Bakune se dio cuenta de que habría sido lo mismo lanzarle al hombre una mofeta viva, teniendo en cuenta lo que parecía entender sobre la importancia del sello de un magistrado del estado. Pero el instinto de supervivencia le indicó al hombre que quizá hubiera algo en todo aquello y asintió, a regañadientes, antes de apartarse. Eso, o la llegada tardía de los dos guardias de Bakune, ambos chupándose grasa de los dedos.

Bakune pasó por debajo del tejado de madera abovedada del túnel que conducía a los terrenos. El otro guardián, quizá el más listo de los dos, se había adelantado corriendo para llevar recado de su llegada. Tras el túnel, caminos con columnatas en sombra atraían hacia derecha e izquierda, mientras por delante se encontraban los senderos de gravilla de los jardines bien cuidados y los senderos de la Santísima Contemplación. Algo más allá, a la derecha, se levantaban las tres plantas del Asilo de madera de Nuestra Señora, la más grande de ese tipo de instalaciones en todo Puño, eclipsada solo por la que atendía a los veteranos de los elegidos de Korel. A la izquierda, por encima de las cimas de los setos y los árboles ornamentales, se alzaban las altas agujas del laberíntico Claustro en sí. Una ciudad dentro de una ciudad, con sus propias escuelas, administración, cocinas y panadería, convento, biblioteca, orfanato, incluso el Asilo para dar refugio a hermanos y hermanas ancianos y moribundos.

Bakune optó por esperar fuera. Se quitó el otro guante para apreciar mejor los brotes del encaje del invierno, que florecía tarde, y cuyas diminutas flores blancas se consideraban melancólicas porque su aparición señalaba la llegada del invierno. A él le gustaba su aroma delicado. Sus guardias se despatarraron en un banco y observaron a los internos más sanos del Asilo, que arrastraban los pies de un lado a otro en sus ineludibles paseos. Al final, como Bakune sabía que haría, aunque solo fuera por una cuestión de formas, llegó el abad Starvann Arl, seguido por una manada

de sus funcionarios de más rango y otros empleados.

Se abrazaron como los iguales que eran, al menos en principio. Starvann, cabeza del Claustro, con autoridad sobre todos los asuntos de la fe a nivel local, solo respondía ante la priora de la capital, Paliss. Y Bakune, examinador y magistrado, la autoridad legal más alta de la ciudad, solo respondía ante el examinador supremo de la misma ciudad. Pero con una diferencia: a Bakune le prestaba una especie de ayuda reticente la Guardia de la Ciudad, mientras que Starvann estaba al mando de todo el personal del Claustro, cuyo número ascendía quizá a más de mil, más la autoridad que ejercía sobre la orden de los propios Guardianes de la Fe. *Sí*, reflexionó Bakune con aspereza, *iguales solo en principio*.

—¡Bakune! Me alegra verlo. Nos encontramos en tan pocas ocasiones... Qué amable por su parte venir a visitarnos. —El abad capturó las manos de Bakune en un apretón sorprendentemente fuerte. Después, la sonrisa tras la densa barba se desvaneció y sus extraordinarios ojos pálidos se nublaron—. Sé por qué ha venido —dijo con tristeza.

Bakune alzó una ceja desconcertada.

—¿Lo sabe?

Starvann le dio a las manos del examinador un último y doloroso apretón antes de soltarlas.

—La hermana Prudencia. He recibido la noticia esta misma mañana. —Puso una mano en la espalda de Bakune y, con suavidad pero con firmeza, lo empujó a continuar—. Vamos, demos un paseo por los terrenos... discúlpeme, pero lo encuentro confortador.

—Desde luego. —Bakune permitió que lo guiara por un sendero entre arbustos bajos de hoja perenne. El abad entrelazó las manos a la espalda. Sus sencillas túnicas oscuras rozaban la gravilla al caminar. Su atavío era severo, como correspondía, y austero; el único adorno una diadema suspendida del cuello con la explosión de color del sigilo de la fe de la Santísima Señora.

—¿Está muerta, entonces? —preguntó con la cabeza gacha.

—Sí.

—Al fin ha encontrado paz con Nuestra Señora.

—Sí. ¿Dijo usted hermana... Prudencia?

La cabeza se alzó y el largo cabello gris revoloteó bajo la suave brisa.

—El nombre que eligió cuando se unió a la orden siendo niña.

—Ah, ya veo. ¿Me permite preguntar...?

—¿Cómo sabía que había fallecido?

Bakune se aclaró la garganta, y tuvo que entrecerrar los ojos bajo la luz de los sobrenaturales ojos pálidos de aquel hombre.

—Bueno... sí.

Regresó la sonrisa dulce y el abad le apretó el hombro. Bakune sabía que la sonrisa debería tranquilizarlo y la atención personal halagarlo, pero, por alguna razón, no lo hacía. La voz del juez suspicaz que le hablaba cuando estaba en la silla del magistrado le murmuró: *¿Por qué habría de molestarse? No es la primera vez que nos vemos. Es simple cortesía profesional. Y tú sientes gratitud por esta condescendencia, ¿a que sí?*

Y después se preguntó con su autoanálisis más despiadado: ¿eran celos?

Bakune echó un vistazo a su espalda y tuvo que asfixiar el impulso de lanzar una carcajada. El séquito entero del abad se había apiñado detrás de sus dos guardias, que andaban sin rumbo, y uno de los cuales se estaba explorando uno de los orificios de la nariz.

El abad continuó su lento paseo. La gravilla crujía bajo sus sandalias.

—Lleva con nosotros toda su vida. Ya hace algún tiempo que hemos tenido que... ¿cómo lo diré? Reprimir a la hermana Prudencia. Cuando se escapó del Asilo, todos sabíamos cómo terminaría. Un acto terrible. Terrible. Pero —y el abad respiró hondo, muy despacio—, no cabe duda de que la Señora ha acogido su espíritu desazonado y ahora la protege y la reconforta.

—Sí. Por supuesto. ¿Me permite preguntar cuáles eran sus obligaciones?

Starvann hizo una pausa y se giró. Sus cejas enmarañadas se alzaron.

—¿Sus obligaciones? Bueno, no muy diferentes de las de sus hermanas. Devocionales, claro. Rezar por el sufrimiento de los internos en el Asilo y aliviarlo. Rotaba en las tareas de cocina y limpieza, al igual que todas las hermanas. Y también sirvió en el orfanato. Recuerdo que le tenía especial cariño a trabajar con nuestros pupilos más jóvenes.

—Entiendo. Gracias, abad, por su tiempo.

Starvann se inclinó.

—Por supuesto. Gracias por venir en persona. Su atención se agradece. —Hizo una pequeña reverencia.

Bakune le respondió del mismo modo; la audiencia se había terminado. *¡El tipo se cree de verdad que vine aquí para impresionarlo con mi diligencia!* Y algo lo impelió a presionar un poco más, quizá esa misma condescendencia.

—¿Tenía alguna amistad en concreto, abad? Me refiero a dentro de la orden.

Sorprendido en pleno giro, el abad frunció el ceño e hizo un gesto vago.

—Podría haber habido una amiga, la hermana Caridad, creo.

Aunque el abad comenzaba a alejarse, Bakune alzó de nuevo la voz.

—¿Y dónde podría encontrar a esa hermana Caridad?

Los labios del abad se endurecieron. Su séquito había pasado junto a los guardias de Bakune y se lo llevaba ya.

—Dejó la orden hace años —dijo el abad con lentitud—. Que tenga un buen día.

Bakune se inclinó.

—Buen día —murmuró, pero no quedaba nadie más que sus guardias, que tenían las manos metidas en el cinturón mientras observaban cómo se alejaba sin prisas la multitud.

—Parece que aquí ya hemos terminado —les dijo.

—Eso parece —dijo uno con tono perezoso.

—Ahora quiero ver a su capitán, señores.

Los dos compartieron una mirada y pusieron los ojos en blanco.

Un año antes, Kyle había dejado la compañía de mercenarios con la que había luchado desde que lo habían sacado de las estepas de hierbas altas, aquel espacio recurrente que había conocido toda su juventud. Y allí estaba, intentando arreglárselas en Delanss, la capital de la isla del mismo nombre, donde descubrió de repente la necesidad urgente de algo que jamás había echado de menos: dinero en metálico para casa y comida. Solucionó el problema aceptando servir como mercenario para un tipo llamado Mejor. El trabajo consistía en poco más que calentar un banco, beberse la cerveza del tipo y dormir en su taberna; y de vez en cuando tenía que intimidar a la gente lo bastante estúpida como para haberle pedido dinero prestado a su jefe.

Esa noche, como siempre, estaba bebiendo en la sala común cuando su jefe inmediato, Tar Kargin, bajó las escaleras en tromba y reunió con un gesto a todos los musculitos habituales.

—Tenemos trabajo. Es cosa de Mejor. —Salió por delante de ellos a la calle empedrada, resbaladiza por la lluvia y cada vez más oscura.

Tar, ancho como un bote, bajó con paso pesado por el centro de la calle, flanqueado por sus secuaces favoritos y seguido por Kyle, que se maravillaba del modo en que el tipo, quizá a fuerza de pura obstinación embrutecida e imponente ensimismamiento, podía mangonear todo y a todos para que se retiraran de su camino. No solo los trasnochadores de la ciudad se fundían a un lado, sino también hombres que arrastraban carretas, estibadores que gruñían bajo bolsas y fardos amontonados, incluso carruajes arrastrados por caballos, que se desviaban en el último instante, no fueran a aplastar o a ser aplastados por él. Por asombroso que fuera, incluso obligó a apartarse a un asno que guiaba a un ciego con una cuerda.

—¿Tienes tus trofeos? —le preguntó a Kyle sin girar el cuello de toro.

Kyle hizo rechinar los dientes y de mala gana sacó el horrendo cinturón maloliente de una saquita y se lo colgó del cuello. Unas cosas curtidas, arrugadas, colgaban de él. Orejas quizá, o narices. No estaba seguro y, con franqueza, no quería saberlo. A lo mejor lo había desenterrado de algún sitio, pero estaba obligado a ponérselo cuando trabajaba. Decía que espeluznaba a todo el mundo. Lo que

espeluznaba a Kyle era el olor.

Se detuvieron cerca del puerto, delante de una fila de casas de dos pisos con tiendas sumidas en la oscuridad; Kargin aporreó una puerta.

—¡Bor'eth! ¡Abre! ¡Sé que estás ahí dentro! ¡Abre la puerta!

Los tres matones sonrieron a Kyle y toquetearon las porras que llevaban metidas por las pecheras de las camisas. Kyle se cruzó de brazos y por centésima vez maldijo esa innovación civilizada llamada trabajo. De momento, no le parecía gran cosa.

Se abrió una mirilla y se asomó un anciano.

—¡Oh! Eres tú, Kargin. ¿Sabes?, tiene gracia, pero estaba a punto de...

—Ahórratelo y abre de una vez.

—Pero mañana voy a...

—Hoy ya es tarde.

—Juro que mañana...

—Si no me dejas entrar ya, la próxima vez no te lo voy a pedir por favor.

—Oh... bueno... si no queda más remedio... —Traquetearon y tintinearos varios cerrojos. La gruesa puerta se abrió poco a poco hasta que Kargin la empujó de golpe y entró. Los matones lo siguieron y Kyle cerró la marcha.

Se apretujaron en el vestíbulo de una tienda que, bajo la luz tenue del farol del anciano, parecía abastecida de lujosos objetos de importación. Junto a Kyle, un estante albergaba copas de varios tamaños y formas. Kargin estiró el brazo con suavidad para quitarle el farol al anciano, Bor'eth, y lo puso en un estante alto cercano. Después le hizo un gesto a uno de sus chicos para que cerrara la puerta. La sonrisa del anciano desapareció cuando el matón pasó los cerrojos.

—Pagaré, Kargin, ya lo sabes, lo haré. —Intentó sonreír otra vez, pero solo consiguió parecer un viejo paralizado por el terror—. Es solo que el negocio va lento ahora mismo...

—Lento... —Kargin alzó y bajó su enorme masa en un suspiro cargado de paciencia cansada. Hizo un gesto a Kyle para que se adelantara. Kyle se acordó de poner su mejor expresión de furia hosca—. ¿Ves a este muchacho? —Bor'eth asintió, no muy seguro—. Procede de una tierra salvaje y remota donde no se lo piensan dos veces a la hora de matarse. No valoran la vida humana. No como nosotros, las personas civilizadas. ¿Ves ese cinturón? —De nuevo un asentimiento incierto—. Esas son las orejas, las narices y... otras cosas que les cortó a los hombres que mató. —El anciano alzó los ojos, se encogió y se ciñó mejor la colcha que se había echado sobre los hombros—. Solo tengo que chasquear los dedos así, y te arranca las orejas... ¿Qué te parece?

El anciano se llevó la mano al cuello y miró de una cara a otra como si se preguntara si eso era un chiste o no.

—¿En serio? —jadeó, la voz aguda y trémula—. Asombroso...

—¡Arráncale las orejas!

Kyle se abalanzó, asió un buen mechón del pelo ralo de color gris anaranjado del hombre y apretó el filo de su cuchillo justo por debajo de una oreja. El tipo chilló como un pájaro ronco y agitó en vano las manos contra los brazos de Kyle. Este se giró para mirar a Kargin.

El hombretón dejó escapar una gran carcajada grosera y arrebató a Bor'eth de entre las manos de Kyle. Después lo sostuvo en un abrazo apretado.

—¡Pero no dejaré que lo haga esta vez, Bor'eth! ¿Por qué le iba a hacer una cosa así a un cliente de pago, verdad? —El viejo estaba casi sollozando y se aferraba a Kargin como si le acabara de salvar la vida—. No... eso es lo que te haré si mañana no le llevas el dinero a Mejor. Lo que les hago a los que se retrasan es esto. —Les hizo una seña a los matones que, con una gran sonrisa, le quitaron a Bor'eth de encima.

—¿Qué...? —jadeó el anciano.

—Rompedle la mano.

Entre risas, los muchachos levantaron las porras y mientras uno sujetaba la mano del hombre, que no dejaba de retorcerse sobre un mostrador, los otros dos levantaron las armas.

—No... por favor... En el nombre de Soliel...

—Estoy siendo misericordioso, Bor'eth. —Y asintió con brusquedad. Una porra bajó con un silbido y machacó el mostrador. El anciano chilló. La segunda porra se alzó y aterrizó con un golpe húmedo. Bor'eth se desmayó en los brazos del matón. El muchacho lo sacudió hasta que despertó—. Otra vez —dijo Kargin. Las cachiporras se alzaron.

Kyle examinó las copas mientras los matones destrozaban la mano del mercader. Todo ese dolor y líos por dinero; él había crecido sin ese estorbo en las llanuras abiertas donde su pueblo cazaba para conseguir la comida que necesitaba y fabricaba las herramientas que utilizaba. Tenían algunas monedas y otros cachivaches que guardaban para comerciar, aparte de eso, él había crecido sin tal necesidad. Por lo que había visto en sus viajes desde entonces, su pueblo había estado mucho mejor sin ese avance concreto de la civilización. Y si alguien le imponía esa necesidad, se limitaría a darle la espalda e irse.

Kargin levantó una mano. Kyle le echó un vistazo; cuando lo soltaron, el viejo se deslizó hasta quedar sentado, meciéndose hacia delante y hacia atrás, acunando contra el pecho el miembro roto que era su mano. Kargin señaló la puerta. Kyle volvió a colocar la copa de cristal tallado rosado en su sitio del estante.

Una vez en la calle, mientras regresaban al establecimiento de Mejor, recibieron el aire nocturno, frío y despejado tras una lluvia ligera, y uno de los jóvenes matones se

colocó junto a Kyle y sonrió, exponiendo así sus dientes rotos e irregulares.

—¿Viste eso? —preguntó.

—¿Ver qué?

—Se meó, el viejo. Se mojó esas túnicas caras que llevaba. —Y se echó a reír.

—Felicidades. Le disteis una paliza a un viejo hasta que se meó.

La sonrisa se desvaneció. El joven matón se apartó el pelo largo de su cara de granuja.

—¿Tú haces alguna vez eso que dice Kargin, cortar orejas y eso?

Kyle puso una mueca libidinosa y se inclinó hacia el chico.

—Todo el puto tiempo.

Cerca ya de la fachada de Mejor, Kargin se detuvo y les hizo un gesto a los demás para que siguieran.

—Una pena lo de tu amigo —le dijo a Kyle.

Kyle se detuvo, se desató la sarta de fétidos trofeos y la metió en su bolsa sin prisas.

—¿Qué quieres decir?

—Ese tipo del que eras tan amigo, el otro extranjero. Las casas de mercaderes de las que consiguió que pusieran el dinero para su negocio... le extinguieron el derecho a redimir. Lo cerraron a cal y canto.

Kyle apretó bien los cordones de la bolsa.

—¿En serio?

—Pues sí. Cuando me enteré, me pregunté... ¿qué habrías hecho si hubiese sido su negocio el que teníamos que ir a visitar esta noche?

Kyle levantó la saca, ligera como una pluma.

—Nada. No habría tenido que hacer nada porque él os habría esparcido por ahí como gansos.

El tipo que se encargaba de imponer el dominio de Mejor, el hombre que controlaba buena parte del negocio de chantajes y extorsión de la ciudad, pareció bajar los ojos con gesto adormilado y miró a Kyle por encima de la gran masa de su pecho. Se le dispararon los orificios de la nariz cuando bufó.

—Menuda especie de antiguo mercenario de la hostia has resultado ser. Pues yo no te he visto una puta mierda que impresione todavía.

—Ni la verás. Toma —Kyle le tiró la saquita—, quédate con tus orejas. Nos vemos.

—No creo —exclamó el hombre tras él—. Ya estaría en la cárcel a estas alturas, solo que alguien compró sus deudas, y ese alguien no es de por aquí...

La malicia de la carcajada estruendosa del hombre siguió a Kyle por la calle envuelta en oscuridad.

Unos documentos legales falari, llenos de cintas y cargados de sellos de cera, colgaban clavados de la puerta de la escuela de Orjin. Kyle probó la puerta y la encontró sin el cerrojo pasado. Nada más entrar en el túnel se detuvo a estudiar el patio de prácticas vacío; la arena brillaba a la luz de la luna como azogue resplandeciente.

—¿Orjin? —siseó—. ¿Orjin? —Un movimiento entre las sombras. Una figura salió tambaleándose a la luz pálida, la espada sujeta sin fuerzas con la mano baja. *¡Que el gran lebrel nos proteja! ¿Qué ha ocurrido?* Corrió hacia él y gruñó cuando el extraordinario peso del hombre recayó sobre él—. ¿Qué ha pasado? ¿Estás herido?

Algo rebotó en la cabeza de Kyle y chapoteó. El joven le arrebató a Orjin una jarra de barro.

—¿Qué es esto?

—¡Déjate ya de cháchara! —le bramó el hombre con calor al oído—. ¡Quédate con tus contratos y mandatos judiciales! ¡Atrévete a enfrentarte a mí como un hombre, que Poliel muerta te lleve!

—¡Oh, por el amor del Embozado! —Kyle lo apartó de un empujón. Debería haberlo oído, pero los últimos meses se los había pasado sentado en la sala común de una taberna y le habían atrofiado el olfato.

Orjin se tambaleó y blandió la fina espada de esgrima de Darujhistan, con la que estuvo a punto de cortar a Kyle.

—¡Vamos! ¡Coge un arma! ¡Arreglaremos esto como se ha hecho toda la vida! —Cruzó el espacio que lo separaba de la rejilla de las armas y la volcó entre un estrépito metálico de hierros—. ¡Elige tú! Como ves... hay de sobra...

—Orjin... Melena Gris...

El hombre parpadeó y osciló.

—¿Qué es eso? ¿Melena Gris? ¿Melena Gris? —Hundió la barbilla en el pecho y por un momento pareció estudiar las espadas caídas, que brillaban como la plata a la luz de la luna—. Ese hombre está muerto.

—Orjin... He oído que viene alguien. Alguien de otro sitio, eso solo se puede referir a los malazanos. Te han encontrado. —Kyle se acercó más—. Venga. Vámonos. Aquí ya no nos queda nada. Odio este sitio. Esta gente se ofrecería a un burro si tuviera oro. Vámonos.

Orjin exhaló un ruidoso suspiro húmedo y se dejó caer entre las espadas. Agachó la cabeza. Su larga melena descuidada resplandeció con el mismo brillo que la maraña de hierro.

—No. Estoy acabado. Que vengan. —Abarcó con un gesto amplio todo su entorno—. Este fue siempre mi sueño, ¿sabes, Kyle? Retirarme. Abrir un centro de estudios de lucha. Enseñar algo de lo que he aprendido. —Tomó al azar una espada

larga, un arma pesada del norte de Genabackis, y estudió toda la hoja—. Pero en realidad nadie quiere aprender lo que enseña un hartazgo de guerras.

Kyle bajó la cabeza, miró al hombre y se planteó intentar levantarlo a pulso, pero no le pareció que fuera a ser capaz de mover aquella mole. Se agachó.

—Escucha, Orjin. Que el Embozado se lleve a estos mercaderes y extorsionistas. No hay diferencia entre unos y otros. ¡Vámonos de aquí! Nos metemos a trabajar en el primer barco con el que nos topemos en el puerto... qué más da el lugar al que se dirija.

—No, no. Eso es cosa de jóvenes. Yo soy demasiado viejo. Vete tú.

—A mí no me persigue nadie.

—Entonces ¿qué estás haciendo aquí?

—Estoy aquí porque... —Un ruidito, el roce de un pie en la arena, hizo volver a Kyle la cabeza. Cuatro figuras surgieron de la oscuridad del túnel de entrada. Todos iban vestidos de forma similar, con cueros oscuros, y lucían dos filos a los costados, uno largo, el otro corto. Kyle se irguió y al hacerlo cogió el arma más cercana, un sólido alfanje de hoja pesada—. ¿Quiénes son ustedes?

—Seas quien seas tú —respondió uno haciéndole un gesto para que se apartara—, hazte a un lado.

El acento no era malazano. No se parecía a ningún acento que Kyle hubiera oído en todos sus viajes. Al oír la voz, sin embargo, la cabeza de Orjin se disparó y se dirigió a Kyle, sus palabras de repente adquirieron un tono sobrio y frío como una piedra.

—Vete, ahora. Déjanos.

—¿Irme? ¿Quiénes son estos tipos? ¿Asesinos contratados?

—Asesinos, sí. —Orjin se levantó, en cada mano una hoja larga y fina—. Pero no por oro o tesoros, ¿eh, Cullel? —Una sonrisa del portavoz, ávida y resplandeciente, respondió a Orjin—. Vosotros matáis por otra cosa, ¿no es cierto? Solo por la fe.

—Nosotros exterminamos herejes —admitió Cullel; su voz era un ronroneo bajo. Los cuatro se repartieron sin prisas, recorriendo el perímetro del patio de prácticas.

—¿De dónde diablos son estos lunáticos, por el Abismo? —quiso saber Kyle.

—Son korelrianos. Veteranos de la muralla de las Tormentas. Se les ha dado una dispensa especial para venir a darme caza, ¿no, Cullel?

—¿Darte caza? —preguntó Kyle.

Orjin cambió de postura y le dio la espalda a Kyle.

—Sí.

—Pero pensé que los malazanos te buscaban.

—Ah... bueno... ellos también.

—Estupendo.

Los cuatro ocupaban ya cada uno de los lados del patio de prácticas. Sacaron sus

armas todos a la vez, las hojas largas y las cortas.

—Deshazte de eso y utiliza tu hoja especial —le dijo Orjin a Kyle.

—Es que... no la tengo.

—Que no... —Orjin lanzó una mirada exasperada por encima del hombro—. ¿Y por qué Abismo no?

—Caballeros... —los llamó Cullel en voz baja.

—Me la robaron de mi habitación.

—¿Robada?

—¡Caballeros!

—Bueno, pues ahora, gracias a ti, estamos metidos en un lío —rezongó Orjin.

—Gracias —dijo Cullel—. Bien, antes de cumplir con nuestro deber, es mi obligación informarlo, Melena Gris, de que le ha juzgado *in absentia* el Consejo Supremo de los elegidos, defensores de las tierras de Korel, todo Puño, sus extensiones y tierras limítrofes, y se le ha hallado culpable de hacer pactos con el enemigo. Y que estableció los dichos pactos y acuerdos con los demoníacos jinetes de forma voluntaria y con conocimiento de causa.

—¿Pactos? —le susurró Kyle a Orjin.

El hombre encogió los hombros fornidos a modo de aquiescencia.

—Hablé con ellos.

—¿Ellos... los jinetes? ¿De verdad hiciste un trato con los jinetes de la tormenta?

—¡Caballeros! Un poco de decoro, si tienen la bondad. El ejercicio de la justicia es una responsabilidad solemne.

—¿Justicia? —ladró Kyle, ofendido por la idea—. Lo tuyo sí que es una condena, ¿no?

El desagrado crispó el rostro afilado como una hoja.

—Muy bien. Se ha explicado el fallo. Y ahora, la sentencia... —Les hizo un gesto con la cabeza a sus compañeros.

Los hombres avanzaron juntos, las hojas levantadas. *Para que hablen de justicia*, decidió Kyle, *cuatro contra dos*. Al iluminarlos la luz de la luna, los cuatro korelrianos llamearon de repente cuando los rayos oblicuos revelaron que su armadura, accesorios y vainas estaban todas tachonadas y grabadas con filigranas de finas tracerías curvas de la plata más delicada.

Dio la casualidad de que Kyle estaba delante de Cullel. El joven cambió de postura la sandalia y levantó una bruma de arena para ponerse a cubierto y detener las estocadas de los otros korelrianos. Al instante supo que se enfrentaba a los mejores espadachines que había conocido jamás. Apenas era capaz de desviar sus ataques. Unos cortes ligeros hicieron brotar la sangre en sus antebrazos. Una estocada le desgarró el muslo y estuvo a punto de caer. Incluso trabajaban en equipo; él solo podía mirar mientras ellos coordinaban sus ataques para sacarlo y que dejara el

costado expuesto. *¡Al viento con todo! ¡No hay nada que pueda hacer!* Percibió que Orjin, tras él, hincaba una rodilla en el suelo. *¿Alcanzado ya?*

Entonces Melena Gris se levantó y los dos espadachines que se enfrentaban a Kyle se encogieron al ver algo a su espalda. Uno de los korelrianos que estaban detrás de Kyle gruñó de dolor mientras el otro entraba volando en el campo de visión del joven, tropezando sin control por la arena, como si un golpe furibundo lo hubiera arrojado allí. Después, Orjin se puso delante de Kyle empuñando un mandoble de color gris apagado que Kyle solo había visto antes una vez. Cullel detuvo las estocadas, pero la hoja de su espada se hizo pedazos como bronce quebradizo y el movimiento de Orjin continuó hasta estrellarse contra el costado del otro y hacerlo desplomarse. El último defensor que quedaba exhaló un aullido feroz y saltó, solo para que lo empalara la gruesa hoja. Orjin desenganchó al hombre de una patada de aquel arma basta de aspecto granuloso y después sacudió la hoja para desprender la sangre.

Kyle abarcó con una mirada a los cuatro hombres caídos, y después el mandoble mellado de Orjin.

—Por todos los misterios de la Reina, ¿se puede saber de dónde salió eso?

Una carcajada húmeda resonó en el lugar en el que yacía Cullel. A Kyle le puso los pelos de punta. Apretó el corte ensangrentado que tenía en los cueros, a la altura del muslo, y se acercó cojeando.

—¿Qué pasa? ¿Tienes incluso más que decir?

—Así que es verdad... —jadeó Cullel. La sangre brotó con la palabra—. Lo que dicen es verdad. Empuñapiedras... Traicionó a toda la humanidad por ese artefacto.

—¡Estupideces!

Los ojos del hombre se abrieron más con una luz enfebrecida.

—No. Su recompensa. Pregúntale, aunque no cabe duda de que mentirá. —Luchó por decir algo más, pero la sangre le llenaba la boca y jadeó con un ataque de tos, esforzándose por respirar. Su cuerpo se tensó, se puso rígido y después, poco a poco, fue debilitándose, se relajó y al final quedó inerte.

Kyle alzó los ojos para mirar a Orjin.

—¿Y bien?

El hombretón se limitó a alejarse y arrodillarse para recoger la calabaza de vino caída. Cuando se irguió, la hoja había desaparecido. Kyle cruzó el patio.

—¿Dónde está?

—¿Dónde está qué?

—La espada. —Examinó el patio con los ojos, pero no vio señal de ella—. ¿Dónde ha ido?

—Da igual, Kyle. Déjalo así. —Orjin tomó un gran trago de la calabaza.

—Pero... ¿qué es?

Orjin se pasó la manga por la boca y suspiró.

—Una puta inutilidad, eso es lo que es.

—¿Inútil?

Orjin rechazó con un gesto todo debate, cruzó el espacio que lo separaba de un banco y se sentó con pesadez. Puesto que su pierna se estaba quedando entumecida, Kyle decidió unirse a él. Recuperó la calabaza, tomó un sorbo para humedecerse la boca pastosa y escupió.

—¿Y? ¿Te la dieron los jinetes?

Orjin asintió con lentitud.

—Sí. Me la dieron. No por ningún puñetero pacto, o trato, o lo que sea. Solo hablamos, y me la dieron.

—Así, sin más.

El hombre volvió la cabeza para mirarlo con furia con un solo ojo.

—No seas listillo. Una noche bajé por los acantilados hasta la orilla del océano de la Tormenta y esperé, puedes probar tú una noche. Al final aparecieron algunos. Hablan korelriano... ya ves tú qué ironía. En fin, que hablamos. Afirmaban que ellos no eran el enemigo. Yo señalé que atacar la muralla de las Tormentas durante generaciones tendía a dar esa impresión. Ellos dijeron que los korelrianos les estaban negando el acceso a su propio territorio y que impedían una especie de obligación antiquísima, o peregrinación sagrada... o algo así. —Se aclaró la garganta y agitó una mano—. Pero bueno, que tampoco llegué a entenderlo todo.

A Kyle le dio la sensación de que había más, pero al parecer eso era todo lo que iba a decir el otro... de momento. Echó otro trago. Posó los ojos en las cuatro figuras quietas que resplandecían a la luz de la luna.

—¿Cómo es que saben hablar korelriano si son enemigos jurados? ¿Se llevan cautivos del muro o algo así? ¿Los torturan en sus guaridas submarinas?

Orjin se inclinó hacia delante para lanzarle una mirada larga y dura.

—¿Qué?

Orjin le quitó de malos modos la calabaza.

—Tú has escuchado demasiados romances y te han podrido el cerebro. No, la idea también se me ocurrió a mí, así que pregunté. Dijeron que siempre habían escuchado a los hombres del muro y a los marineros de los barcos.

—Bueno, entonces ¿por qué no se limitan a chillar desde el agua? ¿Hablar con ellos?

—Me contaron que lo habían intentado, pero que los hombres nunca les hicieron caso, los llamaron mentirosos, sirenas y demás. Así que dejaron de hacerlo.

—¿Y la espada?

De nuevo el fornido encogimiento de hombros.

—Agradecían que hubiera hablado con ellos, así que me la ofrecieron como

regalo. Yo dije que sí, cómo no.

—¿Y qué es? ¿De dónde salió?

Orjin se terminó lo que quedaba en la calabaza y la tiró a un lado.

—No lo sabían. Dijeron que la habían encontrado en el fondo del Tajo, muy por debajo del mar. Añadieron que era muy antigua, y yo estoy de acuerdo.

—Pero nunca la usas.

El otro negó con la cabeza despacio.

—No. Es demasiado poderosa. Demasiado peligrosa.

—Pero la usaste, lo recuerdo, contra ese hechicero.

Un pequeño asentimiento pensativo, los ojos al frente, quizá también estudiando el significado mudo de los cuatro defensores de la fe que habían muerto.

—Así que ese nombre que oí que te llamaban... Empuñapiedras.

—Sí. Unos cuantos me lo llamaban antes de que me arrestara el alto mando malazano.

—Pero... yo pensé que estabas al mando de las fuerzas malazanas en Korel.

—Las militares sí. Los marines y los soldados de carrera. Pero había una autoridad civil. Hemel. Hemel 'Et Kelal. Un noble blooriano. Nunca supe lo que le pasó a ese hombre. En fin, que él y una banda de oficiales menores me denunciaron por hacer tratos con los jinetes... y se acabó todo.

—¿Y luego? —preguntó Kyle, fascinado, casi olvidado el dolor que le atenazaba la pierna.

Orjin lo desechó todo con un gesto de la mano.

—No importa. Historia antigua. —Se levantó entre gemidos y muecas de dolor—. A mí se me ha acabado el vino y a ti hay que mirarte esa pierna. —Extendió una mano—. Vamos.

Kyle se incorporó, se sujetó al hombro de su amigo y avanzó cojeando.

—¿Entonces nos enrolamos en un barco?

—¡Trake, no! Vamos a recuperar tu espada.

—Pero ya te lo dije, alguien me la robó de la habitación.

Orjin sacudió la cabeza.

—Kyle... eres demasiado confiado.

—¿Qué quieres decir?

—Ha sido ese que domina el mercado negro de Delanss. El tipo es un ladrón. La robó él.

—¡Dijo que me la recuperaría!

Orjin se detuvo en seco y lo miró desde su altura durante un momento.

—Y luego sugirió que, total, entre tanto bien podrías hacerle algún trabajillo...

Kyle se encogió de hombros con aire avergonzado.

—Algo así.

—No hay más que hablar. ¿Puedes caminar?

—Sí... un poco.

—De acuerdo. Vete al puerto. Espérame allí. Volveré con tu espada y después tendremos que largarnos a la de ya.

—Gri... Orjin, no puedo dejar que hagas eso.

—Vale más que me llames Melena Gris, Kyle. Intenté ser el Orjin Samarr de siempre otra vez, pero no funcionó. Así que volvemos a Melena Gris. Y será Melena Gris el que le haga una visita a Mejor esta noche.

Kyle miró a su alrededor, la calle silenciosa y mojada por la lluvia, las fachadas de las tiendas iluminadas por la luna.

—Gris, no merece la pena. Salgamos de aquí mientras podamos.

—¿Que no merece la pena? Sabes que eso es mentira. Tus amigos de la Guardia, Acecho y sus primos, me contaron quién te dio esa espada. Así que los dos sabemos que lo vale. —Sus pálidos ojos azules, enterrados en lo más profundo de las cuencas, destellaron con algo que podría ser diversión—. Los dos soportamos la carga de unas hojas que son más de lo que queríamos. —Le hizo un gesto a Kyle para que continuara—. ¡Consíguenos literas en un barco que zarpe al amanecer!

Kyle lo observó irse y después cojeó hasta el puerto. Así que Acecho se lo había contado, o él había preguntado. En cualquier caso, era cierto: Osserc, un ser que el pueblo de Kyle veneraba como dios patrón del viento, el cielo y la luz, le había regalado la hoja. Desde entonces había descubierto que Osserc solo era (¡solo!) una entidad poderosa, un ascendiente. Igual que el líder de los tiste andii, Anomander, hijo de la Oscuridad, o la que algunos llaman la Encantadora, la reina de los Sueños.

Pero Kyle había empezado a considerar que todo el poder de la espada no compensaba los problemas que le acarreaba. Ni siquiera podía desenvainar aquel trasto sin llamar la atención de una forma extraordinaria, igual que le sucedía a Melena Gris. Y ahora, ese maldito idiota se había largado e iba a lograr que lo mataran... ¿y para qué? Quizá, se le ocurrió a Kyle mientras iba renqueando, lo hacía para demostrarse algo a sí mismo: que podía hacerlo.

Acababa de amanecer. Kyle estaba encaramado a la cubierta de popa de una galera procedente de Curaca cuando distinguió al renegado. La arreglahuesos del barco le estaba vendando la pierna, pero él se sentó con un grito.

—¡Ahí está! ¡Suelta! ¡Vete!

—¡Aiya! —gritó la anciana, y le dio a la pierna un apretón terrible—. ¡Quédate quieto!

—Tu hombre más vale que lo merezca —advirtió el segundo de a bordo desde la barandilla. Después exclamó—: ¡Soltad amarras!

El hombretón bajaba el muelle a la carrera con un objeto en una mano, algo largo

y envuelto. Tras él, entre los edificios, brotó una masa de hombres y mujeres armados, tanto civiles como guardias de la ciudad. La arreglahuesos dejó escapar una carcajada aguda cuando los vio.

—¡Por el ancho océano del inframundo! —maldijo el segundo de a bordo—. ¡Tu hombre ha sacudido un nido de avispas! ¿Qué ha hecho?

—¿Conoces a Mejor, el del mercado negro?

—¿Esa cucaracha? Sí.

—Bueno, creo que mi amigo le ha dado una patada en los huevos.

El segundo de a bordo esbozó una gran sonrisa y se volvió hacia sus hombres.

—¡Espabilad, preparad picas para repeler a los intrusos!

La vieja bruja se echó a reír otra vez. Su desenfundada carcajada desconcertó a Kyle mucho más de lo que al joven le pareció que debería.

Un noble de Delanss entró en las dependencias desvalijadas y vacías de la Escuela de Esgrima de Orjin y se metió las manos en las gruesas túnicas por detrás de los pesados eslabones de plata que indicaban su rango. Todo, observó, se lo habían llevado de un día para otro.

—¿Hola? —La sangre manchaba la arena, pero no vio señal alguna de los cuerpos—. ¿Hay alguien aquí?

—Sí.

El hombre dio un salto y se volvió hacia una mujer que salía de entre las sombras. Vestía sencillas ropas oscuras y zapatos de cuero blando. Su piel era de un color marrón profundo, el cabello muy rizado y corto. Algo en ella le recordó al noble al koreliano con el que acababa de tratar, aunque sabía que esa mujer no era de Puño. Quizá era el hedor a fanatismo que parecía envolverlos a los dos.

—Me disculpo por el tal Orjin. No tenía ni idea de que fuera tan inestable. He oído que se abrió paso a golpes entre toda la escolta de Mejor y procedió a sostenerlo con una sola mano sobre un retrete abierto hasta que el hombre le entregó un objeto muy concreto. No es culpa mía que se volviera chiflado.

La mujer desechó su preocupación con un gesto perezoso de una mano de largos dedos.

—No se preocupe. Se le habría pagado en su totalidad incluso si los korelianos se las hubieran arreglado para matarlo.

—¿Incluso entonces?

—Sí, porque entonces habríamos sabido que ya no era el hombre que necesitábamos.

El noble alzó ambas cejas.

—¿En serio? Y ahora... después de que haya herido a más de veinte hombres, arrollado a una patrulla de la Guardia de la Ciudad, y se haya burlado de toda la

autoridad civilizada... ¿qué saben ahora?

Los profundos ojos castaños de la mujer parecieron reírse de él, y todavía más, hacer cosas que solo la más reciente de sus queridas era capaz de lograr con solo una mirada.

—Que es exactamente el que queremos —dijo con una sonrisa.

El cerrojo de la celda de Corlo traqueteó y se abrió la puerta. Un oficial koreliano con su armadura negra azulada con grabados de plata le hizo un gesto para que saliera. No era uno de los militares de carrera que conocía Corlo. Se le ocurrió, por pasar el rato, que todavía tenía que conocer a alguna elegida koreliana; la orden debía desaprobar o trabajar contra su ascenso. Sacó los pies del catre.

—¿Qué pasa?

—Ven con nosotros.

Él señaló la torques de metal que llevaba al cuello.

—Quítame esto.

El oficial lanzó un bufido.

—¿Crees que somos tontos, hechicero?

No tanto tontos, reflexionó Corlo mientras seguía al hombre al pasillo, *como inexpertos*. Esos korelianos estaban tan poco familiarizados con los magos que, para cuando se encontraban con uno cara a cara, estaban dispuestos a invertir fortunas en collares con una pequeña aleación del mineral de otataralita, que embotaba la magia. ¿Era una ironía, se preguntó el mago, que la fuente de ese mineral fueran los propios invasores malazanos? Un pelotón de ballesteros korelianos se reunió en el pasillo y lo llenaron. *Inexpertos y temerosos*. Parecían pensar de verdad que los talentos de un mago estaban conectados de algún modo con sus enemigos tradicionales, los demonios del mar. *Unos ignorantes, aquí, detrás de su muro. Claro que, eso es lo que pasa cuando levantas muros. Y la Señora, sin duda, respalda sus creencias.*

—¿Adónde vamos?

—Silencio, malazano. Muévete.

En este punto, Corlo ya había renunciado a intentar iluminar a sus captores sobre la política fuera de sus aisladas islas. Las sutilezas parecían ser demasiado para ellos, o quizá era que les importaba un bledo. Sí, él era nativo del Imperio de Malaz, de Avore, de hecho, antes de que el antiguo emperador lo borrara del mapa. Pero, lo que era más importante, también era miembro de la Guardia Carmesí, una compañía de mercenarios dedicada a la destrucción de ese mismo imperio. O, por lo menos, eso solía ser él, y a eso solía dedicarse la compañía. A estas alturas, ya no lo sabía, ninguno de sus compañeros supervivientes lo sabía.

El oficial y su escolta lo sacaron del complejo de celdas y grutas que convertían en un

laberinto la muralla de las Tormentas allí, al norte de la fortaleza Kor, y subieron por unas amplias escaleras de caracol hasta los barracones que había detrás del campo de rocas que caía por la base del muro. Hacía sol, pero las sombras eran frías, lo que le recordó a Corlo que no tardaría en llegar el invierno y con él otra temporada de plantarse en el muro. Tras unos cuantos giros supo adónde lo llevaban y se le encogió el pecho. *Oh, por favor, Ascu. No lo ha intentado otra vez, ¿verdad?*

Cómo no, el camino llevaba a los barracones amurallados de los prisioneros privilegiados que defendían el muro. Allí, cautivos de todo el globo, hombres y mujeres de capacidad demostrada y espíritu cooperador, vivían en relativo lujo y comodidad. Allí, su comandante en la Guardia Carmesí, Barras de Hierro, ocupaba un conjunto entero de aposentos solo para él. *Y eso que no es de los que más cooperan.*

En la puerta de los aposentos de Barras, la escolta de Corlo extendió el brazo hasta la pared opuesta del pasillo.

—Si valoras la vida de tu amigo —le advirtió—, le recordarás qué es lo que más le conviene.

Corlo apartó el brazo del hombre.

—Es mi amigo.

Tras la estrecha ranura del yelmo de hierro ennegrecido, los oscuros ojos marrones del hombre no quedaron muy convencidos. «Podemos arreglárnoslas sin vosotros», leyó Corlo en aquella mirada dura e inflexible. El hombre les hizo un gesto a los guardias con la barbilla. Uno quitó el cerrojo de la puerta.

Corlo retiró de un empujón la pesada barrera de hierro y entró en una escena caótica. Fragmentos de ollas, sillas y mesas de madera destrozadas cubrían el suelo pulido. Charcos medio secos de vino manchaban las piedras, bandejas volcadas de fruta y pan yacían entre los restos pisoteados. Un gimoteo le llamó la atención, bajó los ojos y vio una chica encogida junto a la puerta, rodeándose las rodillas con los brazos.

Corlo la levantó y la joven se quedó allí, temblando, abrazándose el cuerpo. *No, no puede haber...* Le levantó la barbilla. El khol de los párpados se le había corrido y le había teñido la cara. No quiso mirarlo a los ojos, pero el mago vio solo miedo y confusión en su actitud. *No se parece a nada con lo que te hayas tropezado antes, ¿eh, chiquilla? Sí, el chico es así.*

Se la entregó con gesto suave a los guardias y después fue avanzando con cautela entre el desastre de muebles desvencijados. Los restos de frascos de cristal y tarros de cerámica refinada crujían bajo sus sandalias. Oyó que cerraban la puerta de un tirón tras él y que después pasaban el cerrojo. Al final, tras buscar en la habitación principal, encontró a su comandante derrumbado bajo una ventana con barrotes, sin afeitarse, el pelo lacio por el sudor, se apretaba contra el cuello un cuchillo de hoja

ancha. El hombre hizo destellar los dientes como un animal salvaje al verlo.

Corlo señaló la hoja.

—Eso no va a funcionar.

La sonrisa fija era espeluznante. Barras dejó que el arma cayera al suelo con estrépito.

—Ellos no lo saben. —Su voz era un graznido ronco.

Corlo no se molestó en preguntar qué había pasado. Se limitó a apoyarse en la pared, se cruzó de brazos y estudió al hombre con la esperanza de que bajo su mirada atenta Barras terminara por sentir algo. *Por favor, que todavía sea capaz de sentir... algo.*

Pero el hombre se negaba a mirarlo; sus ojos se pasearon por los restos de los muebles rotos y destrozados como si se preguntara cuánto podría costar todo aquello.

—No puedo seguir así, Corlo —dijo al fin, dirigiéndose al largo silencio—. Me estoy muriendo. —Y se echó a reír, un sonido que hizo estremecerse a Corlo—. Me muero, pero no puedo morir. —Bajo el cabello enmarañado por el sudor, le lanzó una mirada rápida al mago—. ¿Te gusta la ironía?

—Pues lárgate.

Un encogimiento de hombros impaciente provocó un largo silencio. Barras estiró el brazo, cogió una jarra de gres y dio un largo trago.

—No pienso dejaros a ninguno atrás.

—Lo saben.

—Entonces. Qué hacer. —Posó la jarra en su regazo.

Corlo se estudió las manos que había unido sobre el fajín y después alzó los ojos.

—No nos matarán. Dicen que lo harían, pero no lo harán. He estado escuchando, necesitan a todos los que puedan conseguir.

Barras entrecerró los ojos; se estaban metiendo en territorio conocido.

—Para ir adónde...

—Stratem...

La explosión de la jarra sobre su cabeza hizo agacharse a Corlo.

—¡Que se joda Stratem!

Sin decir nada, Corlo se irguió y flexionó el cuello para aliviar la tensión nerviosa. Barras se echó hacia atrás, frunció el ceño tras un rato, mientras seguía el curso de sus propios pensamientos.

—Estábamos tan cerca. Podía sentir allí a la Hermandad de la Guardia. Noté que se desviaban de la misión y se la entregaban a esa escoria de Despellejador. Y se burló de mí. ¡Se burló de mí! —El hombre se llevó las manos a la cabeza gacha—. La Guardia Carmesí traicionó su voto y nos dejó que nos pudriéramos. ¡Y yo... sigo... sin... poder... morir!

Corlo únicamente pudo seguir guardando silencio. *Al fin llegamos al fondo.*

Traición. Fracaso. Impotencia y futilidad. ¿Qué podría decir él? Odiándose a sí mismo, echó mano de la última herramienta que le quedaba, la que sus captores empleaban con ese mismo propósito. Se apartó de la pared, y se apretó las manos sudorosas contra los costados.

—Por los hombres, Barras. Aguanta.

Su comandante contuvo una carcajada convulsiva. Se pasó las manos por el pelo con tal ferocidad que Corlo creyó que se lo iba a arrancar.

—Sí. Bueno. Vuelta a eso.

—No hay alternativa.

—No. Ninguna.

Corlo se permitió un leve asentimiento.

—Les diré que limpien esto.

Barras no dijo nada. A Corlo le pareció que los ojos de aquel hombre estaban vacíos, como si se hubiera retirado a un sitio muy lejano. Se acercó con cuidado a la puerta, que se abrió cuando llamó con los nudillos.

—Podéis limpiar esto, pero dejadlo en paz.

El elegido koreliano se limitó a hacerle un gesto para que lo siguiera. La brusca ingratitud no encolerizó a Corlo; era vergüenza lo que ardía en su pecho cuando bajó por las escaleras de los barracones. *Soy igual que vosotros*, le dijo a la espalda blindada de hierro de su guía. *No, quizá soy incluso peor. Soy un colaborador. Un traidor que conspira con el enemigo para esclavizar a mi amigo.*

Cien años antes, los primeros hombres y mujeres de la Guardia Carmesí habían hecho un terrible juramento: la oposición eterna al Imperio de Malaz. Y por ello se les había concedido algo parecido a la inmortalidad durante el tiempo que aguantara el Imperio. Pero, con todo, Corlo sabía que podían morir. Si Barras quisiera de verdad, podría hacerlo. El muro era alto y las aguas frías. Las sogas estrangulaban. Las hojas largas y finas perforaban el ojo y el cerebro que hay detrás.

Ese era su temor. Que el hombre terminara por rendirse. La mayor parte ya lo habría hecho a esas alturas. Pero Barras jamás se había rendido en el pasado, esa había sido siempre su fuerza como juramentado de la Guardia. Eso era con lo que contaba Corlo.

Solo había que recordárselo de vez en cuando.

Un habitante de Malaz, en la isla del mismo nombre, que se encontrara en la calle durante una noche de sus gélidas lluvias de otoño (un borracho, un panadero, o un vigilante nocturno, si es que alguna vez fuera a existir una guardia nocturna en Malaz) quizá hubiera visto una figura delgada envuelta en una capa ante la verja de hierro de una casa abandonada con una reputación especialmente maléfica. La Casa de Muerte, la llamaban los vecinos cuando se veían obligados a reconocer su mera

existencia. Una casa donde nadie vivía, donde los terrenos estaban repletos de las gibas que suponían los montículos del sinfín de enterramientos, y donde los que entran no salen jamás.

Un testigo tan mojado y muerto de frío como ese quizá hubiera visto a la figura colocar una mano en la verja, con la intención obvia de entrar donde ningún ciudadano osaría, y luego puede que oyera un grito, la voz de una mujer ordenando: «¡Espera!».

No cabe duda de que en ese momento cualquier residente de Malaz, que ya no debería andar por la calle con un tiempo tan feroz y a semejante hora, habría tenido el sentido común de retirarse, de dejar a esos visitantes con recados nocturnos ocuparse de sus oscuros asuntos. Así que no habrían visto a la figura más alta de las dos, que se reveló como una mujer joven, asir la mano de la que había hablado, una mujer más mayor envuelta en un chal, y besarla.

Kiska estiró las piernas y escudriñó el nido estrecho y atestado de estantes, cajas y sacos de arpillera amontonados que era la tienda de especias de Agayla. Y pensar que de niña le había parecido acogedora. Se frotó con una toalla el cabello corto y húmedo y lanzó un suave bufido; eso había sido hace mucho. Aun así, cada vez que cogía aire (y olía aquella mezcla embriagadora y fragante de un millar de especias) le recordaba a ese hogar.

Su tía Agayla regresó con una bandeja con sopa. No eran verdaderos parientes de sangre, pero sí con suficiente relación para esos tiempos menos burocráticos, cuando cualquiera podía acoger a cualquiera y al diablo con las autoridades locales, que de todos modos podían ir a tirarse a la bahía. Su largo cabello estaba adornado por más gris de lo que Kiska recordaba. Tenía los brazos incluso más delgados y más enjutos que antes, pero a pesar de todo parecía más que bien conservada.

La mujer la contemplaba por encima de los cuencos humeantes. Su rostro estrecho y severo lucía una expresión dura de desaprobación.

—No iba a suicidarme, Agayla.

Una ceja oscura se arqueó.

—¿No? ¿Y qué estabas a punto de hacer, entonces?

—Es... complicado, tita.

Entonces se alzaron las dos cejas.

—Ah. Así que complicado.

—¡Tita! Yo... —Kiska buscó las palabras ante la censura obvia de la otra mujer, pero no las encontró. Agitó una mano—. Da igual.

—Bébetela la sopa.

Con la misma sensación que aquella niña hosca y resentida que debía de ser más de una década antes, Kiska cogió el cuenco y la cuchara. Estaba deliciosa, por

supuesto. La mejor comida que había tomado en años. En la superficie flotaba un ramillete retorcido de ramitas que apartó un poco para sorber el caldo. *¿Salvia?*, se preguntó al inhalar el aroma fuerte.

—Me he enterado, por supuesto —empezó a decir Agayla al tiempo que posaba su propio cuenco—. Y lo siento muchísimo.

¿Enterado? Sí, Kiska ya se lo imaginaba. *¿Y quién no?* El mago supremo Tayschrenn, quizá el mejor practicante de magia de la época, absorbido por un vacío y arrojado a ni siquiera los dioses sabían dónde. Y ella, su guardaespaldas, dejada viva para enfrentarse a la verdad de su más absoluto y abyecto fracaso. Debía de ser el fracaso más relatado desde Melena Gris. Sí, no cabía duda de que Agayla se había enterado. Ella misma nunca se despertaba de golpe por la mañana sin verlo.

—Eran juramentados, niña. Que consiguieras amilanarnos ya es notable.

—Pero no fui suficiente.

—Consuélate pensando que muy pocos lo habrían sido. —La mujer se recogió la larga melena sobre un hombro y empezó a pasarse un peine de concha por el cabello. Kiska la observó. A pesar de su resentimiento, sintió que la magia de aquel ritual familiar la envolvía, se le relajaron los músculos y el nudo de sus hombros se alivió. Recordó cuando se colocaba detrás de la mujer tantas noches para cepillarle así el pelo, contando cada pasada.

—¿Entonces cuál era tu intención? —preguntó Agayla tras un rato.

—Una proposición para quien quiera que abriera la puerta.

El cepillado se detuvo, unos ojos oscuros miraron a la joven, unos ojos brillantes.

—¿Una proposición de qué?

—Servicio por servicio. Quienquiera que me ayude a encontrarlo, yo le serviré.

La mujer dejó el peine.

—Una apuesta muy peligrosa.

—¿Qué? ¿Entrar en los terrenos?

—No. Peligroso si quien sea, o lo que sea, llega a aceptar tu oferta.

Para ocultar su irritación ante el habitual despotismo de su tía, Kiska apartó la mirada hacia unos sacos desplomados y raídos que contenían una especie de hojas secas.

—Ya no eres tú quien debe decirlo, Agayla. Fui la guardaespaldas de Tayschrenn durante una década. Viajé con él a negociar tratados. Conocí a un embajador enviado por el propio Anomander Rake. He visitado Darujhistan, donde nos reunimos con una delegación de antiguos magos de la Ciudad Libre. Ahora sé que, a tu manera, eres una practicante con talento, Agayla. Al menos aquí, en esta isla. Pero esta es una isla muy pequeña. Y estos son grandes asuntos.

Las gruesas cejas oscuras de la mujer se alzaron más de lo que Kiska las había visto jamás.

—¡Caray! Ya veo cómo han caído las losas. ¿Así que me basto para curar la viruela? O para ayudar a las chicas de la zona que se han metido en un lío, ¿no?

—No te ofendas, tita, pero ¿has salido siquiera de la isla alguna vez?

Agayla se anudó el cabello en una larga trenza.

—Esta bruja del cerco isleña no podría ayudar jamás a alguien como tú, que se ha movido en círculos tan altos y poderosos, ¿eh?

—Agayla...

—Solo invocar al viento y hacer mis velas, ¿no?

Kiska se limitó a bajar la cabeza y esperar que pasara la tormenta. Al final se decidió a hablar mientras se estudiaba las manos que había posado en el regazo.

—No era eso lo que quería decir.

—Todavía eres joven, niña —dijo Agayla, se le había ablandado la voz—. Engreída. Muy segura de saber cómo son las cosas ahora que has visto el mundo. Cuando lo cierto es que apenas has comenzado tu educación.

Kiska levantó la cabeza de golpe.

—No me trates como si fuera una niña. Puede que todavía lo sea en tus recuerdos, pero he crecido. Ahora soy una mujer adulta y tomaré mis propias decisiones. —Se preparó para seguir con la discusión, pero no hubo ninguna. Su tía se limitó a inclinar la cabeza y admitir el argumento.

—Cierto. Para mí siempre serás esa niña cuyos llantos yo calmé, cuyas manos guie. Nada podrá cambiar eso. —Se recogió la gruesa espiral de cabello—. Así que basta de hablar por esta noche. Duerme. Tu cama continúa donde la dejaste. Las cosas quizá te parezcan diferentes por la mañana.

Y Kiska se recostó de nuevo en su silla y dejó las manos descansar en el regazo. Estaba cansada. La sopa era una caricia cálida en su estómago. Asintió, se levantó y se dirigió a la parte de atrás de la tienda, donde una escalera estrecha la llevó a su antigua habitación.

—Duerme —murmuró Agayla a la espalda que se retiraba, los ojos entrecerrados una vez más. Y en voz más baja todavía—. Y sueña.

Cuando se quedó sola, Agayla cruzó su tienda hasta el último tapiz estirado en su telar. Colocó los pies en los pedales y empujó la lanzadera por el tejido, después reajustó el dibujo. Siguió trabajando hasta el amanecer; el armazón traqueteando a medida que los hilos se cruzaban, la lanzadera de madera haciendo un sinfín de pasadas. Mientras trabajaba, apartó su mente de la tarea que tenía entre manos, sus dedos se movían de forma automática; su mirada se desenfocó, buscando algo en la profundidad del patrón deslumbrante que surgía de la trama.

—Encantadora —rogó—, a esta humilde servidora le gustaría pedirte consejo. Bendíceme con tu guía.

Cada pasada de la lanzadera era una plegaria que se enviaba; cada cambio en el tejido una revelación.

—Oh, Reina...

Y llegó entonces la respuesta, esa voz suave y fresca tan conocida: *Saludos, Agayla Atheduru Remejhel, apreciadísima servidora. Siempre agradezco tu sabiduría.*

—Mi reina. Ruego una audiencia. Han llegado noticias. Aunque a mi corazón le pesa, es posible que tenga una respuesta para ese problema del que hemos hablado.

Y la respuesta llegó, llena de comprensión y, por tanto, compartiendo ese mismo peso: *Tráela.*

Agayla sujetó con las manos el telar y detuvo el mecanismo. Parpadeó para devolver su visión a la luz del amanecer. Hubo de respirar con lentitud muchas veces para calmar el martilleo de su corazón. *Una audiencia. Han pasado tantos años. Oh, Kiska... ¿qué he hecho? Pero ¿de qué otro modo podría detenerte?* Vio ante ella cómo las lágrimas oscurecían la madera pulida.

Una noche en un callejón de Banith, cuatro hombres vestidos con ropas oscuras y sueltas se habían agachado y susurraban.

—¡Todo lo que tenemos que hacer es entrar y ya está! —dijo uno—. La puerta ni siquiera tiene cerrojo.

—El forastero afirma que la deja abierta —añadió el segundo, en un aparte.

—Está abierta. ¿A qué estamos esperando?

Tras un momento de silencio, el tercero se aclaró la garganta.

—Es terreno consagrado. No deberíamos derramar sangre aquí.

—¿Consagrado a qué? —dijo el primero—. ¿A una entidad forastera sin nombre? Ese hombre es un charlatán. Un fraude. Se lo está embolsando todo. Es una burla.

—Nadie lo ha visto recibir dinero de nadie —señaló el tercero.

—Come, ¿no? —respondió el primero. El tercero asintió, admitiendo el argumento.

—Quizá coma lo que sus seguidores le proporcionan —retumbó una nueva voz desde la oscuridad más profunda del callejón.

Los cuatro se giraron en redondo. Ocho hojas relucieron a la luz de las estrellas.

—Seas quien seas, forastero —dijo el primero—, date la vuelta ahora mismo y lárgate. Escúchame. Te doy una sola oportunidad.

La figura se acercó más y la tenue luz plateada reveló una forma inmensa de una gordura y anchura antinaturales; buena parte de la altura procedía de una gran mata de pelo negro y enmarañado.

—Como podéis ver —dijo el recién llegado—, darme la vuelta me resulta imposible. Tendréis que retroceder vosotros.

—¿Eres tonto? ¿Es que no ves?

—Sí que veo, mejor que vosotros, sospecho. En cuanto a ser tonto... no, soy ladrón.

—¿Ladrón? —repitió el segundo con tono incrédulo. Miró a la gigantesca figura de arriba abajo—. ¿Cómo ibas a robar tú nada?

—Ah, eso es fácil. Así. —La figura se inclinó hacia delante y bajó la voz—. Dame el dinero.

Los cuatro intercambiaron miradas confusas, después se echaron a reír al unísono.

—Estás poniendo a prueba mi paciencia —advirtió el primero con tono tenso.

—No, estoy poniendo tu dinero en mi bolsillo.

Las sonrisas desaparecieron. El primero y el segundo, colocados uno al lado del otro, avanzaron poco a poco con las hojas listas.

—Lárgate ahora... o muere.

—Como ya he dicho, no puedo retroceder. Además, uno de mis puestos favoritos de comida está al otro lado de la calle.

—¡Muere como un idiota, entonces! —Los dos se abalanzaron. Las hojas se clavaron con un golpe seco, empujadas por la fuerza bruta. La figura ancha gruñó por el vigor puesto en las estocadas. Después, a los dos asaltantes se les escaparon exclamaciones de sorpresa y tiraron de las espadas—. ¡Encajadas! —gruñó uno. El recién llegado cerró de golpe los brazos, estrelló un hombre contra otro y los dos cayeron sin sentido.

—Ya está. Y ahora, ¿vosotros dos? —los invitó la inmensa figura mientras pasaba por encima de las formas caídas. El par restante se quedó mirando por un instante aquella asombrosa visión, después se dieron la vuelta y echaron a correr.

—Maldita sea —dijo el hombretón al vacío de la calleja. Fue a girarse, pero su voluminoso frente y trasero se encajaron entre las paredes del estrecho callejón y el gigante maldijo otra vez en un idioma diferente. Después de gruñir y esforzarse por darse la vuelta, abandonó el intento y fue retrocediendo poco a poco marcha atrás. Iba palpando a su espalda con cada paso que daba hasta que tuvo a los dos atacantes delante de él una vez más—. Lo más simple del mundo —dijo, y se frotó las manos—. Bueno, allá vamos. —Se inclinó con un gruñido y estiró una mano hacia una de las formas inconscientes. Se irguió con un suspiro y lo intentó otra vez con la otra mano. Estiró el brazo entre maldiciones y siseos. Sus dedos arañaron el aire justo encima del hombro de su presa.

El hombre se incorporó con un jadeo que aspiró a grandes bocanadas. Sacó un trapo y se limpió la cara brillante y arrebolada.

—¡Ah, claro! —murmuró con una sonrisa; se palpó las túnicas sueltas que le colgaban sobre la amplitud de pecho y estómago cubiertos por una ligera armadura. Encontró la empuñadura de una daga que le sobresalía del costado y tiró de ella con

varios gruñidos. Después de varios intentos se las arregló para retirar la hoja. La estudió, impresionado. Uno de los atacantes caídos gimió entonces, se removió y el grandullón le dio vuelta a la daga y la lanzó para que el pomo se estrellara contra la cabeza del hombre. Después encontró la segunda hoja y empezó a tirar de ella entre bufidos y rezongos por lo bajo.

—¿Qué crees que estás haciendo aquí, Manask?

El gigante se encogió un instante, se sacó la daga con una sacudida y la arrojó al suelo. Parpadeó un poco y miró al recién llegado, achaparrado y musculoso, que tenía delante.

—Ipshank. Mira que encontrarte por aquí.

El hombre frunció el ceño, las líneas de los tatuajes de su rostro se crisparon.

—Vivo aquí, Manask. Este es mi templo.

—¡Ah! —Manask rodeó con la mano otra daga incrustada—. ¿Es así como lo llamas? —Tiró del arma y la retorció de un lado a otro—. Pero recuerdo... haber oído... que ¡Fener ya no está! —La hoja se liberó y el tipo la estudió, complacido.

—He encontrado un nuevo dios.

—¿Oh? ¿Uno nuevo? —El alto estiró una mano con el índice y el pulgar muy juntos—. ¿Quizá uno así, un bebecito?

—Ahórrame tu escepticismo. Veo que todavía llevas tu, eh..., armadura.

Manask se sujetó los anchos costados.

—Pues claro. Es como carne de mi carne.

—Exacto —musitó Ipshank. Después le dio una patada a uno de los hombres caídos—. ¿Quién es este?

—¡Aaah! —murmuró Manask levantando la daga—. Una pregunta muy pertinente a tu persona. —Se inclinó, metió la hoja entre las ropas de uno de los tipos y levantó el arma para acercarse al hombre inconsciente, después lo cogió con la mano que le quedaba libre. Todo lo cual Ipshank observó sin expresión, con los brazos cruzados.

—Estás haciendo enemigos poderosos, amigo mío —explicó el grandullón mientras rebuscaba entre las ropas del atacante—. Estos hombres trabajan para la Guardia de la Ciudad. —Un saquito de monedas y otras armas fueron desapareciendo en los bolsillos ocultos de las túnicas sueltas de Manask. Cuando terminó, dejó caer al tipo y se inclinó sobre el siguiente.

—No quiero que interfieras. Lo vas a estropear todo.

Manask alzó la cabeza con una gran sonrisa.

—¿Oh? ¿Estropear qué?

Ipshank articuló sin ruido una maldición.

—Nada.

—¡Oh! ¡Lo sabía! —Manask se irguió con el segundo asaltante—. Una nueva

estafa. Volveré a cubrirte las espaldas, como en los viejos tiempos.

El sacerdote alzó la cara hacia el cielo nocturno y la cara del jabalí sobrepuesta en tinta azul desvaída destacó en repentino relieve. Después lanzó un suspiro de sufrimiento.

—No, Manask. Se acabaron los trucos. Se acabaron los engaños. Ya no hago eso. Me he retirado. Ahora hazme un favor y no te quedes por aquí. —Tirado en los adoquines llenos de basura, el primer atacante gimió, murmuró algo e hizo una mueca de dolor. Ipshank le dio una patada en la sien.

Después, el hombretón dejó caer al segundo tipo.

—Bueno, no te pongas en plan codicioso. Siempre hemos dividido las ganancias. No te me irás a poner en plan sacerdote, ¿no?

—¿Cuántas veces tengo que decírtelo? No habrá ganancias en esta operación, Manask. No del tipo tangible, en cualquier caso.

Manask entrelazó los dedos por encima de su enorme estómago y desde su altura miró al hombre achaparrado que tenía delante. Las cejas enmarañadas se le unieron.

—Oh, vaya. Así que con la vejez te da por la religión, ¿eh? Muy bien. Si tienes que darle el gusto a tu conciencia culpable... Los templos sacan tanto como cualquier otro timo... y más que muchos.

Ipshank se llevó los puños a la frente.

—¿Cuántas veces tengo que...? —Los puños cayeron—. Da igual. Haz lo que quieras. En lo que a mí se refiere, ya no somos socios. No esperes nada de mí. —Y se alejó rezongando por lo bajo.

Manask se quedó un momento en el callejón oscuro, con las yemas de los dedos entrelazadas y las cejas fruncidas. Después, una sonrisa astuta brotó en su largo rostro, levantó un dedo y lanzó una risita.

—¡Ah! ¡Así que esas tenemos! Ya lo entiendo. ¡Una discusión! Muy bien. Nadie sospechará. —Se rio para sí, intentó dar la vuelta y terminó encajando el estómago en el muro de ladrillo—. Maldita sea la Tomadora Oscura... —Se recogió la barriga en un intento de apretarse más, siseando y resoplando—. ¡Oh, a la Señora con esto! —Empezó a abrirse camino andando hacia atrás—. Oh, sí —murmuró mientras se internaba en la oscuridad—. Esquilaremos a los puñenses hasta dejarlos en los huesos, amigo mío. Ya lo huelo en el aire, el desorden, la tensión, y... oh, vaya, ¿qué he pisado?



Señala al cielo,
 señala al suelo,
 señala el océano de alrededor.
 Gira la peonza,
 gira la peonza,
 ¡cáete sin temor!

Rima infantil tradicional
 Islas Korel

No se llamaba Suth, pero el oficial de reclutamiento malazano del puesto que se mantenía abierto todo el año al norte de las tierras de Dal Hon le abrevió el nombre, y así lo inscribieron en las listas oficiales malazanas. A él le daba igual. Los nombres que otros elegían para llamarte no importaban. La gente usaba las formas de dirigirse a ti que querían. No eran más que términos impuestos por otros. Para Suthahl 'Ani, lo único que importaba en realidad era lo que uno se llamaba a sí mismo.

Y quizá fuera su indiferencia a los nombres y a las pequeñas rivalidades y contiendas por el estatus entre los nuevos reclutas, hombres y mujeres, lo que evitó que Suth atrajera otro nombre más, un apodo que utilizaran en las filas, como tantos de los reclutas: Lerdo, Gusano, Manteca, Cucaracha o Pulgares.

Él se había alistado por las historias de grandes batallas en el norte, pero cuando llegó allí, la lucha ya había terminado. Solo quedaban las palabras, demasiadas palabras para su gusto. Alardes e historias. La charlatanería barata de los cobardes en el campo de batalla, pues solo aquellos que huían o se escondían de la lucha podrían haber sobrevivido a las matanzas que describían.

A un puñado de reclutas y a él los habían destinado a sus pelotones. Tras un adiestramiento básico por el camino, Lerdo, Manteca y él mismo terminaron en el decimoséptimo pelotón, cuarta compañía, segunda división del Cuarto Ejército malazano, acampado en las colinas y la costa que rodeaba la capital, Unta. Se sintió privilegiado; en lugar de tener que meterse debajo de ponchos o tiendas improvisadas bajo la lluvia, el decimoséptimo se alojaba en la cabaña de un pescador, con su tejado de paja y todo, una vivienda que había sido abandonada o incautada. Suth se preguntó

si quizá el pelotón se había ganado tal lujo por el hombre que los había recibido de noche, bajo el chaparrón, junto a la puerta.

Vestía una maltratada coraza janzeriana con mangas recubiertas de hojuelas. Una espada larga, muy gastada, le colgaba del cinturón asegurada con un lazo de paz. La lluvia le corría por la cofia de malla bajo el sencillo yelmo de hierro. Unos ojos pálidos y afables los miraron de arriba abajo por debajo del borde oscuro de ese yelmo.

—Bienvenidos al decimoséptimo —dijo el hombre con una voz sorprendentemente suave. Hablaba el dialecto imperial común, el taliano, bastante parecido al dalhonesio de Suth—. Soy vuestro sargento, Tela. Vosotros tres estáis aquí porque os han clasificado como pesados, y el decimoséptimo siempre ha sido un pelotón de infantería pesada. —Señaló a Manteca—. ¿Cómo te llamas, soldado?

—Weveth Lethall —dijo Manteca.

Su sargento miró al hombretón de arriba abajo otra vez.

—¿Seguro? ¿No Gordito? ¿O Bhederin? ¿O Buey?

—Lo llamamos Manteca —dijo Lerdo con una sonrisa cordial.

—¿Y tú?

—Lerdo.

—Ya. —Levantó la barbilla y señaló a Suth—. ¿Tú?

—Suth.

—¿Suth? ¿Qué clase de nombre es ese?

—Es un nombre.

—Bueno, eso sí. Está bien, vosotros tres podéis dormir dentro. Yo me ocuparé de conseguir el equipo. —Pero se quedó allí, inmóvil, delante de ellos. A Suth le pareció que estaba esperando algo. Entonces recordó su adiestramiento e hizo un saludo militar. Lerdo y Manteca lo imitaron. Tela respondió al saludo—. De acuerdo. Hasta luego.

Su sargento desapareció bajo la cortina de agua. Suth, Lerdo y Manteca intercambiaron miradas. Manteca se encogió de hombros y se dirigió a la puerta abierta. Suth y Lerdo lo siguieron. Dentro brillaban las brasas en un hogar de piedra, paja vieja yacía repartida a patadas por un suelo de tierra batida. Un tipo pequeño con cara de rata estaba sentado a una mesa de tablones cortados, fumando una pipa. El ambiente era cálido, húmedo y hedía a sudor y estiércol. Manteca se dirigió a una puerta interior.

Los ojos del hombrecito lo siguieron.

—Oh-oh... —advirtió, sus dientecitos puntiagudos apretaron el tubo de la pipa blanca de arcilla.

—El sargento nos dijo que durmiéramos aquí dentro —dijo Manteca con tono irascible. Suth se limpió la lluvia de la cara.

—Sé lo que dijo. Vosotros tres dormís aquí. —Señaló el suelo.

—¿Qué? ¿En el suelo? ¿En la tierra?

—Es eso o fuera. —Exhaló humo por la nariz puntiaguda—. Vosotros veréis.

—¿Y tú quién eres?

—Faro me llaman.

—¿Y por qué Embozado deberíamos escucharte a ti?

—Porque sería inteligente que siguerais el juego hasta que conozcáis las reglas.

—Y les enseñó los dienteitos blancos.

Con un encogimiento de hombros Suth se sentó junto al hogar y reunió una brazada de paja. Lerdo se sentó con pesadez enfrente de él y sonrió.

—¡Como en casa! —dijo cuando se inclinó hacia su compañero.

Suth no dijo nada, pero sí que era como en casa, arrimándose a la hoguera para entrar en calor después de cuidar el rebaño bajo la lluvia todo el día.

Manteca se sentó con torpeza, maldiciendo y rezongando.

—¡Renuncié a una puñetera cama caliente por esto! Debería haberme quedado en mi casa. Mis putas decisiones.

Suth se echó delante del resplandeciente hogar, sin hacer caso del hedor de su chaleco de cuero calado, los pantalones de lana que le picaban y los pesados trapos empapados que le envolvían las piernas. Esperaba por todos los dioses dalhonesios que aquel tipo se callara de una vez.

Una patada lo despertó a la luz que entraba a raudales por la puerta abierta. Se las había arreglado para dormir a pesar de las ropas irritantes que esos malazanos le habían entregado, a pesar del hambre, y a pesar de los inmensos pedos que se tiraban sus dos compañeros, grandes como bueyes. Alguien se inclinaba sobre él y le ofrecía algo, el cuerno de una bestia.

—Tómalo, está caliente. —Era un tipo mayor, un veterano, no su sargento, la voz ronca y árida.

—Gracias. —Estaba caliente. Una especie de té flojo—. Soy nuevo.

Una sonrisa cansada e indulgente levantó los labios del hombre. Con qué ironías podría responder a una afirmación tan dolorosamente obvia, pero él estaba muy por encima de agenciarse puntos tan fáciles. Una barba gris cortada a hachazos rodeaba esa boca, y unos ojos oscuros se asomaban a los pozos profundos cercados de arrugas sombreadas.

—Len me llamo. Saboteador.

—Suth.

—Un placer tenerte aquí.

Suth miró a sus compañeros, que seguían roncando en el suelo.

—Que descansen —dijo Len—. Hay que hacer más té.

El fulgor del sol que entraba por la puerta se oscureció, Suth se protegió los ojos y se quedó mirando lo que vio allí. Era sin lugar a dudas la mujer menos atractiva sobre la que había puesto los ojos jamás. Vestía un uniforme sucio y ajado, jubón gris sobre antiguos cueros, estaba delgada hasta el punto de parecer malnutrida y los ojos saltones, que parecían mirar en ambas direcciones a la vez, no podían apartar toda la atención de una boca de dientes irregulares y amarillentos.

—¿Dónde está Cazador? —preguntó.

—Fuera. ¿Qué se dice, Urfa?

Los ojos saltones giraron y se concentraron en Suth; la mujer no hizo mucho caso de la pregunta de Len.

—Más pesados —anunció, hizo una mueca pensativa—. Pesados y saboteadores es todo lo que tenemos. Casi no hay ligeros ni caballería. Parece que se está montando un asalto contra fortificaciones pesadas. Quizá al sur de Genabackis.

—El sur de Genabackis es un agujero de mierda —comentó Len—. Y ahí no hay na que merezca la pena asaltar. Ni siquiera sus mujeres.

—Está Elingarth.

—No hay nadie tan estúpido.

—Está esa isla junto a la costa. La vi una vez en un mapa. Algo así como... «la isla de los seguleh».

Len se atragantó con su cuerno de té.

—Claro, los quince mil que somos quizá hasta podamos tomar una aldea de pescadores de esa isla concreta.

La mujer sonrió haciendo alarde de sus dientes mellados.

—Solo lo miraba por el lado bueno. Pero bueno, se dice que zarpamos, así que recoge tus cachivaches y échale el último polvo a la oveja que te hayas agenciado.

—La que es más guapa que tú, Urfa —dijo Len con una mueca alegre.

—Debe de ser el olor a cabra que te gastas.

Con una inmensa sonrisa, Len hizo un saludo militar y la mujer respondió.

—Díselo a Cazador —dijo, y se fue.

Lerdo gruñó entonces, parpadeó y chasqueó los labios.

—¿Quién era esa? —preguntó Suth.

—La teniente Urfa. Está al mando de los zapadores, los saboteadores, de la compañía.

—¿Teniente?

—Sí. —Len le dio una patada a Manteca, que gruñó—. Hay que hacer té —les dijo—. Tengo que ir a buscar a Cazador, que es Tela, el sargento.

Suth hizo un saludo militar. Len lo desechó con un ademán.

—Hasta luego.

Mientras Lerdo y Manteca trasteaban con la olla que había en el fuego, Suth salió.

Una bruma matinal densa y pesada ocultaba las colinas, se mezclaba con el humo blanco y denso del sinfín de hogueras de un ejército acampado que quemaba la madera con la que había podido arramblar, toda ella verde y sin curar. A lo lejos, las aguas de la bahía de Unta parecían reposar inmóviles, apagadas y grises. Una flotilla de barcos de los tamaños más dispares atestaban los bajíos. ¿Su medio de transporte? El frío húmedo hizo mella en Suth, que se frotó los brazos para entrar en calor; nunca hacía tanto frío en las estepas.

Pasaron junto a él pesadas carretas tiradas por bueyes que trasladaban material hasta la orilla. Pelotones de soldados marchaban también en esa dirección. Se acercó una mujer ladera arriba, a contracorriente. Era alta («fornida», podría haber dicho su padre), y acarreaba fardos sueltos de equipo bajo los brazos. Vestía una camisa de cuero acolchada y pantalones como los que se llevarían bajo una armadura pesada de metal. Dejó caer los fardos en el porche seco de la cabaña y le hizo un gesto con la cabeza a Suth. La tez olivácea de la mujer y el cabello negro como la noche y cortado a hachazos la identificaban como kanesiana, la única nación capaz de guerrear con cierto éxito contra la liga dalhonesia de reinos de donde procedía Suth. Pero se suponía que las mujeres de Itko Kan eran cositas pequeñas y recatadas. Esa mujer era gigante, igual de alta que él, con la anchura de hombros de un espadachín pesado.

—Yana —dijo a modo de presentación.

—Suth.

—¿Suth? Eso no suena dalhonesio.

—No lo es.

Un gruñido de comprensión. Lerdo y Manteca salieron tambaleándose y parpadeando. Manteca se volvió hacia el muro, se desató los cordones del frente de los pantalones y soltó un gran chorro de pis que siseó contra los tablones salpicados de barro.

—La próxima vez, prueba con el retrete de ahí detrás —comentó Yana alargando las palabras.

Manteca se volvió mientras se ataba los cordones y le guiñó un ojo.

—¿También me la vas a sujetar?

—Ni aunque te la pudiera encontrar. —Les señaló los fardos—. Son para vosotros, armadura y armas. —Suth se arrodilló junto al más cercano y desató las correas de cuero. Enrollado alrededor del exterior había una prenda interior acolchada de cuero y fieltro, que su pueblo llamaba jubón, con mangas largas. Cuando se la puso por la cabeza, le colgaba hasta las rodillas. Dentro del fardo le asombró ver dos mitades de una coraza de bandas de hierro, un camisote con mangas de cota de malla y una espada larga envainada. Cuando metió los brazos a la fuerza por el camisote y se lo bajó, le llegaba un poco más arriba que el jubón. Después se puso la coraza y empezó a atar el lado abierto. Estaba perplejo; entre los suyos, solo un rey podría

permitirse semejante conjunto. El modo en que los malazanos se habían hecho con tal botín, sin embargo, lo reveló la mancha negra de sangre seca en un lado y la brecha entre las bandas, por donde había penetrado una hoja ancha.

Manteca estaba levantando su propia camisa de armadura de hojuelas con el ceño fruncido.

—¿Qué es esta mierda hecha polvo?

El comentario ofendió a Yana mucho más que la burla anterior. Observó el modo en que Manteca estaba examinando su armadura.

—Tela tuvo que rogar y negociar toda la noche para poder reunir este equipo, así que más vale que lo sepáis apreciar. Es eso o nada. —Se volvió hacia Lerdo—. ¿Tú qué dices?

El hombre, de hecho, se sonrojó bajo el enmarañado cabello de color rubio sucio.

—Buena como la bendición de Ascua.

—¿Y tú, Suth?

—Mucho más de lo que me esperaba.

Yana gruñó.

—Eso es, coño. Bueno, sois de la pesada y del decimoséptimo. Así que, como mínimo, deberíais aguantar el primer combate. —Levantó la barbilla y miró más allá de ellos—. Pyke, ¿sigues ahí dentro?

Le respondió una queja ahogada.

—Recógelo todo. Zarpamos.

—¿Qué soy yo? ¿El puñetero sirviente del Embozado?

—Eres el último, eso es lo que eres. Como siempre. De acuerdo, vosotros tres — señaló con un gesto el equipo apilado en un extremo del porche—, recoged eso y venid conmigo.

Lerdo hizo un saludo militar, pero Yana se lo quedó mirando con los ojos castaños entrecerrados.

—¿A qué vino eso?

—¿No eres él, eh... cabo?

—No. Es Pyke.

Lerdo cargó con el fardo de su armadura y otro petate de equipo.

—Pero es que actúas como si lo fueras y eso.

—Eso es porque Pyke es un cabrón inútil y un vago, por eso.

—¡Te he oído, zorra asexuada! —chilló Pyke desde el interior.

Yana hizo caso omiso de la voz sin cuerpo.

—Venga, vamos.

Siguieron a Yana. Suth se colocó bien el cinturón y la vaina con una mano, un fardo sujeto con cuerdas bajo un brazo. Alrededor de ellos la multitud fue aumentando

hasta que ya no pudieron avanzar más y se unieron a una de las muchas filas desiguales de hombres y mujeres agachados y sentados en la embarrada hierba pisoteada, entre rollos y cajones de equipo empaquetado.

—¿Adónde nos dirigimos? —preguntó Lerdo.

—No nos lo dicen —respondió Yana con suavidad mientras examinaba las caras más cercanas. Saludó a muchos con la cabeza.

—Una mujer pasó antes por aquí para hablar con Len —dijo Suth—. Una tal teniente Urfa.

Yana lanzó un gruñido.

—Esa sí que está loca. Va a terminar matándonos a todos. Los zapadores y sus chifladas intrigas.

Manteca estaba examinando su arma, un pesado alfanje.

—Había un tipo en la cabaña anoche. Dijo que se llamaba Faro.

La mujer se quedó callada un rato.

—Faro es un asesino. De los que se ejecutarían en tiempos de paz, ya sabéis. No os acerquéis a él. Solo responde ante Tela.

—Y Tela... ¿su otro nombre es Cazador? —preguntó Suth.

Yana se volvió y lo estudió.

—¿Dónde oíste eso?

—Lo dijo Urfa.

Yana rezongó, comprensiva.

—Bueno, pues olvídalo. No es un nombre para ti.

La mañana se fue calentando, la bruma desapareció con el sol. Nubes de moscas minúsculas atormentaban a todo el mundo. La cacofonía de mugidos y quejas animales, hombres y mujeres que gritaban, los chirridos de las ruedas de las carretas sin engrasar, todo impedía adormilarse a Suth. Observó todo el material que se estaba trasladando por largas pasarelas de tablones tendidas sobre las marismas hacia las lanchas que esperaban. No sabía nada de barcos (solo había visto el océano dos veces), pero los veleros anclados en la bahía no tenían un porte muy militar. Parecían más bien gabarras mercantes, pesadas y torpes.

—Perdone, señora, pero tengo mucha hambre —anunció por fin Lerdo después de suspirar y hacer muecas en vano—. Llevamos sin comer desde ayer al mediodía.

Yana lanzó otro gruñido, parecía su forma habitual de comunicarse, y se levantó.

—Veré que puedo apañar. Vosotros quedaos aquí.

Pasó el mediodía y Yana no regresó. Suth se preguntaba si ya habían conocido a todos los de su pelotón; sospechaba que no. Una banda de hombres y mujeres llegó y se sentó entre los cajones y los fardos de equipo apilados justo delante de ellos, después lo recogieron todo y empezaron a alejarse. Suth, Lerdo y Manteca

observaron hasta que comenzaron a reunir el equipo de su pelotón en el proceso. Manteca se levantó de un salto.

—¡Oye! Eso es nuestro.

Los otros se quedaron paralizados.

—No intentes hacerte el listo —dijo un tipo, ofendido—. Dejamos todo esto aquí antes.

Suth y Lerdo se levantaron. Manteca cogió un fardo.

—Bueno, pues estos son nuestros.

—Anda y que te den. Es todo igual, ¿estamos?

—Entonces déjalo —sugirió Suth con suavidad.

La banda (un pelotón completo, supuso Suth), dejó todo en el suelo y se irguió. Ocho contra ellos tres. Como pelea era un desafío. Suth empezó a desabrocharse el cinturón de la espada.

Los ocho se miraron unos a otros con una sonrisa astuta.

—No seáis idiotas —dijo el portavoz—. No merece la pena.

—Tal y como yo lo veo —dijo Manteca—, podéis dejar el equipo o llevaros una paliza. —Él también sonrió—. Allá vosotros.

Los ocho empezaron a desplegarse en un amplio círculo que los rodeó. El líder, un veterano achaparrado y lleno de cicatrices, se quedó. Levantó las manos, abiertas y vacías.

—De acuerdo. ¿Tenéis algo más que palabras?

—Tengo esto —dijo Manteca, y blandió un gran puño.

El cabecilla se agachó para esquivar el golpe salvaje y estrelló el puño contra la cabeza de Manteca. Suth hizo una mueca al oír el tortazo sólido del puñetazo. Manteca se irguió en toda su considerable altura y se frotó la mandíbula.

—Buen golpe.

Una multitud salida de las filas cercanas se reunió alrededor. Suth oyó que se gritaban apuestas y un nombre, Keth, que se repetía. Manteca volvió a lanzar un puñetazo con una larga trayectoria y de nuevo Keth, si ese era su nombre, esquivó con facilidad el golpe para aporrear a Manteca con puñetazos sólidos en el estómago y la cabeza.

Pero nada perturbaba al hombretón, que acosaba sin descanso al tipo más rápido. Al final, Manteca cogió a Keth por un brazo y lo atrajo hacia sí en un gran abrazo, después lo levantó por encima de la cabeza y lo estrelló contra un cajón que se derrumbó hecho pedazos. Entre una lluvia de serrín y trapos, un puñado de pequeños globos de color verde oscuro rodó por el barro.

De inmediato todo el mundo se quedó callado. Los ojos casi se saltaron de las órbitas. Suth miró a su alrededor, desconcertado. Tan rápido como había llegado, la multitud se desvaneció. Hasta el otro pelotón recogió a su camarada aturdido y se

fundió con el paisaje. Suth y Lerdo se acercaron a Manteca, que resoplaba, sin aliento, y se limpiaba la sangre que manaba con generosidad de la ceja partida y la mejilla.

—Serán burros, los pesados estos —rezongó una mujer, y se volvieron.

Habían quedado dos de toda la multitud, una mujer y el saboteador, Len. Sin hacer caso de los otros tres, ellos se arrodillaron junto al cajón roto.

—Esto no debería estar aquí —dijo la mujer. Su mirada se disparó hacia arriba y miró a su alrededor.

—¡Mangado! —dijo Len. Su voz era un graznido.

Los dos intercambiaron miradas que a Suth le parecieron, con mucho, las más alegres y maléficas que había visto en mucho tiempo y después se hicieron con mantas y ponchos para cubrir a toda prisa los restos de la caja. Suth, Lerdo y Manteca observaron, desconcertados.

Una vez todo cubierto, Len por fin se volvió hacia Suth, aunque su mirada no dejaba de dispararse por las llanuras.

—Lerdo y Manteca —dijo Suth para presentar a sus compañeros—. Len.

—Keri —contestó Len, indicando a la mujer. Esta asintió mientras uno por uno iba envolviendo con suavidad los globos en trapos y los iba metiendo en una mochila.

—Necesito otra bolsa —le dijo la mujer a Len, que asintió y empezó a buscar entre el equipo.

—¿Qué pasa aquí? —preguntó Suth.

—Municiones —dijo Len. Alzó la vista—. ¿Sabes qué quiero decir?

Suth, que había oído hablar de ellas, asintió. Manteca indicó que comprendía con un gruñido que incluso transmitió cierta medida de asombro. Lerdo se limitó a mirarlos, confuso.

Poco después de que Keri y Len hubieran terminado de empaquetar todas las municiones, apareció Yana con un saco de arpillera en una mano. Saco que le pasó a Suth.

—Repártelo. —Y a Len—. ¿Qué ha pasado aquí?

Los dos saboteadores la miraron como si no supieran muy bien con qué historia probar. Fue Suth el que habló.

—Se cayeron unos cajones.

Len le guiñó un ojo.

Yana rezongó sin mucho interés.

—Limpiad esto y nos vamos. He encontrado a Tela. Tenemos las literas asignadas. Recogedlo todo. —Miró a Manteca—. Por la misericordia de Soliel, ¿qué te ha pasado?

El hombre se limpió sangre de la boca y esbozó una sonrisa desafiante.

—Me caí.

Sus literas estaban a bordo de una carabela mercante cawnesa convertida, la Lasana. Allí Suth conoció a los restantes miembros del pelotón, Wess y Pyke, ambos de la infantería pesada. De hecho, la Lasana iba casi gimiendo bajo el peso de la infantería pesada. Transportaba unos cuatrocientos hombres y mujeres de la cuarta compañía, casi todos de la pesada, con unos cuantos saboteadores repartidos entre ellos. Le pareció a Suth que las predicciones de Urfa eran correctas; fueran donde fueran los malazanos, iba a ser una pelea sucia. Wess ya estaba dormido en una de las filas de hamacas asignadas. Para Suth era un misterio cómo podía estar durmiendo aquel hombre con el caos aplastante del proceso de embarque. Pyke era un veterano alto y larguirucho que no hizo caso de los tres recién llegados. Todo el mundo metió su equipo en las hamacas hasta que Yana les dijo que no lo hicieran porque iban a compartirlas con otros, con los que tendrían que rotar en turnos de ocho horas. Len les señaló unos ganchos de los que, como cuerpos empalados en la oscuridad, ya colgaban bolsas de equipo con ropa y piezas de armadura.

—¿Dónde está Tela? —le preguntó Yana a Pyke.

—Arriba.

—Bien. —Y a todos—: Guardad vuestro equipo y empezad a subir para mantener esta zona despejada.

Suth se quitó la armadura y la colgó, pero Len la bajó y se la devolvió.

—Límpiala, repárala y acéitala.

—No tengo nada que usar.

—Yo sí.

—Gracias.

El viejo saboteador quitó importancia al agradecimiento con un gesto de la mano y volvió a salir a la escalerilla. Suth lo siguió. Tuvo que encorvarse casi hasta el suelo para poder atravesar los atestados alojamientos. Encontraron la cubierta repleta de soldados. Tan densa era la multitud que a los marineros les resultaba casi imposible cumplir con sus tareas. Había poco trabajo para ellos, sin embargo, ya que la partida se retrasó una y otra vez y después volvió a retrasarse. Subió la marea nocturna antes de que alguno de los veleros comenzara a salir despacio, con torpeza, de la bahía.

Suth y Lerdo se sentaron con Len, la armadura en el regazo, mientras el saboteador los instruía en el arte de cuidar sus recién halladas riquezas. La mitad del tiempo, sin embargo, Suth escuchaba los rumores que circulaban a su alrededor. Se dirigían al norte, a Siete Ciudades, a consolidar su pacificación. Al norte de Genabackis a relevar al Quinto. Al este, al centro de Genabackis a ocupar una rica ciudad llamada Darujhistan. O al sur de Genabackis para abrir un nuevo frente.

—¿Adónde vamos en realidad? —le preguntó Suth por fin a Len.

El veterano se limitó a fruncir el ceño, visible por encima de los cueros que estaba cosiendo.

—Da igual. Para nosotros todos los sitios son lo mismo.

Suth comprendió el razonamiento frío que había detrás de esa frase, pero aquello estaba mucho más lejos de lo que había imaginado jamás que lo llevaría su voto de unirse a los malazanos.

—¿Adónde crees tú que nos dirigimos?

Len alzó la cabeza, guiñó un ojo y miró el cielo nocturno nublado del este.

—Bueno, a mí me suena que toda esta especulación sobre adónde podríamos dirigirnos está rehuendo una de las posibilidades. La que nadie quiere plantearse.

—¿Y que es cuál, viejo? —preguntó un soldado cercano, y levantó una mano para acallar a sus compañeros.

Len se encogió de hombros.

—Que nos dirigimos al sur, a las tierras de Korel.

—¡Eso es una gilipollez! —chilló el soldado. Todo el mundo empezó a hablar a la vez. Suth observó, asombrado, que esa versión se convertía en el nuevo rumor que se extendía como una onda por la cubierta atestada, avanzando hacia la parte posterior y también la delantera, provocando gritos de alarma e incluso horror a su paso.

—¡Vete al Embozado, viejo! —gritó el soldado que había pedido la opinión de Len en primer lugar.

Len se limitó a dedicarle a Suth una sonrisa astuta.

—¿Ves por qué siempre deberías mantener la boca cerrada? La gente solo quiere oír lo que quiere oír.

Suth asintió. También se le había ocurrido que todas esas especulaciones sobre Genabackis y una ciudad llamada Darujhistan parecían ser donde los que hablaban querían ir más que donde pensaban que podrían ir. Todo el mundo quería dirigirse a puestos allende el mar, en Genabackis, o incluso Siete Ciudades.

Su filosofía personal de la vida le decía que, por tanto, allí era exactamente adonde no se dirigían. Ese nombre, Korel, lo había oído una o dos veces con anterioridad. Siempre se mencionaba más como una maldición que como otra cosa. Se consideraba la peor, la más fea de todas las propiedades del extenso Imperio de Malaz. Bueno, él se había alistado para ponerse a prueba, y al parecer se dirigía a una de las pruebas más duras de toda su vida. Mejor. De otro modo sería una pérdida de tiempo.

Los huérfanos callejeros estaban jugando en el patio que había enfrente del templo, al otro lado de la calle. Ella estaba agachada en el umbral, preparando la comida del mediodía mientras los vigilaba con mirada afectuosa. Casi no se podía creer que solo unos años atrás fuese ella quien corría con su propia pandilla de golfillos. Ya casi nunca los veía. La Guardia le había dado una paliza de muerte a Harl como probable ladrón. Miradita había desaparecido y los chulos se habían llevado a Tillin. Ese

habría sido también su destino si no hubiera empezado a escuchar al sacerdote.

Era allí adonde había corrido cuando había ido a buscarla la partida de pescamatonés de alquiler que barrían la ciudad en busca de chicos y chicas jóvenes para alimentar los burdeles y mercados de esclavos de todo el archipiélago. Y había sido en ese umbral donde el sacerdote se había enfrentado a ellos. Un hombre desarmado contra siete armados, y los tipos habían retrocedido. Machacó con la mano del mortero y sacudió la cabeza. El sacerdote. Seguía sin poder entenderlo. No se parecía a nada de lo que le había enseñado su experiencia infantil, abandonada para que se las arreglara por su cuenta en las calles de Banith. Una educación muy limitada, admitía. Una escuela de violencia casual, hambre constante, explotación y violaciones.

Pero ni una sola vez se había permitido el sacerdote prácticas similares: los más fuertes obtenían lo que deseaban de los más débiles, incluyendo gratificación sexual. Y no era que el hombre fuera un eunuco. Parecía que solo se limitaba a negarse a aceptar las formas antiguas y tradicionales de hacer las cosas.

—No nos han llevado muy lejos, ¿verdad? —le había dicho en una ocasión.

Unas risitas la devolvieron de nuevo al presente. Una multitud de caritas sucias y sonrientes habían dibujado un semicírculo a su alrededor.

—Hora de comer, ¿eh?

Obedeciendo las reglas de la calle, los niños, como pequeños animalitos, no dijeron nada, no fueran a equivocarse y perder su oportunidad de comer. Sonrieron en su lugar, como si fueran felices, y pusieron «caritas de niños buenos», como solían llamarlo en tiempos de Ella. Pero en los ojos demasiado brillantes de los pequeños vio el tormento despiadado del hambre constante que los atenazaba. Echó mano de la cesta que tenía a su lado, apartó el trapo que la cubría y distribuyó las pequeñas tortas que había horneado ese mismo día. Entre risas, los chiquillos le arrebataron los premios y salieron corriendo, metiéndose todo en la boca antes de que alguien, o algo, pudiera quitárselo.

Se quedó una niña pequeña. Sus ropas eran más elegantes que las del resto, aunque igual de desgarradas y sucias. Seguía sujetando el pan en una mano. Observaba a Ella con unos ojos grandes y oscuros, con una expresión curiosa, serena y solemne. Ella volvió a preparar la comida del sacerdote.

—¿Qué pasa, niña? —preguntó.

—¿Es esta la casa del extranjero santo?

—Sí.

—¿Es cierto que come bebés?

Ella dejó de machacar.

—¿Qué?

—Eso es lo que dice todo el mundo.

Ella se meció sobre los talones y contempló la atestada plaza, el pequeño

mercado, los ganchos y vendedores ambulantes que se abrían paso a empujones hasta los peregrinos, recién bajados de los barcos que se arremolinaban para organizar una procesión hasta el Claustro.

—Así que eso es lo que dicen... —musitó.

—Sí. Dicen que por la noche se convierte en una bestia, roba a los bebés de las casas y se come sus corazones.

—¿Y tú qué crees? —preguntó Ella, extrañamente desconcertada por la horripilante imaginación de la cría.

La niña se quitó el pelo enmarañado de la frente pálida. *Muy pálida, ¿no es de Puño? ¿Engendrada por un ocupante malazano, quizá? ¿Como sospechaba que era su caso también?* La niña ladeó la cabeza, pensativa.

—Oh, yo no creo que haga ninguna de esas cosas. Yo creo que es mucho más peligroso que todo eso.

Ella se quedó mirando de nuevo a aquella niña extraña. Qué cosa más rara había dicho. Pero la pequeña solo sonrió, sus ojos casi burlones, y al tiempo que se retorció un mechón de cabello entre los dedos y ponía «cara de niña buena», se alejó. Mientras la veía irse, a Ella le sorprendió sobre todo no el precoz autodomínio de la jovencita, sus maneras seguras de sí misma o lo que había dicho. Más bien el hecho de que la banda de golfillos hambrientos corría a su alrededor, la mayor parte mucho más grandes y mayores que la niña, pero ni uno solo intentó arrebatarse el pan que sostenía con tanta despreocupación en una mano pequeña.

Más tarde, estaba disponiendo la salsa y el pescado hervido en una fuente para el sacerdote cuando todo cambió entre la multitud de la plaza. Como niña de esas calles, y sensible a sus humores, ella también se quedó quieta. Los golfillos habían desaparecido, al igual que los holgazanes más mayores; los gritos de los mercaderes se habían acallado, igual que la charla general. En el silencio, Ella oyó que se acercaba el ruido medido de unas botas. Una patrulla malazana.

Hasta los peregrinos hicieron una pausa en sus reverencias, las manos alzadas suplicando a las torres del Claustro. La columna entró en la plaza por una calle lateral y cruzó marchando la amplia explanada. Todos los ojos siguieron su avance. Los precedía un estandarte, un paño negro que lucía el cetro imperial. Las sobrevestas eran de un color gris oscuro ribeteado de rojo sangre. Cuando la columna desfiló junto a la fachada del templo, un destacamento se separó y se detuvo. Lo encabezaba una figura conocida para todos los que frecuentaban los muelles de Banith: el sargento Billouth, extorsionador principal y el brazo de la ley del comandante de la ciudad, el capitán Karien'el.

—¿Está el sacerdote? —preguntó Billouth en rooliano con fuerte acento.

La chica se inclinó.

—Iré a ver...

—¿Sí? —Era el sacerdote, en la puerta, una túnica abierta hasta la cintura mostraba su pecho ancho y el estómago sobresaliente, ambos cubiertos por una densa mata de vello erizado y las volutas azules de los tatuajes. Ella apartó la mirada; ya había vislumbrado que las marcas se extendían mucho más allá de la cara, pero jamás habría adivinado que bajaban tanto—. ¿Qué pasa?

—Estamos buscando a un hombre —dijo Billouth, y se cruzó de brazos sobre el camisote de cuero tachonado; una sonrisa complacida iba creciendo en sus labios—. Un criminal fugitivo. Un ladrón. Un tipo grande. Se dice que anda por el barrio. —Se inclinó hacia delante y moduló el tono de voz—. ¿Sabes algo que pueda ayudarnos?

La expresión del sacerdote no cambió.

—No.

Ella bajó la mirada.

—¿En serio? Tú no te guardarías información, ¿verdad? Porque cuando atrapemos a ese tipo y lo apretemos como es debido... Bueno, a ti no te iba a ir bien.

—No sé de qué hablas.

Billouth se pasó el dorso de una mano por las mandíbulas sin afeitar.

—Si tú lo dices. Pero creo que vamos a volver a charlar muy pronto. —Y le guiñó un ojo. El sargento se irguió y alzó la voz—. Muchas gracias por toda esa información, sacerdote. Muchos de los vecinos van a terminar bailando en la muralla de las Tormentas gracias a ti.

Ella se quedó con la boca abierta. *¡Pero si no ha dicho nada!*

Billouth hizo un gesto para que el destacamento avanzara y le dedicó un saludo militar al sacerdote.

—Cabrón —articuló el sacerdote.

Ella se quedó observando a los malazanos irse con paso marcial, las sonrisas maliciosas ante la discordia que habían sembrado, y los odió. El sacerdote le cogió la bandeja de las manos.

—Gracias, Ella.

—Quieren que te vayas.

—Sí.

—¿Por qué no se limitan a... ya sabes...?

—¿Deshacerse de mí?

—Sí.

La amplia boca de rana del hombre se alzó con una mueca.

—Lo han intentado. Varias veces. Ahora mismo estamos en una tregua incómoda. —Se encogió de hombros—. ¿Para qué iban a molestarse cuando pueden hacer que los vecinos de por aquí lo hagan por ellos? —Y se metió dentro.

Ella ahogó un grito, ya lo entendía. Lo siguió al interior.

—¡Rumores! ¡Están divulgando rumores sobre ti!

—Sí. Ellos y alguien más. Los sacerdotes del Claustro, me imagino. —Se sentó a comer con las piernas cruzadas en una esterilla.

—Pero ¿por qué iban a hacerlo?

El sacerdote volvió a encogerse de hombros.

—Ellos están en la cima y yo soy una incógnita. Cualquier posible cambio es una amenaza a su posición. Así que la reacción es suprimir.

Ella se volvió hacia la entrada como si quisiera salir a enfrentarse a todos ellos.

—Pero ¿por qué? Dejas que los críos sin hogar duerman aquí. Das refugio y comida a los deudores.

—Y reclamo dinero y sexo por el privilegio, ¿no?

La joven bajó la mirada y sintió que se ponía roja.

—También había oído eso.

El sacerdote asintió con gesto pensativo mientras masticaba.

—Puede que incluso lo crean, visto que en el fondo saben que eso es lo que harían ellos en mi lugar. Pero yo no estoy aquí para eso.

Ella se sorprendió incluso a sí misma y preguntó con voz débil:

—¿Para qué estás aquí?

Sin dejar de asentir, el sacerdote habló, la mirada baja, concentrada en la comida.

—He visto la religión desde la cima y desde el fondo, Ella. He tenido una relación íntima con la fe toda mi vida. Y se me ocurre que la transfiguración del éxtasis, esa sensación arrebatada de ser uno con un dios, es la misma en todas partes. No importa ante qué imagen o ídolo te inclines o cuál cuelgue de la pared, ya sea la figura encapuchada del Embozado, o una cabeza cortada de toro. Todo es lo mismo porque la sensación, la emoción, es la misma, sale del interior de todos nosotros. Del interior. No del exterior. —Alzó la mirada con los ojos entrecerrados—. Eso es lo importante. Es una emoción innata y natural, una cualidad humana, que se puede explotar. Por eso estoy aquí.

En algún momento Ella se había llevado la mano a la garganta, como si quisiera asegurarse de que podía respirar todavía. Cogió esa bocanada de aire, se inclinó ante el sacerdote y abandonó la habitación vacía en busca del fresco exterior. En el pequeño patio delantero se obligó a relajar el pecho y a respirar hondo el aire refrescante que iba a evitar que le diera vueltas la cabeza. Esa niña espeluznante tenía razón. Ese hombre era, de algún modo, mucho más peligroso de lo que nadie podía sospechar siquiera.

Y la pregunta: ¿se atrevía ella a seguirlo? Empezaba a entender que hasta ese momento su vida no había sido más que una pelea loca por llenarse el estómago, evitar el peligro y encontrar refugio. Pero le acababan de mostrar algo más; mucho más de lo que había sospechado que existía en el mundo. Se sentía como si le hubieran concedido vislumbrar algo aterrador y enorme, pero también asombroso, de

una grandeza imposible. Por extraño que pareciera, sintió humildad al vislumbrarlo, en lugar de la prepotencia hinchada que había visto en los que afirmaban estar llenos del espíritu de los dioses. ¿Era esa sensación a lo que se refería el sacerdote? Si era así, supo de inmediato que lo seguiría sin vacilación. Era lo que buscaba. Lo que, suponía, era su fuerza y también su peligro.

Ivanr distinguió la columna montada cuando entró en la grieta septentrional del valle al que se asomaban sus campos. Podía huir, suponía, abandonar su casa y todo lo que le había costado tanto trabajo construir durante los últimos años. Pero algo se lo impidió. Una especie de testarudez obtusa que se imponía siempre en los momentos más inconvenientes. Además, siempre cabía la posibilidad de que no fueran tras él. Y así fue cómo la columna de caballería jourilana lo rodeó mientras él se apoyaba en su azadón en medio de su campo de alubias.

El capitán se quitó el yelmo y la gorra de fieltro que llevaba debajo, después se echó hacia atrás el pelo apelmazado por el sudor. Inclino la cabeza a modo de saludo.

—Ivanr de Antr. Quedas arrestado en el nombre del emperador jourilano. ¿Vendrás de forma pacífica o debemos someterte?

Ivanr miró a su alrededor, a la caballería que lo rodeaba. Doce hombres armados. Todo un cumplido. Se protegió los ojos para mirar al capitán.

—¿Y los cargos?

Dentro de su coraza de bandas de hierro, el capitán se encogió de hombros con absoluta indiferencia.

—Se te ha denunciado por ayudar e instigar a los herejes de ese culto.

Ivanr asintió, sabía que era inevitable. Sabía que al final habría llegado recado a la policía secreta del emperador, o a los sacerdotes de la Señora, que él hacía la vista gorda mientras los refugiados y viajeros bebían de su pozo y dormían en los cobertizos que había erigido en sus campos. Con toda probabilidad se lo habían sacado con torturas a alguno que hubieran atrapado.

—¿Y si cooperara? ¿Entonces qué?

—Serás juzgado.

Bueno. Así que un juicio para hacer propaganda. Una demostración pública de que nadie estaba por encima de la ley, ni siquiera antiguos grandes campeones caídos en desgracia. En ese momento, sin embargo, se enfrentaba a doce hombres armados. Y la capital estaba muy lejos. Podía pasar cualquier cosa mientras tanto. Dejó caer el azadón.

—No opondré resistencia.

—Una sabia decisión, Ivanr. —El capitán les hizo un gesto a sus hombres. Dos desmontaron. Uno cogió una cuerda de su silla de montar. Se acercaron con cuidado. Ivanr les tendió los puños juntos y los soldados lo ataron por las muñecas.

Con un crujido del cuero de la silla, el capitán se volvió para estudiar las laderas del valle circundante. Después volvió a ponerse el yelmo.

—Decían que habías perdido el fuego, Ivanr. Que habías hecho una especie de juramento de no volver a quitar nunca otra vida. Pero yo no podía creerlo; te había visto luchar, después de todo. —El soldado ató la cuerda a su arzón trasero y volvió a montar. El capitán sacudió la cabeza—. Resulta difícil creer que seas el mismo hombre que vi esa tarde en aquellas arenas, aceptando el reto de todos los que llegaban. Entonces eras intocable. —Contempló a Ivanr durante un rato bajo el borde del yelmo, su mirada pesada, casi arrepentida—. Hubiese sido mejor, creo yo, que hubieras muerto entonces.

Señaló con la mano un árbol cercano, con las ramas desnudas, negro y gris.

—Ese servirá.

La tropa azuzó sus monturas. La cuerda se tensó, serpenteando, y después tiró de Ivanr.

—¡Capitán! ¿Mencionaste algo de un juicio?

El capitán miró atrás. Metió una mano enguantada en una cartera y sacó un pergamino enrollado.

—¿No mencioné que ya había ocurrido? Se te halló culpable, por cierto. Estamos aquí para cumplir la sentencia.

Eso, se dijo Ivanr con gesto ácido, también debería haberlo visto venir. Como el capitán había dicho, estaba perdiendo facultades. Bueno, el capitán había disfrutado de su pequeña sorpresa, pero ya le tocaba a él, y rápido. Mientras corría a trote corto giró las muñecas para probar la cuerda y se encontró con que no lo habían atado mejor de lo que habrían atado a cualquier otro prisionero, lo cual era un error. Con un gruñido de esfuerzo, y el dolor correspondiente, retorció los brazos alrededor de las ligaduras de las muñecas hasta que la cuerda se partió. Dos zancadas lo llevaron a la altura del soldado que lo arrastraba. Se sujetó a la silla, se aupó y de una patada derribó de la silla al sobresaltado hombre. Sintió las costillas que se partían bajo su talón.

Gritos de alarma alrededor. Las monturas se arremolinaron, coceando, nerviosas.

—¡Matadlo de una vez! —gritó el capitán, asqueado.

Ivanr le arrancó a un soldado la lanza que apuntaba y la blandió hasta azotar las ancas de una montura que se encabritó, asustada, y tiró a su jinete. El hombretón se agachó para esquivar otra lanza y, con la intención de quitarle el aliento, clavó el extremo posterior a un cuarto jinete, al que muy posiblemente le perforó órganos internos. El capitán pasó a su lado a la carga, blandiendo su espada. Ivanr lo bloqueó con el mango de la lanza, que giró para azotar con la caña de hierro la nuca del hombre por debajo de la hoja de este. El golpe proyectó al hombre contra el cuello del caballo, donde quedó colgado, al parecer inconsciente. Ivanr lanzó otro golpe,

paró varias estocadas y se hizo con otra lanza tras derribar de espaldas al que la empuñaba y tirarlo de su montura. Al mismo tiempo, se arrojó al suelo. Maniobra que quizá le salvara la vida, ya que los filos de dos soldados que pasaban sisearon sobre él.

Recogió otra lanza caída y le dio una patada a un soldado mareado para que no se levantara. A los dos jinetes siguientes los desmontó con su lanza, dejando cuatro que lo rodeaban blandiendo sus armas. Si se hubieran limitado a desmontar y rodearlo, sabía que sus posibilidades se habrían reducido considerablemente. Pero resultó que habían renunciado a la ventaja principal de la carga montada y se limitaban a bloquearse el camino unos a otros. Le lanzaban estocadas mientras él se agachaba y golpeaba. El polvo rojo levantado cubría a todo el mundo. Se le pegaba a Ivanr en la garganta y hacía que le escociesen los ojos. Esquivando, manteniéndolos en el camino para que se molestaran unos a otros, Ivanr lanzó estocadas y los fue pinchando uno por uno hasta desmontarlos, hasta que al fin el polvo se fue disipando y el último de los caballos sin jinete salió corriendo. Solo él quedaba en pie. Les dio unas patadas a dos que parecían estar despertando y después buscó al capitán allí donde se había caído de su montura, le quitó el yelmo al tipo y lo abofeteó en la mejilla.

—¿Capitán?

Los párpados del hombre aletearon. Gimió e hizo una mueca. La tierra le manchaba ese lado de la cara, el que impactó contra el suelo. Los ojos se centraron por fin.

—Creí que habías hecho una especie de voto —le dijo con tono acusador.

—Juré que nunca volvería a matar, no que no lucharía. Creo que verás que ninguno de tus hombres está muerto. Aunque unos cuantos podrían morir si no les consigues atención rápido. Sugiero que regreséis por donde habéis venido, hasta la aldea de Doun-el. Me parece que allí hay un sacerdote.

—Quieres decir que debería hacer eso en lugar de seguir tu rastro.

—Eso allá tú. —Ivanr le quitó de un tirón el cinturón con las armas—. Y ahora te voy a enseñar cómo hay que atar a una persona.

—Encontraremos tu rastro —juró el capitán mientras Ivanr le daba la vuelta y le ponía las manos a la espalda—. Enviarán a otros. Asesinos, los ejecutores del emperador.

—Pues que intenten perseguirme. A ver, ¿tengo que amordazarte también?

El silencio hosco del capitán le demostró a Ivanr que era más listo de lo que su actuación hasta el momento había indicado. Ató al resto de los hombres; se liberarían en no mucho tiempo ayudándose unos a otros. Después sujetó con suavidad las riendas del caballo más cercano y montó. Giró al sur, atrapó de un manotazo las riendas de otro animal para contar con una montura de refresco y se alejó. Sabía que

debería prepararse con más cuidado, tomarse su tiempo para rebuscar entre sus mochilas y su equipo, pero estaban forcejeando y él no sabía cuánto castigo más podrían soportar los pobres tipos.

Hizo alarde de dirigirse al sur, manteniéndose a la vista durante un rato en las laderas más bajas. Tras dos días, viró al este.

En las estribaciones, Ivanr pasó por campos de cebada y mijo todavía sin cosechar a pesar de que la estación terminaba. En los caminos para carretas que seguía resultó haber una extraña escasez de tráfico, dado que era la época de comerciar y prepararse para el invierno.

Sí que se encontró con un caballo sin jinete dirigiéndose con despreocupación y sin prisas a climas más cálidos. Por el estado del pelo apelmazado y lleno de erizos supuso que llevaba libre un tiempo, y eso le sorprendió; los caballos eran escasos y él con dos ya era un hombre rico. A ese fugitivo no se molestó en atarlo. Aunque era bastante amigable y le frotó la palma de la mano con el morro en busca de algún dulce, parecía hinchado, enfermo. Seguro que había comido un gran número de plantas que no debería haber comido. Ivanr lo dejó marchar sin molestarlo. Cuando coronó un altozano, su última visión del valle que dejaba atrás fue de una extensión inmensa y vacía, salvo por el solitario caballo sarnoso que se dirigía al norte.

Tras el altozano llegó a una granja y a una aldea acurrucada más allá, en un valle boscoso. No había humo que se alzara de la chimenea adoquinada de la casa. La puerta permanecía entreabierta, asomada a la oscuridad. Un corral cercano estaba vacío. Se planteó investigar, pero con un papirotazo de las riendas cambió de opinión. Su montura se abrió camino entre las altas hierbas descuidadas que había junto al patio de la granja cuando el grito agudo de una mujer lo aturdió a él y sobresaltó a su caballo, que se encabritó y lanzó su propio chillido aterrado. Ivanr terminó tirado de espaldas, sin aliento, mientras tanto su montura como la de repuesto se alejaban al galope.

Se irguió y observó que los dos caballos subían por el camino que llevaba a la aldea, después se volvió para buscar entre las hierbas.

—¿Hola? ¿Quién hay ahí?

Un segundo chillido repentino y una explosión de carne rosada que lo hizo saltar cuando una camada de lechones y su madre salieron en tromba de su refugio. Ivanr exhaló para relajar los hombros tensos. *Qué sonido más espeluznante hacen estos animales.*

Siguió a la camada hasta su antiguo corral, las paredes de palos entretejidos derribadas. Pero su sonrisa se desvaneció poco a poco y el pecho se le agarrotó todavía más; huesos revueltos y pisoteados, pelo y tendones allí, en el barro seco, que se convirtieron en los restos de varios adultos y niños, todos mordisqueados,

consumidos por los cerdos.

Se apartó con un gesto instintivo y el estómago se le subió a la boca.

Por todos los dioses olvidados... ¿qué ha pasado aquí?

La casa abierta lo llamaba, pero él le dio la espalda. *No, no, gracias. A veces es mejor no saber.* Aunque la silenciosa y quieta aldea no hizo nada por sofocar su intranquilidad, siguió a sus monturas hasta el centro.

Nadie caminaba por las calles. Las puertas estaban atrancadas, las contraventanas colocadas. Reinaba la tranquilidad, pero un hedor impregnaba el aire, un tufo a osario. Lo estaban esperando en una plaza central de tierra. Los hombres de la aldea, armados con un surtido de lanzas, picas, bastones, hachas de madera y unas cuantas espadas. Más aldeanos salieron para impedirle el paso por retaguardia.

Un tipo joven, con las túnicas oscuras de un sacerdote de la Señora, se adelantó con una ligera inclinación.

—Saludos, desconocido —exclamó.

Ivanr hizo su propio y cauto saludo.

—Hay cuerpos en la granja, por allí.

El sacerdote pareció conmocionado de verdad, se llevó la mano a la perilla fina y negra.

—¿Los hay? Siento mucho oír eso. —Su mirada se deslizó hasta concentrarse en un anciano—. Se debería haber traído a todos los desafortunados juntos para su purificación.

El aldeano acusado palideció, sus mejillas hundidas y sin afeitarse adquirieron un tono más enfermizo todavía, se inclinó y huyó.

El delgado sacerdote volvió a mirar a Ivanr.

—¿Y qué hay de ti, desconocido? Supongo que no sigues ninguna de las perversiones extranjeras que se apartan de nuestra fe verdadera.

Ivanr se encogió de hombros con tranquilidad.

—Por supuesto que siempre he sido fiel a Nuestra Santísima Señora.

El sacerdote compartía el porte sereno con Ivanr.

—Por supuesto. Así que puedo suponer que no te opondrás a demostrar tu devoción con una prueba de fidelidad.

Ivanr examinó la multitud de aldeanos que lo rodeaba; no le costaría pasarla, ¿pero dónde estaban sus monturas? ¿Sus provisiones?

—¿Y esa prueba implica...?

—Lo más simple del mundo. —Los labios del sacerdote se retiraron con gesto ávido de los dientes amarillentos y medio podridos—. Se te coloca una barra de hierro al rojo vivo en las manos y debes aferrarte a ella mientras recitas la Devoción Inaugural. Como es natural, Nuestra Señora la Santísima, que nos protege a todos,

también te preservará a ti, si tu fe fuera pura.

—¿Y si resultara... insuficiente?

Los labios finos del sacerdote se plegaron en una mueca de pesar.

—Ha habido una notable falta de pureza entre el rebaño en los últimos tiempos.

—Le hizo un gesto a Ivanr para que lo siguiera—. Ven, te lo mostraré.

La multitud se separó al paso del sacerdote, que llevó a Ivanr a un pozo en el centro del ejido. El hedor enconado que había estado poniendo enfermo a Ivanr se convirtió en un tufo asfixiante a carne podrida que le produjo náuseas. Se cubrió la nariz y la boca con la manga del antebrazo. El sacerdote asintió, comprensivo.

—Ofensivo, sí, pero te acostumbras. Ahora me parece el dulce aroma de la purificación. —Le indicó a Ivanr que se asomara al pozo—. Ven. No tengas miedo. Da la bienvenida a la liberación que te lleva a Nuestra Señora.

Aunque sabía con exactitud lo que iba a ver, Ivanr no pudo evitar asomarse al pozo recubierto de piedra. Una extraña fascinación exigía que fuera testigo de todo lo que había ocurrido. Las moscas, en una masa oscura y revuelta, atascaban la entrada. Las apartó con unos manotazos y se inclinó hacia delante. Al principio no vio nada. Después, a medida que sus ojos se acostumbraron a la oscuridad, vio que el pozo no era en absoluto tan profundo como había supuesto. Algo lo llenaba. La masa oscura de miembros y cabezas que sobresalían y los torsos doblados de una masa de cuerpos humanos metidos a presión en el pozo casi hasta el borde. Ivanr se apartó con un estremecimiento e intentó contener la bilis que le subía a la garganta.

—¡Esto es monstruoso!

—Estamos haciendo el trabajo de la Señora. —El sacerdote alzó la voz y le gritó a todo el mundo—. ¡La fe debe ser protegida! ¡La doctrina herética ha de ser purificada!

—¿Herejía? ¿Quién dice que se debe venerar a un solo dios?

El sacerdote dirigió entonces su respuesta a la multitud.

—¿Y dónde estaban esos supuestos dioses cuando a nuestros ancestros los borran de la faz de la tierra las depredaciones de los jinetes demoníacos? ¿Dónde estaba ese antiguo dios del mar del que algunos no dejan de hablar? ¿Ese dios de la curación? ¿O esa tal diosa de la tierra? ¿Y la multitud de los demás? ¿Dónde estaban entonces?

Pero la multitud permanecía en silencio, más acobardados que entusiastas. Parecía que el celo fanático del sacerdote no se extendía a ellos. Sus rostros no brillaban con la convicción de los verdaderos creyentes. El hambre, el agotamiento y los días de miedo constante los habían sumido en una palidez gris. Le pareció a Ivanr que la suya era una suspicacia hosca dirigida más hacia el de al lado que hacia él. *Les aterra este hombre, y sus propios vecinos. Han entretejido una existencia amarga de pavor mutuo constante aliñado por explosiones de derramamiento de sangre.*

Examinó los rostros demacrados, los puños sudorosos que se aferraban a las lanzas improvisadas, y las miradas enfebrecidas. ¿Los habían intimidado y dominado de tal forma que creían cualquier cosa? ¿Que seguían a cualquiera?

—¿Qué es esto? —quiso saber Ivanr y estiró de repente una mano para coger las túnicas del sacerdote por el cuello. El hombre lanzó un chillido y palmoteó las manos que lo aferraban. Ivanr dio un tirón como si arrancara algo y después alzó la mano, de ella colgaba un objeto pequeño—. ¡Mirad! —bramó—. ¡Mirad lo que este hombre lleva oculto bajo sus túnicas!

El objeto pendía de un cordel de cuero. El recuerdo que le había regalado la sacerdotisa: el símbolo de la espada del culto de Desembrae.

Ivanr sintió que todos los ojos iban a posarse sobre el sacerdote. El joven les devolvió la mirada furiosa, llena de desdén.

—¡Necios! ¿Hasta qué punto podéis ser estúpidos?

Por ahí vas mal, amigo mío.

Los rostros se crisparon, convertidos en máscaras de rabia cuando el enfado y el resentimiento largo tiempo suprimido encontraron un camino para liberarse. Demasiado tarde, el sacerdote comprendió la posición en la que se hallaba y alzó una mano para pedir una pausa. Fue como si esa mano hubiera dado una señal: un sinfín de lanzas y mangos afilados de herramientas rotas se clavaron en él. A Ivanr lo apartaron a empujones, tan impaciente estaba todo el mundo por participar en la muerte del hombre. Con los mangos de las armas levantaron a la figura que todavía se retorció y la empujaron hasta tirarla al pozo. Después retrocedieron, alzaron las herramientas húmedas y brillantes y se miraron unos a otros, asombrados por lo que habían logrado.

Y entonces todos esos ojos se volvieron hacia él.

Ah... el fallo en el plan.

El chirrido de madera sobre madera anunció el regreso del anciano a la plaza. Iba empujando una carretilla con una pala encima. El anciano dejó la carretilla y se quedó mirando con la boca abierta a todo el mundo.

—¡Y ahí está su lacayo! —gritó Ivanr.

Con el gruñido gutural de una bestia, la multitud se fue a por el hombre. Este corrió, demostrando contar con un buen par de pies para ser un viejo tan flaco. Ivanr se encontró solo por completo en la plaza.

Y ahora a ver dónde están mis puñeteros caballos...

No le costó mucho rastrearlos; habían comido y bebido en un corral. Atravesó el villorrio con ellos, el caos asesino bramaba a su alrededor. Vecinos masacrando a vecinos, fruto de las antiguas enemistades, rencores y odios puros y duros que estallaron en una orgía de gente acechando y apuñalando. Ivanr tranquilizó a sus

monturas y pasó junto a cadáveres ensangrentados, despatarrados en los umbrales, pisoteados en los estrechos callejones adoquinados y derrumbados contra paredes. Hombres, mujeres, incluso niños.

Llegó a la conclusión de que no parecía haber forma de parar algo así cuando se eliminaban las restricciones. Una trampa que engrasaba la sangre.

Como forastero que era, y al no formar parte de sus disputas, nadie hizo caso a Ivanr. Solo una vez se detuvo, y fue delante de una criatura, un niño pequeño que permanecía de pie delante de una entrada, la sangre de una brecha en la cabeza le mojaba el hombro y la pechera de la camisa. La mirada solemne de los profundos ojos castaños del pequeño conmocionó a Ivanr más que todo lo que había visto. Se inclinó, recogió al muchachito y lo subió a la montura de refresco. El niño no se quejó; de hecho, no dijo nada. El alivio de Ivanr fue palpable cuando alcanzaron la brisa fresca de los pastos abiertos que había sobre la aldea. Al mirar atrás, vio penachos de humo negro que surgían del pueblo entero.

Total y absoluto derrumbamiento. ¿Las consecuencias naturales de la guerra religiosa? ¿O algo más? ¿Quién podría decirlo? Todo es nuevo para estas tierras donde la Señora ha gobernado indiscutida durante tantas generaciones. Quizá sea natural que estalle todo, dada la dureza con la que han ejercido el dominio la Señora y sus sacerdotes, y todo el tiempo que dura.

Ivanr contempló al muchachito, que iba sentado con torpeza, las piernas delgadas muy abiertas, los pies descalzos y sucios. *Probablemente la primera vez que monta a caballo.*

—¿Cómo te llamas?

Pero el niño se limitó a mirarlo, no con hosquedad, más bien sin expresión, sin emoción alguna. *¿Tampoco tú me has de responder? Así sea. Me desdeñan por ser mestizo thel, ¿no? Entonces al Abismo con estos pueblos y terrenos jourilanos, y todos sus dioses, nuevos y viejos, con ellos. Se acabó.*

Ivanr le dio la espalda. Las altas laderas de las estribaciones lo llamaban, y las alturas envueltas en nieve de la cordillera de Yermo Helado que había detrás relucían bajo la luz ambarina sesgada del final del día.

—Fue rápido, si sirve de consuelo.

Hiam miró a su mariscal del muro, Quint. El hombre había clavado los ojos en el equipo roto y los cuerpos destrozados en las rocas. La indiferencia del rostro marcado inquietaba al lord protector Hiam. *Su crueldad otra vez. ¿Fue por eso por lo que pasaron por alto a este hombre cuando el antiguo lord protector eligió al nuevo mando?* Hiam se dio la vuelta y le hizo una seña a la mariscal de sección, Felis, la única mujer que él conociera que había conseguido ascender tanto en la orden.

—¿Qué ocurrió?

Felis hizo un saludo militar y se quitó el yelmo, revelando el cabello castaño corto que llevaba muy crecido en la frente, casi hasta las cejas.

—Los testigos hablan de un fallo de equipo. Cuerda vieja. Me hago responsable por completo, por supuesto.

Qué vergüenza. ¿Qué dirían sus predecesores si vieran la orden reducida así?

—¿Los constructores?

—Peones de Robo. Parte de su cuota.

Hiam se asomó una vez más a la mareante ladera de la contramuralla. Lo zarandeó el viento frío. Examinó el lugar en el que los tablones y las cuerdas colgaban enmarañadas, balanceándose sobre una raja larga y oscura, una fisura en la superficie de los bloques ciclópeos que componían el muro.

—¿Y esa brecha?

—La más grande en estas tres secciones del oeste —respondió Quint.

Lo vio en su imaginación: el bloque de tamaño especial que se iba bajando hasta los trabajadores suspendidos en sus planchas, allí abajo, donde lo encajarían y clavarían. Pero algo salió mal, el bloque cayó, arrastró a los trabajadores y se estrelló contra el rompiente. Y ya no había tiempo para cortar uno nuevo. Tenían encima la escarcha.

Los diablos podían clavar las garras en esa brecha para deshacer el muro.

La respuesta llegó con tono reflexivo, como debía. Confió en sus instintos.

—Colocaremos al campeón en este sector.

Quint no lo desilusionó.

—¡Hiam! ¡Es decir, lord protector! El centro es el que soporta la mayor presión. Siempre ha sido el puesto del campeón.

Hiam le dedicó a su subordinado, el mariscal del muro, una sonrisa divertida.

—¿Me estás diciendo cosas que no sé?

La mirada brillante de Quint se posó en el elegido que tenían más cerca. En su expresión Hiam pudo leer: *Si estuviéramos solos ahora mismo...*

—Notarán algo. No debes subestimarlos.

La sonrisa del lord protector se ensanchó: eso era lo que siempre había dicho él. Era obvio que el mariscal del muro no le hacía ascos a apropiarse de los argumentos ajenos. Lo que fuera para ganar la escaramuza.

—Es posible. Observaremos sus patrones, como siempre.

El mariscal del muro no se tranquilizó, pero sí que cerró los labios de golpe, una retirada temporal, quizá. La lluvia que llevaban prometiendo todo el día las nubes bajas que llegaban del norte empezó a salpicarlo todo. Hiam se subió el grueso manto y se lo ciñó mejor.

—Mariscal de sección Felis... —La mujer hizo un saludo militar—. Mis disculpas por no haber podido proporcionarle el material adecuado para que defienda

como es debido su sección. Lo siento.

Felis pareció llevarse un susto de muerte.

—¡Señor! ¡Admito toda la responsabilidad! La inspección...

—Fue más que meticulosa, estoy seguro. No, no se eche la culpa, mariscal. Por favor, transmita mi pesar al resto del equipo de Robo y elógielos por sus esfuerzos.

La mariscal de sección hizo un saludo nítido y elegante, con un gran brillo en los ojos.

—Sí, lord protector.

Hiam respondió al saludo.

—Puede irse. —Invitó a Quint a que siguiera con él—. Ya que estamos aquí, echémosle un vistazo a la torre de las Lágrimas de Ruel.

—Sí, lord protector.

El mariscal del muro Quint caminó en silencio al lado de su comandante. Una vez más, el hombre lo había desconcertado con su aparente indiferencia por la tradición y los conocimientos que tanto les había costado conseguir a sus predecesores. ¿No era consciente de que miles habían muerto para adquirir la inestimable sabiduría que suponía saber dónde era mejor colocar sus defensas y cuál era el mejor modo de desplegarse para cada situación? Pero por supuesto que Hiam lo sabía, quizá hasta mejor que él; después de todo, era estudiante de historia. Un lector de pergaminos y libros, al contrario que él.

Él era un hombre de lanzas. No tenía más que dos respuestas para todo lo que la existencia pudiera arrojar en su camino: el cabo o la hoja. No había más complicación.

Sin embargo, el cargo de protector no se lo habían encomendado a él. A pesar de llevar cinco estaciones más. ¿No era la Lanza del Muro? ¿No había servido lo suficiente? Pero en los últimos tiempos se había empezado a preguntar una cosa: ¿había algo de lo que carecía? ¿Una cualidad que era incapaz de desentrañar? En días como aquel, Hiam lo hacía pensar. Esa mujer, la mariscal de sección Felis... ¿una mujer! ¿De verdad escaseaban tanto los hombres? Pero con sus palabras de apoyo, el lord protector se la había ganado, del yelmo a las sandalias. La había hecho suya y ella haría cualquier cosa por él. Lo había visto en sus ojos. Hiam lo conseguía con una simple palabra o una mirada, ¿cuál era esa cualidad indefinida? Y lo que era más importante, ¿era lo que necesitaban los elegidos en ese momento?

¿O era el cabo o la hoja?

Entraron en la torre de las Lágrimas de Ruel. Aposentos de la guardia en el primer piso, camas que también hacían las veces de enfermería. Subiendo por la escalera de caracol se llegaba a los dormitorios. Los elegidos se levantaron de un salto y

adoptaron la posición de firmes. Hiam y Quint respondieron a los saludos.

—¿Todo bien por aquí? —preguntó Hiam.

—Sí, señor —respondió el elegido de más rango presente, un preboste del muro, o sargento, por su aspecto.

Hiam señaló a un guardia que estaba al otro lado de la habitación de techos bajos.

—Allan, ¿no?

El guardia sonrió, complacido.

—Sí, señor.

—Baluartes de las Estrellas, hace tres temporadas. Toda una refriega, ¿eh?

—Sí, lord protector. Muy fría.

—Me alegra verlo. Prosiga. —Hiam se llevó el puño al corazón en un saludo militar.

—¡Señor! —resonó el grito de respuesta.

Continuaron subiendo la escalera y pasaron junto a otros niveles de dormitorios, esos vacíos, que aguardaban la llegada de los contingentes de la temporada procedentes del extranjero. A continuación vieron un arsenal repleto de rejillas de lanzas, espadas y unas cuantas armaduras de sobra, sobre todo corazas de cuero hervido. Junto a las paredes había barriles de los últimos recursos: alquitrán, brea y sustancias alquímicas poco comunes capaces de provocar una barrera de llamas. Más arriba, las escaleras terminaban en una trampilla que llevaba a la última cámara. Hiam la empujó y salió. Quint lo siguió.

Allí las amplias ventanas se asomaban a todas direcciones, todas cerradas en ese momento por sólidas contraventanas de madera sujetas por hierros. En el centro de la pequeña cámara abierta se erigía una columna de piedra coronada por una pantalla de hierro que se podía subir y bajar con una palanca. Hiam se inclinó y la examinó.

—¿Esto se probó este verano?

—Sí. Se probó e inspeccionó.

—Bien. Si hay una cosa en la que no debemos escatimar es en esto.

—Sí. —Su sistema de comunicación. Dentro había una llama de aceite que podían hacer que ardiera con un brillo extremo si añadían ciertos polvos minerales. La subida y bajada de la pantalla les permitía enviar mensajes codificados por toda la muralla. Comunicados muy sencillos: ataque, ayuda, todo despejado.

Quint examinó a su alto comandante: las canas comenzaban a aparecer en la barba y en la mata descuidada de cabello espeso. Pero sus gestos lo hacían parecer más joven. No era un lancero excepcional, todo había que decirlo. Pero había algo en sus ojos y su expresión. Quint siempre se había sentido cómodo con ese hombre, aunque él pocas veces se sentía cómodo con nadie. Se cruzó de brazos bajo el manto.

—No me habrás arrastrado hasta aquí arriba para hablar de nuestro sistema de comunicaciones.

Una sonrisa irónica.

—No. Tan directo como siempre. Eso me tranquiliza, Quint. Has estado muy callado últimamente. —Se acercó a la ventana cerrada que miraba al norte, le quitó el cerrojo, la abrió y se asomó—. No. Ha llegado recado del contingente jourilano y dourkano a través de mi siempre eficiente mariscal del estado mayor Shool. —Se volvió, se apoyó en el alféizar de la ventana y se sujetó con las manos los bordes del grueso manto—. Lo han reducido a la mitad.

—A la mitad. ¿La mitad? Bueno, ¿y qué sentido tiene eso? ¿Quieren que los invadan? ¡Para eso, que no envíen a nadie!

Hiam alzó una mano para expresar su acuerdo.

—Sí, Quint. Sí. Pero lo hecho, hecho está. No podemos hacer aparecer más hombres o mujeres por arte de magia. Solo podemos esperar unas tres mil lanzas de Jourilan y Dourkan. Eso deja nuestra fuerza para la próxima temporada en unas veinte mil lanzas de hombres y mujeres en servicio activo. Veinticinco si presionamos a todos los cuerpos que se tengan en pie. Incluyendo, supongo, hasta a nuestro maestro ingeniero Stimins.

A pesar de la noticia, al imaginárselo, Quint lanzó una gran carcajada.

—Puede que merezca la pena solo por verlo. Pero —y sacó una mano del manto para acariciarse la barbilla hendida con el pulgar y el índice—, como dices, no parece haber nada que debatir. Lo hecho, hecho está.

—Sí. No hay nada que debatir —y la expresión del lord protector se endureció—, salvo cómo vamos a responder al hecho de que ahora contamos con menos de la mitad de las fuerzas necesarias para la temporada que se avecina.

Quint se encogió de hombros, sin más.

—Entonces no hay nada que debatir. Defendemos. Somos los elegidos, la Guardia de la Tormenta. La nuestra es una responsabilidad sagrada, hemos de defender todas las tierras.

Hiam se apartó del muro de un pequeño empujón y asintió.

—Muy bien, Quint. Sabía que esa sería tu respuesta. Solo quería que lo habláramos sin tapujos. Estamos de acuerdo por completo. Luchamos. Defendemos hasta que caiga el último hombre y mujer. No hay alternativa. —Apretó el hombro de Quint y miró por la cámara—. ¿Sabes que esta torre se llama las Lágrimas de Ruel porque se dice que hace un milenio el lord protector de esa época, Ruel, se arrojó desde esta misma ventana después de que lo invadiera una visión terrible?

Quint asintió, había oído la leyenda.

—Algunos dicen que su visión fue la derrota definitiva de la Guardia de la Tormenta. ¿Lo habías oído?

Quint solo pudo pellizcarse la barbilla con furia; lo había oído en susurros una o dos veces.

Mirando a lo lejos como si pudiera ver más allá de los muros de la pequeña cámara, Hiam siguió hablando en voz baja.

—Nunca pude entender esa reacción, Quint. Todo lo que yo siento es admiración. Y a veces pienso que si fuera a morir de algo, sería de un orgullo insoportable... — Sonrió entonces y apartó la mirada—. Muy bien, mariscal del muro. Estamos de acuerdo. —Y empezó a bajar las escaleras.

Solo más tarde, mucho después de que él y Hiam hubieran completado en silencio la visita de inspección del día, se le ocurrió a Quint que la conversación sobre las Lágrimas de Ruel en realidad no había sido para que Hiam viera cómo reaccionaba él ante la noticia de la escasez de personal de esa temporada, sino que había sido más bien para tranquilizarlo a él, Quint, sobre la resolución firme de Hiam ante semejante noticia.

Pues no estaba en la naturaleza de Quint doblarse o vacilar jamás, ni el cabo ni la hoja lo permitían. Sin embargo, en los meses que tenían por delante quizá llegara a preguntarse por la determinación de su lord protector. Y Hiam acababa de anticipar y eliminar con toda limpieza cualquier recelo que pudiera tener su segundo al mando. Cuando colgó su manto y se sentó a contemplar el fuego en la sala común de la torre de Kor, a Quint se le ocurrió que quizá había algo más de lo que parecía en esa cualidad indefinible que convertía a Hiam en el lord protector.

Rillish estaba jugando con su pequeñuelo, Halgin, en el patio de su casa, justo a las afueras de la aldea de Halas, cuando una columna de caballería malazana subió por el camino de tierra que salía del pueblo. Rillish se irguió y le hizo una seña a la niñera para que se llevara al chiquillo, después salió a recibirlos. Se tomaron su tiempo. El polvo gris del oeste de Cawn cubría los mantos de viaje y los flancos sudorosos de sus monturas. Cuando se acercaron, Rillish pudo ver (por el brazalete que lucía el líder en la parte superior del brazo) que el comandante era capitán, lo que no era habitual para un destacamento tan pequeño. Su mujer, Talia, con un embarazo ya muy avanzado, apareció a su lado.

—No hacía falta que salieras —le dijo—. No es nada, estoy seguro.

—No estarían aquí si no fuera nada —dijo ella con tono grave.

La capitán dio el alto y saludó con la cabeza. Se quitó los guantes y se limpió el polvo del manto.

—¿Puño Rillish Jal Keth?

—Ese ascenso fue solo honorario. Estoy retirado.

La capitán se quitó el yelmo y la capucha de cuero acolchado que llevaba debajo. Era rubia, de un rubio sorprendente, el cabello largo y casi blanco lo llevaba recogido en trenzas apretadas. Aunque lo mataran, Rillish habría sido incapaz de ubicar su

procedencia. Pocos en Quon eran tan pálidos, y había algo en su voz, el acento era inusual.

—Ese retiro era voluntario. Según los términos del servicio, usted todavía está en la reserva. El Imperio, señor, no lo ha liberado de sus obligaciones.

—Ese sapo gordo del trono... —siseó Talia por lo bajo.

Rillish alzó una mano para pedirle silencio.

—Lo siento, capitán, pero tiene que haber algún malentendido. Llegamos a acuerdos firmes sobre los términos de mi servicio y mi jubilación. Ya nada tengo que ver con el Imperio.

La capitán asintió con gesto juicioso.

—Es posible, señor. Pero, como he dicho, el Imperio puede que tenga algo que ver con usted.

La mano de Talia encontró la suya, caliente y sudorosa. Él la apretó.

—No hay nada, capitán, que pueda persuadirme para que regrese.

—¿Nada? —La capitán echó una ojeada al patio, la modesta huerta, los campos, los potreros de caballos, antes de volver a mirarlo al fin—. ¿Quizá haya algún sitio donde podamos hablar, señor?

Rillish se encogió de hombros.

—Bueno, podemos ir a dar un paseo, si lo desea. —Soltó la mano de Talia—. Pero creo que ha hecho un largo camino en vano. Pueden dar de beber a sus monturas, por supuesto, y quizá podamos encontrar algo que darle a su tropa.

—Es muy amable, señor. —La oficial se volvió hacia el destacamento—. Desmonten. Ocúpense de los caballos.

Una vez desmontada, la mujer era tan alta como Rillish y mucho mayor de lo que él había pensado, quizá cerca de sus propios cincuenta. Las arrugas que le rodeaban los ojos y la boca traicionaban su edad.

—¿Y usted es?

La mujer hizo un saludo militar.

—Peleshar es mi nombre completo, pero me llaman Peles. A su servicio, puño.

Rillish pasó por alto la referencia al rango.

—Peleshar... un nombre poco habitual...

Ella asintió.

—Soy del sur de Genabackis.

A Rillish eso le sorprendió, e impresionó.

—¿Sirvió en la hueste de Unbrazo?

—No, señor. Vi algo de acción en las campañas de Ciudad Libre. Después serví en el contingente de enlace con los moranthianos.

Incluso más impresionante. Un historial de servicio que debería hacerla merecedora de un rango muy superior al de capitán. Y las campañas de Ciudad

Libre, eso se remonta muy atrás. Rillish consiguió contenerse antes de cometer la torpeza de preguntar hasta cuándo se remontaba e invitó a la capitán a acompañarlo.

—Veré qué puedo improvisar para los soldados —dijo Talia con la mirada dura puesta en la capitán.

Peles se inclinó.

—Se lo agradezco.

Se detuvieron en los potreros. Suspicious ante desconocidos, los caballos bufaron y se fueron apartando. La capitán los estudió con admiración.

—Espléndidas monturas. ¿Son wickanas?

Rillish sonrió con afecto observando él también a los caballos.

—Sí. ¿Está usted en caballería?

Una carcajada.

—Por Fanderay, no. No he tenido mucho contacto con caballos. En mi tierra no somos grandes jinetes. Tenemos otras... especialidades. Soy comandante de marines.

Rillish asintió y quitó corteza medio seca de la madera todavía verde de la valla.

—Bueno, capitán. ¿Por qué está aquí?

—Solo soy la mensajera, por supuesto. Se me pidió que entregara esto. —Le tendió un pergamino delgado y muy bien enrollado—. Me han dicho que viene de manos del propio emperador Mallick.

Rillish lo contempló sin moverse. Por un momento temió que estuviera envenenado. Después se burló de sí mismo pensando, ¿para qué iba a molestarse ese hombre cuando podía limitarse a enviar a sus asesinos de la Garra para matarlos mientras dormían? Cogió el pergamino, rompió el sello y leyó.

Tardó mucho tiempo en bajar la corta nota.

La capitán Peles no se había movido ni hablado en todo el rato. Se había conformado con observar a los caballos, con los antebrazos, de un grosor sorprendente, por cierto, apoyados en la valla del potrero. *Esta es paciente. Puede que hasta nos llevemos bien.* Rillish le devolvió el pergamino.

—Muy bien, capitán. Acepto. Como él sabía que haría, sin duda.

—Sí, puño. Eso me dijeron.

Rillish se volvió para mirar el patio donde su mujer y los sirvientes estaban repartiendo pan y carnes frías.

—Y ahora la parte más difícil, capitán.

La mujer asintió y se aclaró la garganta.

—Prepararé a mis hombres y mujeres.

Antes de que empezara a hablar siquiera, ella ya lo supo. Su rostro se contrajo y se dio la vuelta para entrar en la casa sin decir una sola palabra. Rillish la siguió, pero

ella se había ido, había huido a alguna de las habitaciones del fondo. Rillish fue a la despensa, donde su equipo permanecía enrollado en cuero. Rebuscó hasta hallar sus hojas, las antiguas espadas largas untan de doble filo de su padre. Las encontró bajo los estantes, envueltas en trapos aceitados. Cuando se irguió, ella estaba en la puerta. Las lágrimas le brillaban en las mejillas.

—¿Qué te ofreció?

—Todo.

Ella hizo un gesto salvaje que abarcó el entorno, la casa, el patio.

—Tienes todo lo que necesitas aquí, ¿no?

—Sí.

Ella se limpió las lágrimas de la cara.

—¿No es suficiente?

—Sí. —Se acercó a abrazarla, pero ella retrocedió—. Esto es todo lo que necesito, Talia. Pero me ofreció devolvérmelo todo, todo. ¿Cómo podía rechazarlo?

La boca femenina se endureció hasta convertirse en una simple ranura.

—No lo queremos —escupió.

Él bajó la mirada, sacó unos centímetros de hoja de la vaina y después volvió a meterla de golpe. Cuando alzó la cabeza, ella se había ido.

La capitán Peles había detenido su destacamento al poco de empezar a descender por el camino de tierra. Con la ayuda de su capataz, Rillish ensilló su montura favorita y después la sacó al patio. Allí lo esperaba Halgin con su niñera. Cuando el crío lo vio, se liberó y echó a correr. Rillish se arrodilló para cogerlo por los hombros. El pequeño alzó la cabeza, su mirada tan azul y abierta como el cielo. Rillish lo besó en la frente. Apenas era capaz de hablar.

—Me voy de viaje un tiempo, hijo. Lo que hago, lo hago por ti y por el pequeño Nada o Menos cuando llegue. Quiero que sepas que te quiero más de lo que podría expresar. Adiós por ahora.

Se irguió, pero Halgin se aferró a su pierna y no quería soltarlo. Al final llegó la niñera para llevarse al lloroso pequeño. Rillish montó y buscó a Talia con la mirada, pero no la vio por ninguna parte. Le dolió, pero giró las riendas un poco y empezó a bajar por el camino.

Cuando llegó junto al destacamento, la capitán Peles alzó la barbilla para señalar algo tras él y él se giró. Allí estaba, de pie. La capitán hizo una seña para que su destacamento se pusiera en marcha.

La observó. Durante mucho tiempo permanecieron inmóviles, estudiándose el uno al otro por encima del trozo de camino polvoriento de tierra que los separaba, ella sin moverse de la verja sin terminar, que llevaba a su pequeño patio incrustado entre la casa y el potrero. Una parcela tan pequeña, apenas suficiente para sobrevivir,

y no digamos ya prosperar. Pensó en las muchas fincas que tenía su familia en Unta. La más grande, muy cerca de la frontera con Gris, un hombre no la podía cruzar entera ni cabalgando todo el día. Todo eso había sido suyo antes de la Insurrección, antes de que la decisión de enfrentarse a los edictos de la emperatriz sobre el pogromo wickano lo despojara de todo. El emperador acababa de ofrecerle devolvérselo a cambio de que regresara al servicio activo, y el lugar creía saberlo. Y había aceptado. No por sí mismo, por supuesto, sino por Halgin. Sería su legado. Esperaba que su hijo tuviera mejor suerte que él o su padre antes que él.

Levantó una mano a modo de despedida y ella le respondió, poco a poco. Él bajó la mano y se dio la vuelta.

Al final Kiska no tenía ni idea de por qué había accedido a la petición de Agayla de que la acompañara isla arriba, a dar un paseo entre las colinas barridas por el viento. Quizá había sido la visión diurna de la Casa de Muerte: si acaso, incluso más amenazadora a plena luz del sol, e incluso más inquietante para sus sentidos que lo que recordaba de su juventud.

¿Esa especie de desvencijada tumba pesada podía ser de los Azath de verdad? ¿Una misteriosa red de moradas, cuevas o casas, o comoquiera que se las pudiese llamar (en cualquier caso estructuras de algún tipo), que algunos afirmaban que impregnaban la creación? Lo único que Kiska sabía de ellas era lo que había oído por casualidad que especulaban en presencia de Tayschrenn, y eso había sido muy poco. De hecho, recordaba eruditos que se habían acercado a Tayschrenn por el conocimiento que tenía el mago de ellas, y su indignación cuando su jefe había expresado su opinión de que las Azath no eran asunto para la investigación humana.

—Están decayendo —le había oído decir una vez—. Deberíamos dejarlas irse en paz.

Posó una mano en el muro bajo de piedras apiladas que rodeaban los terrenos de la casa y pensó en otra noche, una noche que parecía tan lejana, cuando se había enfrentado por última vez a aquella presencia siniestra. Esa noche había sido testigo del único asalto conocido que se había realizado con éxito contra una Azath; y lo había hecho el mago más astuto, y quizá el más loco, de su tiempo. El propio emperador. Todos los demás aspirantes a asaltantes a lo largo de las épocas, humanos, demonios, jaghut, atestaban los muchos montículos que levantaban los terrenos muertos, esclavizados por la casa.

Agayla seguramente tenía razón. Quizá, si no hubiera sido por la intervención de aquella mujer madura, también estaría en esos momentos pudriéndose dentro de uno de esos montículos funerarios. Una jugada demasiado peligrosa, sin duda. Se dio la vuelta para dirigirse al camino del río y reunirse con Agayla para su paseo. Pasaría el día con ella y se despediría. Un cambio de rumbo, luego, para encontrar a

Tayschrenn. Genabackis, quizá. Los moranthianos podrían ser de ayuda.

Al irse, se fijó en un anciano que se había apoyado en un muro de piedra enfrente de ella, a gachas; sus grandes brazos huesudos le colgaban sobre las rodillas, y una maraña blanca de cicatrices le cruzaba la calva. La mirada del hombre la siguió cuando se fue. Le resultaba conocido, de una forma vaga, quizá de su juventud en la isla.

Se encontró con Agayla fuera de la ciudad en sí, donde las parcelas y los huertos se ensanchaban y los canales de irrigación de pizarra engastada bordeaban el camino de pedernal. En los campos sin brillo reinaban los tallos muertos. Unas nubes bajas y oscuras encapotaban el cielo, expulsadas del sur, del estrecho de las Tormentas. Los vientos fríos insinuaban que lo peor estaba por llegar.

Su tía llevaba una cesta de mimbre en un brazo y un chal sobre los hombros.

—¿Te recuerda a los viejos tiempos? —preguntó, y le apartó unos mechones sueltos de la cara.

—Supongo.

Agayla echó a andar sin un solo comentario más, con el paso rápido y vivo que Kiska recordaba de esos viejos tiempos. La siguió y se ciñó mejor su grueso manto forrado, después buscó sus guantes.

—Vamos a por setas, ¿no? —exclamó tras un rato.

—Un poco tarde para eso. Raíces sobre todo. Algunos tallos. Como la acocantera.

Kiska no habría sabido distinguir una acocantera ni aunque la pinchara en un ojo.

Treparon hacia el interior. Agayla se apartó del camino y siguió un estrecho sendero de tierra que serpenteaba entre arbustos bajos. Kiska miró atrás y vislumbró la ciudad y la bahía que había más allá antes de que un montículo le impidiera toda visión. Empezó a preguntarse hasta dónde pensaba llevarlas su tía.

Al fin se abrió camino entre un denso bosquecillo de alisos, sus ramas sacudidas por los constantes vientos marinos, y se encontró a Agayla sentada en un trozo de roca ante un círculo de piedras altas y derechas.

—¡Ahí estás! —anunció su tía mientras daba unos golpecitos en la roca, a su lado—. Ven a sentarte conmigo.

Kiska se encogió de hombros dentro de su pesado manto y fue junto a su tía.

—Agayla —empezó a decir con cierta torpeza—, esto ha sido... agradable. Pero de verdad que tengo que volver a la ciudad...

La mujer levantó una mano para pedir silencio.

—Shh. Es casi la hora. Y ahora, siéntate. —Sacó una manzana de la cesta.

Kiska se sentó de mala gana.

—¿Hora de qué?

—Este círculo es sagrado para muchos dioses. ¿Lo sabías? —Antes de que Kiska

podiera responder, continuó—. En los viejos tiempos, aquí sacrificaban personas.

Kiska miró a su tía y se preguntó de qué estaba hablando la anciana. Su mente no estaba empezando a divagar con la edad, ¿verdad? Mordió la manzana.

—Ah... aquí estamos.

Pero Kiska también lo había sentido. Se levantó, dejó caer la manzana, y metió las manos en el manto para posarlas en el lugar donde sus dos cuchillos largos colgaban en las vainas pegadas a sus costados. Una luz trémula trepaba entre las piedras... una cortina vacilante de luz opalescente. Cobró vida con un parpadeo alrededor de toda la línea que demarcaba el círculo.

—¿Qué es esto?

—Ahora compórtate —dijo Agayla. Estaba atusándose el pelo y colocándose bien el chal.

Kiska la miró, desconfiada.

—¿Qué pasa aquí?

Agayla se levantó delante de ella, la miró de arriba abajo y después le puso una mano con suavidad en la mejilla. La palma era cálida, lisa y seca. Parecía como si la mujer estuviera examinándole la cara en busca de algo y Kiska no tenía ni idea de lo que quería encontrar.

—Estamos a punto de hablar con uno de los mayores poderes que en estos momentos libran la partida en este mundo —empezó a decir—. No, shh. Muchos la llaman diosa, pero para mí es más, y supongo que menos, que eso. No como Ascuá, Fanderay o Togg. No una entidad o fuerza antigua que ha venido a representar lo que elegimos proyectar sobre ella. Sigue siendo una persona viva, real, cuya influencia trasciende la de otros porque está aquí, ahora, y puede intervenir de forma directa como crea conveniente. —Apretó un momento la barbilla de Kiska y le movió la cabeza con suavidad de un lado a otro—. Así que pórtate bien. Habla solo cuando te pregunten. Inclínate. Demuestra esos modales tan elegantes que deberías haber aprendido en Unta.

La mujer la soltó y Kiska sacudió la cabeza como si quisiera recuperarse de un hechizo o un golpe. ¿Mayor influencia que la de los dioses? ¿De qué podía estar hablando su tía? Notó una barrera de luz trémula.

—¿Entonces quién? ¿Qué mago?

Agayla se echó a reír.

—Oh, Kiska. No un mago o un nigromante. La más grande. La Encantadora. La ama y señora de Thyr. La reina de los Sueños. —Cogió la mano de su sobrina y la guio a través de la cortina de luz.

El fulgor brillante cegó por un momento a Kiska; parpadeó para aclarar su visión y empezó a ser consciente poco a poco de su entorno. Era el círculo de piedras rectas

que conocía, pero rodeadas por un borde plateado, trémulo y lustroso. Y, de pie en el centro, esperando por ellas, una mujer envuelta en una tela suelta de color azul pálido que la cubría con un sinfín de pliegues. Kiska vaciló, deslumbrada por la visión de aquella belleza diminuta, delgada, de cabellos negrísimos. ¿Cómo podía ser real? Había oído que aquella mujer había caminado con Anomander generaciones atrás. ¿Pero acaso no era la mayor encantadora de la época? Podía aparecer como desease y eso era lo que había elegido; Kiska podía pensar lo que quisiese.

Agayla no vaciló tanto. Se arrodilló ante la mujer y murmuró algo muy parecido a una invocación. Pero la Encantadora se echó a reír y la levantó.

—No te arrodilles ante mí, Agayla —dijo—. No creo que tú precisamente hayas caído en el culto de la veneración.

Agayla se inclinó.

—Rindo homenaje donde me place, mi señora.

La Encantadora se volvió a mirar a Kiska.

—Así que es esta.

La fuerza de la mirada de la mujer la golpeó como puñetazo. Kiska descubrió que era incapaz de ordenar sus pensamientos, era como si estuviese delante de una catarata titánica o un frente tormentoso en el mar; lo único que podía hacer era mirar, maravillada por la visión.

La mujer había avanzado y le había cogido las manos, una en cada una de las suyas.

—Quieres seguir un camino peligroso, Kiska. —Buscó algo en su cara, como había hecho Agayla, y asintió, como si hubiera encontrado satisfacción a una pregunta tácita. Motas de oro parecían flotar en sus ojos—. Está bien que no persigas esto por una especie de encaprichamiento. Pues a él no lo veo capaz de esos sentimientos. Aun así... —Miró a Agayla—. Que viaje sola...

—Se me ocurren uno o dos en los que yo confiaría —dijo Agayla con el ceño fruncido—. Pero han asumido otras obligaciones.

—Hay alguien a quien puedo recurrir...

—Puedo cuidarme sola —soltó Kiska de repente.

Agayla la miró furiosa e hizo un gesto irritado. La Encantadora agitó una mano.

—No es esa la cuestión. Tienes que dormir en algún momento. Un viajero solo es una tentación demasiado grande. Por fortuna tengo a alguien en mente... —E hizo un gesto a un lado, invitadora.

Un hombre cruzó la barrera. Era de estatura media pero enjuto, y era obvio que poderoso. Bajo las túnicas del desierto vestía una armadura que Kiska reconoció como del estilo de Siete Ciudades, una mezcla de cuero hervido y cota de malla. Sus rasgos oscuros y planos y el largo bigote negro sellaban su identidad como hijo de esa región. Unas armas ridículas le colgaban del cinturón, atadas a él: dos manguales.

—¿Quién es este? —preguntó.

De nuevo su tía la miró furiosa para que se callara.

El hombre tampoco parecía demasiado impresionado. Señaló a Kiska con un gesto de la barbilla, pero se dirigió a la Encantadora.

—Cuando hicimos nuestro trato te dije que ya no quería proteger más.

—Yo no necesito la protección de nadie.

La Encantadora levantó una mano.

—Este es... ¿qué nombre preferirías?

—Maldito idiota es lo primero que se me ocurre —dijo el hombre entre dientes. Pero se inclinó—. Jheval.

—Esta es Kiska. Está buscando a alguien. Y es una misión que cuenta con mi bendición. El hombre que desea localizar quizá te interese, Jheval. Es Tayschrenn, en otro tiempo mago supremo del Imperio de Malaz.

El hombre abrió mucho los ojos y estuvo a punto de dar un paso atrás.

—¿Quieres pedirme a mí que ayude a encontrarlo a él?

—Sin duda la gratitud del Imperio sería extraordinaria si se le pudiera hallar y traer de vuelta.

Los ojos oscuros se entrecerraron entonces dentro de sus muchas arrugas y una sonrisa decididamente lobuna le trepó a los labios de un modo que a Kiska no le pareció demasiado tranquilizador.

—Muchas gracias por su preocupación... mi señora —dijo la joven—, pero no necesito a este tipo.

—Fracasarás si vas sola.

El modo terminante en que pronunció esa frase dejó helada a Kiska.

—¿Cómo vamos a...? —empezó a decir Jheval, después se corrigió—. Es decir, ¿cómo se va a rastrear al hombre?

La Encantadora señaló un saco de arpillera que había sobre una piedra ancha en el centro del círculo. Kiska no recordaba haberlo visto allí antes.

—El vacío que se llevó al mago supremo se abrió al Caos y allí os llevará vuestro rastro. Cuando lleguéis a sus fronteras, abrid esto. Lo que hay en el interior será vuestro guía a partir de ahí.

Kiska envolvió el saco en su manto. Estaba sucio, como si hubiera estado enterrado. Por lo que pudo vislumbrar en el interior, lo único que parecía contener eran ramitas rotas y unos cuantos jirones de tela.

—Puedo ponerlos de camino desde aquí —dijo la Encantadora—. ¿Os parece aceptable?

—Gracias, mi señora —dijo Kiska con una inclinación.

Jheval asintió con un gruñido.

Agayla, que a Kiska le había parecido muy callada todo ese tiempo, cosa muy

poco propia de su tía, la abrazó y la besó en las mejillas.

—Ten cuidado —susurró—. Veo en el tejido que esta búsqueda no será la tarea sencilla que tú crees. Quizá no sepas tras lo que vas en realidad.

Kiska habría hablado, pero la callaron las lágrimas que brotaron en los ojos de su tía. Un momento antes algo así le habría parecido imposible. *Nunca pensé en ella como una anciana, pero ahora, de repente, la veo así. El tiempo es cruel.*

La Encantadora señaló un lado.

—Veréis colinas. Mantenedlas a la izquierda. —Kiska se inclinó otra vez y se dio la vuelta. Jheval la siguió con las manos metidas en el cinturón de cuero.

Después de que se fueran los dos, la Encantadora pasó con suavidad una mano por la cara de Agayla.

—No llores, tejedora.

—Temo haber enviado a la niña a la muerte.

—No puedo ver en el interior del Caos. Pero lo que ha asumido que fue su fracaso la ha herido en lo más hondo. Solo puedo esperar que llegue a perdonarse a sí misma.

—Hay tanto de camino, T'riss. Lo veo en el hilado. Los nudos que hay por delante llegan tan densos que quizá asfixien la lanzadera. La tela podría partirse.

—Es posible. Solo podemos hacer todo lo que podamos para que solo se rasgue en ciertos sitios.

Agayla sonrió entonces, quizá se reía de sus propios miedos.

—Sí. Será un nuevo orden.

La cara de la reina de los Sueños se endureció cuando miró a lo lejos.

—Sí —dijo, y en su voz tensa había algo muy parecido al asco—. Esperemos que sea uno mejor.

A Bakune le llevó dos meses de interrogatorios, de buscar en los archivos y sonsacar a funcionarios menores de la ciudad, pero al fin encontró el rastro del apellido y probable residencia actual de la familia de la hermana Caridad. Todavía quedaba por descubrir si la mujer seguía viva.

Dejó su despacho al mediodía. Se fue a pie, envuelto en un sencillo manto de lana. Tomó el camino del oeste hasta que salió de la ciudad en sí y allí se desvió y bajó hacia la costa, donde un gueto de chabolas y chozas se derramaba por la ladera. Los perros se enfurecían junto a sus talones, sabiendo de sobra que ese no era el sitio de aquel hombre. Niños sucios y medio desnudos se lo quedaban mirando, muchos eran (con toda claridad) los frutos mestizos de madres roolianas y ocupantes malazanos. Jóvenes matones se reunían en los estrechos senderos embarrados, mirando sin decir nada lo que él imaginaba que debía de ser toda una aparición: un ciudadano rooliano perdido en el laberinto de su barriada. A cada giro que daba junto

a una tienda plantada o una choza de zarzos y barro, la multitud parecía crecer hasta que se enfrentó a una pared sólida de hombres y mujeres jóvenes, vestidos no mejor que los golfillos, y muchos luciendo miembros atrofiados, ojos lechosos y ciegos, feas hinchazones y otras desfiguraciones de enfermedades, todas provocadas por la suciedad de su pobreza, sin duda.

—Busco a la familia Harldeth —exclamó dirigiéndose a uno de los jóvenes—. Harldeth. ¿Conoce el apellido?

El tipo, que bloqueaba el camino de Bakune, se limitó a observarlo. Tenía un labio leporino y Bakune habría sospechado que era un poco retrasado de no haber sido por la inexplicable hostilidad que parecía a punto de estallar en su mirada.

—Desconocido —exclamó una voz débil desde una choza cercana. Bakune agachó la cabeza para mirar con los ojos guiñados la oscuridad.

—¿Sí?

—Entre.

Tuvo que doblarse casi en dos para meterse dentro. Encontró a un anciano con las piernas cruzadas sentado en una esterilla trenzada junto a un fuego muerto y ennegrecido. El hombre llevaba el torso desnudo a pesar del frío creciente del otoño. Bakune se presentó y lo invitaron a sentarse. El hedor a humo y comida podrida casi le produjo náuseas; optó por ponerse en cuclillas. El anciano se quedó allí, en silencio, examinándolo durante un rato; sus ojos, negros como la noche, ilegibles.

—¿Sí? ¿Conoce a la familia Harldeth? —le volvió a preguntar Bakune.

—Conozco a la familia.

—¿Me llevará hasta ellos?

—¿Por qué los busca?

—Estoy investigando una muerte. Necesito interrogar a Lithel Harldeth. Fue monja en el Claustro. Me han dicho que su familia ahora vive aquí fuera.

El anciano ladeó la cabeza.

—Así que está investigando una muerte... ¿Dónde está la Guardia? ¿Dónde están sus porras? ¿Dónde está su confesión firmada?

Bakune se apartó, ofendido.

—No es así como hacemos las cosas. Lo examinamos todo para asignar la inocencia y la culpabilidad.

El anciano se limitó a esbozar una sonrisa triste e indulgente.

—Debería pasar más tiempo aquí fuera, examinador Bakune. —Se puso en pie con cierto esfuerzo y levantó un bastón alto que sostuvo en horizontal—. Venga.

Fuera, el anciano hizo un gesto y la multitud retrocedió. Bakune lo observó con atención; vestía solo unos pantalones sucios y un chaleco, el cabello canoso le caía fibroso y enmarañado, pero sus miembros prietos, oscuros como la madera manchada, conservaban una fuerza obvia. Una piedra en un cordel alrededor del

cuello era el único adorno del hombre, aparte de la rama vieja que sostenía a modo de cayado. Había empezado a caer una lluvia fina y gélida de la que el anciano no hizo caso alguno, aunque dejó helado a Bakune.

—¿Lo conozco? —preguntó al recuperar de repente un recuerdo vago.

—No, examinador. Desde luego que no me conoce. Por aquí...

Gritos sorprendidos resonaron por el sendero de barro por el que había llegado Bakune; la multitud se separó y reveló la presencia de sus dos escoltas de la Guardia, los mantos apartados de las espadas cortas que les colgaban en los costados.

—¿Quiénes son estos? —preguntó el anciano.

Bakune suspiró. *¡Malditos idiotas de la Señora! ¡Lo van a estropear todo!*

—Escoltas que el capitán de la Guardia insiste en que me sigan.

Los ojos oscuros del anciano se deslizaron hasta Bakune; la sonrisa indulgente, casi compasiva, regresó.

—¿Escoltas, examinador? ¿O niños? —Echó a andar antes de que Bakune pudiera responder.

El camino que siguió el anciano era desconcertante y enrevesado, seguramente de forma deliberada. Sus dos guardias lo seguían con andar pesado, las manos en los cinturones. Cada pista embarrada que tomaban entre las atestadas chabolas parecía idéntica a la anterior. Nadie hacía caso de Bakune y continuaban con sus asuntos diarios, llevando fardos de madera, ollas de barro llenas de agua. Las mujeres cocinaban, inclinadas sobre fuegos bajos que humeaban.

Entonces el viejo se detuvo de pronto ante una choza de zarzos y barro no muy diferente de cualquier otra. Le hizo un gesto para que entrara.

—Gracias.

El otro no respondió, se limitó a hacerle otra seña para que accediese al interior.

Dentro había una familia sentada, comiendo. Sorprendido, Bakune estuvo a punto de retroceder hasta que la mujer presente, madre, supuso Bakune, de los cuatro niños de ojos muy abiertos, indicó una colgadura de juncos tejidos un poco más adentro. Bakune se inclinó, rodeó a la familia, que no le quitaba los ojos de encima, y apartó la colgadura. Una densa nube de humo lo cegó. Había entrado en lo que resultó ser no más que un rincón diminuto y tuvo que taparse la nariz y la boca con un pliegue del manto. Al final pudo distinguir una forma baja, encorvada ante una especie de altar en el que se amontonaban cabos de velas quemadas, lámparas de arcilla, pequeñas estatuas talladas con tosquedad y soportes de palitos de incienso que se quemaban.

—¿Lithel Harldeth?

La forma, que había estado meciéndose con suavidad de un lado a otro y canturreando para sí, se quedó quieta. La cabeza se alzó, buscando algo.

—¿Quién anda ahí?

—El examinador Bakune. Estoy investigando la reciente muerte de la hermana Prudencia. Me han dicho que usted la conocía bien.

—Así que está muerta. Llevamos muchos años esperando. —Una mano nudosa se acercó temblorosa al altar y señaló una estatua tosca—. Mire ahí. La gran diosa Madre. Tenía un sinfín de nombres, aunque Señora no es uno de ellos. —La mano se acercó a otra—. El gran padre Cielo se llama este, aunque la Luz es su orientación. Aquí el Gran Embustero quería avanzar, sin darse cuenta de que el triunfo significaría su disolución. Aquí la Bestia de la Guerra se remueve otra vez, ¿cuál será la forma definitiva de su alzamiento? Aquí el Acaparador Oscuro de Almas. Ahora tiene a mi amiga, ojalá los dos lleguen a conocer la paz. Y aquí, el recién llegado, el dios Roto, que observa e intriga desde lejos.

Bakune reconoció los antiguos nombres y títulos por la investigación que había hecho sobre los pueblos indígenas del archipiélago, los antiguos espíritus animistas de la tierra, el aire y la noche. El carácter de todos tenía un vago parecido con las fes extranjeras malazanas, de las cuales era de presumir que eran parientes lejanos. Las viejas creencias paganas que se habían multiplicado de forma indiscriminada antes de la llegada de la Santísima Señora y la única fe verdadera.

—¿A qué llamaría usted el mal, examinador? —inquirió de repente la anciana.

A Bakune le sorprendió la pregunta. Respiró en medio de aquel humo embriagador que lo mareaba y fue poniéndose de rodillas poco a poco. De una forma vaga se preguntó qué drogas habrían mezclado con las maderas exóticas y las hierbas que se estaban quemando allí. Ya se había dado cuenta de que no conseguiría arrancarle ninguna respuesta directa a aquella vieja arpía, y desde luego no podía presionarla.

—No lo sé. Los simples responderían que lo que sea que se opone a ellos. El enemigo o rival al que se estén enfrentando en ese preciso momento. Por mi parte, yo creo que el verdadero mal yace en las acciones. En los actos dañinos deliberados.

—Ha hablado como un magistrado. Y hay que decir que existe cierta sabiduría en su enfoque. Sin embargo, ¿no puede un acto ser dañino en el momento inmediato, pero beneficioso a largo plazo? ¿Se podría llamar maligno a un acto así?

Bakune despejó con la mano las espirales de humo que se le metían por la cara y lo ahogaban. Lo último que había esperado era que lo desafiaran a un debate filosófico.

—Una vez más, no lo sé. Supongo que habría que sopesar el daño en comparación con el beneficio último acumulado.

La anciana volvió la cabeza para contemplarlo de frente. El cabello sucio le colgaba como un velo ante la cara.

—Exacto. Tendría que ser... examinado.

Bakune sintió de repente que aquello lo afectaba.

—¿Adónde quiere llegar, Lithel?

La mujer le dio la espalda y empezó a mecerse.

—He meditado largo y tendido sobre esta fastidiosa cuestión, examinador. En realidad, solo hay un pequeño conjunto de respuestas finales. Mi destilación es un perfeccionamiento de una de ellas. El verdadero mal, el mal puro, examinador, es desperdiciar. Es despuntar el potencial, amputar la promesa, o las opciones, de una persona o un pueblo para desarrollarse. Es, de forma emblemática, la muerte de un niño. —La cabeza de la anciana se hundió—. Mire, así pues, examinador, a los niños.

—¿Lithel? ¿Lithel?

La anciana empezó a canturrear una vez más para sí, y Bakune pudo oír el antiguo dolor bruñido en sus gemidos.

Una vez fuera, Bakune se estiró y tosió. Uno de sus escoltas le ofreció un cuero de agua, lo cogió con gratitud y se enjuagó la boca.

—¿Qué oyó? —preguntó el anciano.

—Justo lo que no quería oír.

La sonrisa del anciano se desprendió de toda reserva.

—Bien. Entonces hemos terminado. Y, examinador...

—¿Sí?

—No vuelva. No intente encontrar de nuevo esta morada. Porque nunca lo conseguirá.

Bakune entrecerró los ojos y miró al hombre.

—¿Intenta amenazar a un magistrado?

—Nada de amenazas. Es un hecho.

Los guardias bufaron con tono incrédulo. Bakune se encogió de hombros. Su mirada se detuvo en la piedra que llevaba el hombre en el cuello. Grabado en ella había un círculo con una línea por el medio, como la línea de un horizonte. El mismo sigilo arañado en la estatua que Lithel había llamado la gran diosa Madre. Bakune señaló con un gesto el collar.

—El símbolo de la antigua Madre Tierra pagana.

La mano del anciano fue a la piedra.

—Sí. La antigua fe. Soy drenn.

Bakune no podía quitarse de encima la sensación de familiaridad.

—Me parece que ya nos hemos visto antes.

—Quizá por un momento. Vamos, por aquí.

El anciano, que en otro tiempo le había dicho al examinador que se llamaba Gheven, se detuvo dentro de los límites del barrio de chabolas y observó mientras el magistrado y sus niños trepaban al camino del oeste. Le había sorprendido,

complacido y entristecido, todo al mismo tiempo, habérselo encontrado otra vez. Sorprendido por la resistencia de aquel hombre, que se había atenido a sus principios a pesar de todo a lo que se había tenido que enfrentar a lo largo de su carrera; complacido de verlo aferrándose todavía al sendero de la justicia (tal y como él la interpretaba, en cualquier caso), y entristecido porque sabía lo que todo eso le costaría al hombre si continuaba por ese sendero, tal y como él, Gheven, esperaba que hiciese.

Era triste pero necesario. Se infligiría dolor, ¿pero no era todo por un bien mayor? Una pregunta espinosa. Una que él no se sentía cualificado para resolver.

De regreso en su despacho, Bakune se acomodó en su sillón y apoyó la cabeza en las manos. Sus guardias se habían escabullido en cuanto habían llegado al centro de la ciudad y a los bloques que albergaban el palacio del alcalde y las cortes. No sabía si agradecer su dedicación o maldecirlos por ella. Las insinuaciones del anciano se habían deslizado en profundidad por los senderos de sus propias sospechas. Sus secretarios aparecieron en su puerta con gruesas carpetas en las manos, pero Bakune los mandó marchar con un gesto.

Se levantó, cruzó el despacho y cerró la puerta con llave. Fue a un armario que tenía junto al escritorio y lo abrió con una llave. Del estante superior sacó un rollo que dejó en su mesa. Tiró de la cinta que sujetaba la tela y lo desenrolló. Era un mapa de Banith que Bakune había ordenado que se dibujara años antes. En él, desde entonces, el examinador había ido marcando con esmero con puntos rojos la ubicación exacta de cada chica y chico asesinados que él había visitado en persona, o que podía situar de manera fiable. Los puntos rojos se repartían en una fina extensión por toda la ciudad; no había distrito que estuviera libre por completo de sus manchas. El carmesí brillante, sin embargo, era más denso a lo largo de la costa, donde habían abandonado muchos cuerpos. Pero no de modo uniforme, no al azar. A lo largo de los años, las marcas se agrupaban, de forma evidente, en tres macizos principales. Uno al oeste, uno al este y uno al sur, cerca del centro de los muelles de la ciudad. Saliendo más o menos en línea recta de cada agrupamiento había un camino principal que entraba en la ciudad. Y si se trazaba cada camino, el dedo terminaba justo en el centro de la ciudad, donde se hallaba el sagrado Claustro de Nuestra Santísima Señora, cerca del cual, y de modo harto revelador, no había ni un solo punto ensangrentado.

Bakune se sentó y se quedó mirando el mapa, con la barbilla casi tocando el pecho. *Maldito seas por hacerme esto. Me estás matando. Punto por punto, me estás matando de verdad. Por favor, no querrás parar. Vete de una vez.*

Se apretó las sienes palpitantes con las yemas de los dedos y se quedó inmóvil, con la mirada fija. Por la Santísima Señora, ¿qué se esperaba que hiciera él?

Alrededor del mediodía el capitán del barco fue a hablar con Kyle. Este estaba dormitando a la sombra de un toldo, con la pierna vendada levantada, cuando empezó a ser vagamente consciente de que ya no estaba solo. Abrió un solo ojo y vio a un tipo enjuto mirándolo desde arriba: viejo, cabello canoso desarreglado, la sombra clara de un bigote en la boca, y una pipa sujeta con fuerza entre los labios. Múltiples aros de oro le brillaban en los lóbulos de las orejas y unos brazaletes de oro atestaban las muñecas de ¿la? capitán.

—¿Sí? —preguntó Kyle, cauto.

—Qué cómodos estamos, ¿eh?

—Sí, gracias. Su arreglahuesos conoce su oficio.

Una sonrisa de agradecimiento estiró los labios finos.

—Hablando de oficio y negocios...

—Ah. ¿Usted es el capitán?

—Sí. June. Maldita June, me llaman.

—Kyle. ¿Maldita? ¿Me permite preguntar por qué?

Un alzamiento de hombros huesudos.

—Tuve siete maridos, por eso. —La mujer ladeó la cabeza y lo examinó de arriba abajo—. Admito que no te ubico. Hay algo de los wickanos en ti, con ese bigote y el tono moreno y todo eso. Pero no del todo.

—Quizá seamos parientes lejanos.

—Quizá.

Kyle se quitó una saquita del cinturón y se la tendió.

—Todo lo que tengo para que nos transporte hasta su siguiente puerto.

La mujer la sopesó y frunció el ceño.

—No es mucho...

—Mi compañero puede que también tenga algún dinero. —Un gruñido evasivo—. ¿Adónde nos dirigimos, si me permite preguntar?

—Al este, a Belid. Cinco días de navegación.

—Se lo agradecemos.

La mujer volvió a gruñir y exhaló un chorro de humo. Era obvio que estaba ansiosa por interrogarlo acerca de los antecedentes de ambos y qué había tras su precipitada huida, pero también era evidente que era lo bastante vieja y astuta como para saber que no le iban a contestar. Asintió en su lugar con un gesto cauteloso y vagamente acogedor y siguió su camino.

La arreglahuesos, Elia, se dejó caer al lado de Kyle con un ruido sordo en la carga envuelta en arpillera que habían atado a la cubierta.

—Bueno, ¿qué piensas de nuestra capitana?

—No es común ver una capitana.

—Aquí sí, en Falar. Los barcos de Curaca son todos propiedad de la ciudad y es la ciudad la que los gestiona, exige beneficios y una gestión estricta. Los capitanes hombres se emborrachan o se juegan los márgenes. No como las mujeres. ¿Qué dices a eso? —La anciana le dio un golpecito en el hombro.

—Yo diría que cualquiera que se hace a la mar de forma voluntaria tiene que estar mal de la sesera.

La mujer lanzó un alarido y después una gran carcajada.

—Has hablado como un auténtico hijo de las praderas, Kyle.

Él la miró, y se preguntó si lo estaba sondeando.

—Dijo que la llamaban maldita... ¿es eso cierto?

—Sí, es cierto. Pero ahí está la trampa... ¿es cierto porque ha tenido siete maridos o porque ha tenido siete maridos?

Kyle solo pudo mirarla, el ceño tenso. *Pero ¿qué coño dice, en el nombre del torturador Embozado?* El joven sacudió la cabeza.

—¿Cómo está... mi compañero, Orjin?

—¡Anda! ¿Así que Orjin, eh? Durmiendo como una ballena ahí abajo. Cuatro tripulantes no pudieron moverlo.

—¿Alguna herida?

—Nada grave. Y ha visto lo suyo en rituales Denul.

—¿Y eso qué significa?

—Quiero decir que ese hombre es mucho mayor de lo que parece, y que se cura más rápido que la mayoría.

—Supongo que ahí es donde metió su dinero —sugirió Kyle mientras apartaba la vista.

—Supongo.

Tres días después, justo tras el amanecer, un tripulante despertó a Kyle, que estaba acostado en una hamaca, abajo. Atontado, frotándose la cara, trepó las cortas escaleras empinadas hasta la cubierta. Arriba, un banco de nubes bajas reflejaba el dorado y el rosa del amanecer. Había mar alta en el mar de las Tormentas, pero no estaba picado. Se le ocurrió que cada región parecía tener su cuerpo de aguas difíciles o temporales, su «mar de las tormentas». En proa se encontraba la capitana June, el primer oficial, Masul, Elia y Melena Gris. Se reunió con ellos. Melena Gris le dedicó una mirada tensa, preocupada.

La capitana June señaló al sureste, no muy lejos de la proa.

—¿Amigos vuestros?

Kyle guiñó los ojos contra la luz: tres formas oscuras surgieron del fulgor del amanecer. Navíos grandes, muchas velas.

—¿Quiénes son?

—Buques de guerra malazanos —dijo June—. Parecen haber puesto rumbo de interceptación y no podemos dejarlos atrás. No somos ningún ágil corsario.

—Ni le sugeriría que lo intentara, capitán.

—¿No?

—No —afirmó Melena Gris.

Las cejas expresivas de June se alzaron. Después le dio una buena calada a su pipa.

—No habrá hostilidades, ¿verdad? Porque mi gente no va a meterse en follones. Melena Gris se pasó una mano por el enmarañado cabello plateado.

—No, capitán. Nada de hostilidades.

—¡Hmm! Muy bien entonces. —Se volvió hacia la popa—. ¡Rumbo constante!

—¡Rumbo constante, sí, capitán!

Kyle fue a colocarse junto a Melena Gris.

—¿Qué va a ocurrir? —preguntó con los ojos puestos en los barcos lejanos.

El hombre exhaló un largo suspiro.

—No quiero que estos tipos sufran. Y yo no sé nadar. Así que los dejamos que se pongan al paio y nos ocupamos de ellos uno por uno.

—¿No de dos en dos?

El otro miró de soslayo a Kyle. Una sonrisa franca le tiró de las comisuras de la boca.

—No nos pasemos.

Era una flota de buques de guerra malazanos, altos y de una anchura moderada para conseguir mayor estabilidad, encargados para la guerra en alta mar. Por los soldados que bordeaban las altas barandillas y los castillos de popa y de proa, Kyle calculó que cada uno de los veinte navíos transportaba unos cuatrocientos marines. Se podían ver transportes de tropas mucho más grandes al este, en un convoy que se dirigía con ritmo lento al sur, en largas columnas rectas. Incluso desde esa distancia hubo algo que le extrañó en los navíos: parecían demasiado grandes, joder, y de un color extraño, casi como el de las aguas que surcaban.

A Kyle le parecía una flota de invasión reunida para atacar un continente.

—¿Has visto alguna vez algo parecido? —le murmuró a Melena Gris, asombrado.

Tras un momento el hombre respondió, había una nota extraña, casi resignada, en su voz.

—Sí, Kyle, lo he visto.

La capitana June, que no era tonta, ordenó que recogieran las velas. Apareció una lancha que habían bajado del barco de guerra más cercano. Melena Gris y Kyle la observaron cruzar la distancia que separaba los navíos. A los remos había unos dieciocho marines.

June ordenó que se arrojara una escala de cuerda por un costado. Tres oficiales atestaban la lancha, incluyendo uno que era con toda claridad un moranthiano azul. El primer oficial ascendió a bordo sin dificultad y se quedó en cubierta con gesto incómodo, las manos entrelazadas a la espalda. Era sin duda un veterano, bajo y fornido, con una calva curtida por el sol y, a juzgar por el sombreado en el brazalete de plata que llevaba en el brazo, era un oficial de alto rango. Tenía la boca fina y tensa, y todo el aspecto de no abrirla mucho.

—Permiso para subir a bordo —le preguntó a nadie en concreto.

June exhaló una bocanada de humo.

—No podría negarlo ahora, ¿no?

La boca del hombre no se movió.

El segundo oficial era una mujer dalhonesia vestida con sedas oscuras y un sigilo con una pequeña garra de plata en el pecho. Esa visión dejó helado a Kyle, aunque la cara cenicienta de la mujer y la mano que se aferraba a la regala le quitaba cierto poder a su presencia. El moranthiano azul trepó a bordo con facilidad a pesar del peso de su armadura de placas quitinosas, y permaneció en silencio y sin dirigirse a nadie. Él (o ella) saludó a la capitana June con un asentimiento.

Melena Gris rompió el prolongado silencio.

—Deduzco que estoy arrestado.

Las cejas lampiñas del oficial malazano se alzaron.

—¿Arrestado? En absoluto, comandante.

¿Comandante?, se preguntó Kyle.

Melena Gris compartía la confusión de Kyle. Su mirada fue rotando de cara en cara.

—¿No estoy arrestado?

—No. —El hombre hizo un saludo militar—. Puño Khemet Shul a su servicio, señor. Encabezando el convoy. —Señaló a la garra—: Reshal. Y le presento a Halat, enlace con el *bhuvar*, es decir almirante, y moranthiano azul, Torbellino.

El moranthiano azul se inclinó ante Melena Gris.

—Un honor.

Los ojos gélidos de Melena Gris se habían entrecerrado hasta convertirse en meras ranuras.

—¿Por qué me ha llamado comandante?

A modo de respuesta, Reshal se sacó un pergamino de la camisa y se lo tendió, la mano izquierda sujetando la derecha, después se inclinó.

—Una misiva del emperador Mallick Rel el Glorioso que ha de entregarse en persona y en mano.

Melena Gris miró el pergamino que le tendían como otro habría mirado una daga desnuda. Sin embargo, de mala gana, lo cogió. Kyle esperó mientras el hombre leía.

Reshal tragó saliva y se irguió, las mandíbulas muy apretadas y las manos apoyadas en los costados. Kyle pensó que la había visto mirarlo antes y sonrió al verla en ese estado. La sonrisa de respuesta de ella parecía prometer una puñalada... pero más tarde.

Melena Gris bajó el pergamino. Miró a Kyle e intentó tranquilizarlo con los ojos, que a Kyle le parecieron más alarmados que otra cosa.

—Una locura, capitán. Una auténtica locura. Dos veces se ha intentado y dos veces los jinetes y las galeras mare destruyeron las flotas. Esta no conseguirá mejores resultados.

Shul se inclinó, aceptaba el argumento.

—Bien hablado, comandante. Sin embargo, esta vez el emperador ha ofrecido un contrato a los moranthianos. Y ellos han cumplido. —Miró a Halat—. ¿Enlace?

El moranthiano azul se inclinó. Unos tonos de color verde mar se revolvieron sobre las placas pulidas de su armadura cuando se movió.

—Romperemos el bloqueo mare, Melena Gris —dijo, su voz sonaba hueca dentro de la máscara del yelmo—. Esa es nuestra promesa.

—¿Está seguro?

—O moriremos intentándolo. Hemos dado nuestra palabra.

—Entonces, acepto el nombramiento.

Shul hizo un saludo seco.

—Muy bien, puño. Su flota de invasión se está reuniendo junto a la costa de Kartool.

—Pero ¿tú estás loco? —preguntó Kyle en cuanto se quedaron solos en los alojamientos vacíos de la tripulación—. ¿Cómo has podido aceptar, después del modo en que te trataron?

Metido en un banco, el hombretón levantó una mano conciliadora.

—Sí, Kyle. Lo entiendo. —Examinó una taza de madera tallada y vacía, casi invisible en la pala ancha que tenía por mano—. Créeme, yo antes sentía lo mismo. —Respiró hondo e hizo girar la taza en pequeños círculos sobre la mesa que tenía delante—. Pero ahora soy más viejo. Ese ataque de los elegidos, y los malazanos encontrándome... Jamás podré esconderme. Y quizá lo que ocurre es que no debería haberme ido. Tenía gente en Korel. Gente que dependía de mí. Un tipo, Ruthan se llamaba, estaba dispuesto a luchar, pero espero que siguiera mi advertencia. Cuando me vi obligado a irme... bueno, siempre me ha remordido la conciencia. Fue como una traición. A veces me he sorprendido preguntándome... ¿siguen vivos?

Kyle llenó la taza de Melena Gris y otra para él con una jarra de vino aguada, se agachó bajo las hamacas y se sentó. Estudió a su amigo, al otro lado de la mesa. El cabello largo y sucio del hombre, del color del hierro bajo la luz tenue, le llegaba casi

hasta la mesa. Estaba sin afeitarse, las mandíbulas amplias pintadas de gris por la barba incipiente. Viejo. El tipo parece viejo y cansado. ¿Estaba haciendo una especie de esfuerzo desafortunado por compensar antiguos fracasos? Pero por lo que él había entendido, los fracasos no eran culpa suya... Aun así, era obvio que se sentía responsable.

Responsabilidades. Obligaciones. ¿Por qué era que los que asumían esas cargas lo hacían porque querían? Kyle suponía que, al final, esos eran los únicos que importaban en realidad. Como que él se sentara allí, enfrente de su amigo. Nadie se lo había pedido. No tenía que acompañar a aquel hombre. Su mano se deslizó hasta la espada que llevaba al costado. Las cargas asumidas por propia voluntad, decidió, son las que terminan por definir al portador.

—¿Así que estás tú al mando? —dijo Kyle al fin, en el silencio relativo de las planchas del casco que crujían y el oleaje del mar.

—De todas las operaciones en tierra, sí. Una vez que lleguemos... ¡Embozado! Si llegamos.

—¿Pero no de la flota?

—No.

—¿Quién es el de la flota?

Melena Gris esbozó una media sonrisa, en sus pálidos ojos del color del zafiro una expresión de humor atemperado.

—Tendrás oportunidad de conocer una leyenda viva, Kyle. El nombre no significará nada para ti, puesto que eres un maldito extranjero, pero el asalto naval lo comandará el almirante Nok.

Pero Melena Gris se equivocaba. Kyle sí que había oído hablar de él.



¡Dominator de la violencia!
Y violencia dominada.
Compañero de la oscuridad.

¡Salve, señor de la guerra!
El martillo cayó
y el puño pesado.

¿Qué antiguos filones
explota él cuando
los pensamientos nocturnos se vuelven
hacia la falla, la fractura,
y a lo que debe hacerse?

Lamento por el Caudillo
Pescador Kel'Tath

Cortesanos en galas brillantes atestaban antaño el salón de recepciones de Fortaleza Paliss, capital de lo que había sido el reino soberano de Rool. Los tapices cubrían los muros de piedra. Largas mesas ofrecían manjares y vinos de tierras lejanas y exóticas en aquel, el estado más poderoso de Puño, rival del korelrano.

En otro tiempo.

Pero en esos tiempos el amplio salón permanecía vacío, oscuro y frío. Un único ocupante, aparte de sus guardias, se sentaba a una mesa desnuda, de espaldas a una conflagración de llamas que rugía en un hogar de piedra a cuatro pasos de distancia.

Ussü entró y cruzó el ancho salón sin iluminar. Las sombras danzaban sobre él, parpadeando desde el lejano fuego. Su amo y señor, Yeull'ul Taith, comandante de lo que quedaba del Sexto Ejército malazano, jefe supremo de Puño, permanecía sentado, poco más que una silueta de la noche, aguardándolo.

A Ussü lo acompañaba Borun, moranthiano negro, líder de un contingente de esa raza que había naufragado en Puño unos quince años antes y se había convertido en el segundo de Yeull. Comandante de lo que los nativos maldecían como las «Manos Negras» de Yeull.

Ussü observó que las botas de la armadura de Borun arañaban la piedra mientras que sus pasos avanzaban en comparativo silencio. Bajó la vista y contempló sus sandalias de cuero casi invisibles bajo capas de túnicas. Silencioso. Oculto. Y así había sido siempre. ¿Quién iba a saber que él, Ussü, otrora mago de poca monta dentro del Imperio, se dedicaba a perseguir el poder por otros medios más oscuros?

Se detuvieron delante de su comandante. Sí, comandante, eso era. Yeull'ul Taith. Jefe supremo. Puño, en cierto modo. Primero desapareció Melena Gris, expulsado por sus indignantes inclinaciones. Después ese gobernador nombrado por el Imperio, ¿cómo se llamaba? Lo habían encontrado muerto. Y después la puño Udara, pero su suicidio había parecido genuino. Y al final Yeull, aferrándose como un hombre que se agarra a un tablón en una tormenta. Le aterraba la traición. Pero seguía aguantando de todos modos, incluso más aterrado de soltarse.

Yeull se irguió, un espeso rebozo de piel de oso le colgaba de los hombros. El largo cabello negro le caía húmedo por el sudor sobre una cara pálida repleta de cicatrices. Los ojos oscuros pasaban indiscriminadamente de Ussü a Borun.

—¿Sí? ¿Qué pasa?

—Noticias, mi señor. De cierto tipo.

Yeull se inclinó en su sillón alto y envolvió el respaldo con un brazo.

—Miraos. —Señaló a Ussü—: Blanco. —Después a Borun—. Y negro.

Ussü prefería los tonos pálidos, como el marfil y el color crema. Y tenía el pelo largo y gris por completo. Mientras que Borun era, por supuesto, negro.

—¿Uno va a sugerir cautela, el otro precipitación?

—Mi señor...

—¿Uno va a demostrar ser digno de confianza, el otro... bueno... no tanto?

—¡Mi señor!

Los ojos oscuros se aguzaron.

—Jefe supremo.

Ussü se inclinó.

—Sí, jefe supremo.

—¿Qué pasa? —Se sirvió un vaso de vino de un decantador de barro—. ¿Hace frío aquí? Siento frío.

En pie, delante del fuego vivo, el sudor empezaba a escocer en las axilas de Ussü, en el pecho y la cara.

—No, mi... jefe supremo. Yo no tengo frío.

—¿No? ¿No tienes frío? —Se tomó el vaso entero de un solo trago—. Yo sí. Hasta los huesos.

—Lo llama.

Yeull alzó la vista, había estado estudiando el vaso vacío.

—¿Qué? ¿Alguien me llama? ¿Quién?

—El prisionero —dijo Borun, su voz era un gruñido áspero.

Yeull dejó el vaso con cuidado y se irguió en su asiento.

—Ah. Ese. ¿Qué quiere?

—Debe de tener noticias para nosotros, puño supremo. Algo que ofrecer, en cualquier caso.

—Hace frío... Juro que hace frío. —Yeull se volvió—. Más madera para el fuego.

Ussü le lanzó una mirada rápida a Borun, pero no vio nada por la ranura de la celada bajada. ¡Esos moranthianos y sus armaduras! El hombre debía de estar asándose.

—¿Y bien? —exigió Yeull—. ¿Por qué estáis aquí hablando conmigo? Hablad con él.

—Solo hablará con usted.

—¿Conmigo?

—Sí, puño supremo.

—Imposible. —El puño supremo se ciñó mejor el manto de piel de oso alrededor de los hombros.

Ussü contuvo su irritación.

—Ya hemos tenido esta conversación, puño supremo. Tiene que ser usted. Ningún otro.

El hombre había vuelto la cabeza, la mirada distante, casi vacía.

—Hará frío ahí abajo. Tan abajo.

—Llevaremos antorchas.

—¿Qué? ¿Antorchas? Sí. Fuego. Debemos llevar fuego.

Recorrieron los salones oscuros y vacíos de la Fortaleza Paliss. Los guardias (todos regulares malazanos) hicieron saludos militares y descorrieron los cerrojos de las puertas que llevaban a pasajes más profundos. Ussü observó las numerosas barbas grises que había entre ellos. Ninguno se estaba haciendo más joven, incluyéndolo a él. ¿Quién continuaría? Habían reclutado y adiestrado a miles de soldados entre los ciudadanos de Rool y Skolati, habían organizado un ejército de más de setenta mil soldados, pero muy pocos de los nativos ostentaban un rango superior al de capitán.

Los oficiales malazanos originales constituían el cuerpo de gobierno. Era, de hecho, el gobierno permanente de una élite militar de ocupación. Pero su generación iba desapareciendo. ¿Quién recogería el cetro, (o la maza, en ese caso) del gobierno? La mayoría tenía hijos, convertidos ya en hombres y mujeres, pero esos formaban la nueva aristocracia mimada, en absoluto interesada en el servicio, o en el mundo que se extendía más allá de sus extensas fincas. No, con cada año que pasaba, Ussü estaba cada vez más convencido de que la política local de Puño y la korelriana se limitaba a hacer caso omiso de los invasores, hasta que desaparecían. Como iban a desaparecer

ellos, soldado tras soldado, hasta que no quedara nada, salvo armaduras podridas y estandartes llenos de polvo de olvidadas y lejanas tierras expuestos en lo alto de un muro.

El punto muerto de la invasión inicial se había osificado en unas relaciones formalizadas. Parecía que, en lo que a los korelrianos se refería, los malazanos se limitaban a gestionar la isla de Puño como la última dinastía rooliana había hecho antes que ellos. Un simple cambio en la administración. Frustración no era la palabra. Fracaso, quizá, era lo que más se acercaba a describir el mordisco ácido en el estómago y el alma de Ussü siempre que pensaba en ello. Le había fallado a sus superiores, a cada comandante en su momento; no había conseguido cumplir la única tarea asignada: lograr la dominación malazana en ese teatro de operaciones. Décadas atrás, antes de que la flota invasora dejara Unta, el propio Kellanved le había encomendado la tarea.

Recordaba la sorpresa y el terror que había sentido ese día, tanto tiempo atrás ya, cuando el viejo ogro lo había cogido por el brazo y lo había llevado por el espigón del puerto de Unta. Danzante los había seguido, ¡cómo había perseguido la mirada de aquel hombre cada uno de sus movimientos!

—Ussü —había dicho Kellanved—. Te diré una cosa: al final, la conquista no se trata de qué territorio o recursos controlas... se trata de repartir toda la baraja.

Y él había articulado algo insípido sobre que desde luego esa era su intención; el emperador le había soltado el brazo y había apuntado al sur con el bastón, con gesto impaciente.

—En todas partes, para cada región, para cada persona, se reparten manos de la baraja de los Dragones. Para crear un verdadero cambio fundamental, debes forzar que todas las manos se vuelvan a barajar y repartir. Concéntrate en eso.

Y el hombre había sonreído con astucia, apoyado en la cabeza de mastín de plata del bastón, con los ojos clavados en el agua, y Ussü recordaba haber pensado: *Como has hecho tú, allá donde has ido.*

Llegaron a los niveles inferiores de la construcción. Una puerta de hierro cerrada con llave impedía la entrada a los túneles más profundos tallados en la roca nativa. Allí Ussü utilizó una llave de su propio cinturón para abrir el portal; no quedaba ningún guardia. Delante de él, Borun y Yeull encendieron antorchas con unos faroles y continuaron. Ussü cerró la puerta con llave a su espalda.

Creía que esos toscos pasadizos serpenteantes databan de antes del establecimiento de Paliss como capital del estado, o incluso como asentamiento. Le parecía que el polvo que levantaban sus pisadas portaba un sabor acre a humo y sulfuro. Quizá un resto de aquel lago, el inmenso cráter que dominaba la gran isla.

La antorcha de Yeull chisporroteó y siseó en sus manos; el hombre iba temblando por delante de Ussü, murmurando por lo bajo como si conversara consigo mismo.

Ussü se preguntó, y no por vez primera, cuándo empezaría a ser necesario un nuevo jefe supremo. Ni él ni Borun; ambos habían encontrado ya su lugar. Quizá uno de los comandantes de división que quedaban, Genarin, o Tesh kel. Yeull jamás había sido muy popular entre los hombres, era dado a ensimismarse. Pero en los últimos tiempos se había ido haciendo cada vez menos fiable.

Borun encabezó la marcha a una cámara tallada en piedra. En un lado se abría una fila de alcobas más pequeñas, cada una con barrotes. *Celdas*. Y alrededor de la sala principal, instrumentos de... «castigo y persuasión».

Tal y como Ussü los había encontrado hace tantísimo, cuando había caído la fortaleza. Seres sedientos de sangre, esa última dinastía rooliana. Y olvidado en el pozo más lejano, soportándolo, quizá más viejo incluso que esa generación misma, el último ocupante. ¿Se les había pasado por alto durante esos últimos días de pánico, cuando se cerraba el puño malazano? ¿O ya lo habían olvidado, filtrándose de la memoria viva de la humanidad a medida que dinastía seguía a dinastía en sus ciclos de rebelión y declive? ¿Quién podía decirlo? El prisionero desde luego se negaba a iluminarlos.

Borun se detuvo ante un gran sarcófago de hierro de unos tres pasos de longitud que yacía dentro de un armazón de metal sobre la piedra desnuda. Colocó su antorcha en un brasero y después echó mano de una alta rueda de hierro que había junto al armazón. Esta la fue moviendo con un trinquete, la respiración entrecortada por el esfuerzo. A medida que la rueda se movía, unos largos pinchos de hierro fueron saliendo poco a poco de unos agujeros abiertos en los lados del sarcófago, y en filas en la parte delantera.

Cuando los extremos de este sinfín de pinchos de hierro surgieron del interior de las aberturas manchadas, un fluido denso y negro, una especie de sangre, goteó viscosa y espesa de las puntas de las agujas. Una exhalación de aliento baja y profunda resonó entonces. Removió el polvo que rodeaba el sarcófago.

Ussü se inclinó sobre el ataúd.

—¿Cherghem? ¿Me oyes?

Una voz no más sólida que ese aliento resonó en el interior. *Te oigo*.

—¿Dices que tienes información para nosotros? ¿Percibes algo?

Comida. Agua.

—No hasta que hables.

Agua.

Ussü cogió un cucharón de un cubo cercano y regó con su contenido los agujeros que los pinchos habían abierto en el hierro que ocultaba la cabeza del cofre.

—Toma. Ya tienes agua. ¡Ahora habla!

¿Y el jefe supremo? ¿Está aquí?

—Sí. —Ussü le hizo un gesto a Yeull para que se adelantara.

Pero el jefe supremo no quiso moverse; permaneció inmóvil, con los ojos clavados, una mano aferrada al cuello de piel, la otra blanca alrededor del mango de una antorcha sujeta tan cerca que casi le podía prender el pelo. Su rostro parecía exangüe; la madeja de cicatrices, lívida.

—Puño supremo... —empezó a decir Ussü con tono zalamero—, debe hablar.

La boca se abrió, pero no salió sonido alguno.

Lo percibo ahí, el corazón martilleando como una estrella en la noche. Jefe supremo, tengo noticias para ti.

—¿Sí? ¿Noticias? —graznó el hombre, acongojado—. ¿Qué noticias?

Vienen a por ti, Yeull.

—¿Qué es eso? ¿Quién?

Ussü lanzó una mirada incierta por encima del sarcófago a Borun, que había ladeado la cabeza recubierta por la armadura, los guanteletes apretados en un puño.

No creerías que te permitirían tener tu propio señorío, ¿verdad? Tus superiores, a lo lejos, al norte, vienen a reafirmar el control de su territorio. Seguro que te cuelgan como usurpador.

—¿Cómo puedes saber eso? —inquirió Ussü.

Noto su acercamiento.

—¿De dónde vienen? ¿Del oeste o del este?

El este.

A Ussü no le parecía posible que el puño supremo pudiera empalidecer todavía más, pero lo hizo.

—Puño supremo... no podemos estar seguros...

Pero Yeull ya estaba retrocediendo, agitando la cabeza en una aterrada negación, los ojos convertidos en enormes pozos oscuros.

—No, ya vienen... jamás pararán. Jamás me dejarán en paz.

Ussü se movió para seguirlo.

—Puño supremo...

¿Y adivinas quién los lidera?

Aunque Ussü sabía que aquel antiguo ser estaba riéndose en el fondo, saboreando el poder que tenía sobre ellos, se volvió para mirar la impasible máscara de hierro, tenía que preguntarlo.

—¿Quién?

Tu viejo amigo, jefe supremo... el que algunos llaman Empuñapiedras.

Yeull dio un salto hasta la rueda y se le cayó la antorcha.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó.

Percibo lo que lleva al costado, un artefacto único en toda existencia, salvo por otro.

El ruido del trinquete del mecanismo sorprendió a Ussü cuando giró bajo la mano

de Yeull.

Los pinchos se incrustaron, implacables, en la carne de Cherghem (la poca que había), a mucha más profundidad, más clavados que nunca, y el prisionero gimió y sufrió una convulsión, una sacudida que agitó la piedra bajo los pies de los humanos. Y después, silencio. Ussü escuchó con atención en busca de una inspiración, no oyó ninguna.

—Ya has dicho bastante —rezongó Yeull con los dientes apretados y un gesto de desdén. Recuperó su antorcha y señaló las escaleras. Cuando echaron a andar, el comandante moranthiano se retrasó para unirse a Ussü.

—¿Cree que estaba mintiendo?

—No. Era inevitable... solo que antes de lo que yo esperaba.

—¿Qué debemos hacer?

Ussü observó la espalda del jefe supremo, casi invisible en la oscuridad.

—Más relevante para mí es la pregunta... ¿qué hará usted?

Las placas de la armadura quitinosa del moranthiano chirriaron en un encogimiento de hombros que sugería indiferencia.

—He comprometido mi palabra con Yeull, mi comandante. Él ordena, yo obedezco.

—Entiendo. —Ussü no se molestó en disimular el alivio que sentía. *Más de mil moranthianos negros, nuestro núcleo de hierro. Puede que todavía tengamos una oportunidad*—. A través de mis contactos avisaré a Mare, que sepan que se acerca otra flota invasora. —Llegaron de nuevo a la puerta cerrada con llave y el jefe supremo Yeull esperó, las mandíbulas apretadas y rígidas, un gesto de frustración y rabia frustrada—. Con un poco de suerte —terminó Ussü—, ni un solo barco escapará de ellos, como antes.

No menos de cinco veces, Tal, Primera de la Caza, le prometió sangre a su banda de guerra. Y en cada ocasión los intrusos se deslizaban entre sus dedos. Ninguna emboscada triunfó. Ni siquiera el frío creciente ralentizó el paso de esos extranjeros por los campos de hielo. Y la Caza, la principal batida jhek, debió contentarse con una larga persecución por las grietas del Gran Agal del Norte.

Tal dio el alto y se quitó los abultados mitones de pelo y piel. Su aliento nubló el aire. Hemtl, su segundo, se detuvo junto a ella. La capucha de piel y la protección de marfil para los ojos le oscurecían la cara, pero la líder podía imaginar la mueca enfurruñada e infantil. El joven señaló las huellas que marcaban la nieve.

—Todavía llevan la delantera. Deben de ser de los demonios de antiguo, los forkrul.

—Los forkrul no huirían —dijo una tercera voz y Tal contuvo una sacudida de sorpresa. Ruk lo había vuelto a hacer. Se volvió, ahí estaba, brazos y piernas

retorcidos, envuelto en sus pieles blancas, el cabello más blanco aún, la plata pálida de la escarcha—. Al menos no de nosotros —terminó.

—¿Qué sabrás tú de los forkrul? —quiso saber Hemtl. Con una mueca, Tal les dio la espalda. *El segundo eres tú, Hemtl. Ruk no buscó el cargo. No hace falta recordárselo a nadie, salvo a ti mismo.*

Ruk se quedó callado y permitió que el viento susurrara su respuesta a cada uno: «Más que tú».

El resto de la partida se había detenido a cierta distancia y se había agazapado, indistinguible entre los ventisqueros barridos por el viento.

—Esto es inútil —le dijo Tal al horizonte de un blanco cegador—. Ya he perdido la cuenta de los rastros que hemos pasado.

—Cinco osos de nieve y algunos rezagados del rebaño del río Hielo —le indicó Ruk.

—¡Ha de responderse al insulto! —gruñó Hemtl.

Todavía sin mirarlos, Tal dejó escapar una larga columna de aire.

—¿Qué dice la tierra?

—La piedra y la roca están muy lejos, Tal —dijo Ruk—. El hielo jaghut ahoga todas las demás voces.

—¿Sin embargo?

—Sin embargo, hay susurros...

Se volvió hacia el anciano. ¿Por qué la reticencia? La mirada protegida del viejo estaba vuelta. El cabello volaba al aire. *¿Es que el hombre no sentía el frío cortante de su viejo enemigo?* Por primera vez en aquella partida de caza, Tal sintió la tirantez en la garganta que te atenaza cuando arrinconas a un oso de nieve o a una bestia de grandes colmillos. ¿Quiénes eran esos desconocidos?

—¿Susurros de qué? —dijo sin aliento.

—De la Fortaleza Ancestral. Tellann.

—¡Imposible! —estalló Hemtl—. Eso no puede ser.

—No es imposible —respondió Tal, pensativa—. Los ancestrales todavía recorren la tierra. Logros, Kron, Ifayle. El camino sigue abierto... solo hemos perdido el rumbo.

—La maldición jag del hielo lo ha asfixiado —asintió Ruk.

—Hay otros modos... —dijo Hemtl, la voz hosca—. El dios Roto llama.

—Él no es de la tierra —respondió Ruk con un rechazo absoluto.

Tal alzó una mano para dar el alto.

—Ruk y yo nos adelantaremos, para ver si quieren hablar con nosotros.

—¿Hablar? —dijo Hemtl—. ¿Con qué fin?

—¿Quién sabe? —Y se echó a reír para reprender a Hemtl—. Quizá se rindan, ¿eh?

Tal y Ruk avanzaron a la carrera. Intensificaron el trote habitual de la persecución que habían sostenido legua tras legua y acortaron la distancia que había entre ellos y sus presas. Tras un tiempo, el cambio de táctica se descubrió y los cuatro que iban por delante fueron frenando hasta detenerse; los aguardaron al otro lado del hielo. Al acercarse, Tal y Ruk también fueron disminuyendo la velocidad y se detuvieron al fin. Tal extendió las manos enguantadas.

—¿Me entendéis? —preguntó en korelrano.

—Te entendemos —respondió una voz con acento marcado desde el otro lado del campo barrido por el viento—. ¿De qué tendríamos que hablar?

¿De qué tendrían que hablar? ¿Por dónde podría empezar?

—¿Con qué derecho cruzáis nuestras tierras con tanta arrogancia?

Los cuatro hablaron entre sí. Uno se llevó las manos alrededor de la boca.

—¿Vuestras tierras? Creíamos vacíos estos yermos. ¿Por qué nos perseguís?

¿Por qué? ¡Pero qué necios resultan estos extranjeros!

—¿Por qué? ¡Porque estas son nuestras tierras! Sois intrusos. Coméis caribúes, es alimento arrebatado a nuestras familias.

Los cuatro volvieron a hablar.

—Queremos disculparnos. Pero hay muchos. ¡El rebaño se cuenta por miles!

Tal y Ruk no pudieron evitar intercambiar miradas de exasperación. *¡Extranjeros!* Que los dioses ancestrales los libran de los necios incapaces de comprender. Tal les contestó a través del hielo.

—Sí, eso parecería. ¡Sin embargo, cada uno de esos ya está reservado, y lo están para todas nuestras familias! ¿Qué hay de los rebaños de vuestros señores? ¿Y si todos se mantuvieran juntos y alguien, al ver su número, se quedara con uno al ver que su número asciende a tantos? ¿Qué le ocurriría entonces a esa persona?

—Sería encarcelado o mutilado —admitió el intruso extranjero, su voz sonaba cansada—. Muy bien. Adelantaos. Quizá deberíamos hablar.

Tal miró a Ruk, que asintió con la cabeza. Encontraron a tres hombres y una mujer, los cuatro mal vestidos para el frío, temblando, los cueros bajo los mantos empapados en sudor que se congelaba y convertía en escarcha y hielo ante los ojos de Tal. ¿Cómo habían podido esos desgraciados tan mal preparados haberlos adelantado una y otra vez? Pero el portavoz, un tipo musculoso y achaparrado, de piel oscura, estaba acuclillado esperándolos con calma. Tal se agachó junto a él.

—Saludos.

—Saludos. Parece que os debemos una disculpa y algún tipo de compensación. Cosa que es aceptable para nosotros si lo es para vosotros. ¿Qué pago requeriríais?

Asombrada, Tal alzó la mirada hacia Ruk, pero se encontró con que el hombre le sonreía de oreja a oreja a uno de los desconocidos, un jovencito flaco con una mata rebelde de denso cabello negro. Lucía también un broche en el manto de lana, una

serpiente o dragón de plata sobre un campo rojo. La visión de esa insignia provocó un reconocimiento lejano en Tal.

—Vuestros nombres, primero —preguntó al pensar en esa vaga impresión.

Los cuatro intercambiaron miradas inseguras. ¿Por qué la inquietud? ¿Qué podrían tener que ocultar? Pero entonces el portavoz se encogió de hombros.

—De acuerdo. Yo soy Penas. Estos son Dedos, Lazar y Shell. Somos de la Guardia Carmesí.

Tal se balanceó sobre los talones. Ese era un nombre que conocía. La Guardia Carmesí. Habían gobernado Stratem, hacia el sur, en la época de su abuelo. Guerreros y magos, le había contado este. *La guerra es para ellos lo que la caza para nosotros.* Al examinar a aquellos cuatro, Tal empezó a preguntarse quién había dejado escapar a quién tantas veces ahí atrás, durante la persecución.

Los dos llamados Dedos y Shell se irguieron entonces y empezaron a pasear la mirada. Penas frunció el ceño.

—¿Qué...?

—Es una trampa —dijo Dedos—. Estamos rodeados.

Ruk se irguió de un tirón y maldijo.

—¡Ese joven necio!

Tal también se incorporó, ya sabía lo que iba a ver. Hemtl había dispuesto la Caza en un amplio círculo y se estaban acercando, él en cabeza. Los señaló con la lanza.

—¡Haced daño a esos dos nuestros y morís todos! —exclamó.

Ninguno de los cuatro había hecho movimiento alguno para defenderse o retener a Tal y Ruk. Tal alzó las manos y miró a Penas.

—No teníamos conocimiento de esto.

Penas asintió con gesto suave.

—Lo sé, no os habríais entregado de otro modo.

—Déjame hablar con él.

—Mejor será —respondió el hombre en voz baja.

Esa pequeña advertencia empujó a Tal a correr hacia Hemtl. Ruk se quedó donde estaba, como si se ofreciera como rehén por pura vergüenza.

—¡Necio! —rezongó la mujer al acercarse.

El joven resollaba y tenía el rostro acalorado.

—Los tenemos. Vuestro truco los detuvo.

—No fue ningún truco. Esto no es un juego. Estaba llegando a un trato. Y ahora, gracias a ti, dudo que sea capaz de salvar algo...

Pero Hemtl no la estaba mirando. Con la lanza en ristre se puso a gritar.

—¡Liberad a nuestro hombre o moriréis todos!

Tal le dio un empujón. El golpe mandó la visera del joven por los aires y le soltó la melena de largo cabello ondulado, que quedó a merced del viento. Abrió mucho

los ojos.

—Ahora lo entiendo —dijo sin aliento—. Querías traicionarnos, y dejar que escaparan a cambio de un pago. Eres una puta...

Tal alzó el brazo para abofetearlo otra vez, pero él fue más rápido y fue como si al instante la lanza del hombre le hubiera atravesado el estómago. La mujer sintió la ancha cabeza de pedernal que le rozaba el hueso de la pelvis. *Qué fácil es morir*, pensó, asombrada, antes de que un mar de dolor borrara todo lo demás. Para su vergüenza, chilló, pero por encima de eso oyó el rugido de rabia desquiciada de Ruk.

Tal no esperaba volver a despertar jamás, pero lo hizo. Era de noche. Las luces de las fortalezas rielaban de color rosa y verde en el cielo negro lleno de estrellas. Un fuego ardía cerca. La cara de una mujer se cernió sobre ella. La extranjera, Shell. Y después Ruk, la cara húmeda de lágrimas.

—Qué... qué... —murmuró antes de que el sueño se la llevara una vez más.

Cuando volvió a despertar, ya era de día y estaba sujeta a un travesaño. Los hombres y las mujeres de su partida de caza se habían reunido a su alrededor. Ruk se abrió camino hasta ella y le cogió la cabeza con las manos ásperas.

—Creí que te habíamos perdido.

—¿Qué pasó?

—Te curaron. Los extranjeros te curaron. Estaba muy por encima de nuestras habilidades. Ahora te llevamos a casa.

—¡Ruk! —gruñó ella, después jadeó de dolor—. ¿Qué pasó?

El anciano apartó la mirada. El viento sacudió su cabello largo y brillante como la nieve.

—Lo maté.

Eso le había parecido a Tal. Bien, al menos se las había arreglado para que quedara entre ellos. Nada de nuevos odios mortales. Ruk se presentaría ante el *guth ull*, el consejo de jefes, y escucharía su fallo. Tendrían que ser benévolo, dadas las circunstancias.

—¿Y los extranjeros?

—Se han ido.

—¿Ido? ¿Ni siquiera puedo darles las gracias?

Ruk sacudió la cabeza, maravillado ante las extrañas costumbres de los que no disfrutaban de la bendición de ser de los jhek.

—Se fueron en cuanto supieron que estabas curada. No quisieron esperar. Dijeron que debían apresurarse porque debían ir a rescatar a un amigo. Qué raros son estos extranjeros, ¿no?

No. Quizá no tan raros, viejo amigo.

—Bueno, ¿y dónde estamos, si se puede saber, en el nombre de todos los puñeteros Falah'dan?

Kiska miró al hombre. Su... ¿qué? ¿Protector? Con franqueza, antes preferiría morir. ¿Guía? Era obvio que no. ¿Compañero? Poco probable. ¿Aliado?... Quizá. Siendo generosa, quizá. No sabía nada del tipo, aunque le gustaría pensar que la Encantadora no era tonta. Se estaba envolviendo la cara y el cuello con un paño con movimientos que indicaban mucha práctica, estaba en su salsa. Kiska examinó el horizonte, legua tras legua de desierto casi desolado postrado bajo un cielo apagado de color pizarra. Conocía ese lugar. Había pasado mucho tiempo, pero ¿cómo podía olvidarse nadie de él?

—Sombra. Estamos en el reino de Sombra.

El hombre lanzó un gruñido de disgusto.

—¿El reino del Embustero? En mis tierras se lo insulta.

Kiska se arrodilló y dejó su petate en el suelo. Sacó varios artículos de sus bolsillos y cintura, incluyendo un pellejo de agua, carne seca envuelta y el saco, y lo dobló todo bien para meterlo en el petate, que después ató con una cuerda y se lo echó a la espalda. Sacó un trapo gris de debajo de su camisote de cuero y, como Jheval, se envolvió la cabeza y la cara con él. Unos guantes finos de cuero completaron el cambio, se los subió bien de un tirón y después comprobó las lazadas de los dos cuchillos largos que llevaba hacia la parte posterior de cada cadera.

Jheval la miró de arriba abajo, desde las botas ya polvorientas que le llegaban a las rodillas, subiendo por los pantalones hasta el camisote de manga larga y el tocado que se estaba remetiando.

—Vas con una armadura demasiado ligera —comentó.

—Tendrá que servir.

—No servirá.

—Ese es mi problema.

—No si tengo que llevarte yo.

—No lo harás.

El nativo de Siete Ciudades se había vuelto a medias para examinar el entorno, pero la miró de reojo, perplejo.

—¿Cómo lo sabías?

Gilipollas. Kiska señaló a un lado.

—Vamos a echar un vistazo desde ese otero —dijo, y se alejó. Tras un momento oyó que la seguía. *Al menos no ha intentando ponerse al mando. Ya es algo. Y tuvo la elegancia, o la confianza, de admitir que no tenía ni idea de dónde estábamos. Nada demasiado insufrible todavía.*

Las arenas flexibles tiraban de sus pies; ya estaba cansada. Desde la pequeña

elevación vio lo que supuso que eran las colinas de las que había hablado la Encantadora. No eran más que bultos en el horizonte, a lo lejos, o lo que Kiska supuso que era lejos; en Sombra no había forma de saberlo. Junto a ella, Jheval gruñó al ver las colinas y en esa única vocalización, Kiska leyó su frustración y disgusto ante aquella vista.

Con una sonrisa tras el pañuelo, Kiska empezó a bajar la ladera.

Algo más tarde (y la joven no tenía forma de saber cuánto tiempo habría pasado), mientras caminaban más o menos uno al lado del otro pero separados, Kiska se cansó de guiñar los ojos para mirar a lo lejos en busca de alguna pista de la geografía que había encontrado durante anteriores visitas a ese reino. No veía nada conocido y decidió que era ridículo buscarlo; Sombra debía de ser inmenso, era como si un viajero en Genabackis esperara vislumbrar las montañas Fennen en cualquier momento.

Durante todo ese tiempo no había dicho nada. Claro que, tampoco lo había dicho Jheval. Kiska carraspeó y, con la mirada clavada en el frente, se decidió.

—Bueno. En el sentido estricto de la palabra, ¿deberíamos ser enemigos?

Una pausa silenciosa, quizá lo bastante larga para un encogimiento de hombros.

—En absoluto. ¿Eres una especie de fanática del Imperio?

—¡No! Me retiré del servicio. —Lo miró, furiosa, y vio que los ojos masculinos esbozaban una mueca divertida sobre lo que debía de ser una sonrisa oculta por el pañuelo—. Era guardaespaldas privada.

No era fácil distinguirlo, pero le pareció que la sonrisa desaparecía.

—No tan diferentes, entonces.

—Somos bastante diferentes, muchas gracias —contestó ella con arrogancia, y lo lamentó al instante, ese tono gazmoño de superioridad. Él se limitó a lanzar una risita profunda de complicidad y Kiska se alegró entonces de contar con el pañuelo para ocultar su arrebol avergonzado.

A pesar de todo lo que caminaron, la cordillera no parecía más cerca. Los campos de colinas intercalados con llanuras de rocas se sucedían con monotonía. Pasaron junto a alguna que otra ruina de columnas inclinadas y muros de piedra destrozados medio enterrados en las arenas. El vacío le pareció extraño a Kiska; ella recordaba un lugar mucho más atestado.

—Fuimos enemigos en otro tiempo, supongo —dijo el hombre tras un rato, quizá solo para oír una voz humana en todo ese silencio—. Pues tú pertenecías a la Garra.

Kiska se volvió hacia él, a punto de pedir cuentas sobre quién había dicho eso y negarlo rotundamente, pero entonces cayó en la cuenta de lo absurdo que era todo, se le bajaron los humos y dejó caer los hombros. Hizo un gesto despectivo y continuó.

—¿Cómo lo supiste? ¿Te lo dijo la Encantadora?

—No. Lo llevas en los andares. En el modo en que te mueves.

—¿Has visto muchas, no, ahí arriba, en Siete Ciudades?

—Me acecharon unas cuantas —respondió él, sin una sola nota de alarde.

Ella volvió la cabeza hacia él e intentó penetrar en las capas de armadura, en el pañuelo que le ocultaba la cara.

—Estoy impresionada.

Le tocó a él desechar el asunto con un ademán.

—No deberías. Mi amigo mató a la mayor parte. Se le da muy bien matar. A mí no.

A Kiska la cogió desprevenida esa sorprendente afirmación, o confesión.

—¿En serio? ¿Y entonces qué se te da bien a ti?

Entonces brotó una sonrisa amplia e inconfundible tras el pañuelo.

—Vivir.

Kiska estuvo a punto de compartir la sonrisa contagiosa antes de volverse a toda prisa. Después de caminar otro rato, empezó a hablar de nuevo.

—Sí. Fui garra. Me adiestré como tal. Se me ofreció el mando de una mano. Pero lo rechacé. Me retiré.

—Creí que eso no lo permitían —comentó él—. Que te matan y ya está.

—A veces. Si te haces independiente. No si te unes a las filas de regulares. O, como hice yo, si sirves como guardaespaldas dentro del Imperio.

—Debe de haber sido duro... alejarse de todo eso...

—En absoluto. Fue lo más simple... —Se detuvo y escudriñó a un lado—. ¿Qué es eso?

El terreno ondulado había dejado a la vista un hueco en el que yacía una gran masa oscura retorcida entre terreno roto. Unas huellas amontonadas se alejaban de la forma hacia la derecha.

—No se mueve —dijo Jheval.

Kiska señaló al frente.

—Vamos a seguir.

—Deberíamos al menos echar un vistazo.

Ella negó con la cabeza.

—No. Esto es Sombra... no debemos implicarnos.

Pero Jheval ya estaba bajando la ladera.

—¿Ni siquiera sientes curiosidad?

—Este no es un sitio para ser curiosa... ni estúpida —añadió por lo bajo, mientras examinaba con cautela el paisaje. Pero sí que lo siguió. Era el cadáver fresco de una especie de lagarto titánico. En pie debía de medir el doble que ella. Los antebrazos terminaban en hojas curvas, magulladas y manchadas. Jheval estaba agachado junto a la gran cabeza y se había bajado el pañuelo.

—Así que... esto es un k'chain che'malle —dijo, pensativo.

—Sí. Un guerrero. Uno de sus cazadores kell.

—Me pregunto qué está haciendo aquí.

—No tengo ni idea. —Fuera lo que fuera lo que había pasado, la muerte de la bestia no había sido fácil. Unas grandes heridas salvajes le abrían los costados y las piernas. La sangre seca le envolvía la piel escamada. Kiska observó un rastro cerca y se arrodilló: una enorme huella de una zarpa más ancha que la palma de su mano. Se irguió, rígida—. Jheval...

El siseo de la lija de una cola que se movía los advirtió y una pata delantera segó el aire en el lugar donde se había agachado Jheval. Sus manguales aparecieron casi al instante como figuras borrosas. La bestia se retorció y se alzó sobre las patas terminadas en garras. Algo similar a un arnés de cuero y metal le colgaba del cuerpo, hecho trizas. Kiska comprendió que no tenía sentido correr: la zancada del bicho era más alta que ella. Jheval cedió terreno con desesperación en una serie de paradas estruendosas, consiguiendo desviar como pudo cada una de las pesadas cuchilladas del cazador kell. Kiska estaba aterrada, le parecía que cualquiera de esos golpes podría haber tumbado un edificio.

Puesto que no podían dejarlo atrás corriendo, tenía que frenarlo. Y el bicho no parecía hacerle ningún caso. Se precipitó tras la bestia con los cuchillos largos sacados. Rodó por el suelo y terminó al alcance de la pierna que la criatura dejaba atrás, Kiska lanzó una cuchillada. Un bramido de dolor fue su recompensa, junto con un golpe de la cola que le quitó el aliento y la mandó dando vueltas por las arenas.

Despertó tosiendo y con arcadas. Jheval estaba agachado junto a ella con el cuero de agua levantado. Kiska se limpió la cara y miró a su alrededor. A lo lejos, un trompetazo de dolor y frustración estalló en el aire.

—Me llevaste.

Él se había sentado con pesadez, sin aliento.

—No. Te arrastré.

—Muchas gracias.

—De nada.

Kiska recordó de repente lo que había encontrado junto al cazador kell caído e intentó levantarse.

—Tenemos que movernos.

Él la obligó a permanecer echada con suavidad.

—No, no. Lo lisiaste. Y de todos modos era demasiado estúpido para saber que estaba muerto.

Ella le apartó la mano de un manotazo.

—No, idiota. —Después, al no poder incorporarse, le agarró la mano—. Oh,

ayúdame a ponerme en pie.

Jheval la levantó y ella siseó de dolor mientras se sujetaba el costado. Era como si alguien le hubiera tirado un árbol encima.

—Tenemos que irnos —jadeó—. Podrían regresar.

El hombre la miraba con expresión suspicaz.

—¿Quién?

Kiska se agarró el hombro y probó a dar un paso.

—Las criaturas que destrozaron al cazador kell. Los mastines. Los mastines de Sombra...

—Ni siquiera ellos podrían...

—Confía en mí —dijo Kiska, impaciente—. Los he visto. —Dio un paso vacilante sin ayuda—. Y ahora, tenemos que irnos.

El hombre examinaba el entorno con el ceño fruncido, era obvio que no lo tenía muy claro. Pero al final se encogió de hombros y se conformó.

—Si insistes. —La cogió por el codo para ayudarla a avanzar.

Los cadáveres quizá fueran de pescadores con la poca fortuna de que se les hubiera hundido, o volcado, el barco. Quizá. Los encontraron enredados en la orilla de la diminuta isla Torre del Cielo, un afloramiento rocoso en el centro del mar de la Torre. Pero puesto que el acceso al mar, y a la isla, estaba prohibido a todos por orden de los elegidos korelrianos, no era muy probable que hubieran llegado allí por gusto.

Llamado por la guardia, el mariscal de torre Colberant, comandante de la guarnición, bajó trepando de mala gana la confusión de rocas desnudas de la empinada costa de la isla.

Era viejo y, con franqueza, no le importaba nada el mundo más allá de la obligación de su vida, que era supervisar aquella, la fortaleza más aislada y segura de los elegidos korelrianos. Si los pescadores y marineros vivos de los cercanos Jasston o Dourkan no le interesaban mucho, sus restos mortales mal podían ser dignos de su atención. Pero Javus, su recluta más joven en ese, el puesto más exigente e importante que podían lograr los elegidos, se había mostrado muy insistente. Un entusiasmo que había que alentar.

Así que Colberant se subió el manto largo y se apoyó en el mango de la lanza mientras pisaba con mucho cuidado entre las afiladas rocas negras que bajaban a la desolada costa de la isla. Desolada porque dentro del mar de la Torre no nadaban peces, no anidaban aves y no había plantas que extendieran sus hojas verdes. Pues allí, contra la Torre del Cielo, eras antes, la furia íntegra de los jinetes demoníacos se había estrellado invierno tras invierno mientras los ancestros de Colberant luchaban por terminar las últimas secciones de la gran muralla de las Tormentas. Y allí, incluso en esos tiempos, después de tantos miles de años, la tierra todavía tenía que sanar y

volver a encontrar su vida.

Ladera abajo, Javus esperaba a algo más de la altura de un hombre por encima de la más alta de las marcas de la marea. Al menos, caviló Colberant, el muchacho sabía lo suficiente como para no estirar el brazo para ayudar a su envejecido comandante. Colberant plantó la lanza e hizo alarde de mirar a su alrededor.

—Bueno, ¿dónde están esos cuerpos que tanto te han asustado, joven Javus?

Este sonrió, familiarizado ya con los modales burlones de su comandante. Sacó un brazo del manto que lo envolvía.

—Justo allí, mariscal. Y no son los cuerpos lo que es inquietante, más bien el modo en que murieron.

Colberant alzó una ceja, mordaz.

—¿Eh?

Pero el joven elegido, la mirada gacha, no quiso decir más. El mariscal tanteó las rocas y continuó unos pasos más. Allí se detuvo, después se acuclilló, con los dos puños sujetando con fuerza el mango de la lanza.

No los habría creído cadáveres si se los hubiera encontrado él. Trozos enredados de madera secada al sol, quizá. Más de diez individuos desde luego, depositados muy por encima de la más alta de las mareas. Pero cada uno estaba tan curtido y desecado como si se hubiera encontrado en el interior de una cueva.

Habían pasado muchos años desde la última vez que él, un anciano entre la Orden de los Elegidos, había oído hablar de tales cosas. Sentado en cuclillas, las piernas doloridas, alzó la vista a las alturas de la torre negra de roca volcánica que se cernía sobre ellos. *Dicen que la Santísima Señora desdeña a muchos y que pocos logran permiso para sentarse a su diestra. ¿Es esto una advertencia? ¿La hemos enfadado con nuestra debilidad de los últimos tiempos? ¿Quién podía saberlo? Ni siquiera él, considerado el más ardiente en su devoción, se atrevía a adivinar el humor de la diosa.* Se irguió y regresó junto al expectante Javus.

Sonrió para tranquilizarlo.

—Pescadores ahogados. Su barca debe de haber volcado. Da igual cuántas veces les digamos que no entren en el mar de la Torre, siguen viniendo.

El joven seguía inquieto.

—Con el debido respeto, mariscal, he visto cuerpos ahogados. Esos hombres y esas mujeres no han estado en el mar.

Colberant se encogió de hombros con gesto indiferente y empezó a buscar un modo de subir.

—El sol, entonces, los ha secado desde entonces.

—Solo digo, mariscal, porque soy de Skolati en origen...

—¿Oh?

—Sí... y en Puño hay un mar interior parecido, el mar Puño. Y allí, en sus orillas,

a veces encontramos cosas... parecidas.

Colberant se volvió para mirar al recluta cara a cara.

—No me parece sorprendente, Javus, que la gente se ahogue en uno u otro mar.

—Pero, como he dicho, ninguno...

El mariscal había alzado una mano para pedir silencio.

—Tu diligencia es de elogiar... pero ahora esto es un asunto para la orden. No hablarás con nadie sobre este tema.

El joven se irguió con el cuerpo tenso e hizo una reverencia brusca.

—Como diga, mariscal.

—Gracias. Y ahora, quizá podrías mostrarle a un viejo como yo el camino más fácil para volver a subir a la torre, ¿sí?

Otra inclinación rígida.

—Por supuesto, mariscal.

Colberant había pedido a Javus que lo guiara, pero no lo necesitaba; llevaba décadas recorriendo esas rocas. Sus pies embutidos en sandalias encontraban solos puntos de agarre mientras sus pensamientos echaban a volar. *Debo enviar recado a Hiam de inmediato. Se ha de preparar la lancha de abastecimiento. Javus se preguntará... pero para tener el honor de tener este puesto, su lealtad ya debe de estar por encima de todo reproche. Pues aquí, en esta torre, apartadas de la muralla de las Tormentas, protegidas por cuatrocientos de los más dedicados elegidos, están encerradas las reliquias más sagradas de la orden. Incluyendo, según dice nuestro antiguo saber, el regalo responsable de la fundación de nuestra orden, entregado de manos de la propia Santísima Señora.*

Desde que comenzó el día, Ivanr supo del acercamiento del ejército. No le dijo nada al muchacho. El humo y el polvo eran una calima lejana que oscurecía el valle más alto. La insinuación de las hogueras y la peste miasmática de sudor humano viciado y cuero mal curtido lo hacían estremecerse; llevaba mucho tiempo lejos de cualquier asentamiento humano.

Montó el campamento ya caída la tarde y maneó las monturas. El muchacho se había sentado, con los brazos rodeándose con fuerza las espinillas, y lo observaba, en silencio todavía.

Ni una sola palabra desde que dejamos esa aldea patética. Ver a tu familia masacrada delante de tus propios ojos puede poner fin a toda discusión.

Pero mírame a mí...

—¿Hambre?

No hubo respuesta, la barbilla en las rodillas, los ojos grandes y el cabello despeinado.

Ivanr se aclaró la garganta.

—Tenemos pan. Carne. Conservas. ¿Te apetece un poco de queso?

Nada. Un estremecimiento por el fresco creciente.

Ivanr suspiró.

Llevo un mes solo en las montañas y el único ser humano que elijo para que viaje conmigo no suelta ni una puñetera palabra. Me está bien empleado, supongo.

Se puso a reunir madera para el fuego. Mientras recogía helechos secos y ramitas, se dirigió al chico.

—Un hombre solo tiene dos manos, ¿sabes? Estaría bien un fuego caliente encendido a estas alturas...

Hizo una pausa y miró por encima de su hombro. El chico lo miraba por encima del suyo.

—Da igual. Un asunto delicado, este, acechar ramitas. Quizá cuando seas algo mayor...

Se sentó mirando a la hoguera y se terminó el pan; el chico lo miraba a su vez, el trozo de carne seca que Ivanr le había puesto en la mano seguía allí. Ivanr estaba esperando a que los exploradores de la fuerza que había valle arriba decidieran que eran inofensivos.

—¿Soy malvado? —preguntó el niño de forma tan repentina, tan espontánea, que Ivanr creyó que otra persona había hablado desde la oscuridad.

—Lo siento, pequeño, ¿qué decías?

La seriedad en la mirada del muchacho era como una punzada en el pecho de Ivanr.

—¿Soy malvado?

—Por todos los dioses verdaderos o falsos... ¡no! Pues claro que no. ¿Quién diría semejante cosa?

—Mi padre lo dijo. Cuando nos reunió a todos. A ma y a los chiquitines. Dijo que éramos malvados a los ojos de la Señora y teníamos que morir por ello.

Ivanr se lo quedó mirando a través del fuego que tenían en medio. Sintió que su rostro se oscurecía y un dolor le aprisionaba el corazón. *Por todos los dioses impíos. ¿Qué se puede decir a eso?*

—No, muchacho —consiguió articular, luchando por mantener la voz ligera—. Eso no es así. A tu padre lo... informaron mal.

Los oyó acercarse entonces a través del accidentado chaparral. Los rodearon, al menos eso lo hicieron bien. Cuando los exploradores salieron de la oscuridad, dos hombres y dos mujeres, el chico se levantó de un salto con un gáñido inarticulado. Ivanr cruzó a toda prisa el espacio que los separaba para ponerle una mano en el hombro. Bajo su palma, el muchacho temblaba como un potrillo.

—¿Quiénes sois? —quiso saber Ivanr, aunque solo fuera porque no habían dicho nada.

—¿De dónde eres, thel? —preguntó una de las mujeres.

—He estado cultivando. Hay una aldea bajo esa ladera de ahí. Están matando a todo el mundo. Nosotros huimos.

La mujer lo estudió mientras los otros tres recogían su equipo y soltaban su montura.

—¡Eh! Ese es mi caballo.

—Ya no —dijo la mujer. Apenas había dejado atrás la niñez—. ¿Por qué huisteis?

—Ya me había cansado de matanzas.

Eso a la mujer le pareció gracioso y lanzó un bufido desdeñoso.

—Entonces deberías haberte quedado en tus campos, porque ahora formas parte del Ejército de la Reforma.

—¿Reforma? ¿A quién se le ocurrió eso?

La mujer apoyó la punta de su espada larga jourilana en el pecho de Ivanr.

—Cuidado, recluta. —Los ojos del muchacho, enormes, se habían clavado en la espada de la mujer.

—No matáis reclutas, ¿verdad?

—Solo a los espías y a los infiltrados.

—No soy de esos.

—¿No? ¿Entonces qué eres?

—Soy pacifista. He renunciado a matar.

Otro bufido desdeñoso, la mujer bajó la hoja y la envainó. Sacudió la cabeza con gesto incrédulo.

—Un puñetero pacifista thel. Ahora sí que ya lo he visto todo. —Examinó a los otros—. ¿Estamos listos?

—Sí.

—De acuerdo. Regresamos al campamento. —Le hizo una seña a Ivanr para que se adelantara—. Beneth quizá quiera hablar contigo.

Mientras caminaba en la noche, con un brazo reconfortante rodeando los hombros del muchacho, Ivanr le dio vueltas a ese nombre, Beneth. ¿Podría ser de verdad el mismo sobre el que tanto había oído a lo largo de los años? El místico hereje de las montañas, perseguido durante tanto tiempo. ¿Había conseguido reunir un ejército de seguidores? ¿O acaso los refugiados se habían limitado a coincidir de forma natural a su alrededor? La apariencia de esos exploradores apoyaba la teoría: la destartalada armadura mal emparejada, sin uniforme. La posibilidad era inquietante; a Ivanr no le hacía gracia verse metido en un ejército de fanáticos religiosos. Sabía algo de historia. Había habido levantamientos en el pasado, movimientos milenarios,

carismáticos, cismáticos, rebeliones campesinas. Todas aplastadas bajo los cascos de la caballería imperial jourilana y el estandarte de la Santísima Señora.

A última hora de esa noche pasaron entre piquetes y alcanzaron el campamento del ejército. Allí la mujer lo detuvo.

—Solo tú.

El chico alzó los ojos y lo miró, las cejas crispadas. Ivanr le dio unas palmaditas en los hombros.

—Viene conmigo.

El ceño amargo de la mujer, al parecer su expresión habitual, se suavizó en algo parecido al ligero desagrado.

—Tenemos una larga recua de seguidores. Refugiados. Familias. Puede unirse al campamento.

Se le ocurrió a Ivanr que, por todo lo que había visto hasta el momento, aquella reunión no era más que una abotargada colección de refugiados, pero no le pareció muy prudente decirlo en ese momento. Se agachó delante del muchacho.

—Ve con esta chica. Te llevará a una familia y ellos te darán de comer. Te acogerán. ¿De acuerdo?

El chico se limitó a mirarlo sin más, las costras de sangre seca que Ivanr no había podido quitar eran negras bajo la tenue luz de las antorchas. Los ojos permanecían tan vacíos como antes. *¡Muestra algo, maldito seas! Lo que sea. Incluso miedo.*

Se irguió y le hizo un gesto con la cabeza a la mujer. Esta cogió la mano del muchacho.

—¿Está...? —Y se señaló la cabeza.

Ivanr estuvo a punto de abofetear a la joven exploradora.

—¡No! —Después suavizó la voz—. Ha visto cosas terribles.

Ella lanzó un gruñido suspicaz y se llevó al muchacho. Este la acompañó sin un solo sonido. Miró atrás una vez por encima del hombro, los ojos grandes y brillantes en la oscuridad. De algún modo entristeció a Ivanr que se fuera con tanta facilidad, y sintió una punzada de dolor cuando se preguntó si quizá ya se había olvidado de él. Uno de los exploradores que quedaban le hizo un gesto.

—Por aquí.

La tienda era grande, pero no muy diferente de cualquiera de las otras que la rodeaban. Había guardias ante la solapa cerrada. Lo registraron y después le indicaron que entrara. Cuando se agachó para acceder al interior, lo primero que chocó contra Ivanr fue el calor, eso y la luz brillante del fuego y de las numerosas lámparas. Se levantó parpadeando, encorvado bajo el techo bajo.

—Siéntate —dijo alguien, un hombre—. Me siento incómodo con solo mirarte.

Ivanr entrecerró los ojos y distinguió mantas esparcidas y cojines. Se sentó.

—Te lo agradezco.

—Así que acabas de subir de las tierras bajas.

—Más o menos.

—¿Y qué nos aguarda allí?

—Caos y un baño de sangre.

Una carcajada seca.

—Acabas de estar allí, ¿no?

Cuando su visión se acostumbró, Ivanr distinguió a tres ocupantes. El que hablaba era de mediana edad, con barba, bien vestido, con una camisa hecha a medida y una chaqueta de las que habían estado de moda en las cortes jourilanas. Eso y su acento lo situaban en la aristocracia jourilana. El segundo ocupante era una mujer, huesos grandes, vestida con una sencilla y estropeada cota como las que también podrían servir de forro para la armadura pesada. Tenía el cabello cortado a hachazos, con toques de gris, y la nariz aplastada y desviada, destrozada mucho tiempo atrás por un golpe temible. Ivanr fue incapaz de ubicar su origen, Katakan quizá. El ocupante más grande estaba inmerso en las sombras, un montículo de mantas apiladas coronadas por la calva resplandeciente de un anciano; un trapo le envolvía los ojos.

—¿Qué queréis conmigo? —preguntó Ivanr—. Soy un simple refugiado.

La cara del anciano se alzó en una sonrisa arrugada.

—Saludos, refugiado. —Ladeó la cabeza a un lado y la levantó como si mirara a lo lejos, justo por encima de Ivanr—. Me llamo Beneth. Descríbelo, Hegil.

—Es lo más cercano a un thel de pura raza que he visto jamás —dijo el barbudo—. Otrora estuvo mejor alimentado, pero ha perdido peso en tiempos recientes. Su porte es el de un soldado, seguramente sea un veterano. Y monta un caballo robado hace poco al ejército.

—¿Qué dices a eso, thel?

—Yo diría que tu amigo tiene razón, y que él también ha estado en el ejército.

El anciano (ciego desde hacía algún tiempo, decidió Ivanr) pareció guiñar un ojo tras la venda.

—Los dos tenéis razón, por supuesto. Me atrevería a adivinar que eres Ivanr. Bienvenido a nuestro campamento.

Ivanr no pudo evitar el sobresalto, asombrado.

—¿Pero cómo...?

—¿Ivanr, el gran campeón? —dijo Hegil, igual de asombrado.

La expresión del anciano ciego no cambió, enloquecedora y hermética, casi maliciosa.

—Como podría decir un vidente, lo vi en un sueño. Ahora ven. Tenemos té y carne.

Ivanr no puso objeciones cuando empezaron a pasar fuentes de comida: cabra en

brochetas, yogur y tortas recién hechas.

—Así que aquí hay alguien que me conoce —le dijo al anciano.

Beneth estaba masticando su pan con aire pensativo.

—No que yo sepa. ¿Lo conoces, Hegil?

Hegil, que era obvio que había sido oficial jourilano, estaba mirando a Ivanr con una hostilidad clara.

—Solo por su reputación.

Beneth asintió.

—Ahí lo tienes. Pero no nos adelantemos. Acerté porque estaba advertido de que podrías venir a nosotros.

—¿Advertido por quién?

—Por la sacerdotisa.

Ivanr estuvo a punto de atragantarse con la carne de cabra.

—¿Está aquí?

De nuevo la sonrisa astuta.

—Parece por tu voz que la conoces. No, no está, pero muchos de los reunidos aquí son seguidores de ella. Ellos comunicaron la información. En cualquier caso, como ya he dicho, no nos adelantemos. Presentaciones, primero. —Señaló a su izquierda, donde estaba sentada la mujer con la cota de aspecto práctico—. Esta es Martal, de Katakan. —La mujer inclinó la barbilla en un saludo cauto—. Martal se encarga de organizar nuestras fuerzas.

Buena suerte con eso, Martal.

—Hegil es el comandante de nuestra caballería.

Ivanr saludó con la cabeza al aristócrata. Un extraño arreglo, ¿y quién estaba al mando, entonces? ¿Hegil o la mujer? Cambió de postura con gesto incómodo y estiró una pierna que amenazaba con agarrotarse.

—Bueno, gracias por la carne, y os deseo todo lo mejor, pero debo seguir mi camino. Estoy seguro de que disponéis de mejor información de la que yo puedo proporcionar.

Beneth volvió a ladear la cabeza, pensativo, como si escuchara voces lejanas que solo él podía oír.

—¿Me permites preguntar cuál es tu camino, Ivanr? ¿Te has planteado hacia dónde podrías dirigirte?

Ivanr masticó un bocado de torta. Se encogió de hombros.

—Bueno, no te ofendas, pero tampoco te lo iba a decir a ti, ¿verdad?

El anciano asintió ante tal prudencia.

—Cierto. Pero déjame adivinar. Estabas pensando en cruzar el mar interior hasta las Llanuras de Plaga, y quizá continuar hacia el este, hasta la costa, para coger un barco a otras tierras donde no se conozca el nombre de Ivanr.

Ivanr se atragantó con su torta y la bajó con un trago de leche de cabra. Miró furioso al tipo aquel que lucía una sonrisa radiante e inocente.

—¿Y lo dices por qué, viejo?

—Lo digo porque todos los que están aquí han llegado arrastrados hasta este lugar por una razón. Nos hemos reunido aquí y en otros lugares con un propósito. Cuál es ese propósito no lo puedo decir con exactitud. Solo puedo percibir sus vagos perfiles. Pero sí que te aseguro una cosa: es un fin mucho más grande que el que cualquiera de nosotros podríamos lograr en la persecución de nuestros objetivos individuales.

Ivanr se quedó mirando al viejo ciego. *Delira. Y es un demagogo.* Las dos cosas tendían a ir de la mano. Somete a alguien a un proceso, persíguelo hasta aislarlo en el monte y no podrá evitar sacar la conclusión de que todo es por una especie de bien mayor; después de todo, la alternativa sería devastadora. Hace falta una mente inusualmente filosófica para aceptar que tanto sufrimiento quizá no tenga sentido en realidad, en el gran marco de las cosas.

Tras un largo y pensativo sorbo a la leche de cabra, Ivanr levantó y bajó los hombros.

—Te aseguro que a mí no me arrastró nada.

Beneth no pareció inquietarse. Agitó una mano temblorosa, marcada por las manchas de la edad.

—Una mala analogía, quizá. Guiado. Empujado por los acontecimientos, entonces.

Ivanr frunció el ceño ante su propia necedad por intentar debatir con el anciano ermitaño, después se encogió de hombros. Así no llegaría a ningún sitio.

—Bueno, una vez más, gracias por la comida. ¿He de suponer que soy vuestro prisionero? Después de todo, el permitirme abandonar esto quizá revelaría vuestra presencia en las colinas.

—Saben que estamos aquí —dijo Hegil.

—Hay espías infiltrados entre nosotros —añadió Martal, que habló por primera vez.

A Ivanr le costó descifrar su acento.

—¿De veras? ¿Por qué no os deshacéis de ellos?

La boca del anciano se alzó en una sonrisa socarrona.

—Mejor saber quiénes son los espías que no saberlo. Y podemos utilizarlos para enviar la información que queremos que se envíe.

Así que no eres tan espiritual, ¿eh, santón? Ivanr no pudo negar que sentía cierto grado de admiración por esa sutileza de pensamiento y sus tácticas.

—En cualquier caso —continuó Beneth—, no podríamos impedirle al gran campeón Ivanr que dejara nuestro modesto campamento si así lo decidiera, ¿verdad?

Este se limitó a alzar una ceja. *Sabes de sobra que podríais si así lo decidierais.*

Unos diez lanceros que sepan lo que hacen se encargarían de eso.

—Pero antes de que nos retiremos, ¿por qué no te cuento un cuento? Mi cuento, para ser exactos. Un cuento que espero que arroje algo de luz sobre por qué estamos aquí y lo que esperamos lograr. Soy viejo, ya lo ves. Muy viejo. Nací mucho antes de que los malazanos llegaran a nuestras costas con sus costumbres extranjeras y sus dioses extranjeros. También nací diferente. Toda mi vida he podido ver cosas que otra gente no podía. Sombras de otras cosas. Esas sombras me hablaban, me mostraban visiones extrañas. Cuando les hablaba de esas cosas a mis padres, recibía una paliza y se me decía que jamás volviera a entretenerme con semejante maldad. De esa manera son tratados todos los nacidos «diferentes» aquí, entre los korelrianos y los roolianos, todos esos que los thel llamáis invasores.

»De una forma tonta, sin embargo, o puede que obstinada, insistí en complacerme en mis dones, pues eran mi solaz, mi compañía, lo único que me quedaba después de que me llamaran «tocado». Así que un día, unos representantes del sacerdocio, los asesores de la Señora, vinieron a por mí. Puesto que insistes en tus malignas visiones, dijeron, pondremos fin de modo permanente a tus perversas costumbres. Y calentaron hierros y los llevaron a mis ojos. No tenía más que catorce años.

El anciano se aclaró la garganta. Martal le puso una bota de agua en una de las manos, bota que él cogió y de la que bebió.

—Me dejaron para que me muriera de hambre, ciego, en las estribaciones de las montañas al sur de Estigio. La cordillera Ebon. Pero no perecí. Cuando desperté, descubrí que poseía otro tipo de visión. La visión de una tierra como esta, pero con una sutil diferencia... una especie de versión en sombras. Vagué por el monte, por los terrenos gélidos y estériles, por la cordillera nevada de Yermo Helado. Allí me fueron mostradas imágenes del pasado y del presente que laceraron mi espíritu, me horrorizaron hasta dejarme sin palabras. Se me mostró que estas tierras están en las garras de un gran mal, una deformación monstruosa de la vida que ha persistido, entrelazándose en nuestras costumbres, aquí, en estas tierras, desde hace miles de años. Un mal que hay que arrancar de raíz y purificar. Y con ese fin estamos todos reunidos aquí.

Ivanr miró una cara tras otra en busca de escepticismo o sensación de ridículo, pero solo vio una especie de afecto gentil por el anciano. Hegil asentía con la mirada gacha. Incluso Martal, que parecía la veterana más endurecida que Ivanr había conocido en mucho tiempo, estaba afectada: su rostro chato y amplio se crispaba en un ceño feroz. Que la Señora lo protegiese, era mucho peor de lo que había imaginado. ¡Cruzados! La sacerdotisa había infectado a toda esa gente con su locura. Justo entonces vio que tenía que enfrentarse a ella. Tuvo visiones de esa chusma de refugiados marchando solo para que los aplastaran los imperiales jourilanos. Asesinato en masa. Todo en nombre de ella. Alguien tenía que obligarla a hacerse

responsable de todas esas muertes. Obligarla a detener esa causa imposible. Y desde luego no iba a ser ninguno de aquellos.

Ivanr se aclaró la garganta y levantó la mano en un gesto de impotencia.

—Siento todo lo que has sufrido, Beneth. Pero una vez más, esto nada tiene que ver conmigo. Os deseo suerte. Aunque he de decir que no creo que os vaya a ir muy bien contra el ejército jourilano.

—No luchamos contra el ejército jourilano. Ni siquiera contra el propio emperador jourilano. Pero, aparte de eso, me sorprende oírte decir que nada de esto tiene que ver contigo.

El thel no pudo evitar un estremecimiento de inquietud.

—¿A qué te refieres? —Podría haber jurado que el anciano había alzado una ceja bajo la venda que le cubría los ojos.

—Bueno... ella te buscó, por supuesto. Y ahora te has abierto camino hasta nosotros. ¿No creerás que es una simple coincidencia?

¿Y por qué cayó el árbol sobre mi casa? Porque los otros cien que cayeron no lo hicieron, viejo. Inventamos patrones cuando miramos atrás y buscamos lo que nos ha traído adonde quiera que resultamos estar. Esa elección concreta o ese giro concreto. Todo en retrospectiva... cuando en realidad fue simple azar. Aquí es donde viene la gente para huir de la carnicería de ahí abajo, y así (maravilla de las maravillas) aquí nos hemos congregado todos. Es lo que hay, viejo. Nada más. Ivanr se terminó la leche de cabra.

—Bueno, sencillamente no estamos de acuerdo en eso.

Una vez más, la sonrisa astuta, indulgente.

—Eso dices. Pero es tarde. Debo dormir. Un guardia te acompañará a un alojamiento. Buenas noches.

Ivanr asintió.

—Buenas noches. Es un honor conocerte, no obstante.

—El honor es mío, Ivanr.

Cuando el thel salió de la tienda, el aristócrata jourilano se aclaró la garganta.

—¿Sí, Hegil? —dijo Beneth, y de algún modo transmitió un conocimiento exacto de lo que iba a decir el hombre.

—No se lo dijiste.

El anciano sacudió la cabeza.

—Eso habría sido demasiado cruel.

—Lo averiguará con el tiempo, quizá de un modo peor —advirtió Martal, la voz áspera y apagada, quizá por la nariz aplastada.

—Quizá —admitió el anciano—. Pero no va a andar paseando su nombre por ahí, y nosotros tampoco. Y todavía no nos han llegado muchos del culto.

Hegil lanzó un bufido.

—El culto de Ivanr. ¡Un culto pacifista en el nombre de un gran campeón sediento de sangre! Las cosas ya han ido demasiado lejos en esta proliferación de cismas y sectas, Beneth.

—Cientos han sentido la inspiración de rechazar el servicio. ¿Cuántos más han sido encarcelados o torturados hasta la muerte? Todo en su nombre. —El anciano sacudió la cabeza con una determinación rígida—. No. Me gustaría ahorrarle esa carga. Al menos todo el tiempo que nos atrevamos.

Cuando la escarcha resplandeció en los goznes de la puerta de su celda, Corlo supo que había llegado el momento de que fueran a por él. Esa temporada la espera no fue larga. Estaba meditando. Aunque la torques de otataralita que llevaba en el cuello impedía todo acceso a las sendas, al igual que la presencia maligna y vigilante de la Señora, todavía podía practicar las disciplinas mentales que facilitaban y profundizaban su alcance.

La cerradura traqueteó y la puerta se abrió con un chirrido y reveló al elegido habitual, respaldado por unos ballesteros. El hombre le hizo un gesto para que se levantara.

—Hora de irse.

Corlo se levantó del suelo frío de piedra y se estiró el chaleco.

—¿Hora de moverlo?

Como siempre, el koreliano no contestó. Lo hicieron marchar por los túneles laberínticos de celdas y almacenes; esa vez pasaron junto a muchas puertas abiertas, puertas por lo general cerradas a cal y canto en cualquier otra época del año. Lo que vio lo desconcertó. *Vacías... ¡tantas habitaciones vacías!*

Fuera, el frío le apretó la garganta como un enemigo y Corlo ahogó un jadeo. *¡Que el Embozado se los lleve, los jinetes habían caído sobre ellos con ganas!* Sus guardias lo empujaron a las escaleras de piedra que subían a los barracones que había detrás de la revuelta ladera de rocas de la base del muro. Era un camino conocido el que llevaba a los aposentos de Barras, y Corlo arrastró los pies para disfrutar de ese brevísimo período de libertad relativa.

Una tropa de guardias impresionados (veteranos engrilletados del muro) bajaba por allí. Un hombre se puso a su altura y Corlo se quedó sin aliento al reconocerlo; al mismo tiempo, la boca del hombre se abrió en una mueca de sorpresa muda. *¡Mediopico!* Corlo estiró el cuello para ver bajar al hombre. Con grilletes en los tobillos, su compañero de la Guardia Carmesí levantó un puño desafiante y lo agitó.

Corlo respondió a ese puño con el suyo. La culata de una ballesta lo golpeó en la cabeza y lo hizo avanzar a tropezones. *¡Mediopico vivo! ¿Cuántos más habrá todavía?* La última vez estaba seguro de que había siete, incluyéndolo a él y a Barras.

Toda la Espada. Del destino de la tripulación no sabía mucho. Barras insistía en tratar a la tripulación superviviente de su barco, el Ardiente, como parte de su tropa. Pero a Corlo solo le interesaba la Espada. Quizá Mediopico supiera de otros... ¿hacia dónde se dirigía ese contingente?

Corlo subió las escaleras, su mente ardía. ¿Y dónde podría estar cada superviviente? ¿Dónde, entre los miles de cuerpos y las leguas de muro, podrían estar ocultos? Si se librara de la otataralita, podría saberlo en un instante, pero la Señora también sería entonces consciente de su presencia. Y él había visto demasiado de la locura cruel que provocaba el toque de la diosa como para arriesgarse.

Ante la puerta del alojamiento de Barras, el elegido ordenó que se apoyara la ballesta en la cabeza de Corlo, y después golpearon con el pomo de la espada las tablas. No respondió nadie.

Tras un momento, el elegido hizo un gesto a Corlo para que hablara.

—Soy yo, Corlo. Están aquí para trasladarte.

Nada al otro lado. El elegido desenganchó la barra que cruzaba la puerta, la bajó y dio un paso atrás. La puerta se abrió de un tirón, desde dentro.

Corlo se quedó mirando, horrorizado. El cabello de su comandante colgaba en una maraña fibrosa y sin lavar. Sus ojos lo observaban, furiosos, enrojecidos y agotados. Una barba gris añadía décadas a su apariencia, por no mencionar la camisa manchada y rasgada de lino que le quedaba muy suelta. Sostenía una jarra de barro en un puño. Jarra que tiró por encima de un hombro y se estrelló contra el suelo a su espalda.

—¿Así que nos vamos a los cuarteles de invierno?

La ballesta embistió con dureza la nuca de Corlo a modo de advertencia. Corlo levantó las manos.

—Tómalo con calma, comandante. Solo un pequeño paseo.

Barras zigzagueó y agitó las manos para tranquilizarlos.

—Sí, sí. Bonitas vistas del océano para mi disfrute, ¿eh?

El elegido señaló el camino con la espada desnuda.

Durante toda la marcha hasta el camino de ronda del muro, Corlo luchó con la decisión de decírselo o no. ¡Había visto a Mediopico! ¿Cuántos supervivientes más podría haber? ¿Pero hasta qué punto darle la noticia sería hacerle un favor?

Recorrieron un trecho del patio de armas principal, la cima del muro en sí, justo detrás de las pasarelas elevadas de los matacanes exteriores. Corlo sintió, a través de las botas, las olas que azotaban los muros, y unas gotas gélidas le quemaron las mejillas. Los estandartes colgaban pesados y rígidos, impregnados ya de espuma helada. Soldados de todas partes del subcontinente iban y venían: jourilanos,

dourkanos, estigios y otros. Eran veteranos respetados, pero no auténticos elegidos korelrianos de la Guardia de la Tormenta. A esos se los podía ver arriba, en los muros. Cada veinte pasos se alzaba una figura erecta envuelta en su manto de color azul profundo, la alta lanza grabada en plata sujeta en la mano, mirando al mar.

El elegido asignado para encabezar su partida los dirigió por la curva de la contramuralla hasta la torre más cercana, la torre de las Estrellas, la guarnición principal de esa sección de la muralla de las Tormentas.

Cuando entraron en sus estrechos pasadizos de piedra y escaleras, de nuevo Corlo sintió que lo atenazaba la congoja. ¿Debería contarlo? Las oportunidades iban menguando a toda prisa. Pronto llegarían a la celda de Barras. De hecho, el elegido no tardó mucho en dar el alto y quitar el cerrojo a una puerta ribeteada de hierro.

Barras permaneció allí, mirando al hombre, una sonrisa torcida, casi maligna, en los labios. Corlo se quedó sin aliento. *¡Dioses, no, no lo hagas!* El elegido se apartó y le hizo un gesto con la espada para que entrara. Los ojos de color azul gélido de Barras se posaron en Corlo y el mago hizo una mueca al ver la rabia que hervía en ellos, sí, y un matiz enfebrecido y brillante de locura, pero no estaba desmoralizado. No había resignación. Entonces tomó la decisión.

Barras entró y cerraron la puerta de un empujón tras él.

Corlo esperaba al abatimiento.

Cuando él y la capitán Peles atravesaron a caballo la puerta norte de Unta, abierta como un bostezo, Rillish tuvo que admitir que la reconstrucción de la capital estaba avanzando a buen ritmo. Había que reconocerle al emperador nuevo sus méritos. Tras las emergencias y el caos de la Insurrección (como había llegado a ser conocida), las autoridades plenipotenciarias que el hombre tan generosamente se había concedido a sí mismo le habían permitido deshacerse de cualquier tipo de resistencia a sus planes. Era obvio que ostentaba más autoridad personal de la que había tenido jamás el antiguo emperador.

Y la arrogancia engreída de la que solía hacer gala la capital era, si acaso, incluso mayor. La capitán Peles y él, a la cabeza de sus tropas, tuvieron que abrirse paso entre una masa indiferente (casi desdeñosa) de peatones y acarreos generales. Era una experiencia de la capital nueva para Rillish, que poco antes había formado parte de la delegación wickana ante el trono. Entonces había viajado con una guardia de honor de los clanes. Y entonces también, los ceños pronunciados y los roces de bigote de su escolta habían recibido las miradas duras y los gestos furiosos de los ciudadanos. Los veteranos destinados en su escolta habían saboreado todo ello a conciencia, pero Rillish se había sentido desalentado. ¿Es que no iba a haber armonía jamás entre esos vecinos desconfiados?

Y tiempo después se encontraba con que ni siquiera podía apartar de su camino a

un mocosos que tiraba de un burro de patas arqueadas. Se encorvó hacia delante para apoyar los brazales de cuero y bronce en el pomo de la silla y le lanzó una mirada irónica a la capitán Peles. La mujer sostenía el yelmo bajo un brazo, el largo cabello blanco como la nieve recogido en una única trenza apretada. El sudor le brillaba en el cuello y estaba examinando la multitud, los ojos pálidos entrecerrados. Un gran pendiente de plata llamó la atención de Rillish: un lobo rampante, las zarpas estiradas, galopaba con la lengua colgando. Recordó las dos cabezas de lobo de plata, las mandíbulas entrelazadas, que formaban el broche del cinturón de armas de la mujer.

—¿Es usted partidaria de los Lobos de la Guerra, capitán?

La cabeza de la mujer se volvió de golpe, sorprendida, después sonrió con timidez.

—Sí, señor. Los «Lobos del Invierno» los llamamos nosotros. He jurado lealtad.

Rillish apartó con un ademán un haz de varillas aromáticas que un vendedor ambulante de especias le metía por los ojos.

—¿Lealtad, capitán?

La sonrisa vaciló y la mujer apartó los ojos.

—A nuestra fe local.

Mucho más que eso, por supuesto, pero ¿acaso es asunto mío?

—¿Puño Rillish? —exclamó una voz entre la multitud—. ¿Rillish Jal Keth?

El aludido buscó entre el gentío y observó una cara alzada, un brazo levantado que se esforzaba.

—¿Sí?

Era una mujer joven, una sirvienta. Le ofrecía un trozo doblado de papel.

—Para usted, señor.

—Se lo agradezco. —Abrió la misiva y se encontró contemplando unas runas, los glifos escritos de la lengua wickana. *¡Que la bendita Mowri me libre!* Volvió a revivir las horas pasadas rompiéndose la cabeza con aquellos garabatos cuando era miembro de la delegación wickana. Frunció el ceño y miró los símbolos: «Ven. Su».

Ah. Uno no rechazaba los imperativos de la chamán Su. Sobre todo cuando esa anciana era tan respetada (o temida) que manejaba a la bruja y al hechicero más poderosos y afamados de los wickanos, los gemelos Nada y Menos, como si fueran sus propios hijos. Una relación no muy alejada de la verdad, caviló Rillish, en una cultura que llamaba a todos los ancianos «padre» y «madre».

Y ese mensaje transmitido de un modo que garantizaba también la discreción. Rillish imaginaba que nadie más en toda la capital del Imperio, aparte de un wickano, podía desentrañar esas runas. Se metió el trozo de papel en el guante y contempló a la capitán Peles.

—Nos separamos aquí, capitán. Tengo un recado que hacer.

Ella frunció el ceño con gesto de desaprobación.

Una que se preocupa mucho, siempre impaciente.

—Mis órdenes...

—Eran trasladarme a la capital. Ya lo ha hecho. Ahora tengo asuntos que solucionar.

Una fría inclinación de la cabeza.

—Muy bien, puño.

Rillish apartó la montura con un tirón de las riendas. *No le hace ninguna gracia que me vaya por ahí yo solo. Quizá a una cita...* Se detuvo y se volvió en su silla.

—Capitán, quizá quiera acompañarme. Que un oficial conduzca a la tropa a la guarnición.

La mujer hizo un saludo militar, la sorpresa y la confusión obvias en su rostro amplio y expresivo.

Descolócalos siempre, los mantiene alerta.

Rillish llevó a la capitán al barrio este de la ciudad, un distrito de fincas acaudaladas. El año anterior, durante los días de la Insurrección, el ejército de mercenarios de la Guardia Carmesí, viejo enemigo del Imperio, había intentado destruir la capital volando en mil pedazos el arsenal imperial. Los voraces incendios que prendió la gran explosión se habían propagado durante días por las grandes propiedades familiares: D'Arl, Isuneth, Harad 'Ul, Paran y la suya propia, Jal Keth. La devastación había sido generalizada porque, con franqueza, el populacho en general no se había sentido demasiado motivado para ayudar.

Y así recogemos lo que sembramos.

Enganchó una pierna en el pomo alto de su silla y se acomodó al estilo wickano, aunque con una punzada cuando una antigua herida le agarrotó el muslo.

—Mi familia es de aquí, ¿sabe, capitán?

—¿Es eso cierto, puño?

—Sí. —*No muy locuaz, tampoco*—. ¿Y qué hay de usted? ¿De dónde es su gente?

Las mandíbulas anchas se apretaron y abultaron. Y después, de mala gana:

—Una tierra al oeste de la región que ustedes llaman Siete Ciudades. Una tierra montañosa de costas escarpadas.

—¿Y esa tierra tiene nombre?

La mujer, de hecho, pareció sonrojarse. *¿O será el calor bajo toda esa armadura?*

—Perecedero, puño.

¿Perecedero? No lo conozco, aunque me resulta familiar.

—No es una propiedad imperial, entonces.

Una sonrisa divertida, llena de confianza, envolvió los labios, casi lobuna.

—No. Y yo aconsejaría al Imperio que jamás lo intentara.

—Parece que es posible que nos llevemos bien después de todo, capitán. Los wickanos sienten lo mismo, el Imperio afirma lo contrario. —Rillish tiró de las riendas ante los restos de una entrada consumida por el fuego—. Hemos llegado.

La mujer arrugó la nariz al notar el hedor persistente del antiguo incendio.

—¿Está seguro, señor?

Dos figuras se irguieron entre las malas hierbas que llegaban a la cintura y que asfixiaban la entrada: dos viejos veteranos wickanos. A uno le faltaba un brazo y al otro un ojo. Los dos le dedicaron a Rillish unas sonrisas salvajes y le indicaron con un ademán que entrara. El puño azuzó su montura por el camino de ladrillos.

—Parecen conocerlo bien, señor —observó Peles.

—Compartimos una cabalgada larga y difícil en otro tiempo.

Algo más adelante las paredes de piedra de una mansión destripada por el fuego se cernían entre la luz de la tarde que iba cayendo. Las parras ya habían trepado por algunas galerías. En su imaginación, Rillish vio esas ventanas abiertas y vacías brillando con las luces de los faroles, los carruajes que llegaban por ese mismo camino con los invitados a las veladas nocturnas. Casi podía oír el estrépito de las espadas de madera en el sinfín de guerras que sus primos y él habían librado por esos terrenos, en otro tiempo perfectamente cuidados. Sacudió la cabeza para quitarse de encima tantos ecos antiguos. Lo que vio fueron malas hierbas enredadas en el ladrillo ennegrecido. Las fuentes se alzaban silenciosas, el agua llena de verdín. Las dependencias, las casas de invitados, los establos, se alzaban vacíos como armatostes de piedra. Y en mitad de todo, con el humo que surgía de las hogueras, como conquistadores entre las ruinas, habían montado un campamento de yurtas wickanas.

Rillish pasó una pierna por encima de la silla para deslizarse al suelo con facilidad. La capitán luchó con su montura, que parecía disgustada por su inexperiencia y decidida a hacérselo saber. Unos jóvenes wickanos se acercaron corriendo a tirarle del bocado.

—¿Qué es esto? —preguntó la capitán, asombrada.

—Bienvenida a la delegación wickana. Esta finca es ahora propiedad del trono. Sugerí que quizá se los podría albergar aquí. —*Y no es que nadie más fuera a aceptarlos*—. ¿Wan ma Su? —le preguntó a una niña.

La pequeña señaló.

—Othre.

—Por aquí, capitán. —Llevó a Peles por los terrenos hasta la base de un imponente árbol de hierro, el único superviviente del incendio que había asolado el distrito. La anciana y chamán wickana, Su, parecía vivir allí, metida entre sus raíces expuestas. El gigante había sido uno de los favoritos de la niñez de Rillish, aunque sus ramas eran demasiado altas para que pudiera trepar. Se preguntó si el árbol debía su supervivencia continuada a la presencia de la mujer o, a juzgar por la edad

extraordinaria de esta, si era al revés.

En cualquier caso, le pareció que la mirada de la anciana era tan perspicaz como siempre y seguía su acercamiento con la expresión de un halcón.

—¿Y quién es esta gigante? —preguntó la chamán con su tacto habitual.

Pero Rillish se limitó a sonreír. Recordaba que había logrado imponer ciertas cláusulas difíciles en el tratado wickano de alianza, y para ello solo había tenido que meter a Su en los aposentos, ¡cómo se había retorcido Mallick bajo su mirada! Mientras que el emperador a él todavía le ponía los pelos de punta.

—Su, permíteme presentarte a la capitán Peles, de Perecedero.

Su ladeó la cabeza, sus ojos negros se aguzaron incluso más.

—¿Perecedero, dices? Interesante... Ven aquí, niña.

Rillish se preguntó si en realidad Su habría oído hablar de Perecedero; la mujer tenía la molesta costumbre de actuar como si cada uno de sus pronunciamientos o actos estuvieran repletos de significado. Pero también había aprendido a guardarse sus dudas porque cualquier cuestionamiento te granjeaba una regañina aterradora. Y Peles, todo había que decirlo, se arrodilló como una niña buena.

—Sí —murmuró Su al tiempo que examinaba a la mujer—. Veo los lobos corriendo en tus ojos. Hagas lo queagas, Peleshar Arkoveneth, no debes abandonar la esperanza. ¡Aférrate a ella! No caigas en la desesperación. —Y despidió a la capitán con un gesto—. Esa es mi advertencia para ti. Ahora vete. —Peles se irguió con una pequeña reverencia. Parecía, si acaso, más pálida que antes. Esos ojos penetrantes se clavaron después en Rillish—. ¿Y qué hay de ti? ¿Cuántos hijos tienes ahora?

—Otro de camino.

La anciana chamán sorbió por la nariz.

—Muy bien. Al menos todavía sirves para algo.

—¿Tienes noticias, entonces? ¿O solo me has pedido que viniera para intercambiar cumplidos?

Se alzó un dedo encorvado.

—Cuidado, amigo de mi pueblo. Me recuerdas a un tipo de Li Heng que conocí. Mi paciencia no carece de límites. Te vas a Korel, esa tierra torturada. Aquí va mi advertencia. Los malazanos vais a librar una guerra en nombre del emperador, pero vais a combatir en la guerra que no es. Las espadas no pueden ganar esta guerra. Aunque el Imperio envíe muchas, quizá incluso las más potentes de todas sus espadas, la paz jamás se llevará a esa tierra con la fuerza de las armas. Como ha descubierto el Sexto para su vergüenza y fracaso.

La anciana hizo un gesto a un lado y chasqueó los dedos.

—He dispuesto que esta mujer sea destinada a tus tropas como maga del cuadro...

Surgió una figura de una yurta cercana, una mujer de mediana edad, cintura gruesa, el cabello una maraña de color pardusco.

—Esta es Devaleth. Es de Korel. De Puño, en realidad.

Rillish se quedó sorprendido.

—¿Una maga de Korel? ¿Cómo íbamos a...?

—¿Confiar en ella? ¡Rillish Jal Keth! Como noble untan que negoció un tratado para los wickanos, me decepcionas. No, hemos hablado largo y tendido y está preocupada, Rillish. Preocupada por su pueblo y por su tierra. No os traicionará.

El puño le dedicó a la mujer un asentimiento cauto.

—Así que este es el tipo —le dijo la mujer a Su, su acento muy marcado.

—Sí. Lo mejor que se pudo disponer. El tiempo apremiaba, después de todo.

Rillish miró a la una y a la otra.

—Oye, esperad un momento...

—¿Se le ha informado?

—Sí. Hasta el punto que es capaz de entender.

—¡Su! —Rillish miró a Peles y se la encontró ocultando con la mano una gran sonrisa. El puño le dedicó a la chamán wickana un saludo brusco con la cabeza y se dio la vuelta—. Parece que estoy en minoría.

—¿Una retirada táctica, señor? —sugirió Peles mientras lo seguía.

—Desde luego, capitán. Desde luego.

En el mando imperial, el rango de puño honorario no le proporcionó ni siquiera una audiencia con el secretario del puño supremo D'Ebbin. En su lugar, un escribano con rango de teniente estudió el paquete de órdenes que le proporcionó la capitán Peles y frunció los labios en un gesto de incredulidad.

—Debería haber pasado por aquí hace semanas.

A Rillish ya le dolían los dientes de tanto apretarlos.

—Es puño, teniente.

—Sí, puño. —El hincapié que hizo el teniente en la palabra dejó claro que un rango tan vulgar no iba a impresionar a nadie allí, en el mando. Cerró de un papirotazo la saquita de cuero y se la tendió—. Preséntese en la torre Occidental.

—¿La torre del Polvo? ¿No la han dejado en manos del cuadro de magos? —La mirada cansada del oficinista le dijo a Rillish que lo acababan de degradar a la categoría de tonto del pueblo. Le quitó el paquete al hombre de la mano sin fuerzas.

—La torre está...

—Conozco el camino, teniente —masculló, recalcando el rango.

Rillish se volvió hacia la capitán Peles, que se había quedado a una distancia discreta con el yelmo bajo el brazo.

—Parece que voy a la torre Occidental.

Peles hizo un saludo marcial, en sus brillantes ojos azules había una expresión confusa.

—¿No va a acompañarnos? Embarcamos con la marea. Nosotros y unos últimos elementos debemos alcanzar a la flota.

—Da la sensación de que tienen otra cosa en mente para mí.

Peles se inclinó y aceptó los caprichos de las órdenes.

Rillish respondió a la inclinación. *Esta no tiene problemas con la cadena de mando*, reflexionó.

Rillish no había pasado siquiera por la entrada principal de la torre Occidental cuando sus papeles suscitaron una incredulidad escandalizada en la mujer de aspecto oficioso que daba el alto a todos los recién llegados.

—Llega tarde —lo acusó.

Conociendo como conocía al ejército, Rillish no se molestó en señalar que había aceptado su reactivación hacía solo unos días.

—Por aquí. —El tono no permitía dudas, estaban claros todos los problemas que la mera existencia del puño estaba causando a aquella mujer.

La mujer bajó con él por una escalera de caracol. Rillish nunca había estado dentro de la torre del Polvo, ni bajo el antiguo palacio, y la sensación lo inquietó. *Pero esta es mi ciudad natal. ¿Es la mancha del antiguo emperador lo que parece flotar sobre estos pasadizos polvorientos?*

Entraron en un aposento redondo con suelo de piedras talladas. Rillish observó las guardas y los símbolos grabados en plata que rodeaban la circunferencia del suelo. Un polvo negro y arenoso yacía en montones, apartado a patadas por uno y otro sitio. Dentro esperaban dos anodinos magos del cuadro, un hombre y una mujer, las túnicas decoloradas por el polvo. También aguardaba la maga de Puño, Devaleth.

Rillish se inclinó ante la mujer.

—¿Por qué no mencionó...?

—Yo misma no lo sabía —dijo entre dientes. Era obvio que estaba más desconcertada todavía que Rillish; su rostro redondo y pálido relucía de sudor incluso bajo el aire fresco, y tenía las manos apretadas a los lados—. Esto me horroriza —siseó.

—¿El qué?

—Viajar por las sendas.

Rillish empezó a entender y sintió que la boca se le crispaba con una ironía seca.

—Yo tampoco tengo recuerdos muy agradables.

Los dos magos del cuadro dieron unas palmadas y les indicaron con gestos que se hicieran a un lado. Se pusieron uno enfrente del otro y empezaron a trazar una intrincada serie de gestos y movimientos. El espacio entre ellos se oscureció ante los

ojos de Rillish. Unas vetas grises aparecieron detrás de cada gesto, como si los magos estuvieran pintando o acuchillando el aire. Al poco, las cuchilladas se ensancharon, se engrosaron y se conectaron. Una gran ráfaga de aire polvoriento y cálido estalló en la cámara. Rillish parpadeó y levantó una mano delante de la cara, vio una brecha dentada que se abría a una llanura oscura y sin vida.

Los dos magos entraron. Uno hizo un gesto impaciente a Rillish y Devaleth para que lo siguieran. El puño entró con cautela. Casi de inmediato, lo empujó una ráfaga de aire. Miró a su alrededor y se encontró con que los cuatro estaban solos en medio de un paisaje feo de cenizas y suelo arenoso y muerto.

Los dos magos se pusieron en marcha sin más comentarios. Rillish dejó a Devaleth ir delante.

—¿Dónde estamos? —preguntó.

—La senda Imperial —exclamó el mago por encima del hombro, enojado.

Devaleth lanzó una carcajada seca y cortante. El hombre la miró con furia, pero no dijo nada. Al poco se volvió con los hombros encorvados.

—Se lo ruego, ¿qué le divierte tanto? —preguntó Rillish mientras seguían caminando. Las sandalias de los magos y sus propias botas de montar levantaban pequeñas nubes de polvo que flotaban sin vida en el aire pesado.

—¿La senda Imperial? —se burló la mujer—. Qué arrogancia. También pueden las pulgas de un perro llamar al perro el Perro de las Pulgas.

Los hombros del mago se estremecieron todavía más.

—¿Está diciendo que somos intrusos aquí?

La mujer se aclaró la garganta reseca por el polvo y escupió.

—Menos que eso. Cucarachas que invaden la casa abandonada de un dios perdido. Gusanos que se arrastran por un cadáver y lo reclaman como propio...

—Ya me hago una idea —comentó Rillish, y se volvió para aclararse él también la garganta del polvo que la irritaba. *Dioses, qué compañía más agradable. ¿Esa va a ser la maga del cuadro?*—. ¿Así que es de Puño?

—Sí. De Mare.

Rillish la miró de forma nueva. ¡Mare! ¡Una bruja del mar de Mare, experta en Ruse! ¿Qué podría haberla vuelto contra su propio pueblo?

—Yo soy veterano de la invasión, ¿sabe?

—Sí. Su me lo dijo.

—Y... si me permite la indiscreción...

La mujer lo miró de soslayo.

—¿Por qué estoy ahora aquí, con ustedes, los malazanos?

—Sí.

Ella encogió los redondeados hombros.

—Los viajes ensanchan la mente, mi puño.

Rillish estaba a punto de seguir sondeando en busca de más aclaraciones, pero la mujer se había quedado mirando a lo lejos, la boca apretada, así que el puño decidió esperar y concederle el tiempo que necesitara para superar lo que parecía una reticencia natural (y para él comprensible) a hablar.

—Todo lo que sabes o te han enseñado te lo vuelcan como si fuera un profundo pozo de mentiras, una experiencia que si enseña algo, es humildad —dijo al fin la mujer, con la mirada todavía perdida—. No es de extrañar que no se permita a nadie salir de nuestra tierra natal. —Los labios llenos se alzaron en una sonrisa sin humor—. Nos dijeron que era porque la nuestra era la más feliz y rica de todas las tierras, y que cualquiera que la abandonara regresaría para corromperla con ideologías y costumbres inferiores. —La maga contempló el apagado cielo plomizo, pensativa—. Y supongo que es cierto, al menos en parte.

—Entiendo. —Las opiniones de la mujer encajaban con la poca información que Rillish había reunido en las entrevistas con nativos del archipiélago. Esperaba poder contar con ella. Sería un miembro inestimable. Aunque no duraría mucho una vez que la expusieran como traidora. La condenarían a muerte, igual que habían condenado a Melena Gris por sus herejías contra el culto local.

Rillish la miró mientras caminaba, con la cabeza gacha como si estudiara el polvo, las manos entrelazadas a la espalda.

Ella lo sabe mucho mejor que yo.

La llegada fue una decepción, incluso después de un paseo tan soso y anodino. Los magos del cuadro se limitaron a representar otra vez su ritual y después los hicieron pasar con ademanes bruscos. *Sin duda ellos también tienen prisa por dejar este reino desconcertante y enervador.* Entraron en una habitación vacía con losas de piedra, iluminada por antorchas y con un parecido desconcertante con la que acababan de abandonar. La perplejidad de Rillish la alivió la entrada de un mago malazano que no conocía, esta vez un anciano cadavérico.

—Bienvenido a Kartool, señor —resolló el tipo—. La flota se está reuniendo. Llega justo a tiempo.

—Se lo agradezco. —*Kartool. Vil lugar. Nunca me gustó*—. Por casualidad, ¿sabría usted quién está al mando de la fuerza?

El anciano mago parpadeó con los ojos enrojecidos, sorprendido.

—Bueno, sí, puño. ¿No se ha enterado? No se habla de otra cosa.

Rillish esperó a que el hombre continuara, después se aclaró la garganta.

—¿Sí? ¿Quién?

—Bueno, el emperador ha indultado al antiguo puño supremo, Melena Gris. Lo ha restituido a su puesto. ¿No es una noticia asombrosa?

Rillish se quedó aturdido, pero olvidó su conmoción ante el gruñido de sorpresa y

alarma de Devaleth. La mujer se había puesto pálida y se tambaleaba como si estuviera a punto de desmayarse. A pesar de su propio impacto... (¡su antiguo comandante, a quien él había dado la espalda!), Rillish cogió a la mujer por el brazo y la sujetó.

Devaleth se lo quitó de encima.

—Mis disculpas. Una cosa es unirse al enemigo, pero otra muy diferente encontrarse sirviendo a las órdenes de un hombre condenado como el mayor demonio de esta época. El Traidor, lo llamaron los korelrianos. El Gran Traidor.

¿Traidor? ¡Dioses! ¿El tipo no lo consideraría a él, a Rillish, del mismo modo? ¿No lo sabían en el mando? No. No podían saberlo, ¿verdad? Los Gemelos debían de estar partiéndose de risa. ¿Pues no era su propio silencio lo que iba a condenarlo ahora?

Estuvo a punto de estallar en una carcajada loca cuando contempló la ruina absoluta en la que había caído él solo.

No bien había aparecido en la puerta de su despacho uno de los escribanos de Bakune para anunciarle a toda prisa «Karien'el, capitán de la Guardia», cuando el hombre en persona entró y cerró la puerta, con suavidad pero firmeza, tras él.

Bakune se quedó sentado, mirándolo, la pluma levantada, la sorpresa dolorosamente obvia en su rostro. Tras recuperarse, el examinador devolvió la pluma al tintero y abrió la boca para invitar al hombre a sentarse, pero el capitán de la Guardia se dejó caer con un ruido sordo antes de que Bakune pudiera decir nada.

Bakune cerró la boca y asintió con un saludo neutral, del que el recién llegado hizo caso omiso mientras escudriñaba el despacho y estudiaba los muchos estantes que gemían bajo sus cargas de pergaminos y expedientes amontonados.

—¿Me permite ofrecerle un poco de vino estigio? —sugirió Bakune al tiempo que señalaba un aparador.

—No. —El hombre todavía no lo había mirado—. ¿Tiene algo más fuerte?

—No.

—Una pena. —Los ojitos duros se posaron en Bakune—. ¿Cuánto tiempo hace que nos conocemos, examinador?

Oh, vaya, malas noticias.

—Mucho tiempo, capitán.

Karien'el asintió y se le abultó el cuello. Bakune estudió al hombre y se le ocurrió que todos esos años intermedios no lo habían tratado bien. Había ganado peso, estaba sin afeitar, y tenía un aspecto general poco sano, con los ojos entrecerrados y enrojecidos, los dientes grises y una complexión pálida. También bebía demasiado. Él, por otro lado, se estaba consumiendo, con su pelo cada vez más ralo, los dolores constantes de estómago y la rigidez de las articulaciones.

—¿Qué puedo hacer por usted?

Un bufido desdeñoso seguido por una mirada calculadora con un solo ojo.

—¿Se ha preguntado alguna vez por qué lleva en Banith todo este tiempo... ni un solo ascenso mientras tantos otros dejaron Homdo o Thol rumbo a la capital?

Bakune se apartó un poco de su escritorio.

—Supongo que no soy de los que buscan favores o se hacen notar para que los tengan en consideración.

—Es obvio.

Bakune no pudo evitar que la irritación le tensara la cara.

—¿Qué es lo que quiere, capitán?

—Y su mujer lo abandonó, ¿verdad?

—¡Capitán! Considero esta entrevista terminada. Por favor, váyase.

Pero el hombre no se movió; se quedó allí sentado, las manos anchas y romas metidas por el cinturón, encima del estómago. Ladeó la cabeza como si estuviera evaluando el efecto de sus comentarios. El examinador tuvo un destello de introspección que le puso el vello de punta. *Justo como debe de hacer cuando interroga a un sospechoso.*

Bakune tragó saliva y se tranquilizó lo suficiente como para hablar.

—¿De qué se trata? —preguntó con cautela.

Un asentimiento satisfecho del capitán.

—A decir verdad, examinador, en realidad ni siquiera debería haber venido. Estoy aquí como favor, por todos los años que hemos trabajado juntos. Se trata de su investigación.

—¿Y qué investigación sería esa?

El hombre ladeó la cabeza y miró los armarios cerrados con llave.

Mareado, Bakune sintió que toda la sangre abandonaba su rostro.

—Sus hombres han registrado mi despacho.

Un encogimiento de hombros indiferente del capitán.

—Solo hacía mi trabajo.

—Su trabajo es hacer cumplir la ley.

El rostro pálido, redondo y sin afeitarse se movió de lado a lado.

—No, examinador. Ahí está lo que no ha cuestionado lo suficiente. Yo hago cumplir la voluntad de los que deciden qué es la ley.

Así que aquí está. La verdad más brutal del poder. ¿Por eso no cuestioné más? ¿Una ceguera selectiva interesada? ¿Una incapacidad, o reticencia, a admitir la verdad poco halagüeña detrás de todo lo que yo representaba, o en lo que creía? ¿O solo era la aversión más pedestre y mundana a despegar la máscara y revelar la fealdad que hay detrás?

—En cualquier caso —dijo Karien'el—, tenemos a nuestro sospechoso.

—¿Lo tienen?

Un asentimiento lento y firme.

—Oh, sí. Ya hace algún tiempo que le teníamos echado el ojo. Un extranjero y además sacerdote de uno de esos degenerados dioses foráneos.

Bakune apretó las manos contra el escritorio atestado.

—¿Y cuánto tiempo lleva ese hombre en la ciudad?

De nuevo el otro encorvó los hombros en un encogimiento despreocupado.

—Ya unos cuantos años.

Bakune no tuvo que decir que los asesinatos se remontaban a décadas atrás.

Con un suspiro, Karien'el se irguió y se levantó de un tirón.

—Bueno, examinador. No hace falta que continúe su investigación. Tenemos a nuestro hombre. En cuanto cometa un error, lo detendremos.

Lo que quiere decir que cuando aparezca el próximo cuerpo, lo arrestaréis, echaréis mano de unos cuantos testigos pagados y después ejecutaréis al tipo antes de que alguien se pare a pensar.

Y se le ocurrió a Bakune que, para que esa ejecución se llevara a cabo, él tendría que redactar y firmar los papeles. *Mi nombre será la autoridad detrás de esa ejecución.*

Apenas fue consciente de la inclinación de Karien'el antes de que dejara su despacho y cerrara la puerta tras él sin ruido. Se quedó sentado, inmóvil, con los ojos clavados en el espacio vacío que había sobre la silla, en silencio.

¿Y si me niego? ¿Quién escribiría mi nombre en ese espacio en blanco?

¿Lo haría Karien?

Sí, sí que lo haría.

Pero no tiene la autoridad suficiente.

Bakune se levantó, fue a la diminuta ventana acristalada de su despacho y se quedó mirando la vista ondulada de los tejados de Banith, como guijarros que llevaran a las altas agujas y tejados a dos aguas del Claustro. Pero había otro en la ciudad que sí que la tenía.

Tú, mi querido abad. Y has enviado tu mensaje por medio de Karien. Puede que haya cuestionado lo suficiente. Puede que me haya acercado lo bastante para que al fin actuaras.

La mirada del examinador cambió y se posó en el alto armario cerrado con llave; un miedo frío se acurrucó en su estómago, un dolor demasiado conocido le hundió los dientes en el vientre. Cruzó el espacio que lo separaba del armario, el mueble más sólido que tenía en el despacho, y examinó sus puertas. Sin un rasguño siquiera, que él pudiera ver. Sacó una llave del juego que llevaba en la cintura, la metió y la giró dos veces.

Abrió las puertas de golpe y se quedó mirando el interior.

Polvo que giraba. Trozos rotos. Estantes vacíos.

Fracaso.

Su carrera, décadas de pruebas examinadas con todo cuidado, alegatos firmados, mapas, certificados de nacimiento y tantos (demasiados) certificados de defunción. Declaraciones juradas, archivos y relatos de testigos.

Desaparecido. Todo ha desaparecido.

Bakune se dejó caer en su silla. Se abrazó cuando el dolor de estómago lo hizo doblarse sobre sí mismo, con náuseas y arcadas secas. Se limpió la boca y dejó una mancha de sangre en la manga.

Malditos sean. Maldito sea todo el mundo. Maldito sea el abad y su puñetera, maldita y preciosa Señora.

El soldado estaba, sin lugar a dudas, muerto. Sin fuerzas, parecía carecer de huesos en la cubierta de la Lasana, el chico (y desde luego era un chico, desnudo como estaba) había sufrido una muerte fea, angustiada.

—¡Echad un buen vistazo, soldados de la cuarta! —gritó el capitán Apuestas.

Y no era que tuviera que gritar. Suth observó que el cadáver pálido como un pez y tirado en la cubierta silenciaba la cháchara constante con más eficacia que el bramido de cualquier sargento.

—Este soldado escogió desertar... un delito castigado con la muerte.

Los soldados de la cuarta compañía estiraron el cuello y miraron por encima de sus compañeros. Apuestas, que procedía del archipiélago de Falar, sacudió la cabeza, asqueado, con el ceño fruncido tras la perilla y el bigote de color óxido.

—Pero el verdadero error que cometió este soldado fue intentar desertar aquí y ahora, en la isla de Kartool. —Suth, y todos los presentes a bordo, miraron hacia la orilla de Kartool, arbolada y en sombra, orilla que los llamaba, ah, con lo cerca que estaba—. ¡Un error terrible! ¿Y por qué?

—Las arañas —repitieron todos al unísono, sin muchas ganas.

—Exacto, chicos y chicas. Las arañas paraltinas de rayas amarillas, para ser exactos. ¡Se os ha advertido repetidas veces! La isla está repleta de ellas. Mirad cómo el veneno ataca los nervios y los músculos. Me han dicho que uno puede morir de entrada del dolor insoportable.

Era cierto que la cara del hombre estaba contorsionada de un modo horrendo; tanto que dolía con solo mirarla. Suth no pensaba que nadie pudiera reconocer al tipo siquiera. Y sus miembros estaban retorcidos, como si alguien le hubiera roto las articulaciones.

—... mirad la ingle y el cuello, donde se reúnen los nódulos de vuestros humores claros. Se han hinchado y estallado...

La mirada de Suth se apartó de la ingle donde, sí, unas pústulas que habían

reventado eran las responsables de la horrible mutilación de la carne.

—... pobre tipo. Casi lo siento por el cabrón. Mejor una estocada limpia, ¿no? ¿A alguien le apetece echar una mirada más de cerca?

Nadie se presentó voluntario. El capitán Apuestas ordenó que se dejara el cadáver tirado en los tablones. Con el sol ardiente, menos de una campanada de barco después, el hedor empujó a todos a la cubierta de popa, detrás del mástil. Suth sabía que Manteca estaba en el destacamento de castigo ese día. El destacamento que tendría que deshacerse del cuerpo y fregar la cubierta al atardecer. Suth solo pudo sacudir la cabeza; el muy idiota lo mismo se amotinaba.

Por horripilante que hubiera sido, la opinión a bordo de la Lasana era que el numerito del capitán de la compañía había sido el punto culminante del mes, un alivio que se agradecía tras el empalagoso aburrimiento de semanas encerrados, esperando como prisioneros a bordo de una flotilla de naos reunidas. Los permisos en tierra eran rotatorios, una vez cada cinco días, y estrictamente dentro de los terrenos de la guarnición imperial en la ciudad de Kartool. Y ese era un día de instrucción cerrada que dejaba a todo el mundo deshecho como cuero mojado.

Aparte de la instrucción y los destacamentos de limpieza a bordo de los atestados navíos, no había mucho más que hacer salvo dedicarse al pasatiempo favorito de todo soldado: adivinar la estrategia del mando. Suth estaba acuclillado junto al costado del barco con sus compañeros de pelotón, Lerdo, Len, Keri, Yana, Pyke y Wess. Los dos sabotadores del pelotón, Len y Keri, estaban pendientes del sedal que habían tirado al agua; Lerdo podía pasarse el día entero sentado con la mirada perdida, y tan contento; Yana estaba inspeccionando su armadura; Wess al parecer dormía; y Pyke estaba perorando, como tenía por costumbre.

—Van a hacer que nos maten a todos, los oficiales que dirigen este circo.

Lerdo se incorporó un poco y se protegió los ojos con las manos.

—¿Y eso por qué?

El cabo del pelotón le lanzó al gran recluta booriano una mirada burlona de desdén ocioso.

—¿A que no nos destinaron ningún mago de pelotón? Ni sanadores o sacerdotes dignos de ese nombre.

—Puede que lo sepan —dijo Yana arrastrando las palabras sin levantar la mirada del orín que estaba frotando en la malla de una manga.

Un espasmo de irritación crispó la cara del hombre, que bajó la mirada furiosa desde las bolsas de lona y los cajones en los que se reclinaba.

—¡Pues puede que tuvieran que hacer algo!

—Puede que lo hayan hecho... ¿por qué tendrían que decírtelo? —le contestó ella con tono distraído, y frotó la cota de malla con un puñado de arena que guardaba en

una saquita.

Pyke solo hizo una mueca; entrecerró los ojos y miró a Len, que se asomaba a la regala con el sedal en la mano.

—¿Y tú qué, Len? ¿Todavía crees que nos dirigimos a Korel?

—Es una buena apuesta —respondió el saboteador en voz muy baja, como si hubiera peces cerca de su cebo de viejo cuero podrido.

—¡Ja! ¡Un cubo de mierda, eso es lo que es! ¡Korel! Más te valdría saltar por la borda con una piedra atada al cuello ahora mismo. Ahórrale a los mare la molestia de hacértelo más tarde. Sois todos idiotas. Nadie ha atravesado jamás ese bloqueo.

—Algunos sí —respondió Len, todavía sin alzar la voz.

Pyke volvió a hacer una mueca de burla y esa vez su mirada se posó en Suth.

—¿Y tú qué dices, dalhonesio? ¿Cómo dices que te llamas? ¿Suuz? ¿Hola? ¿Hablas taliano?

A Suth se le ocurrieron varias respuestas allí agachado, mientras comprobaba su equilibrio contra los movimientos del barco y tensaba de forma alterna primero un brazo y después el otro. Una era arrojarle al cuello la daga tradicional jamya que llevaba envainada al costado. Pero asesinar a un compañero (por muy irritante que fuera) se interpondría en el proceso de probar su valía contra el enemigo al que tuvieran que enfrentarse. Así que exhaló una bocanada de aire, relajó los músculos de los hombros y le contestó sin levantar la cabeza.

—Son muchos los vómitos y heces que corren a bordo de este barco. Por favor, deja de añadir más.

Pyke, nativo de Tali, se quedó con la boca abierta un momento, sin comprender. Después, Lerdo lanzó una risita tras haber desentrañado él solo el comentario, y el cabo saltó de la pila de equipo y se sacó un cuchillo de lucha de la parte posterior del cinturón.

—¡Dalhonesio ignorante! Ya te enseñaré yo respeto.

Suth también se incorporó. Su hoja curva jamya se deslizó con facilidad de la vaina de madera de hierro engrasada.

—Tu cháchara constante me aburre.

—¡Dejadles sitio! —bramó Yana, que se irguió y utilizó la armadura para hacer retroceder la multitud.

El rumor se extendió como una alarma entre los cientos de hombres y mujeres reunidos en cubierta, y todos se empujaron para ver mejor, treparon a los montones de cajones y fardos y bordearon la cubierta superior. Hasta el momento nadie había conseguido abrirse camino para poner fin al enfrentamiento.

Pyke apuntó la hoja recta con un alarde. Tenía los ojos oscuros muy abiertos y en ellos brillaba un amor sedoso por la violencia.

—¿Hablas? ¿Qué tal si te corto la lengua?

Suth se limitó a doblar las rodillas con los brazos extendidos. De momento Pyke se había escaqueado de cada instrucción, había esquivado cada práctica y se había zafado de todos los destacamentos de trabajo. Pero era un tipo alto, de constitución sólida, un veterano del combate. Y según todas las apariencias era experto en matar, pero también lo era Suth. Ese tipo de reto, uno contra uno, era su especialidad; había crecido practicándolo con sus amigos (y rivales) todos los días. Lo que era nuevo para él eran todos esos ejercicios militares malazanos.

—¡Guardadlas! —bramó una voz nueva.

Suth se hizo a un lado poco a poco. El sargento Tela se había abierto paso hasta el círculo despejado. Puesto que el cabo no daba señal alguna de obedecer, Suth decidió que él tampoco. Tela señaló a Pyke.

—¿Tengo que decirlo dos veces?

Pyke frunció el ceño, se incorporó y dejó caer los brazos.

—Este recluta necesita que le den una lección, sargento.

—Acuchillarlo no se la dará. —Tela se volvió hacia Suth—. Guarda eso, soldado. Suth obedeció.

Tela levantó la barbilla hacia unos trescientos infantes que atestaban la cubierta.

—Sé que se empiezan a perder los estribos. Sé que estamos todos apiñados aquí dentro como ovejas, sin nada que hacer. Pero la espera ya casi ha terminado. ¡Recordad, la disciplina es lo que os mantendrá vivos! Y... —y el hombretón bajó la voz— a bordo de un barco rige el castigo naval. Y creedme... no queréis que os azoten las púas del pez demonio. Desearéis estar muertos. Eso es todo. Rompan filas.

Mientras la multitud se daba la vuelta, el sargento hizo un gesto para que se acercara su pelotón.

—Pyke —dijo en voz más baja todavía—, desde ahora quedas despojado de tu rango...

—¿Qué?

Tela se limitó a mirar al más alto, los ojos casi perezosos en su nido de arrugas. Ladeó la cabeza solo un poco. Pyke se encorvó y murmuró algo por lo bajo.

—... mejor yo solo...

—Yana...

—No.

—¿No?

—No pienso hacer de madre de estos simios.

Tela rezongó que lo entendía.

—Len, para ti.

—Pues muchas gracias —respondió el maduro saboteador, que parecía cualquier cosa menos complacido.

—Eso es todo. —Suth y los otros hicieron un saludo militar; Pyke se limitó a dar

un papirotazo con la mano mientras se daba la vuelta.

Tras un almuerzo de pescado, gachas calientes y fruta fresca de la isla, Suth buscó a Len. Al menos, reflexionó, esos malazanos se estaban asegurando de que comían bien antes de lanzarlos a lo que fuera que el Abismo les reservara...

Se encontró con el que saboteador había regresado a su pesca.

—¿Qué, pican?

—Nada comestible. Todo el pescado de la costa de esta isla maldita por D'rek es venenoso, igual que las arañas.

—¿Qué sabes del sargento?

—¿Tela?

—Sí. Todo el mundo lo mira con recelo. Estamos más apiñados aquí, a bordo de este barco, que una manada de thanu en el cruce de un río. Tengo que pelearme para llegar adonde sea. Lo he observado cruzar la cubierta y todo el mundo se aparta de su camino.

Len se volvió para mirarlo y apoyó los codos en la regala. Las gaviotas y otros pájaros marinos se lanzaban en picado sobre las olas, entre los transportes de tropas anclados; reñían por la basura y las sobras que tiraban por la borda. Aunque era casi invierno, el calor del sol irritaba la espalda y el pecho de Suth. En su infancia y primera juventud pocas veces se había puesto algún tipo de camisa, pero la estandarización militar malazana lo tenía a él y a todos los demás con gruesos jubones de manga larga de lana, fieltro, cuero o lino forrado, las prendas interiores de su armadura pesada.

—Tela, ¿eh? —repitió el viejo saboteador con aire pensativo, se frotó el lado izquierdo de la garganta y la mandíbula, aplastado e irregular, responsable de su voz ronca—. Solo sé lo que se dice. Rumores. Ya sabes cómo es la cosa. Se intercambian todo tipo de historias, pero nadie sabe nada en realidad. En fin, que ha servido toda su vida y está a punto de cumplir los cincuenta. El caso es que es nuevo en los regulares. Así que la pregunta es... ¿con qué unidad estuvo todo ese tiempo? —El hombre le guiñó un ojo a Suth—. Algunos piensan que quizá con la Garra.

La Garra. Asesinos imperiales. Homicidas adiestrados. Esos soldados hablaban de ellos con asombro y temor. Por su parte, Suth ansiaba probar su valía contra uno de ellos. Asintió con aire de entenderlo.

—Esa teniente de saboteadores, Urfa. Lo llamó «Cazador».

—Eso es. Los perros viejos, es su código para una garra.

Suth examinó la atestada cubierta; en el centro del barco se había hecho espacio para la instrucción en formación cerrada y los ejercicios con los escudos. Un destacamento estaba comprobando si había podredumbre en las velas del navío de tres mástiles.

Len lanzó un gran bostezo.

—Pero solo es hablar por hablar. Nadie lo sabe con seguridad. Y él no suelta prenda.

Enfrente de ellos, Suth sorprendió a Pyke vigilándolos. El tipo lo señaló como si todavía sujetara su hoja y sonrió, era una promesa. Suth apartó la mirada; en su experiencia, los que más presumían siempre eran los menos peligrosos.

—Escucha —Len le dio unos golpecitos en el pecho y levantó la barbilla en la dirección que Suth estaba mirando—, no te preocupes por Pyke. Te habría dado la tabarra hasta que te rindieras. Ahora sabe que no puede.

Una pena. Llevo mucho tiempo sin practicar.

—¿Y el pequeño de aspecto mezquino, Faro?

—¿Faro? —Len agitó la mano con asco—. ¡Bah! A ese hombre lo buscan por asesinato en más ciudades y provincias de las que puedo nombrar. Le encanta buscar pelea y acuchillar a la gente. Procura no acercarte a él.

—Pero a Tela le hace caso.

—Sí... muy raro, eso. —Y el saboteador le dedicó una mirada astuta de soslayo antes de volver con sus peces.

Esa noche su pelotón tenía la última guardia. Pyke ni siquiera se presentó. Wess apareció, pero enseguida se echó entre el equipo apilado y volvió a dormirse. Manteca seguía en el destacamento de castigo por pendenciero. Suth había llegado a cubierta y se había encontrado a Len ya pescando; el mejor momento del día para eso, había susurrado el saboteador con voz ronca. Eso los dejaba a él, Keri, Yana y Lerdo. A Faro, por supuesto, no se le veía por ninguna parte. A Suth no le importaba estar con Keri y Yana, ambas veteranas. Pero Lerdo... bueno, no era culpa suya, pero el tipo era lerdo hasta un punto doloroso.

El agua y sus humores le resultaba ajena, habiendo crecido en las llanuras de Dal Hon. Allí, los oídos eran tan importantes como los ojos. Y todavía más, por supuesto, por la noche. El amanecer también llegaba de forma diferente, un fulgor lejano, una llama naranja que crecía por el este nublado del mar y se difuminaba con una luz azulada alrededor. La bahía estaba en calma, al igual que la extensión de color gris pizarra del océano del Alcanzador que se abría más allá. Un viento suave traía el oleaje más pesado del exterior de la bahía. Los movimientos de los cordajes y el crujido de las planchas del casco del barco resonaban con un ruido sobrenatural en la quietud. En otro de los veleros anclados sonaron cinco campanadas.

Suth dejó sus lentos paseos y miró al este. El viento traía algo más. Otro ruido se alzó y cayó detrás. Ladeó la cabeza y escuchó. ¿Una llamada lejana? ¿Cuernos? ¿En el mar?

—¿Has oído eso? —Keri se había acercado a su lado y susurraba.

—Algo... ¡Ahí! —A lo lejos, en las aguas abiertas, un barco asomaba el morro tras el cabo de la bahía. Un barco mucho más grande que cualquiera de los veleros de carga y los corsarios costeros que Suth había visto hasta el momento. Mientras él y Keri miraban, fue apareciendo otro, la silueta idéntica, tres filas de remos destellando al amanecer. Y otro.

—Barcos de guerra moranthianos azules. —Len se encontraba al lado de los dos—. ¿Veis las torres en los castillos de proa?

Suth asintió, los ojos convertidos en meras ranuras. Los cuernos relincharon a su alrededor, la flota reunida daba la bienvenida a los recién llegados.

—Nuestra escolta.

Suth se volvió hacia Len.

—¿Y eso?

—Construidos solo para batallas navales, esos barcos. No son corsarios. No son transportes. Solo aguas profundas. Por el Embozado, tienen demasiado calado hasta para entrar en un puerto. —El viejo veterano escupió por la borda—. Ya no cabe duda de adónde nos dirigimos. —Suth, Keri, Lerdo y Yana estudiaron todos al saboteador—. Una batalla naval como esa no se ha visto desde el aplastamiento de las flotas falari. El Imperio jamás olvida. Por fin va a responder a esas derrotas mare. Así que es Korel.

La conmoción de Yana y Keri fue obvia. La reacción de Suth fue solo de alivio. Se alegraba de que al fin se terminara la espera.

Esa mañana, el silencio que reinaba en los veleros de tropas era antinatural, y eso que los reclutas y veteranos de la cuarta bordeaban los costados observando reunirse la flota. Hasta Wess encontró el interés, o la energía, para levantarse de entre los pliegues de su manto y unirse a la multitud de la regala. A Suth le sorprendió ver que el tipo era mucho mayor y más canoso de lo que él había pensado, y se preguntó cuántas campañas se habría pasado durmiendo.

Len señaló los navíos de Falar, lustrosos y rápidos, las galeras amplias de Siete Ciudades y un buque de guerra de tres mástiles de Quon. Pero los barcos de guerra moranthianos azules eran los que captaban el interés de todos. Se acercaban con ritmo pausado, como los gigantes con colmillos de la sabana dalhonesia de donde era nativo Suth. Unas torres blindadas en las proas alcanzaban una altura de tres pisos.

Durante todo el día, a medida que los transportes maniobraban para unirse al convoy, las charlas se concentraron en su supuesto destino. Muchos todavía tenían la esperanza de que fuera Genabackis; quizá un nuevo frente en el sur que atajara para unirse a Coral Negro. Pero Len se limitó a sacudir la cabeza. El viejo saboteador atrajo un buen número de miradas asesinas, como si al sacar a colación Korel los hubiera condenado a todos a eso.

—¿Qué hay de esos elegidos korelrianos, la Guardia de la Tormenta? —le preguntó Yana a Len mientras estaban sentados a la sombra de una vela arizada.

El veterano frunció el ceño.

—No me he enfrentado a ellos, pero dicen que son los mejores soldados que hay por ahí, hombre por hombre.

Yana pareció ofendida.

—Entonces es cosa de mujeres, nosotras, como siempre.

Keri asintió con fiereza. Pero Len alzó una mano.

—Quiero decir entre ellos. Dicen que hay una escasez bestial de mujeres entre sus filas, por una u otra razón.

Pyke había estado escuchando, era obvio que no muy impresionado.

—Tengo entendido que esos seguleh genabackeños son mucho más peligrosos.

—Los seguleh no son soldados —respondió Len. Miró al hombre a la cara—. Nunca lo olvides. Si llegara el caso de librar una guerra con ellos, ganaríamos.

Pyke se echó a reír y desechó la afirmación de Len con un ademán, como si el otro hubiese dicho una tontería.

—Los korelrianos luchan contra un solo enemigo —anunció Wess bajo los pliegues de su manto, sorprendiéndolos a todos.

Suth dio un mordisco a la fruta fresca de la costa y observó asentir a Len.

—Muy cierto. Si te enfrentas a un muro de agua de nueve metros de altura que viene a por ti cada invierno, terminas engendrando cierta disciplina. Son los otros soldados a los que nos enfrentaremos, los dourkanos, roolianos y jourilanos. Luchan porque saben que los korelrianos están justo ahí, tras ellos, y no cederán. Nunca se rinden. No pueden.

—Si podemos llegar a ellos —añadió la voz sin cuerpo de Wess.

Len se limitó a fruncir los labios, era obvio que le desagradaba el comentario de Wess. Yana, que parecía inquieta, tampoco dijo nada. Suth estudió sus rostros; allí había algo. Algo que él se estaba perdiendo.

Fue Pyke el que rompió el silencio. Se echó a reír y señaló a Suth.

—¡El imbécil del dalhonesio! Será mejor que aprendas a nadar antes de llegar allí. Porque ninguno de vosotros vais a ver siquiera la orilla. Ningún barco malazano ha alcanzado Korel en más de veinte años.

—Cierra ese pico del Embozado, Pyke —gruñó Len. Pero no negó la afirmación del hombre. Nadie la negó.

La nieve acuchillaba el aire casi en diagonal bajo el gélido viento que azotaba las almenas delanteras de la muralla de las Tormentas, allí, junto a la torre de las Estrellas. El lord protector Hiam observaba los copos planos pegarse como la ceniza a su manto. Relucían contra el tejido azul oscuro y después se fundían con un siseo

casi audible. Más abajo, las olas pesadas que llegaban del estrecho lamían con gesto hosco la base de la muralla. La escoria de aguanieve y hielo rechinaba como los dientes masivos de un millar de demonios de las profundidades. Lo cual era una imagen poética no muy alejada de la realidad, aunque los cantantes y bardos abusaban un tanto de ella. Las yemas de los dedos entumecidas le contaron a Hiam todo lo que necesitaba saber sobre lo que presagiaba ese tiempo. Tenían encima la estación de las tormentas. A partir de esa noche, los braseros de hierro y los soportes de las antorchas de todas las contramurallas y torres de vigilancia permanecerían encendidos día y noche en prevención de la llegada del enemigo, los extraños jinetes demoníacos que cabalgaban las olas.

Pero no sus únicos enemigos.

Estaban de camino. Esos expansionistas absurdos del norte. Hiam golpeó con el cabo de hierro de la lanza la losa de piedra y continuó con su visita informal de la muralla. Había llegado recado del sacerdocio rooliano de la Señora: se estaban reuniendo todas las tropas, la nación se ponía en pie de guerra. Las columnas marchaban al este, a la frontera de Skolati. Y habían llegado noticias de sus agentes entre los puertos de Mare: todos los navíos disponibles se estaban abasteciendo y preparando. ¿Qué podrían querer esos invasores de esta (y había que decirlo) región bastante empobrecida y, con toda franqueza, más que remota?

Los oficiales de los elegidos y los soldados regulares surgían de la nieve torrencial y se presentaban ante el lord protector; cada uno hacía un apresurado saludo militar, la lanza cruzando el pecho. Hiam respondía, ofrecía una palabra tranquilizadora o un chiste irónico allí donde sus instintos le indicaban que no sería mal acogido. ¿Podrían haber estado en lo cierto los sacerdotes todo el tiempo? Decían que solo había una cosa en estas tierras que podría atraer a un poder extranjero: la fe de la Santísima Señora. Que esos malazanos habían venido a aplastar la verdadera religión.

Parecía inconcebible. ¿Pero para qué iban a venir si no? No se le ocurría ninguna otra explicación. Seguro que esos malazanos tenían tierras suficientes por todo el mundo. Toda esa sangre y esos tesoros invertidos. ¿Y para qué? ¿Una isla miserable cuyos habitantes eran tan egocéntricos, se engañaban de tal modo que, de hecho, habían llamado continente a su isla?

Entre la ventisca se vislumbraba un gran grupo oscuro de hombres y equipo. Aunque era por la mañana, las nubes bajas y densas como el humo le prestaban al día el palio crepuscular del atardecer. Junto a una ballesta escorpión gigantesca montada en el muro se había reunido un equipo de trabajo que se soplaban las manos, daba patadas y se asomaba al borde de los matacanes delanteros. El carro del cabrestante móvil descansaba con ellos, la cuerda extendiéndose hacia abajo.

Hiam esperó mientras la noticia de su presencia corría entre ellos con codazos y

miradas. Los jubones azules encima de los cueros los identificaban como aprendices de ingenieros que habían prestado juramento, no era una cuadrilla obligatoria. Hicieron un saludo militar, el brazo cruzado sobre el pecho. Hiam respondió al saludo y después indicó la cuerda.

—¿Ya andamos pescando jinetes?

Sonrisas todo alrededor.

—Es maese Stimins, señor —respondió uno—. Hemos estado comprobando las reparaciones de toda la muralla en los últimos días.

Hiam se asomó al borde; la cuerda desaparecía en el blanco revuelto sin fondo.

—Un poco tarde ya para eso...

Otro saludo marcial.

—Sí, señor. Así es.

Hiam esbozó una sonrisa irónica.

—Nuestro maese Stimins no le tiene miedo a nada, ¿eh? Sería capaz de apartar a los propios jinetes de un empujón para inspeccionar una grieta, ¿no?

Le respondieron unas cuantas risitas apreciativas, todas las cuales a Hiam le parecieron más bien forzadas. Señaló el cabrestante.

—Avisadlo de que tiene que subir.

—Sí, señor.

Hiam clavó la mirada en el norte, en el gris pizarra revuelto donde el cielo y el mar se fundían en una única cortina amenazadora. ¿Qué podía ser tan urgente? El momento de las reparaciones ya hacía mucho que había pasado... aunque bien sabía la Señora que nunca tenían suficiente. Cada verano parecía que lo único que conseguían hacer era apuntalar los peores daños, y no digamos ya comenzar una serie de reconstrucciones. Los pensamientos del lord protector se acercaron, pero se negaron a perseguir, a las consecuencias lógicas de años y años de ese tipo de reparaciones improvisadas: degradación, deterioro. Debilidad estructural progresiva...

El estruendo de los dientes de hierro del cabrestante interrumpió el ensueño del lord protector. Observó la cuerda que se iba enrollando. Tardó algún tiempo. Por todos los dioses falsos del infierno, esos eran muchos metros. ¿Es que aquel hombre estaba probando el agua? ¡Qué idiota! ¿No sabía que a veces se habían visto exploradores avanzados a esas alturas, por pronto que fuera?

Una maraña especialmente fea de la cuerda captó la atención de Hiam. ¿Eso era un empalme? ¿El hombre le estaba confiando su vida a una cuerda empalmada? Solo pudo sacudir la cabeza. Cualesquiera que fueran los defectos de aquel tipo, la falta de valor no era uno de ellos.

Al final les llegó desde el fondo de los matacanes un gran chillido y una voz que farfullaba.

—¡He dicho que todavía no he terminado, malditos hideputas! ¡Escuchadme! Queréis... ¡oh, ayudadme a subir de una vez!

Apareció una mano con mitones que revolviéron por el saliente de piedra. Los trabajadores se inclinaron por el borde para aupar al hombre.

—¡La Señora os maldiga a todos! —rezongó mientras se erguía y los apartaba de un empujón. Estaba temblando de frío—. Que sepáis... —Vio entonces a Hiam y cerró de golpe la boca.

—Unas palabras, por favor, maese ingeniero.

Sin cambiar la expresión tozuda, el anciano se enredó con las hebillas de su arnés. Tenía las manos demasiado entumecidas, así que un aprendiz se las desató por él. El ingeniero se quitó las correas de cuero.

—Llevad el cabrestante a la decimocuarta torre —le dijo a la dotación—. Y esperadme allí.

La cuadrilla empezó a recoger el equipo. Hiam le hizo un gesto a Stimins para retirarse.

—¿Por qué sigues llevando a cabo inspecciones, Toral? —le preguntó cuando estuvieron a cierta distancia—. Esa dotación está extrañada.

El anciano se masajeaba y se soplaba las manos. Un estremecimiento sacudió su cuerpo de araña. Tras la barba gris tenía los labios azules. Miraba a lo lejos y era obvio que tenía la cabeza en otra parte.

—Solo vamos con retraso, nada más.

—Todos los años vamos con retraso. Eso no es excusa. Estás comprobando algo, ¿qué es?

—Solo... una antigua investigación.

—¿Tiene que ver con aquello de lo que hablamos...? —Hiam se acercó más y bajó la voz a pesar del gemido de las olas y el viento—. ¿La degradación?

El maestro ingeniero tenía la mirada perdida en la media distancia una vez más, el rostro arrugado casi melancólico.

—Sí... Es decir, no. Influye.

Hiam luchó por contener el impulso de agarrar a aquel hombre por el cuello. ¿Qué era lo que lo había conmocionado así?

—¿Qué pasa? Dímelo. Te ordeno que me lo digas.

Pero Stimins se limitó a mirarlo, a estudiarlo, los ojos enrojecidos llenos de lágrimas, y después alzó los labios en un intento grotesco de esbozar una sonrisa tranquilizadora. A Hiam le sobresaltó ver en esa expresión la misma cara que él les ponía a sus subordinados cuando le preguntaban por las patrullas faltas de personal y los asientos vacíos en los comedores.

—No se preocupe, señor —dijo el anciano—. Ya tiene bastante de lo que preocuparse.

Y con eso se alejó y desapareció entre la nieve torrencial, dejando a Hiam solo con la mirada clavada en esa agua blanca y revuelta que parecía estar consumiéndose el muro mientras él giraba en su islita de piedra y lo único que podía pensar era... la decimocuarta torre. La torre de Hielo. El punto más bajo de todas las leguas de la muralla de las Tormentas.



Se dice que la sacerdotisa salió sola de lo más intrincado del gélido Vacío del Sur, vistiendo solo harapos, los pies desnudos dejaban un rastro de sangre. Pero todos con los que se encontró, clérigos y laicos por igual, se inclinaban ante el fuego de su mirada. También se ha dicho que, con un simple ademán, aplastó un torreón jourilano a las afueras de Pon-Ruo, donde el sacerdote local de Nuestra Señora la Salvadora la denunció. Este último rumor no es cierto. Pues ella no exige nada, ni siquiera reconocimiento; no le pide nada a nadie. Todos los que quieren seguirla, deben hacerlo por propia voluntad. Y no os engañéis. La siguen. Por decenas.

Escritos de la prisión
Polvo Menguado, apóstata
Dourkan

En una orilla rocosa al este de la ciudad de Ebon, las hogueras de los parias e indigentes de la ciudad parpadean como la miriada de luces de esa gran fortaleza y todos sus barrios. Ante uno de esos fuegos de madera de desecho se sientan dos ancianos y tres ancianas, las mujeres envueltas en chales y faldas raídas, los hombres en viejas galas muy remendadas y desgastadas.

Una de las mujeres se mecía y cantaba por lo bajo sin mucho tino mientras tejía. Lanzó una mirada astuta de soslayo por debajo del cabello gris encrespado.

—Te estoy viendo, Carfin —canturreó—. ¡Déjate de sigilos, a la vieja Nebras no hay forma de sorprenderla!

Una sombra se separó de la oscuridad circundante y se irguió, larga y alta.

—No es sigilo —respondió una voz tan profunda y lenta como las olas que lamían casi hasta el borde del fuego—. Me limito a andar sin ruido. —El tipo que surgió de la noche era un hombre alto, de miembros estrechos, con camisa y pantalones oscuros, ambos una labor de retazos remendados. Se sentó alejado del fuego.

—Somos seis —anunció la segunda mujer, y se tomó un trago rápido de una petaca de plata que después desapareció en el interior de su chal.

—Sí que lo somos, hermana Gosh... —respondió uno de los hombres, que se puso en pie. Alzó la mirada al cielo nocturno y se llevó una mano a la perilla desigual. Nebras puso los ojos en blanco; el otro hombre dejó caer la cabeza—. Las estrellas están alineadas para permitir nuestra reunión. La diosa del Inframundo espera todavía, el aliento contenido. El maestro de las Cadenas busca sin éxito. Nosotros, el sumo y poderoso Sínodo de teúrgicos, brujas y hechiceros de Estigio...

—Si es lo que somos... —murmuró Nebras sin hacer una pausa en su labor.

—Por la presente abrimos la sesión. Totsin Jurth Tercero preside como miembro de más edad. Bien, primer punto de la agenda. Hermana Gosh, ¿quieres bendecir nuestra asamblea?

La petaca de plata desapareció una vez más en el chal. La hermana Gosh se sentó muy erguida y volvió a colocarse los pliegues de sus capas de ropa. Alzó un dedo retorcido y guiñó un ojo.

—Veamos. Sí. Que la Señora no nos rastree ni olisque. Que no nos coja con sus manos codiciosas para meternos por su garganta ávida. Que no nos chupe la médula de los huesos, ni hierva nuestra sangre en el calor de su hambre eterna hasta que los ojos se nos salgan y las lenguas nos estallen en llamas. —La vieja miró a Totsin—. ¿Qué tal así?

Las cejas grises de Totsin se habían alzado bastante.

—Bueno... sí. Gracias, hermana Gosh. Bastante adecuado, aunque un tanto visceral. —Se aclaró la garganta—. Bien, segundo punto de la agenda. Miembros ausentes. ¿Qué noticias hay de la hermana Prentall?

—Atrapada por los cazabrujas y entregada a la Señora —anunció la tercera mujer.

—Ah. —Totsin miró con furia a la hermana Gosh, que articuló «No lo sabía»—. Gracias, hermana Esa. ¿Alguna otra noticia? ¿Qué hay del hermano Piernanegra?

—Muerto —dijo el otro hombre, con los ojos clavados en el fuego y la barbilla en las manos.

—Ah. ¿No... la Señora...?

—No. El hígado.

—Ah. Lo había creído indestructible.

—Como es obvio que se creyó él —comentó el hombre con tono lacónico.

Totsin asintió y se limpió las manos en los pantalones grasientos.

—Muy bien. Tristes noticias. Nuestro número se ha reducido mucho. Pero la noche gira de forma inexorable y llega el invierno. Hemos de considerar el futuro y qué medidas vamos a tomar dada la proliferación de señales y portentos a los que nos enfrentamos... —Nebras se había ceñido mejor los chales y levantó una mano. Totsin la miró con un parpadeo—. Ah, sí... ¿hermana Nebras?

—Como bien dices, Totsin, los viajes de las Fortalezas no esperan a nadie, como la marea. Y está extrañamente alta esta noche. Pongámonos ya en camino, entonces.

—Pero... aún hemos de decidir...

—Muy bien, Totsin —lo interrumpió la hermana Gosh—. Yo voto que decidamos. ¿Carfin?

El hombre desgarrado que estaba lejos del fuego se apartó el cabello negro y suelto y se sujetó el chaleco deshilachado.

—Me abstengo.

—¿Te abstienes? —soltó de repente la hermana Gosh—. ¿Has venido hasta aquí solo para abstenerte? ¿Por qué no te quedaste en tu cueva llena de moho, entonces?

—No es una cueva, es un domicilio subterráneo.

—Quizá podríamos... —empezó a decir Totsin.

—Y tú eres un ingrato obtuso.

—Arpía.

—Eunuco.

—Si pudiéramos solo...

—De hecho, eunuco no es el término técnico correcto...

—¡Ve algo! —anunció el tipo que miraba el fuego.

La hermana Gosh se sentó más tiesa, igual que Totsin. Hasta Carfin se acercó más.

—¿Qué pasa, Jool? —susurró la hermana Esa.

El hombre estiró una mano crispada.

—¡Las losas!

La hermana Nebras sacó una saquita de entre sus ropas acolchadas y la volcó en la mano del hombre. Este hizo una pasada rápida con la otra mano por el fuego para apartar las brasas ardientes y revelar las arenas humeantes de debajo.

—Fuego, noche, tierra, luz, mares, vida, muerte. Todos se han reunido para esta próxima estación en la muralla de las Tormentas. —Jool arrojó las losas por las arenas humeantes—. Veo conflagración.

—Bueno... es una hoguera —le susurró Totsin a Carfin.

Una mirada furiosa de la hermana Nebras lo hizo callar.

Jool estudió el patrón de las pequeñas tabletas de madera y marfil.

—Todos los senderos conducen a la destrucción. Nadie puede escapar. Esta estación verá tensarse la mano de la Señora, incapaz de soltar nada. O hecha pedazos e imposible de reparar.

—¿Quién se opone? —siseó la hermana Esa.

El hombre estiró un brazo para sacar con cuidado una losa de la arena. La levantó a la luz de las brasas que quedaban y la examinó, confuso.

—¿De dónde es esta? —le preguntó a la hermana Nebras.

La mujer se la colocó en la palma de la mano. Todo el mundo se acercó más.

—Es la más antigua de todas mis pequeñinas —dijo la hermana Nebras sin

aliento. Alzó las cejas, asombrada—. Y, sin embargo, la que en tiempos más recientes he adquirido.

—Palosangre —comentó Carfin.

—Grabada con una Casa —dijo Totsin.

—La Casa de Muerte —dijo la hermana Nebras, en voz muy baja.

—Es de Jakata —dijo Jool, convencido.

La hermana Esa dejó escapar un pequeño gañido.

—¡Jakatakanos! Entonces... son ellos.

La hermana Gosh se irguió y asintió. Se tomó un sorbito fortalecedor de su petaca y se chupó los dientes. Todos esperaron, tensos, mientras ella ordenaba sus pensamientos.

—Jakata. Antigua isla. La isla mítica que hay más allá de los jinetes. —Se dirigió a los otros—. Pero no tan mítica, ¿no?

—Hasta que llegaron ellos —dijo por lo bajo la hermana Esa.

—¿Y qué nombre portaban al venir? —preguntó la hermana Gosh.

—El nombre de la isla de la Casa de Muerte —dijo Totsin.

—Malaz —dijo Carfin, y se volvió hacia la noche.

—Ya vienen —afirmó la hermana Gosh—. Todos compiten ahora. La Señora. Los jinetes de la tormenta. Los invasores. Y quienquiera que prevalezca esta estación, la tierra verá cómo aprietan el puño, su poder tan incrementado, que jamás escaparemos.

Totsin se mesó la barba.

—¿Pero qué hay de su dominación? Los extranjeros...

—Todos somos extranjeros aquí —se burló la hermana Nebras.

Jool aspiró una bocanada sorprendida.

—Palosangre...

—¡Por supuesto! —respondió la hermana Esa—. Los ancestrales. Los primeros. Nunca capitularon.

—Sangre —canturreó Carfin a la noche, malhumorado—. No me gusta.

La hermana Nebras se agachó para recoger las losas.

—Así que el tiempo de huir y esconderse ha pasado. Debemos unir nuestras manos en esta invocación. ¡Aya!

Jool se arrodilló.

—¿Qué pasa?

La anciana levantó una mano nudosa, las articulaciones hinchadas y torcidas.

—¿No viste esta? —Acurrucada en su palma había una losa que rielaba con un brillo de madreperla, tallada en una concha. En ella había grabado un guerrero estilizado armado con una lanza larga.

Jool la examinó, pero no se atrevió a cogerla.

—La losa de los jinetes oculta ahí, en lo más profundo del corazón del fuego.

—Y sin embargo, incluso ahora, fría y letal en mi piel.

Los dos trabaron las miradas y no dijeron más. La hermana Nebras cogió aire, asombrada.

—Los jinetes. La Señora y los invasores se desangrarán entre ellos, y ellos al fin prevalecerán.

—La invocación es... sugerente —admitió Jool.

—Quizá deberíamos reconsiderar... —empezó a decir Totsin.

—No —dijo la hermana Nebras—. Ya estoy harta de su supuesta protección.

—Basta de hablar —asintió la hermana Esa, y añadió—: Nunca deja de escuchar.

Y con eso, los seis se separaron. Cinco echaron a andar en diferentes direcciones. El que quedó permaneció en silencio, con los ojos puestos en la noche durante un rato. Dio unas patadas a las arenas de la lectura y después se irguió con gesto rígido. Estaba solo, se colocó los puños raídos y se alisó la perilla.

—Muy bien —anunció—. Muy bien. Hemos tomado una decisión. Por la autoridad que me confiere ser el miembro de más edad, se levanta la sesión de esta asamblea.

—Los puñeteros perros más grandes que he visto... —dijo Jheval sin aliento, después se aclaró la garganta y escupió.

Kiska y él estaban agazapados en una fisura estrecha que partía una superficie de roca. Aunque los dos mastines de Sombra se habían retirado, Kiska vislumbraba algún que otro contorno desdibujado de marrón pardo y canela lanudo. *¡Ay, dioses, qué monstruos estos guardianes del reino de Sombra!* Todavía más aterradores que cuando los había visto en su juventud. Todavía oía alguna que otra rozadura de las piedras empujadas a patadas y a veces sentía los gruñidos de las grandes bestias vibrando en la piedra a su espalda. Incluso cuando el silencio se alargaba, no se dejaba engañar. Sabía que seguían ahí fuera, a la espera. *Bestias astutas*. Aspiró el aire a grandes bocanadas y puso la cabeza entre las piernas para luchar contra la oscuridad creciente del agotamiento. Se sujetó el costado. Por poco. Por tan poco que tenía la impresión de que los mastines habían estado jugando con ellos, permitiéndoles albergar la ilusión de poder escapar. Fue solo por casualidad que se encontraran con aquel refugio diminuto. *Pero en realidad no hemos escapado en absoluto, ¿verdad? Solo estaban retrasando lo inevitable.*

Al menos estaba con alguien que no perdía la cabeza con facilidad. En ese mismo momento, Jheval estaba echando un trago de su cuero de agua, solo lo justo para mojarse la boca. Sabía sobrevivir en un desierto, aunque aquello no fuera en realidad un desierto. Un desierto diferente, supuso Kiska. Un desierto de eternidad.

—¿Cuánto tiempo tenemos? —le preguntó él mientras se quitaba el pañuelo de la

cabeza.

—¿Te refieres a cuánto tiempo podemos durar?

Él usó el pañuelo para frotarse el pelo corto empapado en sudor.

—Sí, supongo.

—Buena pregunta... Esto es Sombra. Por lo que he oído, es posible que en principio sea para siempre. Tardaremos más en tener hambre y sed. Al final, supongo que a uno de los dos le volverá loco esta situación y el otro se verá obligado a matar a ese...

—O viceversa.

La joven parpadeó y miró al hombre, después asintió.

—Exacto... A esas alturas, ¿quién podría decirlo?

Él apoyó la cabeza atrás y se quedó mirando la bóveda del estrecho techo.

—Así que es el juego de la espera. —Le dedicó a Kiska una sonrisa sesgada—. Por suerte, es un juego que se me da especialmente bien. —Buscó sin prisas una posición más cómoda, daba la impresión de ser un hombre que estaba a gusto consigo mismo—. Tengo todo el tiempo del mundo. ¿Qué hay de ti?

Kiska se planteó la pregunta. ¿Podía argüir con absoluta seguridad que el tiempo era primordial? Nadie podía saberlo. Pero la prudencia dictaba que no se demorara.

—Por desgracia, yo no puedo decir lo mismo.

Un encogimiento de hombros.

—Bueno. Esperemos entonces que cambien las condiciones. En cuanto a mí, me importa poco.

—¿De veras? ¿De verdad no te importa en un sentido u otro?

—No. —El hombre estaba tirando piedrecitas a la tierra agrietada que había ante la abertura. La primera reacción de Kiska fue irritarse, pero entonces vio el razonamiento tras ese tic en apariencia insignificante y sonrió. *Provoca*. El tipo estaba, de hecho, provocándolos. Y quizá con el tiempo se cansasen de investigar esas constantes falsas alarmas y terminaran por no hacerles caso. *Y entonces...*

—Cuando... dejé... Siete Ciudades —empezó a decir con aire pensativo—, estaba con una mujer. Teníamos mucho en común. Pensé que al fin había conocido a una mujer a la que podría llegar a considerar una compañera. —Dejó escapar un largo suspiro, un suspiro melancólico—. Pero... ella tampoco podía creer que el futuro no albergara fascinación alguna para mí. A ella sí que le interesaba, sin embargo. Mucho. Tenía ambiciones. Al parecer, yo no. Así que nos separamos, y hubo muchos gritos y ollas rotas. Una escena doméstica muy fea, de esas en las que juré no verme envuelto nunca. —La miró, sus ojos oscuros entrecerrados en lo que ella imaginó que debía de ser un guiño habitual—. ¿Qué hay de ti?

Kiska estiró los brazos por encima de la cabeza. Echó la cabeza hacia atrás y se quedó mirando la grieta oscura que tenía encima.

—Preguntaste por la Garra. Bueno... ¿alguna vez te has unido a algo porque pensabas que era el ejemplo perfecto de lo que podía ir bien en el mundo? ¿Solo para, con el tiempo, descubrir que era tan corrupto, mezquino y, con franqueza, tan estúpido como todo lo demás? —Lo miró y lo sorprendió contemplándola con una extraña intensidad. Después Jheval bajó la mirada—. Así fue con la Garra. Era muy joven cuando me alisté. Había crecido protegida... y un tanto mimada. Como todo el mundo, supongo. —Kiska cambió de postura para buscar un asiento más cómodo en la roca y empezó a masajearse el costado—. No sabía nada. Claro que, esa es la definición de la juventud, ¿no? ¿Así que, cómo reprochárselo a nadie?

»En cualquier caso, empecé a ver y oír a mi alrededor cómo se daban los ascensos a los miembros de determinadas familias, o a los que conocían a ciertas personas de la organización. El éxito y progreso de los incompetentes es un misterio universal, ¿no? Algunos dirían que es porque los de arriba prefieren subordinados que no sean una amenaza para ellos. Yo no estoy de acuerdo. Yo diría que ese razonamiento solo revela las preferencias del que habla. Yo, yo solo quería a los más hábiles y consumados a mi alrededor, ¿de qué otro modo se podría tener asegurado el éxito?

—No todo el mundo piensa lo mismo —murmuró Jheval con tono lúgubre, la mirada perdida en su propio interior.

—No —asintió Kiska—. Eso descubrí que pasaba en la Garra. Comprendí que a muchos solo les preocupaba su propio progreso, y que evitaban hacerse responsables de los errores, y vi que eso era un riesgo para las vidas de los que los rodeaban y de sus subordinados. Incluyéndome a mí. Así que me fui en lugar de convertirme en la víctima del egoísmo de alguien.

Volvió los ojos hacia él y le sorprendió ver que el hombre la estudiaba de nuevo. Jheval fue consciente de la mirada de su compañera y apartó la vista a toda prisa.

—Hace ya un rato que no oímos nada, ¿no? —preguntó él—. Quizá se han rendido. —Y sonrió, sabía muy bien la respuesta.

—¿Y qué hay de ti? —preguntó Kiska.

Jheval mantuvo la mirada baja y no la miró.

—En otro momento, quizá —murmuró tras una larga pausa.

Siguió a eso un silencio un tanto incómodo en medio del cual Jheval dio una palmada, se puso en pie y se agachó.

—Bien. Vamos a echar un vistazo, entonces.

—No seas tonto.

Él le dedicó una sonrisa loca.

—Hay que tantear un poco de vez en cuando, ¿no?

—No...

Pero él ya había salido de un salto, había rodado y se había puesto en pie con las rodillas dobladas.

—¡Eh, peluditos, perritos! ¿Dónde estáis?

La respuesta llegó a una velocidad asombrosa. Una gran montaña parda de piel musculosa y destellos de dientes se abalanzó sobre el lugar exacto en el que se encontraba Jheval, o en el que se habría encontrado si no se hubiera arrojado hacia atrás para aterrizar debatiéndose y dando patadas hasta volver a meterse en su estrecho agujero. Kiska lo ayudó a entrar de un tirón mientras un gran golpe arrancaba fragmentos de roca de la fisura y los gruñidos rabiosos se convertían en una avalancha. Jheval se quedó tirado encima de ella, jadeando. Después le dedicó una sonrisa por encima del hombro.

—La próxima vez te toca a ti —dijo, y se apartó rodando.

Kiska se limitó a sacudir la cabeza. *¡Será lunático! ¡Se lo estaba pasando bien y todo! Aun así, esa sonrisa... la de un maldito muchachuelo.*

Cada sacudida de la estrecha embarcación provocaba en Rillish relámpagos de dolor ante tal panorama. Hizo una mueca y arrugó la frente mientras la tripulación de dieciocho marines los trasladaban a Devaleth y a él por el mar que los separaba del buque insignia del almirante Nok, el Estrella de Unta. Los últimos días había bebido demasiado licor kartooliano mientras intentaba encontrarle algún sentido a ese nuevo destino.

Melena Gris, restituido. ¿Quién lo habría imaginado? Había oído que las propias tropas de aquel tipo habían intentado matarlo; que unos asesinos korelianos le habían arrancado el corazón; que había huido, condenado por el mando supremo malazano. Y resultaba que regresaba tras haber servido durante un tiempo en las filas del enemigo más perdurable del Imperio, la mercenaria Guardia Carmesí. Era obvio que a Mallick Rel le importaba un pimiento el historial de aquel hombre bajo los gobernantes previos, lo que encajaba a la perfección con lo que Rillish se imaginaba del emperador: era alguien al que le daban igual las viejas tradiciones y era capaz de hacer lo que fuera para ganar. Quizá Mallick veía algo parecido en Melena Gris. ¿Quién sabía? Con el desalentador amanecer nublado de ese día, Rillish había tirado la última botella vacía por la ventana y había llegado a la conclusión de que lo mejor que podía esperar era que ese hombre no se acordara de él.

Esa sería la mejor posibilidad, casi la única. De otro modo... dioses, ¿cómo iba a soportar enfrentarse a él?

Devaleth estaba sentada al otro lado, en la proa, relajada y cómoda en aquella nave que cabeceaba; después de todo era una maga de Ruse, la senda de la magia del mar. La mujer le lanzó una mirada con los ojos entrecerrados, no de apoyo (ni, gracias a Ascuá, de pena) sino observadora, como si lo evaluara con frialdad. Sabía que había algo entre su puño supremo y él, pero o bien no tenía por costumbre hacerse de notar o bien no le importaba en absoluto. Y, después de todo, ella tampoco

tenía prisa para conocer al tipo, condenado como anatema andante en su tierra.

Al final, fue esa aparente indiferencia lo que empujó a Rillish a que le hiciera un gesto para que se acercara. Apoyó una mano en la regala y se sujetó contra los mares picados mientras los marines luchaban por seguir avanzando. Devaleth se limitó a agacharse delante de él, capaz de algún modo de adaptarse a cada cabeceo de la barca. La espuma fría salpicó el brazo de Rillish y la conmoción le despejó un poco más la cabeza.

—Era mi segundo destino —dijo él sin alzar la voz. Al menos allí, al contrario que a bordo de cualquier barco atestado de tropas, podía mantener el secreto necesario—. Formaba parte de un contingente de refuerzos. Unas galeras de guerra mare nos sorprendieron poco antes de llegar a Puño. Apenas una quinta parte de nosotros logramos alcanzar la costa. —Se estremeció al revivir el recuerdo, las aguas gélidas, los gritos de los que se ahogaban. Sus palabras no hacían justicia a la impotencia de ver cómo tus tropas quedaban destrozadas ante tus propios ojos—. Nos incluyeron en el Sexto. Poco después, como noble, me hicieron llamar para que prestara declaración como testigo en el juicio del gobernador Hemel y el consejo de guerra de Melena Gris. —No pudo evitar que se le cerrara la garganta al recordarlo—. Yo era novato, un simple teniente. Sabía que el procedimiento se había hecho a la carrera. Los testimonios eran poco concluyentes, cuando no inventados. Pero también sabía que la campaña se había desmoronado y que el mando estaba buscando alguien a quien colgarle el muerto. Opté por no interferir. —Alzó la vista y encontró los ojos de la mujer, duros y oscuros, clavados en él, estudiándolo con una expresión despiadada, y apartó la mirada—. Y ya está. Fue la única vez que puse mi carrera por delante. Y ahora, al parecer, voy a pagar por ello.

La mirada femenina se desvió hacia donde se vislumbraban los altos mástiles del Estrella más allá de las subidas y caídas de las crestas y senos acerados. El viento agitaba el cabello descuidado de la mujer.

—Era joven y aquella situación era nueva para usted, quizá por eso precisamente lo eligieron. En cualquier caso, por cómo actúa veremos qué tipo de hombre es ese tal Melena Gris. Observaré, pero recuerde que no puedo ser de mucha ayuda. Soy, después de todo, una traidora.

Como, al parecer, lo soy yo también.

Calentaba el camarote el aliento y la presencia de demasiados cuerpos en un espacio muy reducido. Devaleth y él fueron los últimos en llegar. Nok, a quien Rillish no conocía, hizo las presentaciones; el homólogo de Rillish, el puño Khemet Shul, del Octavo Ejército, la cabeza calva y llena de cicatrices parecía el proyectil de plomo de una honda. El hombre saludó con un asentimiento cauto. El comandante moranthiano azul, Torbellino. Sus placas blindadas brillaban con el azul profundo del océano

abierto. Kyle, un joven moreno con bigote que parecía un guerrero wickano, aunque mucho más ancho y con los miembros más largos, y que era el adjunto de Melena Gris. Y el propio puño supremo, que (pensó Rillish) lo había estado vigilando todo el tiempo con un brillo frío y siniestro en los ojos.

—Puño supremo —dijo Rillish con una inclinación.

El hombre hizo caso omiso de él y estudió a Devaleth.

—Sea usted muy bienvenida, maga. Como sabe, andamos escasos de cuadro.

—Con razón, puño supremo. La, eh... influencia... de la Santísima Señora los inutilizará.

—¿Pero no a usted, ni a sus compañeros? —interpuso Nok, y sonrió tras el bigote para tranquilizarla, aquello no era un interrogatorio.

—No, almirante. En Mare hemos vuelto los ojos hacia el mar y los misterios de Ruse. Cosa que, me imagino, nos lleva al asunto que nos ha traído aquí.

El almirante inclinó la cabeza.

—Así es. —Se volvió hacia una mesa pequeña y un mapa dibujado en papel vitela. Con un largo dedo pálido esbozó la línea de avance—. Anticipamos entrar en contacto dentro de tres semanas, junto a la costa cerca de Gost...

—Disculpe —interrumpió Devaleth—, pero tendrán suerte si llegan a Falt.

Nok alzó las cejas blancas como la nieve, pero fue el comandante moranthiano azul, Torbellino, el que habló.

—¿Tan segura está?

Todos los ojos se posaron en Devaleth; Rillish se sentía como un mero espectador en su propia sesión informativa. Aquella mujer corpulenta no se sentía en absoluto intimidada por el peso de la mirada ni de Melena Gris ni de Nok, y Rillish se preguntó si era porque estaban en su elemento.

La bruja se limitó a encoger los hombros redondeados.

—En el momento en que sus proas pusieron rumbo al sur, el murmullo de esas olas llegaron a Mare. En estos mismos instantes están disponiendo sus barcos de guerra, que zarpan en cuanto están preparados. El objetivo será alcanzarlos a ustedes tan al norte como sea posible.

El puño supremo y el almirante intercambiaron miradas.

—Gracias, Devaleth —dijo Melena Gris—. Su información ha sido muy útil.

—¿Podemos anticipar, entonces, algún tipo de concentración de fuerzas al norte de Puño? —preguntó Nok.

Otro encogimiento de hombros.

—Tanto como se pueda lograr... sí.

Nok se alisó el bigote.

—Entiendo. Gracias. Bien, puño Rillish, he leído el informe de la operación que hizo cuando regresó de Korel, pero me pregunto si podría iluminarnos a todos en

cuanto a las condiciones de Puño cuando lo enviaron allí.

Rillish comprendió la pregunta, pero se sentía confuso.

—Eso fue hace casi diez años, almirante. Supongo que tendrán información más reciente, ¿no?

—Nada fiable. Rumores, cosas que se dicen. No hay testigos directos como usted.

Oh, dioses. ¿Una década de silencio? ¿Qué había estado pasando todo aquel tiempo? Rillish se aclaró la garganta.

—Bueno, almirante, puño supremo... Me hallaba a las órdenes de la capitán Jalass, undécima compañía...

Melena Gris lanzó un gruñido que hizo que Rillish se detuviera. Todos los ojos se volvieron hacia él, y el puño supremo pareció avergonzarse. Se aclaró la garganta antes de hablar con voz profunda.

—La recuerdo. Ella sí era una buena oficial.

—Sí —asintió Rillish—, lo era. —El énfasis del puño supremo en aquel «sí» lo afectó, pero continuó—. La capitán abasteció cuatro mercantes skolati y los envió bajo mi mando. Debíamos esperarla junto a Punto Falso, justo al norte de Aamil. Esperamos cinco días, pero no apareció. Al quinto día abrí nuestras órdenes y vi que nuestra misión era llegar al alto mando malazano y entregar un paquete sellado de comunicaciones... —La mirada de Rillish se alzó a las vigas de madera del techo y respiró hondo para tranquilizarse—. Dado que la ruta del norte era muy peligrosa, opté por poner rumbo recto hacia el este, con la esperanza de encontrarme con un contingente genabackeño y regresar a través de la ruta mercante segura de Falar...

Devaleth intervino entonces, incrédula.

—¿He de entender que cruzó el océano entero, lo que llamamos el océano de Maresangre en una bañera skolati?

Rillish asintió.

La mujer sacudió la cabeza, horrorizada.

—Dios de las aguas... y yo creí que la marinera aquí era yo.

Nok alzó una mano para hablar.

—El informe del viaje en sí ya supondría un relato asombroso. Dos navíos alcanzaron al fin una isla junto a la costa de Genabackis. Allí bajaron a tierra en busca de agua dulce. Esa noche el barco estalló en llamas y el ataque de una banda de niños con máscaras negras masacró a un contingente de treinta marines en el tiempo que puede llevar tomar aliento...

—Los seguleh —rezongó Torbellino—. Bajaron a tierra en la isla de los seguleh...

—Eso descubrimos, sí. Fue donde avistamos tierra. Apenas conseguimos escapar.

Torbellino inclinó el yelmo a modo de saludo marcial.

—Que consiguieran escapar ya es una hazaña notable.

—Por una cuestión de tiempo, debo dar un salto y referirme al paquete en sí — continuó Nok—. Se entregó. Y su contenido ha seguido siendo uno de los secretos mejor guardados del Imperio desde entonces. Laseen me puso al corriente a mí. Es posible que a Dujek. Pero aparte de esos pocos de nosotros, no sé quién más puede estar al tanto... Topper quizá. Según las órdenes del nuevo emperador, ahora deben estar informados todos ustedes.

Al otro lado del camarote, la mirada de Melena Gris se había entrecerrado y los gruesos labios adoptaron una mueca de desaprobación. A Rillish le pareció obvio que el puño supremo debía de estar preguntándose por qué no se le había informado de antemano. Pero Nok tendría sus razones; quizá quería generar una especie de cohesión. Después de todo, se dirigían a Korel, y la historia demostraba que cualquier fuerza enviada allí terminaba encontrándose sola por completo.

El almirante respiró hondo para tranquilizarse e hizo una pausa para buscar las palabras adecuadas.

—En pocas palabras, entre las órdenes y los comunicados contenidos en el paquete había pruebas de que el mando del Sexto se había nombrado a sí mismo jefe supremo de Puño, no en nombre del Imperio, sino para cumplir sus propias ambiciones. Que se había deshecho de toda fidelidad al Imperio y se consideraba soberano. —La mirada pálida del almirante se detuvo en Melena Gris—. En resumen, puño supremo, el Sexto se ha amotinado.

Rillish sintió una punzada en las tripas. *Que el Embozado los proteja. Ya es oficial. La sentencia la ha dictado el propio trono. El Sexto ha ido demasiado lejos. ¿Y hasta cuándo se remontaba esa conspiración? ¿El gobernador, y los puños, lo habían tenido en mente todo ese tiempo? ¡Y Melena Gris! ¿Por eso lo habían apartado? Rillish estudió al hombre: su antiguo comandante. ¿Qué debe de sentir?*

El hombretón había tomado una bocanada de aire temblorosa y había cerrado los ojos. A la luz débil del camarote parecía haber empalidecido.

Devaleth rompió el silencio.

—Esta expedición... He de entender entonces que no es tanto una fuerza invasora...

Nok asintió con los labios fruncidos.

—Así es, maga. Vamos a invadir, sí. Pero lo hacemos para meter en cintura al Sexto.

Y así, sintetizó Rillish para sí, luchamos no solo contra un subcontinente entero, mare, korelrianos, robos y dourkanos, sino también malazanos. Malazanos traidores. Por todos los dioses del inframundo, ¿somos suficientes para uno siquiera de esos enemigos?

Los caballos escaseaban en el subcontinente de Korel, así que el Ejército de la

Reforma iba a pie. Los animales de tiro que habían reunido (bueyes, mulas y unos pocos caballos desechados por alguien y medio muertos) se destinaban a arrastrar las grandes carretas de lados altos que se construían día y noche.

—Para suministros —le habían dicho a Ivanr cuando había preguntado por aquel afán de construcción constante. Él tenía sus dudas, ¿quién necesitaba unas carretas tan sólidas para tirar del material? Pero no era asunto suyo, así que volvió a buscar algún indicio del muchacho entre la masa de seguidores del campamento, artesanos, cocineros, carniceros, orfebres y pequeños mercaderes.

Un muchacho callado. Herida en la cabeza. Quizá no haya dicho ni una sola palabra. Llegó al campamento hace unos días. Al quinto día, una mujer que tiraba de una carreta entre la comitiva de refugiados lo miró con una expresión pensativa en los ojos.

—Quizá lo haya visto. ¿Qué tiene contigo?

—Lo traje yo. ¿Con quién está? ¿Lo sabes?

—¿Con quién está? —La mujer se echó a reír—. Está con todos los muchachos y muchachas con dos brazos que pueden caminar. Lo alistaron, sí señor.

—Lo alis... Solo es un niño.

La mirada de la mujer se entrecerró y escupió a un lado.

—Alto como mi Jenny era el chico, e igual de sano. —Lo volvió a mirar—. Todo el mundo tiene que contribuir. No hay sitio para vagos... ni para cobardes.

Ivanr se detuvo a su lado.

—Muchas gracias.

La mujer soltó un bufido y continuó su camino, la espada encorvada, las manos envolviendo los mangos de la carreta de dos ruedas en la que traqueteaban las pocas posesiones que le quedaban. Un pequeñuelo iba sentando en la parte de atrás, pataleando y con el pulgar en la boca. Ivanr se dirigió a la vanguardia de aquella gran masa serpenteante de humanidad.

¿Ejército de la Reforma? ¿Qué ejército? No veía por ningún lado un ejército en el sentido tradicional de la palabra. Lo único que veía era una chusma de granjeros y refugiados de la ciudad, todos desplazados y aferrándose temerosos unos a otros, y encima les habían entregado picas y lanzas aparatosas e incómodas. Era un suicidio. La caballería jourilana los arrasaría en el campo de batalla.

Y sin embargo... tenía que admitir que, a pesar de las apariencias, reinaba cierto orden. En el valle, mucho más abajo, se podían vislumbrar pelotones de hombres y mujeres registrando y explorando la ruta; había visto los trapos que utilizaban para marcar los mejores senderos. El polvo ocultaba el cuerpo principal, donde las filas de la infantería marchaban entre los grandes armatostes tambaleantes que eran las carretas. ¡Infantería! Si se les podía llamar así: jóvenes con simples jubones de tela, si acaso. Su única arma eran esas lanzas altas difíciles de manejar. Ni una sola espada

entre todos. Y cabalgando con el bastón en ristre de uno a otro lado de la marcha, Martal, toda de negro: camisote oscuro lleno de polvo, pantalones ajustados, botas y guantes. Algunos habían empezado a llamarla la «Reina Negra».

Martal... Ivanr se preguntó por ella al verla pasar a caballo. Katakan, había dicho Beneth. No recordaba haber oído hablar de ninguna comandante militar salida de Katakan. Se dirigió a los terrenos de adiestramiento: campos pisoteados de tierra relativamente llana ladera abajo, donde se apiñaban pelotones de reclutas. *Pisándose unos a otros y pinchándose con los palos puntiagudos.*

Al mirar atrás vio que no estaba solo. Lo seguía un oficial jourilano con su yelmo redondo de hierro, un chaleco de cuero hervido y un grueso manto verde de invierno. Ivanr se detuvo y esperó a ver qué hacía el tipo. Los refugiados fueron pasando en fila, algunos con grandes fardos de posesiones; dos niños descalzos tiraban de un anciano por los harapos.

En lugar de pararse en seco o esquivarlo con aire culpable, como esperaba Ivanr, el hombre le devolvió la mirada furiosa con una sonrisa fácil y le hizo un saludo marcial.

—Teniente Carr, a su servicio, señor.

Ivanr suspiró para sí y continuó.

—¿Mi servicio? Tú solo pasabas por aquí, diría yo...

El hombre le siguió el paso con las manos en el cinturón.

—Con todo respeto, no es así, señor. Me han pedido que lo escolte.

—¿Escoltarme? ¿Escoltarme adónde?

—Bueno, allá donde desee, señor.

—No me llames «señor».

—Creo que debo, señor. Basándome en sus logros.

—¿Logros? —Ivanr miró al hombre de soslayo. *Joven*—. ¿Qué logros? Aporrear a una persona con un trozo de metal no es ningún logro.

Pero el hombre no se dejó desconcertar; esbozó una gran sonrisa y ladeó la cabeza.

—Bueno, si lo pone así...

Pasaron detrás de una fila especialmente larga de las altas carretas que se mecían como los grandes gigantes de los campos helados del sur. Ivanr manoteó el polvo que se levantaba delante de su cara y tosió.

—¡Por todos los dioses que nos rodean! ¿Por qué se carga Beneth con estos artilugios monstruosos? Deben de reducir a la mitad su ritmo de marcha.

—Para suministros, tengo entendido —dijo Carr, y parecía tan convencido como Ivanr—. En cuanto a su velocidad... no son más lentos que la recua de refugiados.

—Yo también me desharía de esos.

—¡Oh, no, señor! Por ellos estamos aquí.

Ivanr examinó entonces de frente al oficial. *Solo un muchacho, apenas ha empezado a afeitarse.*

—A mí me parece que es al revés.

Carr entrelazó las manos a la espalda.

—Si nos basamos en la tradición, supongo. Pero esta no es una situación tradicional. Al menos en lo que a estas tierras se refiere.

Ivanr gruñó y siguió caminando. Algo en los gestos del muchacho lo llevó a hacerle una pregunta.

—¿Qué hacías antes de alistarte?

—Era erudito. Sacerdote acólito.

Ivanr volvió a gruñir, eso le había parecido.

—Y como sabías escribir, te dieron un nombramiento...

—Un nombramiento en una organización militar inexistente... eso es, señor. Y debo admitir que mi apellido es conocido. Pero todos los que estamos aquí huimos, o buscamos algo, ¿no? Yo mismo, yo huía... de la rigidez dogmática, podríamos decir.

—Un encogimiento de hombros de autodesprecio—. El ejército se formó con los desafectos, los apóstatas o los simples refugiados de la lucha. Existe para protegerlos y escoltarlos.

—¿Escoltarlos? ¿Escoltarlos adónde?

—Pues a Plaga, por supuesto.

—¿Plaga? ¿Y qué ocurrirá cuando lleguéis allí, si me permites preguntar?

—Las puertas se abrirán de par en par y nos darán la bienvenida como liberadores.

Ivanr se detuvo en seco; Carr alzó la vista y lo miró con una ligera sorpresa, parpadeando.

—Estás de broma, espero.

El joven casi se sonrojó y tosió en un puño para cubrir su reacción.

—Solo en parte. Tenemos razones para creer que una gran masa de la población se solidariza con nuestros objetivos. Y que solo hace falta nuestra llegada para prender el fuego.

Ivanr siguió andando. *Fanáticos. Todos ellos. En ambos bandos.*

—Es posible, teniente. Pero la última vez que las vi, las murallas de Plaga eran altas. Y tengo la sensación de que este ejército no es el único que se ha puesto en marcha.

Se abrió camino hasta los terrenos de instrucción donde un puñado de reclutas novatos, *dioses, ¿se les puede llamar así siquiera?*, se arremolinaban unos contra otros, con las altas lanzas tintineando. Miraban con los ojos guiñados y la expresión de niños confusos a un tipo con la cara roja de maldecirlos. Ivanr se pasó una mano

por la cara manchada de sudor, como si quisiera borrar esa visión de sus ojos. *Que los dioses nos protejan a todos. Así no. Debería dárseles alguna oportunidad.*

Hizo bocina con las manos alrededor de la boca.

—¡Alto!

Un gran estruendo de astas y la mitad de los reclutas se detuvieron.

El tipo de la cara roja se quedó con la boca abierta, después recuperó la compostura.

—En el nombre de la señora de las Mentiras, ¿se puede saber quién eres?

—Sustituto temporal. —Señaló con una sacudida del pulgar por encima del hombro—. Habla aquí con el teniente.

A partir de entonces Ivanr le dio la espalda al hombre y se dirigió a la infantería reunida. *Unos cien chicos y chicas jóvenes, y viejos desdentados. El muchacho podría estar entre ellos. Pese a todo, la mayor parte está aquí porque quiere estar; no son los impresionados casi prisioneros de la infantería imperial. Bueno, lo primero es lo primero.*

—¿Aquí quién sabe dónde tiene la mano derecha? —bramó, aprovechando al máximo su gran capacidad pulmonar thel y su apariencia.

Unos cuantos brazos derechos se alzaron con timidez.

—¡Muy bien! ¡Algunos hasta habéis acertado! Bien, ahora coged ese brazo y estiradlo desde el hombro, ¡eso es, moveos! Quiero un brazo de distancia entre todo el mundo. Vamos.

La mayor parte de la multitud se limitó a quedarse mirando, sin comprender.

Ivanr respiró hondo y rugió.

—¡Ahora!

Un bosque de traqueteos cuando todos empezaron a chocar con todos.

Ivanr se volvió hacia el teniente, que de inmediato cambió la risa ahogada por una expresión de atención sombría. El aspirante a instructor de la cara roja no estaba por ninguna parte.

—Teniente Carr.

—¿Señor?

—Necesitaré un tambor y algo parecido a un tamborilero.

—Sí, señor.

La identidad del hombre atado e inmovilizado sobre la mesa era irrelevante para Ussü. Un suero destilado de aceite de durhang dejaba al hombre inconsciente mientras, lo que era más importante, no inhibía de ninguna forma los sistemas carnales. El cuerpo bien podría ser el de un perro o una oveja. De hecho, había comenzado sus experimentos con esos animales. Pero, tal y como había descubierto, para sus propósitos la esencia humana proporcionaba (con mucho) la mayor eficacia.

Posó una mano en el pecho desnudo y sintió los latidos del corazón. Fuerte. Excelente. No el habitual prisionero enfermo o muerto de hambre. Quizá ese durara lo suficiente...

Les hizo un gesto a sus aprendices. Uno, Yurgen, dio una última vuelta por la cámara de la torre y comprobó las contraventanas de hierro y la puerta de barrotes de hierro, después sacó la espada y preparó el escudo. Ese tipo de experimentación podía invocar las manifestaciones más alarmantes. Ussü había estado una vez a punto de perder un brazo a manos de una entidad que se apoderó del cadáver de un gran perro jabalí. Sus otros dos aprendices, Temeth y Seel permanecieron a su lado.

Estiró una mano y Seel le pasó un cuchillo muy afilado tallado en obsidiana con el mango envuelto en cuero. Ussü palpó las costillas del sujeto, *sí, justo entre esas*, e hizo una incisión por encima del impresionante torso, comenzando por el costado y terminando en el esternón.

Antes de llegar a Korel, ninguno de esos elaborados preparativos habría sido necesario. De hecho, hasta la idea lo habría repugnado. Uno solo tenía que estirar el brazo y allí estaba la senda, al alcance de las yemas de los dedos. Pero, en Korel, él y todos los demás practicantes menores malazanos habían quedado impotentes. Algunos se habían vuelto locos, otros se habían suicidado, de forma directa o indirecta, con brebajes o drogas destinadas a facilitar el acceso.

Tendió el cuchillo y Temeth se lo quitó y le puso en la mano otro instrumento: una herramienta de cuñas de madera y tornillos de metal. Ussü fue metiendo con suavidad las puntas delgadas de las cuñas de madera en la incisión que había hecho entre las costillas. Seel enjuagó la sangre que iba brotando.

—Con cuidado aquí —les advirtió a los dos, que asintieron y se inclinaron hacia delante para mirar más de cerca. Ussü empezó a manipular los tornillos, uno por uno. Las cuñas se separaron. Giro a giro, un pelo en cada ocasión, Ussü creó una cavidad en el costado del cuerpo, donde se curvaban las costillas.

Él, sin embargo, había elegido un camino diferente...

Había poder allí, en el subcontinente de Korel. Los seguidores de la Señora tenían acceso. Y la fuente de ese potencial, como había descubierto, se encontraba en... el sacrificio.

Cuando calculó que la abertura era lo bastante grande, asintió y Seel se hizo cargo del separador. Ussü se inclinó sobre el sujeto, casi abrazándolo, y metió la mano en la brecha del costado. Con delicadeza, casi con gesto reverente, fue introduciendo la mano con los dedos estirados. Palpó alrededor de los órganos, pasó junto a los ligamentos y separó capas de grasa hasta que tocó con las puntas de los dedos la sede de la vida, vibrante, temblorosa. Con un último empujón acunó el corazón y estiró la otra mano en busca de su senda.

Una presión firme sobre el corazón atrajo a su invocación una imagen tenue,

fantasmal, de Mockra. Tensó los dedos un poco más; el corazón se esforzó, palpitaba en su puño como un animal aterrado. Buscó una visión en los límites del potencial adivinatorio de la senda de clarividencia.

¡Concédeme una visión de lo que está por venir!

Y vio, vio... desolación. Costas arrasadas por el maremoto invasor de los jinetes demoníacos traídos por el mar. La tierra envenenada, sin vida. Ciudades inundadas, cadáveres que se mecían en las olas en números imposibles de asimilar.

Aniquilación.

¡No! ¿Cómo puede ser?

A solo un palmo de sus ojos, los ojos del sujeto se abrieron de golpe. Los aprendices se estremecieron y se apartaron con un gáñido de terror. Yurgen se abalanzó.

—¡Alto! —Ussü devolvió la mirada muerta del cadáver, pues muerto estaba el órgano inmóvil en su mano—. Saludos, Señora.

Una sonrisa, los ojos vueltos y en blanco.

—He tolerado tus herejías, Ussü —articuló apenas el cadáver—, porque percibo en ti un gran potencial. Rechaza tu incredulidad. Adhiérete al verdadero sendero.

—Vienen de camino, Santísima Señora. Nuevas fuerzas imperiales se dirigen aquí. Debemos... —se humedeció los labios— unir fuerzas.

—¿Lo has visto? Qué fuerte eres, Ussü. Ponte a mi lado.

No sabe nada de nuestro prisionero. No es omnisciente.

De nuevo la sonrisa muerta.

—Os permití a los malazanos desembarcar porque trajisteis una nueva vitalidad a la verdadera fe. Me habéis reforzado de tantas maneras... No hay nada como un desafío para inspirar y confirmar una fe. Así que os doy la bienvenida de nuevo.

—Sin embargo, el verdadero enemigo aguarda. ¿Qué hay de los jinetes?

Los labios se crisparon en una mueca desdeñosa.

—No tengo ninguna visión de ellos. Ella me bloquea todavía. ¡Esa zorra de reina siempre se ha interpuesto en mi camino! —El cuerpo se relajó bajo Ussü, el ataque pareció pasar—. Arrodíllate ante mí, Ussü. Abrázame como tu diosa.

El cadáver alzó la cabeza para susurrarle al oído, cercano e íntimo.

—Déjame tocar tu corazón.

Asqueado, Ussü corrió lejos del cuerpo. Yurgen blandió el arma y la hoja atravesó el cuello y se estrelló en la mesa. Ussü apartó a Seel y Temeth y se quedó tambaleándose, el corazón golpeándole en el pecho como si lo hubieran rozado unos dedos fantasmales. *¡Que el Embozado los protegiera!* ¿Con qué estaban tratando allí? Cruzó el espacio que lo separaba de un lavamanos y se quitó la sangre de los brazos. Temeth le pasó una toalla y se secó, después se bajó las mangas.

Miró a los tres.

—Una mordaza será la orden del día la próxima vez, Yurgen.

Todos asintieron, los rostros pálidos como la nieve.

Llevaban dos semanas en el mar cuando el sargento Tela bajó a los atestados alojamientos que había bajo cubierta y se agachó entre las hamacas. Le tocaba dormir a su pelotón y algunos se estaban acostando mientras otros observaban partidas de hoyos y de dados. Len hizo un gesto para que se acercara el pelotón. Suth estaba echado en su hamaca y apoyó la cabeza en el brazo doblado. Wess roncaba sobre él.

—Supongo que habéis estado oyendo rumores —dijo Tela cuando la mayor parte se había reunido a su alrededor.

—¿Cuáles? Porque otra cosa no ha habido en todo este tiempo —dijo Pyke.

Suth estaba de acuerdo. A bordo había una plaga de rumores: que todavía virarían al este para poner rumbo a Genabackis, que se dirigían a Stratem para perseguir a una compañía de mercenarios, que era imposible que la expedición triunfara porque el Imperio se había quedado sin magos de cuadro, que Melena Gris estaba al mando y que daba mala suerte, que el emperador había hecho un pacto con los jinetes de la tormenta, que se habían avistado navíos mare siguiéndolos y que el mar se los llevaría a todos. Por su parte, Suth seguía imperturbable. Para él todo aquello solo era un ejemplo especialmente obvio de que toda charla era, de hecho, inútil.

—En primer lugar, se trata de Melena Gris. Ya es oficial. Está al mando.

—¡Por la suerte de Oponn! —exclamó Pyke—. ¿De dónde lo han sacado? Oí que el tipo era tan incompetente que sus propios oficiales se deshicieron de él. Estamos mejor sin él.

—Eso no fue lo que oí yo —rezongó Len—. Los viejos veteranos hablaban bien de él.

—Nada que podamos hacer nosotros —dijo Yana desde donde estaba arrodillada, apoyada en una hamaca para no caerse.

La observación a Suth le pareció de una sabiduría extraordinaria y asintió con gesto sombrío.

—Lo segundo es que se confirma lo de luchar junto a los azules —continuó Tela.

—Sí, eso hemos oído —dijo Pyke—. Una mamonada sobre presentarse voluntario para luchar con ellos. ¿Voluntarios? ¿Para qué? No por la mierda del honor y de la gloria o una maldita cagada de esas, espero.

—Cierra ese ano que llamas boca —murmuró Yana, que a medida que iban pasando los días, cada vez soportaba menos al tipo.

Tela se levantó sin inmutarse y hundió los hombros.

—Hay algunos que lo ven así. Pero no. Se trata de que hay plazas en los navíos de los azules que encabezarán el asalto a la orilla. Así que, podría decirse que hay posibilidades de hacerse con cierto botín.

—Botín —bufó Pyke con tono desdeñoso—. Una tripa llena de hierro más bien. Combatir en tierra. A Suth eso le parecía preferible a luchar en el mar.

—¿Cómo los eligen? ¿Te ofreces sin más?

Tela aceptó la pregunta con un asentimiento. Se inclinó y se aclaró la garganta en el puño.

—Bueno, va a haber lo que podríamos llamar unas pruebas. Los azules son muy selectivos. No dejan subir a bordo a cualquiera.

Manteca alzó la cabeza de los dados con los que había estado haciendo malabares. Tenía un ojo todavía negro y la calva aún magullada de las últimas riñas en las que se había metido.

—¿Y de qué van? ¿Luchas?

Pyke puso los ojos en blanco. Tela se frotó la barba incipiente que le salía en las mejillas y sonrió.

—Pues sí. Contra los propios azules.

Manteca dejó escapar un suspiro y volvió a sentarse. La carcajada de Pyke fue desdeñosa.

—Pedazo de zoquetes. ¿Y para qué? ¿La oportunidad de hacer que te maten? No, la regla es no presentarse voluntario para nada.

Pero Suth se recostó y se quedó mirando la hamaca manchada de sudor que tenía encima. Él había estado observando a esos moranthianos blindados. Era obvio que eran oponentes dignos. Y él llevaba mucho tiempo sin probar su valía contra nadie.

Demasiado tiempo.

Cuando le llegó el turno a la Lasana y se llamó a los pelotones voluntarios para que se prepararan para la mañana siguiente, el decimoséptimo fue uno de los cinco convocados. Pyke estaba furioso. Bajo cubierta, al primero que acorraló fue a Manteca.

—Fuiste tú, ¿verdad? Maldito idiota gordo del Embozado. —Manteca despidió al tipo con un ademán. Pyke se volvió luego hacia Lerdo—. ¿O fuiste tú, so lerdo?

Lerdo solo lo miró con aire confuso.

—Cállate ya —dijo Yana desde no muy lejos—. Comprueba tu equipo.

—¿Mi equipo? ¡Mi equipo! ¡No pienso presentarme! De eso nada. Los idiotas sois vosotros. —Y salió hecho un basilisco.

—¡Anda y no vuelvas! —exclamó Manteca tras él y, en un aparte, se dirigió a Lerdo—. ¿Fuiste tú?

Lerdo lo miró con un parpadeo.

—¿Fui yo qué?

Manteca captó la mirada de Suth y alzó los ojos hacia las vigas del techo.

—Da igual.

Todas las almas a bordo de la Lasana abarrotaron las cubiertas esa mañana. Los marineros se colgaron en las jarcias, los brazos cruzados bajo las barbillas. El día estaba nublado y un fuerte viento frío soplaba del estrecho de las Tormentas. Dos pelotones de marines moranthianos azules habían cruzado en lancha hasta su barco. Los cinco pelotones malazanos tenían la cubierta de popa para prepararse mientras se despejaba el centro del barco. Los sargentos se apiñaron para echarlo a suertes y determinar el orden. Al decimoséptimo le tocó el segundo. Cuando Tela regresó con la noticia, Suth se inclinó sobre su oreja.

—Cámbielo por el último.

Tela lo miró.

—¿Y si no quieren cambiar?

—Dígales que necesitamos tiempo, que nos falta gente, lo que sea.

El sargento asintió con un gruñido, sí que se podía decir que les faltaba gente. Faro, Pyke y Wess no se habían presentado. Y estaba claro por sus chalecos habituales de cuero que Len y Keri no tenían pensado luchar.

Yana se reunió con ellos. Parecía incluso más alta y grande con su camisa entera de gruesas hojuelas acolchadas, botas, espada ancha en el amplio cinturón de cuero y yelmo completo bajo un brazo.

—El mínimo es cinco —dijo Tela mientras se frotaba la mandíbula y ojeaba los pelotones que preparaban sus armas—. Si no podemos sacar cinco, estamos fuera.

—¿Dónde está Pyke? —preguntó Suth.

Tela apretó las mandíbulas.

—Fuera. Dice que se cayó por una escalerilla al bajar. Se torció un tobillo.

—Ese mierda inútil es un peso muerto —rezongó Yana con furia—. No lo necesitamos. Con usted somos cinco, de todos modos.

—Nada de sargentos. Solo regulares.

—Mierda.

—¿Y Wess? —preguntó Suth.

—Creo que anda por aquí, en alguna parte —respondió Yana.

—Sácalo de donde sea; yo voy a ver qué puedo apañar.

Suth buscó entre las multitudes cercanas. Cuando regresó, Tela había vuelto. El sol calentaba la cubierta y se había levantado un viento más fuerte. Los marineros estaban ocupados ajustando las velas para estabilizar el barco.

—Somos los cuartos —dijo Tela.

—Bien.

El sargento le lanzó una mirada y se pasó los dedos por la barba incipiente que empezaba a encanecer.

—Quieres verlos luchar...

—Y estarán cansados.

Tela se echó a reír.

—No cuentes con eso. —Observó a Suth otra vez, una sonrisita tensa le tiraba de los labios—. Fuiste tú, ¿eh? El que nos apuntó. Creí que quizá lo había hecho Yana solo para fastidiar a Pyke.

—Estoy aburrido.

El sargento apoyó los codos en la barandilla.

—Bueno, muy pronto dejarás de estarlo.

Suth señaló con la cabeza los dos pelotones de marines moranthianos que esperaban en el centro del barco. Las placas de la armadura que vestían de la cabeza a los pies habían adoptado el azul hierro de las nubes, o quizá lo reflejaban. Estaban preparando grandes escudos ovalados y las armas que habían llevado, una especie de espadas cortas de madera.

—¿Tan buenos son?

—Estos podrían estar entre los mejores que tienen. Veteranos con años de guerra a sus espaldas. Yo he oído incluso que, entre los pueblos genabackeños, solo los moranthianos están dispuestos a enfrentarse a los seguleh. Y son los azules los que se los topan en el mar. Sí, son muy buenos.

Lerdo se abrió paso entre la multitud, se había traído con él a un Wess despeinado y con aspecto irritado.

—Aquí está.

—¿Dónde lo encontraste? —preguntó Suth.

Las cejas gruesas de Lerdo se cerraron en su expresión habitual de confusión.

—En una hamaca, por supuesto.

Wess se metió las manos en el cinturón y levantó la barbilla para señalar el centro del barco.

—¿Qué es todo esto?

Tela sacudió la cabeza sin poder creérselo.

—Tú solo ponte el equipo —dijo.

El undécimo fue el primero. Todo el mundo tenía que usar las armas de madera que proporcionaban los azules. Si bien no cabía duda de que los bordes eran romos, Suth imaginaba que todavía se podía mutilar a alguien con facilidad con aquellos objetos brutales. Él, Yana, Manteca y Lerdo observaron; Wess se echó sobre su jubón de armadura de bandas y volvió a dormirse de inmediato, o quizá solo lo fingió. Len se puso con Tela junto a Suth. Uno de los pelotones moranthianos se cuadró contra los soldados elegidos por el undécimo, tres hombres y tres mujeres de la infantería pesada. El capitán de la Lasana dio la orden de comenzar haciéndole una seña al trompeta.

Todo terminó mucho más rápido de lo que suponían los peores miedos de Suth.

No por ninguna debilidad en el undécimo. Más bien fue por la terrible elección táctica que hicieron: decidieron llevar la lucha a los moranthianos. Cuando el trompeta dio el toque, los soldados cargaron.

Su acometida fue magnífica. Un rugido atronador se alzó entre los hombres y las mujeres reunidos de la cuarta compañía y la Lasana pareció estremecerse. Hasta Suth sintió que se le ponía de punta el vello de la nuca y articuló su vitor: «¡Sí! ¡A por ellos!».

Pero cargaron como individuos, sin trabar los escudos. Los azules resistieron con facilidad y los fueron eliminando uno por uno. Fue una lección brutal y eficiente sobre lo que un muro disciplinado de escudos puede lograr. Suth fue el que más en serio se la tomó; menos de seis meses antes, ese ataque individual generalizado, con su bramido y todo, habría sido el suyo. Y él habría caído con igual rapidez. Después de todo lo que lo habían machacado para inculcarle la disciplina de mantener la línea, al fin entendía algo que ni él ni sus hermanos y hermanas habían podido desentrañar mientras crecían en las llanuras dalhonesias. ¿Cómo era que hombre por hombre, o mujer por mujer, ningún kanesiano o taliano era rival para el guerrero dalhonesio, y sin embargo, años antes, sus ejércitos tribales se habían estrellado como la espuma contra las legiones malazanas? ¿Cómo podía ser? Pocas dotes de mando había sido lo que le habían achacado a los jefes de la época de su abuelo.

Empezaba a entenderlo mejor. Pues el guerrero lucha como individuo, mientras que el soldado lucha con los otros, como uno solo. Ningún guerrero individual, por muy hábil que sea, puede derrotar a diez, o a cincuenta. O, en ese caso, a cinco. Pero él, Suth, podría derrotar a dos... sus compañeros solo tenían que aguantar el tiempo suficiente. Le parecía que Yana y Manteca resistirían. Pero Lerdo... el hombretón era demasiado buenazo, nada parecía alterarlo. Mientras que Wess... por todos los dioses de las llanuras... ¿cuántas campañas se había pasado durmiendo el tipo?

El sexto era el siguiente. Nada de lanzarse a estocada limpia para ellos. Siete escudos de reglamento de la infantería pesada malazana, alineados y trabados. Los pelotones moranthianos se intercambiaron. El trompeta lanzó un toque. Dos muros de escudos fueron acercándose con cautela, poco a poco, por la cubierta. Se oyeron gritos; se cantaron las apuestas sobre la pelea, tres a uno contra el sexto.

—Una buena lección, esta —dijo Len junto a Suth.

—Unas cuantas —respondió Suth con aire ausente, y se pasó un dedo por los labios, concentrado en el juego de espadas de los azules, los escudos chirriando y deslizándose unos junto a otros.

—Incluyendo la más difícil de todas... —Confuso, Suth miró al tipo, que señaló con la barbilla a los otros cuatro seleccionados del pelotón—. La confianza.

Suth estuvo a punto de soltar un bufido para desechar tan ridícula afirmación, pero se contuvo. Confianza. Sí, era comprensible... sí, podía confiar en Yana. Pero en

un idiota inútil como Wess... ¿o Lerdo? ¿Cómo iba a confiar en ellos? Para eso haría falta... Se le hundieron los hombros. Dioses burlones... haría falta confianza.

Bueno. Era lo que había. ¿Era esa la lección del viejo y astuto saboteador? Se encontró con la mirada del hombre y asintió, después se volvió hacia sus compañeros de pelotón. *Si es lo que hay, entonces si empiezo a quejarme o me enfurruño o me muestro resentido, no soy mejor que Pyke. El paso obvio, así pues, si quiero que el pelotón funcione, es que soy yo el que tengo que hacer todo lo que pueda para que funcione.*

—Quiero una punta —pidió Manteca, la mirada clavada en la pelea que se desarrollaba abajo. Resonó un gemido por toda la cubierta cuando cayó un soldado chillando y cogiéndose la tripa.

Suth lo pensó. Al menos si Manteca caía, el centro no quedaría comprometido. Se encogió de hombros.

—Por mí, vale.

Yana asintió.

—¿Qué hay de mí? —preguntó Lerdo.

—Yana y yo te flanquearemos.

Al hombretón se le iluminó la expresión como la de un niño.

—¡Genial!

Suth y Yana compartieron una mirada: o ella o él tendrían más posibilidades de recuperarse cuando el tipo cayera.

—¡Wess! —bramó Yana—. ¡Te quedas con una punta!

Le respondió un gruñido apagado.

Poco después de que cayera el primer soldado, la línea malazana se desintegró y los infantes bajaron los brazos; estaba claro que los habían vencido. Los moranthianos se retiraron e hicieron un saludo marcial.

El vigésimo fue el siguiente. Si la cuarta compañía tenía una élite en la pesada, el vigésimo era lo que más se parecía. Los hombres y las mujeres eran todos veteranos, no había ningún recluta novato. Formaron y esperaron, en silencio. La trompeta sonó y cargaron, cogiendo a todos, incluyendo a los moranthianos, por sorpresa.

Aquello no fue una acometida desorganizada. Los escudos permanecieron trabados y se estrellaron como una línea contra los desprevenidos azules. Los moranthianos se retiraron casi hasta el costado del barco. Estalló un rugido como nunca antes. Los soldados de la cuarta empezaron a dar saltos y chocar unos contra otros, los marineros hicieron temblar las jarcias.

Hasta Tela consiguió esbozar una sonrisa de verdad.

—Nada mal hecho —murmuró. Pero añadió en un aparte a Suth—: No volverán a dejarse engañar por eso.

Después de un fiero intercambio de estocadas, los azules se recuperaron y

empezaron a alejarse del costado contra el que los habían arrinconado. Paso a paso, fueron dando la vuelta para regresar al centro del barco. Con una maniobra astuta, el vigésimo imitó el movimiento lateral del muro de escudos para lindar con el palo mayor. Ambos pelotones prefirieron usar el palo mayor para anclar su flanco y entonces la lucha cambió al flanco contrario. Quien pudiera darle la vuelta a aquello, ganaría.

Aunque las armas eran de madera roma, la sangre empezó a fluir por la cubierta. Suth hizo una mueca al pensar en la fuerza que hacía falta para romper la piel. Con un gran tirón, los azules giraron el flanco abierto y derribaron a ese soldado. Al contrario que el sexto, sin embargo, el vigésimo formó un cuadrado y continuó luchando con todas sus fuerzas. Los hombres y las mujeres de la cuarta compañía, silenciados por la maniobra que había abierto el flanco, se recuperaron y volvieron a gritar para alentar a sus compañeros.

Pero el enfrentamiento ya no dejaba lugar a dudas, solo era cuestión de tiempo. El vigésimo se redujo a un triángulo y después los dos que quedaban espalda contra espalda, y por fin el último terminó derribado por estocadas de todos lados.

—Bueno, nos toca —dijo Tela en el silencio que siguió a esa brutal demostración.

Salieron varios marineros y limpiaron la cubierta. Los pelotones moranthianos se cambiaron. Suth y su pelotón se abrieron paso hasta el centro del barco.

Irrumpieron en la cubierta despejada y aunque Suth había librado infinidad de duelos y peleas, se encontró con que tenía la boca seca y el corazón disparado. Vio a Wess meterse una bola de algo en la mejilla.

—¿Qué es eso?

—Resina de amapola de d'bayang y hojas de panizo. Amortigua el dolor. ¿Quieres un poco?

Suth no se molestó en ocultar su asco.

—Dioses, no. No quiero estar drogado.

—Ya querrás un poco más tarde. Créeme, esto va a doler.

Suth se limitó a gruñir; eso no podía discutirlo. Se volvió hacia el resto del pelotón.

—Si parece que vamos a perder un flanco, formad un cuadrado.

Manteca se echó a reír.

—Ya. Un cuadrado de cinco. ¡Ja!

—Vosotros hacedlo.

—Quién te nombró...

—Hazlo —interpuso Yana.

Manteca se calló y se ocupó de apretarse la correa del escudo. Suth se ajustó el yelmo.

—¿Listos? —interrogó el capitán del barco, Rafall.

Yana se puso el alto yelmo completo y entrechocó la espada de madera con el amplio escudo de infantería.

—¡Listos!

El pelotón de azules preparó sus escudos.

Cinco, vio Suth. Uno contra uno. Y entonces se le ocurrió una idea.

—Yana, Manteca, concentraos en vuestro hombre del extremo. Nosotros resistiremos con el resto.

—Dos contra uno, sí —respondió Yana.

Sonó la trompeta.

Después de eso ya no hubo tiempo para estrategias. Suth solo pudo concentrarse en aporrear a su derecha con la esperanza de cubrir a Lerdo, que debería de estar cubriendo a Yana. Solo esperaba que Wess no cayera de inmediato. La punta endurecida de una espada corta de madera se le iba clavando como una víbora. El azul de enfrente estrellaba su escudo como un yunque con la esperanza de dominarlo. Y estuvo a punto de conseguirlo, porque ese tipo de lucha era nuevo para Suth. Un gran grito se alzó por encima del martilleo de la sangre que sentía en los oídos, los alientos contenidos. Observó por el rabillo del ojo a Wess, que con calma y método iba apartando poco a poco las estocadas de la espada corta del azul; sus movimientos eran precisos y eficientes, casi perezosos. *¡Está reservando sus fuerzas! ¡Dioses! Y pensar que había dudado del tipo.*

Lerdo, a su derecha, era demasiado lento y torpe con el escudo, y estaba recibiendo un duro castigo de las estocadas de filo romo. Pero no caía. *¡Demasiado imbécil para caerse! Al tipo seguramente ni siquiera se le había ocurrido que era una posibilidad.* Un martillazo en la cabeza, que le hizo ver las estrellas, fue la última impresión clara de Suth, y la mortificación al darse cuenta de que había sido él el que había perdido la concentración.

Un tiempo indeterminado más tarde su entorno se fue aclarando y dejó de girar a su alrededor. Se hallaba en pie y alguien lo sostenía por el brazo. Sacudió la cabeza.

—Vale... Estoy bien.

La cara de Tela se le metió por la suya y lo miró con los ojos guiñados.

—Te dieron un buen golpe.

Suth se llevó una mano enguantada a la frente y siseó de dolor. Quitó los dedos húmedos de sangre.

—¿Qué pasó?

—Manteca y Yana formaron equipo. Derribaron a dos azules.

—¡Entonces ganamos!

—Na. Perdisteis. Pero lo hicisteis mejor que la mayoría. Felicidades.

Llegaron entonces soldados de la cuarta a darle palmadas en la espalda y los

hombros. La risa basta de Manteca resonaba por encima de las voces. Suth vio que los azules se estaban preparando con calma para el siguiente combate. ¿Todos ilesos? Y luego, tras ese, ¿al siguiente barco y la siguiente serie de duelos? ¡Por la Gran Bruja! Era inhumano.

Miró a su lado y estuvo a punto de gemir; lo estaba sosteniendo Wess. ¡Nada menos que Wess! El hombre lo soltó después de dedicarle una mirada escéptica que calibraba su estabilidad.

—Te lo dije —comentó, y escupió la bola de hojas y resina. Después cruzó los brazos encima del escudo y se apoyó en él, al parecer ni siquiera se había quedado sin aliento.

¡Por la carcajada de Oponn! ¡Para que veas, nunca se sabe!

El segundo fue el último. Se defendieron bien, formaron un cuadrado casi de inmediato y plantearon una defensa testaruda que aguantó más que nadie la presión firme y constante de los azules. A lo largo de los días siguientes, llegó recado de qué pelotones se iban a derivar a los navíos de los azules. De los cinco de la Lasana se solicitó a tres: el vigésimo, el segundo y el suyo, el decimoséptimo. En los dos que no se convocó, se le ocurrió a Suth que cada uno había mostrado un posible defecto imperdonable: uno no había luchado como una unidad, mientras que el otro no había luchado hasta el final. Era una lección preocupante. En opinión de Suth, sugería que los azules esperaban un enfrentamiento feroz donde no se pediría cuartel, ni se daría.

Unos fuertes golpes en la puerta principal de su casa fue lo que despertó a Bakune. Era más de medianoche. Su ama de llaves llegó a la puerta de su dormitorio gimoteando algo sobre rufianes y ladrones. Ordenó a la mujer que se retirara a la cocina. Él estaba muy tranquilo, lo que era sorprendente. Sabía que estaba viviendo tiempo prestado desde que le habían confiscado todos sus expedientes y archivos.

¿Sería traición o herejía? ¿Importaba en realidad? Por supuesto que no.

Cobró ánimo, dejó sus aposentos y bajó las escaleras hasta el vestíbulo. Abrió la puerta y parpadeó, inseguro. No había tropas de la Guardia, ni Guardianes de la Fe de la Abadía, solo una figura regordeta con un manto del que chorreaba nieve húmeda y que lo apartó de un empujón antes de dar un portazo y cerrar.

La figura se quitó la capucha y se reveló como Karien'el.

Bakune no pudo evitar arquear una ceja.

—Sabía que vendría a por mí, pero no pensé que lo haría en persona.

Karien'el entró zigzagueando y desechó el comentario con un ademán.

—A la mierda con eso. —Estaba borracho, puede que como una cuba, la nariz era un desastre bulboso de vasculares rotos, y una telaraña de venas coléricas e hinchadas le cruzaban las mejillas—. He venido a despedirme, amigo mío. ¿Tienes vino o algo

más fuerte en esta miserable casa?

—¿Así que vendrán a llevarme, entonces?

Karien pareció confuso por un momento, después lanzó una risita.

—Por la Señora, no, amigo mío. Soy yo el que se va. Mi justa recompensa, supongo. Ahora vamos a brindar por los viejos tiempos. —Se dirigió al salón como si fuera una visita habitual, cuando, de hecho, Bakune no recordaba haberle visto franquear la entrada de su casa jamás.

Con un suspiro, Karien'el se dejó caer en un sillón con su copa de vino estigio en la mano, mientras Bakune removía las brasas del fuego amontonado para que volvieran a cobrar vida. ¿Qué podía querer allí el capitán de la Guardia? ¿Es que no había destrozado ya su vida? Quizá había ido para pedirle que hiciera lo más honorable.

—¿Así que se va? —dijo con tono rígido.

—Sí. ¿No te has enterado? No, supongo que no.

Bakune lo miró, no muy seguro.

—¡Por la Señora y todos esos dioses extranjeros también, hombre! —rezongó Karien. Se tomó el vino de un trago—. Sigues siendo un imbécil. Pero honrado, que es por lo que estoy aquí.

Bakune no respondió. Frunció los labios y removió la madera con un atizador; parecía que el tipo había ido a hablar y sería mejor que lo dejara desahogarse antes de largarlo.

—Los malazanos, hombre. Se van. Emprenden la marcha mañana. Toda la guarnición.

A Bakune estuvo a punto de caérsele el atizador.

—Señora... Eso es... eso es increíble.

Karien'el se dio unos golpecitos en la nariz con gesto astuto.

—Parte de mi trabajo es saber cosas, examinador. Y he estado oyendo rumores sobre una concentración de tropas en el este, y una llamada a la flota mare.

—¿Los skolati...?

—¡No, hombre! No los inútiles de los skolati. —Luchó por incorporarse del sillón, se rindió y agitó la copa vacía. Bakune llevó el decantador y le sirvió más.

—No, no son los skolati. ¡Mare no saca todas las bañeras capaces de flotar por los puñeteros skolati de la Señora!

Bakune se arrodilló y volvió a reforzar el fuego. La casa estaba helada, el invierno llegaba pronto.

—Entonces... ¿quién?

—Exacto. Así que... ¿quién?

Bakune examinó el fuego y se encogió de hombros.

—Le aseguro, Karien, que no tengo ni idea.

El hombre acunó la copa contra la redonda extensión de su vientre como si fuera un cáliz sagrado. Agachó la cabeza y la hizo rodar poco a poco de lado a lado.

—Por todos los dioses reales o irreales, malditos o benditos... ¿Tengo que hacerlo yo todo por ti, examinador? Te lo he envuelto en un bonito paquetito. ¿Es que no puedes dar el salto?

—Lo siento, Karien. Es tarde. Y la verdad es que yo no trabajo con suposiciones.

El capitán de la Guardia se recostó, se frotó los ojos y suspiró de cansancio, derrotado.

—No, supongo que no. Debería haberlo sabido. —Tomó un sorbo y chasqueó los labios—. Muy bien. Te haré el trabajo, como de costumbre. Una segunda invasión. Una nueva oleada de legiones malazanas.

Bakune se olvidó del fuego y se irguió.

—Pero eso es increíble...

—Creíble. Muy creíble.

—Mare...

—Mare fracasó la primera vez, no se te olvide.

—Entonces la guarnición, el jefe supremo malazano, ¿marcha contra Mare?

El capitán hizo una mueca de asco.

—¡No, no marcha contra Mare! ¡Se ha puesto en marcha para repeler a los malazanos por si alguno consiguiera llegar a tierra!

—Pero es malazano...

Karien'el se quedó mirando a Bakune durante un rato, después se terminó el resto del vino y se levantó de un tirón.

—No sé por qué me molesto. Quizá me dieras pena, examinador. Todos estos años sin aceptar una sola moneda por retirar un cargo, o decidir un caso de modo favorable. —Señaló el diminuto salón—. Mira este sitio. Aquí estás, en un piso pequeño e incómodo del centro cuando otros examinadores ya tienen fincas y mansiones. Sé cuál será tu pensión, Bakune, y, créeme, no resultará suficiente. —Se dirigió al vestíbulo—. Yeull se nombró a sí mismo jefe supremo de Puño, un cargo vitalicio, amigo mío. Todas esas décadas de tributos e impuestos entregados a nuestros gobernantes malazanos. Las ventas de esclavos y prisioneros a los korelrianos... todo ese oro. ¿Ha llegado algo al trono imperial en la remota Quon? —Sacudió el aguanieve de su manto—. ¡Ni un solo penique estigio! El trono exige lo que le corresponde de territorios e impuestos. Colgarán a Yeull por usurpador. Y él lo sabe.

—Pero acaba de decir que usted se va...

Karien lanzó un bufido, se envolvió con el manto y se puso la ancha capucha.

—Los malazanos no se van solos. Se llevan a toda la milicia con ellos, y tienes delante al capitán de la milicia local.

—¿La Guardia emprende la marcha con ellos?

—Sí. No es que tengamos alternativa. Si estoy aquí es para darles a los muchachos tiempo para desertar. Me sorprendería que quedase alguien a mi regreso.

Bakune permaneció allí, sumido en algo parecido al aturdimiento; no podía creer lo que estaba oyendo.

—¿Quién mantendrá la paz? ¿Quién hará cumplir las leyes?

—¡Ah! Ese es el quid de la cuestión. El abad, amigo mío. Los Guardianes de la Fe serán la nueva autoridad.

—¿Los Guardianes? Pero si no son más que una policía religiosa.

—Exacto. Así que mucho cuidado, hombre. —Posó una mano en el cerrojo de la puerta—. Lo que nos lleva a mi último mensaje. Siempre he sido un jugador, Bakune, con el ojo puesto en la mejor oportunidad y todas mis opciones. Nunca he fingido lo contrario en todos estos años. Bien, he hecho una serie de apuestas. Y en caso de que yo no regrese y que los malazanos se hagan con el triunfo, como creo que harán, entonces quiero que sepas que tus archivos siguen existiendo. Me ordenaron que los destruyera, pero yo los guardé... por si acaso.

»Así que ahí lo tienes. ¿Esos dos muchachos que han estado siguiéndote? Los he trasladado a tu oficina. Son de fiar. Y ya está. No puedo hacer más. Buena suerte. Y adiós.

Karien'el salió y cerró la puerta a su espalda. Bakune se quedó mirando el portal cerrado. *Y adiós a ti también, Karien. Al parecer nunca llegué a conocerte. Claro que, supongo que los dos somos hombres difíciles de conocer. Que tengas la mejor de las suertes tú también.*

El invierno es más que un tiempo implacable en la muralla de las Tormentas. El viento sopla intenso del norte. Corta algo más que la respiración o la piel expuesta. La visión de un mar entero de odio cargando contra ti hace algo más que magullar la visión. Pone a prueba el espíritu. O bien te rompes bajo el peso de toda esa enemistad implacable, o tu espíritu se templea y se hace más fuerte, casi inhumano.

Así fue que con una imparcialidad serena Hiam abrió los ojos a la oscuridad de la noche y a una llamada a la puerta. Se sentó en la cama, notó la punzada de frío en los brazos, su aliento convertido en una bruma en la habitación.

—Adelante.

Su ayudante, el mariscal del estado mayor Shool, abrió la puerta con el yelmo bajo un brazo.

—Mis disculpas, lord protector. Pensé que querría saberlo. Se han avistado jinetes aproximándose vía las torres de comunicación.

—Muy bien, Shool. —Hiam se acercó a la chimenea, donde una tetera se mantenía caliente noche y día y se sirvió un dedal—. ¿Dónde?

—La Gran Torre, las Lágrimas de Ruel y la torre del Viento.

—Un frente ancho.

—Sí, mi señor.

—¿Algún contacto?

—Se informa de ligeras escaramuzas.

—¿El mariscal del muro Quint?

—Torre Nueve, creo, mi señor.

—Muy bien, Shool. Trasladaré el mando a la Gran Torre.

—Sí, mi señor.

Hiam inclinó la cabeza.

—Bajaré en breve.

Shool se inclinó.

—Muy bien, mi señor. —Se retiró y cerró la puerta.

Por primera vez en esa temporada, Hiam se vistió para la guerra. Encima de unas camisas y unos chalecos aislantes de lana gruesa se ató una coraza de cuero hervido recubierta de anillos de hierro y ribeteada de plata, brazales de cuero y grebas en las piernas, después se puso los gruesos guanteletes de cuero recubiertos de cota de malla. Lo último fue su manto de fieltro de varias capas. Se metió el yelmo bajo el brazo y se acercó a la ventana norte. Allí las contraventanas de hierro escarchadas por el hielo sellaban la abertura. Quitó el cerrojo a las contraventanas y abrió una de un tirón, lo que envió una lluvia de hielo que se estrelló contra el suelo. Una gran ráfaga de aire glacial entró con un estallido en el aposento y golpeó el fuego. El frente de nubes de la estación pendía como un techo oscuro, azotado por los relámpagos: el aura de los jinetes de la tormenta que se habían alzado. Abajo, las olas se estrellaban contra las rocas bajas de la orilla muerta y chocaban con la base de la muralla como un martillo demoníaco. Hiam sintió como una vibración el estallido de cada golpe a través de las sandalias que calzaban sus pies.

Así que se lanzan por el oeste. ¿Esperaban atraer la atención y que dejáramos el centro? Aún es muy pronto para saberlo. Y ancho. Abren con un frente ancho. ¿Podrían saberlo? No, ¿cómo iban a saberlo? Algunos afirmaban que espiaban desde los bajíos y contaban los hombres. A él no se lo parecía. Aun así, la tradición dictaba que se hiciera un alarde de fuerza constante en cada sección. Aunque eso significara que se hiciera marchar a los mismos hombres arriba y abajo, por toda la muralla.

Hiam se puso el yelmo; la celada, muy ancha, solo dejaba una ranura estrecha para los ojos. Cerró de un golpe la hoja de hierro. Tras él, el viento había apagado el fuego en la chimenea. Luchó por no darle ninguna importancia a esa señal. Que la Señora les diera fuerzas, pues había llegado el momento de su gran prueba. Bajó las escaleras.

Una vez en los baluartes, los elegidos le hacían un saludo marcial cuando pasaba. Iba flanqueado por Shool y un piquete de guardias.

—¿El campeón? —preguntó Shool por encima de los golpes del viento.

—Que lo saquen.

—Sí, mi señor. —Shool hizo un gesto a un mensajero.

Aunque las olas se estrellaban, la espuma azotaba y el viento era un rugido constante que los castigaba, los clavos de hierro incrustados en las sandalias de los elegidos para no perder tracción provocaban el estruendo mayor en el ritmo que imponía su desfile. Hiam sentía una satisfacción suprema al oír ese compás constante. Por delante, la torre Doce sobresalía aprovechando al máximo un cabo rocoso más alto. Allí, los elegidos y varios guardias señalaban al este y gritaban, aunque sus palabras se perdían. Hiam se detuvo y se inclinó por encima de las almenas para echar un vistazo. A lo lejos, al otro lado de la extensión de unas cuatro contramurallas... contacto.

Olas inmensas batían el mar, su peso rechazado por la ladera curva de la muralla en amplias ringleras de espuma azotadas por el viento. Dentro fluía el fulgor opalescente de los jinetes de la tormenta, que recorrían la muralla de un lado a otro a toda velocidad en busca de puntos débiles en la defensa. Hiam alzó su lanza y la agitó.

—¡Por la Señora!

Un gran grito de respuesta se alzó entre los elegidos, aunque los regulares parecían mucho menos entusiastas, se miraban unos a otros y cambiaban de postura las lanzas.

—Apresurémonos —exclamó Hiam dirigiéndose a Shool—. Este puede ser un ataque generalizado.

El bramido apagado de las olas alcanzó a Corlo a través de las incontables toneladas de roca del muro. Estaba sentado, con los brazos cruzados sobre las rodillas y los grilletes puestos en una celda temporal, en fila con otros impresionados prisioneros, forzosos defensores del muro. Así que no se sorprendió cuando la puerta de barrotes se abrió con un traqueteo, entraron celadores elegidos y empezaron a quitar cadenas.

—¡Firmes!

A Corlo le costó un poco incorporarse, llevaba semanas enteras encerrado en una celda sin nada con lo que caldearla, y tenía las piernas entumecidas y débiles. Junto a él se levantó un gigante que le pareció que debía de tener sangre thelomenia o tarthena.

—Parece que vamos a ver algo de acción —le murmuró al hombre.

—¡No se habla en las filas! —chilló un elegido.

—Si cayera —dijo con voz profunda el hombretón—, soy Hagen, de la Rocanegra, toblakai.

A Corlo le fallaron las piernas y se deslizó por el muro frío y resbaladizo.

—¿Eres toblakai?

—Sí. ¿Y qué?

—Pero los guardias te llaman «thel».

Hagen exhaló un bufido de desdén.

—Aquí, en estas tierras... ¿qué sabrán ellos?

—¿No eres de aquí?

—No. Soy del sur. Una tierra de bosques montañosos, arroyos fríos y rápidos.

Corlo se quedó mirando al gigante con la boca abierta.

—¿El sur? ¿Te refieres a los Eriales Helados?

—No, más allá.

Un celador elegido se detuvo delante de Corlo y le dio una patada en los pies.

—¡Arriba!

Corlo solo pudo mirar al guardia sin comprender. *¿Al sur? ¡Pero eso era Stratem!*

Mientras pensaba con furia se agarró una pierna.

—¡Ay! No puedo. Tengo las piernas entumecidas. Congeladas.

El elegido de la tormenta expresó su enojo con un ceño marcado.

—Vas a venir, puedas caminar o no. —Señaló al toblakai—. Tú, thel. Llévalo.

Tras su gran mata de pelo enmarañado y barba, el gigante le dedicó a Corlo una gran sonrisa.

Hagen acunó a Corlo en sus brazos como a un niño. Cuando salieron a los baluartes y el viento cortante les mordió la piel, se inclinó para proteger a Corlo de lo peor.

—¿Eres de Stratem, entonces? —preguntó Corlo en voz muy baja.

—No sé nada de ningún Stratem.

—Es la tierra al sur de los Eriales Helados.

—Amigo mío —dijo con voz profunda Hagen—, la tierra al sur de los Eriales Helados es tierra toblakai.

Corlo pensó que era mejor no seguir presionando. Los grilletes del gigante tintineaban y arañaban las piedras ribeteadas de hielo del camino de ronda. El hombretón echó un vistazo atrás y después bajó la cabeza y miró a Corlo con el ceño fruncido.

—Nos siguen ocho ballesteros. Por lo general a mí solo me ponen cuatro.

—Yo siempre tengo ocho.

—Eres un tipo de lo más peligroso, ¿no?

—Soy mago.

El gran tipo volvió a rezongar.

—¿Mago? Siempre oigo lo mucho que estos korelrianos temen a los magos. A mí no me parece tan temible.

Un asta se estrelló contra la espalda de Hagen.

—¡Nada de hablar!

—¿Está lloviendo? —preguntó Hagen con despreocupación—. Me pareció sentir una gota.

—Quizá solo fue el viento.

—Sí. El viento del culito de un bebé.

—¡Ya estamos! —gritó el guardia de la tormenta—. Para aquí. Tú, thel, déjalo en el suelo. Tú, malazano, levántate o siéntate. Allá tú.

Hagen dejó a Corlo en el suelo.

—¿Eres un mago malazano?

Corlo hizo una mueca al oír la frase, pero asintió de todos modos.

La puerta con soportes de hierro de una torre cercana se abrió de golpe y de allí salió una figura encadenada y con esposas vestida con una camisa de lino desgarrada, el cabello y la barba enmarañados y apelmazados.

—¿Quién es ese desgraciado? —preguntó Hagen.

Corlo respiró hondo, horrorizado (pero no sorprendido) por el deterioro de Barras.

—Estás contemplando al actual campeón de la muralla de las Tormentas, amigo mío.

—Que la Gran Madre nos proteja.

—Pues sí —asintió Corlo en voz baja.

El elegido le cogió una ballesta cargada a un guardia y la apoyó en la cabeza de Corlo.

—Habla con tu amigo, malazano. Déjale clara la inminencia de su muerte. Defenderá el muro con o sin hierro.

Un golpe seco de la culata empujó a Corlo, que se detuvo delante de su amigo y comandante, Barras de Hierro. Este no alzó la vista. Ni siquiera parecía consciente de que había alguien de pie delante de él. Una gran ola se estrelló contra la contramuralla cercana y envió un azote de espuma gélida, impulsada por el viento, que obligó a todos a encorvarse, a todos salvo a Barras, que no se movió ni un milímetro. Corlo agitó una mano delante de los ojos pálidos y fijos del hombre. Ni un rayo de reconocimiento. ¿Locura? ¿Se había retraído hasta que nada podía tocarlo? No, no podía creerlo. El juramento que había hecho no lo permitiría. El juramento de la Guardia Carmesí: resistencia imperecedera, inflexible, al Imperio de Malaz durante el tiempo que este durase. Ese juramento había sostenido a la Guardia original, que lo había cumplido durante unos cien años, y los había convertido en casi inmortales, capaces de desafiar hasta heridas mortales de necesidad. Un juramento así no permitiría derrota alguna.

Era incapaz de decidirse, ¿debía hablar de Mediopico? ¿Supondría alguna diferencia? Levantó una mano.

—Barras... tengo noticias...

—¡Basta, malazano! —El guardia de la tormenta apartó a Corlo de un empujón—. Ya he visto esa pose antes. ¡Una ducha fría del mar de las Tormentas los hace volver en sí al momento!

Unos ballesteros empujaron a Barras para que avanzara. Las cadenas tintinearón cuando empezó a arrastrar los pies.

Corlo y Hagen se vieron obligados a seguirlos a cierta distancia.

—Me temo que tu amigo tiene todo el aspecto de uno que va a saltar —dijo Hagen.

—No lo creo, no saltará.

El toblakai tuvo el tacto de no contestar.

El destacamento los hizo marchar cerca de otra legua más hacia el este, bien pasada la torre del Viento. Allí observaron mientras le quitaban los grilletos a Barras.

—Yo sé por qué estoy yo aquí, Hagen —dijo Corlo—. ¿Por qué estás tú? ¿Por qué nos encadenaron juntos?

—Yo me lo preguntaba también, malazano. Pero ahora ya lo sé.

—¿Lo sabes? —Cubiertos por ballesteros, el elegido condujo a Barras sujeto por una única cadena hasta las defensas más bajas, los matacanes más expuestos de esa sección de la muralla. El camino era traicionero, el hielo ya cubría la piedra con una gruesa manta de color verde azulado. Un martilleo alcanzó a Corlo cuando el elegido golpeó una anilla de hierro incrustada en el hielo—. Bueno... ¿por qué?

Las mandíbulas del gigante se movieron y dejó escapar un suspiro largo y pesado.

—Antes de que llegara tu amigo, malazano, el campeón de la muralla era yo.

Corlo parpadeó sin quitarle los ojos de encima, entonces empezó a comprender, tragó saliva y se masajó las manos.

—Entiendo.

Una gran ola, una curvada y alta, llegó rodando hasta esa sección de la contramuralla y se estrelló contra las almenas. Elegidos y regulares se plantaron encorvados tras escudos, las lanzas listas, vigilantes y tensos. A media sección de distancia apareció lo que esperaban, en forma de jinete de la tormenta. Se alzó de la espuma, la armadura de hojuelas resplandecía con tonos de madreperla y ópalo. Una larga lanza de hielo dentada salió disparada contra el guardia más cercano, que recibió el golpe con el escudo. De inmediato, los guardias cercanos cerraron filas y las lanzas se hincaron. La segunda fila, ballesteros y arqueros, dispararon sobre la figura, que se dio la vuelta, el escudo alzado, y se sumergió con la ola que se retiraba.

Corlo dejó de apretar los dientes y se le escapó una bocanada de aire que aleteó delante de él. Jamás se acostumbraría al modo en que aparecían así, sin más.

¿Quiénes eran esos seres? Los korelrianos los llamaban demonios llegados para destruir la tierra. Los eruditos malazanos solo los consideraban otra raza, aunque fuera absurdamente hostil.

Hagen se estremeció entonces, los puños alzados, cuando un jinete surgió ante las almenas justo delante de Barras y el elegido. El guardia de la tormenta giró en redondo, el brazo de la espada estirado a ciegas y a toda prisa para detener una estocada de lanza, después rodó hacia atrás y se puso fuera de su alcance. Que dijeran lo que quisieran sobre estos elegidos, reflexionó Corlo, pero eran muy buenos, joder. El jinete atacó a Barras, que se limitó a girarse, y la lanzaegó el aire justo donde él se encontraba. Una tormenta de cuadrillos de ballesta mandó al jinete curva abajo tras el muro.

—Ese volverá con la siguiente ola —murmuró Hagen—. Seguro.

El elegido sacó una espada extra, la dejó caer a los pies de Barras y retrocedió. Alrededor de Corlo, los ballesteros volvieron a cargar a toda prisa, usando ganchos de pata de cabra para estirar las cuerdas retorcidas hechas con tendones.

En las defensas, Barras no se movió para recoger la espada.

—¡Cógela, idiota! —bramó Hagen haciendo bocina con las manos.

—¡Cógela, Barras! —chilló Corlo.

Hagen le dio a Corlo unos golpecitos en el hombro y señaló el este.

—Aquí viene...

Una gran ola curva e hinchada golpeó como una avalancha y rodó por la contramuralla. Por toda ella, entre la espuma, los defensores lanzaban estocadas contra las figuras que rielaban con un brillo fosforescente y se precipitaban encabritadas.

—¡Cógela! —rugió Corlo con todas sus fuerzas entre el trueno de la ola que los invadía. Barras parecía inconsciente, una figura desaliñada vestida con una camisa de lino empapada, el cabello largo y apelmazado chorreando, unos trapos le envolvían las ingles y los pies.

Cuando la ola alcanzó el punto contrario, abultada y rompiendo ya, dos jinetes se abalanzaron, ambos empuñando lanzas dentadas. Barras pareció limitarse a apartar una estocada con un ligero movimiento mientras cogía la otra lanza y se la quitaba de las manos al jinete. Los ballesteros y los arqueros dispararon andanadas e hicieron retroceder a las dos figuras de los yelmos. No dejaron de observar a Barras con expresión firme mientras se hundían y desaparecían. Barras tiró lejos la lanza, que estalló en fragmentos sobre los baluartes enlosados.

—Admito que estoy impresionado —comentó Hagen.

El elegido se acercó a Corlo. El vapor brotaba en jirones del guardia de la tormenta. Se quitó el yelmo de un tirón y se echó hacia atrás el pelo empapado.

—¡Tu amigo debe defender la muralla! —rugió—. ¡Si no lo hace, la próxima

andanada la recibe él! ¡Y tú eres el siguiente!

—Debo acercarme más.

—Nada de eso. No voy a perder a dos hombres por esta posición.

—El tiempo se acaba —advirtió Hagen—. Ya crece la próxima ola.

Corlo hizo bocina con las manos alrededor de la boca.

—¡Comandante de la espada! ¡Comandante! ¡Juramentado!

En las defensas, la cabeza de Barras se volvió hacia ellos poco a poco. Corlo era incapaz de distinguir su expresión tras el cabello y la barba azotados por el viento. Podría ser el momento, quizá se hubiera rendido ya. Para Corlo era el último recurso y solo de pensarlo le dio un vuelco el estómago. *¡No! ¡Eso sería terrible!* Pero tenía que salvarlo... Enfermo, levantó las manos y se obligó a estirar unos dedos entumecidos.

—¡Siete! ¡Siete de la Espada!

Le pareció a Corlo que los ojos se ensanchaban, que la boca se abría como si no pudiera creerlo. Corlo levantó las manos más todavía con los dedos estirados. Barras alzó sus propias manos, se las quedó mirando y después las levantó al aire con siete dedos también estirados.

—La ola... —advirtió Hagen.

—¡Sí! ¡Siete!

Las manos cayeron y la desarreglada figura se quedó mirando a su alrededor, como si volviera en sí. La ola chocó, el impacto hizo que todo temblase, y empujó un coletazo de espuma que ocultó la figura de Barras en las almenas. Cuando cayó la cortina, Barras permanecía allí, empapado, esquivaba las estocadas de dos jinetes y después disparó un brazo para derribar a uno tras la muralla. Al otro le dio un puñetazo, el yelmo se hizo pedazos como una concha agrietada para revelar, por un instante, una cabeza muy parecida a la de cualquier hombre, si acaso más pálida y delgada. Ese jinete también se hundió.

Barras recogió la espada que continuaba a sus pies, se volvió y señaló a Corlo.

En lugar de emocionarlo, a Corlo el gesto lo aterró. *Soy hombre muerto. Si no son los jinetes, entonces mi propio comandante. Lo siento mucho, Barras.*

El elegido rezongó de alivio.

—Bien. Por un momento me preocupé. La amenaza de la muerte siempre los hace volver en sí. ¡Medio destacamento, retírense! ¡Caliéntense los huesos! Vosotros dos también —añadió, indicando a Corlo y Hagen.

Mientras arrastraban los pies hasta la torre más cercana, Hagen se inclinó hacia Corlo, que lo seguía como podía.

—Impresionante. Tu hombre me recuerda al que era el campeón antes que yo, aunque este no tiene la elegancia de ese hombre. También era malazano. Lo llamaban Viajero. ¿Lo conoces?

Corlo sacudió la cabeza, apenas escuchaba y tenía la sensación de que iba a vomitar, tanto se odiaba en ese momento.

—No. No conozco a nadie llamado Viajero.

—¿No? Una pena. Si alguien merecía la fama, era él. Yo sería capaz de enfrentarme a cualquiera con espada, hacha o lanza, pero no a ese tipo. —El toblakai se inclinó todavía más y miró a derecha e izquierda—. Se escapó, ¿sabes? —susurró con voz ronca, y le guiñó un ojo.

Corlo fue incapaz de mostrar interés por las insinuaciones del otro. *De lo que yo he hecho, Hagen de los toblakai, no hay forma de escapar.*

Cerca del centro de la muralla, la puerta de una torre menor se abrió con un golpetazo y entraron dos elegidos de la tormenta ayudando a Hiam, el lord protector. Lo sentaron junto a un fuego vivo. Uno le sacó el yelmo y le sirvió un vaso de té humeante. El otro le arrancó los guanteletes cubiertos de hielo y frotó las manos pálidas y agarrotadas.

—Hizo dos turnos en lo peor de la lucha —dijo Shool, agachado, frotándole las manos.

—¡La próxima vez, venid a buscarme! —gruñó el mariscal del muro Quint.

—¡Estaba yo con él!

—Dejad de reñir —articuló Hiam como pudo con los labios entumecidos—. Estoy bien.

Los ojos entrecerrados, Quint ladeó la cabeza hacia la puerta. Shool asintió. En un aparte, Quint se volvió hacia el más joven.

—Jamás debes permitir que pase esto —le siseó, indignado.

—Yo no puedo darle órdenes...

—¡Entonces ven a buscarme! ¡Envía recado! Lo que sea.

—Está resuelto a...

—Lo sé. Pero resistir hasta el final es mi trabajo, no el de él. No podemos permitirnos perderlo. ¿Comprendido?

—Sí.

El rostro lleno de cicatrices del más maduro se suavizó y cepilló el hielo medio fundido y la escarcha del manto de Shool.

—Es demasiado pronto para esto, ¿no? Espera a las hogueras de plena temporada y a las mareas altas. No solicitemos la Gracia de la Señora todavía, ¿de acuerdo?

Un asentimiento brusco de Shool, que apenas era capaz de tenerse en pie tampoco.

—Muy bien. Hasta ahí llega, ya sabes, mi lado comprensivo. De ahora en adelante es el cabo de mi lanza para todos vosotros y el extremo interesante para los jinetes, ¿de acuerdo?

El muchacho consiguió esbozar una media sonrisa.

—Sí, mariscal del muro.

—Bien. Aquí hemos terminado. —Quint se puso el yelmo y abrió de un tirón la puerta, que admitió una ráfaga de viento gélido y un torbellino de nieve, y después se dirigió a grandes zancadas hacia los baluartes.

Shool empujó la gruesa puerta y la cerró tras él. *Sí, vieja lanza, no cabe duda de que ya habrá tiempo para la Gracia de la Señora. Lo veo en los ojos de todos los hermanos y hermanas. Puede que todavía pasemos todos a ver a la Señora antes del fin de esta temporada.*



Y así el pueblo llegó a la tierra prometida y reservada para ellos por la Santísima Señora desde tiempo inmemorial. Y la encontraron vacía, virgen e incólume, salvo por los pueblos salvajes que vivían como animales en ella y no conocían Su nombre. Y así el pueblo trajo a estas gentes salvajes Su nombre con llamas y con espada. Y de ese modo vieron la luz.

Extracto de *La gloriosa historia de Puño*
Recopilado en el Claustro de Banith

Devaleth miraba por una de las grandes ventanas acristaladas del camarote de Nok, a bordo del Estrella de Unta. La lluvia azotaba los cristales y ocultaba su visión de la tenue luz vespertina y los navíos que se alzaban y caían entre las enormes olas de color azul hierro. Aun así, la llamaban los magos de Ruse reunidos allí fuera. ¡Cómo la reclamaba la senda! Solo tenía que estirar los dedos... todos la conocerían, por supuesto. Y se unirían en masa contra ella y ella no duraría ni un instante.

La fuerza expedicionaria de Melena Gris llevaba los últimos tres días y noches perdiendo barcos a causa de los ataques mare. Se había convertido en un combate continuo de repentinas embestidas y retrocesos entre las olas palpitantes.

Los puños de división de Melena Gris, Shul y el noble, Rillish, se habían retirado a sus propios navíos. Melena Gris le había pedido a ella (su «bruja del mar», como la designaba él) que se quedara con el adjunto, Kyle, y con él a bordo del buque insignia. No dejaban de llegar informes de los ataques relámpago mare y con cada amanecer la lista de navíos perdidos se incrementaba.

—¿La moral? —le había preguntado Nok a una capitán malazana llegada de la retaguardia del convoy. La mujer negó con la cabeza.

—Comprendemos las órdenes de no perseguir o disparar, almirante. Pero... es duro limitarse a esperar a que nos cojan como si fuéramos fruta madura.

Esa noche Nok se inclinó sobre su escritorio, las gráficas aplastadas bajo sus palmas. El largo cabello blanco le ocultaba el rostro arrugado.

—¿Seguirán predominando los vientos del noroeste? —le preguntó a la bruja.

—Sí.

—A estas alturas, supongo —continuó él, irguiéndose y apartándose el cabello—, cualquier flota se habría agrupado, lista para la matanza, o bien la habrían destrozado en un sinfín de pequeños enfrentamientos.

Devaleth miró a Melena Gris, una forma oscura encorvada en una silla, inclinado hacia delante, los gruesos antebrazos apoyados en las rodillas.

—Sí. —La bruja continuaba fascinada por aquel hombre, incapaz de quitarle los ojos de encima.

—Entonces —Nok llamó a un ayudante—, no los desilusionemos. —Y al ayudante—: Envíe saludos al almirante Torbellino. Que haga formar las naves de guerra de los azules.

—Sí, almirante. —El ayudante se fue.

Devaleth había estado apoyada contra una pared, los brazos cruzados en el amplio pecho. Vio irse al ayudante y frunció el ceño, inquieta.

—Almirante... con el debido respeto... a los mare nadie nos ha derrotado jamás en el mar.

—Esa no fue nunca nuestra intención —dijo Melena Gris desde su asiento en la esquina oscura.

La cara del joven adjunto era un eco de la confusión de la propia Devaleth, aquellas también eran nuevas para él. Melena Gris se adelantó en su silla, que crujió con un ruido inquietante bajo su gran volumen.

—Nok y yo estamos de acuerdo. Solo un idiota ataca a un enemigo cuando es fuerte. Y semejante idiota merece fracasar.

—Pero el orden de batalla...

—Los azules formarán una cuña entre los mare y nosotros —explicó Nok—. Una línea de escaramuza, o galón volante, llámenlo como quieran. Ellos combatirán.

—Mientras que ustedes...

—Los transportes, con unos cuantos navíos azules, nos abriremos paso y nos dirigiremos a la costa.

Devaleth sacudía la cabeza, horrorizada.

—Las pérdidas...

—El Imperio me ha encargado capturar este frente —dijo Melena Gris con voz profunda—. Y es lo que pienso hacer. De un modo... u otro.

Pero Devaleth no estaba convencida.

—No entiende a lo que se enfrenta, puño supremo. Para ustedes, los malazanos, la «senda de Ruse» es un misterio olvidado. Los de Mare jamás la hemos olvidado. Es más que una senda de poder para nosotros. Es nuestra religión. Todos los navíos mare están encomendados a Ruse. Cada navío lleva un sacerdote-mago que ha jurado lealtad a Ruse. Los remeros y la tripulación son todos iniciados. Cada tabla y cuerda está vinculada a la voluntad del capitán por una guarda y un ritual. Puño supremo...

nuestros navíos no pueden hundirse.

—Si vamos a hundirnos nosotros, Devaleth —dijo Melena Gris en tono bajo y preciso—, entonces ¿por qué está usted con nosotros?

—Puño supremo... —objetó Nok.

Pero ella levantó una mano y aceptó la pregunta directa.

—De acuerdo. Usted ha estado en esa región, puño supremo. Sabe por qué regreso.

—Es posible. Pero quiero oírsele a usted.

Devaleth sintió que una mueca tensa le crispaba la cara.

—El culto de la Señora. Hay que extirparlo. Es una enfermedad que nos devora. —En la penumbra, Melena Gris asentía—. ¿Sabe, puño supremo —continuó Devaleth, pensativa—, por qué su invasión malazana fracasó desde el primer momento?

—No.

Casi ronca por la fuerza de la emoción, la bruja le contestó entre dientes.

—Porque nuestras tierras ya han sido conquistadas. Solo que no nos damos cuenta.

Devaleth vio que Kyle compartía una mirada con el puño supremo y algo se relajó en su pecho. *Lo saben. De alguna forma, lo entienden.*

—Devaleth... —empezó a decir Melena Gris.

—¿Sí?

—Quédese con el almirante. Proporcióneme toda la ayuda que pueda para la batalla inminente.

La bruja se estremeció, se planteó explicar hasta qué punto la superaban en número, pero lo pensó mejor e hizo una reverencia brusca.

—Sí, puño supremo.

Melena Gris le hizo un gesto a Kyle.

—Y tú...

—¿Sí?

—El asalto. Te quiero con ellos en caso de que surjan problemas.

—¿Yo? ¿Y qué hay de ti?

—Yo estaré con el último transporte.

—¿Qué? ¡Los mare te van a liquidar!

—Kyle... piensa en los hombres. No parecerá una huida si mi estandarte está con la retaguardia.

—Almirante, hágalo entrar en razón.

El puño supremo se sirvió un poco de vino con cuidado mientras el navío cabeceaba, casi estaba riéndose por lo bajo.

—El almirante, Kyle, está de acuerdo.

El joven apeló a Devaleth solo con la mirada, pero ella sacudió la cabeza; también estaba de acuerdo. La menos vana de todas las vanas opciones, le parecía a ella.

Kyle pasó la mirada alternativamente de un hombre a otro, incapaz de hablar. Los dos comandantes intercambiaron miradas divertidas. Al final, Kyle hizo un ademán de indignación.

—¡Locos... los dos! —Y salió hecho una furia.

Devaleth hizo una inclinación y lo siguió.

Una vez solos, los dos se quedaron callados un rato; Nok aceptó una copa de Melena Gris.

—Su adjunto —dijo Nok mientras saboreaba la bebida—. ¿Está seguro de que el muchacho está a la altura?

Melena Gris tragó, después pensó la respuesta con el ceño fruncido y reflexionó sobre su posible réplica. Al final se aclaró la garganta.

—Nok... le cuento esto en confianza. Kyle es de Assail.

El anciano almirante se irguió y abrió mucho los ojos.

—Eso es imposible.

—Yo estaba con la Guardia Carmesí cuando cruzaron por el sur de las tierras assail. A Kyle lo reclutaron entonces. Había bajado del norte.

—Hay tanto que quisiera preguntar... ¿Qué hay de los imass?

Pero el puño supremo estaba negando ya con la cabeza.

—No. Él es un simple miembro de una tribu. No sabe nada de las guerras o los combates del norte. Aunque... —y allí el puño supremo apartó la mirada, pensativo—, había tres muchachos, amigos suyos; creo que sabían más de lo que estaba pasando al norte. Pero mantenían la boca bien cerrada sobre el tema, como es comprensible.

Nok levantó su copa.

—Un misterio de cada vez, entonces.

Melena Gris respondió al saludo.

—Sí. Una retirada lenta y peleada, ¿sí? Denos todo el tiempo que pueda, almirante.

El anciano se alisó el bigote blanco y sonrió. Sus ojos, profundos en su nido de arrugas, destellaron con una anticipación casi sobrenatural. Le tendió una mano al otro.

—Hasta que nos encontremos de nuevo en la costa oeste.

Con una carcajada, Melena Gris cogió la mano tan dura y seca como la madera.

—Hasta entonces, almirante.

Una sacudida en el pie despertó a Suth. El compartimento estaba casi negro por

completo.

—Recoge tu equipo —susurró la voz de Tela en la oscuridad—. Nos largamos.

Suth accedió con un gruñido. Se bajó de la hamaca y empezó a reunir su equipo. A su alrededor, el decimoséptimo iba cobrando vida.

Abajo se había visto arrojado de un lado a otro, así que sabía lo que esperar cuando trepó a la cubierta. Olas altas se estrellaban contra la Lasana y le bañaban la cara con una espuma cortante. A su lado, un marinero adujaba un cabo.

—Tenía que haber una tormenta, ¿verdad? —le dijo al tipo.

El marinero alzó la vista. Estaba masticando una gran bola de algo que después escupió. Miró a su alrededor, a las nubes bajas de color gris pizarra y el mar picado que palpitaba bajo ellas.

—¿Llamas a esto tormenta?

Listillo. El vigésimo estaba reunido en la barandilla de babor. Suth se fue acercando con mucho cuidado. Junto a la alta Lasana, una pequeña barca luchaba por ponerse al paio. Las olas la alzaban por el aire y después la dejaban caer de repente, y las aguas amenazaban con meterla bajo el casco del barco. A bordo, los marines azules usaban pértigas para apartarla del gigantesco transporte. Los marineros de la Lasana lanzaron escalas de cuerda.

—¡Vosotros primero! —le gritó uno muy contento a los pesados reunidos, y se echó a reír.

Un soldado le lanzó una mirada asesina.

—¡Eh, Yana! —exclamó una mujer del vigésimo, Coral, su sargento. Suth miró atrás y vio que Yana se acercaba corriendo—. ¡Esto es estúpido! Queremos una horquilla.

—¿A qué viene el retraso? —preguntó Yana, los ojos hinchados de sueño.

—¡Ja! Muy graciosa. Deberíamos tener una horquilla para esto.

—Joder. Odio toda esta puta agua —dijo alguien junto a Suth. Sorprendido, bajó la cabeza y vio a Faro. Aunque el hombrecito llevaba botas con tacón, apenas le llegaba a Suth al hombro. Sostenía la pipa entre los dientes, apagada, y vestía una chaqueta oscura suelta sobre un chaleco y una camisa—. Vamos a ponernos en marcha —dijo, sobre todo para sí, puso las dos manos enguantadas en la barandilla y saltó por la borda.

Un grito horrorizado se alzó de las bocas de todos los que atestaban la barandilla. Suth se abalanzó para mirar. El hombre colgaba de la escala de cuerda y se iba dando golpes de un lado a otro, balanceándose como un loco.

—En el nombre del Embozado, ¿quién es ese? —dijo alguien.

—Uno de los chicos de Tela.

—Su navaja favorita.

—Se va a matar.

Los marines azules dejaron que la pequeña embarcación se acercara con un bandazo. Faro se soltó, salió volando y aterrizó con una voltereta en el vientre amplio de la lancha.

—¡Diablos! —gruñó Coral—. ¡Traed cuerda! Atad el equipo a las cuerdas.

Uno por uno, los pelotones fueron bajando los fardos de equipo hasta que el vientre amplio de la barca quedó casi cubierto. Después bajaron por la escala de cuerda. Al final, la lancha cabalgaba enloquecedoramente baja en los mares picados. Los marines se dieron impulso y colocaron grandes remos. Indicaron con señas que todo el mundo tendría que echar una mano. Unos treinta hombres y mujeres se apresuraron a ayudar, desplegando más entusiasmo que en todo el viaje.

Cruzaron a un navío azul que esperaba cerca. Los soldados trepaban por unas redes colgadas a los lados mientras las lanchas se mecían como insectos y comenzaban a izarse las vacías. A pesar de su miedo a ahogarse o a hacerse pedazos, Suth sentía curiosidad por ver el interior de uno de esos barcos. Al final les llegó el turno, pero no lo bastante pronto para algunos de los hombres y las mujeres, que se habían arrojado hacia los lados y estaban vomitando hasta las tripas.

Suth esperó en fila a que le llegara el turno de emprender el peligroso ascenso por la red. Cuando al fin se aupó a la cubierta, se tiró en las tablas, empapado y exhausto. Los siguió el equipo, subido con cuerdas. Recogieron sus pertenencias y los dirigieron abajo, a los alojamientos. La lluvia caía con fuerza, fría como el hielo. Un marine azul los mandó a la escalera. De camino, Len, junto a Suth, le tocó el hombro, después se llevó un dedo al ojo y miró a un lado. Suth siguió la mirada del hombre y vio un soldado apoyado en un costado, con los brazos cruzados. Era un hombre joven, grande y con un bigote largo, vestido con una chaqueta de piel de oveja bajo el manto grueso.

—El adjunto —murmuró Len. Era la primera vez que Suth lo veía—. Algunos dicen que es el sicario de Melena Gris. —Suth se limitó a gruñir, no sabía nada del tipo—. Quizá encabece el desembarco.

—O quizá esté aquí para ejecutar a todo el que vacile —dijo Pyke, que se había puesto a su altura.

—Entonces supongo que ese serías tú —dijo Len, en un aparte.

Suth lanzó una carcajada cuando empezaron a bajar las escaleras.

Como una cortina de noche, una tormenta de polvo flotaba a lo lejos, cortando el horizonte a la mitad. Era, decidió Kiska al fin, de una extraña belleza a su cruda manera. No tenía ni idea de cuánto tiempo había pasado contemplando el avance solemne, majestuoso, del frente por la lejana llanura. ¿Una tarde? ¿Un día? ¿Dos días? ¿Quién iba a saberlo allí, en Sombra? ¿O eran acaso esas las preguntas que debía hacer?

Su compañero de cautiverio extraoficial estaba echado en el suelo, encogido y durmiendo, o al menos fingiendo que dormía. Dos cosas que se le daban bien: relajarse y fingir. Ella lo veía como un cazador natural, con esa capacidad de esperar indefinidamente a que una presa pasase por allí, el único camuflaje que necesitaba era el fingimiento. De hecho, hasta el momento él se había enterado de muchas más cosas sobre ella que al revés.

Y en cuanto a eso... Kiska le dio la espalda a la estrecha fisura y colocó bien la dolorida espalda contra el asiento de roca irregular. Se aclaró la garganta.

—Así que... luchaste contra la invasión y luego...

Jheval asintió con un gruñido y se estiró.

Este hombre es como un gato.

Su compañero parpadeó y le dedicó una mirada interrogante.

—¿Te enfrentaste a los imass?

—¿Estoy muerto?

—Perdón. Una pregunta tonta. ¿Tú...?

El hombre había alzado una mano para pedir silencio. Se frotó la cara y bostezó.

—No, una pregunta comprensible. Tus imass dominan por completo la imaginación malazana. Solo los hubo en Aren, en realidad.

Kiska lo entendió. Poco después de la masacre de Aren el temido ejército no muerto de imass había abandonado el servicio imperial para alejarse hacia los desiertos al oeste de la región de Siete Ciudades. Todo el mundo supuso que había tenido que ver con la transición de Kellanved, el emperador, a Laseen, su sucesora.

—Pero luchaste...

—Oh, sí. Luché contra vosotros, invasores. —Jheval hizo un gesto vago de asentimiento—. Era joven, tonto. Creí que era tan rápido, hábil y listo que nada podía tocarme.

Se detuvo ahí, con los ojos clavados en la pared de roca; quizá rememorando viejos recuerdos.

—¿Y? —lo animó Kiska tras un rato.

Un encogimiento de hombros.

—La guerra me enseñó que no era así.

—¿Te topaste con alguien más listo y más hábil que tú?

Él la miró, sorprendido.

—Oh, no. No me he encontrado a nadie más listo ni más hábil que yo.

¡Oh, dioses! ¡Que la Reina me libre de la presuntuosa vanidad de este hombre!

—¿Entonces, qué pasó? —preguntó ella con tono bastante seco.

—Vi que esas cualidades eran, en su mayor parte, irrelevantes en la guerra. Casualidad. Todo se reduce a simple casualidad. Si vives o mueres. Casualidad. El peñasco que arrojan en el asedio aplasta al hombre que está a tu lado. La flecha

disparada al cielo baja y te atraviesa la armadura del hombro sin rozarte la piel. La patrulla con la mitad de sus fuerzas se topa con una partida incluso más pequeña que ella. —Jheval agitó una mano por el aire como si se arrojara algo—. Así va. Algunos caen, algunos se salvan. Pero no por una buena razón.

Una visión de la vida tan fría y fútil que hizo estremecerse a Kiska.

—Seguro que los dioses deciden...

—¿Quién vive y quién muere? —Jheval ladeó la cabeza, y adoptó una actitud pensativa—. Estamos atrapados aquí, así que sería mejor no discutir... Pero por lo que he visto, los dioses no deciden nada. Oh, desde luego, intervienen de vez en cuando, cuando conviene a sus propósitos, pero, aparte de eso, creo que dependen del azar tanto como nosotros. ¿Y sabes qué? —La miró y entrelazó los dedos sobre la cintura—. Yo lo encuentro infinitamente tranquilizador.

Kiska decidió que no entendía a ese hombre en absoluto, y que quizá ni siquiera le caía bien. Algo en sus palabras, (en las ideas que insinuaba) le infundía en el pecho un pánico sin nombre. Empezaba a sentirse atrapada, mientras que en todo ese tiempo la posibilidad no había sido una preocupación real. Sabía que tenía que actuar, tenía que hacer algo o se volvería loca. Se puso en pie, y se agachó en su apretada cueva.

—Hora de tantear el terreno... ¿no te parece?

Jheval se sorprendió una vez más y alzó las cejas.

—¿En serio? Solo bromeaba, ¿sabes? Sobre turnarnos. Iré yo.

—No. Tienes razón. Deberíamos compartir el riesgo. ¿Qué arma, crees tú?

—¿Qué arma? —Él se echó a reír—. Una de vuestras municiones malazanas moranthianas, diría yo.

Kiska abrió las manos vacías.

—Salvo una de esas. Un bastón, creo yo, para mantenerlos a raya.

—Te has vuelto loca si crees que puedes mantener a uno de esos a raya.

Kiska empezó a sacar tubos de metal ennegrecido de unos bolsillos finos que tenía en el manto, el cinturón y el chaleco. Hablaba mientras trabajaba.

—No es la primera vez que los veo, ¿sabes? A esos mastines. Son fuertes, pero tienen sus limitaciones. —Las secciones se fueron enroscando y enganchando, luego se trabaron.

Jheval la observó con atención sin decir una palabra. Al fin se aclaró la garganta.

—Sus limitaciones, creo, no tienen nada que ver con nosotros, pobres mortales. Y ese juguete... no sirve de nada. Déjame ir a mí.

—Este juguete es tan fuerte, si no más, que cualquier bastón. Me lo hicieron a medida para mí los moranthianos.

—Estoy seguro de que los mastines se detendrán a admirarlo.

Kiska le dedicó lo que esperaba que fuera una sonrisa despreocupada.

—Ya veremos.

Y se coló por la grieta poco a poco. Oyó tras ella una llamada ahogada y sintió alivio. *Bien. Por lo menos es lo bastante sensato como para no gritar.* Se irguió, adoptó una postura de lucha y miró a su alrededor, escuchó y después fue tanteando con una conciencia que ya hacía tiempo que había sintonizado con aquel entorno. La ladera rocosa y desnuda parecía vacía, igual que las estribaciones arenosas de ambos lados. *Nada hasta el momento. Ninguna emboscada rápida. Ahora viene, como suele decirse, el pesado del oro. ¿Hasta dónde me atrevo a alejarme de nuestro refugio? Seguro que están observando, esperando, tensos, a que me aventure ese paso de más.*

Kiska dio tres saltos y de inmediato giró en redondo y regresó corriendo tan rápido como pudo, después giró de nuevo, agachada, el bastón listo. *Nada. Quizá este ya lo tienen muy visto.*

Un ligero arañazo la hizo volver la cabeza de pronto. Jheval estaba allí, saliendo con mucho cuidado del otro lado de la grieta. Aferraba con las manos los manguales atados a su cintura, listo para soltarlos.

¿Qué estaba haciendo el muy idiota? ¿Se ofrecía en sacrificio? ¿No confiaba en que ella lo hiciera bien? Le hizo un gesto para que regresara. *Y todo para nada, ya lo verás. Seguro que estos mastines tienen mejores cosas...*

—¡Kiska!

La joven se volvió de golpe y allí estaba uno: saltando por el aire, casi ya sobre ella. Tuvo la impresión de un borrón tostado, el buche rojo, los colmillos mojados, después metió de un tirón el bastón entre los dos y el impacto la arrojó hacia atrás. Unas rocas afiladas se le clavaron en la espalda y le quitaron el aliento. Yació allí, aturdida, convencida de que aquel sería su último momento.

Se despejó su conciencia y vio a Jheval repeliendo al mastín. Los manguales giraban casi invisibles en sus manos. Cada esfuerzo del mastín de meterse como fuera o abalanzarse era recibido por un golpe bárbaro de las cabezas de hierro con rebordes que lo mandaban estremecido, gruñendo y emitiendo el mismo ruido sordo que las piedras al machacarse. Kiska aplazó su perplejidad ante lo que estaba viendo y se puso en pie de un salto. Entonces se produjo un caos borroso de imágenes: el bastón de ella golpeando con un rumor seco el pecho ancho de la bestia, los pies de Jheval arrancados del suelo por unas garras en medio de una rociada roja; el bastón giró, sacó una hoja y rebanó bajo un ojo para ganar tiempo y que el hombre pudiera levantarse. Los dos se retiraron como pudieron, vivos solo porque podían cubrirse el uno al otro. Luego se derrumbaron de espaldas, entre tropezones, metidos en la pequeña brecha en la que cayó uno sobre el otro.

La bestia aulló en un éxtasis de rabia, de espuma rociada y sangre. Los golpes hicieron temblar la superficie rocosa. Solo entonces pudo Kiska relajar el pecho lo suficiente para respirar hondo. Yacieron inmóviles, los miembros entrelazados, ambos observando la abertura.

Un rumor sordo cuando la bestia metió un ojo por la brecha; su corpachón ocultaba casi por completo la escasa luz. Después se fue sin ruido.

Jheval se echó a reír. Comenzó como una risita baja, pero fue incrementándose hasta convertirse en una carcajada de alivio sin reservas, alegría y franco asombro. Kiska pudo sonreír y compartir un abrazo, pero eso fue todo.

Comprendió entonces que aquella estrecha cueva podía convertirse en su tumba. Se sentó con las rodillas apretadas contra el pecho y se cubrió la cara para secarse las lágrimas calientes que no podía evitar.

Devaleth fue a un lado de la cubierta del Estrella de Unta y se aferró a la madera húmeda y fría. Melena Gris se había ido al último navío de tropas mientras su adjunto, el joven Kyle, había cogido una lancha rumbo al transporte azul que encabezaría el asalto a la orilla. Iba a representar al puño supremo. La bruja se preguntó si el muchacho estaba a la altura; parecía un guerrero salvaje, ¿pero podía alguien tan joven imponer respeto a esas tropas endurecidas?

Allí, en cubierta, quizá se imaginara sola cuando en realidad estaba lejos de estarlo: los marineros iban disparados de un lado a otro repartiendo cubos de cuero llenos de arena y agua, preparando cuerdas y pértigas de rechazo. Los marines reunían el arsenal del barco, comprobaban las ballestas y engrasaban el gran onagro de la proa que utilizarían para lanzar piedras.

Entre tanto caos y preparativos, Devaleth se sentía como en casa. Durante su primera juventud había pasado más tiempo en el mar que en tierra. Su escuela había sido sentarse con las piernas cruzadas junto al mago de un barco, el viejo y astuto Parell, donde aprendió su oficio entre tormentas, batallas y noches en calma, cuando el mar se quedaba tan quieto que podía verse hasta el fondo de las infinitas puertas de acceso de Ruse.

Nok estaba en el alto castillo de popa, desde donde supervisaría la batalla inminente. A su lado, un enlace azul se coordinaba con Torbellino mediante un fuego en un brasero alto que podían hacer que llameara con diferentes colores, a veces con un naranja intenso, un rojo sangre brillante, o verde, o incluso el azul del mar.

«La batalla inminente», escúchate, mujer. Como si lo que va a pasar pudiera denominarse «batalla». Lo que va a pasar será una matanza. Yo puedo que llegue a tierra gracias a mis talentos con Ruse, pero para buena parte de esta fuerza será la bienvenida fría del ancestral dios del mar.

Entonces ¿por qué estoy aquí, como con tanta razón inquirió el Traidor? Porque hay que hacer algo. Debo hacer algún esfuerzo, por muy débil que sea.

Yo también soy una traidora.

Un marine se detuvo a su lado.

—Maga suprema, el almirante desea contar con su consejo.

Ella asintió.

—Por supuesto.

Siempre cortés, el almirante se inclinó cuando se reunió con él. Devaleth se lo agradecía aunque sabía que la suya estaba lejos de ser una figura digna de la corte. Nok agitó un brazo largo como un ala para abarcar la noche.

—Me gustaría conocer sus impresiones, Devaleth. ¿Qué está pasando?

—Han estado esperando a contar con un número suficiente de navíos.

—¿Para hacer qué?

—Atacar en masa.

—¿Y han alcanzado ese umbral?

Ella se encogió de hombros.

—No tengo forma de saberlo. Aunque lo sabré cuando se dé la orden.

Nok arqueó una ceja canosa.

—¿Oh?

—Se dará a través de Ruse —dijo ella sin entusiasmo—. Lo percibiré.

El almirante la miró con intensidad, después sonrió tras el grueso bigote plateado.

—No le parece que tengamos muchas posibilidades, ¿verdad?

—Lo siento, almirante. No veo cómo esta expedición puede terminar de modo diferente a sus predecesoras.

El marino lo aceptó. Su mirada examinó las formas bajas y lejanas de las galeras de guerra de Mare, visibles apenas en la noche creciente. Un ayudante llegó junto a él y murmuró algo.

—Dentro de un momento —respondió él, y después, dirigiéndose a Devaleth, añadió—: En Korel no conocen muy bien a los moranthianos, ¿verdad?

No muy segura de a qué se refería el almirante, la maga suprema tardó en responder.

—No. En realidad no.

—Ya hace décadas que somos aliados. Hemos logrado grandes cosas con las pequeñas alquimias que estaban dispuestos a intercambiar con nosotros.

—He oído que la alianza entre Malaz y Moranth se ha enfriado en los últimos tiempos.

El buque insignia chocó con una ola especialmente grande y la proa se alzó por los aires. En el castillo de popa todo el mundo se preparó para el cabeceo. El navío se precipitó al seno y la proa desapareció entre la espuma. Nok se había agarrado al timón del barco. Solo Devaleth permaneció en pie con las manos entrelazadas a la espalda. Por asombroso que pareciera, el carbón seguía ardiendo en su brasero. ¿Una especie de magia extranjera? ¿Y a qué estaba esperando todo el mundo? Sus compatriotas mare parecían estar tardando en atacar, mientras la expedición

malazana-moranthiana también se contenía. La bruja percibió la incertidumbre de sus hermanos. Esos extraños navíos moranthianos... ¿qué amenaza oculta se estaba desplegando aquí? Estaban recelosos.

—Es cierto que nuestra alianza parece fina como el papel estos días —dijo Nok al reanudar su conversación—. No hemos podido sacarles más soldados. Que nosotros sepamos, puede que sea algo interno. —Señaló al enlace azul que estaba con él—. Pero nuestro trato con estos azules es muy diferente. Un contrato, puro y duro. Nada de política. Así que ahora veremos lo que pueden lograr los moranthianos cuando se les encomienda una tarea a ellos solos. —Le hizo un gesto a su enlace—. Dé la orden.

—Sí, señor. —El moranthiano azul dejó caer un paquete en el brasero. Necesitó un momento para prender, pero después llameó entre chisporroteos y estallidos secos y envió una alta llama de color blanco plateado que arrojó el castillo de popa en un relieve fiero y lo hizo destellar entre las aguas circundantes.

Devaleth se vio obligada a darse la vuelta y protegerse los ojos. *¿Orden para qué? ¿El combate? ¡No puede ser!*

Cuando murió aquella llamarada cegadora de un brillo actínico, la bruja se irguió, parpadeando, intentando recuperar su visión nocturna. Al principio no vio nada, y oyó solo al barco gimiendo en los mares picados. *¡Por supuesto, idiota! A estos dos gigantes difíciles de manejar les llevará tiempo abrazarse.*

—Ordene a los transportes que se muevan —le dijo Nok al enlace.

—Sí, señor. —El azul fue a coger otro paquete.

Esa vez Devaleth estaba lista; se encogió y se cubrió los ojos con un brazo. De todos modos la deslumbró un fulgor dorado brillante, y al desvanecerse dejó el halo de unas estrellas bailarinas.

Se irguió, ciega de momento. *Ya estaba. Ahora llegaría el choque. ¿Cuántos de los transportes de Melena Gris conseguirían abrirse paso hasta alcanzar la costa? Todos vosotros, dioses extranjeros, por favor, no el escaso y penoso número de aquella vez.*

Apiñado en la bodega del navío azul, las rodillas pegadas al pecho, Suth estaba apretado muslo contra muslo con sus compañeros de la infantería de Malaz. Hacía calor, el ambiente era pegajoso y húmedo, y lo menos cómodo que había experimentado en todo el viaje, especialmente con Wess dormido sobre su hombro. Los sargentos estaban de pie en pequeñas aberturas de los lados, asomándose y pasando la información. Aparte de la mayor espaciosidad y limpieza general, la diferencia principal entre el navío azul y el que habían dejado era que el primero no apestaba tanto como el de los malazanos. De hecho, era casi inodoro. Si se hacía caso omiso del sudor amargo de los hombres y las mujeres que atestaban la bodega, los aromas principales que Suth podía detectar eran muy raros. Len le dijo que uno era

sulfuro, mientras que otro le recordaba a la miel, y había otro a savia de pino. Era todo muy inquietante. *Y estos korelrianos se creen que sus jinetes de la tormenta son seres ajenos al mundo.*

Un destello de luz blanca y brillante arrojó una imagen clara de la bodega, las tropas sentadas y amontonadas como madera para el fuego, los ojos y las caras sudorosas brillando en la penumbra. La oscuridad regresó casi al instante. Todo el mundo clamó por saber qué era.

—Una especie de señal —fue la explicación, no demasiado útil.

Entonces se oyeron las botas blindadas moranthianas que aporreaban la cubierta y las trampillas se abrieron de golpe. Órdenes de subir. Esperar en fila, agua gélida cayendo a mares por las empinadas escaleras. Arriba, en la cubierta que no dejaba de cabecear, se les ordenó que se sentaran junto a los marines azules. Suth se sujetó a un flechaste para asomarse a las aguas negras como la noche. Más adelante se separaba una fila de dromones azules. Unas galeras de guerra mare, bajas y oscuras, se arremolinaban a su alrededor como perros hostigando a unos thanu cansados. Los golpes de las embestidas llegaron a Suth como los estallidos de explosiones lejanas.

Un destello ambarino encendió la noche como un reflejo del sol y perfiló los navíos en siluetas que se destacaban contra las aguas oscuras, solo para apagarse de golpe al instante. Los marines azules se levantaron en tropel. Se bramaron órdenes desde la cubierta de popa. Suth encontró a Len entre la multitud de soldados.

—¿Qué pasa? —gritó por encima de los golpes secos de las botas y el estrépito del mar.

—Allá vamos —respondió el saboteador—. Ahora veremos si vinimos hasta aquí para algo —añadió con tono grave.

Suth asintió para sí. Solo vestía el jubón acolchado, pantalones y yelmo, la espada al costado. Su armadura seguía envuelta abajo. La orden parecía una precaución inútil dadas las aguas gélidas y la distancia de la costa. Aun así, quizá servía para tranquilizar a algunos. Vio al adjunto en la barandilla, el cabello largo y oscuro flotando al viento. Él también vestía solo pantalones de cuero sin curar y una chaqueta de piel de oveja; la empuñadura y el pomo de marfil o hueso de su espada relucían con un brillo casi sobrenatural.

Un fuego prendió la noche, parpadeando a lo lejos. Todo el mundo se quedó con la boca abierta, mirando. Hasta el adjunto se volvió, los ojos oscuros entrecerrados. Otro estallido de llamas iluminó una escena sacada del reino del Torturador: un buque de guerra azul, embestido, y su alta torre de proa soltaba no flechas ni jabalinas, sino un chorro de fuego líquido. Ante los ojos de Suth, a bordo del navío mare, unas formas oscuras se retorcían entre las llamas. Algunas se arrojaron por la borda. Le pareció que casi podía oír los chillidos de agonía.

—¡Hechicería! —se alzó un grito no muy lejos.

—No —murmuró alguien, Len—. Alquimia. Incendiaros moranthianos. Arden incluso en el agua, ¡mirad! —Señaló con urgencia. Así era, las llamas se estaban extendiendo por las aguas, se concentraban, empujadas por las olas, y envolvían otra galera de guerra de Mare—. Así que esta es su respuesta —continuó el saboteador, asombrado—. Acercaos todo lo que queráis... embestid, y arded.

A medida que fueron cobrando vida los fuegos en la oscuridad, a su alrededor, Devaleth se quedó mirando, horrorizada. *¡Sus compatriotas!* Se abalanzó al costado del castillo de popa y se aferró a la madera para evitar caer. *¡Les prenden fuego como a alimañas!* *¡Es indignante!* Se volvió hacia Nok.

—Usted lo sabía...

El almirante tuvo el buen gusto de parecer dolido.

—Sabía su intención, sí. Pero si será suficiente... —Se encogió de hombros.

—¡Esto es de bárbaros! Ustedes, malazanos, afirman ser civilizados.

La mirada del hombre se agudizó.

—¿Dejar que un hombre se ahogue es más civilizado? Un muerto es un muerto.

La bruja le dio la espalda. *Bueno, ¿será suficiente?* A su alrededor sintió que Ruse se alzaba. Las llamas murieron, el vapor se fue empañando, convertido en una niebla inhibidora. Pero en el agua, incluso sumergidas, las alquimias extranjeras de los moranthianos seguían ardiendo, chisporroteando y borboteando.

—Dé la orden de avanzar con los transportes —le dijo Nok al enlace.

Momentos después, un brillo verde intenso arrojó la sombra de Devaleth por el agua y destelló en los lados de los navíos trabados, las velas ardiendo, las formas oscuras agitando los brazos entre las olas. Una lluvia ligera, invocada por Ruse, comenzó a caer.

Pasaron junto a un dromon azul asaltado por tres galeras de guerra mare. Dos de ellas lo habían desfondado, los arietes enmarañados en madera rota. Rezones disparados como cuadrillos de ballestas se montaban al costado del barco moranthiano. Arrastraban cuerdas que enredaban el barco enemigo. Unos estallidos en *staccato* llegaron a Devaleth cuando los azules arrojaron municiones de algún tipo a una galera de guerra; la madera hecha trizas salió volando, los cuerpos cayeron girando por la borda y el navío dio una sacudida como un juguete pateado.

Pero la batalla no era toda unilateral. Los mare se lanzaban como galgos y arremetían a voluntad. Muchos navíos azules se alzaban con la popa en alto, o se mecían, muertos en el agua. A esos, los mare no les hacían caso; en la cambiante acción de un combate naval, perder movilidad era quedar inutilizado. Ese barco de guerra azul, embestido dos veces, incluso si permaneciera a flote, se había hecho tan voluminoso y pesado que, a todos los efectos, estaba hundido.

Una galera de guerra surgió entre el humo, el torbellino de llamas y las olas

coronadas de espuma, y cargó contra el buque insignia. Tenía los lados quemados y de la cubierta brotaba el humo, pero no por eso la tripulación remaba más lento. Devaleth miró atrás, al almirante, que estaba contemplando el avance de la galera con la mano levantada. La tentación de invocar su senda invadió a la bruja. Las exigencias carnales de la simple supervivencia. Pero hacerlo sería anunciarse a cada mago presente en cada barco y provocar una tormenta de represalias.

Ya estaba muy cerca; los remos habían alcanzado ese ritmo frenético e inconfundible de la embestida. El mago de la popa era un espantapájaros con túnicas quemadas de las que brotaba humo. Debían de haber luchado con la furia de la propia Señora para alcanzarlos. En el último instante, Nok dio la orden y el buque insignia giró a una velocidad sorprendente para un navío de ese tamaño. Con la proa virando, el Estrella amenazaba con llevarse por delante la bancada de remos de la galera de guerra, pero una orden ladrada por su capitán alzó las palas y los dos navíos pasaron a una braza el uno del otro. Devaleth vio a Nok hacerle un saludo militar al capitán del barco, que estaba al timón y que observaba el navío malazano con una expresión ilegible en el rostro. La galera de guerra salió disparada hacia la noche con destino desconocido. ¿Se enfrentó a otro navío? ¿Ardió al fin hasta la línea de flotación y puso sus tan cacareados méritos a prueba?

El rostro de ese capitán había sido ilegible porque, como yo, seguramente no tenía referencia alguna de lo que estaba pasando a su alrededor. Era así de sencillo, eso no sucedía cuando los mare se hacían a la mar. No solo era una lección de humildad. Era pasmoso.

Tras haber sido embestido y hundido en su primer intento de llegar a tierras de Korel, Rillish Jal Keth observó maniobrar a las galeras de guerra de Mare entre las oscuras olas del océano y sintió un nudo en el estómago. Todo eso él ya lo había visto antes.

Que aquel transporte grande y torpe siguiera flotando era una especie de milagro. Se habían pasado el día esquivando y huyendo, escondiéndose tras la pantalla de buques de guerra azules. Pero se había dado la orden de intentar desembarcar. La valla había caído y los lobos estaban en el redil. Tenían dos galeras de guerra cooperando para arrinconar al alto buque de tres mástiles de Quon que transportaba más de cuatrocientas almas.

Se volvió hacia el navegante del transporte, junto al timón del barco.

—Ya no falta mucho, creo, capitán.

—Sí. Ahora es sálvese quien pueda aquí fuera —rezongó el hombre.

Rillish se cruzó de brazos y observó los navíos bajos, de líneas puras, que cortaban las olas empujados por remos y velas, rápidos como flechas. Había empezado a caer una lluvia ligera que lo ocultaba todo en una gélida bruma gris.

—He oído que no se pueden hundir —caviló.

—Eso dicen.

Rillish ladeó la cabeza, se limpió la cara con la palma de una mano y pensó en la embestida que había experimentado.

—Tenemos casi cuatrocientos soldados de infantería pesada malazana a bordo de este navío, capitán. Sus barcos quizá sean mejor que los nuestros, pero estoy dispuesto a apostar que nuestros marines son más feroces que los suyos. ¿Qué le parecería tener un navío que no se puede hundir bajo los pies?

El capitán del barco se acarició la barbilla con perilla. Los ojos entrecerrados se posaron en una de las galeras de guerra mare que pasaba deslizándose y forzaba al navegante a dar un giro a babor. Después, su mirada volvió a posarse en Rillish. Una amplia sonrisa partió la barba del hombre. Se inclinó sobre la barandilla del castillo de popa.

—¡Listos todos los arpeos! ¡Listos todos los garfios! ¡Todo el mundo a cubierta! ¡Listos para abordar!

—¡Sí, sí, señor! —gritó el segundo de a bordo desde el centro del barco—. ¡Listos para abordar!

Rillish hizo un saludo marcial al capitán y se fue a su camarote. Su ayudante le abrochó la coraza de bandas de hierro, los brazales y las grebas. Por último, se ató el cinturón de armas y las dos espadas de duelo untan. El yelmo se lo metió bajo el brazo. Después regresó al castillo de popa. Encontró al capitán del barco y al navegante, ambos peleándose con el largo brazo del timón.

—Ha tardado —exclamó el capitán por encima de la climatología, cada vez peor—. No los puedo esquivar más.

—Ofrézcales un costado bien grande, capitán.

El hombre escupió al viento.

—No me diga cómo hacer mi trabajo, hombre de tierra.

—Estaré en ese lado.

El capitán lo despidió con un ademán.

—Deles mis más intensos recuerdos, ¿sí?

—Y ese es mi trabajo, capitán. —Bajó al centro del barco y se abrió camino entre la multitud de la pesada. Le metió el yelmo en las manos a un soldado cercano y después trepó al flechaste. La espuma de una ola que se estrelló contra el transporte lo bañó entero. Contempló la atestada cubierta—. ¡Soldados de Malaz! —bramó con todas sus fuerzas—. ¡Están a punto de embestirnos! No hay más que hacer. ¡Pero yo me alegro! —Señaló las olas de color gris pizarra—. ¡Ahí fuera hay un barco mucho mejor que esta maldita bañera y están a punto de ofrecérselo! Y ahora... ¿qué decís vosotros?

Puños y espadas golpearon el cielo. Un gran rugido de respuesta ahogó por un instante las ráfagas de viento, el retumbar de las velas. Rillish añadió su propio puño

levantado.

—¡Sí! ¡Y ahora, preparad los arpeos! ¡Listas las cuerdas! ¡Listos los garfios!

—¡Por el Cuarto! —se alzó un grito.

—¡Octavo! —fue la respuesta.

—¡Por el Imperio! —gritó Rillish.

Un gran rugido respondió a eso.

—¡Sí!

De ninguna manera se consideraba Rillish marinero, pero hasta él vio venir el ataque. Una galera de guerra amenazó su lado de babor, así que el navegante y el capitán tuvieron la amabilidad de poner todo su peso sobre el timón para mostrarle al enemigo su placa de popa y, al hacerlo, expusieron el lado de estribor a la segunda galera de guerra, que ya se estaba abalanzando sobre ellos. El ariete recubierto de bronce se precipitó al verde oscuro de un seno solo para volver a saltar, arrojando una cresta de agua por los aires, por encima de la borda del ágil navío.

Una ola más.

—¡Preparados para la embestida! —Rillish rodeó el flechaste con un brazo y una pierna.

El golpe sobrevino como una enorme sacudida, pero tal era la masa del transporte que no llegó ni siquiera a dar un bandazo. Rillish se vio violentamente propulsado, pero consiguió aferrarse a las cuerdas. Los arpeos volaron. La tripulación mare remó hacia atrás a toda potencia. Los astutos marines malazanos usaron los garfios para enganchar los remos y provocar la confusión en las bancadas. La madera hecha pedazos se enganchó cuando el capitán ladeó el timón y juntó los navíos. Los remos mare se partieron o cayeron de golpe cuando los dos barcos viraron y chocaron. Rillish solo podía imaginar la carnicería que debía de estar produciéndose dentro de la galera de guerra.

—¡Al abordaje! —rugió Rillish.

Los hombres se descolgaron por las cuerdas y saltaron. Uno se quedó corto y se cogió a un remo, solo para desaparecer con un chillido cuando los lados chocaron. Se arrojó una escala de cuerda, que se desenrolló, y Rillish la agarró. Los marines mare esperaban abajo, ataviados con cueros oscuros. Una andanada de flechas azotó el costado del transporte malazano. Hombres y mujeres se precipitaron y chocaron con la cubierta con golpes plomizos.

Rillish se abalanzó contra la cubierta contraria con pesadez y después se irguió. A su alrededor, los marines iban abriéndose paso hasta la popa. Los mare habían alzado un muro de escudos en el centro del barco y, desde atrás, los disparos de los arcos barrían a los intrusos. Rillish sacó sus dos finas espadas de duelo.

—¡Adelante!

Más soldados de infantería pesada llegaron a la cubierta y añadieron su peso a la

oleada contra el muro de escudos. Rillish fue despejando su camino con uñas y dientes hasta la fila frontal. Dio un elegante salto, lanzó una puñalada por encima de un escudo y sintió que la hoja horadaba una mejilla y arañaba los dientes. El hombre chilló, gorgoteó y después cayó. Rillish se desplomó encima de él. En los confines atestados del estrecho velero, una marine cayó delante de Rillish, un chorro de agua le salió disparado de la boca y hasta de los oídos. Los ojos muertos rodaron en las órbitas enrojecidas, los vasos sanguíneos estallados.

¡Magia del mar! ¡El mago del barco! Rillish se irguió y se limpió el agua maloliente de la cara. *¡Allí!* En la popa, el cabello despeinado al viento, torques de oro en los brazos, haciendo gestos, y con cada oleada una ringlera de marines caía aferrándose la garganta. Rillish aspiró en busca de aire.

—¡Tomad la popa, pesados! ¡Por el Imperio!

La multitud presionó contra el muro de escudos, pero los mare resistían. El mago del barco hacía estragos entre los marines, provocando una matanza. Su poder parecía ilimitado allí, en su elemento. Y entonces un gran toro de soldado con cota de malla brillante irrumpió en el muro empuñando un mandoble que subía y bajaba, lanzando tajos como un hacha, hasta llegar a las escaleras del castillo de popa. El muro de escudos quedó hecho pedazos y se desintegró. El soldado llegó a la escalera y los marines subieron en una oleada con él. El mago del barco lanzó una magia que derribó a muchos, pero el soldado de la cota de malla brillante, el yelmo tallado para asimilarse a la cabeza de un lobo gruñendo, se la quitó de encima y alcanzó al hombre con un gran golpe a dos manos que lo partió desde la clavícula hasta el esternón.

Rillish llegó trepando hasta la popa y vio que el marine se quitaba el yelmo y mostraba lo que ya había sospechado: el apelmazado cabello plateado y el rostro sudoroso, acalorado, de la capitán Peles. Rillish le dio una palmada en el hombro.

—Bien luchado, capitán.

Ella inclinó la cabeza ante Rillish.

—Y no muchos puños lideran una carga contra un muro de escudos.

Rillish lo descartó con un ademán.

—El mago... no la frenó...

La mujer jadeó y se encogió de hombros con gesto modesto.

—Los lobos estuvieron conmigo en este día, señor.

—Bueno, pues deles las gracias.

Un marinero hizo un saludo marcial a Rillish.

—Saludos del capitán, puño. El transporte está desfondado por completo, irrecuperable.

—Que transfieran aquí a todo el personal. Corten las cuerdas.

—¿Todo, señor? Es demasiado peso para un velero de este tamaño. Nos

meceremos en estas olas tan altas, nos entrará agua...

Rillish se echó a reír.

—¿Es que no se ha enterado, hombre? Es imposible hundir estos navíos.

Después de que se fuera el marinero sacudiendo la cabeza, Peles miró a Rillish y se echó hacia atrás el pelo empapado.

—¿Y ahora qué, señor?

—Bueno, como ha dicho ese hombre, vamos demasiado cargados. —Le dedicó a Peles una gran sonrisa—. Creo que no nos vendría mal otro barco.

Peles estaba limpiando su mandoble en las túnicas del mago muerto.

—Sí, señor. Nos vendría muy bien.

El transporte de Suth lo ataron a un gemelo en una especie de catamarán gigantesco. Trasladaban, suspendida entre las dos embarcaciones, una especie de construcción de vigas tan larga como los propios barcos. A pesar del incómodo arreglo, avanzaban a buen ritmo; se abrieron paso a la fuerza entre ringleras de mar ardiente, apartaron cascos sin timón, sumergieron un sinfín de almas que gritaban y rogaban desde las olas, e intentaron mantener su lugar como portaestandartes del ataque contra la costa de Puño. Comenzaba a amanecer y bajo la escasa luz podían vislumbrarse más galeras de guerra mare que cruzaban por delante de sus proas.

—Demasiadas —dijo Len, los codos apoyados en la barandilla—. No sé cómo vamos a pasar.

Resonaron las órdenes y los marineros azules, indistinguibles de sus hermanos marines, treparon a las jarcias. Se desplegó más velamen, que ondeó y se hinchó, y tomó el viento de través. Suth observó el alto palo mayor, asombrado por la visión.

—Todavía demasiado lentos —rezongó Len.

Un marinero moranthiano que iba en la cofa de vigía lanzó un grito de advertencia.

—Aquí vienen —dijo Len.

Las lustrosas galeras de guerra negras se acercaron por ambos lados, abalanzándose como jabalinas. Cuando se aproximaron, el capitán azul encontró una onza extra de velocidad en alguna parte y consiguió adelantarse. Las tropas lanzaron un gran vítor cuando los mare atravesaron la gran estela espumosa del transporte.

—No los sorprenderemos así... —empezaba a decir Len cuando dos estallidos, como de arbalestas de asedio, resonaron en las galeras mare y los proyectiles se precipitaron siseando por el aire y se estrellaron contra la popa del transporte. El navío sufrió una sacudida que casi lo detuvo y que derribó a todo el mundo mientras los barriles se precipitaban por la borda y las cuerdas se partían con un sonido cantarín.

Suth se recuperó y trepó a la parte de atrás. Allí, entre los restos de madera rota y

hierro retorcido, los marines azules estaban lanzando tajos contra lo que parecían arpeos gigantescos que se habían incrustado en la popa.

—¡Cortadlos! —gritó alguien.

—¡Son cadenas!

—¡Nos están arrastrando!

Apareció un oficial azul que empezó a chillar órdenes. Surgieron hachas. Entre las olas cada vez más brillantes, Suth vio que se acercaban más navíos mare. Los arpeos conducían, por medio de cadenas, a unas cuerdas gruesas que se extendían hasta las dos galeras de guerra. Ambas estaban remando hacia atrás, levantando una gran espuma revuelta del agua.

—¡Cortadlos!

—¡Partid la madera!

Y entonces se plantó allí el adjunto, que apartó de un ligero empujón a los azules que empuñaban las hachas.

—Dejad sitio —gritó, y sacó su hoja. La luz del sol cegó a Suth cuando destelló de la hoja curva marfileña. El adjunto la levantó por encima de su cabeza con las dos manos y lanzó un tajo que provocó chillidos agudos en el metal. El transporte dio una violenta sacudida. Un marine estuvo a punto de caer por la borda, pero lo sujetaron. El adjunto volvió a bajar la espada y el barco se soltó de golpe y se abalanzó. Suth se quedó mirando las cadenas que colgaban, un corte limpio las había separado de los arpeos.

El adjunto envainó su espada.

—Lo cortó —susurró alguien—. Cortó el hierro...

—¿Habías visto alguna vez algo parecido...?

El adjunto los miró, furioso, con los ojos oscuros, como si esperara una especie de desafío, después se dio la vuelta y se fue sin decir una palabra.

Más tarde, Suth, como muchos, se acercó a examinar los eslabones partidos. Encontró el hierro brillante como un espejo y limpio. El borde estaba tan afilado que se hizo un pequeño corte en el dedo.

Se habían abierto paso entre la mayor concentración de navíos mare. Detrás, estallidos de una deslumbrante luz naranja y un estandarte de denso humo negro flotaba sobre el agua y oscurecía el amanecer. Una última galera de guerra los embistió por babor, por delante del palo mayor, pero una andanada de municiones lanzadas por los moranthianos dejó el barco tan destrozado que se alejó flotando, en apariencia sin tripulación. En cuanto al transporte, mientras Suth estaba inclinado sobre la regala, inspeccionando el gran agujero abierto en el costado, llegó un marine azul.

—Nuestros barcos también son difíciles de hundir —dijo sin más.

Más tarde, recibieron órdenes de que debían regresar a la bodega para dormir un poco. El asalto se produciría al día siguiente. Los marines fueron desfilando en fila india. Las charlas regresaban siempre a ese tal adjunto. ¿Quién era? ¿De dónde era? Un rumor absurdo decía que había servido un tiempo en la compañía mercenaria de la Guardia Carmesí.

—Espero que esté con nosotros mañana —dijo Lerdo.

Por una vez, Pyke no tuvo nada que decir.

La galera de guerra mare que habían capturado se mecía muerta en el agua como si estuviera demasiado atestada de marines para remar con una mínima eficacia. Rillish y el capitán malazano, un marinero llamado Sketh, procedente de la región de Siete Ciudades, discutían sobre todo ello en su recién atestado navío. El capitán le reprochaba a Rillish haber amontonado a todo el mundo en la galera de guerra; Rillish le respondía invitándolo a reunirse con su antiguo mando lisiado. El capitán le dijo que cerrara la boca, el capitán era él; Rillish señaló que Siete Ciudades era un desierto.

En medio de otro acalorado intercambio, la capitán Peles le dio a Rillish unos golpecitos en el hombro y señaló a un lado.

—No estamos solos.

Otra galera de guerra mare se acercaba remando con lentitud. Se alzaba y caía con las olas. La tripulación parecía contemplarlos con curiosidad. Rillish ordenó de inmediato a todo el mundo que se tirara al suelo.

—¡Abajo! —siseó—. ¡Echaos unos encima de otros, malditos seáis!

Rillish dejó a Sketh de pie en la popa con el fino timón situado en el centro.

—¿Qué hago? —susurró el hombre con fiereza—. ¿Tengo que quedarme aquí plantado yo solo?

—Hágales gestos para que se acerquen.

Sketh agitó los brazos.

—Informaré de esto al almirante, idiota. Hará que lo encadenen.

—Usted hágalos acercarse.

—¿Cómo? Yo no soy extranjero como ellos.

—Chille en su dialecto de Siete Ciudades.

Sketh se quedó mirando a Rillish, pero siguió agitando los brazos.

—¿Qué?

—¡Vamos!

—¡Muy bien, imbécil! —Y gritó algo que no sonaba muy agradable.

Un soldado cerca de Rillish lanzó una carcajada.

—¿Y bien? —dijo Rillish.

El hombre lo miró, incómodo, y se aclaró la garganta.

—Ah, bueno. Dijo que podía olerles los traseros sin lavar desde aquí y que ojalá no se acercaran más.

Rillish se volvió hacia Peles.

—Eso debería confundirles de aquí al Abismo.

Sketh chilló algo más. Esa vez el soldado casi se ruborizó. Rillish lo miró con aire expectante.

—Cabras... y madres —murmuró el hombre.

La galera de guerra mare estaba tan cerca que Rillish podía oír hablar a la tripulación. Alguien del navío estaba gritando. Sketh respondió en la lengua de Siete Ciudades. Rillish oyó remos que golpeaban remos.

—¡Lo han visto! —gritó Sketh.

Rillish se levantó de un salto.

—¡Ahora! ¡Fuego!

El navío estaba a poco más de un salto de distancia, una posición frustrante para Rillish, que después la vio dar marcha atrás con los remos. Los marines malazanos se levantaron de golpe y dispararon ballestas a bocajarro por la cubierta y contra los escálamos.

—¡Siguiente fila! —chilló Rillish.

Los que habían disparado retrocedieron hacia atrás o se agacharon para cargar otra vez. La siguiente fila se adelantó en una oleada que disparó casi de inmediato.

—¡Pónganos al pairo! —le bramó Rillish a Sketh.

—¡No tenemos espacio para avanzar! —respondió Sketh, furioso.

Por fortuna, el fuego de los marines había despejado la cubierta de popa y el timón de la galera colgaba suelto. Cualquiera que levantara la cabeza se convertía en el objetivo de una ringlera de cuadrillos de ballesta, mientras que los remeros heridos estorbaban en las bancadas. El ariete recubierto de bronce apuntaba hacia ellos. Los marines malazanos continuaron lanzando sus despiadadas andanadas.

El ariete se incrustó brutalmente en el costado y abrió las tablas con un chirrido de madera húmeda.

—¡Al abordaje! —chilló Rillish, y con el grito de guerra dio el mayor salto de su vida.

No llegó. El corazón se le disparó al percatarse en pleno salto de que se había quedado corto. Se aferró a la regala y chocó de cara contra la madera. Llegó el dolor y una bocanada de sangre caliente le llenó la boca. Un marinero se alzó sobre él con la espada levantada, pero solo para desaparecer cuando un soldado malazano se abalanzó contra el potencial enemigo. Aturdido, Rillish luchó por auparse por el costado. Los combates se propagaban con furia por todo el navío. Rillish se desplomó jadeando en la cubierta, entre los caídos. Se irguió, se limpió la boca húmeda con el dorso de un guantelete y sacó con torpeza una espada antes de mirar a su alrededor

con un parpadeo. La lucha había terminado. Tenían su segundo barco.

El resto de la mañana no fue tan satisfactorio. Tuvieron que elaborar una especie de toscos estandarte malazano para hacerlo ondear sobre los navíos capturados y evitar que los moranthianos los asietearan con fuego cada vez que se acercaban. Rillish alzó la cabeza y miró la tela negra, guiñó los ojos bajo la luz creciente y sacudió la cabeza.

—Para esto, más nos valdría llamarnos piratas y acabar de una vez, ¿eh, capitán Peles?

La mujer se ofendió.

—Oh, no, señor. Es un barco magnífico. Nuestros armadores podrían aprender unas cuantas cosas de él, creo.

Qué correcta, joder. Rillish se encogió de hombros. La noche y la mañana habían sido estimulantes, pero también una decepción, y él estaba de mal humor. Estimulantes porque seguían vivos, el combate había terminado y habían ganado. Una decepción porque se pasaban la mayor del tiempo en una persecución inútil de otras galeras de guerra mare que siempre los dejaban atrás. Los marineros malazanos no estaban familiarizados con las jarcias, Sketh no se había hecho con el manejo del barco y seguían estando demasiado cargados.

Nos vale. Se sentó, se metió los guanteletes en el cinturón y se pasó una esquina mojada de la sobrevesta por la sangre seca que le manchaba la cara. Sketh tenía el mando del otro navío capturado mientras que su navegante estaba con ellos. El hombre se había despedido con una tormenta de maldiciones en la lengua de Siete Ciudades.

Rillish no quiso que se lo tradujeran.

En ese momento seguían la estela de los transportes que se dirigían a la costa. Las galeras de mar mare los acechaban como sombras, manteniéndose a distancia. Por delante, en algún lugar, el estandarte de Melena Gris señalaba la cola rezagada de la fuerza de invasión mientras que detrás, la mayor parte de los dromones azules formaban una pantalla que se extendía hacia el sur. *Rumbo a la propia Mare...* Les deseó suerte con eso.

De momento, el desembarco era su mayor preocupación. ¿Cuántos transportes habían conseguido pasar? ¿Lograrían tomar Aamil? Sabía que llegaría demasiado tarde para el primer asalto. Pero al menos llegaría; muchos no podrían decir lo mismo.

El día después de que la guarnición malazana y la milicia urbana emprendieran la marcha hacia el interior, Bakune se levantó, se puso sus mejores túnicas como había hecho todos los días y salió hacia las oficinas que tenía cerca del centro de la ciudad. Había decidido enfrentarse a la situación de cara; para averiguar, para bien o para

mal, dónde y cómo estaban las cosas. ¿Lo iban a arrestar? Y si no era así, ¿qué pasaba con su autoridad? ¿El abad y sus supuestos Guardianes de la Fe iban a limitarse a vigilarlo de cerca? ¿O lo iban a arrastrar encadenado ante las cortes sagradas? No se consideraba un hombre valiente, pero la ansiedad de no saber hacía que se sintiese como si un agujero le quemara la tripa.

Su ama de llaves lloraba cuando cerró la puerta y pasó el cerrojo tras él.

Las calles estaban desiertas, algo antinatural tan temprano. De hecho, un ambiente de incertidumbre flotaba sobre la ciudad entera. El puerto estaba casi vacío; las noticias del renovado bloqueo mare había impedido que los navíos de los peregrinos zarparan y Yeull, el jefe supremo malazano, había ordenado que todos los barcos navales y mercantes se dirigieran al norte, a Lallit, costa arriba. Para empeorarlo todo, un frente gélido había barrido el estrecho de Caída y había dejado restos de nieve en los bordes en sombras de las calles y tejados. La única institución que hervía de energía era el Santísimo Claustro y Asilo, hordas de ciudadanos atestaban sus salas para rezar y pedir la intervención de la Señora.

Había dos guardianes de la fe ante las puertas dobles y cerradas de los tribunales de la ciudad. Como todos esos policías del cuerpo que se hacía llamar «de la moralidad», lucían barba, vestían pesadas túnicas y llevaban bastones ribeteados de hierro. Bakune se detuvo en seco, respiró hondo y se dirigió a ellos con más valentía de la que sentía.

—¿Por qué están estas puertas cerradas?

La desdeñosa mirada de superioridad de los dos hombres le provocó un escalofrío por la espalda.

—Las cortes civiles están cerradas hasta nuevo aviso, suplicante.

—¿Con qué autoridad? —se obligó a preguntar Bakune.

Los guardianes compartieron una mirada sorprendida.

—Por orden del abad Starvann, por supuesto.

Bakune tragó saliva, pero continuó.

—¿Y con qué autoridad interviene el abad en asuntos civiles?

Uno de los guardianes bajó del umbral. Sostenía el bastón de lado, pegado al cuerpo.

—¿Es usted el examinador Bakune?

Bakune consiguió asentir.

—Sí. —Sus manos eran unos trastos húmedos, fríos e inútiles que le colgaban a los costados.

—Tiene que venir conmigo.

El guardián empezó a bajar por la calle. Bakune vaciló. ¿Por qué debería cooperar? Claro que, ¿qué otra cosa podía hacer? ¿Echaba a correr? ¿Adónde? ¿Para que lo arrastraran pataleando y lloriqueando calle abajo? Qué poco digno. El guardián

se detuvo y se volvió para mirarlo. Golpeó los adoquines con el bastón con un golpe seco y agudo del extremo de hierro. Para disimular su pánico, Bakune sacó los guantes forrados y se tomó su tiempo para ponérselos. Cuando al fin terminó de estirar cada dedo, el ritmo del corazón se había ralentizado y se había reconciliado con lo que iba a pasar.

—Qué mañana tan fría, ¿eh? —consiguió decir incluso con tono tranquilo cuando se acercó al guardián.

El hombre le dio la espalda sin responder.

En solo dos giros el destino del guardián quedó patente y el pánico volvió a apoderarse de Bakune. Las dependencias carcelarias. Por supuesto. ¿Qué otro lugar para un indeseable como él? A pesar del viento gélido del oeste, el sudor le escocía en la frente y se lo secó con el dorso de un guante. Más guardianes ante las gruesas puertas blindadas de las dependencias carcelarias. La Guardia de la Ciudad ya no era la encargada de mantener el orden. A Bakune se le cayó el alma a los pies, y no por él, sino por su ciudad, su país. Volvían a retroceder a los tiempos de la superstición y el gobierno religioso. Esa crisis estaba acabando con todos los progresos de la civilización obtenidos en los últimos cientos de años.

En los pasillos entregaron a Bakune a un sacerdote que, con un desagrado obvio, lo miró de arriba abajo.

—¿Usted es el examinador Bakune?

—Sí.

El sacerdote le hizo un gesto para que lo acompañara. Dos guardianes caminaban detrás, los bastones golpeando las losas de piedra al unísono. Pasaron junto a un buen número de galerías de celdas hasta una sala situada muy por debajo de las zonas de retención reservadas para los ladrones y asesinos comunes. El estómago de Bakune le arrancaba un trozo de entrañas con cada giro y con cada escalera que bajaban. ¡Qué idiota había sido! ¡Karien'el prácticamente lo había animado a huir! Si volvía la vista atrás parecía que, como de costumbre, Karien'el era quien había hecho el trabajo y le había puesto en bandeja la decisión obvia que mejor cuidaba de sus intereses, decisión que después él había rechazado con su acostumbrada testarudez. El sacerdote abrió la puerta de la celda y se quedó junto a ella. El examinador no podía moverse. ¿Y ya estaba? ¿Ese era su final? ¿Iba a entrar con toda docilidad, como un ternero conducido al matadero? Un guardián se colocó justo detrás y dio un fuerte golpe con el bastón que resonó con dureza por el estrecho pasaje. Casi incapaz de respirar, Bakune se pasó una mano enguantada por la cara y después se irguió. ¡No! ¡Nada de debilidad! Les demostraría a esos fanáticos cómo se comportaba un hombre civilizado, un hombre con auténticos principios éticos. Se puso a la altura del sacerdote, lo miró a los ojos y asintió.

—Muy bien. Puesto que no me deja elección...

El sacerdote cerró la puerta de un manotazo tras él.

Delante de lo que había pensado que iba a ser su prisión durante quizá el resto de su (era de suponer que corta) vida, Bakune se detuvo, sobresaltado, porque no era una celda. Era un tribunal. El corazón se le encogió y las entrañas se le retorcieron; la Señora no había terminado con él. No se conformaba con que desapareciera en la confusión de toda aquella agitación y pánico.

Iba a haber un juicio. Una confesión firmada. Desaprobación pública. Las cortes divinas se legitimarían desacreditando las cortes civiles. Muy bien. La buena opinión del público jamás había sido su obsesión. Más bien al contrario, de hecho.

Una larga mesa recorría un muro, y tras ella había tres sillas altas. *Mis jueces*. Una única silla, mucho más pobre, se enfrentaba a la mesa en el otro lado. Bakune se sentó en ella, cruzó una pierna sobre la otra y, con todo cuidado, se dobló y alisó las túnicas. Se quitó los guantes y entrelazó las manos sobre el regazo. Y esperó.

Poco después subieron por el pasillo muchos hombres a paso de marcha. La puerta se abrió con un estruendo. Entró otro sacerdote, uno mucho más gordo y mayor que lucía el símbolo de Nuestra Señora, una explosión de color. Le resultaba vagamente conocido. Las cejas del sacerdote se alzaron al ver a Bakune.

—¡Mi querido examinador! ¡Ahí no!

Bakune lo ubicó entonces: Arten, jefe divino de la Orden de los Guardianes de la Fe. El segundo del abad Starvann. Ese tribunal iba a tener el sello de la mayor autoridad. Con una risita divertida, Arten invitó a Bakune a colocarse al otro lado de la mesa.

—Aquí, si tiene la bondad. A mi derecha.

Bakune solo pudo quedarse mirando al hombre. *¿Al otro lado de la mesa?*

Arten repitió su invitación. Había guardianes esperando en la puerta, entre ellos alguien encadenado: una figura baja y muy fornida. Bakune se levantó, tembloroso. Arten lo acompañó al otro lado de la mesa.

—Ahí. Muy bien. —Les hizo un gesto a los guardianes, que entraron entonces.

Bakune se sentó, parpadeando, bastante conmocionado, mientras sentaban al prisionero enfrente, flanqueado por unos guardianes armados. Bakune se tomó su tiempo para estudiarlo. Ya había dejado muy atrás la mediana edad, pero todavía tenía un aspecto bastante poderoso, con hombros y pecho fuertes. Pero el rasgo más chocante del hombre era el tatuaje de la cara, de un azul desvaído, una especie de animal. *Un jabalí, así que el hombre era, o había sido, leal a ese dios extranjero... el jabalí... ¡Fener! Señora, no. ¿Podía ser él? ¿El sacerdote extranjero que había mencionado Karien'el?*

El primer sacerdote que había escoltado a Bakune se había sentado a la izquierda de Arten.

—Hermano Kureh —se dirigió a él Arten—, ¿quiere leer los cargos?

Kureh sacó un fardo de pergaminos de sus túnicas, rebuscó entre ellos y después se aclaró la garganta.

—Acusado... ¿quiere estipular su nombre de pila?

El hombre sonrió, y reveló unos caninos sorprendentemente grandes.

—Desde ahora —dijo entre dientes con voz áspera—, adopto el nombre de Profeta.

—Profeta —repitió Kureh—. ¿Profeta de qué?

—Una nueva fe.

—¿Y esta nueva fe tiene nombre? —preguntó Arten.

El hombre contempló a Arten bajo unos párpados muy pesados.

—Todavía no.

—¿Y a qué degenerado dios extranjero sirve?

—A ninguno... y a todos.

Kureh arrojó a la mesa los pergaminos.

—Vamos, vamos. Eso no tiene sentido.

El hombre levantó y dejó caer los hombros, las cadenas tintinearón.

—No para vuestras mentes estrechas de miras.

Kureh lo miró con rabia. Arten levantó una mano para pedir una pausa.

—Por favor, edúquenos.

El hombre exhaló un gran suspiro.

—Todos los caminos que surgen del interior participan de lo divino.

Arten asintió con una sonrisa.

—Cierto. Y Nuestra Señora es esa fuente divina.

El hombre reveló su primer estallido de emoción cuando crispó la boca en un gesto de enojo.

—No lo es.

Le pareció a Bakune que el hombre no podía hacer más esfuerzos para suicidarse.

Kureh dio una palmada en la mesa con todas sus fuerzas.

—¡Yo, por lo menos, ya he oído bastante!

Arten sacudió la cabeza con tristeza.

—Sí, hermano. Un caso perturbador. No hay casi nada que podamos hacer ante semejante delirio. Solo podemos rezar para que la Señora le conceda la paz. —Contempló al hombre por un tiempo y respiró hondo, como si se resistiera a continuar—. No me da más alternativa que abordar el desagradable tema de su implicación en el asesinato de una joven la semana pasada. Se encontraron posesiones suyas junto al cuerpo...

—Qué oportuno —se burló el hombre.

—Y hay testigos... —Arten le hizo un gesto a Kureh, que levantó unos papeles—. Han declarado bajo juramento que lo vieron con la chica esa tarde. ¿Cómo se

declara?

—Asqueado.

—¿Continúa desafiándonos? Muy bien. Los papeles, Kureh. —El hermano Kureh deslizó unas cuantas hojas, una pluma y un tintero hacia Arten, que firmó los papeles y después los deslizó hacia Bakune—. Examinador, si tiene la bondad...

Bakune examinó las hojas. Como sospechaba: una pena de muerte que exigía una ejecución pública. La acusación, asesinato. Los volvió a poner en la mesa.

—No puedo firmar esto.

Arten volvió poco a poco la cabeza para mirarlo.

—Examinador Bakune... le insto a que se plantee la posición en la que se encuentra... y firme.

Sabiendo de sobra lo que estaba a punto de hacerle a su propio futuro, Bakune consiguió coger un poco de aire antes de contestar a duras penas.

—No veo ninguna prueba convincente de culpabilidad.

—¡Ninguna prueba! —explotó Kureh—. ¿Es que no estaba ahí sentado? ¿No lo ha oído confesar con sus propias palabras? ¿Su falta absoluta de aparente arrepentimiento?

—Firme, examinador —lo animó Profeta—. No se sacrifique por mí.

—¡El acusado puede irse! —rugió Arten y señaló la puerta.

Los guardianes se llevaron al hombre. Arten se levantó y quedó por encima de Bakune.

—Me decepciona, examinador. Ya ha tenido que quedarle claro que lo que requerimos es solo su cooperación en estos pequeños asuntos. Proporcionémosla y podrá regresar a sus insignificantes asuntos civiles de manzanas robadas y vacas sueltas.

Bakune alzó la cabeza y miró al hombre con un parpadeo. Se agarró las manos para detener el temblor.

—No considero que la vida de un hombre sea un asunto pequeño.

—Entonces le sugiero, examinador, que se pase el tiempo que le queda considerando la suya. —Chasqueó los dedos y entró un guardián—. Acompañe a este hombre a su celda.

—Sí, divino. —El guardián cogió a Bakune por las túnicas y lo levantó, después lo sacó. En el pasillo miró atrás y vio al hombre extraño, ese tal Profeta, que había vuelto la cabeza y lo miraba mientras se lo llevaban a rastras. Y lo raro fue que este hombre no parecía haberse inmutado siquiera. Bakune no podía quitarse de encima la impresión de que aquel tipo estaba permitiendo que se lo llevaran.

—Ese humo, allí, a lo lejos —inquirió Ivanr al tiempo que señalaba al horizonte septentrional—, ¿todo parte de vuestro gran plan de liberación?

El teniente Carr también había estado observando el norte mientras caminaban entre el polvo de la columna principal, la expresión inquieta. La chusma del Ejército de la Reforma de Beneth había llegado a las llanuras, que caían rodando con suavidad hacia las granjas del norte y la costa. Al este habían pasado el río Blanco, donde se precipitaba desde las estribaciones con el agua del deshielo rumbo a la bahía. Cabañas quemadas, los cadáveres podridos de animales muertos y los rastros ennegrecidos de campos a los que se había prendido fuego había sido su única recepción hasta el momento. A Ivanr le parecía que los jourilanos preferían destruir su propio país antes que ver cómo se entregaba a cualquier otro credo o gobierno.

También encontraron cadáveres humanos. Empalados, crucificados, eviscerados. Algunos colgaban de árboles carbonizados. Muchos lucían señales o se les había grabado en la carne la condena, «hereje».

Ivanr sabía que los exploradores de la avanzadilla habían pasado junto a esos crudos jalones días antes, pero Martal debía de haber dado la orden de no tocarlos. Al principio, la visión de los cuerpos y la cruel tortura que su carne desgarraba traicionaba habían horrorizado a los voluntarios novatos del ejército; muchos de los más jóvenes, de hecho, se habían desmayado. A medida que pasaban los días e iba ascendiendo la cuenta inacabable de cuerpos ennegrecidos y desmembrados, Ivanr vio que el miedo se quemaba y dejaba un rastro de indignación y rabia hirviente. El respeto que sentía por la crueldad de esa general fue creciendo. Le pareció raro no haber oído hablar de ella antes. ¿Dónde la había encontrado Beneth? ¿Katakan? No se le ocurría ningún mercenario ni líder militar procedente de ese lugar olvidado de los dioses, allí, a la sombra de Korel.

Carr se apartó el polvo de la cara.

—Debe de haber combates en Plaga.

—¿Eso crees?

Una parte de la caballería de la Reforma pasó a la carga junto a ellos, rumbo al frente de la dispersa columna. Un destacamento pequeño, solo unos cuarenta caballos. La visión le recordó a Ivanr al noble jourilano, Hegil, supuesto comandante del ejército. Hasta el momento, lo único que ese hombre parecía mandar era la caballería. Al parecer, compartía el desdén que la nobleza jourilana sentía por la infantería y le parecía que el campesinado era indigno de su atención. Pero la inmensa mayoría del Ejército de la Reforma estaba compuesta por esos mismos campesinos (granjeros y burgueses desplazados) y para ellos, si el ejército tenía un líder, era Martal.

El potencial de confusión o discusiones puras y duras inquietaba a Ivanr. Un ejército era como una serpiente, no debería tener dos cabezas.

El lugar que Ivanr y Carr ocupaban en la columna llegó a una curva de una

estribación que ofrecía una vista del este de la ciudad de Plaga y la bahía de Plaga detrás. Las murallas de piedra de la ciudad eran altas. Pero el humo las envolvía, ondeando en jirones que partían de casi todo el interior. Flotaba tierra adentro un gran palio oscuro que empujaba el viento predominante, que soplabá del nordeste durante la estación de tormentas. La puerta del sur estaba abierta de par en par, una invitación lúgubre. El Ejército de la Reforma estaba formando delante. Al verlo, Ivanr maldijo y se abrió paso hasta el frente. Carr lo siguió.

Para encontrar a Martal, Ivanr solo tuvo que vigilar a todos los mensajeros que iban y venían. Divisó a la mujer a caballo, rodeada por personal y guardaespaldas, vestida como siempre, con su armadura y sus guanteletes ennegrecidos y sus botas negras; el cabello corto y oscuro como la noche, entreverado de gris. Esa imagen marcial encajaba con la idea de una especie de legendaria princesa guerrera, hasta que te fijabas en la cara: los labios llenos, sí, pero por lo general hoscos, con una mueca de constante disconformidad; los ojos oscuros pero perspicaces y despectivos, no misteriosos ni seductores; y la nariz que se esperaba ver en el rostro de un veterano canoso, torcida y aplastada. La Reina Negra, desde luego.

Una reina de la guerra.

Los guardias permitieron el paso a Ivanr y Carr. Cuando Martal terminó con un mensajero, Ivanr carraspeó. La mujer le hizo un gesto distraído para que hablara.

—No irás a entrar ahí —dijo él, su desaprobación era patente.

Una leve casi sonrisa, los ojos examinando las amplias columnas de la infantería.

—No, Ivanr. Estamos formando. Me han dicho que los partidarios de la Señora se están retirando al norte. —Le concedió una mirada rápida—. Necesitan tiempo para completar su huida.

Ivanr gruñó, apreciativo.

—Quieres que los imperiales jourilanos carguen con ellos.

—Sí. ¿Por qué tendríamos que ser nosotros la única fuerza que tiene que pastorear civiles? La diferencia es que los nuestros luchan.

—Una vez que se retiren, la ciudad será nuestra —dijo Carr, triunfante.

—Así que seremos dueños de una ruina carbonizada —añadió Ivanr con amargura.

Martal estaba leyendo un trozo de papel vitela que le había traído un mensajero. El contenido la hizo crispár los labios en un feo montículo.

—Para Hegil —le dijo al mensajero, que le dio un tirón a las riendas y salió al galope. Martal parpadeó y miró a Carr como si lo viera por primera vez—. Si ya la tenemos, teniente, entonces podemos olvidarnos de ella.

—Te refieres a rodearla sin más —dijo Ivanr sin aliento, impresionado.

—En la conquista de una nación, ocupar pueblos y ciudades es la ruta más segura al fracaso.

Ivanr se quedó sin habla. Miró a la mujer de forma nueva, su pesada y extraña armadura de bandas de hierro sobre cota de malla, lacada de negro, maltratada por años de servicio. Le daba la sensación de que aquella había sido una cita textual.

—¿Qué puedes saber tú de conquistar naciones?

La mujer se limitó a sonreír. Pero no era una sonrisa tranquilizadora, hablaba de secretos y de un humor negro. Señaló al oeste con una mano embutida en un guantelete.

—Hay lanceros jourilanos hostigando nuestro flanco. Tiene que ser la décima compañía, el Muro Verde. Vuestros muchachos y muchachas, ¿no, Carr, Ivanr?

Los dos intercambiaron miradas alarmadas.

—Dioses del más allá, Martal —explotó Ivanr—. ¿Por qué no lo has dicho? —Salieron empujando del círculo de guardias.

La décima compañía, que había elegido el apodo de Muro Verde, había formado en un frente amplio, las picas y lanzas miraban al oeste. Tras sus filas, escaramuzadores de la caballería jourilana cruzaban a toda velocidad de un lado a otro el terreno abierto de campos quemados. Ivanr se fue abriendo camino poco a poco y llegó a la primera fila. Ya había recogido una lanza.

—Son ligeros —dijo Carr al tiempo que sacaba la espada—. No van a cargar.

—Pero nos están encerrando. No podemos avanzar. ¿Dónde está la caballería de Hegil?

Carr se encogió de hombros.

—Ocupada en otra parte, quizá. Tenemos muy pocos.

—No podemos quedarnos aquí sentados. Las puñeteras carretas de Martal están a punto de metérsenos por el trasero.

Carr echó un vistazo atrás: la masa entera del Ejército de la Reforma estaba avanzando a sacudidas hacia el oeste, rodeando la ciudad a tientes y a punto de caer sobre ellos.

Ivanr se irguió y cogió una gran bocanada de aire.

—¡Compañía! ¡Ensanchad la línea! ¡A mi señal! ¡Ahora! —Observó a derecha e izquierda mientras las filas ajustaban los intervalos para permitir que hubiera un paso extra entre ellos. Era una de las maniobras más difíciles que había cubierto con ellos. Jamás se atrevería a intentarlo enfrentados a un cuerpo de pesados que esperara una oportunidad para cargar. Pero el movimiento captó la atención de los ligeros, que se apresuraron a acercarse, formaron una línea de persecución y se aproximaron con las lanzas todavía en alto.

—¡Compañía, preparada! —bramó Ivanr. Carr levantó la espada.

El cheurón volador de los ligeros cruzó a la carga, en oblicuo, apuntando a la línea de picas y puntas de lanzas. Las garrochas y las jabalinas salieron volando.

Hombres y mujeres chillaron, empalados. La línea limpia de picas erizadas se estremeció con un traqueteo. Una segunda carga se preparaba tras la primera. Ivanr estaba furioso. ¡Arqueros! ¿Dónde estaba su apoyo? Necesitaban arqueros para repeler a esos escaramuzadores.

—¡Firmes, compañía! ¡Preparados!

La segunda carga los rodeó. Otra andanada de jabalinas y lanzas castigó con ferocidad la columna. Ivanr vio la muralla de picas vacilar como hierbas azotadas por el viento.

—¡Firmes, la Señora os maldiga a todos! ¡Romped y termináis pisoteados!

Entonces un muro de humo cayó chorreando de los jirones del cielo y lo ocultó todo. Los vapores densos, grasientos, hedían a cosas horribles. Cosas que Ivanr no quería imaginar quemándose. Se cubrió la boca. El hollín le oscureció las manos. Todo el mundo tosía y maldecía. Ciego a todo, oyó picas que caían con estrépito al suelo. En algún lugar de la oscuridad los caballos chillaron de terror. Vislumbró una luz manchada a su derecha y se tambaleó hasta allí. En una pequeña depresión encontró a una anciana encorvada sobre un fuego humeante que soplaba los tizones relucientes.

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó Ivanr.

La anciana levantó la cabeza y lo miró con un parpadeo. Vestía los restos raídos de unos chales de varias capas sobre faldas deshilachadas.

—La comida.

La mujer dejó caer en el fuego puñados de hierba verde recién cortada y hojas verdes. Un gran penacho de humo blanco subió flotando.

—¿Quieres dejar eso?

—¿Dejarlo? Tengo hambre.

—¡Estás provocando todo este humo!

—No seas ridículo. Todo este humo viene de la ciudad.

Carr llegó corriendo, apartándose los vapores de la cara y tosiendo.

—La caballería ha huido. El campo está despejado.

Ivanr miró a la anciana agachada ante el fuego como un penitente, los codos huesudos sobresaliendo como alas. La mujer le guiñó el ojo a Ivanr.

—Dicen que los caballos le tienen mucho miedo al fuego.

—¿Cómo te llamas?

—Hermana Gosh.

—Bien, hermana Gosh. Si la Señora supiera que ha habido magia aquí, en este campo, serías mujer muerta.

—Entonces menos mal que no la hubo. Solo una ráfaga errante de viento y humo de la ciudad, ¿eh?

—Juegas a un juego peligroso, hermana.

—Ahora es el momento.

Ivanr asintió con un gruñido. Miró a Carr.

—Que la compañía forme para avanzar. Martal quiere que dejemos atrás la ciudad.

Carr hizo un saludo militar.

—Sí, señor.

¿Señor? ¿Desde cuándo? ¿Y en qué lo convertía? Con franqueza, Ivanr no tenía ni idea y decidió que tampoco le importaba.

A los veteranos que se las arreglaron para dormir bajo las cubiertas los despertaron a última hora de la tarde, justo antes de que cayera la noche. Unos veinte pelotones malazanos y una horda de marines azules atestaban los dos dromones que constituían el desgarrado catamarán. Se repartió una comida de sopa aguada con ollas y cucharones. Se recortaron las velas. La cresta de proa se redujo casi a la nada. Suth le dio un codazo a Len mientras comían las tortas.

—Hemos frenado, ¿no?

—Sí. Hay que darles tiempo a los otros para que nos alcancen, ¿eh? Y el sol se está poniendo, no lo podemos tener en los ojos.

Suth regresó al pan granulado. No se le había ocurrido. Al oeste, la costa que pasaba eran unas colinas verdes y distantes, boscosas, con pocas señales de que estuviera habitada. Más allá se alzaba una cresta de montañas altas envueltas en brumas, oscuras y coronadas de nieve. Tela pasó por allí, apretando hombros y haciendo una última comprobación de equipo. Él y Len se estrecharon los antebrazos.

—Somos los sextos. Formad a babor.

—¿Alguna munición que repartir?

Tela lanzó un bufido.

—Sospecho que estos azules van a aportar más a la lucha de lo que quisiéramos cualquiera de nosotros.

Len desechó el comentario con un ademán.

—Tenía que preguntarlo. Y esa cosa entre los barcos. ¿Qué es?

—No lo sé. Los azules no dicen ni pío. Puede que sea una catapulta.

Cuando Tela continuó su ronda, Keri se sentó con ellos.

—Eso no es una catapulta.

—Has estado echándole un vistazo, ¿eh? —dijo Len con voz profunda y una sonrisa astuta.

—Sí. Y no tiene nada de catapulta.

—¿Qué es entonces?

La mujer se encorvó y miró a su alrededor.

—Tengo una teoría... pero es una locura. —Sacó su arma, lo que Suth había

aprendido que los malazanos llamaban «cuchillo largo». La mujer comprobó el filo.

Suth frunció el ceño.

—Tú no vienes con nosotros al asalto, ¿verdad?

Keri entrecerró los ojos y lo miró, su fino rostro arrugado perdió toda expresión.

—¿Por qué? —le preguntó en tono neutro.

—Porque solo llevas cueros.

La mujer se relajó y volvió a meter de golpe su arma en la vaina de madera.

—Escucha, chaval... este es tu primer combate, así que quizá seas tú el que debería quedarse detrás de mí...

Len posó una mano en el hombro femenino.

—Tranquila, Keri. Es que está muy verde. —Y a Suth—. Y tú recuerda una cosa: en batalla, si los saboteadores te decimos que hagas algo, lo haces. ¿Estamos?

Len era cabo, así que Suth no dijo nada, aunque no veía razón para que tuviera que hacer lo que le dijeran los saboteadores. Ni siquiera iban con armadura suficiente para aguantar el primer intercambio. Era inútil llevarlos en lo que él suponía que sería un simple asalto frontal.

A medida que la tarde daba paso a la noche, se fueron reuniendo más navíos azules y malazanos. Los barcos maniobraron para colocarse en grupos de batalla. Se transmitieron mensajes en forma de llamas de colores brillantes mientras los navíos malazanos intercambiaban señales en código por medio de banderas. Suth se enteró, por las charlas que oía a su alrededor, de que el almirante azul, Torbellino, estaba al mando, cosa que a los sargentos no les hacía ninguna gracia. Hubieran preferido tener a Melena Gris allí. Nadie mencionó al joven adjunto.

La flota rodeó el cabo de una bahía y allí, ante ellos, estaba el puerto de Aamil. Parecía una fortaleza construida con el propósito concreto de resistir cualquier asalto procedente del mar. Suth pensó en Mare, no muy lejos, al sur. Dos espigones curvados se encontraban en una estrecha entrada del puerto, flanqueados por sólidas torres de vigilancia. La fortaleza principal se alzaba en línea recta, en una alta contramuralla anodina de bloques de caliza gris manchados por la sal. El acceso al puerto estaba limitado a la estrecha rada que había entre las torres fortificadas.

Len dio voz a los pensamientos de Suth y dejó escapar un largo silbido.

—Eso sí que es una fortaleza.

—Más vale que estos azules sepan lo que están haciendo —rezongó Keri.

—Hasta ahora lo han sabido.

Yana se coló entre los soldados y le dio una colleja a Suth.

—Vamos. A formar.

A lo lejos, el resonar de las campanas despertó ecos en la bahía. Los skolati se estaban preparando.

Cuatro buques de guerra azules encabezaron el ataque. Cuando los barcos se acercaron a la entrada del puerto, lo que pareció una bandada oscura de pájaros surgió de cada una de las amplias torres achaparradas. Las bandadas se resolvieron en dos chaparrones de flechas. El fuego de arcos batió las cubiertas de los buques de guerra. Suth solo pudo distinguir las formas ovaladas de los escudos levantados que tapaban esas cubiertas. Entonces resonaron un par de golpes secos y dos grandes rocas, ambas con una estela de llamas, salieron volando desde las cimas de las torres. Las rocas descendieron con un chillido y esparcieron inmensos aguaceros de espuma entre los barcos.

Suth estaba arrodillado con su pelotón junto a la barandilla de babor, en fila con otros marines.

—Unos puñeteros onagros muy grandes en esas torres —caviló Len.

—Habrà que colarse hasta allí —dijo Keri.

—¿Por qué? —preguntó Suth.

—Con esas máquinas —dijo Keri—, la puntería es peor cuanto más cerca estás.

Resonaron las voces de los sargentos de pelotón.

—¡Preparad escudos!

Más adelante, dos de los buques de guerra se mecieron en el agua cuando otro par de peñascos abrasadores se estrellaron en el mar entre ellos, mientras que los otros dos se separaron, uno por cada lado, y se fueron acercando a la orilla de rocas caídas del espigón hasta perderse de vista. Len lanzó una risita al verlo.

—¿Qué? —preguntó Suth.

—Menuda putada de elección. ¿Le disparas al barco cuya tripulación está a punto de asediarte o sigues acosando al resto?

Suth se mordió los labios y optó por rezarle a su loca colección de dioses dalthonesios para que el gigantesco objetivo en el que se encontraba (¡dos dromones juntos!) no llegaran a sufrir ningún impacto.

Una tercera andanada de piedras, y esa vez ya no llameaba ninguna, se arqueó hacia el cielo. Una se precipitó contra un transporte azul y partió el navío con limpieza por la mitad entre una aterradora lluvia de madera. La otra mandó una oleada de espuma por encima del pesado catamarán.

—¿Cabemos por ahí? —le gritó Len a un marine azul cercano.

El moranthiano se asomó y miró.

—Será... cómo decís los malazanos... por los pelos.

Se alzaron bramidos por todos lados: «¡Alzad escudos!».

Suth se acurrucó a toda prisa tras el suyo. Todo el mundo se agachó. Oyó un siseo, como un granizo o una lluvia fuerte, y tensó el brazo. Después llegó un martilleo a su alrededor cuando un bosque de flechas se estrelló contra la cubierta de madera noble y las capas de madera, cuero y laca de los escudos. Unos soldados

gritaron cuando las flechas atravesaron la barrera y empalaron brazos o encontraron carne sin proteger. Junto a Suth, un marine gruñó de dolor y rabia cuando una flecha le clavó el pie a la cubierta.

Desde la popa llegó un grito de advertencia y Suth se giró para ver al timonel caído y varios marineros azules esforzándose por enderezar el timón. El torpe gigante perdió impulso y empezó a irse de lado en la estrecha ensenada del puerto. Todo el mundo empezó a chillar advertencias.

—¡Quedaos a cubierto! —advirtieron los sargentos.

Una inmensa explosión en la torre del puerto aporreó el catamarán. Las rocas cayeron por el espigón. Una nube de polvo y humo envolvió la torre de vigilancia de ese lado. Apenas visible por encima del humo, la plataforma del tejado se ladeó, fue inclinándose muy lentamente y cayó hacia atrás, por el lado contrario de la bahía del puerto. Keri se levantó de un brinco con el escudo sujeto por encima de la cabeza.

—¡Sí! ¡Que el Embozado te lleve! ¡Así se hace!

La mujer estaba dando saltos y todo el mundo lanzaba vítores mientras la torre desaparecía en la nube de escombros y rocas que rodaron al agua e incluso se precipitaron con estrépito por la cubierta.

—¡Abajo! —chilló Tela.

Keri, y muchos otros, se fueron al suelo cuando un dromon, la otra mitad del catamarán, arañó roca sumergida.

—¡Preparad pértigas! —exclamó un oficial azul. Los marineros y marines azules dejaron caer los escudos para obedecer—. ¡Empujad!

Todavía inclinado bajo su escudo, Suth observó a los marines y marineros que se esforzaban por liberar el catamarán. Entre tanto, el abrasador fuego de arco no había menguado desde la otra torre. Muchos cayeron, aferrándose a flechas que parecían surgir de la nada. Los soldados clamaron para que se les permitiera echar una mano.

—¡Quedaos donde estáis! —chillaron los sargentos.

El catamarán volvió a mecerse cuando otra explosión se llevó la torre del lado contrario. Torre que lanzó una rociada de piedras y restos sobre el puente, tan cerca que arrancó a varios marineros azules de la proa de uno de los dromones. La torre se ladeó, se aposentó y después, poco a poco, empezó a deslizarse por el espigón en una avalancha de escombros que se estrellaron en el puerto.

Todos se levantaron de un salto y empezaron a dar vítores. Suth observó que, al caer, la torre había enterrado el buque de guerra azul anclado a sus pies. Se preguntó cuántos, si acaso alguno, quedaban a bordo.

Con todos echando una mano, el catamarán se liberó con un chirrido de las rocas y fue pasando por la bocana del puerto. Suth miró atrás y vio que casi toda la flota de invasión se agrupaba tras ellos. No era la decisión más brillante, le pareció, enviarlos tan pronto. Quizá deberían haber sido los últimos. O quizá solo estaba pensando en su

propia supervivencia.

La flota iba pasando casi proa contra popa, uno tras otro. Una nueva ronda de campanadas sonó en Aamil. Dispararon pequeños onagros y catapultas en las murallas, la mayor parte se quedó corta mientras probaban el alcance. El catamarán de Suth se dirigió directamente al centro de la contramuralla. Los otros navíos se fueron repartiendo a ambos lados.

Los barcos de pesca y los navíos mercantes comenzaron a estallar en llamas por todo el puerto. Los marineros skolati los mandaban deslizándose para encontrarse con los invasores y después los abandonaban. Los navíos azules parecían hacer caso omiso de los pequeños barcos en llamas y los apartaban de un empujón, aunque sí que plegaron todas las lonas, la parte más inflamable que tenían, imaginaba Suth.

Una gran vibración le llamó la atención, procedía de la muralla de la fortaleza principal, que se alzaba justo en el agua. Vio levantarse una nube oscura que se arqueó hacia el cielo azul noche y cada vez más oscuro.

—¡Elevad escudos! —bramaron los sargentos una vez más. Harto ya de la amenaza de las flechas, Suth se agachó.

La ringlera que los flechazos de la fortaleza abrieron en el navío fue asombrosa. La cubierta parecía casi sembrada de flechas. Tan intenso fue el fuego de proyectiles que ni siquiera se pudo intentar un contraataque. Todo el mundo se hizo una bola y se ocultó para salvar la vida bajo los escudos. Suth se atrevió a asomarse por un momento y vio transportes que chocaban con un golpe seco contra los muelles, bajaban amplias planchas y vaciaban sus cargamentos de marines en grandes hordas que subían a la carga por los desembarcaderos de piedra.

Las arbalestas y escorpiones de los buques de guerra cercanos crujieron y dispararon, y Keri se levantó otra vez.

—¡Esto tengo que verlo!

—¡Quieres agacharte! —chilló Tela.

Una andanada de explosiones envolvió la parte superior de la contramuralla en humo y fragmentos de piedra que estallaban. Los escombros cayeron en largos arcos que salpicaban las aguas como granizo o atravesaban los navíos. Keri se sentó, decepcionada.

—Sobre todo fulleros, nada más.

Len sacudió la cabeza.

—¿Qué esperabas? ¡Estamos justo debajo de la puñetera muralla!

Subió una orden del castillo de popa azul.

—¡Alzad la torre!

Keri volvió a ponerse en pie de un salto y dio un puñetazo al aire.

—¡Lo sabía! ¿Lo habéis oído? Es una torre. ¡Una puñetera torre de asedio del Embozado!

La abrasadora cortina de flechas continuaba barriendo la cubierta. Suth empezó a preguntarse cómo se las arreglaba esa mujer para sobrevivir a cualquier combate. Cerca de la proa, los marineros luchaban con unos mecanismos circulares guarecidos por los escudos levantados de los marines azules. El ruido del trinquete de hierro hacía vibrar el dromon mientras los marineros trabajaban con lo que parecía un cabrestante inmenso.

La alta construcción, tan larga como los propios navíos, empezó a alzarse de la popa. Suth se quedó mirando, asombrado. Unos escudos superpuestos componían capas por la parte frontal y los lados. La parte trasera abierta exponía una sencilla escala. Una caja protegida por paredes y techo la coronaba. Todo el mundo observó su angustioso ascenso hasta alcanzar la vertical. El agua chorreaba del trasto y parte se estrellaba contra las cubiertas. Len se estaba acariciando la barbilla, impresionado. Keri daba saltitos, apenas capaz de contener la emoción.

—Leí sobre una de estas en el *Compendio de Gatan*. Nosotros jamás hemos podido construir una.

Pero Len estaba frunciendo el ceño, preocupado por algo.

Era muy baja. Demasiado. La contramuralla se alzaba casi al doble de su altura. Justo cuando Suth abría la boca para preguntar, el ruido del trinquete cambió de timbre y empezó a girar con un sonido más profundo, más esforzado y lento. Y la torre comenzó a elevarse. No toda ella; quedó patente que la torre estaba, de hecho, compuesta por dos segmentos, uno metido dentro del otro. Era el de dentro el que empezaba a alzarse.

Los skolati habían reorganizado las defensas de las almenas y los estaban reventando con piedras que se estrellaban contra la cubierta y aplastaban a los soldados. Las andanadas de flechas volvían a caer en una lluvia implacable. Suth se ajustó la correa del yelmo con una mano mientras con la otra sujetaba el escudo por encima de la cabeza.

—¡Avanzad! —bramaron los sargentos—. ¡Listos para trepar!

Los buques de guerra y los barcos de apoyo de los flancos dispararon otra salva con las arbalestas, escorpiones y onagros de proa, Suth se encogió porque sabía lo que iba a pasar. Unas explosiones en *staccato* sobre la muralla la ocultaron entre humo y polvo. Llovieron escombros, guijarros y piedras lo bastante grandes como para abrir un agujero en la cubierta. Una marine de la fila desapareció aplastada por una piedra. Todo el mundo maldijo a los azules y los envió al Embozado. Suth estaba de acuerdo, se preguntaba qué era peor: los flechazos de la defensa o sus propios contraataques de apoyo. Entonces comprendió el críptico comentario de Len sobre que los azules iban a aportar más municiones a la lucha de las que ellos querrían.

—¡Adelante!

Los soldados se prepararon con los escudos por encima de la cabeza. Suth se

asomó bajo el suyo y miró a proa. Vislumbró al adjunto, con un casco envuelto en tela roja y un camisote de pesadas bandas y mangas de cota de malla. El joven oficial se inclinó para trepar por la escala el primero. Dos pelotones de lo que parecían marines azules de élite lo seguían. Poco después, la fila empezó a avanzar milímetro a milímetro.

Volvió el fuego de flechas, disperso, pero creciendo en intensidad, con un martilleo que parecía granizo. Un rugido sacudió la luz menguante de la tarde cuando los marines, azules y malazanos, clamaron ante la garita del oeste. Allí los esperaba una defensa mucho más intensa. A Suth se le había secado la boca como si la tuviera llena de tierra, pero tenía las palmas de las manos húmedas. Acción era lo que había querido todo ese tiempo, pero una vez metido en ella, no era lo que él esperaba en absoluto. Aquello no era una prueba de pericia personal como aquellas de la que hacían alarde sus hermanos y hermanas en Dal Hon. Pero, por extraño que pareciera, el valor que exigía quizá era todavía mayor: había que abandonar todo control personal, dejar el destino en manos de un esfuerzo mayor. Era aterrador, a la vez que embriagador. Se sentía impotente, pero también parte de una fuerza imparable.

Su pelotón, con Tela a la cabeza, llegó a la cubierta de proa. Habían quitado una sección de la barandilla y una plancha llevaba a la zona posterior de la torre. Una fila sólida de hombres y mujeres iban subiendo poco a poco por la escala con los escudos balanceándose a la espalda.

—Seguid moviéndoos —le decía un oficial azul a todo el que pasaba, al tiempo que le posaba una mano en el hombro—. No os paréis en la cima. Avanzad. Dejad sitio para más.

Pyke trepó a la escala por delante de Suth, mientras que Wess iba detrás. Len y Keri cerraban la marcha.

Aunque el agua seguía chorreando por la construcción, a Suth la subida le pareció fácil. Una especie de arena o capa de guijarros cubría los peldaños de la escala. Las flechas y rocas caían con un tamborileo de las capas de escudos y golpeaban en mal ángulo.

—Mueve ese culo gordo —le chilló Pyke a Lerdo, que iba por encima.

La torre tembló entonces y se balanceó, arriba se oyó un choque. Suth se abrazó a los peldaños con todas sus fuerzas. Pero no cayó nadie dando vueltas y la torre continuó erecta. Un rugido parecido al de una bestia y proveniente de la cima contó la historia. Habían llegado a la plataforma soldados suficientes, así que habían bajado la pasarela y habían cargado. El hierro resonó contra el hierro y empezaron a caer cuerpos dando vueltas, cuerpos que se estrellaron contra el agua con un chapoteo o golpearon la cubierta con un ruido seco enfermizo. Suth se concentró en cada peldaño que tenía que superar y se limitó a seguir subiendo.

No se atrevió a mirar abajo; nunca había sido un gran trepador. Ya le dolían los

brazos y ni siquiera había llegado a los combates. Entonces, unas manos lo agarraron por los hombros y lo auparon.

—¡Vamos! ¡Vamos! ¡Vamos! —chilló alguien al tiempo que le daba un empujón. Suth cargó tras Pyke, sacó la espada y preparó el escudo. La pasarela se combaba y se balanceaba bajo él. Llegó hasta las almenas de la muralla y bajó entre piedras hechas pedazos y una alfombra de cuerpos caídos. El ruido que lo golpeó desde detrás de la contramuralla estuvo a punto de derribarlo. Se libraban combates por ambos lados. Las explosiones iluminaban la noche de la ciudad portuaria cuando los incendiarios moranthianos llegaban dibujando un arco por el cielo y caían para florecer en una llama naranja y dorada. Suth permaneció allí, hipnotizado por la visión de aquel caos. Aquello no era la lucha tal y como él la conocía, aquello era la guerra. Dos flechas aporrearon su escudo y lo sacaron del trance, después cargó hacia la derecha, tras Pyke.

Su pelotón se había agrupado tras una fila de marines que obstruían una pasarela abierta que llevaba a una torre.

—¿A qué viene el atasco? —exclamó Yana.

—¡Quién sabe! —le respondió alguien a gritos.

Las flechas caían con estrépito de las rocas que los rodeaban, disparadas desde tejados que había tras la muralla.

—¡A ver si nos movemos! —bramó Manteca—. ¡Que aquí estamos con el culo al aire!

—¡Estoy seguro de que están en ello! —exclamó otra voz desde más adelante.

Una explosión disparó humo y escombros sobre la amplia calle que tenían debajo. Bajo la luz caprichosa, Suth vislumbró cuerpos caídos, rocas y equipo roto. Aparecieron marines que cargaron tras los defensores que se retiraban. Se alzó un gran grito en el interior de la torre y la fila empezó a avanzar.

—¿Quién crees que fue? —le preguntó Keri a Len cuando empezaron a meterse por el estrecho pasaje.

—Pulgares, quizá. O Llamalenta.

—Na. ¿Un trabajo preciso como ese? Tuvo que ser Pito.

Len hizo un ruido.

—Esa está sobrestimada.

—¡Coronad! —bramó Tela desde abajo.

Entraron a la carga y atravesaron una sala de guardia y un vestíbulo atestado de caídos, defensores skolati y marines. Habían reventado una barrera de muebles y la piedra del suelo estaba resbaladiza por la sangre y los fluidos. Habían demolido la puerta de la torre. Los pelotones que se apiñaban detrás los empujaron y salieron despedidos como un gran vómito de rabia, confusión y frustración. Los pelotones se dispersaron por calles estrechas. Tela estaba allí y tiró de Suth para mandarlo adonde

Yana, Manteca y Lerdo permanecían juntos en un triángulo, observando las puertas y ventanas oscurecidas. Suth se reunió con ellos, seguidos por el resto. Tela se dirigió a ellos con las manos levantadas.

—De acuerdo. Aquí es donde se pone peliagudo. Los skolati se han replegado, pero volverán a formar. Dónde, no lo sabemos. Debemos seguir presionando hasta la torre de la puerta este para golpearlos por atrás. Seguidme. No os alejéis. Y mantened los ojos abiertos.

Formaron dos columnas con Len y Keri en el medio y Tela en cabeza, y subieron por una de las estrechas calles adoquinadas.

—¿Cómo sabemos que es por aquí? —dijo Pyke en voz muy baja.

—No lo sabemos, ¿vale? —rezongó Yana—. Así que cierra el pico del Embozado.

Una vez que entraron en aquella calle que parecía un cañón, la luz desapareció. Solo un fulgor pálido y cambiante de los fuegos de la ciudad ofrecía algún detalle. Los ecos de los fieros combates lejanos iban y venían. Bajaron la calle a la carrera, Suth se sentía más expuesto que si hubiera estado allí fuera, en la sabana, por la noche y con los ojos tapados. A pesar del caos, la ciudad parecía estar conteniendo el aliento.

—¿Dónde está todo el mundo? —siseó Pyke—. Esto es estúpido. Deberíamos permanecer juntos.

—Todo el mundo como que se largó —dijo Wess con tono ausente mientras masticaba algo, después escupió un chorro marrón.

Algo más adelante, Tela se detuvo y levantó un puño. La calle acababa en un punto muerto, un pequeño patio. Dio la señal de girar en redondo.

—Mierda —articuló Wess, y sacó uno de los dos cuchillos largos que llevaba.

—Creo...

—A nadie le importa una mierda lo que creas, ¿estamos, Pyke? —interrumpió Yana—. Y ahora cállate, estoy intentando escuchar.

—¿Escuchar? ¿Escuchar qué?

Yana ladeó la cabeza.

—Algo...

—¡A formar! —bramó Tela.

Arriba, alrededor de la plaza, las ventanas se abrieron de golpe. Las flechas empezaron a barrer los adoquines. El pelotón se acuclilló, espalda contra espalda y los escudos cubriéndolos. Tela abrió una puerta de una patada solo para que alguien saliera a la carga y lo golpeará en el pecho con un hacha de leñador.

Para Tela fue peor la sorpresa que el daño, puesto que llevaba una brigantina pesada. Apuñaló al tipo, lo apartó de un empujón y después instó al pelotón a seguirlo al interior. Una horda de skolati salió en tropel de las puertas circundantes. El pelotón

apuñaló y lanzó estocadas desde detrás de sus escudos mientras se retiraban al interior del edificio.

—¡Manteca, Yana, defended la puerta! —chilló Tela.

—¡Sí!

Mientras Manteca lanzaba pinchazos y maldiciones y Yana aplastaba lo que podía con el escudo, Suth se escabulló hasta una escalera trasera. Observó a Tela y Len agacharse juntos en medio de lo que era el alojamiento de alguien.

—No podemos quedarnos aquí —dijo Len, que cogió una olla, miró dentro y la olisqueó.

Tela asintió con pesadez.

—Lo sé. Lo sé. Pero hay demasiados, joder. —Ladeó la cabeza y miró a Len con gesto especulativo—. ¿Llevas algo?

Len frunció los labios, consideró la pregunta y luego asintió.

Tela se puso en pie.

—¡Por las tetas de Togg! ¡Por qué no lo dijiste, coño! —Se volvió hacia donde Manteca y Yana devolvían los golpes con los escudos y acuchillaban a aquellos de la clamorosa multitud que podían abrirse camino hasta la puerta. Indicó con un ademán su enojo—. Despeja la puerta.

Len se puso en pie.

—¡Keri! Nos toca.

Se oyeron unos pasos en las escaleras. Tela chasqueó los dedos dirigiéndose a Suth, que era el que más cerca estaba. Suth cargó escaleras arriba. Se encontró con una fila de hombres barbudos con armaduras de cuero hervido. El primer hombre empuñaba una espada curva que alzó en un arco torpe y aterrado. Suth la dejó pasar y después lanzó una estocada recta y atravesó la parte interna del muslo del hombre. El tipo chilló y cayó de las escaleras a la habitación, donde el resto acabó con él. El segundo saltó a por Suth, pero este se ladeó y lo dejó caer escaleras abajo. El tercero se fue a por su cabeza. Suth se agachó, subió un poco más, apuñaló y cortó el tendón del tobillo del tipo, que perdió pie y cayó tropezando contra Suth, que se lo quitó de encima con un encogimiento de hombros y lo dejó caer para que los otros terminaran con él.

—¡Asegura esas habitaciones! —gritó Tela.

—¡Sí! —Suth se lanzó a la carga con el escudo en alto. No vio a nadie hasta que entró en una habitación y encontró una trampilla abierta, una escala y cuatro soldados skolati. Cargó. La embestida con el escudo derribó a tres. El cuarto se fue a por su cabeza y su hoja le rebotó a Suth en el yelmo de hierro, haciendo que la cabeza le zumbara y viera las estrellas. Apuñaló al skolati en el hombro antes de girar para apoyar la espalda en un muro. Los otros se abalanzaron a la vez, molestándose unos a otros. Suth confió en su escudo y se concentró en el que tenía a la derecha. Paró un

golpe, deslizó su hoja más corta por la espada y lanzó una estocada baja por debajo del camisote. El filo arañó el hueso de la pelvis al entrar.

Suth le dio la espalda a ese hombre sin esperar a verlo caer, la estocada tenía que ser letal. Una hoja le rozó la parte superior del escudo, otra le golpeó el hombro, le entumeció el brazo del escudo, pero no penetró en la armadura. Después los tres estaban en el suelo y Len y Keri estaban allí, los cuchillos largos ensangrentados.

—Eso fue una estupidez —le dijo Len en voz muy baja—. ¿Intentas ganar esta guerra tú solo? La próxima vez pides apoyo, ¿estamos?

Suth asintió, sorprendido al notar el corazón disparado, la garganta seca y los brazos temblando. Keri se había arrodillado para limpiar la hoja en el pañuelo que llevaba un hombre en la cabeza; ese gesto despreocupado hizo que Suth mirara con ojos nuevos a aquella mujer.

Len le dio un golpe en el hombro.

—Y ahora ven con nosotros.

—Sí, señor.

Fueron a una habitación que miraba a la calle. Suth se asomó. La calle estaba atestada de ciudadanos skolati. Sus gritos y maldiciones eran un rugido ininteligible. Los soldados luchaban por abrirse paso entre la multitud con las armas en alto. Len y Keri se quitaron las bolsas con un encogimiento de hombros y se arrodillaron. Después se irguieron, en cada mano sujetaban pequeños orbes de color verde oscuro.

Len usó el codo para apartar a Suth de la ventana.

—¡Municiones! —gritó por encima del hombro, dirigiéndose al interior del edificio.

—¡Sí! —fue el grito de respuesta de Tela.

Len se asomó y arrojó las suyas, una a cada lado de la puerta, después se agachó para alejarse de la ventana. Dos explosiones conmocionaron a Suth, le hicieron estallar los oídos y lo tiraron de espaldas. Empezó a caer polvo del techo. Keri se asomó, lanzó sus municiones más lejos, una tras la otra, y después hincó una rodilla en tierra. Los estallidos resonaron como martillazos en el patio.

Len miró al interior e hizo bocina con las manos:

—¡Despejado! —Recogió su bolsa y echó mano del hombro de Suth para empujarlo hacia las escaleras—. ¡Venga!

Abajo, el pelotón había formado ante la puerta envuelta en humo, listos ya.

—¡Vamos! —gritó Yana, y cargaron. Suth cerraba la marcha, cubriendo a Len y Keri. Fuera estuvo a punto de tropezar con los hombres y las mujeres que yacían derribados en la calle, o que cojeaban, cubiertos de sangre por el sinfín de brechas menores producidas por las municiones que Keri llamaba «fulleros». Un gemido bajo se escapaba del sinfín de heridos y moribundos. Escaparon del patio y volvieron a cargar calle arriba, por donde habían llegado. Tras unos cuantos giros, Keri alzó la

voz y señaló un callejón lateral.

—¡Por aquí!

Tela dio el alto y se acercó a ella.

—¿Qué pasa?

—Esto debería llevar a una calle principal.

Pyke hizo un gesto de rechazo.

—¿Cómo lo iba a saber ella?

—Cállate —le dijo Suth. Pyke lo miró con rabia.

—De acuerdo. —Tela señaló callejón arriba—. Vamos.

Suth se mantuvo en la retaguardia, detrás de los sabotadores. Mientras subían a la carrera por el estrecho camino serpenteante, le hizo una pregunta a Keri en voz muy baja.

—¿Cómo lo sabes?

La mujer sonrió, sus dientes brillaban en la penumbra.

—Acústica.

—¿Qué?

—Sonidos. Esos sonidos pertenecen a un espacio grande.

Todo lo que él podía oír era el estrépito y los gruñidos distorsionados de una multitud de combates, todo fundido en un rumor bajo, como una tormenta a medianoche. Sacudió la cabeza, no estaba acostumbrado a las ciudades. Más adelante, el pelotón se agazapó donde el callejón se abría a un bulevar ancho y arbolado que parecía subir del puerto. A la luz de la luna y bajo el fulgor amarillo cambiante de unos fuegos, Suth vislumbró ciudadanos que cruzaban corriendo con fardos de posesiones en los brazos. Len le dio unos golpecitos y señaló bulevar arriba. Un pelotón de marines moranthianos azules. Tela señaló el avance con el brazo. Se acercaron corriendo a los azules.

Cuando llegaron, alguien se irguió entre los moranthianos: el joven adjunto. Se había arrodillado para examinar unas formas oscuras que resultaron ser varios soldados malazanos caídos. Tela le dedicó al adjunto un saludo marcial muy limitado al que el otro respondió con un asentimiento.

Un grito ahogado de Lerdo llamó la atención de Suth, que miró a los caídos. Tenían un aspecto extraño, esquelético, la carne encogida y arrugada, apartada de los dientes que sonreían. Era como si los hubieran desecado.

—¿Qué pasa, señor? —preguntó Tela.

—Parece magia.

—Nos dijeron que no había que esperar ninguna.

—Así es, sargento. —El guantelete del adjunto fue a la empuñadura de marfil brillante de su espada, como si el movimiento fuera una costumbre inconsciente que tenía mientras pensaba—. Me dicen que aquí solo hay un tipo de magia. —Miraba

avenida arriba, a un edificio alto, con agujas y el tejado arqueado plateado a la luz de la luna.

—Mierda —murmuró Keri, aparte.

—¿Qué pasa? —preguntó Suth en voz baja.

—Su puñetero culto local, engendro del Embozado.

—Se vienen conmigo —le dijo el adjunto a Tela. Le hizo una seña al comandante azul, que asintió con una sacudida y les hizo un gesto a sus marines. Se dispersaron y empezaron a avanzar. Tela señaló a su pelotón que tomaran el centro, detrás del adjunto.

Más muertos malazanos salpicaban las escaleras que subían a la puerta abierta del edificio. Parecía como si un pelotón hubiera ido a investigar algo y los hubiera derribado alguna magia. No se veía ni un solo cuerpo de un defensor. El adjunto sacó su hoja y entró el primero. La mitad del pelotón azul lo siguió, después Tela hizo un gesto para que entrara el suyo y los azules que quedaban cerraron el grupo. Dentro, unos braseros en trípodes y lámparas que colgaban del techo lejano iluminaban una amplia cámara abierta. Unas columnas se alzaban en filas dobles por un pasillo central. Una especie de ornamento brillante, con la forma de una explosión de color, colgaba de la pared contraria. Unos tapices oscuros insinuaban escenas de aguas barridas por una tormenta y una mujer con túnicas blancas sueltas.

Cuatro hombres salieron de detrás de unas columnas para recibir al adjunto. Vestían largas túnicas sacerdotales, llevaban barba y en las manos sostenían unos sólidos bastones.

—Sois unos necios por haber entrado aquí —dijo uno.

—Rendíos y podréis mantener vuestra religión —respondió el adjunto.

—¡Necio! ¡Vosotros no podéis quitarnos nuestra religión! La Señora está ahora con nosotros. Todos aquellos que osan invadir están condenados.

Los cuatro golpearon con los bastones el suelo pulido de piedra. Suth sintió que algo lo golpeaba, como una mano en el pecho o una ráfaga de viento. Los marines de ambos lados se llevaron las manos a la garganta y los yelmos, invadidos por las náuseas. Cayeron de rodillas. Todos los que permanecían cerca del adjunto, incluido el pelotón de Tela, permanecieron de pie. Los cuatro sacerdotes los miraron con la boca abierta, asombrados. Quizá fuera un truco de la luz incierta, pero la hoja del joven adjunto parecía brillar con más fuerza. Este dio un paso más y blandió la espada. El sacerdote alzó su bastón y la espada atravesó con limpieza la madera oscura ribeteada de hierro. El religioso se tambaleó hacia atrás, después sus ojos llamearon con una luz interna y sus labios se crisparon, dejando los dientes al descubierto.

—Ahora te veo —dijo entre dientes, su voz había cambiado, de algún modo arrancada de la garganta—. Esa zorra de la Reina tenía que enviar a su soldado. Pero

hará falta algo más que tu persona. Me beberé la sangre de tu corazón.

El adjunto volvió a blandir la espada y la cabeza del hombre saltó rodando del cuello. En ese momento el conjuro pareció hacerse pedazos y todo el mundo cargó, derribando a los sacerdotes en un frenesí de odio. Siguieron haciendo pedazos los cuerpos mucho después de que hubieran caído. Cuando Suth cruzó hasta donde el adjunto estaba agachado, los rasgos romos del nativo se habían crispado en un ceño profundo. El joven estaba examinando el cadáver decapitado. No se veía ni una sola gota de sangre acumulada en el cuello cortado. A Suth le dio un vuelco el corazón y tuvo un ataque de asco. Se dio la vuelta y escapó tambaleándose del templo para aspirar una bocanada profunda del aire templado teñido de humo. Apareció Wess y le dio unas palmadas en la espalda.

—Putra obra de un carnicero, ¿eh? Eso no es ser soldado.

—¿Tú has... has visto... cosas así antes?

El otro asintió con brusquedad.

—Sí. No se puede hacer nada. O te mata o lo matas.

Suth volvió a respirar hondo. El rumor sordo de unos combates lejanos seguía oyéndose en el puerto.

—¿Y ahora qué?

—¿Ahora qué? —Wess se colocó bien el yelmo—. Ahora se empieza a luchar de verdad. ¡Nos dirigimos a una de las torres de la puerta! —Se echó a reír y escupió.

Entonces salió Tela, seguido por el resto del pelotón.

—A formar. Nos vamos a la puerta del este. Paso ligero.

El adjunto también salió. Los marines azules que quedaban tomaron posiciones a su alrededor. El joven le hizo una seña a Tela, que dio la orden.

—¡En marcha!

Mucho después de la medianoche, las dos galeras mare capturadas de Rillish, una embestida y escorada, bajaron vacilantes por la costa. Estaba seguro de que debían de ser los últimos navíos y que llegarían demasiado tarde para el asalto. Que todavía siguieran flotando era suficiente, por supuesto, pero aun así estaba decepcionado.

Una carabela mercante skolati, gorda y lenta, cruzó por delante de ellos, la proa hacia el sur. Los skolati no se alarmaron; que ellos supieran, eran mare averiados que intentaban llegar a casa. Rillish estaba dispuesto a dejarlos marchar. Había sido una noche de alarmas y ataques, huida y persecución, y estaban todos agotados. Una figura se acercó a la popa del lejano navío mercante, puso un pie en la barandilla baja y los miró. Llevaba armadura y la luz naranja previa al amanecer captó una filigrana brillante de plata que le adornaba la coraza y el casco y le trazaba la vaina de la espada larga.

Rillish se quedó sin aliento. ¡Que Ascu los protegiese! Volvió corriendo con el

navegante.

—¡Tome ese barco!

El hombre parpadeó, adormilado.

—¿Qué?

—¡Póngase al paio! ¡Tómelo! ¡Ahora!

El navegante miró el navío con los ojos entrecerrados.

—¡Ni siquiera es un barco de guerra!

—¡Hágalo! —Rillish cogió su espada—. O tendré que obligarlo.

El hombre frunció el ceño tras la barba.

—¡Muy bien! —Se apoyó en el timón y la galera empezó a avanzar a cabezadas.

Rillish se enfrentó al atestado navío y los animó a gritos.

—¡Remad! ¡Remad ahora con todas vuestras fuerzas! ¡Una última carga!

Los soldados gimieron y protestaron, pero la galera ganó velocidad. Los marineros malazanos que iban con ellos ajustaron la vela para aprovechar mejor el débil viento. Rillish observó durante un rato y después se volvió hacia el navegante.

—Apenas acortamos distancias. ¿No puede hacer más?

—Sus soldados reman como retrasados. No llevan el ritmo. Hacen falta años de adiestramiento. Pese a eso —se encogió de hombros—, acortamos.

Rillish se protegió los ojos con las manos y miró atrás. La otra galera capturada los seguía, pero lejos. El navegante vio su mirada.

—Ahora mismo le está lanzando todo tipo de maldiciones, creo.

—Sí. Ya me imagino.

Encontró a la capitán Peles en la proa. La mujer lo miró, confusa.

—¿Un premio de guerra, puño?

—Una corazonada. Vamos a abordar. No se lancen a la carga. Formen una fila, escudos listos, ¿de acuerdo?

La mujer hizo un saludo marcial.

—Como ordene, señor.

—Muy bien.

Su avance era agónico. El fulgor pálido previo al amanecer iba creciendo en el este. Las flechas salían volando del carguero, pero eran escasas y poco inspiradas. Cuando se acercaron por un lado, Rillish vio que tenía razón. Tres hombres con armadura oscura con grabados de plata los esperaban en la cubierta central. *Tres elegidos korelrianos, veteranos del muro*. Se alegró de tener más de cien soldados de infantería pesada respaldándolo.

Al final, el navegante se dio por satisfecho con sus posiciones relativas, la proa de la galera viró hacia la proa del carguero y le cortó el camino.

—Arrojad arpeos —exclamó—. ¡Embarcad remos!

Los marines lanzaron los arpeos de hierro con las puntas que arrastraban las

cuerdas. Los navíos se juntaron. Los remos que tardaron demasiado en retirarse se partieron en dos. Los extremos giraron de repente y derribaron a los soldados.

—¡Al abordaje! —chilló Rillish, se subió a la barandilla y saltó. Los soldados lo siguieron con los escudos a la espalda. Rillish cayó, rodó y después se levantó de un salto y se retiró hasta la fila de infantería que bordeaba el costado del barco. Los marineros del carguero permanecieron allí con las manos vacías, se habían rendido. Los tres hombres de las armaduras se enfrentaron a los intrusos con actitud serena, ellos solos, sin sacar las armas—. Preparen escudos —ordenó Rillish. Los soldados obedecieron y formaron una fila. Rillish sacó las espadas de duelo y señaló a uno de los guardias de la tormenta korelrianos—. Ríndanse y se les perdonará la vida.

—¿Sabe quiénes somos? —preguntó el hombre desde detrás de la estrecha ranura de su ornamentado yelmo negro azulado.

—Sí, lo sé.

—Entonces conoce la respuesta.

—Sí.

—No podemos permitirle que haga alarde de nuestra derrota, invasor. No se quedará con nuestras espadas ni armaduras para escupir sobre ellas como despojos de guerra. Sería un insulto a Nuestra Señora. Intolerable. Y por tanto...

Rillish cogió aire para gritar y se abalanzó.

—¡No!

Los tres se dieron la vuelta y saltaron por la borda. Rillish corrió hasta la barandilla y se quedó mirando abajo. Tres formas oscuras se iban hundiendo, las espadas en la mano, reluciendo bajo la luz sesgada, sostenidas ante los yelmos. ¡Dioses! Era inconcebible. Tanto fervor. Tanta dedicación. Qué desperdicio. Notó que se le empezaban a llenar los ojos de lágrimas y les dio la espalda.

La capitán Peles estaba allí asomada, inquieta.

—Esos eran korelrianos, ¿no?

Rillish carraspeó.

—Sí —dijo con voz pastosa.

—¿Y hemos de invadir sus tierras?

Rillish casi se echó a reír cuando lo pensó.

—Sí.

La mujer no dijo nada; su expresión escéptica fue suficiente.

—¡Cautivos, señor! —Un soldado se acercó corriendo y saludó—. La carga, cautivos humanos. Cientos metidos a presión ahí abajo.

Rillish respondió al saludo marcial.

—Gracias, soldado.

—¿Esclavos? —dijo Peles, sorprendida—. ¿Trafican con esclavos?

—En cierto modo, capitán. Cuerpos. Cientos de cuerpos destinados a la muralla.

Cuerpos cálidos para ocuparlo y defenderlo contra los jinetes de la tormenta. — Rillish se dio cuenta de que la mujer estaba conmocionada—. Conduciremos el velero a Aamil. Allí los liberaremos, si podemos llegar al puerto. Que el navegante envíe a los marineros de los que pueda prescindir.

La capitán Peles hizo un saludo marcial.

—Sí, señor.

Justo después de que el sol abandonara el horizonte, el navío skolati capturado por Rillish chocó contra el muelle de piedra de Aamil en uno de los últimos amarraderos disponibles. Los soldados malazanos arrojaron las cuerdas. La maga de Ruse, Devaleth, estaba allí, esperando para recibirlo. Tras las últimas órdenes al navegante del barco, el puño fue a la pasarela y se encontró allí a la capitán Peles con un destacamento de la pesada malazana.

—No es necesario, capitán.

—Sí que lo es, señor. —Le hizo un saludo marcial—. Es usted un puño imperial. Debería tratarse como tal.

Rillish respondió al saludo y asintió con la cabeza, agotado.

—Muy bien, capitán. —Trepó a la pasarela y se inclinó ante Devaleth, que recibió el saludo con gesto irónico pero satisfecho.

—Me alegro de ver que lo ha conseguido —le dijo a la bruja.

—Lo mismo digo. —La mujer señaló el muelle—. Por aquí.

Lo llevó a una entrada alta y gruesa. Peles los siguió con la guardia. Los desechos de guerra se apilaban allí, y los equipos iban y venían, todavía sacando cuerpos de los restos amontonados y llevándoselos en carretas para enterrarlos o quemarlos. A Rillish le sorprendió que el amplio arco de piedra siguiera intacto. Cuando pasaron por debajo, las piedras estropeadas por manchas oscuras, Rillish no pudo evitar hacer una observación.

—¿Por qué los azules no se limitaron a volar la entrada?

Devaleth caminaba con las manos entrelazadas a la espalda. Fruncía el ceño mirando al suelo, el rostro demacrado, ojerosa.

—Sí, ¿por qué no? Lo demás lo han quemado y reventado.

Rillish carraspeó.

—Yo... lo siento por sus compatriotas, Devaleth.

La mujer asintió con aire ausente y siguió caminando.

—Nunca pensé que vería esto. El bloqueo roto. No me malinterprete, me alegro, por supuesto. Es necesario. Aun así... —Le dedicó una sonrisa glacial—. Es un golpe para el orgullo.

Un pelotón apostado en una intersección se irguió y saludó. Rillish respondió al saludo. Devaleth lo guió y doblaron la esquina.

—Tengo entendido —dijo la bruja— que los azules temen un contraataque de Mare. Así que dejaron las defensas tan intactas como les fue posible.

—Ah. Entiendo. ¿Cómo están los skolati?

—Tranquilos. Igual de conmocionados, quizá. Permanecen en sus casas. No cabe duda de que su esperanza es que nos vayamos sin más.

—¿Estuvo usted aquí para el ataque?

—No. Estaba con el almirante. Cuando rompimos el bloqueo me envió con unos mensajes de última hora para el puño supremo.

Rillish sintió un nudo en el pecho.

—Ah. Sí. Por supuesto. —El hedor a humo que flotaba sobre la ciudad puso enfermo a Rillish. Siempre había sabido, claro está, que tendría que presentarse ante el tipo, pero de alguna forma había conseguido no pensar en ello.

Devaleth señaló con un gesto el estrecho camino adoquinado que llevaba a una posada donde hacían guardia soldados malazanos.

—Hemos llegado.

Cuando Rillish entró, dos pelotones que haraganeaban en la sala común se pusieron en pie y saludaron. Rillish les respondió con un asentimiento. Después le hizo una seña a la capitán Peles para que esperara allí con su guardia y siguió a Devaleth escaleras arriba.

Dos soldados hacían guardia ante una puerta del tercer piso. La maga llamó y le abrió el joven adjunto, Kyle. Su denso cabello negro estaba hecho un desastre y la cara ancha y oscura moteada de hollín; todavía vestía el camisote blindado, ni siquiera se había aseado aún tras el combate. Inclino la cabeza a modo de saludo.

—El puño Rillish —exclamó, y abrió la puerta de par en par.

El puño supremo estaba dentro, delante de un hombre con unas túnicas de aspecto costoso, con barba y sudando, flanqueado por soldados malazanos. Melena Gris despidió al hombre con un ademán.

—Eso es todo por ahora, patriarca Thurell. Lo quiero todo reunido en la plaza mayor. Suministros, las monturas, carretas.

—Sí, sí. Desde luego. —El hombre se inclinó a sacudidas con las manos entrelazadas con fuerza en el regazo. Parecía aterrado. Los soldados lo escoltaron hasta la puerta, pasaron junto a Rillish y lo sacaron de la habitación.

Melena Gris bajó la cabeza y miró a Rillish. Sus ojos parecían de un azul más brillante de lo habitual, resplandecientes bajo el ancho estante de la frente. Rillish se inclinó.

—Felicidades por su victoria, puño supremo.

Melena Gris apoyó el cuerpo en una mesa y se cruzó de brazos.

—Aquí al fin, puño Rillish Jal Keth. Ahora que los combates han terminado.

Rillish apretó los dientes para contener el impulso de reírse del comentario y

carraspeó.

—Vimos mucha acción en el mar.

—Sin duda.

Rillish tragó saliva y se apretó una mano enguantada hasta que le dolió. Sintió a Devaleth allí, a su lado, y la rigidez de la mujer, pero no se atrevió a mirarla.

—¿Tiene órdenes, señor?

Quizá fuera la mala iluminación de la sala, pero a Rillish le pareció que el hombre lo miraba con el ceño fruncido, como si intentara pensar qué podía hacer con él. Incluyó la boca amplia y aspiró una bocanada pesada de aire.

—Resulta que varios pelotones del Cuarto han seguido avanzando hacia el interior, que resulta que era mi intención. Usted debe encabezar al resto del Cuarto e ir tras ellos. Presione, puño. Siga presionando hacia el oeste. Yo lo seguiré con el puño Shul y el cuerpo principal. Aquí mi adjunto Kyle lo acompañará. Al igual que la maga suprema.

Rillish asintió con una sacudida.

—Desde luego, puño supremo. Lo entiendo. Desea abrirse camino antes de que los skolati puedan organizar un contraataque. —Saludó con la cabeza al adjunto, que permanecía en la puerta, la cara sin emoción alguna y las manos en el cinturón—. Sea usted muy bienvenido. —El joven se limitó a asentir, autosuficiente por completo. *Así que mi niño. Esta vez Melena Gris no va a correr riesgos con sus subordinados.*

—Partirán de inmediato. Tengo entendido que incluso podemos ofrecerles algunas monturas.

—Eso también sería bienvenido.

El puño supremo hizo una mueca, como si estuviera incómodo, y se frotó la mandíbula sin afeitar. Rillish esperaba que fuera porque el tipo estaba tan a disgusto con la entrevista como él. Después, Melena Gris se limitó a señalar la puerta con un ademán.

—Eso es todo.

Rillish se puso firme con gesto rígido e hizo un saludo marcial.

—Puño supremo.

El adjunto abrió la puerta.

Al llegar a la calle, Rillish no dijo nada. Filas de infantería pasaron a su lado a paso de marcha. Brotaban columnas de humo de los edificios que seguían ardiendo. Escombros rotos tapaban una calle lateral. Nada de ello quedaba registrado con claridad en su memoria; todo le daba vueltas, el pulso le palpitaba en el pecho y las sienes. Caminaron uno junto al otro, Devaleth y él, el adjunto se había quedado atrás de momento.

—Muestra gran paciencia, puño —dijo Devaleth en voz baja.

Rillish miró atrás, a la capitán Peles y su guardia, e hizo un ademán brusco, como si quisiera apartar el recuerdo.

—Da igual si bramo y vocifero, él sigue siendo mi oficial al mando. No hay nada que pueda hacer. Por tanto, prefiero cultivar la ecuanimidad. Para mi tranquilidad mental.

—Su paranoia amenaza con incitar las mismas acciones de las que sospecha.

Rillish le lanzó una mirada dura.

—Le agradeceré que no vuelva a hablar de tales cosas, maga suprema.

La bruja inclinó la cabeza.

—Como prefiera, puño.

—Por ahora vamos a organizar al Cuarto. Celebraré una reunión de personal a mediodía.

—Muy bien, señor.

Orzu llevaba toda su vida pescando en los mares interiores de Korel y sus archipiélagos. Había nacido en un barco, no formaba parte de ninguna nación ni estado, y había crecido sin saber de lealtades a tierras o países. En los últimos tiempos él y su clan habían estado viviendo en una aldea de pescadores diminuta, tan pequeña que no aparecía en ningún mapa. Era una colección de chozas de piedra con tejado de pizarra en las orillas de las Llanuras de Plaga. Y si uno trepaba a la colina más alta a un día de camino de allí y guiñaba los ojos con fuerza mirando al sur, podían distinguirse apenas los picos nevados de la cordillera de Yermo Helado. Así que fue toda una sorpresa cuando tres hombres y una mujer bajaron a pie la desierta orilla de piedras negras, pulidas por las olas, y se acercaron adonde él estaba sentado, remendando sus redes al socaire de su barca.

Los observó aproximarse sin ocultar su mirada franca. Llegaban de un viaje duro. ¿Quizá un naufragio costa arriba? Armas y armaduras. Soldados. Pero ¿de quién? ¿Estigios? ¿Jasstoneses? No lo parecían. El más bajo tenía un aspecto claramente extranjero, con ese tono oscuro, casi azul.

Si eran corsarios, eran los bandidos de aspecto más lamentable que Orzu había visto jamás. Había ladrones que pasaban por allí de vez en cuando: prófugos de Jasston, matones de Estigio. Él y los otros aldeanos no tenían armas especiales ni armaduras con los que presentar oposición; su principal defensa era la apariencia de no tener nada. Así que se limitó a mirar a los cuatro mientras se acercaban. El que iba en cabeza, el tipo de piel azulada, posó una mano en el costado de su barco varado en la arena, y se dirigió a él en mal katakano.

—¿Tú vender barco?

Orzu se sacó la pipa de la boca.

—No, yo no vender barco.

—Nosotros pagar mucho oro, mucha moneda.

—Peces no quieren moneda.

Los cuatro hablaron entonces, el idioma era extranjero, pero con un tono cantarín muy conocido. A Orzu le pareció que casi podía captar alguna palabra que otra. Se habían acercado más y fue entonces cuando observó que un tipo tenía la punta de la nariz negra, y otro los bordes de las orejas. La piel de los cuatro estaba agrietada y ensangrentada, desprendida. Congelación. Y además bastante grave. No habrían bajado de los Baldíos de Hielo, ¿verdad? Pero si eso era un vacío desolado.

—Nosotros pagamos para que tú nos lleves. A Korelri. ¿Sí?

Orzu lo pensó.

—¿Cuánta moneda?

El portavoz señaló al más alto de todos, un guerrero grande y fuerte con una cota de malla que le colgaba hasta los tobillos, un escudo ancho a la espalda y un yelmo atado al cinturón. Su largo cabello negro era una gran melena. Este le pasó al que hablaba un grueso saco de cuero. El portavoz se lo tendió a Orzu. Era asombrosamente pesado. Orzu miró dentro y sacó una moneda. Oro. Una fortuna más grande de la que había soñado tocar jamás. Cerró la bolsa y apretó bien los cordones.

—Os llevo. Pero debo llevar esposa, hijos.

Los cuatro se miraron unos a otros.

—¿Llevar a tu... familia? —dijo el portavoz.

—Sí. Mi precio. Llevo esposa, hijos. Vamos mañana por la mañana. ¿Sí?

—¿Por qué...?

—Mi precio. No tan alto, ¿sí?

—Bueno...

—Llamo Orzu. Hacemos trato, ¿sí?

—Penas. Trato hecho.

¿*Penas*? Qué nombre más raro. Debía de ser por el tono de la piel, que era penoso. Orzu se encogió de hombros para sí. Daba igual. Dejó en el suelo la red que estaba remendando y se puso en pie.

—Primero comemos. Mi mujer hace estofado de pescado. Es bueno, veréis.

Eso captó su interés. Los cuatro se animaron en cuanto se mencionó la comida caliente.

Náufragos. Tenía que ser. ¿Qué otra explicación podía haber? De acuerdo. Comerían bien, conocerían a la familia.

Y él tenía una familia muy grande.

El hedor era lo que más le costaba soportar a Shell. Se sentó cerca de la entrada (simplemente un agujero abierto en las piedras apiladas de los muros de la choza) y sostuvo el cuenco de arcilla en las manos, lejos de la cara. Entre tanto, la mujer

gorda, la esposa del tipo, le sonreía sin dientes, la única mujer presente, aparte de ella. A sus pies, una caterva de chiquillos lloraban, luchaban entre ellos, la miraban con la boca abierta, tan pegados a ella que podía olerles el aliento maloliente, y engullían el estofado podrido. ¿De quién eran? No de aquella anciana pareja, seguro.

—Penas —lo llamó al tiempo que apartaba a un crío que parecía decidido a encontrar algo oculto en lo más profundo de su nariz—. Les quitamos la barca y nos vamos. Estamos perdiendo el tiempo.

Desde donde se había sentado junto al ininteligible viejo, al parecer el patriarca de aquella horda, Penas sacudió la cabeza.

—Es su sustento, Shell. Se morirían de hambre.

Lazar metió la cabeza.

—Ahí fuera llegan más. Han amarrado dos barcos más.

—Gracias. —¡Más! ¡Una puñetera reunión familiar!

Al menos Dedos parecía en su elemento: se dedicaba a fascinar a los críos con trucos de magia. Los pequeños chillaban encantados cuando el hombre hacía aparecer piedras en sus narices y bocas. Shell llamó a Penas.

—Hay más fuera.

Penas habló con el viejo, escuchó y ladeó la cabeza, concentrado. Familia política. Los hermanos y hermanas de los cónyuges de sus hijas e hijos y sus retoños.

—Bueno, pero en el nombre de la Reina, ¿quiénes son estos niños?

Penas pareció sorprendido.

—¿Es que no lo has escuchado? Nietos, por supuesto.

—Penas...

—¿Qué te parece la comida?

—Es repugnante. ¿Por qué?

Una carcajada.

—Solo me lo preguntaba, porque parece que nos espera mucha más.

—¿A qué te refieres?

Penas agitó la mano para abarcar a los niños, los hombres y las mujeres sentados fuera, en las piedras lisas y desnudas, observando y esperando.

—Porque parece que acabamos de contratar al clan entero.

—¡Penas!

A la mañana siguiente, doce amplios barcos pesqueros (o botes largos, imaginó Shell que se podían llamar), se encontraban varados en la arena. El clan pescador de Orzu estaba muy ocupado cargándolos con sus escasas y malolientes posesiones. Después de reflexionar un tiempo, Shell empezó a entenderlos: era su oportunidad de escapar de esa costa desolada. Otros se habían armado también de valor para hablar; una chica, con un embarazo muy adelantado y con otro en brazos, parecía haberse

encariñado con Shell.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó a la chica.

—Ena. —El pequeño que llevaba en brazos luchaba por abrir la blusa para alcanzar un pecho hinchado. La chica apartó las manitas—. ¿Tú?

—Shell. ¿Dónde iréis?

La chica se encogió de hombros.

—Vamos a Robo.

—¿Qué haréis allí?

De nuevo el encogimiento de hombros indiferente.

—Lo mismo que aquí.

Eres más sabia de lo que crees, joven niña-mujer. Para ti, por desgracia, es improbable que cambien las cosas.

Ena miraba los cueros suaves que Shell vestía bajo el grueso manto de viaje, también los guantes de cuero y las botas altas.

—¿De qué lugar venís?

—Del sur. Muy al sur. Antes de eso, muy al norte.

Una mujer mayor, parentesco exacto incierto, se acercó y le quitó el niño a Ena, después las dos estuvieron discutiendo durante un rato hasta que la mujer mayor se fue con gesto colérico.

—¿Qué pasa? —preguntó Shell.

Una sonrisa.

—Madre dice que soy vaga. Trabajo que hacer. Pero yo le digo que ya no soy una niña que pueda mangonear. La... Santísima Señora... ¿se conoce de donde tú eres?

A Shell le sorprendió el repentino cambio de tema. Tardó un momento en contestar.

—No. No se la conoce. Solo se la conoce aquí.

Ena metió una mano bajo la hinchazón de su vientre. Sus muchos parientes iban de un lado a otro preparando los barcos. Penas estaba discutiendo con Orzu junto a un esquife especialmente cargado; parecía imitar un hundimiento.

—Sí. Eso pensamos. Dan igual las palabras de sus sacerdotes.

—¿Sus sacerdotes? ¿Los habéis oído?

Ena asintió con una seriedad infantil.

—Oh, sí. Vienen aquí. Vagabundos medio muertos de hambre. Se quedan y nos predicán. La Señora esto y la Señora aquello. Intentan convertirnos.

—¿Convertiros? ¿No veneráis a la Señora?

La chica asintió, muy seria.

—Oh, no. Nosotros somos el pueblo del mar. Seguimos las viejas costumbres. Oh, el último de los sacerdotes parecía bastante inofensivo hasta que intentó usar a los niños para satisfacerse. Así que lo atamos y lo arrojamos al Padre Mar.

—¿El Padre Mar? Oh, sí. Las viejas costumbres.

—Sí. El Padre Mar. El Padre Cielo. La Tomadora Oscura. La Madre Fértil. Y la Encantadora. Los sacerdotes hablaron sobre todo contra ella. Pero nosotros no escuchamos. Conocemos a la Señora por su antiguo nombre: Shrikasmil, la Destructor.

Shell estudió a la niña-mujer mientras esta contemplaba el mar. Era bonita a pesar del pelo grasiento y la cara sucia. Bonita quizá solo por su juventud y su embarazo.

—¿Para qué viajar a Robo, entonces? Seguro que no seréis bienvenidos.

De nuevo el encogimiento de hombros despreocupado, aunque teñido por una sonrisa irónica.

—En ningún sitio somos bienvenidos. Somos el pueblo del mar. Vamos y venimos como nos place. Elegimos buscar abrigo en Robo hasta que nos echen. Fue raro, ¿sabes?... —Y ladeó la cabeza, las cejas se le arrugaron—. Se alegró cuando lo tiramos. Contento. Quería ser un mártir de la Señora. Todos quieren morir por ella. Es perverso. ¿La fe no debería buscar la vida?

Shell no dijo nada. Ena respondió a su propia pregunta con lo que parecía su respuesta para todo: un encogimiento de hombros indiferente. Después se desperezó y se alejó para echarle una mano a su familia. Shell se quedó mirando al mar, inquieta. Una cosa que la chica había dicho. Morir por ella. «Todos quieren morir por ella.» Algo en eso despertaba sus instintos. No sabía lo que era, todavía. Pero había algo. Podía sentirlo, igual que podía sentir la mirada torva y ardiente de la propia Señora, que los contemplaba con gesto colérico desde el norte. A partir de ese momento, ninguno de ellos podría invocar sus sendas.

Libro segundo



LA TIERRA

En el subcontinente conocido por algunos como Korel, por otros como Puño, los elegidos que defienden la muralla de las Tormentas de los ataques de los «jinetes», traídos por el océano, predicen que si esos jinetes abriesen la muralla, lo barrerían todo y sumergirían el mundo entero en un reino eterno de hielo y tormenta.

A pesar de esas afirmaciones, el emperador malazano Kellanved ordenó a sus ejércitos invadir las tierras de Korel. Eso enfrentó a la Guardia de la Tormenta con una elección aterradora: defender el muro o defender sus tierras. Con gran habilidad, Kellanved retiró con prontitud la necesidad de dicha elección ofreciéndose a limitar sus propiedades al territorio ya ocupado. Los elegidos aceptaron de buena gana esos términos. En ese, y en muchos otros pactos, puede decirse que Kellanved maniobró y negoció para conseguir su imperio. Pocos en estos tiempos saben apreciar esa distinción.

Esbozos de historia
Ordren Stennist
Academia, Kartool



La historia no consiste más que en las mentiras que nos contamos para justificar el presente.

Libro del conocimiento prohibido
Odwin Innist, erudito condenado

Año 33 de la ocupación malazana

Año koreliano 4178 D. M.

Norte de Elri, isla de Korel

Tras la décima oleada de la noche, el lord protector Hiam descubrió que le fallaba la resistencia. Tiempos había habido en los que podía aguantar dos turnos de combates continuos sin que le afectara el esfuerzo. Pero en la parada debilitada de la estocada de un jinete, la criatura a punto estuvo de arrancarle la lanza de la mano y vio al instante que no duraría hasta el amanecer.

Abandonó el contraataque y se contuvo en su lugar, conformándose con dejar pasar a ese jinete. Los hombres de su escolta instaron a la criatura a seguir. Pero no hubo tiempo para recuperarse porque la siguiente ola llegó rompiendo a mucha más altura de lo que recordaba jamás en días tan tempranos de la estación. La ola inundó las defensas inferiores. Hiam bajó a la carga hacia donde los elegidos chapoteaban en el agua gélida que les llegaba a la rodilla. Los jinetes recorrían los maticanes exteriores. Su armadura de hojuelas parecidas a conchas colgaba como faldas harapientas hasta las aguas. Dejaron caer las lanzas y sacaron espadas largas con filo de sierra.

Él y sus seis guardaespaldas se estrellaron contra los jinetes como una ola también. Hiam se abalanzó contra uno por lo alto para atraer su parada mientras su escolta lanzaba una estocada baja y empalaba al demonio, que gruñó y cogió la lanza, solo para que le abrieran la mano cuando el guardia liberó de un tirón el filo amplio con forma de hoja. Ese jinete cayó en el agua poco profunda y se disolvió como hielo podrido. Otro jinete se deshizo de los ataques de dos elegidos para cargar contra Hiam. Este desvió el ataque del jinete, pero la hoja de hielo se enganchó en el mango de la lanza del lord protector como un puño cerrado y lo apartó de un tirón.

Una especie de aceptación tranquila se apoderó de Hiam entonces. El jinete había

penetrado en su defensa; así debían terminar las cosas para él. El diablo blandió la espada, pero la lanza de un guardia desvió la hoja lo suficiente como para que rebotara en el yelmo completo de Hiam como una campana. El impacto lo hincó de rodillas.

Sus guardias se arremolinaron para defenderlo. Hiam consiguió ponerse en pie y arrojó su lanza contra el jinete, después se quitó el amplio escudo redondo de la espalda y sacó la espada de ataque. Para entonces, sus guardias habían acabado con el último jinete.

Así sea. El espíritu no cede, pero la edad me traiciona. Imagínate, haber sobrevivido casi treinta estaciones en el muro y solo para caer víctima de un enemigo tan pedestre: el caracol de los años.

Fuera, entre los golpes secos de las olas que iban a romper allí, los jinetes no siguieron presionando. El más cercano frenó su montura cuasiequina de hielo, del color resplandeciente del zafiro y la espuma de madreperla, y se hundió bajo la superficie. Al irse, Hiam creyó verlo alzar su lanza a modo de saludo marcial. *La Señora maldiga esa fachada de honor y cortesía. No engañan a nadie.*

El ataque contra esa sección del muro había terminado de momento. Un golpecito en el hombro hizo saber al lord protector que también podía dar por finalizado su turno. Se dio media vuelta, acompañado por su escolta de seis, de regreso al adarve que había tras las defensas superpuestas de la cima. Temblando, se quitó los guanteletes forrados para calentarse las manos en un brasero cercano. Se dijo que los temblores eran de frío... solo de frío.

Estoy más lento. Doblo en edad a los hombres que me rodean. Quizá no dure la estación entera. Solo hace falta un error, o la pesadez creciente del agotamiento. Mejor así, sin embargo. Mejor caer ahora en las murallas que quizá vivir para ver... ¡No! Eso es indigno, ¡que la Señora me perdone! La debilidad me pone a prueba.

Bajó todo lo que pudo las manos humeantes hasta que el calor las abrasó y las apartó de golpe con un gemido. Se le llenaron los ojos de agua. *¡Cómo echaré de menos a estos hombres!* Se sentía como si el corazón se le estuviera convirtiendo en un nudo en el pecho. *Ese es mi pesar. Que no compartiré más momentos con mis hermanos. Estos son los mejores de los hombres. Nuestra causa es justa y nuestros corazones son puros.*

Otras manos se extendieron sobre las brasas de carbón, Hiam alzó la vista y vio al mariscal del muro Quint mirándolo con los ojos entrecerrados.

—Por poco —murmuró Quint.

Hiam carraspeó.

—No debería haber pasado. Perdí pie, nada más.

Sin ni siquiera dignarse a honrar la excusa con una respuesta, Quint lo observó por encima de las ascuas.

—¿Tienes algún informe? —preguntó Hiam, con cierta irritación.

Un asentimiento lento.

—Problemas en el oeste. Fuera, cerca de la torre del Viento. Cayeron siete en un solo turno, una mala racha.

Hiam se irguió, alarmado.

—¿Y?

—El mariscal real estaba allí. Rogó la gracia de la Señora... y recibió respuesta. Resistió hasta que llegó el alivio.

Hiam asintió con un gruñido y se relajó.

—Entiendo. Bendito sea, entonces. La Señora se lo ha llevado con ella. Ruego para que se siente junto a los mártires sagrados.

Quint asintió de nuevo.

—Lo creyó digno.

—¿Y nuestro campeón?, ¿cómo le va?

—Se ha despertado. Parece que podremos sacarle otra estación, después de todo.

—Excelente. Eso libera a muchos hombres.

—Sí. Y tú, ¿qué te creías que hacías ahí abajo?

Hiam se ciñó mejor el manto alrededor de los hombros.

—Ayudar.

—Una maldita estupidez, eso es lo que era. Desperdiciarte así. No lo hagas. Todos te necesitamos. Los hombres necesitan saber que estás velando por ellos. Eso solo ya vale mil lanzas.

A Hiam le impresionó aquel estallido de locuacidad de su amigo. Era el discurso más largo que le había oído en años. Sonrió con ironía al ceñudo mariscal del muro.

—Vaya, Quint... si no te conociera mejor, pensaría que estabas preocupado.

—¡Ja! Te quiero fuera de la acción. ¿Voy a tener que apostarte un guardia al lado?

—Tú no harías eso.

—Sabes que lo haría y sabes que estoy en mi derecho.

Y lo está. La función del mariscal del muro era ser el contrapeso del lord protector, y su juez también, si fuera necesario.

Hiam optó por cambiar de tema.

—¿Se sabe algo de maese Stimins? —preguntó.

Quint lanzó un bufido de desdén.

—Me lo crucé en la muralla de las Estrellas. Allí tirado, con la oreja pegada a las piedras. Dice que estaba escuchando el muro. Chiflado como un gato que ladra.

Hiam sonrió al imaginar el enfrentamiento. La cólera de Quint. La absoluta confusión de Stimins al verlo así.

Quint giró la cabeza y atrajo la mirada de Hiam hacia un mensajero que se acercaba. El hombre llegó a la carrera y les tendió un papelito doblado. Hiam le dio

las gracias y cogió la misiva.

Emisario del jefe supremo de Puño. Deben hablar. Shool.

Hiam miró al correo y asintió.

—Lo acompañaré de regreso. —Y a Quint—. El muro es suyo, mariscal.

La cara llena de cicatrices de Quint se arrugó todavía más.

—Ya era hora, joder.

Ya había amanecido cuando Hiam y el mensajero llegaron a la Gran Torre. El lord protector apretaba los dientes contra la bilis amarga del agotamiento, había conseguido salvar las últimas leguas al trote solo a base de voluntad ciega. Al llegar a la puerta, le dedicó un asentimiento rígido al mensajero y lo despidió sin arriesgarse a decir ni una palabra. Una vez dentro, se recostó en la puerta para aspirar grandes bocanadas de aire caliente e intentar tragar algo de saliva para mojar la reseca garganta. Se acercó un guardia y Hiam se arrodilló para ajustarse las envolturas de cuero tachonadas y las grebas. Al verlo, el guardia, un elegido veterano, se puso firme.

—¡Señor!

Hiam se irguió y recibió el saludo del hombre con un asentimiento, después retiró los pliegues del manto y se quitó el yelmo. Se pasó una mano por el pelo empapado de sudor y congelado.

—Calentito ahí fuera esta noche, Chenal.

—Y yo metido aquí dentro.

—No importa, más que suficientes para todos. Mañana, ¿eh?

—Sí. Mañana.

—¿Invitados?

Chenal alzó la mirada al techo.

—Afirma ser rooliano. Pero es uno de esos invasores de hace mucho tiempo. Tan claro como la nariz que tiene en la cara.

—Gracias, Chenal. Deles recuerdos míos mañana.

—Eso haré, sin duda. —El hombre hizo un saludo marcial con el puño en el corazón—. ¡Lord protector!

Hiam respondió al saludo y se dirigió a las escaleras de caracol. Se tomó su tiempo. Se limpió la cara con el manto mientras subía y recuperaba el aliento. Junto a la puerta hizo una pausa, y después la empujó poco a poco. Dentro, el mariscal Shool se levantó de un salto e hizo un saludo marcial.

—¡Lord protector!

Otro hombre se volvió en redondo, sobresaltado, donde se encontraba de pie, calentándose junto a la chimenea. En cuanto se giró, Hiam supo que era malazano, su piel era de un tono mucho más oscuro que el marrón café común entre muchos de

Korel. Iba envuelto en mantos de piel y calzaba botas gruesas; un gorro de piel descansaba en una silla cercana.

Hiam saludó a Shool, que estiró una mano y señaló al invitado.

—Lord Hubark, emisario del jefe supremo de Puño.

Hiam se inclinó, colocó el yelmo en la mesa estrecha que había junto a la puerta, dejó el escudo en un soporte y después colgó el manto.

—Lord Hubark. Sea usted muy bienvenido.

Hubark también se inclinó, y después sus anchas cejas negras se arrugaron con gesto confundido.

—¿Ha estado en combate, lord protector?

Hiam se acercó a un aparador, se sirvió una taza de té y cogió una rebanada de pan negro.

—Por supuesto. Todo hermano y hermana de la Guardia de la Tormenta ha de luchar. Durante la estación nadie se aleja del muro más de un día.

—Por supuesto —repitió el emisario con voz débil—. Muy loable.

Hiam lo invitó a sentarse ante su sencillo escritorio de madera y se deslizó detrás. Intentó no mostrar el alivio que sintió cuando sus doloridas piernas dejaron de soportar su peso. Shool se inclinó y se dispuso a irse; Hiam le hizo un gesto para que se quedase.

—¿A qué debemos el honor de su visita, mi señor?

El hombre se sentó con mucho cuidado de estirar las túnicas ribeteadas de piel. Armiño y lobo, le pareció a Hiam. Su cabello rizado y negro estaba aceitado hasta alcanzar un matiz brillante y varios anillos con incrustaciones de piedras rojas relucían en sus dedos. Hiam reflexionó que quizá ese era el primero de esos invasores malazanos que veía que no estaba encadenado al muro. *Venden a los suyos con tanta facilidad como a cualquier otro... Recuerda eso, Hiam.*

—Porto una misiva personal del jefe supremo Yeull. Se me ha confiado su contenido y se me ha instruido para que le ofrezca las aclaraciones que sean necesarias.

Qué orgulloso está de la intimidad que disfruta con ese supuesto jefe supremo, ¿a que sí...? Hiam miró por un instante el catre que lo esperaba al otro lado de la habitación. *¿Por qué no se limitó a entregar el puñetero papelajo?*

—¿Se encuentra bien, espero? ¿Algún mensaje de nuestros aliados de Mare sobre esas renovadas agresiones malazanas?

El emisario se lo quedó mirando con los ojos desorbitados, era obvio que la sorpresa lo había dejado sin palabras. *¿Qué se creen que somos aquí? ¿Brutos descerebrados? Nuestro servicio de inteligencia es muchísimo mejor que el suyo. En todas estas tierras, cada partidario de la Señora sabe dónde ha de residir su lealtad. Con nosotros. Con aquellos cuya sangre los defiende.*

—El lord protector está magníficamente informado —consiguió decir el emisario—. Según los informes, han desarticulado la flota invasora y solo unos cuantos navíos perdidos han conseguido desembarcar en las costas skolati.

Eso no es lo que cuentan nuestras fuentes en Mare. Así que los desembarcos están confirmados. Al lord protector se le ocurrió algo y estuvo a punto de mirar con furia al desventurado emisario. ¡Que la Señora los perdone! ¿No habrá venido para solicitar tropas para defender Rool, supongo?

El lord protector hizo un esfuerzo por no alzar la voz.

—¿Y en Korel qué podemos hacer por el jefe supremo?

Una expresión aleteó por el ancho y plano rostro de lord Hurback, una expresión que Hiam no estaba acostumbrado a ver enfrente de él: una especie de vanidad engreída. El emisario le tendió la misiva sellada escrita en papel vitela.

—Aquí lo verá, lord protector.

Un tanto inquieto por el comportamiento del tipo, Hiam rompió el sello, abrió los pliegues y leyó. Tardó un tiempo en volver a levantar la vista.

—¿Es esto cierto? —dijo sin aliento, aturdido y perplejo—. ¿El jefe supremo promete diez mil combatientes para el muro? ¿Incluso ahora? ¿Cuando se enfrenta a una invasión? No tiene sentido...

El asombro del lord protector hizo regresar la mueca envanecida del emisario. Se encogió de hombros como si quisiera quitar importancia a un ofrecimiento hecho entre amigos.

—Tiene todo el sentido, lord protector. Como sabe, en Rool somos devotos convencidos de la Santísima Señora, mucho más que muchos de nuestros antiguos aliados, ¿sí? Sabemos cuál es el verdadero enemigo de esta tierra. Y estamos preocupados. Esta promesa es una medida de esa preocupación.

¿Y qué, querida Señora, espera Yeull a cambio? Y sin embargo... ¡diez mil! La mitad del contingente entero que nos queda. ¡Es como si lo supieran! Nuestra Señora, como lord protector, defensor de tus tierras, esta es una oferta que, sencillamente, no puedo rechazar.

Hiam dio un lento sorbo al té ya frío y contempló al emisario, que respondió a su mirada con una expresión satisfecha en los ojos entornados. *Por mucho que me desagrade el emisario o tema la respuesta, debo hacer la pregunta.* Se aclaró la garganta.

—¿Y qué, si hay algo, solicita el jefe supremo como respuesta a tan extraordinaria generosidad?

Sabiendo que había ganado, lord Hurback esbozó una gran sonrisa. Alzó las manos, abiertas y con las palmas hacia arriba.

—La más ínfima de las solicitudes, lord protector. Nada a lo que pueda poner objeciones dada la medida de este ofrecimiento. De hecho, debería incluso agradecer

su propuesta...

Mientras escuchaba, Hiam era incapaz de deshacerse de la sospecha de que nada de lo que ese hombre pudiera proponer sería de agradecer. Pero escuchar, escuchó. Su compromiso con la defensa del muro no le dejaba más alternativa, eso era lo que quizá hombres como el emisario, o el jefe supremo Yeull, jamás podrían entender. Podían pedir veinte galeras llenas de oro, o todas las joyas de las minas de Jasston. Semejantes tesoros mundanos no eran nada para la Guardia de la Tormenta, dispuesta a entregar todo lo que poseía (que en realidad solo era la armadura que llevaban puesta y las armas que tenían, y, por supuesto, su vida) para defender su fe.

La mayor parte de las mañanas Ivanr se despertaba poco después del amanecer. Como oficial, tenía el privilegio de contar con una tienda privada, tienda que los sirvientes destinados a la brigada levantaban y desmontaban cada día. Tenía un armazón de postes clavados en el suelo y otros colocados encima como travesaños. Una tela de fieltro envolvía el armazón y lo defendía del invierno de la región. La cama estaba hecha de mantas tejidas sobre pieles de oveja. Ivanr se levantó, se puso a horcajadas sobre el orinal y alivió la tensa vejiga, después se puso una larga túnica de lino y lana forrada que le llegaba hasta los muslos de los pantalones de ante. Se envolvió de nuevo los pies con los trapos y se abrochó las sandalias, que ató hasta justo por debajo de las rodillas.

Había una taza de té y una torta sobre una tabla colocada junto a la solapa. Lo cogió todo, apartó la tela y se encontró a una multitud de hombres y mujeres sentados en un semicírculo ante su tienda. Se quedó mirando. Ellos le devolvieron la mirada. El vapor del té se alzaba en columnas en el gélido aire del amanecer.

—¿Sí? ¿Qué?

Un anciano levantó un bastón para apoyarse y ponerse en pie; los otros lo imitaron. A Ivanr le sonaba de algo, pero no terminaba de ubicarlo.

—Salve, Ivanr. Te traigo recado de la sacerdotisa.

Al fin lo reconocía: el anciano peregrino que había conocido meses antes. Ivanr miró a la multitud, inquieto.

—¿Sí? ¿Qué dice?

El peregrino inclinó la cabeza como si rezara.

—Traigo sus últimas instrucciones, dadas justo cuando nos la arrebataron.

—¿Está... muerta?

—No lo sabemos. Fue encarcelada en Abor.

Ivanr expresó su comprensión con un gruñido.

—Lo siento. Era... algo especial.

—Sí, lo era. Lo es. Y sus últimas palabras hablan de ti.

A Ivanr el estómago vacío le dio un vuelco y, para fortalecerse, se tomó la mayor

parte del té y le dio un bocado al pan. *¿Y ahora qué? Justo cuando había puesto a la brigada en forma, aunque hubiera sido a patadas. ¿No podía esa mujer, todos ellos, dejarlo en paz?* Miró por encima de las cabezas de los presentes al campamento que comenzaba a despertarse. *Igual, si no les hago caso...* El campamento volvería a ponerse en marcha, como de costumbre. Tendrían que mantener las picas listas contra las filas de ligeros imperiales jourilanos que los perseguían de forma incansable, los acosaban, entraban como rayos y libraban escaramuzas.

El anciano peregrino se irguió todo lo que pudo. El viento agitaba su ralo cabello cano y las túnicas le lengüeteaban el bastón.

—La sacerdotisa ha hablado, Ivanr de Antr. Antes de que se la llevaran, te nombró su discípulo, su heredero auténtico en el Sendero.

Al oír esas palabras, la multitud inclinó la cabeza con gesto reverente.

Ivanr se había quedado sin habla. *¿Se habían vuelto locos? ¿Él? ¿Heredero de la misión de la sacerdotisa? ¿Qué sabía él de ese tal «Sendero»? Era una elección ridícula. Sacudió la cabeza y frunció el ceño.*

—No. Yo no. Buscad a otra persona a la que seguir, o, mejor aún, no sigáis a nadie. Seguir a gente solo trae problemas.

Los despidió con un ademán de la torta y se alejó en busca del teniente Carr.

—Como ya te advertí, Ivanr —exclamó el anciano peregrino a su espalda—, es demasiado tarde. Ya muchos niegan a la Señora en tu nombre. Contigo o sin ti, ya ha comenzado. Tu vida estos últimos años no ha sido más que negación y huida. *¿No estás cansado de huir?*

Ese último comentario lo detuvo, pero no se dio la vuelta. Tras una pausa, continuó andando. *No importa, que ese fanático religioso despotriqué lo que quiera. ¡Fes! ¿Qué otra cosa ha provocado más miseria y asesinatos en el mundo?*

Ese día continuaron la larga marcha hacia el norte. Las granjas dieron paso a pastos ondulados, sotos de árboles y extensiones de tierra entregadas a haciendas aristocráticas y bosques gestionados. Iban más deprisa porque el ejército, al fin, seguía de forma abierta los caminos tendidos décadas antes por los ingenieros imperiales. Y siempre, ocultos en los bordes de los sotos, o caminando por los salientes de colinas lejanas, la caballería ligera jourilana, que atacaba a los piquetes y caía sobre las partidas forrajeras más pequeñas.

Ese hostigamiento incesante empujó a Martal a ordenar que el séquito de acompañantes se trasladara al interior de la columna. Las brigadas de picas marchaban por delante, por detrás y a los lados. Los arqueros se alineaban dentro de su perímetro, listos para contribuir a repeler a la caballería.

Ivanr era escéptico en cuanto a esas bandas de arqueros errantes. Arcos cortos tan baratos y mal hechos que podía romperlos con las manos. Se quejó de ellos a Carr.

—Yo podría lanzar rocas más lejos de lo que estos pueden alcanzar.

El teniente se echó a reír mientras seguían caminando. Había llovido el día anterior, la estación invernal en Jourilan era una época de cielos oscuros y tormentas, aunque esa estación hasta el momento había resultado de una sequedad notable. El barro de la revuelta línea de marcha les anclaba los pies y les manchaba los mantos.

—Este es un ejército de campesinos, Ivanr. Con nosotros solo hay un puñado de profesionales adiestrados. Estos granjeros y burgueses no están adiestrados para empuñar un arco de verdad. Sabes que eso lleva años. Martal tiene que trabajar con lo que tiene a mano. Y de ahí las bandas de arqueros con arcos cortos. Todos los que son demasiado jóvenes o viejos para levantar las picas.

Ivanr pensó en el muchacho. Todavía no lo había encontrado entre los regulares. Quizá lo habían enviado a empuñar un arco. Suponía que eso tenía más sentido.

—¿Y estos carruajes pesados?

Carr confesó su ignorancia con un encogimiento de hombros.

—Un proyecto de Martal. No estoy seguro de qué ha planeado hacer con ellos.

Ivanr no se creyó una sola palabra. *Lo sabes, Carr. Llevas años con Beneth. Este ejército está podrido de espías, pero tú prefieres no decir nada. Muy bien. No cabe duda de que lo veremos antes de lo que quisiéramos.*

A lo largo de los siguientes días de marcha, Ivanr consiguió apartar las palabras del viejo de sus pensamientos. Entre los hombres y las mujeres que estaban bajo su mando no observó nada inquietante, excepto miradas fijas, murmullos bajos y una inusual prontitud a la hora de obedecer sus órdenes. Lo que lo inquietaba bastante más era la presencia constante de caballería jourilana en las estribaciones circundantes y siempre alineándose por delante, justo fuera de su alcance. Cada día que pasaba parecía traer más y, por lo que él veía, Martal se conformaba con no hacer nada. El pobre Hegil Lesour'an'al, el aristócrata jourilano comandante de la caballería de la Reforma, sudaba la gota gorda enfrentándose a los ligeros imperiales. Lo empeoraba todo la falta de lluvia invernal; en circunstancias normales, los campos y caminos estarían casi impracticables en esa época del año.

Al final, Ivanr se hartó lo suficiente como para dejar de lado su decisión de evitar a Martal y cualquier insinuación de su posible participación en la estructura de mando, y se fue quedando atrás hasta poder situarse donde ella cabalgaba con su personal, a la cabeza de la espina dorsal del ejército, la larga y serpenteante columna de carruajes. Esperó hasta que ella quedó a su altura, la montura de la mujer manteniendo el paso a ritmo tranquilo, y después se colocó a su lado.

La armadura ennegrecida de la mujer estaba cubierta de polvo y barro levantado durante la marcha y una bruma ligera la salpicaba de puntos oscuros. Martal se pasó una mano por el pelo corto y lo saludó con la cabeza.

—Ivanr. ¿A qué debemos el honor?

—¿Honor? ¿A qué te refieres con honor?

La sonrisa de Martal era tensa e irónica.

—Solo lo que está en boca de todos. Lo privilegiado que es el Ejército de la Reforma por contar entre sus filas con el heredero espiritual de la sacerdotisa.

Ivanr no le encontró la gracia y observó a la mujer con frialdad.

—Estoy seguro de que se trata de Beneth.

—Beneth, según tengo entendido, se ve solo como profeta del movimiento. Mientras que ella era su llegada... pero todo eso no entra dentro de mis conocimientos. —Cuando la guerrera le sonrió desde su altura, Ivanr pensó que se estaba divirtiendo demasiado a costa de sus apuros—. Quizá deberías hablar con él sobre el tema.

Preferiría defender el muro, Martal.

—No es por eso por lo que estoy aquí.

Los labios femeninos se alzaron. Su mirada vagó por los alrededores y examinó las filas, los sotos circundantes y las granjas.

—¿No? ¿Entonces qué puedo hacer por ti?

¿De dónde era aquella mujer? Al observarla más de cerca no le pareció nativa de esa región. Su complexión era lisa, del tono de la miel oscura, el cabello negro, denso y encrespado. ¿De alguna tierra lejana como Genabackis? ¿O quizá Quon Tali? ¿Por qué no las tierras al sur de los Grandes Eriales Helados? ¿Qué tal esas? Ivanr estuvo a punto de preguntar, pero le pareció que aquel era un lugar demasiado público, rodeados por su personal y escolta. De hecho, la idea de una conversación privada con ella se le ocurrió de repente que era muy deseable. Al darse cuenta de que la miraba con fijeza, Ivanr apartó la vista y carraspeó.

—Estoy aquí por los caballos.

Ella asintió con gesto comprensivo.

—¿En serio? No tenía ni idea de que te interesara la equitación.

—Solo cuando hay más de los que yo podría ensartar.

—Ah. Estás preocupado.

—Mucho.

—Te preguntas qué está pasando.

—A todas horas.

—Entiendo. —Martal se quitó los guantes negros de cuero y se golpeó con ellos una mano mientras miraba a lo lejos—. Bien, a ver si lo he entendido. No has venido a ninguna sesión informativa. No quieres cenar en la tienda de Beneth. Te niegas a participar en ninguno de los debates del mando. Pero ahora vienes a mí exigiendo saber lo que está pasando... —Lo examinó desde arriba y una ceja alzada y burlona quitó el aguijón de sus palabras—. ¿Es una estimación precisa, Ivanr de Antr?

Ivanr bajó la mirada e hizo una mueca. Sí, se lo merecía. *No se puede tener todo. O estás dentro o estás fuera.* Alzó la cabeza y admitió el argumento de la mujer.

—Supongo que eso lo resume. —Por alguna razón no le importaba que aquella mujer le gastara bromas.

Mujer que en ese momento esbozaba una sonrisa abierta y miraba al frente; Ivanr estudió el perfil romo de aquella nariz aplastada.

—Nos rodean por todos lados —dijo Martal—. Se están concentrando para lanzar un ataque. La tradicional carga de lanceros de caballería que ha desperdigado todas las rebeliones de comerciantes, ejércitos campesinos y levantamientos religiosos hasta ahora.

—¿A qué están esperando?

—Un terreno mejor. Al norte de aquí la tierra se abre. Pastos amplios, laderas lisas en las colinas. Formarán allí y esperarán a que lleguemos.

Ivanr tragó saliva y pensó: y aquí viene mi pregunta.

—¿Y tú? ¿A qué estás esperando tú?

Los ojos oscuros capturaron por un instante la mirada masculina, ilegibles, buscando algo; después Martal observó el cielo.

—Lluvia, Ivanr. Estoy esperando que llueva más.

Al principio Bakune se negó a llevar la cuenta de los días de su encarcelación. Opinaba que era irrelevante y, con franqueza, muy manido. Pero al estar encerrado en una celda tan estrecha que podía estirar las manos y tocar los lados, y tan corta que solo podía dar dos pasos, casi de inmediato cayó en la cuenta de que, de hecho, no tenía mucho más que hacer.

Esos primeros días se sentó en su catre forrado de paja e intentó calmarse de modo que no terminara poniéndose en evidencia cuando fueran a buscarlo para ejecutarlo. Cada jornada que pasara a partir de entonces, en su opinión, hacía menos probable ese resultado. Después de la primera semana decidió que pasaría allí abajo algún tiempo; la idea debía de ser que se alterara él solo en aquella soledad, entre la oscuridad y la humedad. Así que intentó cultivar una actitud más distanciada, irónica incluso. Simplificaba el asunto que viera sus apuros como una profunda ironía: ¿a cuántos hombres y cuántas mujeres había condenado él a esas mismas dependencias carcelarias? Más de los que podía cuantificar de buenas a primeras. ¿Qué le parecía el régimen legal de ese país ahora que él era el objeto (no, quizá la víctima) del mismo? Mucho menos optimista, tenía que admitir. Esos muros de piedra estaban restregando su piel y limpiándola de cierta capa aislante de engreimiento, de cierta armadura de santurronería.

Llegada la segunda semana empezó a preocuparse. Quizá de verdad no tenían ninguna intención de regresar a por él. Cada día que pasaba hacía esa posibilidad

todavía más probable. ¿Qué necesidad tenían ellos de su respaldo si se consolidaba su control? Quizá con su porfiado orgullo solo había conseguido que su presencia fuera superflua. Sin embargo, una parte de él no podía evitar hacer ciertas observaciones. *Así que este es el proceso... ¿a cuántos convictos habré condenado a pudrirse durante meses antes de sacarlos a rastras para que reconsiderasen sus historias? La mente... se reconcome sola. Las certezas se convierten en probabilidades y luego en dudas. Mientras que las dudas se convierten en certezas. Y nada es lo que era.*

¿Qué será de mí? ¿Me reconoceré siquiera?

En la decimoséptima noche unos ruidos extraños lo despertaron. La oscuridad era absoluta, por supuesto; incluso más negra que durante el día laborable, ya que se habían llevado o apagado todas las antorchas y lámparas. Pero lo que le pareció que lo había despertado había sido un estrépito concreto, como madera al romperse. Se acercó a su puerta y escuchó en la pequeña rejilla de metal.

Susurros. Susurros acalorados. Una discusión colérica ahogada. Pero ¿qué estaba pasando? Sintió la tentación de gritar una pregunta... y luego pasos al otro lado de su puerta. Dos juegos: uno ligero, el otro pesado y patoso. El fulgor tenue de una llama atravesó las maderas de la puerta. Bakune retrocedió hasta la no muy lejana pared contraria.

Un leve golpecito en la puerta. Un gruñido bajo y profundo.

—¿Hola? ¿Hay alguien ahí? ¿Es usted el examinador Bakune?

Eso no tenía pinta de ser un pelotón nocturno de ejecuciones. Hizo un esfuerzo por templar su voz.

—¿Quién es usted? —dijo.

—Un amigo. ¿Usted es el examinador?

—Sí —respondió con voz débil, y después, más fuerte—. Sí, lo soy.

—Muy bien. Voy a sacarlo.

¿Qué? ¿Por el horror de la Señora, no! ¿Una huida? ¿Huir adónde?

—Espere un momento...

—Vuelvo ahora mismo.

—¡Yo lo sacaré de ahí! —retumbó una voz nueva.

—¡Pero te quieres callar! —siseó el primero—. No harás tal cosa. Ya has hecho bastante.

—Pero esta es mi especialidad —bramó la segunda voz otra vez, con tono alegre—. ¡Forzaré la cerradura!

—¡No! No... ¡Échese atrás, examinador!

Bakune ya había pegado la espalda a la pared contraria. Tuvo que ponerse a horcajadas sobre el agujero repugnante que servía de retrete. Dio un salto cuando la puerta se estrelló con un gran golpe que hizo que le zumbaran los oídos. Polvo y astillas rotas cayeron de los viejos tablones tallados a mano. Fue como si el puño de

un gigante los hubiera aporreado.

—¿Quieres dejar de hacer eso? —gritó la voz áspera.

—¡Un último y delicado toque!

La puerta saltó hacia dentro y reverberó contra el muro. Se coló una cabeza calva en la que brillaba el sudor: el acusado, el sacerdote. Bakune no recordaba su nombre. Junto a él se encontraba un gigante. Tan alto que la abertura solo le llegaba a los hombros, y tan ancho que Bakune no creyó que pudiera entrar en la celda.

—¡Ya está! —anunció el gigante—. ¡Cerradura forzada!

El sacerdote puso los ojos en blanco.

—Nos vamos —rezongó, y después miró con furia al gigante—. Parece que no tenemos alternativa.

El gigante agachó la cabeza para asomarse.

—Utilizando mis habilidades incomparables para el sigilo y el engaño, he hecho posible tu huida, mi buen examinador.

Bakune compartió una mirada incrédula con el sacerdote.

—Y qué... discreta... ha sido, además. —Bajo un poblado montón de cabello rizado atado en la coronilla, el hombre esbozó una sonrisa radiante. Los dos aspirantes a rescatadores parecían compartir origen en Robo, a juzgar por el acento y los rasgos romos—. Pero no voy.

El gigante entrecerró los ojos y miró a derecha e izquierda, como si estuviera confuso. El sacerdote suspiró.

—Sí, lo entiendo. Pero ya no queda más remedio... lo matarán directamente. O lo torturarán hasta la muerte. Venga, el tiempo apremia.

—No puedo... —Bakune se detuvo en seco. ¿No podía quebrantar la ley? ¿La ley de quién? Esos guardianes no tenían legitimidad alguna. Sintió que se le caían los hombros—. Sí. Muy bien.

—De acuerdo. Por aquí.

El sacerdote encabezó la marcha. El gigante, que dijo llamarse Manask, lo siguió. Bakune iba el último. Pasillo arriba llegaron a un puesto de guardia, o lo que quedaba de él. Habían destrozado la puerta y los guardias yacían inconscientes, víctimas de una paliza. Bakune miró a Manask, que abarcó con gesto orgulloso la escena.

—¡Los cogí desprevenidos!

—Sí... ya veo.

—¡No sospecharon nada!

El sacerdote encendió una lámpara de aceite y los instó a continuar.

—¿Y adónde vamos? —preguntó Bakune hablando en voz tan baja como pudo.

—Huiremos al monte —anunció Manask—. Viviremos de moras y champiñones. Mataremos animales con nuestras propias manos y vestiremos sus pieles. —Bakune y

el sacerdote estudiaron sin decir palabra al gigante, que miró atrás, entusiasmado—. ¿Eh?

—Tengo un barco esperando —rezongó el sacerdote.

Bakune sintió un alivio infinito.

—¿Adónde vamos?

El sacerdote se frotó el rastrojo gris de la mandíbula y las mejillas como si se plantease por primera vez esa cuestión.

—¿Ir? No sé. Quizá nos escondamos y ya está. —Y se encogió de hombros—. Bueno, venga. Ya hemos perdido bastante tiempo.

Bakune advirtió que el sacerdote había optado por un trayecto diferente del que la mayor parte de los prisioneros tomaba al entrar. Como examinador había visitado las dependencias carcelarias un buen número de veces, pero siempre por el camino principal. La ruta que seguía el sacerdote los llevó por pasillos más estrechos y serpenteantes. Tras un rato, el examinador se dio cuenta de que caminaban por los pasajes del antiguo fuerte sobre el que se había construido la cárcel. Una vida entera de investigaciones y exámenes lo impulsó a preguntarse por ello.

En un momento dado, mientras esperaban a que Manask deslizara su corpachón por una esquina especialmente estrecha, se dirigió al sacerdote con un murmullo.

—Conoce bien este laberinto.

La boca de rana del sacerdote se ensanchó todavía más y esbozó una sonrisa tensa que sugería que sabía con exactitud lo que pretendía Bakune.

—No es la primera vez que vengo por aquí. Fue hace mucho tiempo.

—¿En circunstancias parecidas, quizá?

Pero el hombre solo se limitó a sonreír. Con un jadeo, Manask se liberó con un fuerte tirón que hizo que su armadura arañara las paredes.

—¡Libre! —anunció—. ¡Resbaladizo como una anguila! ¡Capaz de escabullirme por la más estrecha de las esquinas!

El sacerdote se limitó a sacudir la cabeza; parecía que la pareja se conocía bien. Viejos amigos. ¿Viejos conspiradores y cómplices también? Parecía probable. Todo aquello le sonaba de algo; algo que Bakune no terminaba de recordar. Esa pareja debía de ser muy conocida. También se le ocurrió que había algo extraño en la armadura de Manask: parecía consistir en un buen montón de capas forradas. Y caminaba de forma rara con aquellas botas, que al parecer constaban simplemente de unos tacones altos y unas suelas gruesas. Un examen más atento descubría que una porción bastante significativa de la altura del hombre no era en realidad más que una mata inmensa de cabello espeso.

Tras muchos giros y vueltas, los pasillos haciéndose cada vez más estrechos y más descuidados, el sacerdote se detuvo ante una puerta.

—Esto debería de llevar a las cocinas —susurró—. Desde ahí podremos salir, y

luego bajar al muelle...

Manask se abalanzó.

—¡Yo me escabulliré por delante!

Como un muro móvil, empujó a Bakune por delante de él.

—¡Espera! ¡No hay sitio suficiente! Por favor...

El sacerdote abrió la puerta de golpe y los tres se precipitaron como guisantes saliendo de la vaina hasta estrellarse contra unos estantes de ollas y sartenes colgadas. Bakune chocó con una mesa y los cuencos apilados se cayeron con gran estrépito.

—¡Silenciosos como ratones ahora! —chilló Manask.

Un hombre (uno de los cocineros de la prisión, obviamente) se levantó de un salto de su catre y los miró con la boca abierta. Manask levantó a pulso una larga mesa de roble que lanzó contra el tipo y mandó la vajilla volando entre una explosión de fragmentos diminutos.

—¡Vamos a deslizarnos muy despacito delante de las narices de este! —El gigante se abalanzó, volcando las mesas que se encontraba en su camino—. ¡Ya echo yo un vistazo sin que nadie me vea!

Bakune y el sacerdote permanecieron plantados entre aquel desastre. El sacerdote agachó la cabeza y suspiró. Le hizo un gesto a Bakune para seguir y los dos se abrieron camino entre la loza rota.

A Shell le sorprendió ver que solo había tardado unos días en aclimatarse al hedor y la espeluznante falta de higiene que había a bordo de los barcos del pueblo del mar. Ya no le daban arcadas. Hasta empezó a coger la costumbre de estrujar las ubicuas pulgas sin pararse a pensar dónde la habían estado picando. Los botes estaban abiertos a los elementos, así que el sol la asaba de día mientras que el viento le absorbía todo el calor durante la noche. La flotilla se mantenía pegada a la costa del sur y atracaba en noches alternas en calas y playas aisladas. Durante el viaje, el pueblo del mar capturaba peces y otras criaturas que a veces destripaban por la borda y después se comían crudas, una práctica que Shell se vio incapaz de compartir a pesar de la constante insistencia de sus nuevos amigos para que probase aquellos manjares inertes y recubiertos de tentáculos.

Algunas líneas no debían cruzarse.

Este pueblo del mar también practicaba la repugnante costumbre de frotarse con grasa animal; vivían a perpetuidad con las mismas pieles bastas cosidas que jamás se quitaban ni adecentaban; nunca se cortaban el pelo ni se lo lavaban, sino que se lo aceitaban y recogían en gruesas rastas. Shell tenía la sensación de que toda esa mugre era un contagio del que nunca podría deshacerse. Pero ningún miembro de aquella extensa familia parecía ponerse jamás enfermo, al menos que ella pudiese ver.

Penas y Dedos, que viajaban en otro de los barcos, no parecían compartir sus

escrúpulos. Bárbaros en el fondo, se frotaban con grasa tan contentos y comían cosas crudas que tenían más ojos de los que era normal en un animal. Solo Lazar compartía su reserva; el hombretón, más alto y más ancho incluso que Despellejador, sus pieles del pueblo del mar estallando por las costillas, se sentaba con los brazos cruzados, mirando con el ceño fruncido a la familia que corría por todo el barco, y se limitaba a sacudir la cabeza como si estuviera siempre asombrado.

La joven niña-madre, Ena, que parecía haber adoptado a Shell, se acercó con un cuenco de grasa rancia.

—Frío, ¿sí? —preguntó.

Shell, de brazos cruzados y temblando, sacudió la cabeza.

—No. Estoy bien.

La chica puso una expresión enojada, como si estuviera tratando con un niño testarudo.

—Tienes frío. Esto te mantendrá caliente.

Algunas privaciones es mejor soportarlas. Aunque solo fueran como el menor de dos males.

—No. Gracias.

Ena se apoyó una mano en la amplia cadera.

—Los extranjeros estáis locos. —Y se alejó dando amplios pasos bajos por encima del equipo y las pertenencias apiladas.

No somos nosotros los que nos frotamos con grasa animal.

Shell se tiró junto a Lazar en la popa puntiaguda. Lo miró de arriba abajo.

—Estás sucio, pero al menos no estás engrasado.

El otro alzó y después bajó los hombros.

—Me puse muchas capas.

—¿Te lo puedes creer? Algunas personas están dispuestas a vivir en la mugre absoluta.

Los ojos de color avellana se posaron en ella.

—Me parece a mí que no nos habría ido mal un poco de esa grasa en el hielo.

—¿Crees que funciona?

La mirada que le lanzó su compañero imitaba la de Ena. Lazar señaló con la barbilla al más cercano del clan, un tío anciano de la familia que estaba al timón del barco.

—¿Ves esa chaqueta exterior de piel, los pantalones de cuero, las botas?

Shell estudió los cueros que relucían de grasa.

—Sí. ¿Y qué? Aparte de que no los han lavado desde mucho antes de que yo naciera.

—¿Te criaste en la costa, Shell? Se me olvida.

—No.

Lazar gruñó.

—Ah. Bueno, todo ese aceite hace que la ropa sea prácticamente impermeable. No hay espuma ni lluvia que la pueda atravesar, así que el tipo se está asando. Estoy pensando que esta panda sabe lo que hace.

Muy bien. Pero tiene que haber una forma más limpia de hacerlo.

Algo más tarde, Shell se despertó de una siesta cuando el pueblo del mar al completo se puso en acción. Hombres y mujeres se dedicaron a recolocar el equipo y dar órdenes tensas en voz baja. La bruja se protegió los ojos, miró a su alrededor y vio un navío que se acercaba: dos mástiles, largo y estrecho; no era un barco mercante.

Ena se acercó a Lazar y a ella.

—No decís nada, ¿sí? Pase lo que pase.

—¿Qué ocurre? —preguntó Shell.

—Estos barcos de la Armada nos paran siempre que quieren. Roban lo que les apetece. Lo llaman honorarios e impuestos.

—¿De qué país son? —preguntó Shell.

Ena parpadeó sin comprender.

—¿Cómo importa eso?

Lazar lanzó una carcajada seca.

—En eso tiene razón, Shell.

Shell la tranquilizó con un ademán.

—No interferiremos, a menos que no quede más remedio.

—Bien. Os damos las gracias.

La chica se alejó anadeando, torpe con su avanzado embarazo.

Shell y Lazar observaron mientras el barco de guerra orientaba las velas. A los barcos de la flotilla se les ordenó que se reunieran. Varios marines bajaron trepando por escalas de cuerda e «inspeccionaron» la carga. Cuando estudió el equipo sucio y gastado del barco en el que ella estaba, a Shell no le pareció que las ganancias fueran a ser muchas. Pero algo la sorprendió: una reluciente tetera de latón descansaba entre las ollas ennegrecidas, y un rollo de tela de color amarillo brillante se asomaba por debajo de una cubierta raída y manchada de arpillera. Y un alto mascarón de proa con forma de mujer y pintado de blanco adornaba la proa del barco. ¿De dónde había salido todo eso? Le dio un codazo a Lazar e indicó el mascarón.

Él asintió.

—Como te dije.

Dos inspecciones más procedieron como la primera: los marines registrando los barcos y lanzando objetos al suyo. La tarde fue cayendo. A pesar del calor del sol soplaba un viento frío. Por suerte, de momento ni al barco de Shell y Lazar ni al que llevaba a Penas y Dedos los habían mandado acercarse. Cuando terminó la tercera

inspección, Shell se levantó a medias de su asiento: los marines estaban arrastrando a alguien. Alguien joven, no sabía si hombre o mujer. Los ancianos de a bordo se aferraban a esa persona, solo para que los echaran a un lado.

—¡Lazar! ¿Ves eso? ¿Qué están haciendo?

—Parece un impuesto humano.

Shell trepó hasta donde se había sentado Ena, bajo un toldo agitado por el viento.

—¿Qué es esto? ¿Qué está pasando?

La mirada protegida por las manos, la chica contestó con tono sombrío.

—Pasa a veces.

—¿Pasa? ¿Y qué vais a hacer?

La voz de la chica se tensó todavía más.

—¿Qué quieres que hagamos? No hay nada que podamos hacer. Los fuertes viven de los débiles, así es como ha sido siempre.

Shell giró en redondo. ¡Si pudiera meter a Penas o Lazar a bordo de ese barco, ya vería ese pueblo del mar a los fuertes viviendo de los débiles! Y después... dejó escapar el aliento que había contenido... y después solo habría demostrado que Ena tenía razón.

¿Y qué haría el pueblo del mar con un barco así, de todos modos? ¿Cómo lo explicarían? ¿Dirían que se lo encontraron? No. Por desagradable que fuera, Ena tenía razón. No había nada que pudieran hacer. Siendo lo que era, Shell estaba acostumbrada a encontrarse siempre en el extremo receptor. ¡Qué difícil y mortificante era ser de los que se veían obligados a entregar!

Al joven lo habían obligado a subir a bordo a punta de espada. Los marineros treparon a los palos del barco de guerra para soltar lona. Los navíos se apartaron.

—¿Y ahora qué? —intervino de repente, incapaz de ocultar su ira y frustración.

—Ahora esperamos.

—¿Esperamos? ¿Esperamos qué?

—Veremos.

—¡Shell! —exclamó una voz entre las olas; era Penas. El pueblo del mar estaba remando para acercar el bote del guerrero entre las altas olas del color de la pizarra.

—¿Sí?

—¿Lo viste?

—Sí.

—Difícil de tragar.

—¿Y no hiciste nada?

—Estuve a punto. Orzu y los otros nos rogaron que no interfiriéramos.

—Aquí igual. ¿Y ahora qué?

—Orzu dice que tenemos que esperar un tiempo.

—¿Y para qué, en el nombre del Embozado?

—No sé. No hay más remedio.

Los botes chocaron y el pueblo del mar los ató juntos. Se fueron pasando suministros de un lado a otro. Shell saludó con la mano a Dedos, que era una figura desdichada en la popa, el mareo casi lo había tumbado. Pobre tipo, ella al menos se había acostumbrado al movimiento.

—Bueno, ¿y quiénes eran? —le preguntó a Penas.

—Jasstoneses. De un país llamado Jasston. —El guerrero señaló al sur—. Esa es su orilla.

—¿Y el norte? —La costa del norte era oscura, y ni una sola vez había visto un fuego o un asentamiento.

—Una tierra llamada isla del Resto. No vive nadie. Se supone que está embrujada.

Shell vio que el mascarón de proa de la mujer blanca había desaparecido, al igual que la resplandeciente tetera de latón; escondidas para la siguiente «inspección». Frunció entonces el ceño y se limpió las manos en los muslos, pero el problema era que tenía los pantalones tan sucios como las manos.

—¿Y el joven? ¿Qué pasará?

La cara de Penas parecía incluso más oscura de lo habitual.

—Orzu dice que casi todos los prisioneros que se hacen en estas tierras terminan en el muro, vendidos a los korelrianos.

El muro y su insaciable sed de sangre. Y Barras estaba en él. ¿Habría caído ya? No. Él no. Pero podían morir, todos ellos. Pertenecían a los juramentados, sí, pero todavía podían ahogarse, o podían cortarlos en mil pedazos. ¿Podría estar muerto ya? ¿Su misión caída en el fracaso?

Un endurecimiento en el pecho le dijo a Shell que, en ese caso, esa tal Guardia de la Tormenta korelriana quizá se encontrara con que la barrían de su puñetero muro del Embozado.

El pueblo del mar desató las cuerdas que aseguraban los botes. Penas se despidió de ella con la mano. La flotilla flotó con pereza, timones y remos utilizados solo para mantener la posición. Sin embargo, se estaban moviendo. Shell había oído que estaban en un tramo estrecho de agua llamado estrecho Flujo. La costa del sur iba pasando junto a ellos muy, muy despacio.

El sol iba cayendo sobre el horizonte, casi al oeste. Shell se protegió los ojos de su fulgor. Se había levantado viento, haría una noche muy fría, diablos. Y entonces gritos algo más adelante, chillidos emocionados. En su bote, todo el mundo se levantó para examinar las aguas. Shell se incorporó como todos los demás, con los pies bien separados. ¿Qué pasaba?

El bote de cabeza había echado los remos al agua y se movía hacia el sur a una velocidad asombrosa. Shell se lo quedó mirando. Hasta el momento, en ese viaje todo

lo que había visto había sido unos empujoncitos distraídos a los remos. Parecía que ese pueblo del mar podía lanzarse a la carga de verdad cuando les hacía falta. Claro que, ¿para qué esforzarse a menos que fuera necesario?

El bote de cabeza empezó a remar hacia atrás y fue frenando. Shell guiñó los ojos y cuando las olas intermedias se alzaron y cayeron, le pareció vislumbrar una forma oscura que chapoteaba entre ellas. ¿Un pez?

Unas figuras se inclinaron sobre los costados e hicieron gestos, agitaron los brazos. Shell se estremeció cuando alguien saltó por la borda. ¡Que la Reina lo protegiese! ¡Se iba a ahogar!

Se volvió hacia Ena y le sorprendió verla entre los suyos, todo el mundo abrazándose y besándose. Al ver su perplejidad, Ena se acercó a ella y señaló con la mano, riéndose.

—Es Turo. Nos ha encontrado. —Hizo bocina con las manos y gritó—: ¿Ya has terminado de jugar en el agua, Turo?

Shell sintió que se le encrespaba la frente cuando entrecerró los ojos.

—No lo entiendo, Ena.

La niña-mujer lanzó una risita y se tapó la boca.

—No lo sabes, ¿verdad? Bueno, en estas tierras todo el mundo sabe que el pueblo del mar odia estar cautivo. Nos arrojamos al mar antes que caer prisioneros. —Y esbozó una sonrisa traviesa—. Muchos de los nuestros que se llevan desaparecen así.

Shell sintió que se le alzaban las cejas cuando empezó a caer en la cuenta. Miró a Lazar, que sonreía con gesto malicioso y sin hacer ruido.

Todo un elogio, sin duda, viniendo de él.

Bajo el sol poniente una línea oscura captó la atención de Shell y se protegió los ojos con la mano.

—¿Qué es eso ahí delante, al oeste? —preguntó, los ojos meras ranuras, casi cerrados.

La sonrisa de Ena se desvaneció y alzó una mano en un gesto contra el mal.

—¡El Anillo! —siseó. Se giró y gritó unas órdenes a sus parientes.

Todos se galvanizaron y empezaron a moverse. Las manos subieron hasta las bocas y unos silbidos agudos volaron como trinos entre los botes. Se cambió de posición el equipo y apareció un mástil, sacado de debajo de todo para encajarlo en su sitio. Las lonas que cubrían el equipo y las posesiones se soltaron, se enrollaron y se montaron como obenques. La velocidad y la eficacia de la transformación deslumbraron a Shell, que intentó buscar a Ena para preguntar lo que estaba pasando, pero la apartaron a un lado. Todo el mundo a bordo parecía estar sujetando una cuerda o estibando algo. Shell por fin encontró a la chica hacia la proa, donde estaba retorciendo una lámina pegada a la vela.

—¿Qué está pasando? ¿Qué es?

La chica lanzó una mirada hacia delante.

—¿No lo sabes? No, claro que no. —Suspiró y buscó las palabras—. Es, cómo se dice... un lugar maldito. Una guarida de la propia Señora. El Anillo. Un gran saliente circular alrededor de un agujero profundo. Algunos dicen que sin fondo. Y está protegido. Allí hay Guardia de la Tormenta korelrana. Nadie se atreve a acercarse. Es muy mala suerte que lleguemos tan tarde. ¡Esos ladrones de tierra nos retrasaron medio día!

Shell asintió y dejó que volviera a su trabajo. Encontró un sitio en la proa donde poder sentarse sin molestar y se asomó al frente, intentando distinguir algún detalle en el atardecer. ¡La Guardia de la Tormenta allí! Al alcance de su mano. ¿Qué diría el pueblo del mar si supieran que llevaban consigo a cuatro forasteros decididos a desafiar a esa orden militar que dominaba de tal manera la región? *Seguramente pensarían que estamos locos. Tantas generaciones, ellos han sobrevivido bajo la mirada de la Señora a base de engaños y trucos.*

Quizá, meditó Shell, al tiempo que se abrazaba para entrar en calor, ellos harían bien en seguir su ejemplo.

Kiska soñó con su juventud en la isla de Malaz. Caminaba por su costa rocosa sacudida por las tormentas, con su basura, sus tesoros y cadáveres de naufragios de tres mares. Y estaba revisando la ruina que era su vida. *Mi puerilidad y testarudez. Pero ¿quién no lo es cuando es joven? Mis decisiones tontas. Pero ¿de qué otro modo se aprende?* Su pérdida en el campo de batalla de las Llanuras. *¡Le fallé!* Se abría camino entre maderas blanqueadas y huesos mordisqueados por los cangrejos, mientras a su alrededor la isla parecía encogerse. Al final podía completar un circuito completo en solo unas zancadas.

Y cada vez se iba haciendo más pequeña.

La despertó un dolor agudo, como si hubiera pisado un clavo. Aturdida, parpadeó y miró la piedra dentada que tenía encima. Su cueva. Su prisión. Y todavía estaba allí.

—¡Chitón! ¡Kiska! ¿Todavía estás conmigo?

Levantó la cabeza. Jheval estaba allí, perfilado contra la boca de la cueva ligeramente iluminada.

—Sí —dijo con voz ronca. Tenía la boca llena de polvo y tan seca como el propio suelo de la cueva—. Por desgracia.

—Estoy oyendo algo nuevo —murmuró él, manteniendo la voz lo más baja posible.

No hay nada nuevo en Sombra, aseveró Kiska para sí. ¿Dónde había oído ella algo así?

—Y ya hace un buen rato que no veo a nuestros amigos.

No significa nada. Carece de importancia. Vacío. Fútil.

—¡Kiska!

La chica parpadeó, sobresaltada. Se había vuelto a dormir. Se apoyó en los codos y se incorporó.

—¿Sí?

Jheval le hizo un gesto para que se acercara.

—Ven aquí. Escucha. ¿Qué te parece esto?

Gatear hasta la boca de la cueva fue una de las cosas más difíciles que Kiska se había obligado a hacer jamás. Le pareció que podía oír cada uno de sus tendones y ligamentos crujiendo y estirándose con cada movimiento. Se imaginó que podía verse los huesos de las manos a través de la piel polvorienta y agrietada. Se plantó junto a Jheval, que parecía observarla con atención.

—¿Sí? —le preguntó.

Él apartó la mirada y pareció esbozar una sonrisa maliciosa cuando se volvió hacia el paisaje monocromo que contemplaban.

—Escucha.

¿Escuchar? ¿Escuchar qué? ¿Nuestra carne pudriéndose? ¿Los suspiros de las arenas? No hay nada...

Entonces oyó algo. Un crujido. Un chirrido alto y abrasivo, crujía como madera sobre madera. ¿Pero qué diablos? ¿O qué diablos de Sombra?

—Quizá deberíamos de echar un vistazo, ¿no?

—Lo cierto es que suena... cerca.

El hombre estaba sonriendo de verdad entre la suciedad que tenía incrustada en la cara. Qué pálido estaba el hijo del desierto, cubierto de polvo. Como un fantasma. Aunque uno muy animado. Kiska sintió una especie de admiración resentida: no parecía saber cuándo rendirse.

—Muy bien. Los dos, ¿eh? Uno junto al otro.

Ella asintió, y tragó saliva para empapar la arenilla que tenía en la garganta.

—Sí. Vamos. Tengo que salir de aquí.

—Sí. Yo también lo siento.

Él fue avanzando poco a poco, encorvado, y después se irguió fuera de la estrecha ranura. Kiska recogió su bastón y lo siguió. Fuera, en la ladera de arena, esperaba que el aire fuera más fresco y frío, diferente. Pero la atmósfera exánime no era mucho mejor. Era como si Sombra entera estuviera rancia, suspendida de algún modo.

Treparon a una colina desnuda cercana. Kiska intentó estar atenta. Sabía que los podrían atacar en cualquier instante. Pero era incapaz de concentrarse; estaba agotada tras tanta espera y casi ansiaba terminar con todo. Y no apareció ningún mastín. Cuando llegaron a la cima y miraron, vieron por qué.

Era una migración. Por toda la llanura, ante ellos, se extendían columnas de grandes criaturas. Entre los penachos de polvo parecía como si muchos marcharan en

equipos, tirando de cuerdas que arrastraban gigantescos botes sujetos a plataformas con ruedas. Era el chirrido ensordecedor de esas ruedas de madera lo que los asaltaba, incluso desde tan lejos.

—Nativos en movimiento —dijo Jheval, y echó a andar colina abajo.

Kiska lo siguió de mala gana. ¿Caminar hasta ellos, en terreno abierto? ¿Cómo sabía que no eran hostiles? Ni siquiera parecían tener una vaga forma humana.

Antes de que llegaran a la colina más baja, una figura giró hacia ellos, un piquete o vigilante de algún tipo. Cuando se acercaron, él (o ella, o lo que fuera) se irguió todavía más hasta que a Kiska le quedó claro que era casi el doble de alto que ellos. Era, con toda claridad, un demonio, una criatura de Sombra. De color negro apagado, con pelo por algunas partes, transportaba a la espalda una brazada de lanzas que eran el doble de altas que él. Tenía aspecto de insecto: ojos de múltiples lados, una boca llena de colmillos enormes, miembros flacos y desproporcionados que parecían blindados. Jheval lo llamó agitando las manos. Kiska se aferró a su bastón e hizo una mueca. Estuvo a punto de gritar «¿Cómo sabes que habla nuestro idioma? ¿Cómo sabes que no te va a comer?».

La criatura se detuvo, bajó los ojos y los miró. Jheval se quedó allí, con los brazos cruzados, examinando a su vez a la criatura. Kiska estaba lista para usar el bastón en cuanto fuera necesario.

—¿Entiendes este idioma? —preguntó Jheval.

—Sí, conozco esta lengua —respondió la criatura con una voz aguda sorprendente.

La sorpresa de Jheval quedó patente.

—¿Lo entiendes? ¿Por qué?

—Es el lenguaje de los pretendientes.

¿Pretendientes? ¡Ah! Cotillion y Tronosombrío.

—Saludos. Yo soy Jheval. Esta es Kiska.

—Mi nombre se traduciría como Menor Rama.

Jheval señaló con un gesto al frente, a las columnas de los hermanos de la criatura.

—¿Es una especie de migración?

—Sí. Aunque no elegida por nosotros. Nos han obligado a trasladarnos. Han destruido nuestro hogar.

¿Destruído? ¡La Reina nos libre! ¿Qué fuerza podría vencer a una raza entera de demonios de Sombra? Y allí, en su propia tierra natal.

Jheval estaba estudiando las columnas.

—¿Sois un pueblo de mar?

—Sí. Pescábamos los gigantes que se alimentaban en el fondo. Nos reuníamos entre las marismas poco profundas. Pero el gran lago que ha sostenido a mi pueblo

desde antes de que el tuyo caminara erguido nos ha sido arrebatado. ¡Gran Ixpcotlet! Cómo lamentamos su desaparición.

¿Un lago entero desaparecido?

—¿Qué ocurrió? —preguntó Kiska, asombrada. Eso iba contra todas sus impresiones de un reino de Sombra intemporal.

Imaginó que serían muchas las expresiones que debían de estar cruzando el rostro de Menor Rama, pero ella y Jheval eran incapaces de leerlas.

—Una espiral caótica ha corroído este reino que vosotros llamáis Emurlahn. Se ha tragado Ixpcotlet. Y sigue creciendo mientras huimos.

Kiska estuvo a punto de dejar caer su bastón.

—¿Una espiral? ¿Como un vacío? ¿Y toca Caos?

Una especie de membrana cruzó los ojos de Menor Rama, ¿una expresión de sorpresa?

—Sí. Eso. Vamos en busca de otra masa de agua, y a advertir a otros. Quizá incluso encontremos al Guardián.

Kiska se lo quedó mirando otra vez.

—¿Un guardián? ¿Demacrado, antiguo? ¿Lleva una espada?

La criatura dio un paso atrás, obviamente pasmada.

—¿Sabes de él?

—Sí, lo conozco. Se hace llamar Caminante del Filo.

—¿Te habló? Eso es... inusual. Nosotros lo llamamos el Guardián.

Jheval la miraba, estaba claro que también sorprendido.

Menor Rama hizo un gesto y los invitó a acompañarlo.

—Venid, ¿queréis? ¿No sabéis que es peligroso estar aquí fuera? Los mastines andan por ahí.

Bajaron la colina y durante todo el camino Kiska se preguntó si Menor Rama sentiría tentaciones de preguntar por qué se reían tanto los dos. Los invadía una risita incontrolable y después, al mirarse otra vez, volvían a estallar. *¿No sabéis que los mastines andan por ahí?*

Menor Rama los condujo a la retaguardia de la migración. Pasaron junto a dos de los barcos. Cada uno descollaba sobre ellos, a la misma escala que sus gigantescos creadores. Bramaban sobre sus inmensas plataformas arrastrados por equipos compuestos por cientos de demonios. El polvo los cegó y a punto estuvo de asfixiarlos; Kiska vislumbró a Jheval desatándose la tela que le envolvía el yelmo para enrollársela sobre la boca y la cara. Lo imitó y se enrolló un chal sobre el rostro, dejando solo una ranura para los ojos. El ruido era lo peor, porque las ruedas de madera chirriaban contra los ejes del mismo material. A los demonios no parecía importarles la cacofonía, pero a Kiska estaba a punto de volverla loca.

Tras la horda, entre la tierra revuelta, los surcos que llegaban a la pantorrilla, la basura arrojada, los huesos roídos, las ollas rotas y los excrementos, Menor Rama se detuvo y señaló el rastro de tierra roturada.

—Solo tenéis que seguir nuestro sendero. Imposible no verlo. Pero en realidad no buscáis esa espiral, ¿verdad? Se abre a orillas del Caos. Y nosotros percibimos tras ella una inteligencia trastornada. Huimos de ella. Como también deberíais hacer vosotros.

Kiska se había quedado mirando el rastro que se perdía en el horizonte plano, que a sus ojos parecía magullado, más oscuro.

—Sí —dijo—. Creo que para eso estamos aquí.

—Entonces debo despedirme en este punto, aunque confieso que siento la tentación de acompañaros.

—¿Por qué? —preguntó Kiska.

—Porque creo que existe la posibilidad de que os encontréis con el Guardián. Digo esto porque ha hablado contigo en una ocasión y quizá lo haga de nuevo, pues pocas veces hace algo sin una razón. Y así, si acaso lo encontrarais, pregúntale una cosa por mí y por mi pueblo, los pescadores de Ixpcotlet, ¿por qué no hizo nada? ¿Por qué no intervino? Es algo que nos confunde y decepciona mucho.

Kiska miró a la cara a Menor Rama, y para ello tuvo que levantar la cabeza casi en vertical.

—Si lo encuentro, se lo preguntaré. Eso lo juro.

El demonio agitó sus finos miembros recubiertos de armadura, el significado del gesto desconocido para Kiska.

—Tendré que darme por satisfecho con tu promesa. Mi agradecimiento. Que tengáis un viaje seguro.

—Adiós. Y nuestro agradecimiento.

—Que os vaya bien —añadió Jheval.

Observaron al gran demonio alejarse con paso pesado. Las lanzas tintineaban y se mecían en su espalda al andar. Solos, libres de su enorme guía, Kiska volvió a sentirse expuesta, aunque las llanuras que los rodeaban se extendían planas y anodinas.

Jheval carraspeó.

—Bueno, supongo que será mejor que nos pongamos en camino.

Kiska lo miró: había metido los dedos por los cordones que sujetaban sus manguales; una costumbre que tenía mientras caminaban. Kiska pensó en su propio comportamiento durante el tiempo que habían pasado encerrados y no dijo nada, asintió y echó a andar. Quizá comentarían esos días (quizá incluso semanas, ¿quién sabía?) de estrecha compañía involuntaria en algún momento del futuro. Pero, de momento, estaba todo demasiado cerca y en carne viva.

O quizá, como Kiska sospechaba, ninguno de los dos volvería a mencionarlo jamás.

Habían reunido cuarenta mil regulares apoyados por una espina dorsal de seis mil veteranos malazanos del Sexto. La fuerza se conocía oficialmente como el Ejército de Rool y la comandaba el enviado Enesh-jer, representante del jefe supremo Yeull. Ussü servía como asesor, mientras que Borun comandaba su destacamento de mil moranthianos negros. El jefe supremo permaneció en la capital, Paliss.

Ussü iba a caballo, por consideración si no a su edad, entonces a su rango. La mayor parte de los oficiales y todo el personal del enviado iban montados. Sin embargo, no había una fuerza de caballería organizada lo bastante grande como para tener un papel importante en ningún combate, salvo para acosar, explorar y enviar mensajes. Los jourilanos y los dourkanos quizá se enorgullecieran de su caballería, pero esta jamás se había cultivado en Rool, ni en Mare. Al parecer, los pueblos de Puño seguían el modelo de los korelrianos, que, por supuesto, consideraban a los caballos más inútiles que otra cosa.

Ussü pensaba que ojalá tuvieran muchas más monturas; el lentísimo progreso del ejército lo impacientaba. Todavía tenían que llegar al valle de Ancy, por no hablar de la propia Ancy. Quizá fuera pura nostalgia, pero estaba seguro de que el viejo Sexto habría avanzado a mucho mejor ritmo. Desde su montura compartió al pasar más de una mirada desilusionada con los veteranos, sargentos y oficiales, cuando juntos examinaban las tropas roolianas, que avanzaban con paso pesado, como bhederin cansados. Se ciñó mejor el manto contra el viento helado que bajaba de la cordillera Temblor y estiró la espalda con una mueca. Dioses, ¿cuándo había sido la última vez que había cabalgado por otra cosa que no fuera placer? *Sí, estamos todos más viejos. Y quizá el pasado adquiere brillo a medida que lo dejamos atrás. Pero no nos enfrentamos al pasado, sino al presente del ejército malazano. ¿Qué hay de sus estándares? ¿Quién puede decirlo? Sabemos tanto de ellos como ellos de nosotros.*

Y así, dos ejércitos ciegos van acercándose a tientas.

¿Quién lleva ventaja? El que tiene la información.

Azuzó su montura hasta la vanguardia y la camarilla de oficiales y empleados que se arracimaban alrededor del enviado. *Como moscas. ¿Pero es eso justo? A ese tal Enesh-jer lo eligió Yeull. Aunque parece que la elección se basó más en el fervor de la devoción de ese hombre por la Señora que en su capacidad de mando o su experiencia. Como los que componen su personal y círculo interno: más parecidos a sacerdotes en su persecución de rango y prestigio que interesados por el mando de tropas. Y de forma similar ellos dudan de mí. Nigromante, susurran. Aficionado a las artes prohibidas.*

Ussü aflojó el paso para captar la mirada del enviado cuando se cruzaron, pero el

hombre estaba conversando con un ayudante, la enjuta cabeza de mastín ladeada, y rígida, le pareció a Ussü. Los empleados y otros lacayos no se mostraban tan circunspectos. Algunos lo miraban con frialdad, otros con franca desaprobación, mientras que los peores no disimulaban su alegría ante lo que podía tomarse como un insulto calculado.

Ussü no mostró incomodidad alguna. Se inclinó con todo respeto en su silla y azuzó su montura. Por delante de la vanguardia, espoleó a la yegua hasta ponerla al galope. ¿Qué los esperaba más adelante? Tres días antes había llegado recado a la columna, a través de los refugiados, de la caída de Aamil. Las historias eran descabelladas, incluso con cierta tendencia a la exageración aterrada. La ciudad arrasada, ciudadanos masacrados, un ejército demoníaco con armadura azul que, por la descripción, Ussü enseguida comprendió que eran moranthianos azules. Los invasores marchaban hacia el oeste. Las cosas adquirirían un carácter rocambolesco después de eso. Riadas que bajaban de la cordillera Temblor y se llevaban a cientos de invasores, caminos inundados por el agua, tormentas de granizo que acababan con todo, corrimientos de tierras y terremotos.

El fin literal del mundo. Absurdo. Aunque, noches antes, un temblor del suelo y unos chillidos de horror y alarma por el campamento habían despertado a todo el mundo. Se pensaba que tales manifestaciones representaban el desagrado de la Señora.

Los desembarcos habrían tenido lugar más de diez días antes. Entonces ¿dónde estaban esos invasores malazanos, sus nuevos rivales? ¿Los exploradores habían llegado al puente? ¿Su comandante (podría ser de verdad Melena Gris) había ordenado que una punta de lanza se precipitara a controlar ese único puente que cruzaba el Ancy?

¿Y por qué era tan reticente Yeull a destruirlo?

Trepó a una elevación y llegó junto a un pequeño contingente de caballos roolianos detenidos en la cima. En medio de todos se encontraba Borun, que parecía bastante incómodo a horcajadas de un semental ancho y musculoso. Ussü hizo avanzar su montura al paso hasta que compartió la vista del valle del Ancy extendida ante él, el ancho río que fluía hacia el sur, hacia el lago Espejo, a los pies de la cordillera Negra. En mitad del valle, la corriente se ensanchaba sobre un curso de rápidos poco profundos, salvados por el largo y fino puente de madera y piedra erigido por ingenieros malazanos del Sexto lo que parecía tanto tiempo atrás. A su lado, en la orilla oeste, el torreón de piedra con barbacana de la fortaleza de Tres Hermanas, llamada así por los rápidos. Rodeaba la fortaleza un gran pueblo de granjeros y artesanos que ofrecían sus servicios a los viajeros de esa importante ruta comercial.

Borun desmontó y se unió a él.

—¿Alguna señal de ellos? —preguntó Ussü.

—Ninguna. Parece que hemos conseguido llegar antes.

—Me sorprende. Tienen que ser conscientes de la importancia del puente.

—Quizá —caviló el comandante de los moranthianos negros— presuponen que ya se ha destruido.

Ussü contempló el lado romo del yelmo del comandante. Sí. Si hubiera sido por ellos, lo habrían volado de inmediato.

—¿Todavía cuentan con municiones?

El yelmo se inclinó en un asentimiento.

—Todavía tenemos algunos cajones que pudimos salvar de nuestros navíos hundidos.

—Sugiero que les den buen uso.

Borun lo miró de frente; Ussü no pudo discernir detalle alguno tras las estrechas ranuras del yelmo.

—El jefe supremo no ha dado permiso para minar el puente.

Ussü esbozó una leve sonrisa.

—Siempre podemos echarles la culpa a los malazanos. Sus saboteadores son incapaces de dejar un puente sin volar.

Un sonido escapó del yelmo de Borun, que se meció un poco. A Ussü le costó un momento reconocer en aquel ruido áspero y ronco una carcajada. Era la primera vez que oía algo así.

—Entonces vamos a bajar y a examinar esa fortaleza, ¿le parece?

—Sí, mago supremo.

Para el ojo crítico de Ussü, la fortaleza de las Tres Hermanas era más una choza con ínfulas, puesta allí para recaudar impuestos, que una fortificación defendible. Los muros eran finos y de una sola capa. Poseía un foso, sí, pero la calzada que llevaba hasta la verja era demasiado ancha para su gusto. Y subiendo en tropel por esa calzada había una fila constante de refugiados que llevaban sus escasos bienes mundanos envueltos en trapos, amontonados en burros y en carretas de las que tiraban. Para sorpresa de Ussü, también se les permitía meter ganado, cabras y ovejas en el patio. ¿De dónde saldría el pienso para alimentar a todos esos animales? Flanqueado por Borun, espoleó su montura y se coló entre la multitud. Reflexionó que, en el peor de los casos, al menos podrían comerse a los animales.

Dentro, unas chozas improvisadas atestaban lo que debería ser una plaza de armas abierta. El humo se alzaba de la choza del herrero, al otro lado de la plaza. Una especie de barracones largos recorría un lado. Al otro se alzaba la mota, coronada por un torreón cuadrado de piedra. Una calzada interior más estrecha conducía hasta su verja. Ussü dirigió su montura hacia la rampa de tierra y las figuras de túnicas negras

que permanecían sobre ella, cada una con un bastón.

Al llegar a la base, Ussü se inclinó en la silla. Los cuatro sacerdotes barbudos permanecieron inmóviles.

—Saludos. Soy Ussü, asesor de nuestro jefe supremo. Este es el comandante Borun.

Uno de los sacerdotes asintió con un movimiento mínimo.

—Saludos, Ussü, Borun. Soy el abad Nerra. Estoy al mando de esta fortaleza.

Ussü parpadeó con gesto sorprendido.

—¿Qué hay del capitán Hender?

—Se le ha relevado.

Ussü procuró mantener el semblante inexpresivo. Hender era un veterano del Sexto. Habría mandado seguir su camino a esos refugiados, no les habría permitido atascar un puesto militar avanzado. La desorganización, la admisión de todos esos civiles (¡tantas bocas que alimentar!) empezaba a tener sentido.

—¿Y dónde está el enviado? —preguntó Nerra.

Al girarse en la silla Ussü vio que, de hecho, el enviado, rodeado de su séquito, acababa de entrar en la barbacana. Señaló la puerta. Cuando el enviado se acercó, los sacerdotes de Nuestra Señora bajaron la rampa hasta que sus cabezas quedaron más o menos al mismo nivel de los que iban a caballo. El abad Nerra se inclinó ante Enesh-ger, que recibió el homenaje como si no mereciera menos.

—Mi señor enviado —comenzó Nerra—, el destino de este rebaño, todos estos leales a Nuestra Señora la Santísima, está en sus manos.

Las facciones magras del enviado retrocedieron con una sonrisa de calavera.

—Detendremos a esos invasores. Herejes y descreídos todos ellos.

Ussü fue mirando las caras. ¿Esos hombres estaban hablando en serio? Cuando Enesh-ger había llegado con el Sexto, no sabía nada del culto local. Aun así, se decía que no había fanático como el recién convertido. Miró a Borun y después se preguntó por qué se molestaba; era imposible leer nada en un moranthiano embutido en su armadura. Si podía distinguir algo en la postura del hombre, era indiferencia y aburrimiento.

—No se apure, abad —estaba diciendo Enesh-ger—. Estableceremos una cabeza de puente al otro lado del Ancy. Ningún invasor llegará a tierras roolianas.

—Disculpe, mi señor —interpuso Ussü, asombrado—. ¿No planeará cruzar el puente con las fuerzas, verdad? Quedarán aisladas al otro lado. Si no se va a volar el puente, debemos permanecer en esta orilla, defender aquí.

Algo parecido a un suspiro siseado se escapó de los labios entrecerrados del enviado y los ojos se abultaron en la cabeza de calavera.

—No dudo —enunció, casi asfixiado por las pasiones que lo invadían— que nuestro jefe supremo valora sus opiniones sobre temas «esotéricos», asesor. Pero en

cuestiones de táctica y disposición de fuerzas, le sugiero que guarde silencio.

Por dentro, Ussü estaba que echaba humo, pero también sintió un escalofrío nítido cuando todos los ojos lo estudiaron, muchos de ellos con una hostilidad clara. Se inclinó; en el rostro, una expresión imperturbable.

Enesh-ger asintió con gesto rígido y aceptó la aparente deferencia de Ussü.

—Permaneceré aquí para ponerme al mando de la fortaleza con, eh, su permiso, abad. —Nerra se inclinó—. Muy bien, solo queda, entonces, el asunto de esta orilla...

Ussü dio una patada a la bota blindada de Borun. El comandante moranthiano carraspeó con estrépito.

—Me gustaría pedirle ese honor, enviado. Con su permiso.

El enviado concedió dicho honor con un ademán.

Ussü volvió a inclinarse a modo de despedida y le dio la vuelta a su montura. Nadie le hizo el menor caso. Cuando cruzó la barbacana, Borun se reunió con él.

—Esta fortaleza es una trampa mortal —le murmuró Ussü al comandante moranthiano. Azuzaron sus monturas y atravesaron la multitud de civiles de ojos enormes y animales quejumbrosos. Cuando llegaron a la rampa que cruzaba la zanja, Ussü estudió la estrecha muralla de piedras talladas y sacudió la cabeza—. No será un asedio. Será un saqueo.

—Quizá los contengan en la otra orilla —respondió Borun, su voz era incluso más ronca de lo habitual al intentar mantenerla baja.

Ussü suspiró.

—Quizá. Pero si yo fuera Melena Gris (si es que sobrevivió y pudo desembarcar), enviaría marines por delante para cruzar por el norte y el sur y abalanzarme sobre el puente mientras llegan las fuerzas principales. Y si lo consiguen, debemos retirarnos a toda prisa. Yo sugiero al sur, después al oeste.

—Luego ese recurso del que habló. Solo por si acaso.

—Sí. También me gustaría contar con una tienda en su campamento, Borun. Donde pueda trabajar sin que me molesten. Y prisioneros.

—¿Prisioneros? ¿Quién?

—Cualquiera. No importa. Siempre que sean fuertes. Tengo intención de investigar un poco.

Borun inclinó la cabeza protegida por el yelmo.

—Como solicite, mago supremo.

Para el turno de noche, Suth bajó arrastrándose con Len y Yana al saliente rocoso desde donde se vigilaba el puente sobre el Ancy, que corría allá abajo, en el valle. Relevaron a un equipo del undécimo, tres mujeres. Suth intentó buscar la mirada de una, que era de Dal Hon. Pero la mujer lo atravesó con la mirada como si no estuviera y él supo por qué: ella era veterana mientras que él todavía tenía que demostrar su

valía.

Yana se asomó por encima de las rocas.

—Qué amables por su parte marcarnos así sus líneas, con antorchas.

—Están trabajando día y noche —dijo Len, que estaba echado boca abajo con la barbilla apoyada en los antebrazos cruzados—. Cavan trincheras, clavan filas de estacas, ponen trampas, queman todos los arbustos que pudieran tapar a alguien. Se están atrincherando.

—Malditos idiotas.

Suth miró a Yana.

—¿Por qué?

—El río divide sus fuerzas en dos.

—¿Y qué? Pueden retirarse por el puente.

Len y Yana se miraron.

—Lo que no consigo desentrañar —dijo Len—, es por qué ese puente sigue en pie.

—Quizá sea una trampa —sugirió Suth.

—El riesgo no merece la pena. Solo te cargarías a unos cuantos cientos de soldados. —Len sacudió la cabeza—. Cuesta creer que haya antiguos malazanos al mando ahí abajo.

Yana lanzó un bufido.

—Son prófugos. Desertores. Unos inútiles.

Pero Len no estaba convencido. Seguía sacudiendo la cabeza con los labios fruncidos.

Suth se sentó y se envolvió mejor los hombros con el manto. En Puño era invierno. Un viento helado soplaba del norte. Los nativos lo llamaban maldito. Y eso que no había conocido a muchos nativos. Tendían a huir; creían que eran una especie de demonios llegados para comerse a sus hijos. Durante todo el avance hacia el oeste a través de Skolati, lo único que habían encontrado habían sido aldeas desiertas y granjas abandonadas. Todo el mundo había huido a las colinas o se había marchado a las ciudades del sur. A Suth le parecía incomprensible. Claro que él procedía de una tierra que había conocido un sinnúmero de conquistas arrolladoras y cambios de gobierno, mientras que esa tierra era tan estrecha de miras que ya había olvidado que sus actuales gobernantes la habían invadido una generación antes.

Los tres se pusieron rígidos cuando alguien siseó a su espalda. Era Keri.

—Vienen unos oficiales, subíos los pantalones. —Después se escabulló en la oscuridad.

Los tres se miraron entre sí.

—¿Oficiales? —articuló Yana, molesta.

Después, pasos que descendían entre las rocas, tres pares. Len se limitó a izar los

ojos hacia el cielo nocturno y se giró. Suth observó, vio quién salía de la oscuridad y se irguió con gesto reflexivo, después se obligó a relajarse cuando recordó las reglas de batalla que imponían no identificar a los oficiales. Era su capitán, Apuestas; su puño, Rillish Jal Keth; y el representante del comandante general, el adjunto.

Yana se irguió también mientras Len, ejerciendo el código de completa indiferencia del que hacían gala los saboteadores, hizo caso omiso de los recién llegados. El capitán Apuestas indicó a Suth y Yana que se relajaran e invitó al puño y al adjunto a dirigirse a un puesto de observación situado a cierta distancia. Suth fingió regresar a su guardia, pero estudió a los tres por el rabillo del ojo. Apuestas señalaba el valle como si explicara alguna táctica; el puño también añadía comentarios y asentía. El adjunto se limitaba a escuchar, su rostro bruñido por el sol y el viento no revelaba nada. La mirada de Suth se perdió en las dos espadas envainadas en el cinturón del puño. Hojas de duelo untan. Armas formidables. Largas, estrechas, de dos filos y punta de aguja. Capaces de cortar y apuñalar. En otro tiempo pulidas, quizá, pero en ese momento maltratadas, las vainas de cuero desgarradas y gastadas. En cuanto al arma del adjunto, Suth apartó la mirada de la espada curva cuyo pomo y empuñadura de marfil parecían refulgir con una luz interior.

—Ahora sí que la tenemos armada —murmuró Len.

—¿Crees que ya vamos? —respondió Suth, en voz muy baja.

—Sí. La fuerza principal debe de estar a tiro de piedra.

—Entonces... ¿cuándo?

El saboteador frunció el ceño, indeciso.

—Antes de lo que nos gustaría, sin duda.

El adjunto hizo un gesto entonces y de repente captó la atención de todos. El joven señalaba a la oscuridad. Después dobló un dedo. De una sombra ligera, entre unas rocas, surgió Faro, que inclinó la cabeza para saludar. Los tres oficiales hablaron por un momento y después tomaron el camino de regreso. El capitán Apuestas se rezagó el tiempo suficiente para echarle a Faro una buena riña entre gruñidos antes de alejarse. Su «explorador» de pelotón se apoyó en una roca, sacó su pipa de tubo corto y empezó a cargarla.

Suth le lanzó a Len y Yana una mirada interrogante; los dos se encogieron de hombros, así que se acercó él mismo. Faro no le hizo caso mientras se ocupaba de su pipa.

—¿Y bien? —preguntó Suth tras un momento. El tipo no respondió—. ¿Qué quieres? ¿Una puñetera bolsa de soles imperiales?

El hombre alzó la vista y dejó al descubierto los dientes puntiagudos y brillantes.

—Estás un poco verde para ponerte a exigir, ¿no te parece?

—Yo diría que ahora somos compañeros de pelotón y ayudaría al pelotón conocer el plan.

Faro dio un bufido y miró a espaldas de Suth, a Len y Yana; los dos se habían puesto en pie y se encogieron de hombros. Faro se metió la pipa entre los dientes, sin encender.

—Mañana por la noche. Las columnas principales van a lanzarse a la carrera.

—¿Y nosotros? —preguntó Len, y se puso junto a Suth.

Faro volvió a sonreír; esa vez con gesto malvado, le pareció a Suth.

—Vosotros, chicos, tenéis que asegurarnos de que el puente sigue ahí cuando llegue el momento de que Melena Gris lo cruce. O eso, o salir volando por los aires con él.

—¿Por los aires?

Faro asintió con su sonrisa de dientes picudos.

—Oh, sí. Corría el rumor de que hay fuerzas moranthianas negras entre esos roolianos y veteranos del Sexto. Y se ha confirmado. Lo más probable es que ellos también tengan sus municiones. —Alzó la barbilla para interrogar a Len—. ¿Qué te parece? ¿Ser el blanco por una vez, para variar, eh?

El viejo saboteador mantuvo el rostro cuidadosamente imperturbable.

—No nos dejemos llevar por el pánico —dijo arrastrando las palabras—. ¿Y cómo es que te vieron? Creí que se te daba mejor.

Faro se limitó a abrir los labios todavía más.

—Ese adjunto. Se dice que era de la Guardia Carmesí. Dicen que los fantasmas de sus muertos los cuidan.

Por alguna razón, la idea provocó un escalofrío por la espalda de Suth. Le parecía que eso sería lo último que él querría.

Ussü tuvo que hacer valer toda su menguante influencia solo para que le permitieran la entrada en el torreón principal de las Tres Hermanas. Una vez en el interior, lo tuvieron esperando la mitad de la noche mientras él desconocía lo que se debatía en la sala del enviado. Cómo reconquistar Skolati, quizá. O alguna tontería prematura parecida.

Al fin, consumido ya el círculo de medianoche en las velas, lo convocaron a presencia del enviado. Miembros de la orden religiosa militante de la Señora, los Guardianes de la Fe, hacían guardia ante la puerta de su alojamiento. Cuando lo acompañaron al interior, Ussü se inclinó. Parpadeó bajo el fulgor de muchas más velas y lámparas y después encontró al enviado calentándose las manos en un brasero. El hombre estaba rodeado de suntuosidad: tapices en los que se representaban escenas de la guerra librada durante siglos por la Señora contra el enemigo, los demoníacos jinetes de la tormenta. Gruesas alfombras y cojines yacían desperdigados por el suelo. Iconos brillantes de la Señora resplandecían en mesas, en las paredes, cada uno con su propio racimo de velas blancas y delgadas que

representaban la pureza de la fe. El enviado vestía un pesado chal de lana oscura, aunque en la habitación reinaba un calor asfixiante. Dos guardianes de la fe permanecían en el interior, junto a las puertas, a ambos lados.

—Este es mi tiempo de devoción, mago supremo —dijo el hombre—. Por favor, sea rápido.

Ussü decidió probar con la sumisión primero y, por tanto, se guardó todas las quejas o comentarios cortantes.

—He estado ocupado, mi señor... —Por un instante la escalofriante visión de cinco cadáveres pálidos apilados al azar junto al muro de su tienda destelló ante sus ojos, pero eso también prefirió desecharlo y continuó—. Escudriñando, mi señor. Escudriñando nuestro entorno. Intentando adivinar lo que está por venir. He vislumbrado al enemigo. Está cerca. Creo que el ataque es inminente. —Tomó una cautelosa bocanada de aire y, ante el silencio del enviado, decidió tirarse al vacío—. Mi señor, debe retirarse de la orilla este. Cualquier retirada, o desbandada, obligará a nuestras fuerzas a meterse en el río. Solo un puñado conseguirá cruzar el puente...

El enviado Enesh-ger había levantado una mano de golpe para pedir silencio. Miró a Ussü con una expresión fiera que el mago solo podía llamar odio.

—¿Así que ha escudriñado? —Dio un paso más y estudió a Ussü como si fuera un objeto desagradable—. Por qué Nuestra Señora tolera su perverso interés en esas artes demoníacas es algo que nunca podré comprender. Sin embargo, la tolerancia y compasión de la Señora son infinitas. Y por tanto he de honrarlas y respetarlas. En cuanto al despliegue de nuestras fuerzas, mago... se ha excedido en su autoridad, se ha excedido mucho. Usted no tiene nada en absoluto que decir sobre este tema.

Ussü estuvo a punto de abrir la boca de puro asombro. ¿En serio creía el enviado lo que estaba diciendo? Él había pensado que todos esos aires que se daba estaban calculados para procurarse un ascenso. ¿De verdad ese hombre había encontrado la fe? Podía ocurrir, suponía Ussü. Pero ¿«interés en esas artes»? ¿Qué tontería era esa? Ussü apretó los dientes para no alzar la voz.

—Enesh-ger... —consiguió articular a duras penas—, deje de fingir que es nativo de estas tierras. Usted nació en Gris. Lo conocí cuando era un joven teniente del Sexto. ¿Qué locura es esta que está diciendo?

El enviado se estremeció como si lo hubieran golpeado y les hizo un gesto a los guardias.

—¡Déjennos!

Cuando los guardianes cerraron la puerta tras ellos, Enesh-ger se precipitó hasta una mesa, se sirvió una copa de vino y se la tomó entera. Eso pareció calmarlo.

—Ussü, es usted un misterio para mí. ¿Dónde están todos los demás magos del cuadro, eh? ¿Adónde han ido? —Y se echó a reír—. ¡Ah, sí! Ya me acuerdo. Yo estaba allí. ¡El poder de la Señora, Ussü! Los ha aplastado a todos. Ella es el sumo

poder aquí. Nadie puede tocarla. ¡Es real! ¿Qué son esos otros supuestos dioses? ¿El Embozado? La cara huesuda de lo inevitable. ¿Ascua? Una simple veneración de boquilla a un antiguo espíritu del hogar. ¿Y Tronosombrío? —Otra carcajada—. Bueno, ese ni siquiera merece comentarios. Ussü, ¿qué son todos esos otros dioses más que rivales enfadados por la supremacía de ella? —Estiró de golpe un brazo hacia el este—. ¡Y ellos! ¡Ahí fuera! Ellos también caerán ante ella. Nadie puede derrotarla en estas tierras. ¡A lo largo de todos estos siglos, todo el mundo que lo ha intentado ha caído! Incluso él... incluso Melena Gris se vio arrojado a un lado. —El enviado abrió los brazos como para decir que, de todos modos, nada de eso importaba—. E incluso si perdiéramos Rool a manos de esta nueva fuerza invasora, quedan los korelrianos. Ya sabe cómo es la Guardia de la Tormenta. Lo que pueden hacer. ¡No se les puede derrotar!

Ussü solo pudo sacudir la cabeza. *Bueno, así que no se trata tanto de fe como de someterse a un poder mayor. ¿Pero acaso hay alguna distinción? ¿Acaso la veneración no es más que un esfuerzo dulcificado de congraciarse de la forma más servil? Quizá ahora no sea el momento para esa cuestión filosófica. Da igual. Son argumentos que conozco y entiendo.*

—Enesh... la Guardia de la Tormenta solo defiende el muro. No librarán su guerra por usted.

El enviado sonrió entonces con una especie de astucia animal. Se acercó más. El sudor relucía en su estrecha cara afilada. Tenía los ojos muy abiertos, las pupilas enormes. Cogió las manos de Ussü en las suyas.

—¡Pobre tonto! Cómo te aferras a tus delirios. Pero tú también te has adaptado a estas nuevas verdades. —Levantó los brazos de Ussü y reveló la sangre que le manchaba las mangas de las túnicas. Los estigmas de sus últimos... esfuerzos—. Tú también estás implicado, amigo mío. Tú también estás con nosotros. Hasta los ensangrentados codos.

Y en los ojos vidriosos de ese hombre Ussü creyó ver a la Señora, riéndose de él.

Rillish se recostó contra una roca calentada por el sol, estiró la pierna y se frotó el muslo. Tenían por delante una noche fría y clara. Estaba más agotado de lo que recordaba haber estado jamás, día tras día de montar sin descanso, de ir de un lado a otro con bromas, halagos, amenazas puras y duras, lo que hiciera falta para poner a las tropas en movimiento otra vez. Y su pierna nunca se había recuperado del todo de esa antigua herida. La tenía tan entumecida que sabía que no podría ponerse en pie ni aunque quisiera.

¡Cuánto ansiaba un fuego! Una buena comida, algo con lo que calentarse las manos. Pero un cabrón había prohibido todos los fuegos. Un cabrón que resultaba que era él. Pero habían llegado. Lo habían conseguido. Y, aunque cansados,

deshechos, le parecía que sus hombres y mujeres estaban lo bastante cabreados e irritados como para seguir deseando luchar.

Y todo ese tiempo el joven Kyle, el adjunto, había montado con él, aunque por lo general se mantenía junto a los elementos extremos de cabeza. Era un jinete torpe, era obvio que no estaba acostumbrado a los caballos, pero de una resistencia inesperada, capaz de cabalgar todo el día y después recorrer el perímetro durante la noche. En opinión de Rillish, el joven quizá no tuviera la experiencia táctica del mando, pero lo que sí tenía no se podía aprender: ese algo especial que hacía que hombres y mujeres estuvieran dispuestos a seguir sus órdenes. Rillish veía cómo lo miraban los soldados, la deferencia, el modo en que sus ojos seguían el arma que llevaba a la cadera. Era parecido al modo en que actuaban en presencia de Melena Gris.

Era una mirada que, si Rillish fuera menos hombre, lo empujaría a un resentimiento mezquino y mortificante. Se quitó una bota y agitó los dedos de los pies. Menos mal que no eran esas sus inclinaciones. Él solo era un soldado y caballero, estaba allí para hacer lo que debía por su gente y después retirarse a engordar, tan contento. Quizá no le gustara la decisión del adjunto de acompañar a los pelotones que tenían la tarea de proteger el puente, pero tampoco podía detenerlo. Otro comandante quizá se lo hubiera tomado como una especie de afrenta personal, o despreciaría al joven como un simple buscador de gloria. Pero lo cierto era que el contingente no tenía muchas probabilidades de supervivencia y la presencia del adjunto podría ayudar mucho. Habría ido él mismo, salvo que las órdenes de Melena Gris de ponerlo al mando del ataque tenían como objetivo desviar la atención de los equipos del puente. Él encabezaría la exploración contra las líneas extremas del este, mientras la mayoría de sus fuerzas esperaba al norte para lanzar un ataque sobre el puente. Por delante de todos, sin embargo, cinco pelotones bajarían flotando por el Ancy hasta el puente, y una vez allí actuarían para protegerlo de cualquier posible demolición. El capitán Apuestas había esbozado lo que tenía en mente y a él le satisficieron las elecciones del hombre. Sería una fuerza pequeña que dependería de la discreción, pero si surgía algo ya se habían establecido señales.

Rillish revolvió en su alforja y desenvolvió una vieja pera machacada. La mordió con reverencia y mantuvo la carne dulce en la boca para intentar aliviar la tensión de los hombros. Néctar. Puro néctar. Podía contar con unas cuatro horas de sueño antes del ataque nocturno. Y dormiría, las tropas conocían su trabajo. Rillish se encontraba en esa envidiable pero difícil posición de mando de aparente irrelevancia. El reto para él era abstenerse de interferir y confiar en que hombres y mujeres hicieran lo que debían.

Otro problema era que, sobre el papel, él estaba al mando de todos los elementos del Cuarto. Pero lo cierto era que su apresurado avance había repartido sus tropas a lo largo de varios días de marcha. Varias riadas habían aislado secciones de las

columnas y habían retrasado su avance días enteros. Los temblores habían provocado corrimientos de tierras que habían cubierto senderos que bajaban por valles escarpados y habían aplastado y aislado unidades enteras. Era como si la propia tierra estuviera batallando contra ellos, al menos allí, en el norte. El resultado era que en ese momento tenía con él, a la cabeza de su punta de lanza, menos de tres mil soldados del Cuarto. De hecho, si los skolati se hubieran armado de voluntad y se hubieran coordinado lo suficiente para montar una contraofensiva, podrían haberlo encontrado embarazosamente expuesto.

Pero no lo habían hecho. Esa había sido la jugada de Melena Gris. Había juzgado que los skolati estaban destrozados y había procedido según ese supuesto. Y Rillish estaba de acuerdo. Y no era que tuviera que estarlo, pero hacía su trabajo un poco más soportable.

Los comunicados del cuerpo principal bajo el mando de Melena Gris situaban a la vanguardia de sus fuerzas todavía a dos días de marcha, una distancia que el puño supremo tenía intención de cruzar en un día y una noche de continua marcha forzada que iban a emprender de inmediato. De ahí las órdenes de Rillish. Aguantar hasta que el puño supremo llegara con la vanguardia. Si tuvieran que decidir destruir el puente, lo harían al día siguiente. Cada hora que pasaba reforzaba la posición de Melena Gris, a medida que iban llegando más y más miembros del Cuarto y el Octavo.

Esos mensajeros también hablaban con la soldadesca antes de regresar, y parecía que la reputación de Melena Gris entre las tropas había adquirido un barniz incluso más brillante. Los soldados, siendo la panda de supersticiosos inveterados que eran, atribuían su buena suerte a la hora de evitar lo peor de esas manifestaciones de riadas y temblores terrestres a la protección de Melena Gris y su maga suprema. Una comparación que Rillish quizá también podría decidir que le resultaba ofensiva. Pero él era de la opinión que cualquier cosa que reforzara la moral de las tropas había que alentarla, aunque, personalmente, eso lo hiciera quedar mal a él.

Se terminó la pera, les dio las buenas noches a sus ayudantes, se metió en su manta y se quedó dormido de inmediato.

En su campamento entre las rocas, Suth estaba sentado con el resto del decimoséptimo y pensaba lo que hacer antes de la señal de esa noche. Los habían seleccionado a ellos y a otros cuatro pelotones para que se dirigieran al puente. Unos cincuenta hombres y mujeres, soldado arriba o soldado abajo. Dudaba, por ejemplo, que Faro fuera a aparecer, aunque Pyke seguía con ellos, para desagrado de todo el mundo. ¿Debería intentar dormir? ¿Por qué molestarse cuando sabía que no lo conseguiría? Miró a Wess, que se estaba tomando su tiempo en preparar su pipa de tubo largo. Las hierbas que iban en esa cazoleta quizá lo ayudaran a dormir, pero no podía enfrentarse al río medio atontado. En un lado Lerdo ya se había dormido,

mientras que Manteca iba consumiendo a ritmo constante el alijo de comida que le quedaba. El sargento Tela, sentado, charlaba en voz baja con Len y Keri; sin duda estaban comentando algo del puente.

Entonces Pyke lanzó una risita profunda y señaló a un lado.

—Mira quién está aquí, Yana. ¡Es tu novio! Vuelve arrastrando ese patético culo para cogerte el tuyo.

Era un soldado del quinto, un hombretón de hombros encorvados y cabello greñado, como el gran ganado enastado de la sabana de Dal Hon. Suth no recordaba el nombre del tipo. Gipe o algo así. Yana se levantó, le hizo un gesto burdo a Pyke y miró al tipo con las manos en las caderas.

—Bueno, ¿y qué tienes que decir, entonces? —le preguntó.

El tipo agachó la cabeza y dio una patada en el suelo.

—Lo siento, supongo.

—Lo siento —repitió Yana. Se cruzó de brazos—. ¿Lo sientes?

—¡Sí! —El hombre levantó la cabeza con una mueca hosca; después miró a Yana y su expresión se deshizo en una especie de abatimiento herido—. Sí.

Yana sacudió la cabeza y se acercó para cogerle la cara entre las manos y plantarle un gran beso en los labios.

—¡Qué idiota más tonto! ¡Solo tenías que decirlo!

La consternación mezclada con deleite que revoloteó por el rostro desamparado del hombre casi hizo que Suth lanzara una gran carcajada. Indefenso. Indefenso por completo en manos de aquella mujer.

Se cogieron del brazo y Yana levantó su petate de camino.

—Zoquete descerebrado —dijo Pyke—. Lo mismo ni recuerda qué es lo que se supone que siente.

—Lo que importa no es el qué —comentó Wess desde donde estaba echado de lado, los ojos cerrados, la pipa acunada con suavidad en una mano.

Pyke arrugó la cara.

—En el nombre del Embozado, ¿se puede saber qué se supone que significa eso?

Keri se acercó sujetando la manta que le rodeaba los hombros. Estaba mirando a la pareja que se alejaba y se detuvo delante de Suth.

—¿Se han arreglado otra vez?

Suth asintió.

—Sí... ¿Otra vez?

La mujer tenía una extraña media sonrisa en los labios cuando bajó la cabeza y lo miró.

—Sí. Siempre hacen las paces antes de cada batalla importante, después tienen una de esas grandes peleas de toda la vida y rompen.

Suth lanzó un bufido. Esos soldados malazanos... una panda extraña de

inadaptados, todos metidos en el mismo saco.

—Yo..., yo me pongo toda tensa. No puedo dormir. ¿Y tú, qué?

Suth se encogió de hombros y estuvo a punto de decir que no, que en realidad no, cuando levantó los ojos, miró a la mujer que tenía allí de pie, envuelta en la manta, la camisa por fuera del pantalón y desatada, y las palabras murieron en su boca. Tragó saliva y tartamudeó.

—Sí. Yo también. Tenso.

La sonrisa se ensanchó y al tiempo que ella estiraba los brazos hacia abajo, él los estiraba hacia arriba y los entrelazaron.

—Pues vamos —dijo ella—. Conozco una forma de soltar toda esa tensión. Y tráete la manta, no quiero congelarme el culo.

Un golpe en el poste frontal de su tienda despertó a Ussü. Se levantó y se puso las gruesas túnicas de calle sobre la camisa y los pantalones.

—¿Sí? —exclamó.

—Recado de Borun, mago supremo. Un disturbio en el este.

Alzó las solapas; un soldado moranthiano negro se inclinó.

—Lléveme con él.

Borun ocupaba una pequeña elevación en la ladera del valle que descendía hasta el Ancy, por debajo del fuerte de Tres Hermanas. La atalaya le ofrecía una buena perspectiva del pueblo de Tres Hermanas, el puente y un trozo de la orilla contraria, donde se habían atrincherado las fuerzas roolianas. Puesto que era de noche, lo único que Ussü podía ver eran las sombras que bailaban y puntos de luz de las antorchas que se movían lejos de la orilla.

—¿Qué pasa? —le preguntó al comandante moranthiano.

—Escuche.

Ussü respiró más despacio y procuró calmar su pulso. Extendió hacia el este sus sentidos, aunque tuvo cuidado de no acudir a su senda. Todavía no, en cualquier caso. Entonces, por encima de las aguas revueltas del río que se precipitaba hacia el sur, lo oyó: el rugido definido pero apagado de un combate.

—Creí que todavía estaban al menos a un día de distancia —dijo sin aliento, el aire dibujaba jirones en la noche fría.

—Podría ser una avanzadilla enviada para sondearnos —sugirió Borun.

—¿Para qué anunciar su presencia antes de haberse reunido todos?

El comandante moranthiano no dijo nada. Era su forma de hacer saber a Ussü que no tenía ni idea.

—¿Los... ah... paquetes? ¿Están en su sitio?

Borun asintió.

—Todo listo.

—Muy bien. ¿Ha enviado a alguien, supongo?

—Para determinar el carácter del contacto, sí. La soldado debería de regresar en breve.

—Ah, por supuesto.

El yelmo de color negro mate se volvió hacia él.

—Mago supremo, el enviado ha mandado casi a quince mil a la otra orilla. No podemos abandonarlos.

Todavía, añadió Ussü.

—Muy bien, comandante. —Miró la posición; la tienda de Borun se encontraba cerca—. No tendrá un taburete, ¿verdad?

—Por supuesto, mago supremo.

Poco después, un soldado moranthiano negro se acercó a la carrera. El soldado («la» soldado, se corrigió Ussü) hizo un saludo militar.

—Parece ser una pequeña fuerza de no más de unos miles sondeando las defensas del camino, comandante. Los roolianos los están repeliendo.

—¿O quizá es que los malazanos no están presionando tanto como podrían? —interpuso Ussü.

La exploradora volvió el yelmo hacia Borun, que con un pequeño ademán le dio permiso a la mujer para que contestara. *¿Por qué permiso?*, se preguntó Ussü. ¡Ah, sí! Había pedido una opinión.

—Difícil de decir, mago supremo. —Le costó empezar a hablar—. Pero si he de ofrecer una interpretación, yo diría que no, los invasores no están presionando tanto como podrían. Aunque su pequeño número descartaría un avance, puesto que serían vencidos —añadió.

Invasores. Qué extraño oír eso de nuestras bocas cuando nosotros mismos somos invasores. Sin embargo, asintió a las palabras de la exploradora moranthiana. Después se dirigió a Borun.

—¿Entonces para qué atacar? Un derroche de hombres y mujeres cuando no tienen posibilidad de recibir refuerzos.

El casco romo con forma de proyectil se ladeó un poco mientras Borun pensaba.

—Podría ser un oficial impetuoso, o uno deseoso de hacerse notar. Novato en combate.

—Si yo fuera Melena Gris, destituiría al muy idiota.

—Esperemos que el tío de ese oficial sea demasiado importante para eso —sugirió Borun con lo más parecido a un arranque de buen humor que Ussü le había oído jamás.

—Usted no conoce a Melena Gris —dijo Ussü con tono lúgubre.

Se les dieron troncos para que se agarraran a ellos durante el viaje río abajo. Puesto que era invierno, el Ancy bajaba con poca agua. Grandes peñascos que sobresalían entre la gran anchura y los rápidos intermitentes salpicaban de espuma la superficie. A Suth le dijeron que debería poder hacer pie la mayor parte del descenso, si se estiraba. El equipo lo guardaron en petates que ataron a los troncos. En equipos de tres fueron chapoteando por los bajíos hasta el canal central, más profundo y rápido. El agua fría de la montaña le quitó el aliento y le escoció como si quemara. El río se extendía ante él como la noche revuelta bajo las estrellas. Se encorbaba y siseaba allí donde las rocas acechaban justo por debajo de la superficie. Tiraba de él como si ansiara hundirlo.

Uno por uno levantaron las piernas y permitieron que la corriente los arrastrara. Con lentitud al principio, Suth empezó a rodear los peñascos sumergidos; después más rápido, como si bajara por un tobogán resbaladizo, fue cogiendo velocidad. Intentó estirar los pies por delante y el truco funcionó unas cuantas veces, las rocas ocultas se limitaban a clavarle las rodillas en el pecho y a arañarle las pantorrillas. Apretó los dientes contra el dolor y levantó la cabeza para buscar el trozo oscuro del puente: nada todavía. Un remolino le dio la vuelta y empezó a deslizarse a toda velocidad de espaldas, pero usó una mano para volver a girarse. Al hacerlo, vislumbró por un instante la panza de madera del puente que tenía casi justo encima y el susto estuvo a punto de hacerlo soltar el tronco. Había una pequeña isla de peñascos más adelante, el agua formaba crestas a su alrededor; Suth estiró los pies para tocar fondo e ir frenando. El agua lo estrelló contra las rocas y le quitó el aliento. Se abrazó al tronco, con la boca abierta y la cabeza gacha mientras el agua espumeaba sobre él. Esperaba por todos sus dioses dalhonesios que cualquiera que se asomara al puente solo viera un trozo de madera a la deriva atascada entre las rocas.

¿Y ahora qué? Estaba metido allí, atrapado como si lo hubieran atado. Intentó salir poco a poco, pero la corriente no hacía más que volver a incrustarlo en aquel hueco. Cuando saliera el sol, seguro que lo veían, ¡si no se había muerto de frío para entonces!

Algo lo golpeó y por un instante pensó que le habían acertado con un cuadrillo de ballesta desde el puente. Pero era una cuerda, de una delgadez patética, que se apretaba contra él. Le costó, pero se envolvió un brazo con la cuerda tantas veces como pudo y después volvió a aferrarse al tronco.

Un tirón casi le dislocó el hombro. *¡Eh, dioses, un poco de cuidado!* La presión era constante y angustiosa. La cuerda se le clavó en la carne y el músculo del brazo. Sintió un cosquilleo cuando se le cortó la circulación. Lentamente, aquel tirón insoportable venció la presión del agua y escapó de golpe de la trampa, como un corcho. Solo pudo flotar sin fuerzas, apenas capaz de seguir aferrándose al tronco con

una sola mano. Unas manos lo sacaron del agua.

—¿Quién es este tío? —susurró una voz.

—Está con los de Tela.

—Ya. —Una bofetada en la mejilla—. Bueno, bienvenido al sexto.

Suth tenía los labios entumecidos y casi no podía ni articular.

—Tengo que ir con mi pelotón.

Una forma oscura que tenía encima lanzó un bufido.

—De eso nada. Te quedas ahí quieto. Estamos jodidos, este puente está minado y lo pueden volar en cualquier momento.

Ussü se despertó con una sacudida cuando le tocaron el hombro; se había quedado dormido apoyado en su bastón. *Esos esfuerzos de antes debieron de quitarme más de lo que sospechaba. Y la edad no perdona.* Ya casi había amanecido, el horizonte oriental lucía el color rosado de una concha marina. Ussü sintió el frío gélido de la noche invernal como una punzada dolorosa en las manos y los pies. Saludó con la cabeza al soldado moranthiano y se dirigió adonde Borun conversaba con otros oficiales suyos.

—¿Ninguna incursión? —preguntaba Borun.

—No se ordenó ninguna. Solo reparación de las líneas y atrincheramiento.

Borun se inclinó ante Ussü.

—Buenos días, mago supremo.

—¿Ha terminado el combate?

—Sí, hace algún tiempo. Una retirada lenta de los invasores.

—¿Una retirada lenta? ¿Y el enviado no los presionó, no mantuvo el contacto?

—No. Las órdenes lo prohibieron.

Ussü estaba asombrado.

—¿Por qué?

—Quizá tema una emboscada o un contraataque.

—Así que se oculta tras sus líneas. —La estupidez de todo aquello era desalentadora—. Hemos abandonado toda iniciativa. Se la hemos entregado a ellos.

—Cierto —admitió Borun—, pero la verdad es que son ellos los que tienen que venir a nosotros. Podría decirse que tenemos el tiempo de nuestro lado.

Ussü comenzaba a caer en la cuenta de que el comandante negro tenía el irritante talento de ser capaz de ver cualquier situación táctica en toda su complejidad.

—Esperemos —dijo al fin. Después se aclaró la garganta; se estaba desmayando sin su infusión de hierbas matinal y su té especiado—. Entre tanto, estaré en mi tienda. Envíe recado de cualquier novedad.

Borun inclinó la cabeza, oculta por el yelmo.

—Muy bien, mago supremo.

Devaleth sabía que ella no era ninguna veterana de campañas terrestres, pero le parecía que Melena Gris, en su loca carrera por alcanzar la frontera rooliana y el elemento avanzado que había dejado al mando de Rillish, iba a un ritmo magnífico.

Tenían mucho terreno que cubrir. El puño supremo se había rezagado más de una semana para organizar el nuevo gobierno militar malazano y aceptar la rendición de los elementos skolati que todavía iban llegando con cuentagotas. Después siguió esperando, con las mandíbulas apretadas de impaciencia, mientras los restantes comandantes skolati repartidos por todo el territorio reñían y se socavaban unos a otros hasta que al final, desalentados y desmoralizados, el ejército no consiguió presentar una resistencia organizada.

Una vez que quedó claro que no quedaba ninguna amenaza pendiente, Melena Gris reunió diez mil soldados del Cuarto y el Octavo y emprendió de inmediato la marcha hacia la frontera rooliana. El puño Khemet Shul se quedó atrás con órdenes de consolidar, asignar guarniciones y seguirlos en cuanto fuera prudente.

¡Y a qué paso! Puesto que escaseaban los caballos, todo el mundo tenía que caminar, y caminar, y seguir caminando. Melena Gris se levantaba con el alba y no dejaba de caminar hasta ya entrada la noche. Las comidas (un mendrugo de pan duro rebuscado en una aldea abandonada, o un trozo de carne seca) se tomaban entre zancada y zancada. Aquel hombre era implacable; a los que no podían seguir el ritmo se les dejaba atrás. Muy pronto, para los soldados se convirtió en una cuestión de orgullo asegurarse de que no les pasara a ellos. Más de un soldado pasaba cojeando junto a Devaleth dejando un rastro de huellas ensangrentadas.

Devaleth era una del puñado que iba montado, aunque fuera sobre un burro. Seguro que algunos la consideraban afortunada, pero ella sabía la verdad: era una especie de tortura. La columna del animal era como un cuchillo y la bestia tenía por costumbre pararse de repente y hundir la cabeza en un esfuerzo por tirarla patas arriba. Siempre que pasaba, los soldados cercanos sugerían emplear un cuchillo en los cuartos traseros, o un palo afilado en una oreja, pero, por alguna razón, Devaleth no tenía valor para golpear al animal, así que el bicho se salía con la suya. La bruja se resignó y consideró, de todos modos, que ella estaba mucho mejor que los pobres regulares que iban a pie.

En deferencia a su posición de maga, Devaleth también disfrutaba de una de las dos tiendas; la otra servía como enfermería móvil y seguía la ruta de marcha arrastrada por una yunta de bueyes. El resto del apoyo logístico y seguidores (herrereros, armeros y cocineros), Melena Gris los había dejado atrás en su absoluta determinación por alcanzar a la avanzadilla. Para los soldados rasos, era improvisar sobre la marcha o morir de hambre. Devaleth vio huertas abandonadas llenas de malas hierbas que habían saqueado, el ganado vagabundo que habían reclamado para sí e incluso una hembra de ubek salvaje derribada por jabalinas y despiezada allí

mismo, las ancas llevadas a hombros para asarlas en las hogueras.

Cada noche tenía que buscar a Melena Gris. Al final lo encontraba envuelto en su manto de viaje embarrado, tirado entre los soldados, junto a un fuego u otro. Su largo cabello de color gris ceniza era casi luminoso por la noche y lo mismo la barba que le estaba creciendo. Devaleth se acomodaba junto al fuego y por el rabillo del ojo solía pasar la velada estudiando el rompecabezas que era ese hombre.

Le parecía que el puño supremo estaba en su elemento. Allí, en el campo, compartiendo la compañía de los regulares. Estaba claro que era donde se encontraba más cómodo. No era de extrañar que hubiera estado tan impaciente por largarse. ¿Pero qué había de los hombres y las mujeres de su tropa? Devaleth sabía que a algunos oficiales les gustaba dárseles de pertenecer al pueblo común, de tener un toque plebeyo y ser capaces de codearse con los soldados rasos cuando era obvio que carecían de tales dones. Por las miradas y actitud de todos aquellos con los que hablaba o se sentaba el puño supremo, Devaleth vio que se había ganado sus corazones. Encajaba en el molde de los antiguos comandantes malazanos de los que la bruja había oído hablar: el legendario Dujek, el brusco Urko, o el reverenciado Whiskeyjack.

Sin embargo, en ese subcontinente era el criminal más vilipendiado de la historia. Allí estaba el hombre que, cuando ella estudiaba en la academia de Mare, había osado acercarse al enemigo, a los jinetes, que estaban dispuestos a borrarlos de la faz de la tierra. ¿Era un absoluto solipsista? No, no se lo parecía. ¿Un sociópata sin corazón? Una vez más, no. ¿O había que compadecerlo por ser un crédulo patético, un simple idiota? No, eso no.

Entonces... ¿qué?

Era un misterio. Un hombre que iba a lo suyo y a la mierda con las consecuencias. Devaleth no sabía si admirar al tipo o tenerle un miedo profundo.

Ese dilema tomó un nuevo giro cuando, al quinto día de marcha, el suelo tembló. Era un temblor común; Devaleth estaba acostumbrada a ellos. Las supersticiones locales los atribuían a la lucha de la Señora contra los jinetes. Ese en concreto parecía haber tenido el epicentro cerca, ya que el suelo se abrió bajo los elementos de la retaguardia y muchos cayeron en un agujero que profundizó en la tierra. Poco después, la vanguardia estaba cruzando un arroyo cuando una riada descendió con una furia imponente y se llevó a unos cincuenta soldados. Fue el primero de muchos más desastres: barrancos que se hundían, corrimientos de tierras por las escarpadas laderas del valle... Era como si el propio terreno se revolviera contra ellos.

Sin embargo, ninguna de esas manifestaciones golpeó cerca de donde marchaba Melena Gris. Una región de paz y tranquilidad parecía rodearlo. No se sentía ningún temblor. Ningún saliente serpenteante que bajara desaparecía de repente bajo sus pies. Como era lógico, a medida que iban pasando los días y los temblores se

intensificaban, la columna se constriñó alrededor del lugar donde fuera que Melena Gris iba caminando. Y puesto que Devaleth acompañaba al puño supremo, siempre se veía atrapada en medio de la multitud.

La novena noche de la marcha, Devaleth se sentó junto a una hoguera con el puño supremo. Se había envuelto en sus túnicas y mantas, los brazos ceñidos alrededor de las rodillas; el frío se había intensificado a medida que se acercaban al lado de barlovento de la isla. Durante un momento de relativa privacidad, la bruja se aclaró la garganta y se aventuró a hablar en voz muy baja.

—Alarga la mano, pero no puede cogerlo. ¿Por qué?

Los ojos fríos como el hielo del hombre se deslizaron hacia ella y las amplias mandíbulas se soltaron poco a poco.

—No sé de qué me habla.

—Los dos sabemos de qué hablo.

Los labios lo admitieron con una mueca.

—¿Sabe lo que piensan los soldados?

—¿Qué tiene eso que ver?

Él sonrió como si hubiera logrado algún tipo de victoria.

—¿Qué ha notado en los últimos tiempos? ¿Cómo la han estado tratando los chicos y las chicas?

Devaleth frunció el ceño. ¿Qué locura era esa? Bueno, ya le hablaban, le ofrecían consejos sobre cómo montar. Y había notado que nunca estaba sola. Varios de ellos la flanqueaban a lo largo de todo el día. Y le ofrecían cuencos de moras y tiras calientes de carne del animal que resultara estar en el fuego esa noche.

El puño supremo se inclinó hacia ella y bajó la voz.

—Piensan que es usted la que los está defendiendo.

La bruja se quedó mirando al puño supremo, horrorizada.

—¡Pero eso no es cierto!

Él levantó una mano para pedir silencio.

—Eso no importa. —Se volvió a recostar; su mirada regresó al fuego, donde solía descansar, y estudió las llamas—. He terminado por entender que, en realidad, la verdad no importa. —Ladeó la cabeza, su mirada azul y fría se posó de nuevo en ella—. Lo que importa en realidad es lo que la gente decide que es verdad.

Devaleth se encontró con que no podía sostenerle la mirada y apartó los ojos. ¿Era un mensaje para ella? ¿Para todo el mundo? ¿Todo era mentira, entonces? Pero no había negado que se había acercado a los jinetes.

—Duerma un poco —dijo él al tiempo que se daba la vuelta y se envolvía en su grueso manto—. Llegaremos al valle del Ancy mañana o pasado. No habrá forma de dormir entonces.

Suth se estaba congelando en el lugar al que se había encaramado, bajo el puente. El viento azotaba sin obstáculos las vigas de madera entre las que se sentaban los miembros del sexto y él como monos desdichados. El mismo viento que lo había secado, pero que le había chupado todo el calor por el camino. El tráfico constante traqueteaba y gemía sobre ellos, por las maderas cuadriculadas del suelo del puente. Llovía polvo y gravilla, que amenazaban con hacerlo toser. Se abrazó, colocó bien las posaderas entumecidas e intentó soltar algo de la cuerda que lo sujetaba a su asiento. Bajo sus pies, las aguas de color gris azulado del Ancy pasaban revueltas.

Habían trepado a lo que los sabotadores llamaban «estribos»: armazones de madera rellenos con rocas y escombros. El puente descansaba sobre cinco de ellos. Los soldados se ocultaban en lo más alto, entre los refuerzos y viguetas del armazón inferior, a salvo de las miradas de los que estaban en las orillas. Aun así, a Suth todavía le ponía nervioso ver al enemigo recoger agua y orinar a solo un tiro de piedra del estribo más cercano a la orilla.

El sexto y él ocupaban la cima de uno de los estribos centrales que había metidos en el agua más profunda. En otro lado, en el segundo estribo hacia el este, el resto del decimoséptimo había ocupado una posición parecida. Suth había intentado deslizarse para reunirse con ellos, pero el sargento del sexto, Dospies, se lo había prohibido con un enfurecido «no» con la cabeza.

Y así esperaron, ocultos, mientras los sabotadores hacían lo que se suponía que tenían que hacer. Que hasta el momento a Suth le parecía que era nada de nada. Los del sexto, Pulgares y Lorr, habían ido saliendo a tirones hasta un fardo atado a los soportes del puente, a medio camino entre dos estribos, y allí se habían quedado toda la mañana, señalando varias partes del bulto y susurrando.

Aburrido y entumecido por el frío, Suth se volvió hacia el soldado más cercano.

—¿De qué van esos? —le susurró.

El infante de la pesada tenía una especie de mejunje de hojas y frutos secos metido en una mejilla.

—Lo están comprobando —fue la lacónica respuesta entre mordisco y mordisco.

No me digas. Llevan haciendo eso toda la mañana.

—Ya, pero ¿qué van a hacer?

Un encogimiento de hombros.

—Tienen que buscar trampas.

—¿Y luego qué? —volvió a susurrar Suth.

—No sé. Desarmarlas, supongo.

Suth volvió a echarse hacia atrás, derrotado por la estupidez del soldado, o al menos por lo bien que parecía fingirla.

—¿Cómo te llamas, de todos modos?

El hombre mascó un rato, como si estuviera pensando en la pregunta.

—Pescas —dijo luego.

Pescas. Suth miró al tipo, el brazo grueso metido en una brecha triangular que quedaba entre las maderas, las amplias mandíbulas bovinas que no dejaban de trabajar. *¿Pescas?*

—¿Por qué Pescas?

—No sé. El sargento de instrucción me preguntó por mi familia, así que dije: «Pescamos». Así que él dice, vale. Pescas.

Suth se lo quedó mirando. *Extraordinario. Y todo sin la menor inflexión.* Le hubiera gustado presionar al tipo para ver hasta dónde llegaba, pero quizá ya estaba bien de charlas porque Dospies le lanzaba una mirada asesina cada vez que abría la boca. Se volvió a recostar en un intento de encontrar una posición más cómoda.

—Claro.

Algo se movió sobre su cabeza y él se encogió con una sacudida que estuvo a punto de tirarlo de su puesto y dejarlo colgando sobre el río como una estúpida fruta. Era una saboteadora que iba avanzando por un madero, delgada y vestida con cueros embarrados. La mujer se dejó caer a su lado y se puso en cuclillas con los brazos por encima de la cabeza para aferrarse a la madera. Le guiñó un ojo a Suth, que respondió con un asentimiento, inseguro. Ya la había visto antes, fea como un demonio, con los dientes montados unos sobre otros y unos ojos saltones que parecían capaces de mirar en dos direcciones a la vez. Cabello largo, recogido y atado con tal fuerza que los dientes le sobresalían todavía más. *Urfa. La teniente de saboteadores.*

—¿Qué pasa? —articuló él a duras penas.

—Hora de que empiece el espectáculo. —Y dejó al descubierto los dientes amarillos e irregulares.

—¿Vais a tirar las municiones al río?

La mujer parecía absolutamente horrorizada. Lo miró como si se hubiera vuelto loco.

—¡Por el Embozado, no! Nos las vamos a guardar.

Después se descolgó bajo la madera horizontal, mano sobre mano, nada bajo ella salvo el río, y sacudió la cabeza ante la estupidez de aquel soldado.

Bueno, ¿cómo se suponía que iba a saberlo? Observó mientras Urfa se unía al bajo y rotundo Pulgares y al igual de larguirucho Lorr en su atestada percha. Los tres empezaron a sacar herramientas de varios bolsillos de los pantalones, chalecos y jubones. En alguna otra parte, Len y Keri estarían comenzando ese mismo proceso. La idea de Keri inclinándose sobre unas municiones y volando en mil pedazos lo hizo retorcerse. *Aun así, esa mujer tenía un tacto hábil y suave, si eso contaba para algo. Y si las cosas iban mal allí, con Pulgares, él estaría igual de muerto.*

Ussü se estaba lavando las manos en una jofaina cuando Borun se metió en su tienda. El comandante moranthiano miró el cuerpo cubierto por una sábana de la mesa central y después a Ussü.

—¿Alguna noticia?

Ussü frunció el ceño, decepcionado.

—No. Ninguna. Este murió de inmediato. Conmoción. A veces el corazón se rinde sin más. ¿Tiene a alguien más?

—Tenemos alguien cautivo...

—¿Sí? Tráigalo. Debo ver lo que está pasando.

El oficial negro moranthiano se sujetó el cinturón con las dos manos enguantadas y se quedó callado un rato, la mirada puesta en el cuerpo. Ussü conocía a su amigo lo suficiente para leer reticencia y una especie de inquietud vaga.

—¿Sí?

—Es... malazana.

—Ah. Entiendo. —*Inquietud por dos frentes*—. No se preocupe, amigo mío. Estamos en guerra. Debemos hacer lo que debemos.

El yelmo de color mate oscuro se inclinó en lenta aquiescencia.

—Muy bien, mago supremo. Se la enviaré. —Borun se agachó y salió de la tienda.

Ussü se volvió hacia sus ayudantes y señaló el cuerpo.

—Deshaceos de ese. Preparad la mesa.

Yurgen se inclinó.

—Sí, mago supremo.

Cuando entregaron a la cautiva, a Ussü le decepcionó ver lo diminuta que era. *No hay mucho sitio en la cavidad del pecho para llegarle al corazón.* Les hizo un gesto a sus aprendices para que la prepararan. La mujer estaba amordazada, los brazos estirados a ambos lados y atados, las piernas rectas y sujetas. Ussü se encontró estudiando su rostro con mucha más atención de lo que había estudiado el de cualquier sujeto anterior. Unos ojos de color avellana se clavaban en los suyos, llenos de furia animal. *Tiene espíritu. Y leonados. ¿Eras de Tali, quizá? ¿Y soldado? ¡Pero tan grácil! Exploradora, seguramente. Sí, seguro. Aun así, queda la esperanza. Esa presunción que tienen algunos de que los varones son más fuertes que las mujeres no lo confirma la evidencia. Las mujeres siempre resisten más que los hombres. Las privaciones, la tensión, incluso las heridas. Así que quizá mis esfuerzos terminen dando fruto.*

Cogió su instrumento más afilado, un escalpelo con hoja de obsidiana, cortó la camisa raída y expuso el costado de la mujer. Luego tanteó con los dedos y rajó en vertical entre los salientes de dos costillas. Estiró una mano:

—Separador.

Le colocaron en la palma el instrumento de madera y latón. Ussü sondeó con los dedos y encontró un asidero en las costillas. La víctima sufrió una convulsión y ahogó en un borboteo un chillido agónico; Ussü se estremeció. *Maldita sea. Tengo que empezar otra vez.*

—¡Que no se mueva!

—Sí, mago supremo. —Yurgen y Temeth se inclinaron sobre la menuda mujer y usaron su peso para sujetarle el torso.

—Muy bien. Empecemos otra vez, ¿de acuerdo?

Con el primer giro de los tornillos separadores, ella dejó escapar un lacerante aullido incoherente de angustia y después se derrumbó, inconsciente. *¡Gracias a la Señora! Ahora puedo concentrarme.* Decidió continuar adelante con el procedimiento mientras pudiese. Cuando los dedos curiosos rozaron el corazón de la mujer, Ussü sintió que su senda acudía a él con un poder que no había sentido en décadas. La cabeza gacha, cerca del hombro desnudo de la sujeto, los ojos cerrados, su visión interior perforó los bordes de Mockra y voló libre.

Y casi de inmediato la Señora estaba allí para recibirlo. Fue como si un gato lo hubiera cogido por el cogote. Su voz pareció acariciarlo como si buscara el sitio perfecto para cerrarse sobre él.

Ussü, mi leal sirviente, ¿qué blasfemia es esta que practicas en mi nombre? ¡Abandona estos falsos delirios y únete a mí!

No podía hablar, estaba indefenso por completo. Y ella lo sabía.

Confías demasiado en mi afecto y paciencia. Es solo...

La voz se interrumpió. Ussü percibió un cambio, un remolino, unas presiones aplastantes que crecían a su alrededor. Después vislumbró algo brillante entre la bruma. Una hoja. Una hoja brillante.

Hay alguien más aquí... ¡Una intrusa! Está aquí. ¡Esto es intolerable! ¿Cómo se atreve?

Algo apretó el cuello de Ussü como un torno. El mago parpadeó, se obligó a abrir los ojos y vio que la sujeto había soltado de alguna forma un brazo de las correas y lo estaba estrangulando con una fuerza inhumana. *¡Yurgen! ¡Temeth! ¿Dónde estáis?*

¡Voy a destruir a esa zorra!

La cara de la malazana rodó para mirarlo, los ojos abiertos pero desprovistos de vida. Algo se le soltó del cuello, un cordón de cuero con un colgante. La sencilla piedra lucía una imagen grabada: una mano abierta. *¡El emblema de la reina de los Sueños!* Una imagen destelló en esos ojos vidriados y fijos, una presencia. Y Ussü sintió una vergüenza que le aplastó el alma.

Me has traicionado, Ussü, le susurró otra voz. La tristeza y el pesar que transmitían esas palabras llenaron de lágrimas los ojos del mago. Sintió que iba

perdiendo la consciencia, pero tras la voz llegó el leve rumor del agua corriente.

¡No! ¡Este es mío!

Un golpe y la banda de hierro que le apesaba el cuello se desprendió con un fuerte tirón. Alguien lo sostenía. Se llevó las manos a la garganta, jadeando en busca de aire. Borun, lo rodeaba con un brazo, la espada desnuda y ensangrentada en una mano. Ussü bajó la cabeza: el torso de la mujer, decapitado.

—Hable —exigió el comandante moranthiano.

Ussü se estaba masajeando la garganta. Sus aprendices yacían alrededor de la mesa, como si los hubieran asesinado allí mismo. Se arrodilló con gesto rígido junto a Yurgen y giró la cabeza del joven para examinar sus ojos. *No exánimes. Vivos. Pero vacíos. La mente borrada de un plumazo. Quizá, como dicen, Mockra es hija de Alto Thy. Quizá, como susurran, la Encantadora no conoce límites.*

—El puente, comandante —dijo, todavía arrodillado—. Oí... agua.

—¡Guardias! —bramó el moranthiano al tiempo que salía en tromba de la tienda.

Ussü no podía apartar los ojos de esas órbitas vacías. *¿Cuál fue tu última visión, Yurgen? ¿Quién te hizo esto? ¿Fue de verdad la Encantadora? Peligrosa sin duda es mi... investigación. Sin embargo, estoy indefenso sin ella. ¿Qué he de hacer? ¿Traicionar a ambos bandos? Al final, ¿es que no ha de haber santuario, no ha de haber refugio para mí?*

La primera indicación de problemas que tuvo Suth fue un cambio de tono dentro del ruido general de las fuerzas roolianas. El tráfico del puente se detuvo en seco. Después, un gran número de pisadas atravesaron con golpes secos el suelo. En las orillas del río, una multitud de soldados presionó contra los bordes de sedimentos y gravilla. Observó con una sensación de mareo que todos llevaban arcos.

Y después manos que señalaban, gritos, arcos levantados, disparos. Una tormenta de flechas voló hacia las cimas de los estribos más cercanos a la orilla.

—Nos han visto, chicos y chicas —exclamó Dospies, solo para hacerlo oficial.

No me jodas. Suth tenía la sensación de que su trasero estaba muy expuesto y además era muy gordo.

—¿Nos vamos a dar un chapuzón? —preguntó Pescas.

Dospies frunció el ceño y negó con la cabeza.

—Na, solo conseguiríamos que nos dieran un flechazo.

Más ruidos de roces en la madera, entre los refuerzos de las vigas, y apareció una figura con una armadura negra, la espada en la mano y una cuerda serpenteándole por los hombros. Todo el mundo se lo quedó mirando, asombrado. *¿Un moranthiano negro?*

—¡A por el cabrón! —bramó Dospies.

Suth se levantó de un golpe y solo para que lo echara hacia atrás de un tirón la

cuerda que llevaba en la cintura. Agitó brazos y piernas como un escarabajo boca arriba y estuvo a punto de caerse de la madera. Pescas y los otros del sexto se fueron a por el moranthiano mientras este, o esta, gateaba entre las vigas hacia los sabotadores.

Antes de que cualquiera del sexto pudiera acercarse, un cuadrillo de ballesta alcanzó al moranthiano en el pecho, el tipo se deslizó de su percha y cayó balanceándose y girando en la cuerda. Lorr levantó la ballesta que llevaba al hombro, miró el arma vacía y después, con un encogimiento de hombros, la dejó caer al agua azul lechosa.

—Vosotros dos, ¿aún no habéis terminado? —chilló uno del sexto.

—Cierra esa puñetera boca del Embozado —respondió Pulgares.

Suth cortó la cuerda que le envolvía la cintura y preparó su arma. Las flechas picoteaban las maderas que los rodeaban. Estaban escondidos entre la estructura inferior; para los arqueros era un disparo difícil porque tenían que apuntar alto para cubrir toda la distancia.

—¿Y ahora qué? —le gritó a Dospies. El sargento del sexto no le hizo el menor caso.

Alguien estaba tirando de la cuerda del moranthiano negro para intentar subirlo. Pero el cuerpo se obstinaba en seguir golpeándose contra una viga horizontal. Tras unos cuantos tirones, quienquiera que estuviera intentándolo debió de rendirse, porque la cuerda se deslizó de repente con un siseo entre el laberinto de maderas, el cuerpo se precipitó al agua y desapareció en el Ancy.

—Botes —observó con tono lacónico Pescas, y señaló río arriba con la barbilla.

Suth cambió de postura. Sí, señor, una flotilla entera de botes se estaba preparando río arriba, en ambas orillas. Había arqueros metiéndose en todos ellos. *¡Que todos los dioses de mi tierra natal los maldigan! ¿Y ahora qué? ¡Estaban atrapados! No podían subir. No podían bajar. No podían quedarse. ¿Y de quién coño ha sido este puñetero plan?*

Pulgares se soltó de la viga sobre la que había estado echado. Le colgaba un saco muy gordo de la cintura y tenía una gran sonrisa pegada a la cara ancha.

—Será mejor que... —Le apareció una flecha en el costado, clavada hasta las plumas. El sabotador lanzó un gruñido y la miró, asombrado—. Puta suerte que tengo.

Lorr se abalanzó a por él, pero el otro se soltó y cayó boca arriba, mirándolos a todos, su rostro un óvalo pálido. Desapareció en la turbulencia opaca que rodeaba la base del estribo.

—¡Maldita sea! —gruñó Dospies—. Esto está empezando a ponerse incómodo.

Eso sí que es quedarse corto.

—¿Saltamos sin más? —preguntó Suth.

Dospies lo rumió un poco.

—Podrías saltar encima de uno de esos botes y hundirlo como el gran saco de mierda que eres. ¡Y ahora cierra la boca!

Qué cabrón más gracioso. Espera a que salgamos de esta. Ya te encontraré. ¡Y pensar que ni siquiera me he traído mi escudo!

Todo el mundo intentó trepar entre las vigas para protegerse del fuego de los arcos. Suth estaba moviéndose de lado hacia otro refuerzo cuando el puente entero dio un salto. El estallido lo tiró de la cima de la viga. Se aferró y quedó colgando. Entre el rugido que tenía en los oídos, solo distinguió un grito cuando alguien cayó. Trozos de equipo hecho pedazos y fragmentos de madera cayeron con un chapoteo al río.

—¡Arriba y a por ellos! —bramó Dospies tras un breve silencio aturdido.

¡Arriba! ¿Arriba? ¿Una carga? ¿Y yo qué? Suth se las arregló para enganchar un pie en el refuerzo. El sexto estaba trepando por los bordes del armazón inferior, rumbo a la cima. *¡Esperadme, malditos!*

Desde la colina, Rillish vio tan bien como todos el enjambre de figuras negras que cargaban contra el puente; la oleada de arqueros que oscurecían las orillas de ambos lados del Ancy. El vuelo de flechas solo lo confirmó. Se irguió y llamó con una seña a una ayudante.

—¿Último informe sobre Melena Gris?

—En algún momento de esta noche es el mejor cálculo, puño —respondió la mujer. Sus ojos permanecían clavados en la brillante cinta lejana del río. Después volvió la mirada hacia él, suplicante. *Yo fui una vez así de joven, así de entusiasta. Ahora solo pienso en los costes. ¿Merecía la pena? Las matemáticas son implacables; solo son unos cincuenta, después de todo.*

Pero, como siempre, hay mucho más que simples números en juego.

Se volvió y asintió mirando a la capitán Peles, a su lado. Luego se dirigió a la ayudante.

—Ordene la carga. Directamente a la orilla, atajamos por el sur hacia el puente.

La mujer ya había salido corriendo.

—Resistiremos —dijo Peles mientras se abrochaba el yelmo con visor de lobo.

—Qué remedio.

Desde su tienda, Ussü observaba el ataque mientras tomaba un reconstituyente vaso de té caliente hervido con una amapola poco común que podía encontrarse en las estribaciones de la cordillera Ebon. Se le cayó el vaso del susto cuando una explosión disparó humo y desechos que florecieron sobre el puente. Figuras humanas, carretas y equipo salieron dando vueltas por los aires y cayeron al río con un chapoteo sordo.

¡Maldita sea la Señora! ¿Fueron ellos o nosotros? ¿Deliberado o accidental?

Cuando el humo se despejó, vio que la explosión no había partido por completo el puente: unas cuantas brazas gruesas todavía salvaban la sección. *Accidental quizá, no donde debía ser. O eso, o los malazanos construíamos muy bien, joder.* Borun llegó a la carrera. Tras él, la lucha había estallado por todo el puente. *Las ratas sacadas de su madriguera. No puede haber demasiados.*

—No fuimos nosotros —anunció el comandante malazano.

—Involuntario.

—Para los que lo tenían en la mano, sin duda.

Unos cascos sacudieron el suelo cuando un miembro del séquito del enviado llegó con un estruendo hasta ellos y detuvo a su montura con un tirón salvaje. Era uno de esos nobles roolianos, un tal duque Kurran, o Kherran. El hombre señaló a Borun.

—¿Qué traición es esta? ¡Tenía sus órdenes!

—No somos los únicos con municiones —señaló Borun sin alzar la voz ronca.

—¡No creo que sea de su interés demoler el puente!

—Dejarían aisladas las fuerzas de la otra orilla —comentó Ussü—. Con la retirada cortada, podrían rendirse y nosotros habremos perdido un tercio de nuestro ejército.

El duque lo miró con furia, como si Ussü hubiera sugerido el plan al enemigo.

—El jefe supremo se ocupará de usted —dijo con los dientes apretados. Y tiró de las riendas para darle la vuelta al caballo.

—Nos echarán la culpa pase lo que pase —comentó Borun, la mirada todavía clavada en el noble que se retiraba.

Un correo moranthiano negro se acercó a toda velocidad a Borun y habló con él. El comandante se volvió hacia Ussü, que estaba filtrando otro vaso de té.

—La fuerza de avance de la otra orilla está atacando.

Esa vez Ussü se las arregló para no derramar el té.

Suth consiguió auparse y saltar por encima de la barandilla del puente para rodar entre equipamiento tirado y cadáveres despatarrados. El humo seguía brotando por el extremo este y, que él supiera, el puente igual se había derrumbado. Al oeste se habían formado filas entre carros volcados. Se puso a cubierto junto a una carreta y le gritó al soldado más cercano, una mujer que se estaba vendando el brazo.

—¿Qué está pasando?

—Estamos resistiendo en este lado —respondió ella; después, al mirarlo, añadió—: ¿El decimoséptimo?

—Sí.

La mujer señaló hacia delante.

—Estáis más allá.

Suth le dio las gracias y empezó a gatear. Las flechas caían en una lluvia densa e indiscriminada. *Pero ¿qué se creen estos arqueros que están haciendo? ¡Ellos son más que nosotros!* Más adelante, un tramo vacío de puente, barrido por fuego de arcos, se interponía entre los pelotones que defendían la barrera de carros y él. Vio a Yana, Tela y Wess en medio de la lucha. *¡Gracias a la diosa del Lar! No ha sido Keri... ¿Qué hacer? ¡Sin escudo! Oh, bueno. ¡No queda más remedio!* Se encorvó, salió disparado y cruzó el tramo abierto del puente.

Las flechas salpicaban los tablones tallados que recorría. No se molestó en agacharse; disparaban al cielo con la esperanza de darle a algo. Cerca ya de la barrera, un fuego ardiente le clavó los dientes en el muslo derecho y cayó rodando para ponerse a cubierto.

—Eso fue una estupidez —dijo el que lo enderezó. Era el joven adjunto, que miró la pierna de Suth y frunció el ceño bajo el bigote—. Has roto el asta. —Suth no pudo responder, el dolor era abrumador. Creyó que iba a vomitar—. ¡Urfa! —El adjunto se puso en pie—. Ella se ocupará de ti.

La teniente de sabotadores se arrojó junto a él y lo empujó al suelo sin demasiados miramientos.

—¿Por qué hago esto? —rezongó la saboteadora—. ¡Yo no soy ninguna puñetera enfermera del Embozado! —Suth estaba echado boca abajo con ella encima, sujetándole el cuello con el codo. Suth casi no podía respirar, y no digamos ya hablar. Una hoja fría le rasgó la parte posterior de los pantalones—. ¡La veo! —anunció—. ¡Solo porque he hecho unas cuantas amputaciones! —Y añadió en voz más baja—: ¡Apuesto a que nuestro pequeño adjunto también sabe coser! Esto va a doler. —Una hoja penetró por la parte posterior de la pierna de Suth. Este chilló y añadió su voz al rugido de la batalla que los rodeaba. La saboteadora estaba escarbando en la carne de la parte de atrás del muslo. El joven empezó a ver estrellas. El estrépito del combate se perdió en un murmullo hueco y apagado y su visión se oscureció.

Se abrieron camino peleando por la ribera. Pisotearon el campamento, patearon tiendas y hogueras y se mantuvieron de espaldas a la orilla embarrada. Rillish luchaba con las dos espadas, la capitán Peles y otros guardias le cubrían los flancos. Al puño le pareció que esa fuerza no estaba muy por la labor de disputarles la ruta hacia el puente.

Tampoco los culpaba, pues la estructura había quedado inutilizada. El estallido los había sorprendido por igual. Piedras y desechos habían llovido por todas partes. Le pareció que las fuerzas roolianas no se habían recuperado completamente de la explosión. Sus oficiales los instaban a continuar, pero él se imaginaba al soldado medio preguntándose por qué debería morir por un trozo inútil de madera y piedra.

Sobre todo una vez que se habían quedado aislados.

Aun así, estaban más que dispuestos a dejar entrar a la tropa de Rillish para poder rodearla; cosa que convenía a sus oficiales. Cuando los arqueros empezaron a dispararle, Rillish retrocedió hasta el muro de escudos del Cuarto y ordenó a todo el mundo que resistiera y defendiera ese extremo del puente.

Solo esperaba que Melena Gris no le juzgara con demasiada dureza por entregarle productos dañados.

Entonces apareció un hombre escoltado por Peles. Estaba chamuscado, tenía las mangas quemadas y la piel llena de ampollas y negra. Rillish lo reconoció como Cresh, sargento del undécimo, uno de los equipos enviados a asegurar el puente. El hombre hizo un saludo militar.

Rillish respondió al saludo.

—Me alegro de verlo, sargento. Me alegro de que sobreviviera. Una pena que llegaran a él, de todos modos.

—No, señor, no llegaron.

Rillish estudió al hombre; ¿no tenía barba la última vez que lo había visto?

—¿Cómo ha dicho?

—Fue un accidente. Fuimos nosotros. Se prendió por encima del suelo. Hemos apagado los fuegos y echado un vistazo. Mi chico, Llamalenta, dice que queda suficiente armazón. Denos tiempo y se lo arreglamos.

Rillish se quedó mirando al sargento y después se volvió hacia las líneas roolianas. *Maldita sea. ¿Cuánto tiempo antes de poder ver eso?*

A Ussü le pareció que había pasado media hora, así que se volvió hacia Borun mientras el comandante se ocupaba de los mensajes.

—¿Por qué hay todavía combates en el puente? —preguntó con suavidad.

El comandante moranthiano ni siquiera levantó la vista.

—A usted le diré la verdad, he estado dosificando a mi gente. Esta no es más que una batalla y tenemos una guerra que librar.

—Entiendo.

—Y también, hay informes de uno entre ellos que ancla sus líneas. Lleva un arma... los testigos dicen que es blanca o amarilla, como marfil. Nadie está dispuesto a enfrentarse a él.

La mirada de Ussü se posó de repente en el puente lejano, donde una horda de soldados presionaba, picas y lanzas meciéndose como un pequeño bosque. Blanca o amarilla... brillante... ¿El arma que él vio? Sin duda. ¿Debería ocuparse de aquello? Pero estaba exhausto después de quedar atrapado como una mosca en el enfrentamiento entre la Señora y la Encantadora. No estaba por la labor.

Un gruñido de Borun atrajo su atención hacia la ladera. Vio bajar una banda de sacerdotes ataviados de negro que, de camino, golpeaban el suelo con bastones. Los

soldados se apartaban de ellos. ¡Ah! El abad Nerra y sus tres ayudantes. El tipo del puente también había atraído la atención de la Señora, que había decidido tomar parte. Debería acercarse más, aquello podría resultar bastante instructivo.

—Me gustaría presenciar esto —le dijo a Borun.

El comandante moranthiano negro rezongó sin mucho interés.

—Si ha de hacerlo... Yo andaré por aquí. —Y le hizo una seña a uno de sus ayudantes para que lo acompañara.

Ussü descendió. O, más bien, lo intentó; los soldados no se mostraron tan cooperadores a la hora de apartarse como lo habían hecho con los sacerdotes. Y era una multitud terrible, miles se apelonaban hacia el puente para llegar al enemigo. Al final se conformó con seguir al moranthiano (¿o moranthiana?) que les iba abriendo paso.

Suth podía levantarse, si apretaba los dientes con la fuerza suficiente y se concentraba. El vendaje de Urfa era tan apretado como una mortaja y la saboteadora había metido en él un emplasto que hedía a grasa, orina y otras cosas en las que prefería no pensar. Pero se suponía que evitaba que la herida supurara.

Se había convertido en reserva, claro. Última fila. Se inclinó con gesto rígido y recogió una lanza. Las primeras líneas habían sacado escudos de algún sitio y habían montado una defensa obstinada. Todos excepto el adjunto, que observaba desde atrás, siempre listo para meterse allí donde se lo necesitara. Ningún arquero podía alcanzarlos ya, a menos que se atreviera a salir de entre las líneas frontales del enemigo. En cuyo caso, ellos todavía tenían sus ballestas.

—¿Nos retiramos? —le preguntó Suth al adjunto cuando se dio la casualidad de que quedó a su lado.

El joven sonrió tras el bigote.

—No a menos que nos podamos llevar nuestros carros con nosotros.

Tan de cerca, Suth se preguntó por qué había considerado joven a aquel oficial. No era más joven que él, desde luego, ni más que una gran parte del ejército entero. Aquel era un oficio para jóvenes. Seguramente era el rango: el tipo tenía pocos años para ser segundo al mando de un puño supremo.

La mirada del adjunto se entrecerró, el sombreado de arrugas estuvo a punto de ocultarle los ojos, la mirada de un nativo de las llanuras.

—Problemas —dijo sin aliento, después señaló con la mano—. Tela, Dospies, conmigo.

Suth forzó la vista: llegaban hombres con túnicas oscuras. La presión se alivió por el tramo de cuatro metros de anchura cuando los soldados roolianos retrocedieron. Cuatro sacerdotes más de la Señora, igual que en el templo de Aamil. Recordó cómo se le había cerrado la garganta entonces, la falta de aliento. ¿Ocurriría de nuevo? ¿Y

podría el adjunto contrarrestarlo como entonces?

Los cuatro dieron golpes secos en las maderas con los bastones con puntas de hierro y se quedaron allí, esperando. Flanqueado por sus sargentos, el adjunto se adelantó para encontrarse con ellos.

—Soy el abad Nerra —anunció uno de los sacerdotes. No esperó a que el adjunto respondiera; de hecho, estaba claro que no buscaba ninguna respuesta—. Están invadiendo estas tierras. Retírense de este valle y no se les molestará. Tienen la palabra de la Señora. Tal es su infinita indulgencia y paciencia.

—Muy generoso por parte de la Señora ofrecer territorio que ya dominamos —respondió el adjunto.

El abad parecía esperar una respuesta parecida.

—Ríndanse ahora o les empujaré la ira de la Señora como ceniza al viento.

—¿Y eso es la indulgencia o la paciencia?

El abad no se inmutó.

—Su paciencia carece de límites. La mía no. —Les hizo una señal a sus compañeros.

Pero los sargentos también hicieron una señal: detrás de los carros volcados se levantaron sabotadores para disparar las ballestas. Múltiples cuadrillos acertaron a los sacerdotes, a algunos los traspasaron por completo y pudieron continuar su vuelo veloz hasta golpear a los soldados de detrás.

Los cuatro se tambalearon, pero no cayó ninguno. El abad alzó los ojos y algo más pareció mirar con furia desde sus profundidades, algo que se clavó en todos ellos con rabia.

—¡Blasfemos! ¡Vuestras esencias se retorcerán de agonía!

La energía detonó entre los sacerdotes en arcos y filamentos crujientes. Las maderas se estremecían como si las aporreara la carga de la caballería. Todo el mundo se encogió: el adjunto, los sargentos, hasta las tropas roolianas. Las túnicas de los sacerdotes comenzaron a arder sin llama y a humear. Se disparó una cadena de energía que golpeó un carro en una explosión de fragmentos que mandó a hombres y mujeres por los aires. Suth recordó la lanza que tenía en la mano y dio un paso para lanzarla. El filo con forma de hoja desapareció en el torso de un sacerdote mientras el mango se carbonizaba al instante. El sacerdote no pareció notar siquiera lo que era, con toda seguridad, una herida mortal.

Los cuatro avanzaron un paso, los bastones sujetos en horizontal. El carro tras el que se ocultó Suth se deslizó hacia atrás y estuvo a punto de derribarlo. Se tambaleó y chilló de dolor con cada salto de la pierna herida. Otra cadena de energía azotó las líneas y hubo soldados que murieron, ardiendo sin llamas, carbonizados y marchitos.

Entonces el adjunto se abalanzó rodando. Un sacerdote cayó, la pierna amputada por la rodilla. Otro blandió su bastón y el adjunto paró el golpe con su espada, a dos

manos. El bastón se partió en un estallido que mandó al joven dando vueltas hasta estrellarse contra un lado del puente. La explosión aplastó también a una veintena de los soldados roolianos más cercanos. El sacerdote cayó, los brazos y el pecho destrozados y envueltos en sangre, las manos desaparecidas. Los dos que quedaban continuaron presionando, al parecer sin que les importara o afectara lo ocurrido. El carro se estrelló contra Suth una vez más.

—¡Al suelo! —exclamó Urfa, que después se irguió para lanzar una bola del tamaño de un puño.

Suth se refugió detrás del carro. En circunstancias normales, el crujido de la munición lo habría hecho encogerse, pero el estallido se perdió en el remolino de ira desatada ante ellos. Cuando la mujer se asomó otra vez, se quedó con la boca abierta.

—¡Mierda! —gruñó.

Suth se protegió los ojos con un brazo y vio que los dos magos seguían avanzando a pesar de un sinfín de brechas abiertas; la cara de uno era un brote de sangre de una herida mortal en la cabeza. El adjunto parecía haber perdido la consciencia. Suth cojeó hasta él y encontró a Tela examinándolo.

—¿Qué hacemos? —gritó Suth.

—¡No sé!

La hoja de color amarillo pálido yacía sobre las maderas. Tanto Suth como Tela la miraron.

—¿Debería tocarla? —preguntó Suth.

—¡No sé!

—¡Oh, a las brujas con todo! —Suth la recogió; estaba caliente y no era tan pesada como un arma de hierro. Aparentemente no le ocurrió nada. La hoja curva parecía más dorada que de color amarillo pálido, translúcida por el filo. Se volvió hacia los sacerdotes que quedaban. No le prestaron atención, concentrados como estaban en obligar a todo el mundo a retroceder puente arriba. Suth miró a Tela, que lucía un ceño pensativo.

—Quizá debería ir yo... —se ofreció el sargento.

Bueno, él estaba herido, después de todo. Un largo chillido los hizo mirar de golpe a los sacerdotes. Un soldado había salido de un salto de su refugio blandiendo un mandoble. El soldado vestía una larga cota de malla y un yelmo cuyo visor estaba tallado con la imagen de una bestia que gruñía. Suth la reconoció, era una oficial que veía con frecuencia con el puño Rillish. La hoja pesada de la mujer se estrelló contra un bastón, que la bloqueó y provocó un estallido de energía que crujió y azotó a todos los que había en el puente. ¡Pero esa oficial no había ido con ellos! ¿Qué estaba haciendo allí?

Un segundo golpe arqueado se deslizó bajo el bastón y rebanó la tripa de un sacerdote casi hasta la columna. Un giro brusco y la mujer levantó el arma con un

balanceo que alcanzó al segundo sacerdote en la entrepierna y abrió una brecha que subió hasta el esternón. Ni siquiera así cayó ninguno de los dos sacerdotes. El humo brotaba de ellos como si lo empujara un viento furioso; a Suth le parecía que ya llevaban muertos un rato. Enfurecida, la cota de malla ennegrecida y barrida por las energías, la mujer dio una patada a uno de los sacerdotes. Este cayó rígido como un cadáver entre un estrépito de miembros secos.

Las chispas de poder se apagaron de golpe, los bastones quedaron tirados en el suelo, consumidos, convertidos en palos negros; los adornos de hierro, fundidos. Una multitud de soldados del Cuarto invadieron la zona. Llegaron arrastrando carretas y equipo que apilaron en una barricada. Suth y Tela ayudaron a levantarse al aturdido adjunto.

Tela guiñó un ojo.

—Tendrás que ser el héroe en otra ocasión, ¿eh?

Suth examinó el pálido filo.

—Supongo que hace falta algo más que una simple espada. —Recogió un manto desgarrado y lo usó para envolver el arma.

El sargento asentía con expresión seria.

—Sí. A mí me parece más una cuestión de elegir el momento.

El adjunto ya se sostenía solo y hacía rodar un hombro entre muecas y siseos de dolor. Suth le ofreció la espada. El adjunto la cogió y sacudió la cabeza.

—Total, para lo que me ha servido.

—Sigue vivo, señor —señaló Tela.

El adjunto asintió con gesto pensativo y aceptó el argumento.

—Muy cierto, sargento.

Tela se irguió e hizo el saludo abreviado del campo de batalla. Suth se giró y vio acercarse al puño Rillish.

—Justo a tiempo —exclamó el adjunto.

El puño Rillish se inclinó.

—Esperemos que Melena Gris sea igual de puntual.

El adjunto se estaba masajeando el hombro.

—¿Cuándo lo espera?

—Esta noche, Ascuá mediante.

El adjunto rezongó a modo de asentimiento.

—Deberíamos poder resistir hasta entonces. Lo dejo en sus manos.

El puño Rillish se inclinó otra vez y se volvió hacia el sargento Tela; se pellizcó la barbilla entre el pulgar y el índice mientras estudiaba al hombre.

—Su capitán está en la orilla este, sargento.

—Sí, señor. —Tela cogió a Suth por el brazo—. Nos vamos.

Entre la masa ingente de soldados roolianos, Ussü dio unos golpecitos en el hombro de su escolta moranthiana. Ya había visto suficiente. Empezaba a tener claro que esa segunda oleada de invasores traía más que simples soldados. Otros poderes, al parecer, habían considerado que era el momento de desafiar la larga dominación de la Señora. Con la cabeza gacha, volvió a subir la ladera con las manos entrelazadas a la espalda. Si eso mismo le había quedado patente a ella a esas alturas... entonces quizá pudiera llegar a algún acuerdo.

Con la cabeza gacha, sumido en sus pensamientos, no notó la bronca que bramaba alrededor del puesto de mando de Borun. Si la hubiera visto, se habría dado media vuelta, pero no la vio y se metió justo en medio.

—¿Usted! Mago —le exigió alguien—. Haga entrar en razón a su compañero. — Ussü alzó la vista y parpadeó, una multitud del séquito de oficiales y aristócratas del enviado rodeaba a Borun. El que había hablado había sido el duque. *Kherran, así se llamaba.*

—¿Sí, mi duque? —preguntó Ussü con suavidad.

—¡Recuérdale su obligación!

Ussü se volvió hacia Borun.

—¿Y bien, comandante? ¿Qué es lo que ocurre?

—Es ahora deseo del enviado Enesh que se vuele el puente.

Ussü alzó una ceja. *Un poco tarde para eso.*

—Ya veo. ¿Y?

Un encogimiento de hombros.

—No poseemos municiones suficientes para esa tarea.

—Entiendo. —Ussü se volvió hacia el duque Kherran—. Ya ha oído al señor. Tuvo su oportunidad. Ahora ya no puede hacerse.

El duque avanzó sobre él, su rostro redondo oscurecido de rabia. Por un momento, Ussü creyó que lo iba a golpear.

—¡Pues tenía suficientes municiones para minar el puente antes!

—Eso era antes —dijo Borun con tono inexpresivo—. Ahora, lo que es más importante, lo que no poseemos es el puente en sí.

El duque casi se había quedado sin palabras de pura frustración. Señaló la estructura.

—Bueno... ¡hágalo aquí! ¡En ese extremo!

Borun desechó la sugerencia con un ademán.

—Ilógico. El daño no sería mayor que el provocado en el otro extremo. Se podría reparar en un día. No, nuestra única esperanza sería tomar el estribo más cercano a la orilla y derribarlo.

—¿Y bien? ¡Hágalo!

—No poseemos municiones suficientes para esa tarea.

El hombre hizo ademán de ir a coger su arma. Se detuvo en seco, el pecho le subía y bajaba, respirando a grandes bocanadas.

—Ustedes dos... ¡Están frustrando de forma deliberada nuestros esfuerzos! ¡Quieren que fracasemos! ¡El jefe supremo Yeull se ocupará de ustedes! —Le hizo una seña a su séquito—. ¡Vámonos!

—Recomiendo encarecidamente que se haga una retirada general de todos los botes de la orilla este —exclamó Borun tras el duque.

—¡Que caiga sobre su cabeza!

El comandante moranthiano los observó alejarse.

—Nos echarán la culpa pase lo que pase —caviló en voz alta.

—Sí. Pero no hay que preocuparse.

El oscuro yelmo mate se volvió hacia él. Ussü casi podía imaginarse la ceja arqueada.

—¿No?

—No. Tengo la sensación de que quizá podamos contar con la intervención de una entidad superior.

El yelmo se ladeó, pensativo.

—No me diga.

Ussü entró por el frente abierto de su tienda. Buscó entre sus hierbas y tocó la tetera: fría.

—¡Agua caliente! —gritó. Junto al fuego, un joven sirviente se levantó de un salto para cumplir sus órdenes—. Hasta aquí los imponderables, Borun. ¿Qué hay de los detalles prácticos? ¿Nos retiramos? —Y Ussü miró al exterior de la tienda. El comandante moranthiano estaba contemplando el río, las manos recubiertas con la armadura rozaban el cinturón a la altura de las caderas.

—No.

A Ussü la respuesta le sorprendió.

—¿En serio? ¿Cedemos el control de una orilla solo para conservar la otra?

El comandante entró en la tienda. Cogió una pizca de hojas secas, se las llevó al visor y las olisqueó.

—Prisas, mago supremo. Velocidad. Este ataque relámpago para tomar el puente. La marcha forzada para cruzar Skolati. Todo eso habla de una estrategia para lograr una victoria rápida, ¿no cree?

De unos platos que le habían puesto delante, Ussü arrancó un trozo de carne ahumada fría.

—Admitido. —Observó que habían rastrillado el suelo de tierra para limpiarlo. Los pobres Yurgen, Temeth y Seel. Aprendices capaces, pero todos sin el menor «talento». ¿Qué haría para conseguir ayudantes? Suspiró. Soldados torpes con manos

como jamones, sin duda.

Borun se cruzó de brazos y se apoyó en la mesa central.

—Entonces es mi obligación frustrar esta estrategia, ¿no? Debo dificultar, ralentizar, retrasar. Disputar el cruce tendrá ese efecto. —El comandante empezó a pasearse—. Oh, puede que cruce río abajo o río arriba, pero eso añadiría una semana a su marcha. No le haría gracia, creo.

—Muy bien. Así que nos quedamos.

—Sí. Y de ahí la pregunta, mago supremo... ¿con qué puede contribuir usted?

Ussü se metió la carne en la boca y alzó las dos cejas. *Ah. Buena pregunta.* Se aclaró la garganta.

—Necesitaré nuevos ayudantes.

Bakune estaba sentado, encorvado hacia delante, con los codos apoyados en su mesita junto a la entrada de la cocina, al fondo de una taberna atestada. Iba vestido con ropas viejas y raídas, el cabello sucio le tapaba la cara y sujetaba con fuerza el vaso de licor lleno de alcohol transparente de grano estigio. Se estudió esa misma mano, las uñas rotas y negras. ¿Cuándo había sido la última vez que había estado tan sucio? ¿Alguna vez en su vida? Quizá en un tiempo, de niño, cuando corría como un loco por esas mismas calles del puerto.

La noche de la huida, el sacerdote de Robo puede que tuviera un bote esperando, pero ni él ni Bakune habían anticipado que el puerto estaría cerrado. No se permitía la salida ni la entrada de ningún navío. Las puertas de la ciudad también se habían sellado. Quizá hubieran escapado de sus celdas, pero, a todos los efectos, seguían siendo prisioneros de Banith. Bakune no se hacía ninguna ilusión, desde luego él no era lo bastante importante como para merecer tantas precauciones, y tampoco creía que el sacerdote lo fuera. No, los carteles revelaban que esas prohibiciones contra todo viaje se habían impuesto más de diez días antes.

El gigante Manask, sobre el que Bakune tenía sus dudas (después de todo, los rasgos del hombre no traicionaban ninguna de las marcas reveladoras de sangre ancestral, como la mandíbula pronunciada, la frente prominente o los ojos hundidos) se había agachado entonces para consultar en susurros con el sacerdote. Todavía tardaría un poco en amanecer y los tres ocupaban un callejón estrecho repleto de basuras cerca de los muelles. Mientras Bakune vigilaba, los susurros a sus espaldas fueron creciendo en intensidad hasta convertirse en toda una riña a gritos, con los dos casi terminando a golpes. Solo su intervención hizo reinar el silencio otra vez. El sacerdote los miraba con furia, el rostro acalorado, mientras la alegría y animación que por lo general demostraba el gigante se había enturbiado y casi ocultado.

Manask se había vuelto hacia él, le había puesto una mano en el hombro y le había guiñado un ojo con grandes alardes.

—Tú esperarás aquí un tiempo y luego Ip... el sacerdote te conducirá a nuestro escondite acordado. En cuanto a mí, yo debo adelantarme con todo sigilo y secretismo para disponer nuestra desaparición. ¡No temas! Esos zoquetes de guardianes no darán con nuestro rastro, pues ¿no soy acaso el más asombroso ladrón de todas estas tierras? Vamos, admítelo, ¿has visto nunca algo como yo?

—No, Manask. Admito que nunca he visto nada como tú.

El gigante le dio una colleja al sacerdote.

—Ahí lo tienes. ¿Ves? —El sacerdote se limitó a poner los ojos en blanco—. Y ahora... debo desvanecerme en la oscuridad... —Y el gigante salió de espaldas del callejón, encorvado—. Desaparezco como el humo... como la misma bruma... —Agitó las manos ante su rostro como si fuera un prestidigitador y dobló de un salto una esquina—. ¡Ya está! ¡Me he ido! ¡Ja!

—Como un pedo al viento —rezongó el sacerdote.

Bakune nunca llegó a averiguar qué era lo que tenía que «disponer» el gigante. El sacerdote se había limitado a deslizarse por una pared sucia y se había quedado sentado un tiempo, los brazos colgados sobre las rodillas. Después, tras un rato, se había levantado con un suspiro y le había indicado al examinador que lo siguiera. Recorrieron los callejones. A Bakune se le ocurrió que en la ciudad reinaba un silencio extraordinario, las calles estaban vacías; debían de haber impuesto el toque de queda. Al final, el sacerdote se detuvo delante de una puerta manchada de agua maloliente. La suciedad de aquel lugar era horrenda, todo salpicado de comida podrida y hediendo a orina. Varios gatos se dispersaron al llegar los intrusos. La puerta se abrió con un chirrido y una mujer anciana los miró como si ellos mismos no fueran mejores que la basura entre la que se encontraban. La mujer abrió la puerta un poco más y les indicó que entraran con un ademán desganado.

Era la cocina de una especie de casa pública o de una taberna. La vieja cocinera le dio un puntapié a un fardo de trapos de un rincón y se sentó una niña que se frotó el sueño de los ojos y los miró parpadeando. La mujer cogió un cuchillo de carnicero e hizo unas señas bruscas. La chiquilla asintió y los instó a que la acompañaran. Tras ellos, la pesada hoja se clavó de golpe en el tajo.

Bakune se había enterado luego que la niña se llamaba Pronto. Los apuros de la pequeña dolían en el corazón al examinador. Ver las collejas y patadas que le daban, obligada a realizar las tareas más sucias y degradantes de la taberna, lo ponía malo. Ciertamente, la niña era mestiza, de las antiguas tribus indígenas, pero seguía poniendo los pelos de punta. La pequeña se veía obligada a hacer ese trabajo solo porque era pequeña y débil y no podía defenderse. A Bakune nunca se le había ocurrido molestarse con una verdad tan pedestre. Así era como funcionaba el mundo: los poderosos se salían con la suya, era su prerrogativa.

Quizá ver ese principio demostrado por un puño aplicado con vigor a la cabeza de una niña le daba una perspectiva diferente. Una perspectiva que no había tenido desde el sillón de su despacho ni desde ningún tribunal.

Se pasaba los días allí, en la taberna llamada el Gallinero del Marinero, y por la noche se retiraba a la habitación que compartía con el sacerdote e intentaba dormir a pesar de los gritos, las broncas de los borrachos y los chillidos de dolor real y placer fingido. En cuanto al sacerdote, el tipo no había salido de la habitación desde que habían entrado en ella. De Manask no había visto señal alguna.

Por supuesto, si quisieran escabullirse, podrían. Las puertas quizá estuvieran oficialmente cerradas, quizá siguiera en pie la prohibición de navegar, y quizá las calles continuaran patrulladas por los Guardianes de la Fe, pero el impulso humano de aprovecharse de la situación no puede suprimirse con tanta facilidad. Esa noche Bakune ya había oído por casualidad disposiciones varias sobre cargamentos ilegales y tratos para sacar y meter individuos de la ciudad. Esa taberna parecía el foco habitual de actividades del mercado negro. Se preguntó por qué no se había presentado ante él ningún caso que la implicara.

Desde el principio el sacerdote había dejado claro que no tenía ninguna intención de irse. Se quedaría por razones personales que no quería debatir. También le dijo a Bakune que Manask y él harían lo que pudieran para ayudarlo a escapar.

De inmediato, a su mente de examinador le pareció sospechosa tanta generosidad.
—¿Y por qué habrías de hacerlo? —le había preguntado.

Sentado en el colchón de paja, el sacerdote había esbozado su amplia sonrisa de batracio.

—¿Y por qué te negaste a firmar mi certificado de muerte? ¿Quién era yo para ti? Un desconocido. Nada. Y, sin embargo, me ayudaste.

—Me limitaba a seguir los dictados de mi vocación. No habría sido justo.

La sonrisa la tragó una mirada furiosa y amarga.

—Justo —rezongó—. Eres un hombre de principios y no un hipócrita, y tienes todos mis respetos... pero me parece a mí que tu noción y práctica de la justicia ha sido bastante estrecha de miras.

Bakune no tenía ni idea de a qué se refería aquel hombre. Se le arrugó la frente y se quedó en silencio durante un rato. ¿Estrecha? ¿No había conocido, y aplicado, las leyes de la tierra toda su vida?

—Manask y yo podemos organizarlo para ponerte en un bote esta misma noche. Sin decir nada, Bakune negó con la cabeza.

—¿No? ¿No quieres irte?

—No puedo irme.

—¿Por qué no?

Bakune sonrió.

—Por razones que preferiría no comentar.

El sacerdote alzó una ceja.

—Entiendo. Así que te quedas.

—Sí.

—Muy bien. Allá tú. ¿Quién soy yo para decirte lo que tienes que hacer?

Bakune miró al hombre, sin saber muy bien qué hacer.

—Así que... ¿puedo quedarme?

—Sí. Desde luego. Aquí deberías estar a salvo.

—Bueno... te lo agradezco.

Bakune giró el vaso de licor en la mano y pensó de nuevo en las razones que tenía para quedarse. Que era libre para actuar como nunca lo había sido antes. Más libre incluso que cuando era el magistrado de la ciudad, su examinador. Entonces tenía limitaciones por todas partes. Y sí, se había convertido en fugitivo, en un hombre buscado, pero podía hacer lo que deseara. Podía seguir líneas de investigación y tomar medidas con las que solo había soñado meses antes. ¿Con qué consecuencias podían amenazarlo? El abad y sus Guardianes, a través de sus acciones, solo habían empeorado las cosas. Como, por supuesto, ocurre con todos los enfrentamientos.

Bajo el pelo sin lavar observó la habitación atestada. Sí, allí estaba a salvo. La taberna atendía a marineros y pequeños mercaderes, todos varados allí y a la espera de que los guardianes relajaran el toque de queda y levantaran los mandamientos judiciales contra todo movimiento.

Hombres y mujeres de todas las naciones del subcontinente se confundían allí; incluso algunos que podrían estar ocultando orígenes de más allá del océano de las Tormentas. Por supuesto que semejante concentración de extranjeros merecería el escrutinio minucioso de los guardianes. Sin embargo, Bakune no vio señales de que estuvieran vigilando. A menos, por supuesto, que de algún modo fueran más sutiles y discretos en sus métodos que Karien'el.

Cosa que, por lo que había visto hasta el momento, dudaba mucho.

Sorbió el alcohol abrasador, casi puro, e hizo una mueca. ¡Maldita sea la Señora! ¿Por qué no había leyes contra la venta de semejante veneno? Estaba a punto de levantarse cuando dos hombres se dejaron caer con un par de golpes secos junto a su diminuta mesa redonda. En un principio se encogió y pensó: *Hablando de los jinetes, mira por dónde*. Después reconoció a los dos hombres desgarrados, de hombros encorvados y ojos perezosos, eran los guardias a los que Karien'el había encomendado seguirlo. Una vez recuperada la compostura, los contempló con los ojos entrecerrados.

—¿Sí?

El de las cejas más oscuras y el grueso bigote señaló el vaso.

—¿Se va a beber eso?

—¿Qué queréis vosotros dos?

—Yo quiero uno de esos —dijo el otro.

—Bueno, pues no puedes porque es mío —dijo el primero.

—Ninguno de los dos...

—¿Solo porque tú lo pediste primero? —se enfurruñó el segundo.

—Eso es. Mostré iniciativa. Por eso soy capitán.

—Qué os creéis los dos... —La voz de Bakune fue apagándose cuando el primer guardia cogió el vasito entre el pulgar y el índice y se tragó la bebida entera. Después, se limpió con cuidado el ridículo bigote cepillándolo hacia derecha e izquierda con el dorso de la mano y suspiró.

Como un gato. Y así, en la imaginación de Bakune, aquel hombre se convirtió en Gato.

Al otro, que contemplaba a su compañero con una especie de resentimiento amargo, Bakune no le pudo poner ningún nombre. El tipo se estaba tirando del grueso labio inferior, los ojos clavados en el vaso ya vacío.

—Tú no eres mi capitán —se le ocurrió comentar al fin.

—Bueno, pues entonces yo ya me voy —dijo Bakune levantándose a medias.

—¿Es que no tiene órdenes? —dijo Gato. Y después, dirigiéndose a su compañero, añadió—: Pues claro que soy capitán. ¡Cadena de mando! Si no, es el caos.

—¿Órdenes? —preguntó Bakune. Entonces se acordó: Karien había puesto a esos dos bajo su mando. ¡Señora, no! ¡Era el comandante de esos cretinos! Volvió a sentarse.

Gato se encogió de hombros.

—Solo pensé que quizá las tendría, por lo de todos esos cuerpos.

—¿Cuerpos?

Gato se acarició el bigote y dirigió la mirada de Bakune al vaso vacío. Con un suspiro derrotado, Bakune levantó una mano para llamar al tabernero. La mano del otro tipo se levantó disparada también. Bakune indicó dos. Se quedó sentado con los brazos cruzados hasta que llegaron los vasitos de licor. Los dos alzaron los vasos.

—A su salud, ah, señor —dijo Gato.

Bakune se inclinó hacia delante.

—Escuchad... ¿cómo os llamáis, de todos modos?

—Puller —dijo el compañero más joven al tiempo que se limpiaba los labios húmedos.

—Capitán Hyuke a su servicio, señor —dijo Gato, su voz de repente baja y conspirativa.

—Tú no eres ningún capitán —se quejó Puller.

Bakune utilizó el pulgar y el índice para masajearse la frente. ¡Santísima Señora! ¿Puller y Hyuke? Él prefería Gato y, ¿qué?, ¿Topo?

—Escuchad... los dos. Aquí nadie es capitán hasta que vuelva Karien. —Los dos intercambiaron miradas cómplices y escépticas—. Así que, ¿qué tal sargento, Hyuke... si no queda más remedio?

Hyuke se recostó en la silla con una gran sonrisa mientras se cepillaba el bigote. Después le dio una colleja a su compañero.

—¿Oyes eso, Pull? Acabo de ascender a sargento.

Bakune sintió que se le hundían los hombros.

—Iniciativa —añadió Hyuke con un profundo asentimiento.

Puller puso pucheros mirando a su vaso.

—Bueno, ¿y qué hay de los cuerpos, sargento?

—¡Ah! —Hyuke se llevó un dedo a un lado de la bulbosa nariz—. No hacen más que aparecer unos detrás de otros. Antes no era más que uno cada pocos meses, ¿eh? Pues ahora son dos a la semana.

Bakune sintió que su cuerpo se tensaba entero. Una amargura hirviente le borboteó en el estómago.

—¿Dónde? —dijo con voz débil.

—Por todas partes. Tanto varones como mujeres. Pero todos jóvenes.

¡Maldito fuera ese monstruo, quienquiera que fuese! Aprovechándose de la agitación.

—Gracias, sargento. —Tragó saliva para mojarse la garganta. Algo le dio un mordisco en el estómago.

Hyuke lo miraba con el ceño fruncido.

—¿Está bien, exam... eh, señor?

Agitó una mano.

—Sí. Bien, ¿estamos a salvo aquí? ¿Podemos usar este sitio?

Los dos asintieron.

—Oh, sí —dijo Hyuke—. Seguros como la mujer del panadero por la mañana.

Bakune sintió que sus sospechas se despertaban una vez más.

—¿Por qué? —preguntó con lentitud.

Los compañeros intercambiaron miradas inseguras. Hyuke abrió las manos.

—Porque está muy ocupando horneando...

Bakune solo lo miró furioso. Las gruesas cejas de Hyuke se alzaron.

—¡Ah! Ya entiendo. Pues porque este sitio es de Hombrehueso.

—¿Hombrehueso...?

Los dos vigilantes intercambiaron otra mirada; parecía que podían comunicarse solo con miradas. Hyuke sacudió la cabeza.

—En serio, señor. Siendo como es el exam... eh... que me sorprende.

Bakune luchó por mantener la cara inexpresiva.

—Por favor, infórmame, si eres tan amable.

—Hombrehueso dirige el contrabando y el mercado negro de la ciudad, ahora que... —Puller carraspeó con estrépito y expresión furiosa, y Hyuke frunció el ceño, confundido. Pullerladeó la cabeza para lanzar una mirada elocuente a Bakune. Hyuke alzó las cejas más todavía—. ¡Ah! Bueno... ahora que las cosas han... cambiado... —terminó, acalorado.

Bakune sintió que entrecerraba los ojos. *Así que las cosas han cambiado, ¿eh? Ahora que a Karien'el se lo han llevado rumbo a la guerra. Así que por eso me llegaban tan pocos casos sobre mercado negro. Pues muy bien. Todo eso es agua pasada. La cuestión es qué hacer ahora.*

—Las cosas se van a poner negras de verdad la semana que viene —se quejó Puller.

—¿Y eso? —preguntó Bakune.

El hombretón de hombros encorvados se sonrojó y miró a su compañero en busca de ayuda. Hyuke se aclaró la garganta.

—Pues por lo del Festival de la Renovación.

¡Por supuesto! Ha perdido la noción del tiempo. ¡El festival de invierno que celebra la llegada de la Señora y nuestra liberación de los jinetes de la tormenta! Los peregrinos invadirán Banith, como de costumbre, ¡y seguro que los Guardianes permiten que atraquen los barcos llenos de piadosos! Y el Claustro también estará abierto a todos los devotos. Ese monstruo creará que esa noche tiene carta blanca. ¡Será entonces cuando actuaremos! Miró a los dos hombres y asintió.

—Intentaremos pasar desapercibidos hasta entonces.

Hyuke se llevó un dedo a la nariz.

—Listo como un ratón en una perrera, señor.

Puller había fruncido el ceño.

—¿Una perrera?

Hyuke se inclinó hacia él.

—No hay gatos.

La cara redonda del hombre se iluminó.

—¡Ah, sí! ¡Por supuesto!

Hyuke se levantó y se cepilló el bigote.

—Gracias por la copa. —Le hizo un gesto a Puller, que siguió despatarrado en su asiento, otra vez con cara de desdichado—. ¿Qué?

—Sigo sin ver por qué tienes que ser tú el sargento.

Hyuke le dio una colleja a su compañero.

—Verás. Si demuestras alguna cualidad de mando, como yo, quizá puedas llegar a cabo.

Puller se irguió con los ojos como platos.

—¿De verdad? ¿Yo? ¿Cabo? —Se levantó y los dos se abrieron camino entre la multitud—. ¿Tú crees?

—Si eres el mejor candidato.

Bakune los observó irse. Que todos los dioses extranjeros lo ayudasen. ¿Qué creía que podía lograr? Pero tenía que intentarlo, ¿no? Sí. Era lo único que se podía hacer. Seguir los dictados de su conciencia.

Se levantó para regresar a su habitación, donde el sacerdote sin duda estaría dormido como un tronco, a pesar de la chillona multitud nocturna.

Siguieron el rastro de la migración demoníaca. La carnicería que había forjado por el sinuoso paisaje de Sombra era inconfundible. *Y yo que temía quedarme vagando por ahí, perdida*, pensó Kiska con ironía. Cuánto tiempo habían caminado no tenía ni idea. El tiempo parecía suspendido allí, en el reino de Sombra. O eso le había parecido. Pero el cambio acababa de atacar. Lo que los demonios describían como una «espiral» se había abierto sobre Sombra y había drenado un lago entero, borrando una forma de vida de eones de antigüedad. Esa espiral tenía un parecido sospechoso con la fisura que se había tragado a Tayschrenn. Incluso tocaba Caos, o eso afirmaba Menor Rama.

Llevaban un rato caminando en un silencio demasiado prolongado. Al parecer ninguno sabía qué decir. Kiska pensó en preguntarle por su pasado, pero los comentarios que había hecho su compañero sugerían que era un tema delicado, cuando no cerrado.

Entonces algo se movió bajo sus ropas.

Kiska lanzó un chillido de sorpresa, dejó caer el bastón, se arrancó el manto, el equipo, la chaqueta. Jheval la observó, tenso, las manos posadas en los manguales.

—¿Qué pasa?

Kiska recuperó su bastón y señaló el montón de ropas y equipo.

—¡Ahí!

Jheval contempló la pila y frunció el ceño con expresión confusa.

—¿Te han picado? ¿Un escorpión, quizá?

Algo se removió bajo las ropas.

—¿Has visto eso?

Uno de los manguales de Jheval cobró vida con un zumbido.

—Yo acabaré con lo que sea.

—¡No! —Con suavidad, Kiska fue apartando las capas hasta que reveló la manta y los pocos cachivaches envueltos en ella. Kiska sintió una amargura incómoda en el estómago. *¡El saco! ¿Hay algo dentro?*

Se arrodilló, desató la manta y la desenrolló con cautela. Quedó expuesto el sucio

saco de arpillera. Algo pequeño se revolvía dentro.

—¿Lo dejamos salir? —preguntó Jheval.

Kiska se meció sobre los talones.

—Creo que no. No creo que debamos todavía.

—Bueno, pues yo no pienso llevarlo.

Kiska lo miró con dureza.

—Ya no lo llevabas, ¿no?

El hombre tuvo la elegancia de parecer arrepentido. Se pasó la mano por el bigote.

—Solo decía...

—Da igual. —Kiska levantó el saco con cuidado y se lo ató al cinturón. Quizá allí eso no quedaría aplastado, si es que se podía aplastar. Se puso la chaqueta, la bandolera de equipo, las alforjas y el manto y echó a andar otra vez—. Venga, vamos.

Tras caminar un rato, contempló al hombre que avanzaba a su lado con las manos a la espalda.

—Así que participaste en el levantamiento de Siete Ciudades.

—Sí.

—Y ahora estás aquí con la esperanza de comprarte una especie de perdón.

Jheval hizo un ademán de desprecio.

—Oh, no un perdón completo. No creo que me lo concedan jamás... pero estaría bien no tener que preocuparme de mirar atrás el resto de mi vida.

Kiska empezó a preguntarse qué delitos había cometido ese hombre contra el Imperio. O, en un caso de vanidad exagerada, quizá el tipo se creyera un célebre criminal buscado. O solo estaba mintiendo para impresionar... para impresionarla a ella. Kiska se aclaró la garganta.

—Vaya. ¿Serviste en el ejército de esa tal Sha'ik?

El hombre se paró en seco.

—¿Servir? ¿Yo? Yo...

—¿Sí?

Una sonrisa astuta invadió los labios del hombre, que agitó un dedo.

—Vaya, vaya. Ves un misterio y metes un palo dentro... ¿qué saldrá? ¿Un león o un ganso? —Jheval siguió caminando—. Creías que habías encontrado un punto débil, ¿no?

¿Creías?

—Pero todo eso se ha acabado —dijo él agitando otra vez una mano—. Durante un tiempo fui un verdadero creyente. Ahora solo estoy avergonzado. —Ralentizó el paso de repente y se protegió los ojos con la mano—. ¿Qué es eso?

Kiska escudriñó el frente: una forma oscura en medio del amplio rastro de la migración demoníaca. ¿Una especie de basura abandonada? ¿Un cadáver?

Jheval aceleró un poco. Kiska sujetó con fuerza su bastón con las dos manos, en horizontal sobre la cintura. Entonces los golpeó el hedor. Kiska estuvo a punto de vomitar. Peces podridos, una choza entera de pescado podrido, una orilla de putrefacción.

—¡Dioses! —dijo Kiska, volvió la cabeza e hizo una mueca—. ¿Qué es eso?

Jheval se llevó una mano bajo la nariz.

—Quizá deberíamos rodearlo.

La forma oscura se movió. Pareció auparse. Jheval rezongó una especie de maldición de Siete Ciudades y echó a andar otra vez. Kiska lo siguió.

Al acercarse, la forma se transformó en los restos medio desintegrados y pútridos de un pez enorme. Un pez que en algún momento podría haber sido tan grande como un toro adulto. Dos cuervos de un tamaño extraordinario se habían posado sobre el cadáver, los dos tenían un aspecto lustroso y bien alimentado. Pero no fue eso lo que llamó la atención de Kiska y su compañero. Lo que se quedaron mirando fue al anciano escuálido vestido con harapos que estaba intentando arrastrar al pez.

Estaba tirando de una cuerda atada a un garfio clavado en la enorme mandíbula huesuda del pez. Kiska y Jheval se pararon a mirar. El hombre no estaba progresando en absoluto, al menos que Kiska viera, aunque sí que salía un rastro por detrás de los restos.

Jheval carraspeó.

El hombre dio un salto como si lo hubieran apuñalado en el trasero. Los cuervos dejaron escapar estridentes graznidos de sorpresa y protesta, alzaron el vuelo y se pusieron a trazar círculos por el aire. El anciano giró en redondo y los miró con furia. Era moreno, con el cabello ensortijado y casi gris.

—¿Qué estáis mirando? —preguntó.

Kiska no sabía por dónde empezar. Jheval señaló.

—Es un pez muy grande.

El anciano se agachó y miró a su alrededor con suspicacia. Después abrió los brazos como si intentara ocultar el enorme cadáver.

—Es mío.

—De acuerdo.

—No te lo puedes quedar.

—Te aseguro...

—Búscate el tuyo.

—¡Que no quiero tu puto pez! —gritó Jheval.

El anciano se llevó un dedo a un ojo y asintió.

—Ya, sí. Eso es lo que dicen todos... ¡pero mentís!

Jheval captó la mirada de Kiska y se llevó un dedo a la cabeza.

—Vámonos.

Kiska lo siguió de mala gana; le parecía que había algo más allí, que nada de eso era un accidente. En sus anteriores visitas a Sombra, había tenido la impresión de que ese reino había estado intentando decirle cosas. Que todo era una lección, solo tenía que entender el idioma.

El anciano se irguió, asombrado.

—¿Os ibais a marchar? —Agitó las dos manos y señaló el pez—. ¿Cómo podríais abandonar un premio así? Seguro que no seríais capaces de darle la espalda a una oportunidad así.

—A nosotros no nos sirve de nada —dijo Jheval.

—¿Servir? —gritó el hombre, indignado—. ¡Servir! ¿Es esa tu medida? ¿La utilidad? ¿No has ansiado toda tu vida coger el más grande?

En el cielo, los graznidos estridentes de los cuervos sonaban casi como una carcajada.

Kiska volvió la cabeza. El hombre se los había quedado mirando. Cuando quedó claro que ellos no iban a parar, el hombre rodeó corriendo el cadáver para seguirlos, pero algo le dio un fuerte tirón, cayó de culo y dejó escapar un chillido sobresaltado. Kiska vio que llevaba la cuerda atada a la cintura.

—Espera —le dijo esta a Jheval.

El guerrero de Siete Ciudades se detuvo y agachó la cabeza.

—Kiska. Es un mago perdido en Sombra que se ha vuelto loco. —La miró con las manos separadas—. He oído hablar de cosas así.

—No podemos dejarlo ahí, sin más...

El hombre se encogió de hombros, imperturbable.

—¿Por qué no?

—Bueno, pues yo no me voy así.

Kiska lo encontró echado boca abajo, pataleando y dando puñetazos al suelo de tierra, llorando.

—¡No es justo! ¡No es justo!

—¿Qué es lo que no es justo?

El anciano se quedó quieto, volvió la cabeza y la levantó para mirarla, después esbozó una sonrisa chiflada.

—Nada. —Se sentó y se cepilló la tierra de las sucias túnicas raídas.

Kiska bajó la cabeza, lo miró y suspiró. Señaló el enorme pez, las costillas expuestas, los ojos como platos, lechosos y medio sacados. Los dos cuervos negros como la noche se habían vuelto a posar en el lomo y se paseaban en busca de bocados.

—Está muerto. Podrido. Inútil. Deja la cuerda y ven.

El anciano hizo un gesto de impotencia.

—Pero no puedo.

—¿No puedes? Querrás decir que no quieres.

El viejo sacudió la cabeza y enseñó los dientes grises e irregulares en lo que podría querer indicar una mueca de vergüenza.

—No, quiero decir que no puedo. No puedo desatar la cuerda. Podrías tú... quizá...

—¡Oh, por el amor de Ascu! —giró el mando de su bastón y la hoja se liberó con un ligero toque. Rasgó la cuerda y la partió.

El viejo se levantó de un salto.

—¡Soy libre! ¡Libre! —Y lanzó una risita.

Kiska retrocedió, inquieta. Se le ocurrió que quizá acabara de cometer un tremendo error. Pero entonces el viejo se tiró sobre aquellos restos pútridos y resbaladizos y le abrazó las mandíbulas.

—No me refiero a ti, mi preciosidad. No, no, no. ¡Tú no! No me iré lejos. Lo prometo. ¡Jamás podría haber otro como tú!

Los cuervos protestaron otra vez con graznidos.

Con un nudo en el estómago y la bilis llegándole a la garganta, Kiska siguió retrocediendo.

—Bueno... que te vaya bien.

Volvió a reunirse con Jheval, que había estado observando con los brazos cruzados. Cuando echaron a andar, Jheval señaló con el pulgar hacia atrás.

—¿Ves? ¿Qué te dije? Chiflado como una rata con insolación.

Mientras caminaba con el bastón cruzado sobre los hombros y envolviéndolo con los brazos, Kiska reflexionó que quizá ese fuera el caso, pero al menos el mago loco se había liberado de la trampa que se había hecho él solo. *Y no es que no pueda terminar tropezando con algo peor, aquí, en Sombra.*

El rastro se había ablandado bajo ellos. La superficie era quebradiza, las grietas se habían secado en patrones distintos, las huellas de las ruedas eran profundos surcos partidos. Algo más adelante, el horizonte plano era un frente oscuro de nubes revueltas negras y grises. Los rayos resplandecían en el interior.

—¿Estáis buscando el lago?

Kiska y Jheval dieron un salto y giraron de golpe. Era el anciano. Jheval miró furioso a Kiska, como si quisiera decir, ¡mira lo que has hecho!

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Kiska.

El tipo levantó la cabeza y la miró, sus ojitos brillantes se entrecerraron.

—Yo diría que es obvio. Os sigo.

—Oye —dijo Jheval—, ¿qué quieres?

El tipo ladeó la cabeza y se planteó la pregunta durante un rato.

—Quiero que me dejen en paz.

Jheval se quedó con la boca abierta y extendió los brazos para abarcar el inmenso vacío que los rodeaba.

—¿Quieres que te dejen en paz y, sin embargo, nos sigues?

Un ceño de irritación.

—No vosotros dos. —Se señaló la cabeza—. Las voces. No me dejan en paz. Haz esto. Haz aquello. Dame esto, dame lo otro. ¿Es que no van a parar nunca? —Se hundió las manos en el pelo ralo—. ¡Me están volviendo loco!

Jheval miró a Kiska y después alzó la mirada al cielo.

—De acuerdo. Las voces. Escucha, he oído que si haces un agujero en el suelo y metes la cabeza, las voces se van.

—¡Jheval! —Kiska le dio un golpetazo en el hombro. Se volvió hacia el hombre—. ¿Cómo te llamas?

Las cejas se arrugaron con el esfuerzo de pensar. Kiska se encogió un momento cuando le llegó un soplo a pescado podrido. Vislumbró dos formas oscuras dibujando círculos en lo más alto del cielo, ¿los cuervos gigantes?

—¿Warbin al Blooth? —murmuró el anciano—. No, no. ¿Horos Spitten Quinto? No. No es eso. ¿Crethin Spoogle? —Se volvió a tirar del pelo, frenético—. ¡No recuerdo mi nombre!

Kiska extendió las manos.

—No pasa nada. Da igual. Pero tenemos que llamarte de algún modo... elige uno.

—¡No puedo! Elige tú.

—Yo tengo unas cuantas sugerencias —murmuró Jheval.

Kiska le hizo un gesto a Jheval para que siguiera él. Después intentó pensar en nombres inofensivos.

—De acuerdo. ¿Qué te parece Grajath?

—No.

—¿Frecell?

—No.

Kiska intentó contener la irritación.

—¿Warran?

—Warran —repitió él. Mientras seguían caminando, el viejo repitió el nombre, para probarlo—. De acuerdo, supongo que eso servirá.

¡Y gracias, por cierto! Kiska señaló hacia delante.

—¿Llegaste por aquí?

—No. Sí. Quizá. Una vez. Hace mucho.

Jheval emitió un bufido y sacudió la cabeza.

—¿Y el lago?

El anciano le lanzó una mirada con los ojos entrecerrados.

—¿Por qué? ¿El pez? —Señaló—. ¡Lo sabía! ¡Vais a por uno más grande!

¡Bueno, pues llegáis muy tarde! Ya no hay. —Lanzó una carcajada ronca, carraspeó y escupió algo.

—¡El pez no! —soltó Kiska de repente—. La espiral... la fisura... lo que ha secado el lago.

Warran hizo un ademán de desprecio.

—Ah, eso. Allí no hay peces. —Señaló a un lado—. Mejor ir por ahí.

Jheval se había puesto a mirar al anciano.

—¿Por qué?

—Más corto. No hay cangrejos.

—¿Cangrejos?

—¿Creéis que ese pez era grande? Esperad a ver los cangrejos que se los comían.

—Ah. —Se detuvieron. Jheval miró a Kiska. Esta apretó el bastón con las manos y guiñó los ojos para mirar la tormenta del horizonte.

—¿Es eso?

Warran asintió.

—Sí.

—¿Nos enseñarás el camino para rodear el lago?

—Sí... ¡pero después se acabó! ¡No más favores! Quiero decir, lo que es justo, es justo.

Kiska dejó escapar un largo suspiro.

—De acuerdo. Enséñanoslo.

El tipo se frotó la barbilla, era obvio que se había quedado desconcertado.

—¿En serio? Vale. Ah, por aquí... creo.

Jheval se quedó atrás junto a Kiska y abrió la boca.

—¡Ya lo sé! —lo interrumpió ella—. Lo sé. Veremos. El tiempo no parece importar mucho, ¿no? Siempre podemos volver atrás si hace falta.

Jheval frunció el ceño, lo pensó y después se encogió de hombros.

—Muy bien.

Tras un rato llegaron a un campo de altas dunas de arena. Un viento miasmático apenas las agitaba. Terrones de quebradiza hierba puntiaguda crecía en las laderas y en los senos que quedaban en medio. A Kiska el trayecto se le hizo muy pesado porque las sandalias se le hundían en las arenas móviles. De vez en cuando miraba a su alrededor en busca de las dos formas oscuras; al final siempre encontraba dos puntos oscuros en una elevación lejana, o unas formas negras angulares que flotaban en las alturas. Estuvo a punto de mencionárselos a Jheval, pero decidió no sacar el tema delante de su nuevo compañero.

—Después de atrapar mi premio, me invadieron muchos pesares —anunció el extraño tipo de repente, mientras se afanaban en subir una ladera.

—¿Por no tener fuerza para tirar de él? —sugirió ella.

—Oh, no. Iba avanzando... con lentitud... pero avanzando. No, mi mayor pesar era no haber pensado en el futuro.

—¿Ah, sí? —dijo ella con sequedad.

—Sí. Porque una cosa es atrapar lo que siempre has buscado. Después, la cosa cambia. La pregunta en realidad debería ser: ¿qué haces con ello una vez lo has atrapado?

Kiska solo pudo fruncir el ceño, insegura. Parecía haber algo allí. Era casi como si se pudiera aplicar a ella, ¿una lección tangencial? ¿Un aforismo de andar por casa? ¿O una cháchara absurda? El problema era que ella no tenía ni idea de cómo tomarse nada de lo que se le ocurría a aquel viejo demente.



No seas demasiado rígido,
pues te harás pedazos;
no seas demasiado flexible,
pues te doblarán.

Sabiduría de los ancestrales
Kreshen Reel, recopilador

A Shell le pareció que el estrecho de agua que recorría el lado meridional de la larga y angosta isla de Korel era muy tranquilo, dada la tormenta constante que bramaba justo al norte. Había estado nevando los últimos tres días con sus noches. No recordaba la última vez que había visto el cielo. Densas nubes oscuras colgaban tan bajas que creyó que los mástiles podrían rozarlas. Estaba oscuro y el frío era cortante. Rachas de nieve soplaban sin parar sobre los botes; mejor, sin embargo, que el granizo paralizante que la había mojado y congelado hasta los huesos. Tenía tanto frío que se encontró preguntándose por esa grasa derretida que Ena le había estado ofreciendo.

Cuando su pequeña flotilla se acercó a la costa de Korel, el pueblo del mar los acercó a Lazar y a ella al bote que transportaba a Penas y Dedos. Si acaso, Dedos estaba incluso peor que ella. El mareo lo había dejado muy débil y había empezado a quejarse de escalofríos, dolores, una tos atroz y mocos constantes. Se pasaba todo el tiempo metido bajo las mantas en la proa, donde se sentaron con él.

—Orzu no lo ha dicho —empezó a decir Penas—, pero si desembarcan, hay muchas posibilidades de que los korelrianos los cojan a todos sin más.

—Eso tenían que saberlo desde el principio —objetó Dedos, y lanzó una tos llena de flemas.

—Por eso les pagamos —dijo Lazar.

—Y ya que estamos hablando de problemas —dijo Dedos, que sorbió por la nariz, carraspeó y después escupió algo por la borda—, quizá Shell debería cantar de una vez lo que tenemos.

Penas se recostó en el costado del barco, que se balanceaba en las olas agitadas. Había caído la noche y la costa de Korel era una línea oscura desigual que dominaba

el norte. Shell observó la mirada de Penas moviéndose entre ellos.

—Te refieres a lo de esa tal «Señora».

—Ajá. Mira, sé que el plan era recuperar a Barras y después largarnos los cinco pitando por una senda. Pero tienes que sentir la fuerza que tiene. Es mucho peor de lo que esperábamos en Stratem. Hay muchas posibilidades de que pueda aplastarnos... —Tosió sujetándose el pecho e hizo una mueca de dolor.

Penas asentía mientras observaba la lejana orilla.

—Así que quizá algo más... mundano.

—En cuyo caso —Dedos se apretó uno de los orificios de la nariz y sopló con un esfuerzo heroico para vaciar el otro lado en un estallido de humedad fibroso—, necesitaremos un bote. Y una tripulación.

Lazar alzó las cejas oscuras en silenciosa comprensión. Shell inclinó la cabeza hacia aquel hombrecito sufridor. *Por la sonrisa del dios, Dedos. Puede que estés enfermo como un perro, pero eres el tipo astuto de siempre.*

Penas se giró y señaló el centro del barco.

—Id a buscar a Orzu —exclamó. Después miró a Lazar de arriba abajo—. Eres el que mejor da el pego de todos nosotros. ¿Qué te parecería ser el próximo campeón del muro?

El hombretón lo pensó, frunció el ceño, y después escupió por la borda.

—He oído que la paga es una mierda.

Orzu al principio se negó. ¿Qué otra cosa podía hacer el hombre?, caviló Shell. Después de todo, cuando cuatro pasajeros armados y peligrosos te piden que los vendas como esclavos, era prudente mostrar cierta reticencia. Solo las continuas garantías de que hablaban en serio lo convencieron a medias. Entonces Dedos señaló que, en cualquier caso, su intención era que los apearan en la costa de Korel, así que él, Orzu, y su clan del pueblo del mar, bien podrían sacar algún beneficio de la operación. Al final, el anciano se plegó a esa lógica.

El trato al que llegaron fue la recompensa que consiguiera a cambio de un bote, con una tripulación mínima voluntaria, que se quedaría allí hasta la llegada de la primavera, celebrada en aquella zona con hogueras encendidas en nombre de la bendición de la Señora. Para el encuentro, si lo había, Orzu sugirió un laberinto de istmos, marismas y estrechos al sur de la ciudad de Elri. Penas estuvo de acuerdo.

Entonces el hombre dijo que tenía que adelantarse para arreglarlo todo. Los miró durante un buen rato, una mano apoyada en un lado de la cara, sacudió la cabeza y después lanzó un gran suspiro.

—Estáis locos, extranjeros. Pero espero que os vaya bien. Que los antiguos os guíen.

—A ti también —dijo Shell.

—Cuida de tu familia —dijo Penas.

El anciano se apretó la coronilla con la mano.

—¡Aya! ¡Son tantos! Una carga tan grande. Es muy pesada.

Se refugiaron en una cala aislada de la costa sur deshabitada de Korel. Parecía que los korelrianos no tenían ningún interés en lo que ellos llamaban Grieta, o, algunas veces, estrecho Retorcido. Toda su atención se reservaba para el norte y la amenaza que llegaba por allí.

Por la mañana, Ena abordó a Shell mientras desayunaba un guiso de pescado.

—¿Qué tontería es esta que oigo?

—¿Tontería? —contestó Shell con suavidad.

—¿Que os entregáis a los korelrianos? ¿De verdad?

—Sí.

La niña-mujer hizo un gesto colérico.

—¡Qué estupidez! Os matarán.

—No necesariamente.

—Mírate. No eres guerrera.

—Ena... he servido en una compañía de mercenarios durante mucho tiempo. Te sorprenderías.

—Los jinetes...

—Un enemigo como cualquier otro. Escucha, Ena. Tú harías lo que tuvieras que hacer por tu familia, ¿no? —Un asentimiento cauto y enfadado—. Muy bien. Y yo también. Al menos concédeme esa dignidad.

De nuevo, un asentimiento lento.

—¿Haces esto por tu gente?

—Sí.

La joven se sentó y se acunó su gran panza.

—Me quedaré con el bote.

Le tocó entonces a Shell enfadarse.

—Desde luego que no harás tal cosa.

—Los korelrianos no me harán daño.

—¿Cuándo sales de cuentas?

Un encogimiento de hombros indiferente.

—Pronto.

—No podemos permitirnos ese tipo de complicaciones.

—Nacen bebés todo el tiempo, en todas partes. No es una complicación.

—Lo es si no es necesario.

Ena esbozó una sonrisa burlona.

—¿Los bebés no son necesarios? Creo que has pasado demasiado tiempo en tu

compañía de mercenarios.

Eso dejó muda a Shell. No podía seguir enfadada frente a la ironía de alguien que, si bien era más joven en años, quizá fuera más madura que ella en otros sentidos. *Cierto. Nada lo impide. No creo que fuera contra el juramento. ¿Por qué no, entonces? Un tiempo apartada de las obligaciones, supongo. Siempre otra cosa que hacer. Y ahora soy demasiado mayor. Pero ¿lo soy? Hice el juramento cuando tenía ventipocos... Qué extraño que no se me haya ocurrido antes. El cambio de compañías, me imagino.*

Estudió el perfil romo de la chica mientras esta miraba al mar. Cabello sucio y despeinado, cara llena de mugre; pero unos ojos oscuros inteligentes y perspicaces.

—No te quedes con el bote, Ena.

La chica sonrió con tristeza y accedió.

—Los ancianos no lo permitirían, de todos modos.

—Buena suerte con tu vida y tu hijo, Ena.

—Y para ti también, Shell. Que los antiguos te guíen.

¿*Antiguos*? Shell lo pensó. ¿Qué antiguos podrían ser? Ascua, imaginó. Los dioses ancestrales. El Embozado. Mael. D'rek. ¿Osserc? ¿K'rul? ¿La hermana Noche? Ese culto al mar era seguramente otra cara de Mael, ¿Chem'esh'el? ¿Quién sabía? Algo ctónico, desde luego. Quizá deberían aceptar toda la ayuda que pudieran conseguir, pero con la salvedad que presentaba ese culto a la Señora: había que tener cuidado con qué ayuda se aceptaba.

El intercambio tuvo lugar en un muelle militar de la fortaleza korelrana llamada Refugio. Shell, Penas, Lazar y Dedos fueron conducidos arriba, las manos bien atadas. Estaba nublado, como de costumbre, un día oscuro y lúgubre. La nieve los rodeaba a ráfagas. Las paredes planas y grises de la fortaleza y el muelle de piedra, todo tenía un aspecto militar. No había color alguno, solo una austeridad funcional. Una tropa de guardias aceptó su custodia. A juzgar por el manto azul oscuro y la armadura grabada en plata, el que lideraba el destacamento era el único guardia de la tormenta korelrano. Y era viejo, con la barba gris.

Los miró de arriba abajo, uno por uno, mientras Orzu observaba retorciéndose y soltándose las manos. A Penas y Lazar, el elegido los aceptó de inmediato. Se detuvo delante de Shell.

—¿Sabes luchar? —El acento le recordó a Shell al deje rural de los isleños de Malaz.

Levantó las muñecas trabadas.

—Desátame y averígualo.

El hombre le pasó una mano por el cabello rubio, más largo de lo que ella solía llevarlo.

—Quizá podrías contribuir más en uno de los burdeles.

¡Por la carcajada de los Gemelos! ¡Ni siquiera se me ocurrió eso! Quizá haya pasado de verdad demasiado tiempo en una compañía de mercenarios.

Así que le pegó un cabezazo.

El tipo se apartó de golpe con un jadeo de dolor y se llevó la mano a la nariz. La sangre le caía por la boca. Los guardias se adelantaron de un salto sacando las armas de las vainas. Pero el guardia de la tormenta levantó la otra mano. Tenía los ojos negros de rabia, pero esa rabia se deshizo y la boca se crispó en una sonrisa que reveló unos dientes manchados de sangre.

—Demuéstrales a los jinetes de qué estás hecha, mujer.

Después se volvió hacia Dedos. Lo observó con cuidado, el cuerpo delgado y tembloroso, el rostro pálido y demacrado, los labios agrietados, los ojos enfermos, llorosos, y la nariz llena de mocos, y no se quedó muy impresionado.

—Yo tampoco quiero estar en el burdel —dijo Dedos.

—Enséñame las manos —rezongó el hombre.

Dedos las levantó. El guardia de la tormenta les dio la vuelta y palpó las palmas. Entonces se oyó un chasquido metálico y Dedos apartó las manos de un tirón; un brazalete de metal apagado le rodeaba una muñeca.

—Eso es otataralita, mago. No intentes ninguno de tus trucos demoníacos.

Los hombros de Dedos se hundieron. Miró furioso a Orzu.

—¿Se lo dijiste? ¡Cabrón! —Se fue a por Orzu, pero el guardia de la tormenta lo derribó de una patada. Lazar arremetió contra él, pero el elegido esquivó el golpe.

Shell se quedó impresionada. Y seguro que le habían asignado ese trabajo porque era demasiado viejo para defender el muro. Por primera vez la bruja empezó a preguntarse en qué se habían metido.

El guardia de la tormenta los empujó para llevárselos.

—Págale al hombre, Gellin. La recompensa habitual.

—¿La habitual? —gañó Orzu—. Pero son luchadores expertos. Material de campeones.

—¿Ah, sí? ¿Entonces cómo es que tú los dominaste?

Orzu levantó las manos abiertas.

—Vamos, señor elegido. Eres demasiado viejo para ser tan ingenuo. Hasta el mayor luchador tiene que comer y beber. Y es muy fácil que el d'bayang o el néctar blanco se abra paso hasta esas cosas. En cuanto al resto... bueno, luego todo es mucho más fácil.

El viejo elegido se acercó con paso furioso al guardia llamado Gellin y le quitó la bolsa de dineros. La tiró al suelo delante de Orzu, donde se partió entre el fango y las huellas dejadas en el muelle de piedra. Las monedas tintinearón y algunas resbalaron hasta el agua.

—Me asqueas. Coge tu dinero y vete antes de que te atraviere aquí y ahora.

Orzu cayó de rodillas, inclinándose y recogiendo las monedas.

—Sí, honorable señor. Desde luego. Sí.

Shell quiso decir algo, pero, por supuesto, no podía. Se permitió echar una mirada atrás; el anciano seguía de rodillas, embolsándose las monedas y levantando los ojos entre el pelo gris que le colgaba por la cara. Ni siquiera le guiñó un ojo.

La bruja recordó algunas de sus conversaciones con Ena; pensó en los engaños y las falsas apariencias. Durante generaciones, así había sido como había sobrevivido el pueblo del mar. *Y ahora nosotros también hemos elegido esa misma estrategia. Solo espero que nuestro subterfugio tenga el mismo éxito.*

A Devaleth las reuniones nocturnas de personal le parecían cada vez más incómodas. La fuerza rooliana que quedaba ya llevaba cuatro días resistiendo sus ataques en el puente. Cada vez que ganaban unos metros, o establecían una avanzadilla en la otra orilla, un contraataque de las fuerzas de élite, sobre todo los moranthianos negros, los hacía retroceder de nuevo. La estrechez del puente era su cuello de botella. Y estaban atrapados en él.

La vanguardia de Melena Gris había llegado casi con el amanecer de la noche que habían tomado el puente y habían desperdigado a las fuerzas roolianas que quedaban en la orilla este. Por desgracia, la marcha forzada hasta allí se había cobrado su precio y las tropas no podían abrirse paso.

Era invierno y la comida escaseaba. Los pocos suministros que las fuerzas de Melena Gris habían llevado con ellos se habían agotado. Salían partidas que se repartían por toda la zona en busca de alimento. Cualquier intento de pescar en el Ancy era blanco de los disparos de cuadrillos de la orilla contraria. Ya no quedaba ni un solo caballo o mula. Algunas tropas habían empezado a hervir cuero, musgo y hierbas. La columna de reemplazo del puño Khemet, que escoltaba toda la logística, estaba todavía a una semana de distancia.

Tenían que abrirse paso pronto, antes de que estuvieran demasiado débiles para presentar combate.

El estancamiento se estaba cobrando su precio en el puño supremo. Era obvio que sentía el sufrimiento de sus tropas. Su humor era explosivo y cada vez lo pagaba más con un solo objetivo: el aristócrata untan, el puño Rillish. Melena Gris permanecía de pie, inclinado sobre la mesa de campaña, los brazos estirados, el cabello largo tapándole la cara. Kyle se había sentado a su lado con las piernas estiradas. Devaleth se había quedado atrás, cerca de la solapa de la tienda, como si esperara una excusa para huir. El puño Rillish permanecía rígido, la espalda recta, el yelmo bajo un brazo.

—Un asalto más... —dijo Melena Gris entre dientes, como siempre en los últimos días.

—Con el debido respeto, las tropas están demasiado débiles, señor —replicó Rillish, otra vez.

Melena Gris levantó la cabeza solo lo justo para mirar con furia a su puño.

—¡Cuanto más tiempo pasa, más débiles están!

El noble no se encogió.

—Sí, puño supremo.

—Entonces, ¿qué sugiere usted?

Rillish respiró hondo y se decidió.

—Que defendamos.

—¿Defender? ¡Defender! ¡Mire hasta dónde nos ha traído la defensa! ¡Si pudiéramos abrirnos camino, no hay nada entre nosotros y Paliss!

—Sí, puño supremo. Pero no podemos. Por tanto deberíamos atrincherarnos, defender. Esperar a la columna del puño Khemet.

La mirada azul brillante de Melena Gris, casi febril en la oscuridad de la tienda, se posó sobre Kyle.

—¿Tú qué dices?

El adjunto cambió de postura, incómodo, el cuero de la silla crujió bajo él. Se aclaró la garganta.

—Yo no soy oficial de carrera, claro está... Pero tengo que estar de acuerdo con el puño.

—Es lo más razonable, puño supremo —interpuso Devaleth.

—No le he preguntado a usted —dijo entre dientes Melena Gris sin girar la cabeza.

—¡Señor! —objetó Rillish.

El puño supremo se apartó de la mesa con un empujón que desperdigó los mapas. Fue hasta un aparador y se sirvió una bebida. Se la tomó de un trago y dejó el vaso de golpe.

—Muy bien. Puño supremo, ordene que las tropas levanten defensas en el acceso occidental al puente y que se metan allí.

Rillish se inclinó.

—Sí, puño supremo. —Saludó con la cabeza a Kyle y Devaleth y retiró la solapa. Melena Gris lo observó irse con una mueca amarga en la boca.

Kyle se puso en pie.

—Melena Gris...

Pero el puño supremo se arrojó a una silla y hundió la barbilla en el pecho, los brazos colgando inermes a los lados.

—Ahora no, Kyle.

Devaleth inclinó un poco la cabeza hacia la solapa; Kyle asintió de mala gana.

—Buenas noches —se despidió.

Melena Gris no respondió.

Caminaron juntos y en silencio un rato, y después Devaleth se aclaró la garganta.

—¿Lo has visto así alguna vez? —le preguntó.

La primera reacción de Kyle fue negarlo, pero después se detuvo y lo admitió.

—Sí. Puede ser muy... impulsivo.

Devaleth asintió con la cabeza.

—Creo que tu amigo está muy asustado.

—¿Asustado? ¿Qué quieres decir?

—Quiero decir lo que he dicho, asustado, Kyle. Tú no estabas aquí en la primera invasión. Yo estaba formándome en Mare. Oí relatos de primera mano. He leído historias de la campaña. Kyle, creo que tiene la sensación de que está volviendo a pasar otra vez. Esa primera vez los detuvieron en Rool. Retraso tras retraso. Al final, nunca consiguieron salir. Creo que teme que en esta ocasión sea igual, una especie de horrible pesadilla recurrente.

El joven nativo de las praderas se giró. Al oeste, el Ancy fluía como un estandarte oscuro bajo cielos plomizos. Las hogueras salpicaban el valle del otro lado del río. Devaleth sabía que ellos sí que tenían comida y suministros. En cambio, en su lado, los soldados rezaban para que nevara, para poder comerse la nieve.

—Pero no ocurrirá de nuevo —dijo él, convencido—. Esta vez es diferente.

—Sí. Puede que ni llegemos a Rool.

Kyle se giró en redondo y la miró.

—No. Me niego a aceptar eso. El ejército que tenemos enfrente es frágil, está al límite. Lo noto.

La bruja se cruzó de brazos. El viento gélido le azotaba el cabello enmarañado y se lo apartó con la mano.

—Y nosotros también.

—¿Qué estás diciendo entonces, mujer? Vamos, dilo de una vez. —La voz masculina casi articuló la palabra «traidora».

Devaleth no se inmutó.

—Es pronto todavía. Y hablando de fragilidad, ¿es que no es fragilidad hacerse pedazos ante la primera señal de resistencia del enemigo?

Arqueó una ceja y giró en redondo.

Kyle no respondió, pero, al mirar atrás, Devaleth lo vio allí de pie, contemplando el río, era de suponer que reflexionando sobre sus palabras. Estaba bastante convencida de haber dejado claro su argumento, y que aquel joven le explicaría lo mismo a su amigo.

El Ejército de la Reforma se iba extendiendo como una inmensa serpiente por las

llanuras meridionales jourilanas. Ivanr ya no marchaba con su brigada, el teniente Carr se ocupaba de eso. Los cielos cubiertos del invierno seguían amenazando con una lluvia que pocas veces caía. La caballería jourilana los rodeaba, los hostigaba y sondeaba, aunque su número no era suficiente para una carga sostenida. Pero a Ivanr no le parecía que faltara demasiado para que llegara ese día.

Por mucho que había buscado, todavía no había encontrado al muchachito sin nombre que había rescatado. Con lo que sí se encontró fue con que le estaba creciendo una escolta. Poco a poco, día a día, cada vez más guerreros, hombres y mujeres, lo rodeaban en las filas o marchaban cerca. Le molestaba que varias filas de guardias se interpusieran entre él y los soldados normales, pero nada de lo que decía disuadía a los que se creían sus guardaespaldas. Vestían una armadura sencilla y como armas preferían la espada o un mango de lanza con una hoja larga y curva de un solo filo, un arma que llamaban, sin más, espada-lanza. La mayor parte, observó Ivanr, había jurado lealtad al culto de Dessembræ.

Incluso afirmaban haber frustrado dos intentos de asesinato.

—¿Frustrado? —había preguntado, incrédulo—. ¿Cómo? —Las miradas obstinadas que se dedicaron unos a otros le respondieron—. ¡Ninguna muerte más! —ordenó, y los otros se inclinaron.

Esa mañana, justo después de que la larga recua de seguidores se hubiera despejado lo suficiente para empezar a moverse, unos cuantos de los exploradores montados que quedaban llegaron galopando desde la avanzadilla. Había algo por delante. Ivanr examinó el horizonte con la mirada; casi no había caballería imperial a la vista. No era buena señal. Si no estaban allí, era que estaban en algún otro sitio.

Más tarde, durante la marcha, llegó recado, a través de los cotilleos de la tropa, de que se había visto caballería jourilana más adelante. Se estaban reuniendo al oeste de la línea de marcha del ejército. Si la caballería por fin estaba formando, le pareció a Ivanr que Martal tendría que responder, aunque cómo podía responder seguía siendo un misterio para él. Porque ese era el quid, con eso habían aplastado la mayor parte de los anteriores levantamientos y rebeliones campesinas: el impacto de la caballería y los pisoteos y empalamientos de civiles aterrados.

Ese día la marcha continuó como siempre, pero hasta las últimas horas de la tarde, cuando llegó la orden de montar el campamento. Durante toda la velada, mientras vivaqueaban y rondaban alrededor de las hogueras, los hombres y las mujeres del Ejército de la Reforma no podían evitar mirar la colina distante, donde los estandartes brillantes de la caballería imperial flotaban al viento; donde tiendas altas de lino blanco resplandecían cálidas y brillantes, y el relincho ocasional de un caballo les llegaba a través de la noche.

Esa fachada de normalidad, como si nada hubiera cambiado, el orden sereno del campamento, todo ello ponía furioso a Ivanr. Enfrentarse a la caballería en batalla

abierta era justo lo que querían los imperiales: ese era su juego. Martal no debería jugarlo. Pero por mucho que lo intentara, Ivanr no veía ninguna alternativa a las fracasadas tácticas antiguas de formar como niños buenos para enfrentarse al enemigo. No había funcionado en ninguno de los antiguos levantamientos y movimientos campesinos, y no se imaginaba que fuera a funcionar entonces.

No podía evitar bufar y resoplar de frustración. Le echaba un ojo al lejano campamento y después se daba la vuelta para rondar frente a su tienda y frotarse la quijada sin dejar de pensar; los ojos de sus guardaespaldas lo seguían, hasta que por fin no lo soportó más y salió a grandes zancadas a hablar con Beneth.

Encontró al anciano instalado con toda comodidad en su tienda, como siempre, envuelto en mantas junto a un brasero de viaje, los ojos cubiertos. En cuanto entró, Beneth se dirigió a él.

—Saludos, Ivanr.

Ivanr se quedó paralizado.

—¿Cómo has sabido...? —¡El tipo estaba ciego!

Beneth esbozó su sonrisa irónica.

—¿Quién más podría hacer temblar el campamento con su furia?

—Tengo buenas razones, Beneth. ¿Cuál es el plan...?

—Por supuesto que crees tener toda justificación posible —interpuso Beneth—. ¿No respalda la certidumbre a ambos bandos en casi todos los enfrentamientos?

—La situación no requiere filosofías, viejo.

—¿No? ¿Entonces qué es lo que requiere?

Ivanr estiró una mano de golpe y señaló al norte.

—¡Una retirada! Deberíamos seguir moviéndonos como hasta ahora. Cooperando así solo nos ponemos en sus manos. Y tú habrás arrastrado a toda esta gente a la muerte.

La solapa de la tienda se apartó de golpe y entró Martal. Vestía sus cueros oscuros manchados por el viaje. Tenía el pelo descuidado y sudoroso por el yelmo. Miró a Ivanr con frialdad.

—Tu falta de fe es inquietante, gran campeón.

Una vez más, Ivanr fue incapaz de leer el rostro cauto y anguloso de la mujer: ¿hablaba en serio o se burlaba? Más que nunca estuvo seguro de que era de tierras extranjeras.

—¿Fe? ¿Fe en qué? Es la fe lo que nos ha traído todos estos problemas.

—En eso al menos estamos de acuerdo. —Cruzó hasta una mesa, se quitó los guantes y empezó a lavarse las manos en una jofaina.

—A Ivanr le preocupa mañana —explicó Beneth.

—No tengo tiempo para tranquilizar a cada soldado asustadizo —contestó la

mujer con la cara metida en la jofaina, después se la salpicó de agua.

¡Tranquilizar! Ivanr se quedó con la boca abierta, furioso. *¿Cómo se atreve?*

—Exijo...

Martal se volvió hacia él.

—¡No estás en posición de exigir nada! Y ese numerito tuyo de resentimiento solo ha desconcertado más a todo el mundo. No estoy acostumbrada a que me cuestionen mis subordinados, comandante de brigada. Sugiero que si todo el mundo hace su trabajo mañana, tendremos muchas posibilidades de alcanzar la victoria. Ningún comandante responsable le puede prometer más a su gente.

—Es que no puedo hacer mi trabajo si ni siquiera sé cuál es.

La mujer se estaba secando las manos con un paño.

—Ivanr... tú has sido campeón, no soldado. Yo he sido soldado toda mi vida. Tu trabajo ahora es el de soldado, solo tienes que seguir las órdenes. El más sencillo, y el más duro, de los trabajos. Si guardamos en secreto los planes y las tácticas, recuerda que nuestro campamento está podrido de espías. No nos atrevemos a revelar nada todavía.

Una larga exhalación se llevó buena parte de la tensión de Ivanr; se encontró con que estaba de acuerdo con esa exigente mujer. El secreto por el secreto era lo que él despreciaba. Lo de los espías lo entendía. Así que lo único que Martal estaba dispuesta a insinuar en ese momento era la promesa indirecta de que sí que se estaba tramando algo. Muy bien. Ivanr inclinó la cabeza a modo de asentimiento.

—Solo estoy preocupado por la seguridad de mi gente.

—Lo sé, Ivanr. De otro modo ni siquiera estaría hablando contigo.

El campeón lanzó un bufido.

—Bueno. Gracias por tu condescendencia.

La sonrisa de la mujer era gélida.

—Por supuesto.

—Hasta mañana, entonces. —E Ivanr se inclinó ante Beneth.

—Buena suerte, Ivanr.

—Muchas gracias.

Cuando cayó la solapa de la tienda, los dos del interior se quedaron callados un rato. Beneth cogió aire para hablar, pero Martal se le adelantó.

—¡Ya lo sé!

—Eres demasiado dura.

—Si se desanima, entonces es que no se lo merece, ¿no?

—Lo eligió ella.

—Desde luego yo no —murmuró la guerrera, y mordió un trozo de pan.

La expresión del anciano se suavizó.

—Te han malcriado, Martal.

La mujer estaba asintiendo cuando se sentó entre las mantas apiladas y suspiró de cansancio.

—Solo ha habido un campeón digno de ese nombre.

—Olvida eso. Este ya no es campeón, ni se le exigirá que lo vuelva a ser.

—Entonces ¿por qué está aquí?

El anciano se quedó callado un rato en la oscuridad. Levantó una mano temblorosa y se tocó la venda que le cubría los ojos.

—Empiezo a estar cansado, Martal... la presión que está ejerciendo sobre nosotros es casi insoportable. Sabe lo que podría ser inminente y está desesperada...

La mujer se puso en pie de un salto.

—¡No! No vuelvas a decir eso.

—Martal...

—No. —La guerrera recogió sus guantes de un manotazo y un cuero de cabra lleno de agua—. Estamos aquí por ti. —Salió hecha una furia y dejó al anciano solo en la oscuridad. El hombre hizo una mueca y se apretó la frente con las yemas de los dedos.

—Lo siento, niña. Ha llegado todo muy tarde. Puñeteramente tarde.

Ivanr se sentó en un taburete de campaña plegable y se quedó mirando el fuego con gesto furioso. No podía dormir. Todo lo que se había dicho, lo que se podía haber dicho, lo que no se había dicho, dibujaba círculos enloquecedores en su cabeza. ¿Era un buen comandante? Creía que sí. Creía que siempre tenía presente el interés de sus tropas. ¿Qué más se podía pedir? ¿Pero era comandante de ese ejército en concreto? ¿Qué opinaba no hacía tanto? Que un ejército era como una serpiente, no debería tener dos cabezas. ¿Había estado haciendo campaña para convertirse en esa cabeza extra? ¡Claro que no! ¡Él no le había pedido a la sacerdotisa que lo nombrara sucesor! ¿Era culpa suya, entonces, que muchos miraran hacia él? No, desde luego que no.

¿Se sentía Martal amenazada? ¿Lo veía a él como un rival? No. Eso no era digno. ¡Pero si le había dado la brigada, por el amor de todos esos dioses oportunistas! No, no era eso. Era él. Él había esperado que lo trataran como cuando era el gran campeón, pero allí solo era una cara nueva. Nada más.

Bajó la cabeza y se la apretó entre las manos. ¡Maldita fuera la Señora! ¡Se había comportado como una especie de aristócrata exigiendo privilegios! Gimió. ¡Dioses extranjeros! Justo el tipo de comportamiento que lo ponía malo.

—Ivanr —dijo una mujer cerca—. ¿Ivanr?

—Déjame en paz —graznó con la cabeza metida entre las dos manos.

—¡Pobre gran campeón! Estamos enfurruñados, ¿eh?

—¿Pero quién...? —Ivanr alzó los ojos y vio unas faldas informes y raídas que se

elevaban hacia la ancha cintura y las capas de chales de la anciana, la hermana Gosh. Sostenía una pipa de arcilla de cañón largo entre los dientes ennegrecidos y el pelo era un desastre salvaje de rizos grises. Ivanr bajó la cabeza—. ¿Qué quieres?

—Necesito tu ayuda. Tengo que hacer un recado.

—Lárgate.

—No. Tienes que ser tú. Cuestión de sangre, se podría decir.

Ivanr se irguió con el ceño fruncido. Alrededor de la hoguera yacían dormidos los que se hacían llamar sus guardias. Miró a la mujer con los ojos entrecerrados.

—¿Qué pasa?

Ella sacó una cajita fina de madera de un chal y la sacudió. Algo sonó dentro.

—Martal quiere lluvia. Vamos a buscar un poco. —Volvió a sacudir la caja—. Piedras celestiales para traerla.

Ivanr lanzó un bufido.

—Tú no crees en esas viejas historias y supersticiones. ¡Piedras del cielo!

Los labios de la mujer se plegaron con una mueca amarga. Dio una buena calada a la pipa y exhaló dos columnas de humo por la nariz.

—¡Pero es que es verdad! Uno como otro. Una vez se tocan, siempre se tocan. Esas son las viejas verdades. Mucho antes de que el mundo fuera mundo. Las Casas o algo así.

—¿Para qué me necesitas a mí?

—Te reconocerán.

—¿Quién...?

Una forma alta surgió de la oscuridad; un tipo pálido con ropas negras raídas, las manos entrelazadas a la espalda.

—Es hora, hermana —la llamó.

—¡Sí, sí! —La mujer instó a Ivanr a levantarse—. Ven.

Pero él siguió sin ponerse en pie.

—¿Quién es este?

—Un compatriota.

—¿Qué les has hecho a mis guardias?

La hermana Gosh agitó una mano con gesto impaciente.

—Nada. Duermen. Si despertaran, verían que te has ido. Ahora ven.

Ivanr se levantó y miró a su alrededor, a la oscuridad.

—¿Ido? ¿Adónde?

La mujer echó a andar.

—La tierra aquí duerme, Ivanr. Hemos entrado en sus recuerdos. Ven.

La siguió, aunque solo fuera para hacer más preguntas.

—¿Recuerdos? ¿El pasado?

La mujer se sacó la pipa de la boca y escupió.

—No el verdadero pasado, el pasado real. Solo un recuerdo de él. ¿Ves eso? — Señaló con la pipa.

Era una cuenca poco profunda en el paisaje, al este, lejos del campamento. Allí dos figuras los aguardaban, otro hombre y una mujer. La mujer era menuda, quizá incluso más anciana que la hermana Gosh, tenía el rostro tan oscuro como la madera de hierro, el cabello recogido en un apretado moño; el hombre era un tipo bajo y flaco, el cabello y la barba un desastre enmarañado. El hombre estaba desenterrando algo.

—¡Aquí! ¡Deprisa! —exclamó.

Era una especie de piedra lisa con forma de cúpula. Cuando el tipo la limpió, Ivanr vio que era un nudo apretado de hielo sucio.

—¿Qué es esto?

—Mira detrás de ti —le sugirió la otra mujer.

Ivanr se volvió y vio un muro lejano de blanco helado y azul esmeralda. Se extendía de horizonte a horizonte, salpicado por las refracciones de luz.

—¿Qué es? —preguntó sin aliento, asombrado.

—¿No reconoces la Gran Barrera de Hielo? —preguntó la hermana Gosh tras colocarse a su lado—. ¿O la Barrera tal y como era, hace siglos?

—¡Es hora! —insistió el alto, otra vez.

—Sí, Carfin. —La hermana Gosh señaló a la otra mujer—. La hermana Esa. —Al hombre barbudo—. El hermano Jool.

Con cierto esfuerzo, Ivanr apartó la mirada del distante campo helado. *Entonces es verdad. La Barrera cubrió una vez todas estas tierras.*

—¿Las piedras? —preguntó Jool. La hermana Gosh levantó la caja, que pareció volar hacia él por voluntad propia. Le cayó en la mano con un gran golpe seco.

—¿Qué es esto? —exclamó una nueva voz y todo el mundo se dio la vuelta y después se relajó. Otro hombre mayor salió de la oscuridad, tenía barba e iba ataviado con galas andrajosas—. ¡El Sínodo no se ha reunido! ¡Esto no se ha acordado!

—Acordamos actuar, Totsin —soltó de golpe la hermana Ena.

El recién llegado se irguió en toda su altura.

—¿Magia ritual? ¿Relacionarse con los ancestrales? Esto rebasa todas las convenciones de procedimiento del Sínodo.

—¿Qué convenciones? —preguntó Jool con el ceño fruncido.

—¡Estamos perdiendo el tiempo! —exclamó Carfin, había un pánico creciente en su voz.

Totsin abrió las manos.

—Bueno... es obvio que se sobreentiende que cualquier medida extrema nos pondría a todos en peligro...

—Se puede decir que estamos todos aquí... —comentó la hermana Gosh con

aspereza.

—¡Esto la atraerá! —siseó Totsin.

—Es lo que suele pasar cuando te pones a hacer algo de verdad.

—Yo no quiero formar parte de esto.

La hermana Gosh miró a todos.

—Ah, pero es que no te invitamos.

Totsin se llevó la mano a la barbilla. Sus cejas se alzaron en indignada sorpresa.

—Entiendo. Bueno... Me voy, entonces.

—Sí. Vete, entonces.

El hombre hizo una inclinación, se dio la vuelta y desapareció en la noche, como si se metiera tras las sombras.

—¡Ella nos mira, lo percibo! —exclamó el hermano Carfin—. ¡Preparadlo!

—Este lugar pertenece a tu raza, Ivanr —dijo la hermana Gosh cuando lo miró—. Toblakai es uno de los nombres. Tus ancestros venían aquí para hacer propiciaciones, ofrendas. Uno como otro. Poder con poder. Es la antigua costumbre. —Sacó un fino cuchillo curvo de aspecto peligroso de entre sus chales—. Dame la mano.

Ivanr resistió el impulso de esconder las manos a la espalda.

—¿Para qué?

—Un pequeño corte. Después tienes que frotar el hielo con la mano. Nosotros haremos el resto.

—¿Y ya está? —preguntó él, dubitativo.

—Sí.

Estiró la mano izquierda. Ella le cortó la palma con un movimiento rápido (fruto de la práctica).

—¡En el hielo, ahora!

—Viene ella —entonó Carfin, la voz entrecortada.

Ivanr se arrodilló y pasó la mano por el bulto nudoso. Al principio estaba frío bajo su palma, pero no tardó en calentarse. Le sobresaltó ver que no quedaba rastro de sangre. Algo sacudió el suelo hacia el norte y la hermana Gosh emitió un gruñido gutural, como una bestia. Ivanr miró, pero no vio nada en la oscuridad.

—No debería habernos encontrado con tanta facilidad —dijo Jool.

—Las losas —le ladró la hermana Gosh, y luego—: Carfin, Esa. Haced algo.

Un ruido, a medio camino entre el sollozo y el gemido, se escapó del tipo alto, Carfin, cuando se alejó con gesto rígido.

—¡Una locura! —le dijo a la noche, la voz tomada—. Una locura. —A Ivanr le pareció que unos jirones de oscuridad absoluta habían empezado a girar alrededor del hombre, como pañuelos aleteando. La hermana Esa se arrodilló, recogió unos puñados de barro y después lo siguió.

Jool apretó una fina losa de madera contra el hielo, que siseó y emitió vapor.

—Ahora llama a tus dioses —le dijo la hermana Gosh a Ivanr.

Él la miró con el ceño fruncido.

—¿Qué?

—Llámalos. ¡Deprisa!

—¿Cómo?

—¿Cómo? —Se lo quedó mirando con la boca tan abierta que casi se le cayó la pipa—. ¿Qué quieres decir, cómo?

—Yo nunca... es decir... nuestros antiguos dioses y esas costumbres han desaparecido. ¡Oye, tú nunca dijiste nada de rezar ni cosas por el estilo!

Ella y Jool compartieron una mirada tensa. En la oscuridad algo volvió a sacudir el terreno y comenzó a brotar un lamento agudo.

—Que el encapuchado nos ayude ahora —murmuró la hermana—. Mira. Llama a tus ancestros en tu mente. Remóntate al pasado, tan atrás como puedas. ¡Hazlo!

Sintiéndose como un auténtico imbécil, Ivanr se esforzó por obedecer. Se imaginó a sus ancestros, generación antes de cada generación, todos remontándose al pasado como una regresión infinita, llegando tan atrás como le era posible. Y los invocó.

—La hermana Esa y Carfin han huido —anunció Jool.

—Entonces es cosa mía —respondió la hermana Gosh.

—Buena suerte.

Ivanr abrió los ojos y se irguió. Jool estaba retrocediendo de espaldas, la caja sujeta en alto, agitándola como un instrumento musical. La hermana Gosh tiró la pipa al suelo; el objeto dibujó un arco de brasas por el aire. Después le dio un rápido trago a una petaca de plata que desapareció con la misma rapidez entre sus chales.

—¿Estás conmigo? —le preguntó a Ivanr con la mirada clavada en el norte.

En la oscuridad comenzó a oírse de nuevo un lamento suave, como un llanto.

—¿Qué es? —preguntó Ivanr.

—Si la carne, nuestra carne, se puede blasfemar... sería esto.

Ivanr se llevó la mano al cinturón: iba desarmado.

—¿Qué puedo hacer?

—Evita que llegue al santuario. O a mí. O a Jool.

Ivanr alzó una ceja.

—Ya...

Detrás de él, Jool agitó la caja todavía más rápido hasta que su soniquete pareció un siseo continuo. Ivanr no tenía ni idea de lo que debía hacer.

—¿Pero cómo...?

Una forma salió con paso pesado de la oscuridad. Su apariencia casi hizo que Ivanr saliese corriendo. Muy grande, tan alto como él, humanoide, sí, pero más como una escultura de carne: pálido como un pez, tan obeso que parecía hecho de grasa. Y encima del montón de carne amontonada, una diminuta cabeza de bebé, sin pelo, la

boca mojada de saliva, balbuceando y llorando.

—¡Dioses! —maldijo Ivanr con una mueca de asco, el estómago estaba subiendo a agriarle la boca.

La hermana Gosh bajó las manos de golpe como si apretara el suelo ante la criatura. La capa superficial que había debajo se abrió como si la cortara una guadaña. La criatura se balanceó hacia atrás, gemía con voz aguda y farfullaba, de dolor o miedo, Ivanr no lo sabía. El suelo desnudo bajo los pies de la criatura palpitaba y se agitaba como barro. La anciana emitía tal calor que Ivanr tuvo que apartarse. La criatura empezó a avanzar una vez más. Una pierna colosal se liberó del suelo y se desplazó hacia delante.

—Malditos sean los dioses, es fuerte —rezongó la hermana Gosh con los dientes apretados—. ¡Haz algo!

—¿Hacer qué?

—¡Detenlo!

—¡De acuerdo! —Se acercó poco a poco a la brecha de barro. Observó que el agua que la alimentaba procedía del montón de hielo antiguo. La monstruosidad parecía no hacerle caso mientras luchaba por avanzar. Con mucho cuidado, Ivanr se metió en el barro. Estaba caliente, pero no hasta un punto incómodo. Se agachó con los brazos extendidos y se abalanzó para coger a la criatura por el inmenso vientre. Golpearlo fue como hundirse en una tinaja de grasa. Ivanr se aupó, las piernas dobladas, esforzándose.

La criatura ni siquiera pareció notar su presencia. Continuó moviéndose sin maña, con pesadez, intentando avanzar. Un brazo grande como un tronco osciló y le dio a Ivanr un espantoso golpe en la espalda, aunque al gran guerrero no le pareció intencionado. Y la criatura no dejaba de emitir un balbuceo que tenía un parecido sobrecogedor con los ruiditos de un recién nacido.

Otro golpe se estrelló contra la cabeza de Ivanr y lo mandó boca abajo en el barro. Rodó de lado antes de que aquella cosa pudiera pisotearlo, adrede o no. Con el peso añadido de la tierra que se pegaba a él, se puso en pie y se arrojó sobre la espalda de la criatura. Enganchó un codo bajo la barbilla diminuta y apretó todo lo que pudo. Hasta el momento, los ojos vacíos de la cosa, aquellos ojos en blanco, no parecían haberse posado siquiera en él. Pero en el momento en que empezó a asfixiarla, la cabeza de la criatura se volvió y unos ojos muy abiertos lo encontraron. Ivanr creyó que podría haber aguantado, que podría haber acabado con la monstruosidad, pero en ese momento unas palabras surgieron de entre los balbuceos de bebé y una voz infantil le rogó: «Ayúdame».

Sobresaltado y horrorizado, Ivanr lo soltó sin darse cuenta y se deslizó por la espalda embarrada de la criatura.

Jool dejó escapar un grito entonces, el soniquete de la caja era ensordecedor. Algo

estalló como un trueno justo encima, acompañado por un destello cegador y el sonido de múltiples impactos chocando contra la criatura como proyectiles de una honda. La criatura se bamboleó, entre lloriqueos y gemidos, y se cayó de cara al suelo. Ivanr yació en el barro, con los ojos clavados en la cosa. Que todos los dioses los perdonaran. ¿Era un niño?

Intentó sentarse y se dio cuenta de que se estaba hundiendo. Lo invadió el pánico. El barro había atrapado sus piernas y brazos en una presa de hierro. Estuvo a punto de lanzar una carcajada histérica porque lo único que se le ocurría gritar era «¡Ayúdame!».

La hermana Gosh exclamó algo, pero no lo entendió porque tenía barro en los oídos. La vio señalar, la boca se movía.

—¡Haz algo! —fue todo lo que consiguió decir Ivanr antes de que la plasta húmeda que lo asfixiaba se le metiera por la boca y le impidiera respirar, y el fuego del terror absoluto quemó todo pensamiento consciente de su mente. Su última impresión fue de algo todavía más aplastante que se apoderaba de él, como un puño inmenso que le rodeara la cintura y lo apretara con fuerza.

Despertó en el suelo de su tienda, un chillido de terror le resonaba en los oídos. La solapa se abrió de golpe y dos de sus guardias entraron en tromba con las armas en la mano. Ivanr miró a su alrededor con un parpadeo; los guardias se lo quedaron mirando. Observó que estaban chorreando. De hecho, el tamborileo ensordecedor de un chaparrón machacaba el tejado de la tienda. Se levantó, se abrió camino entre ellos y se asomó fuera: estaba lloviendo a cántaros, como si alguien hubiera volcado un lago.

Se volvió hacia los guardias, que todavía lo miraban, no muy seguros.

—Soñé que me estaba ahogando.

Se echaron a reír y envainaron las espadas. Los dejó salir y después se quedó un rato ante la solapa abierta, contemplando el martilleo de la lluvia. Al día siguiente solo agua y barro. Así que Martal tenía su lluvia, tal y como había deseado. Pero no contaría solo con eso, ¿no? Eso era muy inseguro, tenía que tener planeado algo más. O eso esperaba Ivanr.

Por la mañana, por tanto. Todos lo averiguarían por la mañana. Se volvió a acostar para intentar dormir un poco.

El chaparrón duró la noche entera. Un diluvio. Como si toda la lluvia del mes se hubiera contenido para caer como un estallido en una sola noche. Seguía cayendo con tanta fuerza por la mañana que Ivanr no veía la lejana caballería imperial jourilana. Se ciñó mejor el manto alrededor de los hombros y entrecerró los ojos para defenderse de la cortina de agua mientras hacía su ronda. Gotas frías le caían desde el

yelmo al cuello. Se metió las manos por dentro del cinturón para calentarlas. El suelo estaba empapado y le tiraba de las sandalias cuando caminaba. Le pareció que Martal había colocado sus cohortes a demasiada profundidad, en un frente demasiado estrecho. ¿Y si los lanceros giraban a su alrededor? Daba la sensación de que había espacio para colarse por el flanco derecho, donde el suelo caía un poco hacia un soto. Ciertamente, habían adiestrado a las filas para que repelieran los ataques en más de una dirección, pero no se les había puesto a prueba y podría invadirlos el pánico si el enemigo aparecía por otro lado. O la caballería podía hacer caso omiso de la infantería y barrer la comitiva, que se había reunido en un campamento al otro lado del camino principal. Esa vez, sin embargo, se guardó sus recelos y esperó que Martal estuviera reservando a Hegil Lesour'an'al y la caballería restante por si ese riesgo se hacía realidad.

Recorrió las líneas, seguido por su escolta. Los hombres y las mujeres de las filas lo llamaban y tardó un rato en comprender el grito. «Libertador.» *¿Libertador? ¿Cuándo ha empezado esto?* Percibió la mano cínica de Martal tras la palabra. Examinó con la mirada la ladera de la colina, que se disolvía en la empañada lluvia gris. Parecía que el diluvio había retrasado a los imperiales. Seguro que estaban esperando a que pasara lo peor. Muy bien. ¿Qué hacer? Lo cierto era que se sentía completamente inútil. ¿Cuál sería su papel? Carr ya dominaba la brigada; entretenerse allí solo socavaría su autoridad. Por todos los dioses extranjeros, ¿dónde podía ponerse? ¿En la retaguardia, con Martal? No, eso solo los incomodaría a los dos. Debería ir adonde pudiera hacer el mayor bien. Eso significaba las líneas; su presencia quizá salvara vidas entre las tropas, podía consolidar la unidad para evitar que se rompiera.

Se fue a buscar a Carr.

Jirones de niebla trazaban un camino por el campo y entre las cohortes, haciendo que aquellos hombres y mujeres silenciosos parecieran un ejército de fantasmas. El manto le colgaba pesado y húmedo, aunque entibiado ya por el calor de su cuerpo; los pies, sin embargo, envueltos en trapos empapados y sandalias de cuero, estaban embarrados y entumecidos por el frío.

Encontró al teniente en la retaguardia de la brigada, flanqueado por mensajeros. Carr se inclinó.

—Ivanr.

Ivanr respondió al saludo militar.

—Permiso para unirme a la línea del frente, teniente.

Las cejas del hombre se arrugaron.

—Creí que habías jurado no matar...

—Ciertamente. Pero nunca dije nada de caballos.

Al teniente pareció darle un ataque de tos.

—¡Ah! Bueno, entonces, por supuesto...

Ivanr saludó, escogió una pica entre las armas que permanecían en la reserva y se unió a las líneas. Sintió una especie de satisfacción cruel al ver a los cinco hombres y las tres mujeres de su guardia coger picas también para unirse a él. *¡Bien! Si son hábiles de verdad, entonces quizá acabamos de reforzar esta unidad más de lo que nuestra presencia la altera.*

El calor de sol que iba trepando por el cielo aclaró las nubes, aunque no se dispersaron por completo. La niebla se aferró a los huecos más bajos y recorrió las cohortes vecinas, dejando solo las puntas de las picas señalando al cielo como un bosque de jalones. Las laderas de las colinas fueron quedando a la vista y revelaron fila tras fila de jinetes, cada uno quieto como una estatua. El único movimiento era la sacudida ocasional de la cabeza de un caballo; el único ruido, el tintineo leve de un arnés. Ivanr estudió las líneas. *Por la maldición de la Señora, había muchos.* Debían de haber llegado más por la noche. Vio pocos de los más pesados entre los pesados: el aristócrata jourilano con cota de malla sobre un caballo de guerra con gualdrapas. La inmensa mayoría eran lanceros imperiales apoyados por caballería ligera.

Los cuernos resonaron en las colinas: la señal imperial para que se prepararan. Ivanr se limpió la bruma fría de la cara y levantó un brazo.

—¡Manteneos firmes! ¡Se romperán si seguís firmes! —Otro estallido de cuernos y las primeras filas empezaron a avanzar. El rumor bajo de los miles de cascos llegó a él como un temblor lejano en el suelo—. ¡Apiñaos! ¡Preparaos!

El enemigo aceleró y se puso al galope. Las lanzas fueron bajando para encajarse con firmeza bajo los brazos. Incluso Ivanr, que se había enfrentado a un sinfín de oponentes a lo largo de una vida entera de adiestramiento y combates, sintió la sensación casi abrumadora de echar a correr, de encogerse, de estar en cualquier parte salvo delante de esa montaña equina que estaba a punto de aplastarlo. Que esos hombres y mujeres, antiguos aldeanos, granjeros, artesanos y artesanas burgueses, pudieran, de algún modo, encontrar la determinación y el valor para mantenerse firmes, lo avergonzaba y asombraba. *Por todos los dioses, verdaderos y falsos, ¿dónde encuentra la gente semejantes arrestos? ¿De dónde los sacan?* Ivanr estaba más cerca que nunca en su vida de convertirse a alguna idea de la inspiración divina.

Y entonces golpeó aquel corrimiento de tierras.

Él había apuntado bajo adrede, con la intención de darle a un caballo en el pecho. Pero a pesar de su adiestramiento y del azuzamiento tosco de sus amos lanceros, a las monturas no hubo forma de obligarlas a meterse en aquel muro sólido de humanos inmóviles. Giraron de golpe en el último momento o se encabritaron. La pica de Ivanr se clavó en la parte inferior del hombro de uno y el caballo estuvo a punto de arrancársela de la mano cuando continuó apartándose de la formación. En otros sitios, la formación era irregular allí donde un caballo tropezaba con las líneas, coceando y

agitándose, chillando en medio de la cohorte. Pero la mayor parte de la carga se arremolinaba, inútil, en la retaguardia de la primera oleada, solo para dar la vuelta, coger velocidad una vez más y apuntar a otra unidad.

—¡A formar! —bramó Ivanr, jadeaba y la sangre le pitaba en los oídos. Luchó por ver la maniobra. ¿Irían a por otra cohorte? ¿O se dirigirían hacia la comitiva? ¿Dónde estaban los puñeteros escaramuzadores? Se dio cuenta de que no podía tomar el mando del campo sin romper la formación. No había forma de detener esas cargas. ¿Dónde estaban todos esos puñeteros arqueros que Martal estaba adiestrando?

Observó, cada vez con más miedo, que se iba formando una segunda carga sin que nadie lo impidiera, los caballos relinchando y pateando el suelo.

¡Malditos fueran los dioses! Podían seguir así todo el día. Lo único que necesitaban era un único ataque sólido. Un poco de suerte. Los soldados y él estaban a salvo en sus cohortes, pero también estaban atrapados.

En un montículo boscoso que se asomaba al campamento del Ejército de la Reforma, la hermana Nebras, sentada junto a su fuego que ardía sin llama, tejía. Se ciñó mejor las capas de chales sin dejar de vigilar el campamento montado, los carruajes juntos, los caballos metidos en los corrales, los animales de tiro sujetos, las carretas y las tiendas. En algún lugar de toda esa comitiva yacía moribundo el corazón del movimiento contra la Señora, su voz y punto de reunión durante casi medio siglo.

Y ella hacía lo que podía para ayudarlo a aguantar.

El alboroto de la guerra llegaba a ella en forma de gritos animales, el rugido mezclado de miles de gargantas y el rumor sordo de una masa de cascos más allá de la lluvia brumosa donde los haces sesgados del sol irrumpían aquí y allá. Pero toda esa conmoción no era asunto suyo. Ella estaba enredada en la verdadera batalla; el verdadero duelo de voluntades e intenciones que guiaría esas tierras durante el siglo siguiente. Ella y sus hermanas y hermanos se habían comprometido, por fin habían salido a terreno abierto a presentar batalla.

Y ya era hora, puñeta.

Pero Beneth se estaba muriendo. Llevaba décadas resistiéndose a la Señora. La hermana Nebras no tenía ni idea de cómo lo había hecho. Ella era bruja, una manipuladora de los espíritus ctónicos, de los monumentos de piedras y de los lugares rituales. Y no se hacía ilusiones en cuanto a su fuerza. En su juventud había viajado, había percibido el aura de los auténticos magos; sabía que en Malaz la considerarían una simple bruja del cerco. Pero Beneth no bebía de ninguna de esas fuentes. Él se limitaba a oponerse a la Señora, a quien la hermana Nebras no consideraba la diosa que afirmaba ser, sino más bien una especie de fuerza de la naturaleza, aunque no fuese una fuerza natural. ¿Cómo lo había hecho aquel hombre? Su éxito, por desgracia, socavaba la tesis personal de la hermana Nebras de que no

había que recurrir a lo divino para explicar nada de aquello. Tejió con mayor furia todavía y las agujas de madera se convirtieron en un contorno borroso.

Era de lo más molesto.

Una presencia próxima y la anciana ladeó la cabeza para mirar entre su denso cabello de color gris peltre.

—Te estoy viendo, Totsin. A la vieja Nebras no puedes acercarte sin que te vea.

Totsin se inclinó con una mano en la desgredada barba.

—Hermana Nebras. —Y salió del bosque.

—¿Qué estás haciendo aquí? La mirada de la Señora está cerca.

Totsin asintió con gesto serio.

—Sí. Por eso he venido. —Suspiró, triste—. He venido a echar una mano.

—¡Ja! ¡Eso sí que sorprendería a todos! Bueno, aunque ya sea muy tarde, puñeta, eres bienvenido. Mentiría si dijera que no necesito ayuda. La carga es...

La hermana Nebras se quedó paralizada, con las agujas en el aire. Miró con furia el bosque y se levantó de un salto.

—Por todos los... ¡Está aquí! ¡Se coló por detrás de ti!

Totsin giró en redondo con la boca abierta.

—No percibí nada...

—¡Idiota! Bueno, ahora ya es demasiado tarde. —La bruja dejó caer la labor y levantó las manos—. Prepárate... Debemos luchar.

—Sí, hermana Nebras. Debemos luchar —respondió él con voz dolorida.

La mujer miró de soslayo, insegura al oír el tono masculino.

—¿Qué...?

Totsin desató un estallido de fuerza que derribó a la hermana Nebras y la mandó volando contra un grueso tronco de abedul que se estremeció bajo el golpe. La mujer cayó en un montón, la espalda rota y los ojos clavados en el cielo. Él permaneció ante ella, mirándola desde su altura.

—¿Algún último insulto? —preguntó.

—Morirás... —respondió ella sin aliento.

Totsin se encogió de hombros.

—De eso no cabe duda... pero mucho después que tú.

—Por qué... —articuló la moribunda.

Se acercaba una luz brillante que arrojaba sombras crudas de luz y oscuridad entre los árboles. Totsin se inclinó ante la fuente, en algún lugar que la bruja no alcanzaba a ver, y después se volvió hacia la mujer caída.

—¿Por qué, preguntas? Tendría que estar ya claro. Tú y los otros no me tenéis ningún respeto. Os burláis de mí. Desafiáis mis deseos. Yo tengo antigüedad. Soy un miembro fundador. ¡Estoy al mando! Reclutaré un nuevo Sínodo. Uno en el que esté clarísimo que yo soy el miembro de más rango, ¡y nadie osará desafiarme!

—Totsin...

—¿Sí?

—No podrías estar al mando ni de un retrete. —Y la hermana Nebras se echó a reír, tosió y escupió un chorro de sangre que le empapó la barbilla y la pechera de la camisa.

Totsin frunció el ceño, enojado, y se dio la vuelta. Hincó una rodilla en tierra ante una brillantez flotante que lucía el perfil vago de una mujer ataviada con una túnica.

—Bien hecho, Totsin Jurth Tercero —dijo una voz suave de mujer que llenó el claro—. El Sínodo es tuyo para que lo moldees como desees, ¿pues no es ese tu derecho?, ¿tu obligación como miembro fundador y practicante más antiguo?

—Soy vuestro, Santísima Señora.

—Y ahora debo irme —dijo la visión, el pesar teñía su voz—. Ya llego muy tarde a una visita que tendría que haber hecho hace ya mucho tiempo. Hasta más tarde, mi muy leal servidor.

Totsin inclinó la cabeza hasta el suelo. Cuando la alzó, la Señora había desaparecido y el claro estaba oscuro una vez más. Se estiró el chaleco, se cepilló las mangas y después se internó en el bosque pensando en el futuro, preguntándose a qué talentos menores (muy menores) podría abordar una vez dejara atrás todos esos asuntos tan desagradables.

Ivanr sostenía el mango roto de su pica en una mano mientras hacía retroceder la línea con gestos.

—¡Un paso atrás! —Ya había estado a punto de tropezar dos veces con los caídos, los suyos y los del enemigo. También cojeaba por la puñalada que un imperial herido le había dado en el pie. Ese era el problema con las picas de cuatro metros... no servían para nada en la lucha cuerpo a cuerpo. Jadeando, cogió mejor el mango roto y guiñó los ojos entre la bruma cada vez más fina. ¿Era otra carga? Resonaban cuernos sin cuerpo, tocaban a retirada al otro lado de la ladera. Al este, por alguna parte, una cohorte se había hecho pedazos y los imperiales se habían abalanzado como milanos enfurecidos para acabar con los refugiados que huían. La caballería estaba volviendo a formar en las laderas de la colina, listos para otra carga y escogiendo sus objetivos a voluntad. ¡Maldita Martal! ¿Había ubicado a todos los escaramuzadores con la comitiva? ¿Dónde se habían metido? Casi estaba por ir a buscarla. Pero, por supuesto, no lo haría; no porque pudiera terminar pisoteado, sino por lo que pensarían los hombres y las mujeres al verlo salir corriendo.

Una gran masa de lanceros, el cuerpo más grande que quedaba, bajó como un trueno por el oeste, menos numeroso por el frente a medida que se acercaban. Ivanr los observó pasar... ¡malditos fueran! ¡Se aburren de turnarse para venir a por nosotros y se largan a por la comitiva!

Tropas de unos cincuenta lanceros se hundían entre las cohortes para mantenerlas allí clavadas. Giraban, cargaban, pero sobre todo viraban en el último momento para evitar las picas. Al menos ellos tampoco tenían arqueros, pensó Ivanr con tristeza. Los hombres y las mujeres de las cohortes miraban a su alrededor con un parpadeo.

—¡Mantened la formación! —bramaba Ivanr—. Volverán.

Tragó saliva, muerto de sed, y miró al sur, a la espera de la reveladora columna de humo, los gritos, los refugiados huyendo de las ruinas de la comitiva.

Pero no se vio nada. Silencio. De vez en cuando, las tropas más pequeñas pasaban como un trueno, amenazándolos, pero a esas alturas las cohortes no les hacían mucho caso, no podían reunir la masa suficiente para llevar a cabo un ataque. Y luego, por el oeste, de uno en uno y en pelotones más grandes, aparecieron arqueros, hombres y mujeres, los suyos. Se detuvieron para estirar sus arcos cortos, infantiles, y disparar a la vez antes de retirarse a los bosques distantes.

Los lanceros viraron y se precipitaron sobre ellos, cruzando el campo a la carga, solo para frenar de repente cuando una gran nube oscura llegó dibujando un arco sobre sus cabezas y descendió en una ringlera de siseos que se estrelló contra pechos, miembros, hombros. Los caballos chillaron y corcovearon. Los hombres cayeron, descabalgados o ya muertos. La cohorte más cercana cargó con un rugido. Las picas abatieron monturas y hombres con espeluznante cuchilladas que los empalaban para derribarlos. Ivanr sintió que su propia cohorte temblaba por unirse al tumulto y levantó un brazo.

—¡Firmes! ¡Mantened la formación!

Al oeste, un rugido profundo resonó en las tierras bajas cubiertas de bruma y salieron a la carga oleadas embarradas de arqueros que se contaban por miles. Ivanr sintió que el nudo de tensión de la batalla se desenrollaba en su estómago. Se irguió, apoyó el peso en el mango destrozado de la pica y dejó escapar un largo y profundo suspiro.

—¡Descansen! —llegó la orden del teniente Carr desde la retaguardia. Las oleadas de arqueros los adelantaron en busca de más caballería. Hubo hombres y mujeres en la cohorte que los vitorearon cuando pasaron como rayos, algunos sonriendo. Ivanr observó yelmos embarrados de la caballería imperial rebotando en los cinturones de algunos de los que iban corriendo. Se volvió para felicitar a los hombres y las mujeres que lo rodeaban, apretó hombros y murmuró unos cuantos cumplidos. Después se alejó cojeando en busca de Carr.

El teniente seguía en la retaguardia, y le hizo un saludo militar. Al responder, Ivanr vio un corte de sable en el hombro del soldado. Sabía que la retaguardia había sufrido varias cargas; lo había sentido en el estremecimiento casi animal de la cohorte cuando el impacto reverberaba por las filas atestadas. Al parecer, el teniente había estado luchando fuera de las filas todo el tiempo.

—Permiso para dejar la formación.

Con una gran sonrisa, Carr asintió y se limpió la cara.

—Por supuesto. Y gracias. Estabilizaste muchísimo el frente... nadie quería que lo vieran cediendo terreno.

Ivanr le quitó importancia con un ademán.

—Felicidades, teniente. Bien hecho.

Cruzó cojeando la ladera revuelta, rumbo al oeste. Su escolta, los dos hombres y las dos mujeres que quedaban, lo siguieron de cerca.

Mientras subía por la suave pendiente, los cuerpos oscuros de los caballos y jinetes caídos fueron surgiendo entre la bruma. Las horripilantes gibas fueron creciendo en número hasta que una ringlera de caballería masacrada asfixió el paisaje. Ivanr se estremeció cuando una sandalia se le hundió en unas gachas blandas que rezumaban. *¿Un pantano?* El día anterior no había nada. Los caballos se agitaban con movimientos débiles, agotados y manchados de barro, alterando aquella escena fantasmal. Cada lancero había sido derribado por una flecha allí donde se había quedado clavado. Una masacre despiadada. Ivanr fue trazando la ruta y pudo imaginárselo todo: la carga súbita, los bandazos repentinos amontonándose, la confusión arremolinada. Y luego, los arqueros que salían de los bosques para disparar a voluntad. Y esa tierra baja y pantanosa... ¿las piedras celestiales de la hermana Gosh con la complicidad de su propia sangre?

Un caballo relinchó no muy lejos; se volvió y vio acercarse a la propia Martal, seguida por una camarilla de oficiales y ayudantes. La mujer detuvo su montura junto a él. El barro levantado por las patas de los animales le salpicaba la armadura negra. Se quitó el yelmo, se inclinó sobre el pomo de la silla y lo miró desde su altura. A Ivanr le pareció que estaba pálida, agotada, los ojos hinchados de cansancio, el cabello apelmazado de sudor.

—Felicidades —dijo entre dientes, con la voz ronca.

La mirada de la mujer se posó un instante en aquellos campos de la muerte.

—Lo desapruebas.

—Estaban atrapados, indefensos. Los asesinasteis a todos sin piedad alguna. —La miró—. ¿Estás orgullosa?

La mujer se controló de forma visible y contuvo una respuesta áspera.

—Esto no es ningún duelo en una academia de esgrima, Ivanr. Esto es la guerra. Estaban dispuestos a acabar con todos nosotros, tú incluido.

—Muchos murieron. ¡No contamos con ningún apoyo!

—Tenía que ser convincente. Tenían que tener el control del campo de batalla.

Ivanr sacudió la cabeza, horrorizado por los riesgos que había corrido la guerrera.

—Una apuesta horrenda.

—Toda batalla lo es.

Ivanr sacudió la cabeza, sintió las lágrimas calientes que le invadían los ojos y se las limpió.

—Lo sé. Por eso juré no volver hacerlo. —Se echó a reír—. Imagínate la idea, ¿eh? Ridícula.

Martal carraspeó, se quitó un guantelete y se frotó la cara sudorosa.

—Ivanr...

—¿Sí?

—Beneth está muerto.

Se la quedó mirando.

—¿Qué? ¿Cuándo?

—Durante la batalla.

Ivanr se volvió hacia las fuerzas que se iban reuniendo en el campo de batalla, los soldados que se abrazaban y vitoreaban, y se sintió desolado.

—Esto acabará con ellos.

—No, no lo hará —se obligó a decir Martal entre los dientes apretados.

Ivanr la miró, inseguro.

—No pensarás ocultarlo...

Los labios femeninos se tensaron de nuevo para dominar una respuesta airada.

—Yo no haría algo así. Y además, ya se ha corrido la voz. No, no acabará con ellos porque te tienen a ti.

Él la miró con cautela.

—¿A qué te refieres?

—Me refiero a su último deseo, la última orden que me dio. Que tú ocupes su lugar.

—¿Yo? Eso es ridículo. —Le pareció que Martal, en privado, estaba de acuerdo con él. Se planteó las palabras de la mujer: «la última orden que me dio». *Solo lo hace por la fe extraordinaria que había depositado en ese hombre y la devoción que sentía por él.*

¿Y él? ¿Él no tenía fe en nada? ¿En nadie?

Se examinó las manos: ensangrentadas, desgarradas y llenas de ampollas. Se las apretó.

—Bueno, quizá no debería estar en las líneas, de todos modos... es un sitio un poco incómodo para alguien que ha jurado no volver a matar.

La extranjera lo miró desde arriba con algo nuevo en los ojos.

—Sí. En cuanto a eso... no es muy común. Beneth no lo mencionó, pero ¿sabías que hace unos cincuenta años él hizo el mismo juramento?

Ivanr solo pudo quedarse mirando, sin habla. Martal volvió a ponerse el yelmo y retorció un puño en las riendas.

—No importa. Me tienes a mí para derramar la sangre. La Reina Negra será la

asesina, el azote.

Ivanr la observó alejarse a caballo y se preguntó si había oído en ese tono algo más... ¿el chivo expiatorio? Todo un misterio, sin duda, esa videncia. Se le ocurrió que quizá ella no estaba disfrutando de su papel mucho más que él. *¿Y cuál es mi papel? ¿Qué era lo que hacía Beneth? No tengo ni idea. Todos esos dioses extranjeros... Tengo que encontrar a la hermana Gosh.*

El sacerdote de Sombra, Warran, condujo a Kiska y Jheval por el campo de dunas hasta que salieron a una especie de desierto plano de rocas negras hechas pedazos sobre una capa arcillosa dura. La tormenta salpicada de relámpagos de la espiral corría por delante, parecía tan cercana que Kiska tenía la sensación de que podía estirar la mano y tocarla.

Los dos grandes cuervos continuaban con ellos. Avanzaban por las alturas y de vez en cuando se precipitaban sobre el sacerdote y graznaban sus burlas. Warran hacía caso omiso de ellos, o por lo menos lo intentaba, la espalda tensa, los hombros altos y rectos como si con solo el deseo pudiera espantar a los pájaros.

Tras un rato, Jheval al fin dejó escapar un suspiro de impaciencia y señaló.

—Muy bien, sacerdote. Ahí está. Nos has guiado hasta un frente que va de horizonte a horizonte y que muy difícilmente nos habríamos saltado. Ya has cumplido. Ahora puedes irte.

El sacerdote guiñó los ojos como si viera el frente alto como una montaña por primera vez.

—Creo que yo voy también —dijo.

—¿Vienes también? —Jheval le hizo un gesto a Kiska para que dijera algo.

—No tienes que hacerlo —sugirió ella.

Warran hizo un ademán de desprecio.

—Oh, no pasa nada. Quiero ir.

—¿Quieres ir?

—Oh, sí. Siento curiosidad.

Jheval le lanzó a Kiska una mirada furiosa. Es culpa tuya, le decía con los ojos.

—¿Curiosidad? —preguntó la chica.

—Oh, sí. —El sacerdote se acarició las mejillas sin afeitar y entrecerró los ojos pequeños y brillantes—. Para empezar... ¿qué pasó con los peces?

Jheval amagó con darle una colleja al tipo. Kiska le lanzó una mirada asesina al nativo de Siete Ciudades.

—Creo —dijo con tono lento y suave— que deben de estar todos muertos.

Warran examinó a Kiska con atención, como si estuviera calibrando su inteligencia.

—¡Pues claro que están muertos, so loca! ¿Qué tiene eso que ver?

Kiska se quedó atrás, junto a Jheval, y los dos compartieron una mirada; la de Kiska, irritada; la de Jheval, astuta.

Voluta a voluta, amontonando nubes sobre nubes, la espiral iba alzándose por el cielo apagado de la senda hasta que fue como si se inclinara sobre ellos. Cuanto más se acercaban, más se semejaba al frente de una tormenta de arena agitada, aunque pareciera inmóvil. Atravesaba el paisaje como una cortina de polvo y tierra que siseaba con luz trémula.

—¿Podemos cruzarlo? —dijo Kiska, que tuvo que levantar la voz para que se la oyera por encima del rugido de la catarata.

—¿Cómo voy a saberlo yo? —respondió el sacerdote, molesto.

Los cuervos bajaron en picado, los pasaron de largo y se posaron en un lado, donde algo pálido yacía medio enterrado en las arenas. Lo picotearon en busca de comida y Kiska se lanzó a la carga. Agitó los brazos y chilló hasta que los expulsó de donde se habían encaramado, lo que parecía el cuerpo de un enorme mastín.

Jheval se acercó corriendo con los manguales en los puños.

—¡Cuidado!

Kiska se arrodilló junto a la bestia y le acarició la cabeza; estaba viva, y pálida, tan blanca como la nieve bajo la suciedad y el polvo.

—Un mastín blanco —caviló Jheval—. Jamás he oído hablar de nada parecido. —Le hizo un gesto al sacerdote para que se acercara, pero el tipo se negó en redondo. Se quedó allí solo, encorvado y desaliñado, parecía el superviviente de un naufragio. El mastín jadeaba con la boca abierta, los labios dejaban al aire las encías negras y los temibles dientes de un dedo de largo—. ¿Está herido?

Kiska le pasó las manos por los flancos.

—No veo ninguna herida. Quizá esté agotado.

—Bueno, no hay nada que podamos hacer.

—No. —La chica acarició la cabeza del animal—. Supongo que no. Una hermosa bestia.

Jheval lanzó un bufido.

—Letal.

Lo que había en la bolsa que Kiska llevaba al costado se estaba revolviendo, como si estuviera impaciente, así que la guerrera se levantó.

—Deberíamos cruzar.

Jheval señaló con gesto impotente la tormenta.

—¿Y qué hay al otro lado? ¿Hay algo? Nos perderemos en este frente, igual que en casa.

Kiska quitó la tela del yelmo y se envolvió la cara con ella.

—Tiene que haber algo. El mastín salió de ahí.

—¡Sí, pero huyendo!

Un encogimiento de hombros fue toda la respuesta de Kiska a esa incógnita.

Con una mirada furiosa de irritación, Jheval se desató la faja, que resultó ser una tira muy larga de seda roja tejida, y le ofreció un extremo a Kiska, extremo que esta se ató al cinturón.

—¿Y qué hay del sacerdote? —preguntó ella.

El guerrero hizo una mueca.

—Si lo perdemos, lo perdemos. Algo me dice, sin embargo —añadió con tono amargo—, que no vamos a tener tanta suerte.

—Muy bien. —Kiska se encorvó, se llevó un brazo a la cara y se metió el bastón bajo el otro, como si fuera una lanza.

Antes de que el muro de polvo revuelto se la llevara, Kiska lanzó una última mirada al sacerdote. Estaba inmóvil, como si se debatiera, volvía la vista para mirar a Sombra y después los miraba a ellos. Kiska lo instó a avanzar con un movimiento del bastón y luego tuvo que apretar los ojos para defenderse de la tormenta de polvo.

El paso por la barrera, o el frente, o lo que fuera, llevó mucho menos tiempo de lo que Kiska había anticipado. En el interior iba tensa, lista para un ataque, aunque no hubo ninguno. Lo único que observó fueron voces o notas dentro del viento desbocado. Llamadas, o llantos, o simples balbuceos. No sabía qué pensar. En un momento dado creyó que estaba viendo visiones cuando, a lo lejos, o eso parecía, unas formas inmensas se pusieron a luchar: una era una forma amorfa que se alzaba con múltiples miembros; las otras dos, oscuras como la noche. Le pareció que las dos formas negras como la noche se comían a la monstruosidad más grande. Muy pronto salió tropezando al aire quieto y despejado y se encontró sobre roca desnuda.

Se bajó el pañuelo de la cara. El polvo se desprendió del manto y de la armadura y cayó flotando directamente en el aire muerto.

Se estremeció cuando Jheval empezó a desatar la cuerda que llevaba en el cinturón, pero después se relajó y le permitió la intimidad.

—¿Dónde estamos? —dijo sin aliento, perpleja.

El hombre miró a su alrededor con los ojos entrecerrados.

—No lo sé. Pero no me gusta.

—¿Es el Abismo?

—No —respondió una tercera voz y los dos se volvieron, allí estaba el sacerdote. La suciedad le cubría las túnicas y el estafalario pelo gris. El tipo se sacudió como un perro y levantó una nube de polvo—. Aunque ahora está cerca. Más cerca de lo que quisiéramos. Esto sigue siendo Emurlahn, ahora una región fronteriza con Caos. Sin formar, volviendo a enfangarse en lo incipiente. —Los ojos del sacerdote se apretaron en una mueca de furia, casi cerrados del todo—. Perdido ahora para Sombra.

Por un instante Kiska creyó haberlo visto antes en alguna parte. Entonces el hombre miró a su alrededor, confuso.

—No veo ningún pez...

Lo que Kiska llevaba colgado se retorció y empezó a empujar los costados del saco de arpillera. Kiska se arrodilló.

—Supongo que ahora es tan buen momento como otro cualquiera. —Jheval se acercó con una mano, observó ella, en la daga que llevaba en el cinturón. Kiska posó la bolsa en el suelo, bolsa que abultaba y movía lo que fuera que hubiera dentro. Desató el cordón y se irguió. La criatura se liberó de la tela basta. Parecía una escultura de ramitas y tela, con forma de murciélago alado y una especie de vida propia. Se lanzó por los aires, agitando aquellas alas de tela raída.

Aleteó alrededor de los tres, tan ágil como un murciélago o una polilla. Y entonces, de repente, los dos cuervos estaban entre ellos, precipitándose, chasqueando los picos negros. Kiska alzó los brazos.

—¡No!

La criatura saltó sobre la cabeza de Warran y se le agarró al pelo con los dedos de ramitas, gorjeando con tono furioso. El sacerdote bramó y se puso a dar saltos. Echó a correr cegado por el pánico, dando manotazos a la criatura mientras los dos cuervos volaban en círculos sobre él y lo hostigaban. Kiska y Jheval lo observaron irse agitando los brazos y desaparecer entre las rocas.

Kiska miró a Jheval, insegura.

—A veces creo que ese tipo es mucho más de lo que parece... y otras, mucho menos.

—Yo creo que ha perdido la cabeza —murmuró Jheval. Examinó el horizonte y después señaló—. Hay algo.

Kiska se protegió los ojos, aunque la luz era difusa. Había una mancha a lo lejos, un punto oscuro, bajo en el horizonte, como una nube de tormenta.

—Bueno... Warran salió corriendo en esa dirección, más o menos.

Jheval se encogió de hombros y echó a andar. Kiska lo siguió, los brazos rodeando el bastón que se había vuelto a poner sobre los hombros.

Tras un rato, la especie de murciélago regresó para dibujar círculos alrededor de Kiska y luego salió volando otra vez hacia la mancha en el horizonte. Se toparon con Warran, que se estaba abanicando sobre una roca. De los cuervos, Kiska no vio señal alguna. Jheval bajó la cabeza y miró por un momento al sudoroso sacerdote, que se había quedado sin aliento.

—Quizá deberíamos descansar aquí —dijo después.

—Yo no estoy cansada —dijo Kiska.

—Quizá no. Pero quién sabe cuánto tiempo ha pasado. O —y la miró a los ojos— cuándo tendremos otra oportunidad.

Kiska rezongó un poco y accedió.

—Nuestro guía...

—No me cabe duda de que regresará.

—Sí. Dormid —los instó Warran, más animado—. Yo haré guardia.

Jheval y Kiska compartieron una mirada.

—Yo iré primero —dijo Jheval.

Kiska colocó su manto y dejó el bastón y los cuchillos sobre su cinturón, junto a ella. Después se acostó de lado e intentó descansar.

Le pareció que solo un instante después alguien le sacudía la bota, levantó la cabeza y vio que Jheval le hacía un gesto para que se levantara. Estaba más oscuro, no como la noche en sí, del mismo modo que la luz del «día» tampoco lo era exactamente. Kiska se incorporó al tiempo que Jheval se sentaba. Había algo en la expresión del hombre cuando las dos miradas se encontraron. ¿Asombro? ¿Aprensión? Kiska no habría sabido decirlo con exactitud. En cualquier caso, con un asentimiento, dirigió la atención de su compañera hacia un lado y después se acostó. Ella se levantó y recogió sus armas.

Encontró a Warran de pie, en ese lado, pero era obvio que el sacerdote no era a lo que se había referido Jheval con el gesto de la cabeza, era en lo que el propio Warran había clavado los ojos, muy a lo lejos.

Por un momento, la extraña línea del horizonte la confundió, hasta que recordó que estaban en Caos y por tanto no tenía por qué tener sentido para ella. El cielo oscurecido estaba dominado por unas cortinas onduladas de luz, como las que había visto en el estrecho de las Tormentas en su juventud. Pero esas luces dibujaban círculos y bailaban alrededor de un punto negro en el cielo, cerca del horizonte. Quizá estaba confundida, pero le parecía como si la tierra en sí se curvara para encontrarse con lo que fuera.

—¿Es eso? —le preguntó a Warran en voz muy baja—. ¿La espiral?

Él asintió.

—Sí. Eso es. Y al parecer no termina en Caos. Parece que roza el Abismo. La propia no-existencia.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que el agujero se lo está comiendo todo. Caos incluido.

Al principio Kiska rechazó el melodramático pronunciamiento del hombre. ¡Era ridículo! Sin embargo, el Caos era algo. Un algo sin forma u organizado de un modo diferente que ella llamaría caótico. No la nada. Eso era fuera. Más allá. El abismo infinito.

Dioses del cielo y del inframundo. Infinito. ¿Significaba eso insaciable? ¿Quizá nunca llegaría a parar? ¿Tayschrenn estaba de algún modo implicado en tal... tal defecto de la existencia?

¿O era su primera víctima?

—Sí, todo —continuó Warran, y miró aquel cardenal lejano como si fuera una afrenta personal—. Incluso todos los peces.

Bakune no pensaba que perdía el tiempo mientras esperaba la víspera del nuevo año, el Festival de la Renovación. Rondaba la sala común del Gallinero del Marinero, o lo de Hombrehueso, como lo llamaba todo el mundo, y escuchaba el bullicio y murmullo de los tratos ilícitos que lo rodeaban. Y luego, poco a poco, cuando se fue convirtiendo en una cara familiar, empezó a hacer preguntas. Y en menos de una semana, se enteró de más cosas sobre las costumbres, preferencias y operaciones del mercado negro rooliano y su contrabando de lo que había reunido en toda una vida administrando justicia desde las cortes civiles. Al principio echaba pestes de Karien'el. Tenía la sensación de que había sido la mascota del tipo: solo le daban lo que el capitán quería que se persiguiera. Pero luego, cuando tuvo más tiempo para reflexionar, se dio cuenta de que buena parte de la culpa era suya.

Cosa que comprendió de verdad una noche mientras se encontraba con el capitán jasstonés de una gabarra que cubría la ruta de peregrinos principal del Rizo, de Dourkan a Mare. El tipo, Sadeer, era grosero, glotón y olía a cabra, pero le encantaba hablar, sobre todo si el público sabía apreciar su sabiduría.

—Esos peregrinos —anunció Sadeer al tiempo que eructaba y se limpiaba los dedos en las mangas—, nos alimentamos de ellos. Son nuestra comida.

Bakune alzó una ceja.

—¿Sí? ¿Y eso?

El gordo capitán hizo un gesto como si abarcara la ciudad entera y más allá.

—¿Qué sería esta ciudad más que una miserable aldea de pescadores si no fuera por el famoso Claustro y Asilo? ¿Qué demanda habría de mi pobre navío? Nos alimentamos de ellos, ¿no lo ves?

—Su oro es muy necesario, sí —admitió Bakune mientras le daba un sorbo a su bebida.

Sadeer se atragantó con un bocado de pescado frotado con especias e hizo un gesto furioso.

—No, no —consiguió decir por fin y después se tomó una copa de vino de un trago—. Yo no me refiero a eso. El oro no es más que una medida, ¿ves? La transferencia sin sentido de monedas de una bolsa a otra es solo una medida de intercambio acordada de forma mutua. El valor importante se encuentra en otro lado...

Bakune picó, claro.

—¿Y dónde?

Sadeer meneó un dedo gordo como una salchicha.

—¡Ajá, amigo mío! Has dado en el clavo. El verdadero valor, la medida más profunda, es la atención. La atención y la relevancia. Al final, eso es lo que importa de verdad. La falta de oro, la condición de pobreza, eso se puede remediar. ¿Pero la falta de atención? ¿De relevancia? Eso es mucho más difícil de superar. Son, de hecho, terminales.

—Entiendo... creo.

El capitán jasstonés se escarbaba entre los dientes con una astilla de marfil.

—Exacto. La verdadera economía es la relevancia. Una vez que se te considera irrelevante, estás fuera.

Esa misma noche, más tarde, después de que Sadeer se hubiera levantado con un eructo y hubiera salido con paso pesado en busca de algún burdel, Bakune se quedó sentado en la mesita, pensando. Atención. No había prestado atención. O, como le venía bien, había hecho la vista gorda con lo que no quería perseguir. Ese era su fallo. Una visión restringida... ¿y no era justo de eso de lo que lo había acusado el sacerdote?

Dos días después llegó el Festival de la Renovación. Lo de Hombrehueso estaba atestado. No era un día, ni una noche, para ser extranjero en las calles de Banith (ni en todo Rool, si a eso se iba). A menos que uno llevara el taparrabos del penitente. Desde la puerta, Bakune observó los iconos sagrados que desfilaban en procesión por las calles sobre sus voluminosas andas sostenidas en alto por hordas de devotos que competían por el privilegio, algunos incluso terminaron pisoteados en un éxtasis de fervor. Varias andas llevaban a niñas o niños pequeños envueltos en la seda blanca de la pureza, espolvoreados con los pétalos rojos del sacrificio. Gotas de sangre salpicaban las sedas de algunos, y chorreaban de las estipuladas heridas en las muñecas y el cuello.

Bakune hizo una mueca. ¿Cómo era posible que no lo hubiera visto antes? Los niños, los pétalos rojos que simbolizaban la sangre, las heridas. Todo prescrito. Todo transmitido como un antiguo ritual. ¿Qué era todo eso más que una representación más sofisticada de lo que en épocas anteriores se había hecho de verdad? Filas de penitentes seguían a las andas, marchando al unísono, desnudos salvo por los taparrabos, cada uno empuñando un látigo o una cadena y azotándose la espalda a la vez tras cada uno de los lentos y medidos pasos que subían por el camino procesional que llevaba a las puertas del Claustro.

La sangre fluía de verdad. Nada de sustituciones. Nada de delicado simbolismo ilativo. La carne se desgarraba. Un brillo carmesí manchaba las espaldas de aquellos hombres. Les bajaba por las piernas y pintaba sus huellas de rojo. Bakune se estremeció cuando unas gotas frías le dieron en la mejilla. Levantó una mano y examinó los rastros que le manchaban los dedos.

Estoy implicado. Marcado como cómplice y encubridor. Sentenciado. Mis manos están igual de rojas.

Incapaz de soportar la visión, entró en el establecimiento.

Se quedó en la barra de la sala común de techos bajos y vislumbró al propio Hombrehueso sentado en una esquina: calvo, sudoroso, nada más que piel hueca y huesos; de ahí el nombre.

—No es una buena noche para salir —rezongó una voz junto a Bakune y este se volvió: el sacerdote había salido de la habitación que compartían.

Bakune hizo una seña para que le sirvieran un vaso de vino.

—¿Es que todo el mundo conoce mis planes?

—No son tan difíciles de adivinar.

—¿Quieres disuadirme?

Una lenta negación con la cabeza.

—No. Iré contigo.

—¿Vendrás? ¿Por qué?

—Me vas a necesitar.

—¿Para qué?

—Por si lo consigues.

Bakune estudió al tipo: la postura de batracio achaparrado que en lugar de transmitir debilidad o lentitud, de alguna forma daba la impresión de poder contenido.

—Y si vienes tú, entonces también viene tu enorme compañero, Manask, ¿no?

El hombre hizo una mueca de irritación.

—Sí. Pero en una noche como esta... se puede decir que pasaría desapercibido.

Pero Bakune no escuchaba; estaba intentando recordar algo que sabía a medias. Algo sobre dos hombres, un sacerdote y un gigante. Algo sobre la primera invasión...

—¿Luchaste en las primeras invasiones?

La mirada del hombre se deslizó hacia la puerta abierta, donde las hordas todavía bordeaban el camino y el ocasional icono o estatua de la Señora pasaba bamboleándose por encima de las cabezas de la multitud.

—Eres rooliano —dijo—. ¿Qué piensas ahora de tu pintoresco festival local?

Bueno, así que cambiamos de tema. Muy bien... de momento.

—Me asquea —respondió Bakune con aspereza, y se tomó el vino.

La mirada entrecerrada que todo lo sopesaba volvió a posarse en Bakune.

—Asco... ¿eso es todo?

Bakune lo pensó. Examinó su vaso vacío. No. Había algo más que eso. Mucho más.

—Me aterra —admitió.

El sacerdote asintió con gesto de profunda comprensión.

Al atardecer, Hyuke y Puller se plantaron delante de la mesa de Bakune y se sentaron con un golpe seco.

—¿Cuál es el plan? —preguntó el sargento. Se estaba tirando cacahuets a la boca uno por uno y escupiendo las cáscaras al suelo. Los frutos secos le manchaban la boca de rojo.

—Vigilar —dijo Bakune, e hizo una mueca de repulsión al ver los labios, los dientes y la lengua del hombre, de color carmín.

—¿Eso es todo? ¿Y si pica algo?

—Entonces capturar.

Los antiguos guardias se dieron unos codazos y se guiñaron el ojo.

—¡Vivo! —dijo Bakune.

Los dos perdieron las sonrisitas de satisfacción.

—¿Tenéis vuestras porras?

—Sí. Las tenemos.

—Y el sacerdote también vendrá.

—Aghh —gruñó Hyuke—. Eso significa el grandullón.

—¿Lo habéis visto?

Hyuke lanzó una mirada que preguntaba hasta qué punto podía ser estúpido.

Bakune tosió en el puño. Ya. ¿Cómo no ver a ese ladrón?

Puller se había estado pellizcando el labio inferior.

—¿Dónde? —preguntó de repente.

—¿Dónde qué? —dijo Hyuke, irritado—. ¿Dónde lo vimos? Cuando se escapó. Ahí. «Eludir la persecución», lo llamó él. ¡Tirar a un tío de un tejado! Pues claro que así se elude la persecución.

—No, no. Eso no. Y además, tampoco te hiciste tanto daño. No, lo que quiero decir es ¿adónde vamos?

Hyuke miró furioso a su compañero.

—Ya. Eso. —Y miró a Bakune.

El examinador visualizó su mapa. Había sido inútil que se lo llevaran, comprendió, él tenía cada detalle grabado en la mente.

—Vigilaremos el camino del sur.

Hyuke asintió con un gruñido malhumorado y escupió más cáscaras en el suelo.

El sacerdote lo estaba esperando en la cocina. La vieja cocinera (cuyo nombre Bakune todavía no había descubierto) los miró a los dos como si fueran pollos listos para descuartizar. Bakune se despidió de la mujer con una inclinación cauta y los dos se apresuraron a salir al callejón. Se quedaron en las calles menos concurridas, pero incluso allí el ruido era ineludible, un rugido constante y bajo puntuado por vítores y cánticos.

A medida que se iba profundizando el crepúsculo, las hogueras iluminaban la noche en los cruces principales. Las multitudes las rodeaban, canturreando oraciones para invocar la renovación y el regreso de la Señora. Bakune vio entonces el fallo del plan. La tradición dictaba que esos fuegos se mantuvieran encendidos toda la noche. Los más devotos los rodearían de forma continua en un lento arrastrar de pies que duraría hasta el amanecer. El Claustro estaría atestado de peregrinos y todos los sacerdotes tendrían que ponerse a llevar a cabo purificaciones y bendiciones.

Esa noche sería demasiado ajetreada, maldita fuera. Aun así, ¿no era la tapadera perfecta para cualquiera que quisiera escabullirse o pasar desapercibido entre las hordas y el tumulto? ¿Qué hacer? Se inclinó hacia el sacerdote.

—Desde aquí no vemos nada.

El sacerdote asentía. Se subió la capucha y le hizo un gesto a Bakune para que siguiera. Se unieron a las muchedumbres que se abrían paso a empujones calle arriba y abajo. Los vendedores ambulantes agitaban carnes asadas en espetones y los amuletos habituales, cuentas, bálsamos curativos bendecidos y otras baratijas.

La multitud se hizo más densa y los fue empujando. Ni siquiera los empellones no demasiado delicados del sacerdote podían liberarlos. Bakune oyó cánticos más adelante y cuando las palabras emitidas por cientos de gargantas se aclararon en su mente, el vello de la nuca se le puso de punta.

«¡Quémala!», era el cántico. «¡Quémala!»

Bakune miró al sacerdote, horrorizado. El otro siguió avanzando y arrastró a Bakune tras él. Ante un alto montón de helechos y leña, dos guardianes de la fe sostenían a una chica que vestía una combinación blanca desgarrada. Tenía el pelo ensortijado y desastrado, una mestiza malazana. Estaba sollozando y tenía las muñecas atadas.

—¡No! —Bakune oyó el gruñido amortiguado y desgarrado del sacerdote.

—¡A esta la conocéis muchos de vosotros! —gritaba uno de los guardianes—. ¡Largo tiempo ha predicado contra la Señora! ¡Adopta dioses extranjeros! En la época de nuestros padres la habrían purificado hace ya mucho... ¡pero hemos descuidado nuestro fervor! —El hombre señaló al este—. Y mirad cuál es nuestra recompensa. Nuevas invasiones. ¡El insulto de la ocupación extranjera!

Alzó las dos manos sobre la ya silenciosa multitud.

—¡Amigos míos, nos están castigando! ¡Sí, castigando! Pues hay faltas en nosotros. Hemos sido negligentes. Demasiados de nosotros defendemos solo de boquilla a nuestra guardiana, nuestra libertadora, ¡nuestra única protectora! La Señora nos está dando la espalda, y con razón...

Le cogió una antorcha a un hombre que estaba junto a él.

—Debemos consagrarnos de nuevo. Demostrar nuestra devoción con sangre... y con sacrificio... —Empujó a la chica sobre el fardo de ramas apiladas. La chica yació

allí sollozando, quizá enloquecida de miedo. El hombre arrojó la antorcha en la leña.

Bakune se quedó mirando, horrorizado, paralizado de incredulidad. ¿Cómo era posible que una barbaridad tan aterradora pudiera estar ocurriendo ante sus ojos? ¿No estaban todos por encima de cosas así? ¿No iba a impedirlo nadie?

Las llamas saltaron y después, casi de inmediato, cayeron. Fue como si algo las absorbiera y apagara. Junto a Bakune, el sacerdote había dado una fuerte palmada. Bakune se lo quedó mirando, como muchos otros junto a ellos.

Oh, no. ¿Más que un simple sacerdote?

Los dos guardianes compartieron una mirada desconcertada y después escudriñaron la multitud.

—¿Quién hay aquí? —exclamó uno—. ¡Revélate!

Una mujer que estaba junto al sacerdote señaló de repente y se puso a gritar.

—¡Fue este! ¡Lo vi yo! —Hizo una señal contra el mal con la mano pegada al pecho. A Bakune le pareció prudente unirse a la multitud que se iba apartando del hombre.

Un guardián se abrió camino a empujones.

—¡Retenedlo!

—¡Ja, ja! —bramó un vozarrón y una figura gigantesca se irguió entre la multitud y se quitó el manto de un tirón—. ¡Mi distracción funcionó! —Manask dio un largo paso hacia los helechos amontonados—. ¡Y ahora, mientras todos los ojos miran hacia otro lado, yo me llevaré a esta inocente!

Todo el mundo se quedó mirando la extraña aparición.

—En el nombre de la Señora, ¿se puede saber quién eres? —preguntó el otro guardián. A modo de respuesta, Manask lanzó al hombre a la multitud de una patada. Después se echó la chica al hombro y lo siguió. Los peregrinos lo agredieron con bastones y palos, pero todos los golpes rebotaban en la rotunda figura. El gigante continuó avanzando como un toro y la gente empezó a caer como hierba seca ante él.

—¡Y ahora me escapo sin que nadie me vea! ¿Dónde se ha ido ese fantasma?, dice, asombrada, la multitud... —Derribó una puerta y se metió dentro. El sacerdote se apretó la frente con una mano como si prefiriera no ver.

Los guardianes llegaron a la puerta.

—¡Tras él! —gritó uno y empujó a otro tipo hacia la puerta. Pero ninguno parecía dispuesto a perseguir una presa tan gigantesca. Con un gruñido, los dos se precipitaron dentro.

—¡Dispersaos ya! —chilló de repente el sacerdote con una voz sorprendentemente fuerte—. Id a casa y examinad vuestras conciencias, ¡todos y cada uno de vosotros! ¿Y si esa hubiera sido vuestra hija, vuestra esposa, o vosotras mismas sobre esas llamas? ¿Entonces qué?

Los peregrinos más cercanos se volvieron contra él. Los que llevaban palos los

sostuvieron con tal fuerza que se les quedaron los nudillos blancos. El sacerdote les devolvió las miradas furiosas con calma, casi con arrogancia. Cruzó los gruesos brazos. Uno por uno, la multitud fue menguando hasta que todos se habían ido. Bakune y el sacerdote se quedaron solos en la oscura plaza, ya era medianoche. Solos salvo por dos figuras que tenían enfrente, sentadas en los escalones de piedra de una panadería, las cabezas echadas hacia atrás como si durmieran: Hyuke y Puller.

El sacerdote suspiró e hizo un gesto para invitar a Bakune a acompañarlo a la puerta abierta. En el segundo piso encontraron a los dos guardianes inconscientes y atados. Manask se hallaba ante una ventana, comiendo una cuña de queso. La chica yacía en un catre infantil. Bakune se reunió con Manask y se asomó con aire nervioso a las calles.

—Vendrán más —advirtió.

—Están demasiado ocupados, creo —respondió el sacerdote. Se sentó en el catre y le quitó a la chica el cabello de la cara—. Ella —susurró con suavidad—. Ven a mí.

Los párpados aletearon. Un jadeo y el pecho subió y bajó. Los ojos se abrieron, salvajes, blancos, y después encontraron al sacerdote. Los miembros temblorosos se calmaron.

—Lo siento tanto —susurró la chica—. Lo intenté. De verdad. Lo hice. Después de que desaparecieras, recogí tu mensaje. Vinieron a por mí, pero yo no soy tan fuerte como tú.

Él le rozó la frente.

—No deberías haber tomado la carga, Ella. No era esa mi intención... Soy yo el que debería sentirlo. Debería haberme dado cuenta.

La chica se incorporó y lo cogió por el brazo.

—¡Te han visto! ¡Debes ocultarte!

El sacerdote se desprendió de la mano con gesto suave y se levantó.

—No. Se acabó huir u ocultarse. De hecho, creo que debería haber actuado hace mucho tiempo ya. Sí. —Le apretó a la chica una mejilla con la mano—. Me voy a enfrentar al demonio en su guarida. Tú eres la que debe ocultarse. Vete al asentamiento que hay a las afueras de la ciudad. Allí encontrarás simpatizantes. Continúa la misión. En secreto durante un tiempo. ¿Tengo tu palabra?

—¡Te destruiré!

La sonrisa de sapo era tranquilizadora, y despreocupada.

—Ahora te tienen a ti, Ella. Ya no soy necesario.

Era obvio que la chica quería discutir, pero era obvio también que respetaba los deseos del sacerdote, así que se quedó en silencio con las lágrimas corriéndole por las mejillas. El sacerdote fue a la ventana donde se encontraba Manask, que se estaba dando golpecitos en la mejilla con la cuña de queso y tenía el ceño fruncido.

—No tengo tan claro este plan, amigo mío —dijo Manask—. Tal y como yo lo

veo, que te entregues nos da acceso al interior del Claustro. Una vez allí, mientras ellos están ocupados agujijoneándote con atizadores al rojo vivo y destripándote, yo limpio el tesoro. ¿Es ese el plan?

—Algo parecido —rezongó el sacerdote con una mirada furiosa.

—¡Ah! —Manask mordisqueó el queso—. Bueno, me gusta mi parte.

Bakune miró al sacerdote, inseguro.

—No irás a meterte de verdad en el Claustro, ¿no?

El sacerdote pareció distraído, la cabeza ladeada como si escuchara algún sonido distante.

—No, no en el Claustro —dijo con el ceño fruncido—. No es allí donde está... ¿Qué es ese ruido?

Bakune lo oía también. Un rugido, gritos. Una turba... disturbios.

—Las cosas se han descontrolado —murmuró.

—No. Peor que eso. Eso es terror auténtico. Ven. —Echó a andar hacia las escaleras, pero se detuvo y se volvió hacia la chica.

—Vete ya de la ciudad. No hables con nadie. Adiós, y que los dioses cuiden de ti.

—Adiós —consiguió decir la joven con voz ronca, apenas capaz de hablar.

En la calle, Hyuke y Puller los estaban esperando.

—Hay algo raro —dijo Hyuke con voz cansina. Los dos antiguos guardias estaban mirando a Manask con las porras en las manos.

Los ciudadanos pasaban corriendo, subían por las calles procedentes del puerto en un torrente cada vez más denso. Los gritos comenzaban a ser más claros e iban subiendo por la pendiente.

—¿Qué está pasando? —preguntó el sacerdote.

Hyuke estiró de repente una pierna y le hizo una zancadilla a un hombre, que cayó sin emitir ni un solo sonido. Quedó tirado de espaldas, intentando levantarse mientras Hyuke se lo impedía con el pie.

—¿Qué está pasando! —exigió saber Hyuke.

—Me gusta tu forma de engañar a la gente para sacarle información —dijo Manask—. Me recuerda a mis propias técnicas.

—¡Ya vienen! —jadeó el hombre, los ojos clavados pendiente abajo.

—¿Quién?

—¡Los jinetes de la tormenta! ¡Están aquí! ¡En el puerto! ¡Corred! ¡Es el fin del mundo! —Y el hombre apartó el pie de Hyuke y huyó como pudo.

—¿Jinetes aquí? —murmuró el sacerdote—. Absurdo.

La multitud se engrosó; todos pasaron corriendo sin hacerles caso. Bakune oyó más gritos advirtiéndole sobre los jinetes de la tormenta. El sacerdote empezó a bajar contra la marea creciente de humanidad. Bakune lo siguió. Manask se fue dando pisotones por una calle lateral. Varios ciudadanos distraídos chocaron con el

sacerdote, solo para rebotar como si se hubieran encontrado con un poste de hierro; Bakune siguió su estela. Había varias tiendas en llamas en el puerto, quizá obra de las hogueras abandonadas. Y allí fuera, más allá de los barcos de peregrinos anclados, en pleno azul celeste oscuro de la bahía, reposaba una veintena de veleros mucho más grandes.

No se parecían a ningún barco que Bakune hubiera visto jamás, y eso que había crecido junto al mar. Con tres mástiles y extraordinariamente grandes, con cascos pintados de oscuro y altos castillos en la proa.

—¿Qué son? —le preguntó al sacerdote.

Por primera vez Bakune oyó asombro en la voz del hombre cuando le contestó.

—Yo nunca los había visto en persona, pero encajan con las descripciones que he oído. Navíos moranthianos. Moranthianos azules. —El sacerdote lo miró, la expresión pasmada—. Están aquí los moranthianos, Bakune. Eso significa que han deshecho a los mare. Han atravesado el estrecho de Aguanegra.

Bakune solo pudo quedarse mirando al hombre mientras los ciudadanos pasaban empujándolos. Algunos llevaban bienes preciosos que habían cogido en el último momento, envueltos en telas o metidos en cestas. Bakune sabía adónde huían; donde terminaría la población entera de Banith, además de unos cuantos miles de peregrinos: clamando ante las puertas del Claustro. El mismo sitio al que tenía que ir él.

—Debo hablar con el abad.

—Me parece que el hombre está un tanto ocupado en estos momentos.

Bakune señaló el puerto.

—Debemos decidir cómo responder a esto. ¡Ni siquiera tenemos una milicia!

—No cabe duda de que los Guardianes ordenarán a todos que luchen a muerte.

Bakune se dio la vuelta para seguir la marea.

—No seas idiota.

Pudo captar la lúgubre respuesta del sacerdote.

—No lo estaba siendo.

Mucho antes de que hubieran subido lo suficiente por el camino de la Obtestación como para vislumbrar las altas puertas de cobre del Claustro quedó claro que el pánico y la confusión de la noche habían degenerado en terror abierto y disturbios. Habían comenzado los saqueos, los ciudadanos irrumpían en las tiendas para hacerse con las provisiones o los suministros que podían antes de encaminarse a la supuesta seguridad del Claustro, o de dirigirse al interior de la isla para huir de la costa.

Los dos guardias de Bakune caminaban a su lado, en la mano llevaban las porras, que balanceaban con gesto amenazante a la menor provocación. El sacerdote se adelantó; de momento nadie se había emborrachado con el pánico tanto como para

atacarlo. Del gigante Manask no había señal alguna. *Esta debe de ser su noche, la noche que el ladrón soñó toda su vida. La ley y el orden hechos pedazos. Todas las casas y tiendas abiertas para desvalijarlas. Así es como debe de ser un saqueo. Algo que en Rool no habíamos presenciado en generaciones.*

Se abrieron paso por una curva del Camino y vieron una multitud arremolinada que llenaba el estrecho sendero como una cuña sólida que llegaba hasta las distantes puertas de cobre iluminadas por antorchas (y en ese momento cerradas a cal y canto). Ante la entrada, una masa de guardianes luchaba por contener a la multitud. Los bastones se alzaban y caían como guadañas. Todo el mundo rogaba que lo dejaran entrar, los brazos levantados, las manos suplicantes. Bakune se inclinó hacia el sacerdote.

—¡Por aquí es imposible! ¡Conozco otro camino!

El sacerdote asintió y se abrió paso a la fuerza entre la muchedumbre hasta un callejón lateral. Una vez dentro se volvió hacia Bakune y lo invitó a adelantarse. Bakune llamó la atención de Hyuke con la mirada.

—Los jardines.

—¿Ese muro bajo?

Bakune asintió.

Hyuke tiró de Puller por el camisote blando de cuero.

—Vamos.

Bakune y el sacerdote se apresuraron uno junto al otro detrás de los guardias.

—¿Adónde vamos? —preguntó el sacerdote.

—Hay un jardín grande dentro de los terrenos. Hay partes que dan a un muro exterior. Probaremos por ahí. Y tu amigo —añadió Bakune—. ¿Dónde está?

—Está con nosotros.

—¿En serio? ¿Una noche como esta? Tendría abierto cualquier edificio. Mercaderes de gemas, orfebres.

—Está convencido de que el Claustro se levanta sobre una montaña de riquezas. Nada podrá mantenerlo alejado de él.

Bakune no pudo resistir la tentación de hacer la pregunta que llevaba en su mente desde la primera vez que se había encontrado con aquel tipo asombroso.

—Entonces... ¿de verdad es ladrón?

El sacerdote lo miró con una ceja alzada.

—Se lleva dinero de otros. ¿Lo convierte eso en ladrón? Entonces también lo son la mayor parte de los abogados y los banqueros.

A Bakune esa explicación no le pareció convincente del todo, pero no dijo nada. Personalmente, él pensaba que el tipo saldría con las manos vacías de cualquier registro del Claustro. Aun así, todas esas contribuciones de tantos miles de peregrinos y devotos a lo largo de tantas generaciones... pero no, los costes operativos de un

establecimiento tan enorme sin duda lo consumían todo.

Cuando llegaron al tramo de la calle en el que un muro recorría los jardines del Claustro, quedó claro que Bakune no era el único residente que había pensado en esa ruta alternativa. Escalas improvisadas se apoyaban en el muro de ladrillo, posesiones olvidadas salpicaban la calle. Los peregrinos extranjeros quizá hubieran ido a aporrear las verjas principales, pero los residentes de Banith habían optado por la puerta trasera. Hyuke se apoyó en una escala y la sacudió para comprobar su solidez.

—No entréis —les advirtió una voz ronca desde no muy lejos.

Todo el mundo se volvió; una anciana se había sentado en la sombra del muro.

—¿Por qué no? —preguntó Hyuke.

La mujer señaló arriba.

—No ha vuelto nadie. He llamado y llamado. Y hubo gritos. Terribles, eso eran.

—Hay pánico por todas partes —dijo Hyuke con aire despectivo.

—¿Dónde está todo el mundo, madre? —preguntó Bakune.

—Salieron corriendo. Huyeron cuando comenzaron los gritos.

Bakune sorprendió al sacerdote asintiendo.

—Quédese aquí, madre —dijo el hombre con suavidad—. Advierta a toda la gente que se vaya.

Entonces una gran voz bramó desde un callejón.

—¡No toquéis nada! ¡Puede ser una trampa!

El sacerdote se estremeció como si lo hubiera apuñalado y maldijo por lo bajo. Manask salió de la oscuridad con pesadas zancadas. Los dos antiguos guardias se dieron palmadas en las manos con las porras y apretaron las mandíbulas.

—¡Silencio ahora, todo el mundo! —gritó el gigante—. Esta es mi especialidad. ¡Yo treparé al muro! —El hombretón cogió la escala y entre gruñidos y forcejeos consiguió trepar. Los postes de madera se doblaban como arcos bajo el peso. Desde abajo, Bakune vio que las botas del hombre eran gruesas plataformas, quizá madera sólida o hierro. ¡No era de extrañar que pudiera derribar puertas a patadas! Debían de pesar tanto como azadones.

Con jadeos y gruñidos, el hombre se aupó a la cima del muro y se quedó sentado allí, sin respiración. En esa incómoda postura, su gruesa armadura acolchada se infló a su alrededor como un globo.

—¡Ajá! ¡He ascendido el muro! ¡Desde aquí, me adelantaré en secreto a explorar!

—¡No! —siseó el sacerdote—. ¡Espera, maldito seas!

Pero Manask ya había pasado los pies, se había dejado caer y había desaparecido. Un gran golpe seco resonó al otro lado. Seguido en breve por un bramido.

—¿Hola? ¿Hay alguien ahí? ¿Hola?

Puller se estaba rascando la cabeza. Hyuke se metió la porra por el lazo del

cinturón.

—Pues yo no pienso usar esa escala, ese tipo la destrozó.

Eligieron otra y los cuatro treparon el muro. Hyuke iba el primero y Puller el último. Los jardines estaban oscuros y tranquilos, teniendo en cuenta el tumulto que estremecía la noche detrás de los muros. Solo los holas aullados de Manask rompían el relativo silencio. Bakune encabezó la marcha hacia el Claustro.

Fue allí, en el sendero, donde se encontró con el primer cuerpo. Tropezó con él y cayó en un pequeño arbusto de hoja perenne. Hyuke lo ayudó a levantarse. El sacerdote examinó el cuerpo. Era un hombre de mediana edad, un ciudadano.

—No hay heridas —dijo.

—Entonces ¿qué pasó? —preguntó Hyuke.

—Le quitaron la vida.

—¿Quitado? ¿Cómo? ¿Quién?

El sacerdote no respondió. Señaló hacia delante, la sombra oscura del gran edificio que los esperaba.

—¿El Claustro?

—Sí —dijo Bakune.

El sacerdote echó a andar.

—Solo yo debería entrar.

Bakune lo siguió.

—¿Qué? ¿Después de todo esto? Tengo que ver al abad.

El sacerdote volvió la cabeza y lo miró, en sus ojos una expresión comprensiva.

—Puede que él no te vea a ti —rezongó, enigmático.

Los cuerpos se acumulaban sobre los senderos de grava y en los cuidados parterres. Yacían donde habían caído, sin ser molestados, como si durmieran. Al otro lado de los terrenos se oían golpes secos en la dirección de la verja principal. Las altas puertas tachonadas de hierro del Claustro en sí se encontraban abiertas de par en par. Unas pocas lámparas bajas resplandecían en el interior. El sacerdote se volvió hacia los antiguos guardias.

—Vigilad las puertas. No dejéis entrar a nadie.

Puller se estaba tirando del labio inferior; la mirada dubitativa de Hyuke se deslizó hacia Bakune. El examinador asintió. Se encogieron de hombros. Puller se apoyó en una puerta. El sacerdote entró y Bakune lo siguió.

—¿Y Manask? —susurró.

El sacerdote cogió la manga de Bakune y al examinador le asombró la fuerza del hombre cuando tiró de él hacia atrás con toda facilidad.

—No te preocupes por él. No deberías venir.

—Tengo que hacerlo. La respuesta a un misterio está aquí. Debo conseguirla.

—No es ningún misterio —rezongó el sacerdote—. Ya sabes la respuesta. Solo te

niegas a verla.

Bakune sintió un gran bocado ácido en el estómago, hizo una mueca y apretó las mandíbulas. El sacerdote lo sujetó.

—Estás pálido, examinador. ¿Te encuentras bien?

Bakune asintió con aspereza, y le hizo un gesto al sacerdote para que continuara.

—Tengo que saberlo —jadeó entre dientes—. Por favor.

Aunque era obvio que muy a su pesar, el sacerdote accedió y soltó a Bakune.

—Si no te queda más remedio. Quédate detrás de mí.

Juntos recorrieron las salas y habitaciones del Claustro. El camino del sacerdote parecía llevarlo sin equivocarse a la capilla interior de Nuestra Señora la Santísima. No tardaron en toparse con más cuerpos.

—¡Estos son todos sacerdotes y acólitos de la Señora! —exclamó Bakune, conmocionado.

Los cadáveres yacían como muñecos retorcidos entre cajas caídas y cofres, fardos de ropas e incluso iconos de plata, todo revuelto.

—Parece que estaban haciendo las maletas —observó el sacerdote con tono seco. Bakune hizo una mueca al ver la sangre acumulada y coagulada alrededor de las bocas, los orificios de la nariz, los ojos vidriosos e incluso los oídos. Tragó saliva y notó el sabor a hierro en la garganta.

Cuando se acercaron a la capilla interior, los cadáveres se fueron acumulando en mayor número. Apilados, incluso. Mientras se abría camino entre ellos, Bakune supuso que estaba viendo a la mayor parte de la jerarquía de la abadía entera.

—¿Quién podría haber hecho esto? —susurró, asombrado. Una vez más, el sacerdote no respondió.

Llegaron a las puertas de la capilla, que se hallaban entreabiertas. El sacerdote tiró de una de las hojas y reveló una escena de devastación. Pesados bancos de piedra habían quedado esparcidos como juguetes. Unas manchas oscuras dibujaban ringleras en el resplandeciente suelo de granito pulido. Los cuerpos mutilados yacían empujados contra las paredes como si los hubieran aplastado los golpes de un gigante. El hedor a sangre y a fluidos corporales vaciados empujó a Bakune a taparse la nariz y la boca con una manga. Tras unos momentos, el sacerdote entró. Las sandalias provocaron ruidos secos en el suelo pegajoso y manchado de piedra. Bakune lo siguió, pues pese a que era lo último que deseaba, temía incluso más verse separado del sacerdote.

Algo más adelante, sentada en el blanco altar de mármol, bajo un amplio y reluciente tapiz que era una explosión de color con hebras de oro y plata, esperaba una figura diminuta. Una niña. Una niña pequeña con largo cabello negro que vestía la bata sencilla de una huérfana.

A la niña se le iluminó la cara con una sonrisa y se deslizó del altar.

—¡Ipshank! —pio, encantada—. ¡Has venido!

El sacerdote hizo una ligera reverencia.

—Mi señora.

Bakune se quedó mirando al hombre. ¿Ipshank? ¿Dónde había oído él ese nombre? ¡Claro! ¡El renegado! ¡Uno de los miembros más importantes de la jerarquía de la Señora, era el que había renunciado a su culto! Eso había sido durante la primera invasión. Los tatuajes de animal... se había convertido entonces a uno de los dioses extranjeros. Ahora empiezo a entenderlo todo.

Ipshank inclinó la cabeza y señaló los cuerpos tirados y encogidos entre la cantería rota.

—Ya veo que sigue tan impaciente como siempre.

La chiquilla dio una patadita en el suelo y el edificio entero se estremeció alrededor de ellos. Se desprendió polvo tamizado del techo oculto y unos bloques enormes de piedra chirriaron y cambiaron de posición. Los candelabros, colgados de largas cadenas en la oscuridad que reinaba arriba, se balancearon sobre ellos con un gemido.

—¡Querían huir! ¡Huir!

Bakune se tapó los oídos con las manos, era una agonía. Cayó de rodillas. Algo cálido le hizo quitar las manos... la sangre le manchaba las palmas. Una bruma rosada le empañaba la visión.

—¿Y este? —preguntó la voz de la niña.

—Tenía que ver con sus propios ojos aquello de lo que nadie podía convencerlo.

—Bueno, ya ha visto suficiente. —Un golpe como el empujón de un ariete apartó a Bakune, que chocó contra un banco de piedra caído y oyó crujir huesos. El dolor oscureció su visión durante un rato. Pero luchó por mantener la conciencia: ¡Tenía que ver! ¡Tenía que ser testigo!—. ¿Has reconsiderado mi oferta? —estaba diciendo la niña.

—Ya sabéis la respuesta a eso —dijo la voz áspera y ronca del hombre.

—Una pena. Ahora estás despojado de todo. Me traicionas a mí y luego a ese dios al que te adheriste... ante el que se retorcían gruñendo tus ancestros... La bestia... ¡lo rechazaste a él también! ¡Y qué honor te ofreció! ¡Destriant! ¡Archisacerdote! Y ahora lo han desposeído. ¿Y quién será el siguiente? De veras, siento curiosidad. ¿A quién acudirás corriendo ahora?

—A ninguno. He compuesto el mío.

Una carcajada muy poco femenina resonó por la capilla.

—¿El tuyo? ¡No puedes hacer eso!

—Lo he hecho. Y lo he enviado por el mundo para que se abra camino.

—Ya basta de tonterías, Ipshank. Renuevo mi oferta. Sé mi destriant. El poder que empuñarás será ilimitado. ¡Únete a mí! He encontrado a mi mago supremo. Y a

mi espada mortal... ¿o debería decir lanza? Aguarda a mis enemigos en la muralla de las Tormentas. Juntos barreremos a esos invasores de nuestras costas.

—Lo siento, mi señora, pero ya es demasiado tarde para eso. Ya están aquí. Banith está indefensa. Debéis retiraros.

—¿Retirarme? ¿Irme? ¡Esto es mío!

El edificio se sacudió bajo otro golpe. El suelo rebotó, movió los restos esparcidos y el cristal se hizo pedazos en todos los muros. Un candelabro cayó y explotó en mil fragmentos. Algo húmedo alcanzó a Bakune, que volvió la cabeza, parpadeando y entrecerrando los ojos. Era un brazo. El brazo condujo a la túnica que vestía el abad Starvann Arl. El sacerdote tenía razón: ya no vería a Bakune. No salían piernas bajo esas túnicas húmedas y manchadas; y en el rostro barbudo, una expresión congelada de sorpresa. Sorpresa aturdida. *Creías que podías controlarla, ¿verdad? Y quizá, con el tiempo, llegaste a pensar que estabas al mando. Llegaste a pensar que de verdad no era más que una niña. Pobre tonto iluso.*

—¿No? ¿No queréis iros? Muy bien. —Unas sandalias golpearon el suelo húmedo y pegajoso. Unos brazos delicados levantaron a Bakune—. Quedaos entonces, si eso debéis hacer. Vienen de camino esos moranthianos inhumanos. Os dejo con ellos. Mucha suerte... Tengo entendido que no tienen sangre dentro de esas armaduras.

—¡No! ¿Cómo te atreves? ¡Te ordeno que te detengas!

Bakune observó la capilla girar a su alrededor mientras lo llevaban hacia las puertas.

—Adiós. Ni me imagino lo que os harán.

—¡Vuelve! —chilló la niña—. ¡Te exijo que vuelvas! ¡No me dejes!

Pasadas las puertas, estaban a medio camino por el pasillo cuando un gran chillido hendió el aire a su alrededor. Ese ruido casi inhumano fue como una pica que penetrara en el cráneo de Bakune, que aulló de dolor y se golpeó la frente con los cantos de las manos como si pudiese arrancarse las agujas de detrás de los ojos. El sacerdote, Ipshank, se detuvo y sacudió la cabeza para aclararla, después dejó a Bakune en el suelo.

—Espera aquí.

Bakune no podía hablar siquiera para responder. Se quedó tirado, apoyado contra el muro, jadeando de dolor.

Ipshank no tardó en regresar; traía a la niña pequeña en brazos, sin fuerzas.

—¿Está... muerta? —murmuró Bakune, y escupió un esputo de sangre.

Ipshank negó con la cabeza.

—No. Inconsciente. Despertará sin recordar nada. —Estiró un brazo y levantó a Bakune. El examinador se aferró al hombro del hombre para dar un paso cojeando—. Entonces... ¿quién es?

—Un simple recipiente. Un cuerpo utilizado y desechado. Un avatar, podrían decir algunos.

—Entonces... ¿qué hay de la Señora?

Se acercaban al vestíbulo de la entrada y el sacerdote miraba al frente, con el ceño fruncido y la expresión confusa.

—Está en otra parte, como he dicho.

Bakune también entrecerró los ojos: las puertas exteriores estaban cerradas y bloqueadas. Con Hyuke y Puller estaba Manask. Pero Bakune frunció el ceño porque parecía que los dos antiguos guardias estaban luchando por apuñalar al gigante con una lanza. Entonces la escena se invirtió en la desconcertada mente de Bakune y quedó claro que ambos hombres estaban luchando por arrancar una lanza incrustada en el pecho del hombretón. Hyuke tenía un pie apoyado en el estómago de Manask y estaba tirando mientras Puller subía y bajaba el astil a sacudidas. El propio Manask había pegado la espalda al muro y rodeaba el astil con los dos puños, la cara encarnada por el esfuerzo.

—¡Ajá! —exclamó al verlo—. ¡El hombre sagrado desciende de la montaña! ¿Qué sabiduría para nosotros, simples mortales?

—¿Has encontrado algo, Manask?

Los ojos del gigante fueron de izquierda a derecha.

—Pues... no. Nada. Nada en absoluto. Ni una sola cosa. Nada de sacos de bonitas gemas a buen recaudo en guaridas secretas. Nada de iconos de oro incrustados de joyas. ¡Muy raro, un claustro sin iconos! Ningún cofre de piedra oculto en los cimientos, lleno de monedas de oro y tan pesado que yo no podría moverlo. Una pena. En pocas palabras, salgo con las manos vacías. —Y soltó la lanza.

—¿Y esto? —Ipshank le dio un papirotazo al extremo del astil de la lanza.

—Una simple muestra de aprecio de los miles de devotos que nos rodean.

Ipshank alzó las cejas.

—Ah. Entiendo.

Hyuke miró a la niña.

—¿Quién es esta?

—Una superviviente —se apresuró a decir Bakune—. Todos los demás están muertos.

Ipshank lo observó por un instante sin decir nada. Después miró a Hyuke.

—Búscame un sitio donde la niña pueda dormir.

—Claro. Hay montones de habitaciones.

Bakune se dejó resbalar por una pared. En el brazo izquierdo tenía un dolor feroz y no podía moverlo. Sospechaba que lo tenía roto. Al final, Manask se las arregló para quitarse la lanza de la gruesa armadura; examinó la punta brillante de la hoja, impresionado.

—Esta casi me hizo cosquillas.

Bakune había estado estudiando la cara del hombre, bastante delgada y larga para alguien que se suponía que era gordo.

—Tú eres Hombrehueso, ¿verdad?

El hombre se cogió la gran mata de pelo tupido y le dio unos golpecitos.

—¿Qué es eso? ¿Hombrehueso? ¡Ridículo! —Se aclaró la garganta y miró a su alrededor. Bajó la voz y preguntó—: ¿No tendrás por casualidad un martillo y un cincel, verdad?

—No, ¿por qué?

—¡Por nada! Nada en absoluto. —Examinó la larga lanza, la hoja ancha y gruesa, y se frotó la barbilla—. Hmm. ¡Bueno, ahora que no mira nadie, me escabulliré sin que me vean! Allá voy, con sigilo, como una auténtica sombra. —Y el hombre se alejó dando pisotones por el pasillo.

Adiós, Manask. La mejor de las suertes con el absurdo plan que hayas tramado.

Bakune cogió un trozo de tela de la manga y se limpió la sangre que se le estaba secando en la cara.

—¿Qué están haciendo ahí fuera? —le preguntó a Puller.

El hombre frunció el ceño y lo pensó.

—Están sentados. Rezan.

Bakune asintió poco a poco.

—Bien. —*Para este, nada de preguntas que supongan un desafío.*

Regresó Ips Shank y Bakune alzó una ceja a modo de pregunta.

—Está durmiendo.

—¿Y ahora qué?

El sacerdote miró a lo lejos, al frente, la boca ancha crispada.

—Esperar hasta que amanezca y luego sacarte de aquí.

Bakune, que se estaba limpiando las escamas de sangre de los oídos, hizo una pausa.

—¿Perdona? Ahora mismo no oigo muy bien. ¿Te refieres a... mí?

—Sí. A ti.

—¿Y para qué?

El sacerdote encontró una fuente de piedra tallada en la que se salpicó la cara.

—¿Para qué? ¿No se te ha ocurrido, examinador, que ahora eres la máxima autoridad de Banith? ¿Quién más debe negociar con los moranthianos?

Bakune se lo quedó mirando.

—¿Yo? ¿Negociar?

—Sí, y pronto.

—¿Pronto?... ¿Por qué?

Ips Shank se apretó la frente con los dedos y suspiró.

—Antes de que lo haga otra persona.

—¿Otra persona? ¿Pero quién iba a hacerlo?

El sacerdote bajó la cabeza y lo miró como si quisiera ver si hablaba en serio.

—Hombrehueso, por ejemplo. Quizá se le ocurra bajar él mismo al puerto.

Bakune se levantó con una sacudida.

—¡No! ¡Por todos los dioses, él no! Debemos irnos.

Ipsbank asintió con gesto firme.

—Si usted está al mando ahora, ¿puedo ser capitán? —exclamó Hyuke desde las puertas—. Es decir... tiene que contar con algo más que con un sargento para protegerlo. Hay que impresionar a esos paletos de moranthianos y eso.

Con una sonrisa maliciosa ante la incomodidad de Bakune, el sacerdote señaló pasillo arriba.



Los preceptos sagrados del culto de la Señora son un triunvirato: las tres gemas. La primera es la Señora misma, aquella que protege. La segunda es el cofre, aquello en cuyo interior mora. La tercera es el sacerdocio, aquellos que sirven.

Todo ello nos protege, sostiene y guía. Es un sistema perfecto y la envidia de todos.

Manual básico escolar
Damos, Jourilan

Al principio, a Ussü solo le irritó lo tardío de la llamada, en plena noche, del enviado, Enesh-jer. Con las manos a la espalda, subió con pasos pesados la colina baja del valle del río Ancy. Un sirviente lo precedía con el farol levantado y dos guardias moranthianos negros lo seguían.

La escolta era una precaución reciente que Borun le había impuesto desde el intento de asesinato de una semana antes. Solo su repentino recurso a las sendas, un acto reflejo, le había salvado la vida esa noche. El poder desatado que llegó con esa invocación lo había sorprendido incluso a él. El asesino había quedado pulverizado al instante, los órganos le habían estallado, los fluidos brotaban de todos los orificios. La hoja fina y afilada del hombre solo le había rozado la piel del cuello... apenas un corte de afeitado. Más tarde, Borun y él revisaron a patadas los restos de su tienda. Ninguno habló; Ussü imaginó que ambos sospechaban de la Garra. Se preguntó con cuántas garras había llegado Melena Gris... las que así se confesaban más las encubiertas, desperdigadas para mantenerlas ocultas, vigilando.

Y la Señora no había intervenido. Le había permitido ese... ¿provocador?... acceso a su senda. Quizá incluso lo había socorrido. Nunca semejante fuerza cruda había acudido a su llamada. Era, para ser francos, seductor.

Hizo una pausa y se giró para contemplar el valle. Numerosos fuegos resplandecían al oeste del Ancy, mientras que en la orilla este apenas uno iluminaba la oscuridad pura de la noche. *Dioses falsos y verdaderos: hasta se han quedado sin leña.* Las historias que había estado oyendo sobre las privaciones que soportaban en la otra orilla casi le habían dado lástima. Casi. Hambruna, hervir cuero para poder

roerlo. Enfermedad. Un número incontable de soldados derribados por las flechas cuando hacían intentos desesperados de pescar en el río. A varios incluso los habían apresado en su orilla después de cruzar el río nadando. ¿Y estaban espionando? No, llevaban cestos atestados de comida robada.

Ussü se ciñó mejor el grueso manto de invierno y continuó. Un numerito de lo más infantil, esa llamada. Un intento del enviado de recordarles a todos que seguía al mando, aunque lo único que conseguía era demostrar su mezquindad.

Los guardianes apostados en la puerta ribeteada de hierro permitieron la entrada de Ussü al torreón en sí. Una vez dentro, colgó su grueso manto de lana. Sus guardias moranthianos se inclinaron y se detuvieron allí, sabían que no se les dejaba pasar a los alojamientos privados. Ante las puertas de la cámara interior, otros dos guardianes de la fe protegían el acceso. Estos abrieron de un tirón las pesadas hojas de roble. Dentro, a Ussü le sorprendió ver toda una multitud. La mayor parte de la camarilla de Enesh-jer, compuesta por pequeños aristócratas roolianos y oficiales del ejército, se había aglomerado casi hombro con hombro en aquel salón más bien pequeño. Más guardianes de la fe bordeaban las paredes con los puños posados en los bastones terminados en hierro.

El séquito se separó al verlo entrar, y no con su habitual arrogancia hosca; muchos lucían sonrisas astutas, a algunos incluso se les escaparon unas risitas suaves cuando pasó. Con las manos a la espalda, Ussü frunció los labios; bueno, alguna nueva forma de tortura ideada por Enesh-jer. ¿De qué se trataría en esa ocasión? ¿Por fin su temeridad había alcanzado el punto en el que estaba dispuesto a cumplir su amenaza de arrestarlo por brujería?

Encontró a Borun de pie en la parte frontal y el ceño de Ussü se convirtió en una mueca malhumorada. ¡Que la Señora apartarse la vista! No iría a exigir que Borun atacase de nuevo, ¿no? Solo conseguirá obligar al comandante a negarse delante de todo el mundo. La inestabilidad del hombre empezaba a rayar con lo peligroso, pero Ussü no dijo nada. Respiró hondo y cerró bien los labios. Esa noche el enviado vestía el uniforme oficial completo, suntuoso manto de piel, anillos de oro en los dedos y una fina diadema de plata. Sostenía un rollo de papel vitela con el que se daba golpecitos en la palma de la mano. Ussü miró el pergamino. ¿Algún mensaje del jefe supremo? Si era así, el ambiente de la noche acababa de dar un giro más peligroso.

Enesh-jer inclinó por un instante la cabeza de mastín hacia Ussü y alzó las manos para pedir silencio.

—Comandante Borun, Ussü. Gracias por acudir. Como muchos sabéis, hace muy poco llegó un mensajero tras haber cabalgado la noche entera desde su puesto, al oeste. Ha traído recado de nuestro jefe supremo, en Paliss. —Enesh-jer volvió a pedir silencio con un gesto, aunque casi nadie había hablado—. Señores míos, las credenciales del mensajero se han confirmado, los sellos de la misiva son auténticos e

incuestionables. Esto no es ningún fraude, ningún esfuerzo por sembrar la confusión.

El enviado cogió el pergamino con las dos manos y miró a Ussü. La sonrisa dejó al descubierto los dientes afilados.

—Comandante Borun, Ussü. Parece que mis muchas y justificadas quejas y comunicados, con relación a su comportamiento y actuación, han recibido por fin respuesta. Su insubordinación, su intransigencia ante mis órdenes, todo ello es bien conocido por los aquí presentes. Ahora el jefe supremo ha sabido de ello y ha respondido. Usted, comandante Borun, y usted, asesor Ussü, están llamados por la presente a Paliss. —Y extendió el pergamino.

Borun se inclinó y aceptó el documento de vitela. Durante un momento lo estudió a través de la visera del yelmo y después, en silencio, se lo entregó a Ussü. El mago lo leyó a toda prisa, la redacción era sin lugar a dudas de Yeull... pero la misiva no daba ninguna razón para la llamada, solo que debía viajar con toda celeridad y prontitud a Paliss.

¡Por la venganza de la Señora! ¿Lo estaban llamando a su ejecución? Era obvio que eso pensaba Enesh-jer. El enviado se creía resarcido y Ussü no veía razón para que no se sintiera así.

—Mi señor —aventuró—, me permite preguntar...

—¡No, no se lo permito! Ya basta de charlas por su parte. Ya basta de palabras. — El enviado tragó saliva y se obligó a quedarse quieto—. Se les ha apartado del frente... que fue mi solicitud en todo momento. ¡Váyanse! Ahora. Esta noche.

Con los dientes apretados con tal fuerza que le dolían, Ussü se las arregló para hacer una reverencia muy brusca. Se giró y vio que el séquito no había llegado a juntarse. *Lo sabían todos ya. Esto no ha sido más que una pantomima, una humillación pública y una muestra de poder. ¡Que tengan cuidado todos los que se planteen la disidencia! ¡Esto también podría pasarte a ti!*

Al ceñirse el manto para irse, Ussü descubrió que tenía las túnicas húmedas allí donde varios de aquellos parásitos le habían escupido.

De regreso al valle, Borun emplazó a unos cuantos mensajeros para dar unas órdenes rápidas en la entrecortada lengua extranjera moranthiana. Ussü permaneció en silencio un rato. No había nada que decir.

—¿Cabalgaremos juntos? —dijo al final con un suspiro.

—Sí. Nosotros nos adelantaremos con una avanzadilla. La retirada absoluta llevará tiempo.

Ussü se paró en seco.

—¿Retirada?

—Sí.

—¿Quiere decir que se va con todos sus moranthianos?

—Desde luego.

Ussü alzó la voz de puro asombro.

—¿Eso lo sabe él?

—Sí. —El tono de Borun permanecía enloquecedoramente neutro.

—¿Y... lo... aprueba...?

—Por supuesto. Usted sabe que hace mucho tiempo que el enviado me considera un impedimento para su mando general. Cree que mi traslado es una victoria.

—Borun, usted y sus moranthianos son la única razón para que su mando siga existiendo. Solo su infantería pesada está conteniendo a esos malazanos... —Ussü se corrigió—. A Melena Gris.

—El enviado Enesh-jer no es de esa opinión.

—Maldita sea, hombre. ¡Estarán todos muertos en una semana!

—Quizá.

—Y entonces Melena Gris perseguirá a cualquiera que se retire, todo el camino hasta Paliss.

El comandante negro se detuvo a la entrada de la tienda que había reservado para Ussü.

—No lo creo, mago supremo. Sea como sea, le sugiero que redirija su energía y preocupación a lo que podría acontecer en su propio futuro. ¿No se ha preguntado lo que podría haber tras esta llamada?

—No, todavía no. No lo sé. Quizá Yeull ha terminado por convencerse de las mentiras de Enesh-jer.

Borun entrelazó los guanteletes a la espalda y contempló el río oscuro. A Ussü le pareció que estaba pensativo.

—Mi lectura de Yeull es que es muchas cosas, pero no idiota. Mago supremo, es un hombre asustado. Ha ocurrido algo. Algo que lo aterra. Y nos ha llamado a su presencia.

Ussü suspiró.

—Ojalá yo pudiera compartir su... fe.

—¿Fe? —El comandante negro parecía aturdido—. Es una opinión. Una apuesta, si quiere. Todo es un envite.

Ussü sonrió entonces.

—¿De veras? ¿Todo? ¿Qué hay de esos que no apuestan?

—Los que no apuestan, se la juegan a que cosas terribles terminarán pasándoles a los que sí apuestan. —Y se inclinó para irse—. Mago supremo. Los dos tenemos una noche ajetreada por delante. Hasta entonces.

Ussü también se inclinó. Observó alejarse con paso firme al comandante. Los mensajeros, que habían estado manteniendo una distancia respetuosa, rodearon al hombre. *Por todos los dioses del cielo y el inframundo, Yeull. ¿Qué has hecho para*

merecer la lealtad de un hombre así? Es un misterio. Ussü sacudió la cabeza y se fue a guardar su equipo.

Algo había rascado el suelo y lo había despojado de todo allí, en lo que el sacerdote de Sombra, Warran, afirmaba que era Emurlahn que se disolvía en el «entre-medio» de Caos. Jorobas de granito desnudo, que parecía lecho de roca, daban paso a charcos de arena en declives y huecos que se revolvían como agua, como si contuvieran «cosas» justo bajo la superficie. Cortinas de cenizas los barrían como mantas de gasa, solo para continuar flotando. Una breve tormenta que cayó del cielo vacío los dejó empapados en polvo negro.

Aquella especie de murciélago que era su guía los llevaba sin vacilaciones hacia el agujero oscuro, que permanecía en el horizonte como un gran ojo que no parpadeaba, o como una abertura a la nada. Los cuervos se turnaban para hostigar al pequeño volador, haciendo intentos medio en serio de llevárselo del aire, al menos cuando no estaban saltando por delante de Warran, graznando con tono burlón.

Kiska no tenía ni idea de cuánto tiempo llevaban caminando, ni cuánto tiempo había pasado. Ni siquiera si esa consideración del «tiempo» era relevante allí, donde fuera que estuvieran. En cualquier caso, le parecía que no había pasado nada durante mucho tiempo cuando algo surgió de uno de los charcos de polvo.

Warran cargó adelante con impaciencia, solo para pararse de repente. *Dioses benditos*, pensó Kiska, *¿es que este hombre espera que sea un pez?*

Pero no lo era. Era un gemelo del demonio que los había ayudado antes, Menor Rama. Se liberó de las arenas movedizas que se aferraban a él y después se irguió hasta una altura similar (el doble que la de Jheval); llevaba el ya conocido fardo de lanzas atterradoramente afiladas a la espalda.

—Saludos, azalan —exclamó Warran alzando las manos.

—¡Asesino! —bramó el demonio y con un rápido movimiento sacó una lanza y atravesó con ella al sacerdote hasta que se astilló en la piedra desnuda de detrás. Warran se vino abajo. La enorme longitud de la lanza se sacudía en su cuerpo como una pluma gigantesca.

Los manguales de Jheval cobraron vida con un zumbido en sus manos. Kiska saltó a un lado para dejarles sitio a las letales armas y después se colocó en posición de alerta con el bastón extendido.

La criatura avanzó hacia ellos al tiempo que sacaba otra lanza.

—¡Homicidas!

—¿Qué quieres decir? —intentó hacerse escuchar Kiska—. ¿Homicidas por qué? ¡No hemos matado a nadie!

—Está enloquecido por Caos —fue todo lo que Jheval tuvo oportunidad de chillar antes de tener al demonio encima, intentando ensartarlo. Jheval detuvo el golpe y

apartó la engañosa lanza, que parecía fina y frágil, pero se encontró todavía a sus buenos dos pasos del diablo—. Mierda —gruñó cuando los dos se dieron cuenta de que ninguno podía acercarse lo suficiente para golpear.

El delgado astil giró entonces con un latigazo, capturó uno de los mayales de Jheval y lo mandó por los aires.

—¡Mierda! —repitió Kiska, y cargó. El extremo de la lanza destelló hacia ella, que la paró, pero la fuerza del golpe la empujó de lado y aterrizó en una postura dolorosa sobre roca desnuda.

Jheval siguió parando los golpes con el mangual que le quedaba, en pie, en guardia, retirándose mientras el demonio lanzaba una estocada tras otra. Al dar marcha atrás demasiado rápido, Jheval tropezó y la lanza asestó otro latigazo, lo golpeó en la cara y lo tiró al suelo con un arco de sangre saliéndole a chorro de la nariz.

Kiska miró a su alrededor, buscando su bastón con un ataque de pánico, pero la criatura estaba allí mismo, alzándose sobre ella, la lanza levantada.

—¡Morid, asesinos! —chilló.

¿Asesinar a quién? ¿A qué? ¿Por esto muero?

El demonio apartó la vista y giró la lanza para abalanzarse sobre otro, pero fue demasiado tarde. Un contorno borroso blanco impactó en pleno pecho y los dos cayeron rodando y tropezando sobre las rocas rotas. Kiska se incorporó sobre los codos y vio un gran mastín blanco, casi tan grande como un caballo, que había apesado con las mandíbulas el hombro y el cuello del demonio y lo presionaba contra el suelo. Salió disparado un icor negro; el diablo chilló y aporreó con el puño el lomo del mastín. Resonó entonces un gran crujido y estallido de cartílagos y la cabeza del demonio cayó sin fuerzas al tiempo que el cuerpo sufría un espasmo. Encorvada sobre el cadáver, la bestia le gruñó a Kiska. Los ojos le resplandecían con el color rojo profundo de la sangre del corazón.

Kiska alzó las manos abiertas y vacías.

—No pasa nada, muchacho. Nada —susurró.

Con un gruñido sordo, la mirada clavada en Kiska, el mastín se llevó a rastras, poco a poco, su premio, dejando una mancha negra sobre las rocas. Kiska dejó que desapareciera entre las piedras más grandes antes de incorporarse del todo. Hizo rodar un hombro con una mueca de dolor y se frotó la magullada espalda. *¡Dioses, menudo golpe!*

Se acercó cojeando a Jheval y lo encontró sentado, un trozo de tela apretado contra la cara y chorreando sangre en el regazo. Lo ayudó a levantarse. Jheval echó la cabeza hacia atrás y gimió.

—¡Me rompió la puta cara! Una pena lo del viejo —añadió.

Kiska asintió.

—Sí. Pobre tipo. Era inofensivo. ¿Viste al mastín?

El otro asintió tras la tela que se había llevado al rostro.

—Sí. Conozco a alguien a quien le encantaría encararse con esa cosa.

Kiska decidió que quizá el hombre había recibido un golpe demasiado fuerte en la cabeza.

—Esa fue la bestia que vimos antes de entrar.

—Podría ser.

Kiska bajó los ojos y miró al sacerdote caído... y frunció el ceño. Había algo raro. Entonces el hombre alzó la cabeza y echó una mirada alrededor con un solo ojo guiñado.

—¿Se ha ido? —La lanza cayó con un estrépito.

Jheval dejó escapar una maldición salvaje, la sangre estallando por debajo de la tela.

—¡Te vi empalado!

—¡En absoluto! Me atravesó la camisa. —Metió una mano por la brecha y agitó la tela.

Jheval se alejó con paso furioso y nuevas maldiciones. Kiska estudió al anciano mientras se sacudía el polvo.

—Tiene razón —dijo—. Tuvo que darte.

El anciano hizo un gesto despectivo con la mano.

—No fue nada. Me limité a apartarme un poco. —Y se giró de lado para imitar el regate con una carcajada.

Carcajada que puso el vello de punta a Kiska; no era la primera vez que la oía, estaba convencida. Había en ella un trasfondo de burla que encontraba desconcertante. ¿A qué o a quién estaba ridiculizando aquel hombre? No estaba segura de que no fuera ella. En cualquier caso, estaba lejos de darse por satisfecha. Observó mientras el anciano recogía la larga lanza, la sostenía ante él y la subía y bajaba. Después la miró.

—¿No tendrás por casualidad algo de cuerda, verdad?

Cuando regresó Jheval tras recuperar los manguales, continuaron su camino, aunque a paso más lento. Kiska siguió vigilando en busca del mastín; ¿los estaba siguiendo? ¿O ya se había alimentado a placer? Miró atrás, vio que Jheval la observaba y arqueó una ceja a modo de interrogante.

El hombre se tocó con cuidado la nariz, donde un trocito enrollado de tela le bloqueaba uno de los orificios.

—Está ahí —dijo con voz dolorida.

—¿Cómo lo sabes?

—Me he pasado una vida entera cazando y siendo cazado. Lo sé.

Kiska solo estaba convencida a medias: ¿otra de sus fanfarronadas? Él alzó la barbilla para señalar a Warran, que caminaba por delante con la lanza sujeta con mucho garbo sobre un hombro.

—Ese. Está tramando algo...

—¿Y quién no? —respondió ella mirándolo de soslayo y sonriendo para restarle fuerza.

—Sí. Bueno. Hablo en serio. Está jugando su propia partida y en algún momento puede que no nos incluya a nosotros. Solo una advertencia.

—Lo tendré en cuenta. —Pero no tanto tiempo atrás el nativo de Siete Ciudades había despreciado al anciano llamándolo inútil. En cualquier caso, Jheval solo estaba confirmando las intuiciones de Kiska: el sacerdote era peligroso, pero si era tan peligroso, entonces ¿por qué viajaba con ellos? Cuantos más fueran, menos peligro, cierto, pero eso no iba a preocuparle a ese viejo.

Continuaron andando bajo aquel cielo inmutable, donde unas luces sinuosas se retorcían y refulgían tanto en la penumbra de la noche como en la luz difusa y poco más brillante del día. Su guía murciélago aleteaba sobre ellos, al parecer incansable. En la cara de Jheval comenzó a salir una banda de cardenales, negra como un tatuaje; los ojos oscuros se asomaban a unos círculos hinchados y brillantes. El mastín todavía los seguía, sin aproximarse demasiado. O eso era al menos lo que creía Kiska cuando sorprendía destellos ocasionales de blanco nevado por el rabillo del ojo. También notó que los dos enormes cuervos jamás se acercaban a la bestia.

Algo más adelante, el sacerdote Warran se detuvo de repente. Se arrodilló para examinar unos fragmentos largos y negros que había tirados en el granito limpio. Kiska y Jheval llegaron a su altura y también se detuvieron. Jheval se inclinó para coger un trozo, pero el sacerdote hizo que quitara la mano de un manotazo.

—No lo toques.

Jheval miró con furia la espalda encorvada del hombre. El sacerdote mantuvo las manos sobre los fragmentos durante un rato, como si intentara percibir o sondear algo; después levantó con suavidad uno de los pedazos de mayor longitud y lo examinó con atención.

Por lo que parecía, podría no ser más que vidrio negro. Kiska pensó que si unieran los trozos, formarían una pieza del tamaño de un brazo y de un material parecido al cristal.

El sacerdote dejó caer el fragmento.

—Esto pinta muy mal.

Jheval lanzó un bufido y se irguió.

—¿Qué es? —preguntó Kiska.

—Una especie de prisión. Muy antigua. Quizá de antes de que este reino se partiera en mil pedazos. Se forjó para contener alguna cosa durante toda la eternidad.

Pero el Caos lo ha corroído, lo ha debilitado, y la entidad contenida en el interior se ha liberado de repente.

Jheval volvió a lanzar un bufido desdeñoso.

Warran se levantó con cautela. Miró a su alrededor con los ojos guiñados.

—Sombra es algo parecido al basurero del tiempo. A lo largo de las eras, lo que otros quieren oculto, o enterrado, a Sombra va...

—Basta ya de charlatanerías —rezongó Jheval. Después le hizo un gesto a Kiska—. Vamos.

—Yo sí lo creo.

Jheval hizo un gesto de impotencia.

—De acuerdo. Pero no importa. Debemos seguir adelante a pesar de todo.

Kiska asintió y apartó los ojos de la refracción, en apariencia infinita, de luz cristalina y sombra. Se obligó a alejarse; algo en lo más profundo de su interior se estremeció ante la fascinación que esas astillas rotas de noche ejercían sobre ella.

Tras un rato, el sacerdote se colocó a su lado. Seguía llevando la lanza al hombro.

—Dijiste que me creías —dijo, había alzado la vista y la observaba con sus ojos amarillentos por la edad.

—Sí.

El anciano miró a su alrededor; lo había estado haciendo con frecuencia desde que habían encontrado los fragmentos. Incluso repentinas miradas rápidas atrás, quizá solo porque era obvio que eso volvía loco a Jheval.

—¿Por qué?

Ella se encogió de hombros.

—Porque se parecía mucho a lo que habría dicho alguien que conocí en Sombra.

Las cejas encanecidas del hombre se alzaron mientras su dueño seguía caminando. La larguísima lanza le rebotó en el hombro.

—¿Sí? ¿En Sombra? ¿Quién?

—Un extraño ser llamado Caminante del Filo.

El sacerdote se paró en seco. Kiska siguió andando un rato, después se paró y miró atrás. El hombre la estaba estudiando con atención, los ojitos casi cerrados.

—Conque lo conociste, ¿eh? —preguntó, había algo tenso, casi mordaz, en su voz.

—Sí. Se presentó casualmente. Hace mucho tiempo.

Le tocó al sacerdote lanzar un bufido de incredulidad.

—Una afirmación poco probable. —Continuó caminando y la dejó atrás—. No habla con cualquiera, ¿sabes?

Kiska observó la espalda rígida del hombre, que seguía avanzando con paso firme, y tuvo que contener una carcajada. *¿Son celos? ¿Se ha enfadado porque he conocido y hablado con ese extraño espectro de Sombra? Una especie de... ¿qué?...*

¿rivalidad? Kiska siguió caminando, sacudiendo la cabeza.

Más tarde sorprendió a Warran observándola, solo para apartar la mirada a toda prisa. *Bien. Ya era hora de darle a alguien algo que pensar. Estoy harta de ser la única de aquí sin una especie de manto de misterio. El viejo tiene su pasado, Jheval el suyo, hasta los ridículos cuervos son un enigma. Quizá ahora él... ¡y Jheval!... me tomen más en serio.*

Un rato después los tres se detuvieron de repente. Hasta los dos cuervos, que se habían adelantado a explorar, dieron la vuelta en redondo chillando alarmados antes de alejarse volando.

Había una figura allí delante, color negro medianoche desde la cabeza redonda, y a medio formar, hasta los pies. Al percibir la presencia de los tres, la figura se volvió. Se había llevado algo a la cara con la mano y lo estudiaba. Una cosita diminuta que aleteaba, frenética.

Oh, maldita sea. Como dijo Warran: esto pinta mal. Kiska sintió que las entrañas se le tensaban ante el aura que percibió que rodeaba a aquella cosa. Intensidad. Un potencial increíble. *¿De qué sirven bastones o manguales contra este enemigo? Se reiría de semejantes juguetes.*

—Dejad que me encargue de esto —murmuró Warran por lo bajo. Después se acercó a toda prisa a la figura y dio unas palmadas como si estuviera encantado—. ¡Ah! ¡Ahí está! Lo hemos estado buscando por todas partes. Mi agradecimiento, señor, por atraparlo.

Kiska y Jheval flanquearon a Warran. El miedo atravesaba a Kiska con una fuerza que no había sentido en años. Decidió que a la menor señal de la entidad, dejaría caer el bastón y probaría primero con los dos cuchillos arrojadizos; total, para lo que le iban a servir. Observó que Jheval mantenía las manos en los mangos de los manguales. Echó un vistazo en busca del mastín, pero la bestia, prudente ella, parecía estar manteniendo las distancias. *No es tonta, no.*

La inquietante cabeza moldeada y vacía se inclinó un poco para contemplar al sacerdote bajito. Unas ondas cruzaron el rostro negro como la noche y Kiska se puso nerviosa al ver que aparecía una boca y que unos ojos se abrían con un parpadeo.

—¿Este constructo es tuyo? —Las palabras no se parecían a ningún lenguaje que Kiska conociera, pero las entendió de todos modos.

Warran se estaba frotando las manos.

—Bueno... no nuestro, por supuesto, tanto como de nuestro señor...

—¿Vuestro señor? —La especie de murciélago aleteaba en la mano de la criatura como una polilla atrapada.

—Sí. Tronosombrío... el gobernante de Emurlahn.

La oscura cabeza mate se ladeó.

—Una presunción poco probable. Emurlahn no tiene gobernante. No un

gobernante de verdad. No desde el comienzo.

El sacerdote se irguió con una sacudida, intrigado.

—¿En serio? Fascinante. Pero, como podrás percibir... está vinculado al poder.

—Sí. Hay un peso sorprendente en él. Me... intriga. —Sostuvo al pequeño volador más cerca y lo examinó—. Hay algo oculto en su interior. Escondido. —Levantó la otra mano.

—¿Quizá si me permites...? —se apresuró a preguntar el sacerdote.

La entidad lo contempló durante un rato.

—Muy bien. —Le tendió al volador—. Hazlo.

Warran se inclinó cuando aceptó al volador de manos de la entidad. Lo examinó.

—Ah, sí. Lo único que hay que hacer es...

El volador se soltó con un latigazo de sus manos y salió disparado por el aire. Todo el mundo lo observó ir reduciéndose a un punto entre el manto de luz parpadeante. Cuando Kiska volvió a mirar, los ojos de la entidad estaban clavados en Warran con una expresión de incredulidad furiosa, como si no pudiera entender que alguien se atreviera a desobedecerlo.

El sacerdote se cubrió la boca con las manos.

—Oh, vaya. Parece que se me ha escapado.

—Tú... —dijo sin aliento la entidad.

Warran levantó un dedo.

—¡Espera! Para compensar, tengo algo que te pertenece.

—No hay nada que tú...

Warran se sacó de la manga un trozo de cristal negro. La entidad dio un paso atrás estremecido y pareció encogerse sobre sí mismo. Kiska se quedó mirando, asombrada. Podría haber jurado que el anciano no se había guardado ninguno de los fragmentos.

—Eso no sirve de nada —dijo la cosa por lo bajo—. No conoces el ritual.

—Cierto. Pero, si nivelas las simetrías... —Warran rompió una sección y la arrojó a un lado. Se quedó con una faceta cuadrada más o menos del tamaño de una joya, que levantó para examinarla—, entonces las fuerzas restantes deberían estar en equilibrio, ¿no te parece? —Y se lo tiró a la entidad.

La joya negra brillante alcanzó al ser en el pecho, como una gota de tinta, y se quedó allí pegada. La criatura empezó a sacudirse aquello y a girar en círculos.

—¡No! ¡Imposible! ¿Cómo pudiste? ¡No! —A Kiska le pareció que la cosa era más baja que antes, más delgada. Sí, estaba segura de que, a medida que agitaba los brazos y se tambaleaba, la criatura iba disminuyendo de tamaño. Como si estuviera desapareciendo poco a poco.

Kiska hizo una mueca, se sentía enferma con solo mirar. Aquello era horrible. La entidad ya no le llegaba más que a la cintura y la joya era un feo tumor en su pecho.

—¡Por favor! —rogaba con voz chillona. Kiska apartó la cara. Cuando volvió a mirar, la joya yacía sola en el suelo desnudo de piedra.

Warran se inclinó para cogerla, después la lanzó a lo alto y la volvió a coger en el aire.

—¡Ajá! ¡Pillé uno!

Kiska miró a Jheval y le pareció que tenía la cara cenicienta y bañada en sudor, los ojos en blanco. Después él dejó escapar un largo suspiro y se frotó las palmas de las manos con las túnicas. *Sí, por poco.* Y sin embargo, dado lo que habían presenciado, ¿no estaban más seguros solos que con aquel sacerdote de Sombra cada vez más inquietante?

Bakune no había estado más nervioso en toda su vida. Se encontraba en el muelle, a la espera de la lancha de los invasores que lo llevaría a conocer al nuevo gobernante de hecho de Banith, al menos hasta que una contraofensiva sacara a esos demonios moranthianos de sus costas. A sus dos guardaespaldas, Hyuke y Puller, les ordenó que se quedaran en el muelle; no soportaba la idea de tener a los dos imbéciles con él mientras negociaba con ese almirante extranjero. El sacerdote había tomado su camino, le había dicho que, de momento, Bakune siempre podría encontrarlo en lo de Hombrehueso.

La lancha chocó contra los escalones de piedra y la escolta de marines azules le hizo un gesto para que bajara. Rígido, el corazón casi estrangulándolo de lo irregulares y potentes que eran sus bandazos, Bakune fue bajando poco a poco por las piedras resbaladizas y llenas de algas. Se sentó justo en el centro, al través de la lancha, y se recogió las túnicas, un brazo apretado contra el cuerpo y la mano metida en el fajín. Los marines moranthianos se pusieron a remar.

Al mirar atrás, Bakune pensó que la ciudad estaba tranquila esa mañana, quizá se había agotado en su pánico nocturno. Unos cuantos zarcillos de humo se alzaban allí donde los fuegos todavía ardían sin llama. El puerto estaba vacío; aunque a esa hora temprana de la mañana solía estar rebosante de actividad, con los pescadores y sus clientes. Se subió un poco más el cuello contra un viento cortante que llegaba del mar del Remitente, y quizá tuviera su origen en el propio océano de las Tormentas.

Los moranthianos maniobraron con movimientos expertos y rápidos y atravesaron la bocana del puerto hasta llegar a los gigantescos navíos azules anclados más allá, donde, no por casualidad, a todos los efectos bloqueaban la ciudad. Bakune aprovechó la oportunidad para examinar a los invasores con más atención. Aunque el jefe supremo comandaba un destacamento de infantería moranthiana negra, Bakune nunca había visto ninguno de cerca. Al igual que sus hermanos negros, esos moranthianos azules iban cubiertos de la cabeza a los pies con una armadura de una manufactura muy extraña. Con hojuelas, articulada, casi les daba aspecto de insecto.

Y Bakune empezó a entender el terror de sus conciudadanos: que ellos supiesen, aquellos podrían ser los propios jinetes de las tormentas, llegados para tomar posesión de la superficie. Así de espeluznantes y extraños eran, sobre todo para una tierra que, por tradición e historia, siempre había estado cerrada.

Nadie le habló y él no se dirigió a nadie. La lancha se acercó a un navío concreto, donde ya se habían bajado por un lado unos escalones de madera y cuerda. Cuando estiró un pie para subir las escaleras, un moranthiano azul le ofreció una mano para que se apoyara y Bakune la quitó de repente, con un estremecimiento, y en el proceso estuvo a punto de caerse a la bahía. Al recuperarse, puso el pie con todo cuidado en el escalón húmedo y, tras coger las cuerdas con la mano buena, se aupó al artilugio.

Más soldados moranthianos azules (marineros quizá, o marines, no tenía forma de saberlo) esperaban en las escaleras para ayudarlo. Si bien no podía evitar esquivar sus manos, tenía que admitir que eran de lo más solícitos, puñeta. Una vez en cubierta, encontró el velero limpio y ordenado, pero traicionando señales obvias de daños producidos en la batalla: zonas chamuscadas por el fuego, regatas destrozadas allí donde quizá se hubieran enganchado garfios, velas andrajosas. Era obvio que los mare habían luchado duro. Un marinero azul lo invitó a ir a popa, hasta la cabina. Subió un pasillo estrecho y llegó a una habitación que parecía servir como sala de visitas, despacho y dormitorio privado, todo en uno. Unas amplias ventanas acristaladas dejaban entrar la luz del sol y mostraban una vista ondulada del mar abierto del este.

Un hombre alto y muy delgado se levantó detrás de una mesa y le ofreció una breve inclinación. Bakune respondió, desconcertado. ¿Quién era ese? ¿Una especie de secretario? ¿Dónde estaba el comandante azul?

—¿Entiende el quontaliano? —preguntó el hombre al tiempo que se sentaba e invitaba a Bakune a hacer lo mismo.

Este se inclinó otra vez.

—Sí. Es la lengua de la clase gobernante de aquí.

—Usted es el magistrado local... ¿«Examinador», tengo entendido?

Bakune se sentó y miró al hombre con más atención: bastante mayor, pero bien conservado. Una mata de cabello blanco y pálido, bigote blanco y perilla; la cara y los brazos curtidos por el sol y el viento habían adquirido el tono del árbol de hierro. Unos ojos brillantes y avispados que parecían... divertidos.

—Soy el examinador Bakune.

—Excelente. Soy el almirante Nok. Estoy al mando de esta unidad naval malazana.

¿Nok? ¿Dónde había oído él ese nombre? ¿Y un soldado de carrera malazano al mando? ¿No un almirante azul? Bueno... al menos ya era algo.

—En primer lugar —continuó el almirante—, permítame asegurarle que lo último

que deseamos es interferir en la vida cotidiana de Banith. Quiero que ese sea el mensaje que le transmita usted a su pueblo... que debería de regresar sin más a sus rutinas habituales y limitarse... a no hacernos caso.

¿No hacer caso de los enormes veleros que bloquean nuestro puerto? Pide usted mucho, almirante.

—En segundo lugar, también quiero asegurarle a usted y los habitantes de Banith que de ningún modo deseamos interferir en sus prácticas religiosas locales. Pueden continuar con sus cultos como prefieran.

Bakune luchó por no arrugar una ceja escéptica. *¿En serio?* Eso contradecía todo lo que él sabía sobre esos imperiales. Todo el mundo estaba de acuerdo en que su objetivo era la erradicación del culto de la Señora. Un objetivo en el que él no había pensado antes de esa última noche. Intentó evitar cualquier inflexión en la voz cuando contestó con un murmullo.

—Qué generoso por su parte.

La respuesta pareció decepcionar al almirante, pero continuó con las manos entrelazadas en la mesa ante él.

—Obviamente requeriremos ciertos suministros y pequeñas reparaciones; alimentos, agua potable, madera, cuerdas y demás. Usted nos proporcionará una lista de mercaderes y los reembolsaremos con letras imperiales.

Eso sí que me haría popular... pero tampoco tengo que decirle a nadie quién proporcionó la lista... ¿contaría eso como colaboración? Bakune se removió, incómodo, y se aclaró la garganta.

—¿Y sus tropas, señor? ¿Una lista de acantonamiento?

El almirante desechó la consideración con un ademán.

—Las tropas permanecerán a bordo de nuestros navíos durante un tiempo, para evitar tensiones innecesarias. Sin embargo, habrá patrullas.

—Por supuesto.

—Muy bien. Entonces hemos llegado a un acuerdo. Nuestro objetivo es inmiscuirnos lo menos posible. La población puede incluso olvidarse de que estamos aquí.

Eso lo dudo mucho, almirante. Pero siempre queda la esperanza.

El almirante se levantó, rodeó la mesa e invitó a Bakune a precederlo a la salida. Bakune se irguió, se inclinó y entró en el pasillo. Notó que el almirante tenía que encorvarse para evitar golpearse la cabeza en la escalerilla. Una vez en cubierta, a Bakune lo acompañaron a los escalones colgados en el costado. Los marineros azules se movían por allí manejando el equipo y ajustando las lonas. Bakune pasó junto a una entrada a la bodega y vio por un instante lo vacía que estaba. *¿Dónde estaban las tropas? ¿Aquello no era un transporte?*

Los marineros azules que iban con él lo instaron a continuar y el examinador salió

a la escala. Se inclinó ante el almirante una última vez, después sujetó con firmeza las guías de cuerda y empezó a bajar.

En cubierta, el almirante Torbellino se acercó al almirante Nok, en la regala. Juntos observaron la lancha que regresaba a la orilla.

—¿Qué le parece? —preguntó Torbellino.

Nok hizo rodar el cuello para relajar los músculos.

—Difícil de decir. Muy cauto, ese.

—Al menos no fue abiertamente hostil.

—Pero tampoco tonto. Solo espero que hayamos ganado tiempo suficiente.

—¿A qué distancia cree que está?

—No lo sé. —Nok se rascó el bigote—. Con franqueza, esperaba que ya estuviera aquí.

El almirante azul asintió con el yelmo, quizá estaba de acuerdo.

—¿Y las patrullas?

—Cuatro al principio, digamos. Dos turnos de cuatro horas.

—¿Reserva?

—Cien marines en el muelle.

El almirante azul asentía otra vez.

—Más o menos eso es todo lo que podemos alinear... Ojalá no nos pongan a prueba.

Nok se sujetó a la regala y contempló el paisaje de la ciudad.

—Lo harán. Pero esperemos que hayamos salido de aquí antes. —Apoyó los codos en la madera y dejó escapar un largo suspiro al viento gélido—. Nosotros ya estamos aquí, Melena Gris... ¿se puede saber dónde estás tú?

—Bueno, mira eso —dijo Wess arrastrando las palabras, encorvado tras su gran escudo de la infantería pesada. Arrodillado detrás de su propio escudo, Suth no le hizo ningún caso. Len, al que los dos cubrían, hizo callar al hombre mientras desenredaba su sedal. Un amanecer rosa y dorado comenzaba a iluminar las colinas del este. Los tres se encontraban en la orilla embarrada del Ancy.

Les había tocado a ellos ir de pesca.

Por su parte, Suth rezaba en silencio a toda su endogámica colección de dioses dalhonesios para poder tomar un bocado lo antes posible. En cualquier momento los arqueros los iban a ver y comenzaría el torrente. Bajó la mano para elegir una piedra pulida por el agua de los bajíos y se la metió en la boca para chuparla. Era un viejo truco para espantar el hambre y la sed. Siendo de Dal Hon, estaba familiarizado con la escasez. Había crecido sufriendo sequías y años de vacas flacas, así que las últimas semanas de privaciones no lo habían afectado tanto como a otros. Igual que Wess,

que, de todos modos, nunca parecía comer; el tipo se limitaba a meterse una bola de una resina o unas hojas en el carrillo y ya tenía el día hecho. Manteca, sin embargo, casi no podía reunir la fuerza necesaria para levantarse, mientras que Pyke había desaparecido, desertado, con toda probabilidad. A Lerdo lo habían perdido en la defensa del puente. Keri había sufrido un flechazo en el costado y yacía en las tiendas de la enfermería. Yana estaba enferma con la epidemia de diarrea que afligía a casi todo el mundo en el campamento y contribuía mucho más a la indignidad general de ir muriendo poco a poco. Tela no parecía afectado, aunque tenía los ojos hundidos y las mejillas tras las cerdas canosas eran tan huecas como cuevas.

—De verdad, tíos, que deberíais de echar un vistazo —dijo Wess.

—Calla —siseó Len por lo bajo.

Suth observó el agua en busca de alguna forma delgada que pasara como un rayo. Ojalá sostuviera un palo afilado de pesca en lugar de su abultado escudo.

—De acuerdo, pero tengo que deciros...

—¿Qué? —lo interrumpió Suth con una mirada furiosa. Wess señaló la orilla contraria con la cabeza. Suth examinó la ladera con los ojos; la luz creciente del amanecer comenzaba a revelar al enemigo, y también a ellos mismos a los ojos de los arqueros que vigilaban la orilla. El humo flotaba como bruma y se iba deshaciendo paulatinamente. La respiración de Suth dibujaba penachos en el fresco aire matinal. Examinó las filas. Allí había algo raro... no terminaba de ver qué era.

—Algo —dijo sin aliento.

—Ajá. Nada de moranthianos. Esos cabrones negros se han largado. Su campamento entero ha recogido y volado.

Len se irguió.

—¿Qué?

Wess tenía razón. Donde se levantaba el campamento moranthiano solo se extendía un campo vacío de barro revuelto.

Len empezó a recoger el sedal hecho con tripa.

—Vámonos.

—Lo verán todos en un minuto —objetó Wess.

Una flecha pasó junto a ellos con un siseo.

—Es que ahora ya puede ver todo el mundo —maldijo Suth.

—No hemos pescado nada —señaló Wess—. A menos que llevemos algo a la olla, no nos dan nuestra parte...

Len metió el sedal en una mochila.

—Esto es importante.

Una flecha se estrelló contra el escudo de Wess y lo hizo retroceder un paso. Len empezó a recular y Suth se movió para cubrirlo. Con un suspiro, Wess los siguió. Fuera del alcance de los arcos se encontraron con una multitud reunida en la orilla,

señalando y charlando, y se abrieron paso entre ellos. Suth se echó el pesado escudo a la espalda.

—Deberíamos informar —dijo Len. Wess solo puso los ojos en blanco.

Cruzaron hasta donde su pelotón había acampado. Yana yacía bajo un toldo hecho con una manta raída. Tela estaba sentado ante el hoyo ennegrecido en el que solían cocinar sus comidas cuando tenían alimentos y leña.

—Parece que los moranthianos se han ido —le dijo Len a Tela.

Tela asintió al oír la noticia.

—Eso he oído.

—Gran informe, Len —dijo Wess, y se echó.

—¿Y ahora qué? —le preguntó Suth a Tela.

Un encogimiento de hombros lento del hombre, que permanecía sentado sobre su raído jubón acolchado.

—Supongo que atacaremos.

—¿Atacar? La mitad de nosotros no podríamos ni arrastrar el trasero por el puente.

Tela lo sopesó un momento.

—He oído que tienen montones de provisiones en ese lado...

—Si controláramos el río, podríamos construir encañizadas —añadió Len.

Suth sintió de repente un hambre loca. Era como si la sola mención de una comida sólida fuera suficiente para que sus jugos se pusieran en marcha. Casi dijo en voz alta lo desesperado y famélico que estaba, pero se contuvo: a los que mencionaban el tema prohibido los miraban como si fueran idiotas. «En el nombre de Togg y Fanderay, ¿y quién no lo está, pedazo gilipollas?», era el comentario habitual.

—Acabemos con esto de una vez —murmuró y se echó a dormir.

Un ayudante llamó a Devaleth a la tienda de mando. Todavía era temprano; ni siquiera había desayunado su taza de té muy aguado. Terminó de vestirse a toda prisa y cruzó el campamento, que estaba hirviendo de actividad, había más alboroto del que había visto en semanas. ¿Iba a producirse un nuevo asalto? ¿O un ataque? El puente estaba tranquilo; más bien era como si todo el mundo estuviera estudiando la otra orilla. La bruja echó también un vistazo para ver lo que tenía tanto interés, pero fue incapaz de identificar nada.

Encontró a Melena Gris y al adjunto, Kyle, de pie ante la tienda, examinando la orilla occidental. El puño supremo parecía más animado de lo que lo había visto en bastante tiempo. Aquel hombre se había ido deteriorando mucho a lo largo de aquellos días, había perdido peso y se había retraído y sumido en una actitud hosca. Solo Kyle parecía capaz de sacarlo de aquel humor lúgubre. Pero esa mañana una leve sonrisa, o quizá impaciencia, no dejaba de tirarle de la boca tras la barba de color

gris hierro que se había dejado. Kyle saludó a Devaleth con una inclinación. Hasta Melena Gris le dedicó una sonrisa, aunque fuera teñida de ironía.

—¿Qué le parece, bruja del agua? ¿Qué debemos pensar de esto?

—¿Pensar de qué?

Kyle señaló el oeste con la barbilla.

—Parece que los negros moranthianos han desmontado el campamento.

—¿De veras? ¿Y para qué?

El puño supremo asintió.

—Eso es lo que se está preguntando todo el mundo.

Apareció el puño Rillish caminando con paso rígido y cauto hacia la tienda. Devaleth contuvo el impulso de ir a ayudar al hombre, que estuviera siquiera en pie ya era doloroso de ver. La disentería, que hacía estragos entre los hombres, había consumido varios kilos de aquel: tenía el rostro ceniciento y grasiento del sudor, y la camisa le colgaba suelta. Hizo un saludo militar y el puño supremo respondió con aspereza.

—Tengo entendido que los negros han emprendido la marcha —dijo con voz débil.

—Eso parece —respondió Melena Gris con tono profundo.

—¿Entonces atacaremos? —preguntó Devaleth.

—Aún no... —contestó Melena Gris, la mirada protegida por las manos clavada en la orilla contraria.

—¿No?

—Podría ser un truco —explicó Rillish—. Una retirada falsa para atraernos y que enviemos las tropas. Los soldados restantes se replegarían y entonces los moranthianos contraatacarían y nos sorprenderían expuestos.

Devaleth sabía que ella no tenía nada de estrategia, pero tenía sus dudas.

—Suenan muy arriesgado.

El puño supremo asentía.

—Sí. Y poco probable... pero es mejor asegurarse. —Miró al adjunto—. Kyle, llévate unos exploradores al norte, cruza el río y síguelos hasta el anochecer.

Devaleth sintió una punzada de dolor empático por el puño Rillish: estrictamente hablando, el adjunto no pertenecía en ese momento a la jerarquía de mando. Melena Gris debería haberse dirigido al puño. Sin embargo, el rostro tenso y forzado del noble no reveló nada. Kyle invitó al puño a acompañarlo.

—Quizá pueda recomendarme algunos nombres... —dijo. Al menos Kyle parecía consciente de la torpeza.

El puño supremo observó irse a los dos, en la boca una mueca amarga una vez más, y volvió a entrar en la tienda. Devaleth se quedó sola, meditando la noticia, y se preguntó si esa era la oportunidad que había estado esperando Melena Gris o solo

otra falsa esperanza. Los dioses sabían que se necesitaba un alivio con desesperación. El puño Shul permanecía empantanado con el resto de la fuerza de invasión, bloqueado por corrimientos de tierra, inundaciones, chaparrones y dos levantamientos skolati. Parecía que los suministros con los que contaba el puño supremo estaban pudriéndose bajo la lluvia y la nieve en alguna pista sin nombre.

Alrededor del mediodía, mientras Suth dormitaba, llegó alguien al campamento. El dalhonesio creyó oír que mencionaban su nombre y después lo sacudió alguien. Se incorporó con un parpadeo bajo la luz dura, y vio al capitán Apuestas mirándolo con el ceño fruncido, igual que alguien miraría una cagada de perro que acabara de pisar. Suth hizo un saludo militar.

El capitán le devolvió el saludo; iba con la cabeza descubierta y tenía el pelo revuelto. Tenía los ojos amoratados y vestía solo una camisa sucia de lino que le colgaba sobre unos pantalones de lana.

—¿Eres Suth? —preguntó con voz ronca.

—Sí, capitán.

—¿Sabes explorar?

Suth se planteó decir que no, después decidió que lo más probable era que ya lo hubieran presentado voluntario para lo que fuera, así que asintió.

—Sí.

—Ven conmigo.

Suth se levantó con un esfuerzo y cogió su armadura.

—Deja eso —le ordenó Apuestas. Suth obedeció con un encogimiento de hombros.

El sargento Tela se adelantó sin prisas.

—Iré yo, señor.

—No, usted no. Solo la sangre joven. —La cara del sargento se nubló, pero no dijo nada—. Vamos, soldado. —Tela hizo un saludo militar y el capitán le respondió—. Lo siento, Tela.

El capitán recogió a otros tres, dos wickanos achaparrados de las llanuras y una recluta alta de rasgos bastos que vestía cueros gruesos y lucía una mata enmarañada de cabello recogido con cuentas, trozos de cintas y tiras de cuero.

—Barghastiana —articuló uno de los wickanos dirigiéndose a Suth.

Los esperaba el adjunto. Vestía unos simples cueros. Unos mocasines altos le trepaban hasta las rodillas. Llevaba la espada envainada bajo el hombro, envuelta en cuero. Suth había visto al joven muchas veces, pero le volvió a sorprender lo alto y delgado que era, achaparrado pero con los miembros largos, la cara con una apariencia brutal con el largo bigote y la barbilla ancha y pesada. Les señaló las prendas apiladas.

—Equipaos.

Suth escogió una mochila y encontró un alijo de comida. Se metió directamente en la boca una tira de carne ahumada mientras revolvía entre el resto. Se ató a la cintura unos cuchillos largos, con el cinturón correspondiente, y el arco y el carcaj con las flechas se los echó a la espalda.

El adjunto habló mientras ellos se preparaban.

—Nos dirigiremos al norte y luego cruzaremos el río. Hay que seguir a los moranthianos. Si os ven, largaos; nada de conducirlos a nadie. —Los tres asintieron mientras se atiborraban—. De acuerdo. Vamos.

Echaron a correr. El adjunto los condujo primero al este, por detrás de un montículo hasta que estuvieron fuera de la vista de la otra orilla, y después cortaron por el norte. Suth hizo muecas de dolor durante las primeras leguas, ¡dioses, qué débil estaba! Pero después sus piernas se soltaron y encontró su ritmo.

La chica barghastiana corría junto a él.

—¿Eres dalhonesio? —le preguntó con una sonrisa.

—Sí.

—Dicen que sois buenos guerreros, los dalhonesios. Tenemos que luchar alguna vez.

¿Luchar? Ah... «luchar». La miró de soslayo; más fornida de lo que le solían gustar a él, pero esa era una sonrisa prometedora.

—¿Cómo te llamas?

—Tolat, del clan de la Arcilla Amarilla.

—Suth. —Señaló con un movimiento de la cabeza a los dos wickanos que los seguían, los ojos puestos en el horizonte occidental—. ¿Qué hay de esos dos?

—¿Esos? —Tolat sacudió la cabeza. Su melena enmarañada se agitó al viento—. Demasiado parecidos a mis hermanos. Pero tú... tú eres diferente. Me gusta lo diferente.

Maravilloso. Una tipa barghastiana que había salido a conocer mundo. Bueno... ¿quién era él para quejarse? Lo mismo podía decirse de él.

—Cuando quieras alguna lección, solo tienes que avisarme.

La chica dejó escapar un relincho muy poco propio de una dama y le dio un puñetazo en el brazo.

—¡Ja! ¡Sabía que me gustarías!

—Silencio ahí detrás —dijo el adjunto en voz muy baja.

Tolat hizo una mueca, pero Suth no. Recordaba los sólidos arpeos de hierro que se aferraban a la popa de la galera de guerra azul y al adjunto blandiendo su espada y cortando cada uno con limpieza. Y en el puente, esa hoja brillante (envuelta en esos momentos en cuero) había partido los escudos como si fueran un simple tejido. También recordaba haber oído a Tela murmurar algo mientras observaba al joven.

—Puñetera Guardia Carmesí —había dicho, como si fuera una maldición.

¿Guardia Carmesí? Algunos afirmaban haberlos visto en la batalla de la Encrucijada, donde el nuevo emperador había salido victorioso, pero Suth no estaba seguro de dar crédito a ese tipo de historias. Seguro que ya hacía mucho tiempo que habían desaparecido... En cualquier caso, él estaba más que preparado para seguir las órdenes de ese guardia en concreto.

A media mañana cruzaron el río. Los jóvenes wickanos sostenían los arcos y las bolsas de flechas en alto, fuera del agua, mientras cruzaban medio flotando medio chapoteando. Tolat y Suth siguieron su ejemplo. En la otra orilla echaron de nuevo a correr y empezaron a aumentar el ritmo, comiendo de camino.

Cayó la noche y todavía no habían visto a la columna moranthiana. Habían encontrado el camino de mercaderes principal que iba al oeste y habían visto señales del paso de una gran fuerza pero, pese a todo, el adjunto quería confirmación, así que continuó avanzando bien entrado el atardecer. Hasta los dos wickanos, Loi y Caballonuevo, hicieron muecas de dolor cuando el adjunto les hizo una señal para que volvieran a poner rumbo al oeste.

Suth ya ni siquiera podía hacer muecas, le ardía el pecho como si lo tuviera en llamas, las piernas eran pesos muertos y entumecidos, incluso le daban vueltas las cosas. Que lo perdonaran todos sus dioses. ¿Ni una sola comida decente en semanas y ahora esto? *Neethal Lou, el dios que viene en la noche y al que nadie ha visto. ¡Llévame lejos!*

Tolat le dio a Suth una colleja en la espalda y sonrió.

—Vamos, dalhonesio. ¡Enséñame lo que sabes hacer!

A Suth estaba empezando a desagradarle aquella sonrisa.

Era casi ya medianoche cuando por fin divisaron a los moranthianos. La razón quedó clara al instante cuando vieron que los puñeteros negros no habían parado. Era obvio que tenían intención de seguir marchando hasta el amanecer y después, con toda probabilidad, durante todo el día siguiente también; de otro modo, ¿por qué molestarse en emprender la marcha nocturna? Pretendían poner tanta tierra de por medio entre ellos y las fuerzas de Melena Gris como pudieran.

Suth y sus compañeros exploradores se agazaparon en la oscuridad, entre los quebradizos tallos marrones de un campo cosechado. Había trozos nevados. El suelo helado entumeció las manos de Suth. El adjunto hizo una seña y se retiraron detrás del saliente de la colina.

Dentro de una tosca choza, un refugio para la época de la cosecha, se sentaron juntos y observaron los campos circundantes oscurecidos.

—No van a parar —dijo el adjunto mientras se soplaba las manos. Nadie difirió—. Descansaremos aquí y luego regresamos.

—Yo preferiría descansar en esa granja que pasamos —dijo Caballonuevo.

—No, nada de distracciones.

Suth simpatizaba por completo con Caballonuevo. En su carrera (más de un día entero de marcha para cualquier ejército), habían cruzado granjas ocupadas, ganado en corrales, un rebaño de ovejas, incluso huertos. Allí no reinaba la táctica de tierra quemada durante la retirada. Ese país era rico y seguía intacto.

—Olí a carne cocinada... —continuó el delgado wickano.

—Yo solo huelo tu aliento podrido —dijo Tolat.

El adjunto levantó una mano.

—Ahorráoslo. Y descansad. Yo haré la primera guardia.

Suth casi no se tenía en pie; se tumbó de inmediato y se preguntó de qué estaba hecho ese adjunto para haber conseguido que corriese hasta agotarlo... ¡y luego ponerse a hacer guardia!

Lo despertaron con unos empujones lo que le pareció un instante después. Seguía estando oscuro, aunque casi tenían el amanecer encima. Todo el mundo estaba tenso; Tolat estaba preparando el arco con el arma en el suelo, entre la hierba.

—Pasa algo —dijo en voz muy baja. Suth no se movió porque de inmediato vio al adjunto en pie en el borde del campo.

—¿Qué pasa?

—No sé. Nos despertó y se alejó. —La chica continuó preparando su equipo—. Es como si estuviera escuchando.

Suth guiñó los ojos y vio que el hombre se aferraba su espada y ladeaba la cabeza antes de volver a la carrera.

—No debería haber venido. He atraído... cierta atención. Tenemos que irnos.

—¿Qué pasa? —preguntó Caballonuevo.

—Vosotros corred.

Suth se puso en marcha lo más deprisa que pudo, pero no se había recuperado del esfuerzo del día anterior. Ninguno de ellos se había rehecho; su ritmo se había reducido mucho. Solo el adjunto parecía tan tranquilo. Con frecuencia se adelantaba corriendo y examinaba las laderas de la colina mientras el día se iluminaba alrededor de ellos. Unos cuantos granjeros y pastores trabajaban en los campos. Todos huyeron al verlos. Al parecer se había impuesto una especie de evacuación sobre la población, pero no todos habían obedecido.

Entonces Suth divisó las formas que los seguían a través de los campos: bajas, corriendo a grandes zancadas. Mastines. Una gran jauría de bestias. Al tiempo que Suth los veía, el adjunto gritó y señaló un afloramiento de rocas. Giraron y se dirigieron a él. Se abalanzaron sobre la formación y los cinco pegaron la espalda a la superficie de roca saliente. Los mastines salieron en tromba procedentes de los

campos que los rodeaban y se acercaron. Llegaron gruñendo y Suth vio que la espuma les envolvía la boca y tenían los ojos en blanco.

—¡Rabiosos! —chilló, convencido.

—¡Que los ancestrales se los lleven! —respondió Tolat, sacó de golpe su petate y se lo enrolló alrededor de un brazo.

Suth no tuvo tiempo, había perdido la oportunidad de hacer lo mismo. Él y los wickanos mostraron sus cuchillos largos. El adjunto desenvolvió su brillante espada curva. Los animales saltaron sobre ellos. Suth usó sus hojas para detener las garras que intentaban acuchillarlos. Loi cayó casi de inmediato, falló una estocada y se hundió gritando. Los mastines se abalanzaron sobre él y en un instante se interrumpieron los gritos. Los demás se estremecieron y se pegaron más unos a otros, con las espaldas apoyadas en la pared del risco. Tolat canturreaba una especie de canción de guerra mientras acuchillaba y embestía los buches abiertos con el brazo protegido. Caballonuevo también acuchillaba, utilizando la punta para obligar a los mastines a retroceder. Suth lo imitó. El adjunto se metió y usó la hoja del talwar con una sola mano, un cuchillo largo en la otra, para llevar la lucha a los mastines. Los animales se abalanzaron, pero él los recibió luchando con todas sus fuerzas, amputando cabezas, miembros, torsos. Dos le clavaron los dientes, en un brazo y una pierna; él blandió el resplandeciente talwar y les cortó la cabeza.

Entonces los animales echaron a correr de repente, entre gañidos, resbalando y cayendo en su desesperación por huir. Los cuatro se quedaron quietos, a la escucha, pero solo se oían las respiraciones forzadas en la noche. Suth sintió que le temblaban los miembros de anticipación... algo se acercaba. Todos podían notarlo.

Una llama argétea cobró vida con un estallido que la convirtió en una columna de poder rugiente, cegador, chispeante. Suth se apartó con un estremecimiento. Se cubrió los ojos con un brazo y guiñó los ojos. Pudo distinguir apenas una forma dentro de aquel brillo abrasador, el perfil de una mujer.

El adjunto se puso en posición de firmes con las armas levantadas.

—Saludos, forastero —susurró una voz de mujer, una voz con un tono discordantemente dulce, pero en el que se enroscaba el veneno—. El hedor de esa zorra hechicera te envuelve. ¿Dónde te encontraste con esa espada que llevas? ¿Fue un regalo... de ella?

Suth apenas podía tenerse en pie: la voz misma lo machacaba como golpes físicos. Le carcomía los pensamientos como ácido.

Los latigazos de llamas se acercaron más, pero al adjunto no retrocedió.

—¿Quién eres, hombre? ¿De qué tierra procedes? Hay algo extraño en tu sangre. Lo huelo. Quizá... debería probarlo...

Suth gritó en vano una advertencia cuando en las alturas una tralla de llamas subió como un rayo y luego bajó sacudiéndolo todo. El adjunto no esperó. Salió

rodando contra la columna, blandiendo su mandoble reluciente entre el torbellino.

Un estallido como una explosión de municiones moranthianas tiró a Suth de espaldas. Tras unas cuantas volteretas, chocó con las piedras de la base del saliente, donde se quedó tirado, aturdido.

Suth no creyó haber perdido la consciencia. Recordaba haberse quedado mirando el cielo cubierto y ver los copos de nieve que bajaban flotando para enmarañarse en sus pestañas. Parpadeó, se frotó un oído que ensordecía un zumbido. Se levantó con un gemido. Dioses, eso le recordaba a las explosiones que habían acabado con la muralla de Aamil. Avanzó con un tambaleo en busca del adjunto. Lo encontró junto a Tolat, con la cabeza apoyada en el regazo de la barghastiana.

—¿Está vivo? —preguntó Suth, o eso le pareció; no podía oír su propia voz.

Ella se encogió de hombros y articuló algo.

—¡Tenemos que salir de aquí!

Tolat se lo quedó mirando, sin comprender. Él imitó los movimientos de coger al adjunto y moverse. Ella asintió, después señaló algo a su espalda. Suth se volvió, alarmado, pero era Caballonuevo, que se acercaba cojeando. La sangre le relucía por la camisa rasgada. Suth le señaló la herida; Caballonuevo apuntó a la cabeza de Suth. Este se tocó con cuidado la sien entumecida y cuando quitó los dedos los encontró manchados de sangre. *¡Malditas piedras!*

La vaina del adjunto estaba vacía. Suth echó un ojo alrededor y al final encontró la espada tirada entre unos tallos quemados. Todavía humeaba. Usó un pliegue de cuero, la recogió y volvió a meterla en su vaina. ¿Había matado a esa tal «Señora» de la que hablaban todos? Probablemente no.

Tolat y él cargaron con el adjunto mientras Caballonuevo iba explorando por delante lo mejor que podía. Les llevó un día y una noche llegar al Ancy, y allí la situación los derrotó. No podían cruzar. Lo único que podían hacer era esconderse y vigilar por si aparecía alguna partida de exploradores, o un grupo en busca de alimentos, cuya atención pudieran llamar.

El adjunto nunca llegó a recuperarse. Balbuceaba en una lengua extranjera, sudaba y temblaba con una especie de fiebre. Al final, Tolat, que al menos podía afirmar que había nadado antes, argumentó que ella debería adelantarse para buscar ayuda. Suth y Caballonuevo estuvieron de acuerdo en que eso era mejor que esperar a que los vieran. Así que, antes del amanecer, Tolat salió vadeando el agua del frígido Ancy y se impulsó para desaparecer entre la espuma de la rápida corriente. Suth recogió algo de agua y regresó al soto donde se habían escondido de las posibles patrullas roolianas.

Resultó que Devaleth ya estaba levantada cuando le llegó recado de que un miembro

(¡uno!) de la partida del adjunto había regresado al fin. Fue tan deprisa como pudo a la tienda del puño supremo. ¿Había sido una emboscada de avanzados roolianos? ¿Los habían detectado los moranthianos? ¿O había sido ese nuevo mago que había estado percibiendo? De algún modo, el tipo podía actuar sin suscitar la ira de la Señora. Algo la había estado molestando en cuanto a mandar a Kyle; la perspectiva la había inquietado, pero no había dicho nada durante la reunión. Y empezaba a preguntarse por qué.

Un guardia alzó la solapa abierta y la bruja vio a la exploradora, empapada hasta los huesos, en pie ante el puño supremo. El puño Rillish estaba sentado a un lado, pálido pero atento.

—¡Por los dioses, que se siente la mujer! —estalló Devaleth antes de pensar siquiera.

—Prefiero quedarme de pie, gracias, maga suprema —consiguió decir la mujer, su voz era un simple graznido.

—Como prefieras, Tolat —asintió Melena Gris. En un aparte, a un ayudante, le dijo—: ¿Lo tienes?

—Sí, señor. Un soto a unas cuantas horas al norte. Deberían vernos.

—Que se acerque solo un pelotón al río —advirtió Melena Gris—. No queremos atraer ninguna atención.

—¡Señor! —jadeó la exploradora Tolat, que vacilaba sobre sus pies.

—¿Sí?

—Eso es justo lo que dijo el adjunto, señor. Atraer atención... que él sí... que atrajo...

Devaleth cogió a la mujer por el brazo; la chica la miró, confusa, los ojos vidriados. Apoyó el peso en Devaleth, que gruñó y de repente tuvo que sujetarla. Dos ayudantes recogieron a Tolat de las manos de la maga y la sacaron de la tienda.

—Por supuesto —dijo Rillish sin aliento desde su silla—. Debería haberlo sabido... esa espada que lleva. Debe de haber atraído la... la atención de Ella.

Melena Gris se volvió hacia el hombre.

—Y eso se le ocurre ahora, puño Rillish Jal Keth.

—¡Señor! —exclamó Devaleth, y con eso desvió la atención del puño supremo, que miraba a Rillish—. Ninguno nos dimos cuenta. Si hay que culpar a alguien, es a mí. Debería haberlo previsto.

Por primera vez Devaleth sintió toda la fuerza de la mirada furiosa y gélida del puño supremo y le conmocionó la fiereza extraña que se revolvía allí, justo bajo la superficie. Pero el hombre consiguió dominarse de algún modo, tragó saliva, respiró hondo con un estremecimiento y asintió.

—Sí... tiene razón. Sí. —Se volvió y se pasó una mano por la cara—. Yo tampoco lo vi. —Y se echó a reír—. ¡Yo! ¡De todos, el que debería haberlo tenido en

mente era yo!

La maga pensó entonces en la hoja gris que aquel hombre había llevado una vez. Se decía que era un arma de gran poder. Era responsable del nombre que le daban en esas tierras: Empuñapiedras. Y ese nombre era una maldición. ¿Qué le habría pasado a aquel arma? Nadie hablaba de ella, y no era simplemente una hoja común al costado del hombre. Es posible que la hubiera perdido durante todos esos años transcurridos.

—Kyle está herido, atacado por la Señora —le dijo Melena Gris a Devaleth—. ¿Puede curarlo?

A ella no le parecía que tuviera muchas posibilidades, pero asintió.

—Me prepararé. Envíelo a mi tienda.

El puño supremo asintió y Devaleth salió con una inclinación.

Melena Gris se volvió hacia una oficial del Estado Mayor.

—Hagan correr la voz. Atacamos al amanecer.

Las cejas de la mujer le treparon hasta la frente.

—Pero ya amanece... señor.

—Exacto. —Señaló la solapa de la tienda. La mujer estuvo a punto de caer en su prisa por irse.

Rillish se puso en pie.

—Prepararé entonces mi armadura, puño supremo.

Melena Gris había ido hasta la parte posterior de la tienda y había abierto de un tirón un cofre de viaje. Estudió al puño como si lo viera allí por primera vez.

—No. Usted se queda aquí.

La cara de Rillish se crispó mientras luchaba por controlar su reacción.

—Entonces... ¿quién encabezará el asalto? —preguntó, su voz quebradiza como el cristal.

El puño supremo estampó un yelmo redondo de hierro contra la mesa. Puso una mano encima y sus ojos ardieron con una brillante llama azul.

—Yo.

Rillish fue a la tienda de Devaleth para aguardar la llegada del adjunto. Se sentó con cuidado en una silla y se dirigió a la bruja mare del agua.

—Gracias por su apoyo.

La mujer estaba preparando ollas y telas.

—Por supuesto —respondió, distraída—. Ese hombre es demasiado duro. Demasiado implacable.

—Es un comandante con mucha experiencia... —empezó a decir.

—¿Con mucho que demostrar? —sugirió ella mirando por encima del hombro.

—... por quien lucharán hombres y mujeres. Pero, sí, hay historia. Una historia de

la que yo formé parte.

La fornida mujer lo miró mientras se limpiaba las manos con un trapo.

—No tiene que esperar aquí. No hay nada que usted pueda hacer. Como —y la mujer suspiró— sospecho que no habrá nada que yo pueda hacer tampoco. —Señaló con un ademán las solapas abiertas—. Vamos, váyase.

Rillish le dedicó una irónica reverencia cortesana y después se irguió y llamó a un guardia con un gesto.

—Que traigan mi armadura.

Demasiado débil para caminar con paso seguro, Rillish pidió un caballo. Con la armadura puesta y la ayuda de dos mozos de cuadra, montó. Se sentía mucho mejor bien apoyado entre el alto arzón trasero y el pomo. Enganchó el yelmo en este último y se quitó los guanteletes. El día era nublado y fresco. Buen tiempo para un combate prolongado, aunque dudaba que Melena Gris tuviera paciencia para eso. Contempló el puente y la columna de pesados que lo atestaban, todos impacientes por avanzar, y frunció el ceño. Le hizo una seña a un mensajero.

—Que me traigan al teniente de sabotadores.

—Sí, puño.

Azuzó su montura con las rodillas para ponerla al paso y se dirigió al puente. No mucho después una mujer larguirucha salpicada de barro se acercó corriendo a sus guardias y se abrió camino. Se lo quedó mirando desde el suelo, con la boca abierta, sonriendo con unos dientes torcidos y sin color, sus ojos saltones parecían mirar en dos direcciones a la vez.

—¿Preguntó por mí, puño?

Ah, sí, la teniente Urfa; una vez vista, nunca olvidada.

—Sí, teniente. El puente... ¿debería estar tan... cargado?

La mujer miró la estructura con los ojos guiñados. Volvió la cabeza para fijarse primero con un ojo y después con el otro. Luego estalló en la sarta de las maldiciones más impropias de una dama que Rillish había oído jamás y salió corriendo ladera abajo sin ni siquiera despedirse. Él la observó marchar y se inclinó sobre el pomo con un suspiro.

—Envíe recado al capitán Apuestas, no más de cuatro por fila al cruzar el puente.

—Sí, puño. —Otro soldado salió corriendo.

¡Dioses! ¿Iba a tener que decirles también que no se pusieran a saltar? Justo lo que les hacía falta, que se derrumbara el puente después de todo ese tiempo. Vio un teniente de reemplazo, un mensajero.

—¿Dónde está el puño supremo?

—En las barricadas, señor, organizando el asalto.

—Entiendo. ¿Está esperando a que haya tropas suficientes, supongo?

—Sí. Eso creo, puño. ¿Tiene algún comunicado?

—No. No lo molestaremos.

Sus guardias y él habían llegado al atasco de infantería que asfixiaba la boca del puente. Rillish juró por lo bajo y azuzó a su montura para apartar a los hombres y las mujeres con armadura.

—¿Capitán Apuestas? —gritó.

—En el puente, señor —respondió un sargento desde la multitud con un saludo marcial—. Un poco de retraso.

Rillish recortó las riendas sin piedad para atravesar su montura en la boca del puente y bloquearlo.

—¡Usted! Sargento...

—Ah. Sargento Apretado, señor.

¿Apretado? *Oh, bueno...* Rillish señaló su caballo.

—Forme su pelotón aquí... ¡columna de cuatro!

—Sí, señor.

Rillish tensó las piernas y se aupó en la silla para bramar tan alto y con tal fuerza que su visión se oscureció por un momento.

—¡Siguiente pelotón, formen detrás! —Vaciló y tuvo que sujetarse al pomo.

Una mano lo sujetó por detrás, el capitán Apuestas. Rillish se lo reconoció con un asentimiento que el oficial agradeció y después se volvió hacia los soldados.

—¡Los exploradores que enviamos al otro lado informan de que tienen ganado! —gritó—. Despensas llenas. Incluso cerveza.

El sargento Apretado se frotó los ojos llenos de lágrimas.

—Benditos sean.

—¡Pero nadie avanza hasta que hayamos formado todos como los dioses mandan!

—¡Sí, señor! —fue el grito de respuesta. El capitán se volvió de nuevo hacia Rillish.

—Mis disculpas, puño —murmuró con la cara pálida.

—No pasa nada. Una especie de capricho... decidir cruzar hoy.

Una sonrisa fiera del comandante de la compañía.

—Sí. Buen día para un paseo.

—Sargento —exclamó Rillish por encima de los gritos y las órdenes que se ladraban.

—¿Sí, puño?

—Un consejo. Si alguna vez llega a puño, cámbiese el nombre. —Y azuzó su montura con la rodilla para quitarla de en medio, dejando al hombre allí frunciendo el ceño y rascándose la cabeza.

El capitán Apuestas contuvo a la multitud con la espada en la mano. Esperó hasta que la muchedumbre que ya atestaba el puente lo hubo cruzado y después permitió el

paso de los pelotones uno por uno. Rillish examinó la otra orilla. Los roolianos habían levantado barricadas con carretas volcadas, piedras y troncos amontonados. Melena Gris hizo que sus fuerzas formaran casi a la altura de las barreras, a la espera.

Los roolianos también estaban formando. Las fuerzas se iban concentrando. Ese asalto albergaba la promesa de terminar implicando a todos los combatientes de ambos bandos. Rillish imaginaba que Melena Gris no querría retirarse o ceder hasta haberse abierto paso, aunque eso significara luchar hasta bien entrada la noche. Rillish miró a su alrededor y encontró un mensajero.

—Para el capitán Apuestas. Que se contenga una cuarta parte de nuestras fuerzas. El mensajero hizo un saludo militar y salió corriendo.

Poco después, regresó el hombre y volvió a saludar.

—Saludos del capitán Apuestas, puño. Responde: «¿Una cuarta parte de nuestras fuerzas? Eso sería la lista de bajas por enfermedad».

¡Maldita Soliel! Era cierto. No tenían los recursos necesarios. Era ahora o nunca.

Un gran rugido animal de rabia tronó en las barricadas y el Cuarto Ejército se alzó al mando de un gigante de hombre con una armadura de bandas de hierro que levantaba dos espadas, y cargó.

Suth no podía creer lo que estaba viendo y oyendo mientras avanzaba dando tumbos por la orilla este del Ancy, muy por detrás de sus rescatadores. Las columnas atestaban el puente, los cuernos resonaban dando órdenes, y ya había choques en las barricadas de la orilla occidental. ¡Estaban atacando! ¡Y estaba ocurriendo sin él!

Una vez que los ayudaron a cruzar el Ancy, Suth le había hecho gestos al pelotón para que continuara; ya llevaban carga suficiente teniendo que transportar al todavía inconsciente adjunto y a Caballonuevo, que estaba demasiado débil para caminar. Él podía llegar solo. Tras un gesto de buena suerte, los rescatadores se habían alejado a la carrera, dejándolo a él para que los siguiera lo mejor que pudiera.

¡Y se ponían a atacar sin él! Y él, agotado y sin su armadura. Jamás iban a dejar que lo olvidara. Con los pies doloridos y la cabeza palpitándole, se fue en busca de su equipo.

Devaleth le dio las gracias al pelotón que le había llevado al adjunto, pero también los hizo salir sin perder ni un minuto. Cerró las solapas y se volvió hacia el joven echado en el catre. Era mucho peor de lo que había imaginado. Cortó el cuero y la tela alrededor de los mordiscos salvajes del muslo y el brazo, ya se habían enconado. Les aplicó un compuesto de hojas remojadas en una tintura que limpiaba heridas. En cuanto a la mente del guerrero, le puso una mano en la frente caliente y buscó, con gran vacilación, en sus pensamientos. Luego apartó de un tirón la mano, como si algo la hubiera picado.

Caos y confusión, sí, pero no estaba destrozada. Asombroso. La mente del adjunto debería estar aplastada de forma irrevocable, tanto que sería una bendición dejarlo irse. Quizá era porque el hombre aquel no era ningún mago. *Ningún talento*, como decían entre esos malazanos. *Ninguna maldición*, como decía ella.

Y sin embargo... había algo. Algo más profundo, más inquietante. Frunció la frente y se inclinó un poco más sobre los ojos del hombre. Estiró una mano, le levantó un párpado con el dedo y se apartó con un estremecimiento. *¡Que el ancestral la protegiese! Por un instante... pero no. Imposible. Tuvo que ser la luz. Eso no podía haber sido un fulgor de color ámbar.*

Habían dejado su equipo en el campamento. Entre muecas y siseos de dolor, se puso el jubón largo y acolchado y después se ató los cordones del camisote y las grebas. Con el yelmo puesto bajó cojeando hasta el puente. Un oficial montado, un teniente de reemplazo que actuaba en lugar del mando, pasó junto a él como un trueno y después se paró con un corcoveo.

—¿Qué está haciendo aquí? —preguntó.

Suth hizo un saludo marcial.

—Acabo de regresar de explorar en el norte, señor.

El oficial aceptó la respuesta con un gruñido.

—Está herido.

Suth se limpió la cara y se encontró con una capa de sangre seca que se desmenuzaba.

—No es nada, señor. Puedo luchar...

—Preséntese en la enfermería.

—Señor, no. Yo...

—¿No? —El oficial le dio la vuelta al caballo para mirarlo de frente—. ¡Le ordeno que vaya a la enfermería!

Suth se mordió la lengua. *¡Joder! ¡Deberías haber saludado sin más, so burro!*

—Sí... señor.

Con un gesto de advertencia, el oficial azuzó su montura y salió disparado, levantando tierra por el aire. Suth miró furioso el cielo cubierto de color gris ceniza y después se dirigió a las tiendas de la enfermería.

El enviado Enesh-jer observaba el enfrentamiento desde una ventana estrecha del piso superior de la torre de piedra de Tres Hermanas. Un rato antes había hecho llamar al comandante de campo, el duque Kherran, y estaba esperando con impaciencia su llegada.

Mucho más tarde de lo esperado, apareció el hombre con el yelmo en la mano y arrastrando el manto por el suelo. Su rostro redondo de luna relucía de sudor. El barro

le salpicaba la magnífica cota de malla y la sobrevesta de color marrón rooliano.

—Con el debido respeto, enviado, no es aconsejable sacarme de...

—¡Duque Kherran! —interpuso Enesh-ger—. Según mis últimas noticias el elegido del jefe supremo soy yo, y usted me tratará como tal.

El duque se puso rígido y cerró la boca de golpe. Hincó una rodilla en tierra, se inclinó y después se irguió.

Enesh-ger asintió.

—Eso está mejor. Bien... He estado observando el combate y me sorprende bastante ver que nuestras líneas, de hecho, han retrocedido. ¿Cómo es eso, duque, cuando di órdenes estrictas de que se barriera a esos invasores del puente?

El duque miró a Enesh-ger con un parpadeo, totalmente perdido. Al fin carraspeó y contestó.

—Por supuesto, enviado. Me ocuparé de ello en persona.

—Bien. Hágalo. Y duque... —Enesh-ger se inclinó un poco más hacia él—. Si no puede cumplir mis expectativas, recuerde que aquí hay muchos otros esperando su oportunidad.

El duque Kherran hizo otra reverencia con el rostro rígido.

—Enviado. —Y salió con paso firme.

Enesh-ger, con una mueca amarga, observó el barro que el hombre había arrastrado por toda la sala. Después regresó a la ventana. Tras él, las gruesas puertas se cerraron de pronto y el cerrojo se corrió con un traqueteo. El enviado giró en redondo.

—¿Hola? ¿Hay alguien ahí?

Un hombre vestido de riguroso negro salió de detrás de una exposición de iconos de la Señora tallados en marfil. Era bastante bajo y sonreía con unos dientecitos puntiagudos. El enviado retrocedió. El hombre cogió un icono de un estante y lo estudió.

—Recuerdas lo suficiente, ¿verdad, Enesh-ger?, para saber quién soy.

El interlocutor estiró la mano hacia atrás hasta que tocó una pared y después pegó la espalda a ella.

—Llamaré a los guardias.

El hombre señaló la entrada con el icono.

—Esas puertas están construidas para resistir un asedio.

El enviado levantó la barbilla, se pasó una mano por la pechera de sus túnicas y estiró los pliegues.

—No temo morir. La Señora me recibirá.

—Un auténtico creyente. —El hombre tiró el icono por encima del hombro y el objeto se hizo pedazos en las baldosas. El enviado hizo una mueca—. Te los encuentras... de vez en cuando. —El hombre se acercó a una de las ventanas

alargadas y se asomó—. ¡Ah! Se ha abierto paso. Le ha llevado más tiempo de lo que yo pensaba. —Guiñó un ojo al otro—. Supongo que le falta práctica.

Enesh-ger se deslizó por el muro hasta una ventana y echó un vistazo. Su rostro empalideció todavía más. Eran los invasores los que se habían abierto paso. Encabezaba la carga un gigante con armadura. Mientras el enviado observaba, el gigante apartó un carro volcado de un tirón y derribó soldados con golpes que los barrían del terreno.

—Una furia poco común, ese hombre —comentó el asesino.

—Tiene las dos espadas rotas —dijo Enesh-ger con asombro en la voz.

—Rompe todas sus espadas, sí, señor. —El hombre lo miró otra vez y enseñó los dientes puntiagudos—. Todas menos una.

El enviado se llevó una mano a la garganta.

—No. Me niego a creerlo. Mentiras.

La sonrisa del hombrecito era lasciva.

—Sí, es él. Tu viejo amigo, Melena Gris. He oído que os guarda cierto rencor a todos los traidores. Tú votaste para expulsarlo, ¿no?

Enesh-ger negaba con la cabeza, sin querer creerlo.

—Yeull me lo habría dicho.

—O no. —El hombre se apoyó en la ventana estrecha—. La pregunta es entonces... ¿te mato o no? ¿Quién va a ser? ¿Él o yo?

El enviado se irguió y se colocó de nuevo sus suntuosas túnicas de hilo de plata, después señaló al asesino con una sacudida de la barbilla.

—Tú.

El hombre sonrió. Unas dagas largas y delgadas se deslizaron en sus manos.

—Bien.

Devaleth se quedó muy pronto sin opciones con el adjunto herido. Le había limpiado las heridas lo mejor posible y había estudiado al hombre para diagnosticar lo que le aquejaba. El problema era que lo que le había pasado estaba muy por encima de sus bastante escasos conocimientos. Una especie de fiebre le recorría la sangre, seguramente infligida por los mordiscos. En cuanto a lo que su contacto, con la aparición de la Señora, podría haberle hecho a su mente, la bruja no tenía esperanza alguna de mejorar eso.

Alguien habló desde la parte delantera de la tienda.

—Maga de Ruse, ¿me permite entrar?

Devaleth se irguió y recurrió a su senda.

—¿Quién es usted?

—Soy Carfin, del Sínodo de Estigio.

¿El Sínodo de Estigio? Y ella que creía que era una simple leyenda, historias. Una

asociación de magos que se reunía a pesar de todos los esfuerzos de la Señora por destruirlos. La bruja se relajó un poco.

—Puede entrar —exclamó.

—Se lo agradezco.

Devaleth se estremeció y giró en redondo: el mago había hablado tras ella.

Era alto y delgado como un esqueleto, vestía unas galas oscuras y raídas: pantalones, chaleco y camisa. Los brazos entrelazados a la espalda, estaba estudiando al adjunto.

—Intenta sanarlo.

—Sí.

—En el Sínodo estamos de acuerdo en que hay que sanarlo. Algunos de nosotros prevemos un papel para él.

—¿Un papel? ¿En qué?

La mirada del hombre no había dejado al adjunto. Frunció los labios con desagrado.

—Esto es ajeno, sin duda.

—¿A qué se refiere? ¿Ajeno... cómo?

—Por desgracia... lo que lo aqueja no se puede tratar de ningún modo mundano.

Devaleth dejó escapar un gran suspiro.

—Entiendo.

El hombre bajó la cabeza para estudiarla por debajo de los mechones fibrosos de cabello negro.

—Sí. Uno de nosotros, o los dos, debemos acceder a nuestras sendas.

—Ah. —Y hacer caer a la Señora sobre ellos. Quizá sanaran al adjunto, pero entonces uno, o ambos, terminaría muerto o no mucho mejor que el adjunto en esos momentos—. No sé si estoy lista para eso.

—Nadie lo está —dijo alguien desde las solapas, y tanto Carfin como Devaleth saltaron lateralmente para mirar al recién llegado. Era un hombre mayor, con barba y ropas ajadas y manchadas por los viajes.

—¿Totsin? —dijo Carfin con los ojos entrecerrados—. En el nombre de los antiguos, ¿se puede saber qué estás haciendo aquí?

El hombre entró y cerró las solapas tras él.

—He venido a ver qué puedo hacer.

Carfin volvió la mirada hacia el adjunto.

—Bueno. Ya es tarde, puñeta, pero bienvenido, supongo.

El hombre, Totsin, se inclinó ante Devaleth.

—Maga de Ruse, presumo que no muchos de los mare se han unido a los invasores...

Devaleth le dedicó una sonrisa débil.

—No muchos. ¿Está con este Sínodo?

—Desde hace bastante, sí. —Señaló al adjunto—. ¿Cuál es su intención?

—Ha de ser sanado por medio de una senda.

—Ah...

Devaleth asintió.

—Sí.

—¿Quién? —preguntó Totsin.

—Estamos... considerándolo —respondió Carfin. Olisqueó al adjunto y arrugó la nariz—. Terriblemente ajeno.

Totsin se alisó la barba canosa.

—Si ha de hacerse, entonces, bueno, yo no tengo opción de huir. En cuanto a nuestra anfitriona, bueno, no estamos en el mar...

Carfin ladeó la cabeza, parecía un cuervo alto y demacrado.

—Estás sugiriendo...

El más anciano alzó las manos en un encogimiento de hombros que reflejaba su impotencia.

—Bueno, si ahora es el momento de comprometerse del todo, como el Sínodo parece haber votado...

El mago alto pasó una mano por el borde del catre y se llevó la otra al pecho.

—Cierto, Totsin. Aunque, viniendo de ti, es toda una sorpresa.

Devaleth los miró a los dos.

—¿De qué están hablando? —quiso saber.

Totsin se inclinó.

—Aquí Carfin es un mago de la Oscuridad, Rashan, creo que la llaman los malazanos.

—Ya veo. —Así que Carfin podía sanar al adjunto y después huir a la senda de Rashan con la esperanza de deshacerse de la Señora. Parecía bastante sencillo—. Sin embargo... usted es reticente... teme el ataque de la Señora, por supuesto...

Carfin negaba con la cabeza, casi sonrojado. *El hombre no tiene miedo... ¡de hecho, parece avergonzado!* Se aclaró la garganta.

—Al contrario que Ruse, señora, los que estamos aquí, bajo el dominio de la Señora, pocas veces osamos ejercer nuestro, eh, talento. Lo cierto es que, aunque sé cómo hacerlo, en realidad nunca he entrado en Rashan...

Oh. Oh, vaya.

—Y así, tras entrar... —continuó Carfin—, no tengo forma de saber si seré capaz de regresar... si comprende el dilema.

—Sí —dijo Devaleth en voz baja, y rozó el brazo masculino—. Lo entiendo. —Miró a Totsin—. ¿Y qué hay de usted? Usted parece dispuesto a empujar a los demás.

El otro levantó las manos con gesto de disculpa.

—Mis talentos corren en, eh, otras direcciones.

El mago alto y pálido cogió la mano de Devaleth y le besó el dorso.

—Señora, no hay de qué preocuparse. Lo haré. Es algo que debería haber hecho hace mucho tiempo, en cualquier caso. —Miró al más mayor—. Totsin. Te lo agradezco. Que tú, de todos nosotros, hayas sido el que ha dado un paso adelante me ha alentado. Mi más sincero agradecimiento.

El mago más maduro se pasaba los dedos por la barba desastrada con la mirada clavada en el adjunto.

—Sí. Ahora es, desde luego, el momento de actuar.

—Los dos deberíais esperar fuera.

Devaleth asintió. Cogió las manos del hombre en las suyas.

—Mi agradecimiento. —El otro se inclinó con gesto formal.

Ya fuera, Devaleth se concentró en vaciar su mente de toda preocupación por lo que estaba ocurriendo en el interior. Dio la espalda a la tienda para observar el enfrentamiento en la otra orilla. Parecía que la infantería, incluso con la ayuda de Melena Gris, todavía tenía que abrirse paso. Igual que la última vez. Un frente demasiado estrecho para llevar a cabo el asalto. Y estaban todos tan débiles, famélicos, enfermos.

Totsin se había alejado y estaba dando patadas en el suelo con las manos entrelazadas al frente.

Aunque Devaleth estaba preparada para ello a nivel subconsciente, el surgimiento repentino de la conciencia de la Señora y su ferocidad la dejó anonadada. Tras ella, la tela de la tienda ondeó y se rasgó como si una explosión silenciosa de municiones se hubiera desatado en el interior. Un poste se arrancó y cayó doblado. La bruja lanzó una mirada alarmada a Totsin, que se había vuelto con la mirada entornada. El hombre encogió sus estrechos hombros.

Devaleth se acercó a la tienda mientras hacía un gran esfuerzo por contener cualquier sondeo.

—¿Carfin? —lo llamó. No respondió nadie. Devaleth apartó un poco la tela y se asomó a la oscuridad—. ¿Carfin?

Totsin entró tras ella. La bruja encontró al adjunto como antes: echado de espaldas, tranquilo. Pero estaba solo y las posesiones de la mujer habían quedado reducidas a simples restos. O bien la Señora se había llevado al mago de la Oscuridad o este había escapado. Había hecho su propia profesión de fe.

Devaleth se apresuró a poner una mano sobre la frente del joven adjunto y dejó escapar un largo suspiro de alivio.

—La fiebre ha remitido. Su mente está... en calma. Duerme.

—Así que lo consiguió —caviló Totsin desde la entrada—. Estoy asombrado.

Algo en la actitud del mago molestó a Devaleth.

—Debería estar agradecido.

—Y... ya no está. —El hombre la estaba estudiando con las manos sueltas a los lados—. ¿Qué hay de usted, maga de Ruse? Tiene que ser duro, estar tan lejos del mar abierto, de la fuente de su poder.

Mientras buscaba un paño limpio y agua, Devaleth le contestó sin prestarle demasiada atención.

—No tengo que estar en el mar para recurrir a ella.

—Ah. Pero está debilitada, ¿sí? ¿Por esa separación?

Devaleth dejó de rebuscar con la vista entre las ollas y cajas esparcidas y miró al otro mago, que permanecía en la entrada. Sus ojos tenían un brillo extraño en la oscuridad.

—¿A qué se refiere?

El hombre pareció a punto de decir algo. Alzó las manos hacia ella.

Y entonces alguien abrió de golpe la solapa de la tienda tras él.

Suth estaba sentado en la hierba, fuera de una de las tiendas de la zona de enfermería, esperando a que lo viera uno de los sajahuesos a los que habían enviado con la fuerza expedicionaria. Personalmente, él no tenía ninguna fe en ellos, aunque comprendía el uso de hierbas, emplastos y demás cosas para curar la enfermedad y la fiebre y limpiar la putrefacción de las heridas. También aceptaba la necesidad de drenar la sangre negra que a veces puede sobrevenir incluso a los cortes más pequeños. A todas esas curaciones y procedimientos mundanos se sometía a regañadientes, a todo excepto cuando se trataba de heridas en la cabeza. Por lo que él había visto mientras crecía en las llanuras dalhonesias, las heridas en la cabeza eran un misterio para todos, incluso para esos que se hacían llamar sanadores. Prescribían las cosas más extrañas, desde golpes en la sien hasta abrir agujeros en el cráneo para sacar la «presión».

Juró que, si intentaban algo parecido, saldría de esa tienda más rápido que la mierda de uno de esos soldados malos del estómago que lo rodeaban. Del combate del otro lado del río le llegó un gran rugido y se levantó de un salto. Parecía haber movimiento en el frente, ¿se habían abierto paso? ¡Maldita fuera! ¡Y él allí, empantanado!

Un hombre se reunió con él. Tenía la pechera de la camisa empapada, la sangre le chorreaba hasta el suelo y se estaba limpiando las manos en un trapo sucio.

—¿Qué pasa? —preguntó el tipo.

—Podríamos estar avanzando.

Un gruñido y el hombre lo miró de arriba abajo.

—En el nombre de Togg, ¿se puede saber qué estás haciendo aquí?

Suth se señaló la cabeza.

—Me caí en una roca.

—Puedes caminar, hablar... estás bien. Largo, coño. Ya hay suficiente con lo que hay.

Suth hizo un brusco saludo militar.

—¡Sí, señor! —Y salió disparado ladera abajo.

De camino al puente, observó la tienda de la maga suprema. Se inclinaba hacia un lado como un borracho, la tela rasgada por algunos sitios, como si la hubieran atacado. *¡Donde dijeron que iban a llevar al adjunto!* Corrió hacia allí.

Abrió de un tirón la solapa y un anciano al que nunca había visto se volvió hacia él. El tipo hizo un gesto y se le abrió la boca. Suth reaccionó de forma automática y su espada saltó a la garganta del hombre.

El hombre cerró la boca de golpe.

—¡No pasa nada, soldado! —exclamó una voz desde dentro—. ¡Relájate! —La maga suprema se adelantó, apartando la tela combada.

Suth inclinó la cabeza.

—Maga suprema. —Y envainó la espada.

—Maga suprema... —dijo sin aliento el hombre, algo le tomaba la voz.

—Solo un título honorario —le dijo ella.

El hombre se llevó una mano temblorosa a la garganta.

—Quizá será mejor que me vaya —dijo.

—Si es lo que debe hacer —respondió la maga suprema, los ojos entrecerrados.

—Sí. Por si ella regresara. Hasta que nos volvamos a encontrar, entonces. —Y se inclinó.

La maga suprema inclinó la cabeza apenas.

—Hasta entonces.

El hombre rodeó a Suth, dejando amplio margen, y bajó la ladera. Suth lo vio irse y entonces recordó por qué había ido.

—El adjunto, ¿cómo está?

La maga suprema apartó la mirada de la figura que se retiraba. Un ceño fruncido se convirtió en una sonrisa, en las mejillas rollizas se dibujaron unos hoyuelos.

—Creo que está bien, soldado. Creo de verdad que se recuperará.

Suth dejó escapar una gran bocanada de aire.

—Mi agradecimiento, maga suprema.

—No me des las gracias a mí. Aunque quizá yo debería dártelas a ti —añadió con tono pensativo.

—¿Disculpe, maga suprema?

—Nada. Y ahora, sin duda deseas regresar al combate, ¿no es así?

—Sí.

—Muy bien. —Lo mandó marchar con un ademán—. Vete, vete.

Suth se inclinó, se dio la vuelta y corrió ladera abajo lo mejor que pudo. Iba a trote corto, la mano en el yelmo y una mueca de dolor cada vez que se le clavaba en la herida; se preguntó si debería haberle dicho a la maga suprema que, por un instante, habría jurado que había visto intenciones asesinas en los ojos de ese tipo. Pero eso no se mencionaba a una maga suprema basándose solo en una impresión fugaz, ¿no? No si no querías meterte en un montón de líos. Y él ya se había perdido bastante del puñetero combate.

Los guardias malazanos apostados ante las puertas de los aposentos del enviado saludaron y se apartaron para dejar paso a Melena Gris. Este entró y se quitó el yelmo, que estrelló sobre una mesa muy oportuna, un movimiento que esparció iconos y pequeños relicarios. Se quitó también los guanteletes ensangrentados y examinó la habitación. Un hombre vestido todo de negro (pantalones negros, camisa negra de algodón y chaleco negro) estaba sentado en un sillón afelpado, fumando. Algo que podría ser un cuerpo yacía en el suelo, oculto bajo una suntuosa sábana de seda.

Melena Gris metió de golpe el guantelete en el yelmo y después quitó un pañuelo blanco que envolvía una estatua alta de la Señora y se secó el sudor que le bañaba la cara y la sangre que le manchaba las manos.

—¿Cuántos más sois, ocultos como piojos? —preguntó.

El hombre sonrió, lo que reveló unos dientecillos blancos.

—Yo soy más bien un trabajador por cuenta propia.

El puño supremo se limitó a exhalar por la nariz con bastante estrépito. Señaló el cuerpo con la barbilla.

—¿Es este?

—En carne y hueso.

Todavía limpiándose las manos, Melena Gris usó una bota embarrada para apartar la tela. Se quedó mirando la cara pálida un rato.

—Enesh-jer —dijo en voz baja.

—¿Lo conocías?

El puño supremo frunció el ceño al oír la pregunta.

—Sí. Lo conocía bastante bien.

El hombre estaba estudiando su fina pipa de caolín.

—¿Qué quieres que se haga con él?

Melena Gris se quedó mirando el cuerpo un rato.

—Antes quería esa cabeza en una pica. Ahora, me da igual. Que lo quemem con el resto.

El hombre tosió un poco, cubriéndose la boca, y miró de nuevo al puño supremo.

—Estos roolianos no quemem a sus muertos. Los entierran.

—No tenemos tiempo. —Tiró el pañuelo ensangrentado sobre el cuerpo—. Ocúpate de ello.

El hombre hizo una vaga inclinación cuando el puño supremo recogió su yelmo y salió con paso airado. Se quedó sentado un rato, dándose golpecitos en la mano con la pipa y frunciendo el ceño.

Ivanr optó por caminar en lugar de viajar en el gran carro de dos ruedas que había llevado a Beneth. El vehículo era suyo ahora, albergaba la tienda, el brasero y unos cuantos objetos sencillos que pertenecían al líder espiritual del Ejército de la Reforma. Había guardado la espada y la armadura y vestía capas de ropas sencillas y un manto para defenderse del invierno. Utilizaba un bastón, sí, pero aparte de una espada corta oculta bajo el manto, no parecía portar armas. Los que se hacían llamar su escolta lo rodeaban como antes, pero a una distancia mayor, más respetuosa (y menos visible).

Al caminar de ese modo sentía que podía hacerse una idea mucho mejor del ejército. La infantería, hombres y mujeres, lo llamaban o se inclinaban para reclamar su atención y él escuchaba sus comentarios. Con frecuencia solo pretendían que los tranquilizaran y les dijeran que estaban haciendo lo correcto, una tranquilidad que él proporcionaba sin reservas. A medida que pasaban los días, vio una necesidad incluso mayor de ese consuelo... o, se atrevería a decir, esperanza. ¿Era ese el gran secreto de liderar cualquier revolución? ¿Que en realidad todo lo que se necesitaba era la seguridad, la fe, de que lo que hacían estaba bien? Al menos Ivanr sentía en el fondo que su objetivo era deseable. Quizá eso fuera todo lo que él, al menos, necesitaba.

Por la noche, Martal, y a veces el comandante de caballería Hegil, lo visitaban tras la cena. Estas reuniones informales de mando eran silenciosas e incómodas, el recuerdo de Beneth seguía estando demasiado vivo. Básicamente, Ivanr le hacía a Martal preguntas sobre el objetivo estratégico de la campaña. Al parecer, todo se reducía a marchar sobre Anillo y derrotar al Ejército Imperial ante sus murallas.

—Muy... ambicioso —fue el comentario de Ivanr—. Sabes que te estarás enfrentando a la flor y nata de la aristocracia jourilana. Cientos de caballería pesada que luchan con lanza y espada. Solo con lo que pesan y la impresión ya pueden acabar con esas formaciones de picas.

—Es posible —admitió Martal.

—¿Y qué hay de ti, Hegil? Tú sabes a lo que nos vamos a enfrentar.

El aristócrata se recostó sobre los cojines y tomó un sorbo de su taza de té con miel. El hombre estaba casi calvo, se le había caído el pelo de llevar yelmo la mayor parte de su vida adulta.

—Sí, Ivanr. No serán caballería ligera, ni lanceros. Pero siempre hemos sabido en qué acabaría todo. Desde el comienzo Beneth lo sabía. Él y Martal elaboraron una

estrategia para apoyar las escuadras de picas.

—¿Y es? —Ivanr se volvió hacia Martal.

El cabello corto y negro de la mujer relucía de sudor y aceite. Se encogió de hombros, la boca con una mueca hosca.

—Nos llevamos nuestra propia fortaleza.

Ivanr la miró, a la espera de más, pero ella no levantó los ojos. ¿Eso era todo lo que le iban a decir? ¿Debería presionar más, delante de Hegil? Ella podía negarse en redondo a hablar... Muy bien. Esperaría. Volvería a presionar al día siguiente.

Poco después Hegil se aclaró la garganta, se inclinó ante Ivanr y se fue a su tienda. Martal también se levantó.

—Por favor —la invitó Ivanr—, ¿no quieres quedarte un poco más?

Ella asintió con gesto rígido, pero se sentó. Ivanr la estudió con más atención mientras la mujer mantenía la mirada apartada. La nariz aplastada, las cicatrices de cortes de espada en los antebrazos y las marcas de golpes con objetos contundentes en la mejilla, ¿dónde había adquirido esa mujer su adiestramiento militar? Desde luego no en una academia jourilana y tampoco entre los dourkanos. Sin embargo, era obvio que había visto combates toda su vida.

—No eres de Puño, ni de Jasston, ni de Katakan. ¿De dónde eres?

Una sonrisa de nostalgia acarició la boca femenina, pero seguía apartando la vista cuando contestó.

—Nací en una ciudad pequeña llamada Netor, en las llanuras bloorianas.

—Bloor...

—Soy taliana de nacimiento. Lo que tú llamarías malazana.

Ivanr no sabía cómo reaccionar. ¡Por todos los dioses! Si eso se supiera... No era de extrañar la distancia. El aire de misterio que rodeaba a esa Reina Negra era por un buen motivo.

—Estoy... asombrado —consiguió decir. Ella era el enemigo. Los extranjeros codiciosos que les podían robar su tierra, o eso decía el saber popular.

—Cómo es que... —Claro, por supuesto.

La mujer asentía.

—Sí. La invasión. Crecí siendo la hija de un pequeño terrateniente en la frontera con un país vecino. Siempre hubo incursiones y choques por el control del territorio. Experimenté mi primera batalla (ellos eran siete contra cinco de nosotros) cuando tenía trece años. Poco después me escapé de casa para unirme al Ejército Imperial. Era capitán del Sexto Ejército cuando desembarcamos en Puño.

—¿Y... desertaste?

Si la mujer se ofendió, no lo mostró. Su expresión se hizo más lúgubre mientras estudiaba la pared contraria de la tienda.

—Ya habrás oído las historias, ¿no? Melena Gris, Empuñapiedras, denunciado

por el alto mando malazano. Por traicionar al ejército, o alguna tontería parecida.

O asociarse con los jinetes de la tormenta para socavar a los korelrianos.

La guerrera se encogió de hombros.

—En cualquier caso, lo apoyé con demasiado empeño. Cuando lo expulsaron tuve que huir, o enfrentarme al cuchillo. —Volvió a encogerse de hombros—. Más o menos eso es todo. Vagué por ahí, no pude encontrar un medio de transporte para salir del subcontinente. Un intento de viajar al sur por tierra me trajo hasta Beneth. Y él me salvó la vida.

—Entiendo —dijo Ivanr sin aliento. ¿Qué otra cosa se podía decir ante semejante historia? *Dioses benditos, ¿no sois más que simples manipuladores del azar y el destino?* No era de extrañar que hasta el momento sus tácticas hubieran derrotado a los jourilanos. Ivanr sabía que su tierra era demasiado tradicional en sus métodos, estaba demasiado apegada a las formas conocidas de hacer las cosas. Esa mujer llegaba adiestrada en una tradición que se había hecho famosa por adherirse de la forma más pragmática a lo poco convencional. Esos malazanos adaptaban lo que funcionase; y en opinión de Ivanr, eso era de admirar, aunque tal flexibilidad y adaptación les sirviera mal en esas tierras, convirtiéndolos en malazanos solo de nombre y nada más.

Martal se inclinó y se fue poco después; Ivanr la dejó irse. Guardó la revelación en lo más profundo de su mente (nadie podía saber nada), y parte de él, la parte táctica, no pudo evitar admirar cómo, en una simple pincelada, esa admisión, la intimidad del secreto, se había ganado por completo su confianza.

E intentó no darle vueltas a la conversación hasta que llegó recado al Ejército de la Reforma del advenimiento de una segunda invasión malazana.

Unos días después un correo llamó a Ivanr a la tienda de mando. Allí se encontró a Martal y otros oficiales menores, incluyendo a Carr, convertido en capitán, interrogando a un sudoroso y agotado ciudadano.

—¿Qué pruebas había? —preguntaba Martal.

El hombre, vestido como un trabajador normal, parpadeó, inseguro.

—No hay pruebas, comandante. Pero todo el mundo estaba de acuerdo. La compañía entera del barco vibraba con la noticia. Navíos malazanos habían roto el bloqueo de Mare.

Ivanr miró con intensidad a Martal. La mujer no se volvió hacia él.

—¿La compañía del barco? ¿Cuántos? —preguntó otro oficial.

—Más de doscientos, señor.

—¿Y todos estaban de acuerdo?

El hombre se sonrojó.

—No les pregunté a todos. Pero todo el mundo estaba hablando a la vez en el

muelle y ninguno contradecía ni discrepaba de los otros. Todos traían la misma noticia.

—¿Y este navío procedía de Estigio? —preguntó Carr.

—Sí, señor. De Mortaja. Todos decían que vieron señales de que Estigio se estaba preparando para la invasión.

Otra persona entró detrás de Ivanr y todos los oficiales se quedaron mirando, en silencio. Ivanr se volvió: era la maga, la hermana Gosh, con sus capas de faldas embarradas, los chales y el pelo desgredado del color gris del hierro. Martal alzó una mano.

—No pasa nada. Es bienvenida.

—La noticia es cierta —dijo la hermana Gosh—. Una segunda invasión malazana.

Martal miró furiosa a la anciana.

—Todo el mundo fuera —dijo entre dientes. Los oficiales salieron en fila. La hermana Gosh e Ivanr se quedaron. Una vez solos, Martal se dirigió a la bruja con voz áspera—. Tú lo sabías.

—Oh, sí. Pero no me habrías creído. Yeull, el jefe supremo, ha conseguido mantenerlo en secreto. Pero las fuerzas malazanas marchan sobre él y una flota extranjera ha entrado en el estrecho de Aguanegra.

Martal cruzó el espacio que la separaba de una mesa surtida de pan y queso, carne, vino y té, pero no tocó nada y solo les dio la espalda.

—Ese hombre, uno de los agentes de Beneth en Dourkan, también mencionó ciertos rumores (apenas creíbles) sobre quién encabezaba esta invasión...

—Sí —dijo la hermana Gosh en voz baja, su expresión se ablandó—. También son ciertos.

La cabeza de la mujer se hundió y apoyó buena parte de su peso en la mesa. Ivanr miró a la maga.

—¿Quién? ¿Quién es?

La hermana Gosh se sentó sin prisas en unos cojines.

—Creo que no nos vendría nada mal un poco de té. —Miró a Ivanr y levantó una ceja.

Ah. El hombretón fue hasta la mesa y sirvió tres vasos pequeños. Uno lo dejó con Martal, que no se había movido, ni siquiera lo había saludado. Uno se lo dio a la hermana Gosh y él se sentó con el último.

—La segunda invasión la encabeza el hombre que encabezó la primera —le dijo la hermana Gosh.

La mirada de Ivanr se posó de repente en la espalda rígida de Martal. Pero eso significaría...

—Imposible. Se lo desacreditó, fue denunciado. ¿Cómo podrían restituirlo a su

puesto? —El mismo hombre al que Martal se negó a condenar, a costa de su carrera, casi de su vida. Empuñapiedras. El Traidor, como lo llamaban los korelrianos.

Sin dejar de mirar la pared de la tienda, Martal habló, su voz casi sobrenatural.

—El culto se ha erradicado de estas tierras, pero los malazanos rendimos homenaje al azar, o al destino, en la persona de los gemelos. Oponn, el dios de la suerte de dos caras. —Sacudió la cabeza—. Quién lo habría imaginado...

—Creo que Beneth —dijo la hermana Gosh.

Martal se volvió y por un instante fugaz Ivanr sorprendió algo en su mirada, algo parecido a la esperanza, o a un anhelo desesperado, antes de que la máscara fría y dura habitual en la mujer se reafirmara, y él sintió una punzada de desilusión. *Yo no soy ningún Beneth. Para esta mujer no puede haber otro Beneth. Como la lealtad a su antiguo comandante, la devoción de esta mujer no es fácil ganársela, pero una vez entregada, jamás se retira.*

—¿Cómo es eso? —preguntó Martal, que se cruzó de brazos y se apoyó en la mesa.

Al contrario que tantos otros, la hermana Gosh no se encogió bajo la mirada dura de la comandante.

—Piensa en el momento. Beneth lleva décadas ocultándose en las montañas, recibiendo peregrinos, librepensadores, todos los privados de sus derechos y desencantados, y los enviaba de regreso al mundo convertidos en sus agentes y misioneros, a cada ciudad, para fundar sectas y congregaciones de hermanos. En pocas palabras, estaba poniendo las bases para revolucionar la sociedad entera. Y entonces, de la nada, de forma espontánea, inconcebible, llega su sacerdotisa para prender tormentas de fuego de levantamientos e insurrecciones declaradas por todo Jourilan. Sin embargo, Beneth sigue sin actuar. Espera años. ¿Por qué?

Con los ojos entrecerrados, Martal casi lanzó un gruñido burlón.

—¿Estás sugiriendo que estaba aguardando esta segunda invasión?

La anciana alzó los hombros envueltos en chales.

—Piénsalo. De repente, este año, desciende de la seguridad de la montaña para llevar una presencia organizativa central a esta guerra y reforma de Jourilan. ¿Por qué este año? Quizá en sus visiones lo viera.

—Coincidencia —se mofó Martal.

—¿Coincidencia? —respondió la hermana Gosh, una pequeña regañina en su voz—. ¿Tú que invocas a Oponn?

—Alguien tenía que actuar —caviló Ivanr, casi para sí—. La sacerdotisa prácticamente me dijo que no iba a luchar.

Un largo silencio siguió a ese comentario, Ivanr levantó la mirada y parpadeó.

—¿Sí?

Las dos mujeres lo miraban.

—¿La conociste? —dijeron al unísono.

—Bueno, sí.

—¿Cuándo...? —empezó la hermana Gosh.

—¿Qué dijo? —exigió Martal.

—Ella... —*¡Dioses, me pidió que me sentara a su lado... y yo la rechacé!* Ivanr tragó saliva, conmocionado—. Me... dijo... es decir, dijo que creía que yo iba por el buen camino... —Se frotó la frente, de repente caliente y sudorosa—. Parecía estar...

Creía que yo había llegado al camino de forma intuitiva, había dicho. ¡Por la carcajada de los dioses! ¡Estaba intentando tranquilizarme! Se llevó un trozo de tela a la frente y se aclaró la garganta.

—¿Cómo era? —preguntó la hermana Gosh.

¡Dioses! ¿Cómo era? Se secó la cara con la tela e hizo un esfuerzo por hablar.

—Era joven. Demasiado joven para lo que había experimentado. En las manos, los brazos delgados y el cuerpo, había cicatrices de palizas. De una vida de duro trabajo manual. De hambre. Y había sangre, también, en su pasado. Había hecho cosas que la atormentaban. Vi todo eso en sus ojos. Lo oí en sus palabras... —La voz se le fue apagando hasta desaparecer, no lo soportaba más.

—No lo sabía —oyó decir a Martal en voz baja.

Cuando Ivanr levantó la cabeza, las mujeres se habían ido y él estaba solo. Se quedó sentado, mirando la nada, desolado de repente. Cómo podía él... ¡Él no era nada! ¡Un desgraciado! ¡Cualquier comparación sería risible! ¡Una burla! Cómo se atrevía él a pasearse como su... como una especie de... no. Imposible. Debería escabullirse y meterse en un agujero.

Y sin embargo... ella había acudido a él. Ella lo había elegido a él. ¿No debería él tener fe *¡Fe! Dioses, no os riais...* en el juicio de aquella joven? Si él tenía confianza en ella, ¡y la tenía! La sentía... ¿no debería entonces honrar sus decisiones?

Pero era difícil. Al mirar al futuro veía que abrazar el camino de aquella mujer sería la vocación más desafiante, la más difícil que podía asumir. A la luz de eso, todo lo que había hecho hasta la fecha solo podía verse como una preparación. Así fuera. Si era digno o no ya no venía al caso. Solo en la práctica se puede tomar la medida, y solo en retrospectiva.

Esa tarea se la dejaría a otros.

La tormenta fue de las más violentas que Hiam hubiera presenciado. Entre las cortinas torrenciales de granizo observó olas gigantes del tamaño de montañas llegar a estrellarse como corrimientos de tierras. Las reverberaciones de sus impactos sacudían incluso las piedras de donde estaba, en los límites superiores de la Gran Torre. Las nubes se acumulaban tan bajas que parecía que la propia muralla de las Tormentas les impedía el paso, mientras que por arriba todo el fulgor de color zafiro

y esmeralda de los jinetes se ondulaba y bailaba. Era como si lo supieran de algún modo. Como si pudieran percibir de alguna manera que ese era su momento.

Lo más cerca que quizá llegaran jamás.

Pero no la victoria. Eso nunca. Él no lo permitiría. Quizá la diosa decidiera poner a prueba a sus instrumentos hasta el límite... pero no se romperían.

Resistirían.

La pesada puerta de tablones de su apartamento traqueteó y Hiam cerró y atrancó la contraventana contra la tormenta. Quint entró, el manto ceñido a su alrededor, lanza en una mano, yelmo en la otra. Acababa de llegar del muro y Hiam notó que las energías persistentes de los hechiceros enemigos, los empuñavaritas, resplandecían como un aura alrededor de la punta afilada de la lanza.

—Mariscal del muro, ¿qué te trae aquí en esta malhadada noche?

Quint se apretó contra el escritorio. Había crispación en su cara marcada, los ojos eran ranuras oscuras para defenderse de la luz de los aposentos.

—¿Dónde está Alton? —susurró. Hiam hizo una mueca; había temido ese momento, sabiendo que era inevitable. Cogió aire para hablar, pero el mariscal del muro continuó—. ¿Dónde está Hiel? ¿Lanzalarga? ¿Fue? —Hiam alzó una mano y pidió silencio con un gesto de la cabeza, pero el hombre siguió penosamente, con la voz quebrada—. No los encuentro por ninguna parte. Nadie sabe dónde han ido. —Dejó el yelmo en el escritorio y cogió la lanza con los puños apretados y llenos de cicatrices, los nudillos blancos.

—Puedo responder a eso, Quint... —empezó a decir Hiam, pero lo volvieron a interrumpir.

—El mariscal de sección Courval ha desaparecido. Un veterano de quince temporadas en el muro. Uno de los mejores. A él también se le ha dado un nuevo destino. Lord protector... ¿qué has hecho?

Hiam levantó las dos manos.

—Tranquilízate, Quint. Sabía que no estarías de acuerdo y por eso no te informé. Actué según mi autoridad.

—¿Para hacer qué? —Alzó la barbilla y señaló la ventana, la tormenta, el mar que había más allá—. ¿Para debilitarnos justo ahora? ¿En nuestro momento de mayor necesidad?

Hiam lo observó, fascinado, mientras esa punta de lanza afilada iba bajando hacia su pecho. Por extraño que fuera, no sintió miedo alguno. *Dejo que la Señora decida... como le plazca.*

—Tienes razón, Quint. Se los ha apartado a todos del muro.

—¿Dónde? —jadeó el hombre, parecía a punto de llorar.

—Un intercambio, Quint. El jefe supremo Yeull de Rool ha prometido diez mil soldados por cien guardias de la tormenta. ¡Soldados, Quint! No prisioneros

famélicos y acobardados ni reclutas amenazados. Hombres adiestrados en la lucha.

El otro sacudía la cabeza, los ojos llenos de lágrimas.

—Diez... Idiota... se está riendo de ti. Los han invadido, ¡jamás enviarán a ninguno de ellos!

La lanza ya casi estaba a su altura. *Así que va a ser el filo para mí, ¿no, Quint?* Hiam luchó por mantener la voz neutra.

—Entonces Courval regresará. ¿De verdad crees que esos roolianos podrían detener a cien guardias de la tormenta?

El mariscal del muro tomó una bocanada de aire estremecida. Le temblaban los brazos, y Hiam supo que no era de agotamiento. La hoja se alzó solo unos milímetros.

—No. Nadie en toda esta región podría detenerlos. El mariscal de sección Courval verá la imposibilidad de ese intercambio y regresará. Y cuando lo haga... — El cabo de la lanza golpeó las piedras—. Celebraremos una asamblea sobre tu liderazgo, Hiam. Eso te lo juro.

Hiam inclinó la cabeza en un asentimiento.

—Estoy de acuerdo, mariscal del muro. Hasta entonces. —Esperó hasta que Quint fue a abrir la puerta y después volvió a hablar—. Tengo ante mí apuntes de los escribanos de tu intendente, Quint. ¿Eras consciente de las muchas solicitudes del maestro ingeniero Stimins?

Desde la puerta, el otro hizo una mueca de impaciencia.

—¿Qué?

—Dinero para peones. ¿Para herramientas, piedra, cadena, cuerda y demás equipo parecido?

—¿Qué me importan a mí las piedras y la cuerda de ese hombre?

—Pues deberían, Quint. Si fuera tú, me preocuparía mucho más el continuo trabajo de construcción de Stimins que mis, bueno, poco ortodoxos esfuerzos por reforzar nuestro número.

El mariscal del muro desechó las palabras de Hiam con un ademán brusco y dio un portazo tras él.

Hiam se quedó sentado un rato en la oficina mal iluminada. Tras las contraventanas, el viento aullaba y azotaba como un demonio intentando abrirse paso. *Guardaste silencio sobre ello, Stimins. No lo habría averiguado si no hubiera sido por el siempre concienzudo Shool. Por favor, que no sean los cimientos de detrás de la torre del Viento. ¿Cuáles habrían sido sus palabras? Puede que tengamos cien años... o uno.*

Pobre Quint. ¿No vio que si estos esfuerzos desesperados por agarrarnos a clavos ardiendo fracasan, todos estaremos demasiado ocupados para revisar liderazgos? ¿Quizá debería renunciar? Ahorrarle la molestia. Estaría bien

enfrentarse a ellos lanza en mano otra vez cuando...

Pero no. Ese es un pensamiento indigno. ¡Perdóname, Santísima Señora! No debo sucumbir a la debilidad. Prevaleceremos como siempre hemos hecho. Demasiado descansa sobre nuestros hombros. ¡Las vidas de cada hombre, mujer y niño de esta región hasta los Yermos de Hielo dependen de nosotros!

Hiam se llevó las manos a la cara caliente y sintió la humedad en los ojos. Perdona mi debilidad, Señora. Sí, aunque la sombra de la duda me envuelve, no vacilaré...

Por alguna razón, Shell no había anticipado que los separarían. Lo hicieron con pericia, con una eficacia brutal nacida de siglos de manejar cautivos. Lazar había encabezado la fila de esposados (ya fuera por azar o adrede), Shell lo seguía, después Penas y por último Dedos. Su escolta los iba azuzando por una cuesta escarpada que atravesaba una ciudad cuyos abrigados habitantes casi ni levantaron la vista de sus tareas diarias; solo una fila más de condenados de camino a una muerte anónima en el muro. Subieron a una fortaleza achaparrada que se refugiaba a medias bajo una ladera rocosa que se alzaba todavía más. Una vez dentro de la fortaleza, los llevaron entre empujones y tirones por una serie de pasillos subterráneos. Después de tanta marcha, Shell ya estaba perdida por completo; se habían metido en lo que parecía un complejo subterráneo muy extenso. Puertas pesadas ribeteadas de bronce salían de los pasillos y daban a habitaciones diminutas, celdas quizá, y otros pasillos.

Sin advertencia previa, unas verjas con barrotes se cruzaron de golpe en el estrecho pasillo por el que caminaban y separaron a Lazar por delante y a Dedos por detrás. Lazar se puso tenso, listo para pelear, pero una señal brusca de Penas lo hizo desistir y se relajó de mala gana. Los guardias soltaron al gran luchador de la cadena y se lo llevaron por otro pasillo; lo mismo hicieron con Dedos, que se despidió de ellos con un «¡Nos vemos!». Shell y Penas se quedaron juntos de momento hasta que un elegido con su armadura negra azulada y con bordados de plata y su manto azul oscuro desenganchó a Penas y se lo llevó.

Se quedó sola. Cuando desapareció el elegido que escoltaba a Penas por otro pasillo, un guardia regular local le tiró del pelo rubio.

—Así que tú eres para el muro —le dijo, lo tenía tan cerca que podía olerle el aliento fétido—. Qué desperdicio. ¿Qué te parece un último polvo antes de morir? ¿Hmm?

Shell le dio un rodillazo en la ingle y el hombre cayó con un grito ahogado. Antes de que el resto de la escolta pudiera reaccionar, Shell le pisoteó la cara levantada, lo que salpicó de sangre todo el pecho masculino. Solo entonces le sujetaron los brazos y les permitió que la apartaran, ya había sido demostración suficiente. Dos de la escolta se quedaron para acompañar al guardia herido a una enfermería, y quedaron

solo tres para contenerla. Shell se dio cuenta de que podría derrotarlos con facilidad, pero no era esa su intención. Mal iba a encontrar a Barras como fugitiva huida. Así que se sometió con docilidad a sus collejas y empujones de aficionados.

Y allí estaba, sentada en un calabozo, con grilletes en los tobillos y las piernas pegadas al pecho para intentar conservar el calor. Bordeaban ambos muros de la larga y estrecha cámara sus supuestos compañeros de combate: jamás se habría imaginado una panda más hosca e insignificante. Prisioneros todos, poco dispuestos, nada colaboradores, más parecidos a los condenados a morir ejecutados que a hombres y mujeres luchadores que creían poseer alguna posibilidad de sobrevivir. Shell estaba perpleja. ¿Con esas herramientas los elegidos esperaban defender el muro? Para lo que iban a servir, mejor que tirasen a esas personas de la cima de la muralla.

—¿Quién aquí es veterano? —exclamó dirigiéndose a la cámara entera—. ¿Alguno combatió antes?

En la penumbra iluminada por las antorchas, los ojos brillaron cuando se volvieron hacia ella. Un brasero en el centro de la sala chisporroteó y siseó en medio del silencio.

—En el nombre de la Señora, ¿se puede saber quién eres? —gritó alguien.

—¡Zorra extranjera!

—¡Puta malazana!

Un hombre, que había estado sirviendo un guiso con un cucharón por toda la fila, se arrodilló delante de ella.

—No tiene sentido —le murmuró mientras dejaba caer una ración de guiso en un cuenco a sus pies.

—Tendríamos más oportunidades si...

—¿Oportunidades? ¿Qué oportunidad crees que tiene aquí la mayoría? —Acuclillado, el hombre la estudió, la expresión comprensiva—. Eres malazana, ¿no? —Ella asintió—. Entonces ya te odian. Y lo que es peor, eres veterana, ¿no? —Shell asintió de nuevo, perpleja—. Así que la mayoría de aquí te odia todavía más. ¿Y por qué? Porque tú ya tienes muchas más probabilidades de sobrevivir que ellos, ¿lo entiendes?

—Si trabajáramos juntos, todos tendríamos muchas más probabilidades.

Él hombre sacudió la cabeza.

—No. No funciona así.

El acento del hombre le resultaba extraño a Shell.

—Tú tampoco eres de por aquí.

—No. Soy del sur de Genabackis. —Se levantó y señaló a un hombre que parecía dormir dos sitios más allá, mayor, con algunas canas en el pelo—. Pregúntale cómo funciona.

—Gracias... ¿cómo te llamas?

El hombre se detuvo un instante y se volvió para mirarla.

—Jemain.

—Shell.

—Buena suerte, Shell.

Ella guiñó los ojos y miró al tipo mayor sin hacer caso de los insultos continuos a su persona y sobre lo que podía hacer con una lanza.

—¡Eh, tú, viejo!

El tipo ni se movió. Tenía que estar despierto, nadie podría dormir en medio de todo aquel barullo. Shell encontró un trozo de piedra y se lo tiró. El hombre abrió un ojo y se frotó la mandíbula sin afeitarse.

—¿Cuál es la rutina? —le preguntó Shell.

Él suspiró como si aquella mujer ya lo agotara y respondió.

—Vamos en parejas. Uno con el escudo. Uno con la lanza... o una —añadió señalándola a ella con la cabeza.

—Eso es una estupidez. Deberíamos agruparnos todos, repelerlos.

El otro negaba con la cabeza.

—Esa no es la prioridad de la Guardia de la Tormenta. Su prioridad es cubrir el muro. Hay un buen tiro de piedra entre vosotros y el par siguiente.

—Eso es una estupidez —repitió Shell. El ejercicio entero le parecía una estupidez. Un absoluto desperdicio.

El más mayor se encogió de hombros. La estaba mirando con atención.

—No eres del Sexto Ejército.

—No. No lo soy.

—¿Qué estás haciendo aquí, entonces?

—Naufragué en la costa oeste.

—¿Y qué Embozado estabas haciendo allí?

Le tocó a ella encogerse de hombros. Él enseñó los dientes amarillentos como respuesta a su propia pregunta.

—Reconocimiento, ¿eh?

Shell no respondió y el hombre apoyó la cabeza en la pared de piedra.

—Da igual. No nos vamos a ninguna parte.

Dos días después los elegidos llegaron a buscarlos.

La puerta ribeteada de bronce se abrió de golpe y entró un destacamento que desenganchó la cadena que sujetaba los grilletes de los tobillos. Cubiertas por ballesteros, las filas de las dos paredes se levantaron. A una orden, una fila, la de Shell, empezó a arrastrar los pies y salir por la puerta. La fila recorrió pasillos, siempre subiendo, el aire se iba haciendo más frío y más húmedo. Salieron a una tormenta de nieve nocturna. Los guardias los empujaron por unos escalones

empinados y resbaladizos por el hielo tallados en piedra sin labrar. El frío le quitó a Shell el aliento y casi le cortó las manos y los pies. A izquierda y derecha había pendientes de peñascos amontonados que subían hasta desaparecer en la nieve torrencial que estallaba en la oscuridad. Los guardias los instaron a continuar con golpes de las hojas planas. Mientras caminaba, Shell se arrancó una tira de tela de la camisa interior y se envolvió las manos con ella.

Desde debajo de la roca llegó un gran estremecimiento que golpeó a Shell como un puñetazo. Cayeron piedras que arañaron los peñascos. Arriba resonó un rugido, el trueno de una catarata que fue pasando poco a poco. La fila de prisioneros intercambió miradas aterradas con los ojos muy abiertos.

La muralla de las Tormentas. Y ella iba a defenderla. Solo entonces cayó en la cuenta de la certidumbre de un destino tan irreal y atroz. ¿Quién se lo habría imaginado? Los escalones subían a una torre y a una escalera de caracol. En una cámara de la torre los aguardaban dos elegidos de la tormenta en la otra única salida que había allí, un portal que conducía a unos escalones estrechos que subían. Un solo brasero arrojaba un débil círculo de calor por el centro de la sala.

—Sentaos —les dijo uno de los guardias de la tormenta.

Mientras esperaban, guardias regulares distribuyeron armaduras abolladas, la mayor parte cueros tachonados, algunas corazas hervidas, unas cuantas gorras de cuero. Todo el equipo lucía las brechas y cicatrices de golpes terribles, muchos era obvio que mortales. Solo para entrar en calor, Shell cogió una gorra y se la puso, bien ceñida. Nadie hablaba. Dos hombres vomitaron allí mismo. Uno arrastró los pies hasta el meadero de una esquina al menos cinco veces. El vómito se congeló en el suelo de baldosas.

Shell vio trapos apilados y cogió un puñado para envolverse la cabeza, el cuello y las manos. Observó que el viejo veterano se había desatado un pañuelo de la cintura y se había envuelto con él la cabeza y el cuello.

Un grito resonó en la escalera y un guardia de la tormenta se acercó a la parte delantera de la fila. Mientras uno vigilaba, el otro quitó una cadena de los grilletes. A los dos primeros, la primera «pareja», los empujaron escaleras arriba.

Shell contó y miró al hombre que tenía al lado, su futuro compañero. Era muy flaco y temblaba sin control, ya fuera de frío o de terror.

—¿Cómo te llamas?

El hombre se encogió como si lo hubiera golpeado.

—¿Qué?

—Tu nombre... ¿cuál es?

—¿Qué más da? Estamos muertos, ¿no?

—Silencio —advirtió uno de los guardias de la tormenta.

—¡Estamos haciendo planes! —respondió ella con una mirada furiosa. El hombre

frunció el ceño, pero no contestó—. ¿Has usado una lanza alguna vez?

El tipo parecía a punto de echarse a llorar.

—¿Qué? ¿Una lanza? ¿Te crees que importa? ¿Crees que tenemos alguna oportunidad?

—Es el último aviso —dijo el guardia de la tormenta sin alzar la voz.

Shell murmuró una respuesta. *¡Mierda! ¿Me van a encadenar a este imbécil? Estaría mejor sola.* Se inclinó hacia delante para intentar atraer más calor del brasero. Bueno... quizá llegaran a eso...

La espera se alargó. Todo el mundo permanecía sentado en una agonía de anticipación tensa. Tras lo que pareció la mitad de la noche, uno de los guardias de la tormenta miró con los ojos guiñados por el estrecho embudo de las escaleras y después los volvió a mirar a ellos.

—Dormid —dijo.

Shell no durmió. Se recostó con los ojos convertidos en meras ranuras mientras el hombre que tenía al lado dormitaba, aunque quizá se había desmayado sin más, sumido en el agotamiento y el pavor. A intervalos, un guardia de la tormenta se paseaba por la cámara. Shell lo observó cuando pasó. ¿Quiénes eran esos soldados? Su actitud le pareció la de una orden militar, una orden dedicada a su Santísima Señora. Había oído hablar de ellos toda su vida, por supuesto; siempre se los citaba con admiración. Y ella podía admitir haber compartido una vez ese asombro ante lo que parecía (desde muy lejos) una vocación honorable. Una vez.

Pero habían caído bastante en su consideración.

Al final, como era inevitable, les llegó el turno. El guardia de la tormenta los sacó de la cadena y los empujó por la estrecha escalera de piedra. El compañero de Shell fue el primero y cuando llegó a la cima, alguien le pasó una lanza, de la que él se apartó con un estremecimiento antes de cogerla temblando.

Que Fanderay nos ayude. A ella le metieron en las manos el escudo. Era un rectángulo ancho y curvo de capas de madera, hueso y bronce. El estrecho embudo de la escalera se abría a una habitacioncita gélida con una puerta; esa puerta estaba bordeada de escarcha, el umbral húmedo de hielo derretido y aguanieve. Shell sabía adónde llevaba esa puerta.

Mientras luchaba con las extrañas correas del escudo, toda la estructura que tenía alrededor y debajo se estremeció y sacudió, y un gran estallido atravesó la habitación como un trueno. Shell se tambaleó y dio un paso. El hielo caía como fragmentos de vidrio de las paredes. Los guardias regulares que los apuntaban a ella y a su compañero con ballestas cargadas les sonrieron por encima de las culatas de las armas.

La puerta exterior se abrió de golpe y entró un guardia de la tormenta. Granizo y

espuma salada arrojada por el viento le cubría el manto. Tenía la espada larga sacada y les hizo un gesto con ella. Su compañero, al que Shell estaba atada con unas cuantas brazas de cadena, se quedó mirando al elegido con la boca abierta, paralizado por el terror o la incredulidad. Con los ojos en llamas dentro de la estrecha ranura del visor, el guardia de la tormenta cogió de un tirón la lanza, muy cerca del filo ancho con forma de hoja, y tiró del hombre con muy malos modos.

De esa guisa tan poco digna salieron tropezando al camino de ronda de la muralla de las Tormentas. Un viento brutal cortó a Shell mientras el granizo la acuchillaba casi por la mitad. El amanecer inminente iluminaba el este tras una pesada masa de nubes. El guardia de la tormenta los instó a continuar tirando de la cadena que los unía. Mientras los empujaba a la fuerza, iba gritando.

—Os enfrentaréis al enemigo. ¡Lucharéis! ¡Si os encogéis o acobardáis, os mataré yo mismo! ¡Y creedme... tenéis más probabilidades contra ellos que contra mí!

Los subió por unas escaleras que no eran más que corrientes de hielo que caían en cascada de un muro más alto, un matacán, quizá. Allí las piedras talladas dibujaban una pendiente hacia abajo, sin duda para sacar el agua de olas que se estrellaban por encima de la superficie del muro.

Shell llegó a la cima y se quedó sin aliento. El mar bramaba bajo un techo de nubes negras que ocupaba el horizonte entero. Olas blancas arrojaban pañuelos de espuma mientras en el cielo unas cortinas de bandas de color verde azulado rielaban y bailaban.

El guardia de la tormenta estaba clavando su cadena a un perno cercano al borde del muro. El compañero de Shell se la quedó mirando con horror y desesperación en los ojos. Tras él, a través de una brecha en la nieve que soplaba, la guerrera advirtió la presencia de dos figuras agachadas a una distancia media.

El guardia de la tormenta se irguió y los miró.

—Luchad y quizá hasta viváis. Negaos a luchar y os destriparé como a perros. Recordadlo. —Y bajó corriendo las escaleras.

El hombre que estaba con Shell tiró al suelo su lanza.

—¿Qué estás haciendo?

—¡Dame el escudo! —le exigió él, temblando como si tuviera perlesía.

—¿Qué?

—¡Que me des el escudo!

Shell se planteó romperle el cuello allí mismo, pero no tuvo valor. Le metió el escudo en las manos y recuperó la lanza.

—Tú me cubres con ese puñetero trasto —le dijo, pero el hombre no parecía escuchar.

No tuvieron que esperar mucho. Del este llegó un rumor sordo y lejano, como un trueno. *Viene una ola. Los jinetes vienen con la cresta, sondeando en busca de puntos*

débiles. Preparó la lanza y optó por una postura abierta, el mango estirado lo máximo posible. *Mejor entonces no parecer débil*.

El mar pareció hincharse cuando un rompiente enorme se aupó hacia la costa. Venía en ángulo, golpeando al este primero, bajando por el muro como una avalancha. Una luz fosforescente espejeaba en el interior, rielando y centelleando. Los jinetes.

Cuando la ola llegó a su altura, coronó la muralla y envió una estela sobre los pies entumecidos y las piernas de Shell hasta cubrirle las rodillas. Algo fluyó a su lado, una forma que resplandecía en matices aceitados de arcoíris de madreperla. Su compañero retrocedió y chocó con ella, por un instante la bruja temió que el tipo fuera a intentar agarrarse a ella.

—¡Lo viste! —tartamudeó el hombre—. ¡Son demonios! —Tiró el escudo al suelo e intentó arrancar la anilla y el perno que los encarcelaba.

—Recoge el escudo —le dijo Shell, que luchaba por no alzar la voz. Una segunda hinchazón creció tras la cresta principal—. Deprisa.

El hombre dio un tirón entre sollozos. La sangre de los dedos congelados, desgarrados, manchaba el hierro desnudo.

—Recógelo.

La ola llegó a la altura de ellos. El hombre estiró la mano hacia ella.

—¡Usa la lanza! Haz palanca...

Una delgada arma dentada surgió de repente de la superficie del agua y atravesó el pecho del hombre. Se retiró antes de que Shell pudiera responder. Algo se alzó y se abalanzó, una figura humanoide, con armadura y yelmo. Emitía penachos de vapor cuando le lanzó una estocada a Shell. A pesar de la conmoción, la guerrera paró el golpe y después el propio impulso del jinete se lo llevó y lo alejó con la ola que se retiraba.

Shell se quedó sola, encadenada a un cadáver bajo la nieve torrencial. Al oeste, observó otro par que combatía contra la ola al pasar junto a su puesto y luego todo quedó en calma cuando el mar se retiró. Mar que parecía ir preparándose con cada ola menor que apaleaba y chocaba contra el muro. Shell tembló, sus pies estaban en tal estado que ya eran incapaces de sentir nada. Se preguntó si podría caminar aunque le surgiera la oportunidad.

Al parecer tendría que esperar. Pensó en el cuerpo que se endurecía a sus pies, la cadena unida al grillete del tobillo, el borde afilado de la lanza. Una palanca, había sugerido el hombre... pero no. No la estaba obstaculizando. Todavía no.

No llegó alivio alguno. Shell se acuclilló y se sopló los dedos mientras se abrazaba las piernas congeladas. Al diablo con el escudo; usaría la lanza con las dos manos.

La tentación de recurrir a su senda era casi irresistible. Una simple y rápida

invocación de poder y sería libre, pero entonces ¿adónde iría? Y la Señora le abrasaría la mente con más seguridad de la que podían tener esos jinetes de ensartarla. Quizá fuera una maga sobre todo... pero también era una juramentada de la Guardia Carmesí, y les demostraría a esos jinetes lo que eso quería decir.

El estremecimiento de las enormes piedras talladas bajo sus pies le anunció la llegada de otra ola. Shell observó el bulto enmarañado con hielo que llegaba rodando del nordeste. Destellos de relámpagos lo acompañaban y una luz verdosa danzaba por encima. Era como el fuego de San Telmo... el brillo que a veces poseía un navío.

Shell se preparó y buscó algún asidero en aquella traicionera piedra recubierta de hielo. Notó, alarmada, que tenía las manos congeladas en el mango de la lanza. La ola rodó por las fortificaciones y coronó la cima. Cuando alcanzó su altura, una figura pareció levantarse del agua con una lanza y un escudo. La figura se alzó y empuñó la lanza contra ella. Shell paró el ataque. Cuando la criatura fue a coger la espada que llevaba envainada al costado, ella lanzó una estocada con su lanza y acertó en el escudo del hombre, o lo que fuera. Con un movimiento experto, el jinete sujetó el asta de la lanza de Shell y después se arrojó de espaldas al agua llevándose el arma con él. Las manos femeninas llamearon cuando la piel quedó rasgada en tiras.

Maldijo con una furia ciega y rabiosa como no había sentido jamás. *¡Maldita sea esta escoria! ¡No pienso morir aquí! ¡El juramento que hice fue contra los malazanos!* Un segundo jinete se alzó frente a ella en lo que fuera que cabalgaban, agua animada en forma de medio ola, medio montura que era una especie de bestia. Sin arma, no le quedó más remedio que machacar con un brazo el frente del atacante, al que desmontó. Cuando cayó, Shell le cogió el pomo de la espada envainada, pero al tocarla le quemó la mano como si la hubiera hundido en brasas; lanzó un grito y retrocedió.

Por suerte, la ola bajó y siguió rodando. Shell cayó de rodillas acunando la mano entumecida contra el pecho. *¡Malditos sean todos! ¡Qué puto desperdicio estúpido!*

Y siguió sin llegar alivio. Se arrodilló con un jadeo; la sangre se le congeló en las manos y formó una especie de funda. Se sentía lenta, totalmente entumecida. Por extraño que fuera, no notaba dolor alguno. Era como si estuviera flotando. *Quizá si me echo solo un momento...*

Un traqueteo la despertó de repente. Alguien estaba golpeando la anilla y el perno incrustados de hielo que la aprisionaban. Las cadenas se soltaron y el hombre extendió el brazo hacia ella. Shell se puso en pie y estiró el brazo para alejarlo de ella. Lo maldijo, pero tenía los labios amoratados y solo pudo murmurar. El hombre pareció estudiarla durante un rato por la estrecha ranura de su yelmo, después cogió las cadenas y las arrastró, sacándola a ella y al cadáver del muro.

Le quitaron los grilletes en el diminuto arsenal y después la empujaron de nuevo escaleras abajo. Un guardia no la dejaba pararse en ningún momento, amenazándola

con una hoja desnuda. En la mazmorra la volvieron a trabar a la cadena principal, Shell se permitió deslizarse muro abajo, envuelta en lo que le pareció el calor más suntuoso imaginable.

Casi de inmediato se quedó dormida. Un rato después despertó cuando le tocaron un pie. Era el prisionero que les había dado de comer antes, Jemain. El hombre se arrodilló para frotarle un ungüento grasiento en la cara, los brazos, las piernas y las manos.

—Evitará la infección y ayudará a curar —le dijo.

Shell vio los tobillos desnudos del hombre.

—Tú no estás encadenado —comentó con cierto retraso.

—Soy un depositario. —Bajó la voz y añadió—. Menudo número que montaste. Ten cuidado o te trasladarán a un punto caliente.

Ella se echó a reír, y le dolieron los labios agrietados.

—¿Ese no era caliente?

El otro sonrió.

—Oh, no. Primero os ponen en un puesto lento, para ver lo que podéis hacer.

Un nuevo elegido entró en la cámara, el manto azul bien ceñido a su alrededor. Habló en voz baja con los dos guardias de la tormenta. Jemain bajó la cabeza.

—Demasiado tarde —murmuró.

Los dos guardias apostados bajaron por la fila hasta Shell. Mientras uno vigilaba con la mano en la empuñadura de la espada, el otro la sacó de la cadena. También liberó después al viejo soldado malazano y los encadenó juntos.

—Ella necesita tiempo para curarse —les dijo Jemain—. Las manos...

El guardia de la tormenta más cercano le asestó un golpe que lo mandó dando tumbos. Shell lo atacó, pero el elegido esquivó el golpe y sacó su arma para golpearla en la tripa con el pomo. Shell lanzó un gruñido sin llegar a caer y el hombre retrocedió un paso, los ojos muy abiertos detrás de la estrecha ranura del visor. El viejo veterano malazano rodeó con el brazo a Shell para hacerla retroceder también.

Ella le apartó el brazo de un tirón.

—No te atrevas a tocarme, escoria malazana.

El veterano dejó caer el brazo y la miró de arriba abajo, asombrado.

—Que Togg me lleve... —dijo sin aliento. El depositario, Jemain, también se la quedó mirando, parecía a punto de decir algo. El guardia de la tormenta sacó la espada y señaló la salida.

Con una mirada de furia, Shell asintió con el más leve de los gestos y atravesó sin prisas la estrecha cámara. Los ojos de todos los encadenados a lo largo de ambas paredes la observaron pasar. Cuando llegó junto a Jemain, este alzó un brazo y ella lo ayudó a levantarse.

—¿Conoces a Barras? —le susurró él cuando la abrazó con fuerza. Y después

ahogó un grito cuando los brazos de la mujer lo apretaron con una especie de convulsión.

—¿Dónde está? —dijo ella entre dientes.

—Lo sé.

—Ven a verme.

—Moveos de una vez —ordenó el guardia de la tormenta.

—Lo intentaré —dijo el otro, al tiempo que se apartaba.

Shell lo soltó, obligándose a abrir las manos quemadas, y después siguió arrastrando los pies. Observó que el veterano malazano también le lanzaba al depositario una mirada larga y dura cuando pasó.

Así que ese tal Jemain conocía a Barras. Claro que, allí, en el muro, ¿quién no lo conocía? Quizá no fuera nada. Pero el malazano parecía a punto de adivinar también su identidad. Y a ella la habían emparejado con él. Bueno, como antes... quizá estuviera mejor sola...

Libro tercero



Y todas las costas intermedias

Allí se encuentra observando a los elegidos en el muro,
aferrándose a la piedra con ambas manos,
con los ojos fijos en el contorno borroso de las hojas de hoz.
Nubes de espuma y nieve soplan detrás,
y hasta el horizonte, hasta la curva
de muro que marca la orilla,
nada salvo hombres batiéndose.
Cuando el mar llena la brecha,
sus primos alzan sus lanzas.
Durante doce horas el sol lucha
y el segador siega.
El muchacho clava los ojos en esa extensión
de hoja caliente y aceitada y hielo templado,
y yo espero que no caiga.

El muro, trova épica
Derak Ranathaj



Mirar atrás
 es una llama en los ojos.
 Mejor como moscas no demorarse
 sobre la basura que hemos hecho.

No, yo no sé nada de lo que aconteció antes.
 Ni me importa.

Es mucho más fácil venerar el futuro
 que nunca llegará.

Rimas ocasionales
 Jhen Karen'ul de Estigio

Bakune estaba sentado en el sillón alto de la corte civil de Banith escuchando al abogado de la parte perjudicada terminar su argumentación. Conseguía mantener la atención a muy duras penas. Fuera, un ejército ocupante patrullaba las calles y bloqueaba el puerto, mientras que allí, entre esas paredes, abogados y agentes se confabulaban y conspiraban con tanta desvergonzada codicia como antes.

Algo dentro del examinador quería chillar. Bajo las túnicas se pellizcó las palmas de las manos con los dedos para obligarse a seguir el razonamiento, poco probable y artificial, del abogado. Tras el resumen, Bakune se apresuró a dar un golpe en la mesa con el martillo.

—Abogado, aquí no veo ninguna prueba clara y convincente que apoye sus tesis de colaboración y especulación en tiempo de guerra.

El abogado volvió a levantarse y se apartó las túnicas de los brazos.

—Examinador... está claro por la venta de productos que hizo este mercader al enemigo...

—Señor, si fuera a procesar a cada mercader que ha tratado con estos moranthianos, entonces las dependencias carcelarias estarían a rebosar. Eso solo no es prueba de connivencia ni de comportamiento traidor, como sostiene su cliente. Entre tanto, el acusado, el principal rival de su cliente en la concesión de madera, según tengo entendido, sufre bajo esta nube de duda, su reputación manchada, su negocio

eviscerado. Sugiero que se dedique usted a reunir pruebas materiales convincentes que apoyen sus acusaciones. Hasta entonces, caso desestimado. —Bakune volvió a dar otro martillazo en la mesa y las primeras filas de la multitud que atestaba el tribunal se levantaron, una mitad aliviada y la otra mitad murmurando su insatisfacción.

El examinador se volvió hacia el siguiente legajo de documentos, pero por alguna razón fue incapaz de reunir la energía necesaria para enfrentarse a ellos. Dio un tercer martillazo en la mesa.

—Se levanta la sesión hasta esta tarde.

Un estallido de protestas, gritos, papeles agitados en puños, los alguaciles de la corte esforzándose por contener a la chusma. Bakune salió del tribunal con pasos largos; sencillamente, le importaba un bledo. ¿Dónde estaban las peticiones urgentes de acción, la indignación pública, cuando esos jóvenes desaparecían de las calles? Con franqueza, no sentía ninguna simpatía por esa pasión repentina por los litigios. *Nuestro país está invadido por una potencia extranjera, tropas ajenas a nosotros recorren nuestras calles, ¿y nuestra reacción? Intentamos demandarlos a ellos y entre nosotros.* Bakune se sentía avergonzado al ver que sus compatriotas no veían en todo aquello más que una oportunidad para hacer dinero rápido.

Recogió unos cuantos informes y después salió rumbo a su despacho. Sus guardias tomaron posiciones a su alrededor, una precaución que le había impuesto Hyuke, recién nombrado capitán Hyuke de la Guardia de la Ciudad. Los miembros supervivientes del sacerdocio de la Señora lo habían condenado por reunirse con el enemigo, como si pudieran hacer caso omiso sin más de su presencia y esperar que se largaran pronto.

Era tan frustrante que sintió tentaciones de largarse él. Malditos fueran todos por esa preocupación recién hallada por la «justicia» y el resentimiento ofendido y santurrón que solo los egoístas pueden acumular. Al menos todavía no había aparecido ningún asesinato nuevo que siguiera las características de todos los anteriores. Desde luego que había habido muertes, puñaladas entre borrachos, crímenes pasionales, asesinatos conyugales; todo ello, al parecer, y por extraño que pareciera, entre los que más se significaban en la defensa de los «valores tradicionales roolianos». Pero ningún cuerpo de personas jóvenes que surgiera con la marea. Cosa que Bakune agradecía y por la que decidió atribuirse algún mérito. Además, había hablado con Hombrehueso, y Pronto, la joven sirvienta, había empezado a trabajar como aprendiz de cocinera.

Encontró a Hyuke esperándolo a la puerta de su despacho con un aspecto no muy diferente al de antes con su ridículo bigote grueso y la actitud perezosa. Solo había cambiado el uniforme; a Bakune no le convencían mucho las charreteras. Abrió la puerta y lo hizo entrar con un ademán.

—¿Qué ocurre?

El nuevo capitán de la Guardia se dejó caer en una silla, con los ojos adormilados.

—Esos azules quieren un almacén y terrenos para montar barracones en el muelle. No hay voluntarios.

—Pero eso es un asunto para la oficina del lord alcalde.

Un asentimiento cansado.

—Pues sí. Salvo que el lord alcalde se ha encomendado a sus propios asuntos.

—¿Qué?

—Anoche. Se largó. Y las arcas de la ciudad también están vacías.

—¿He de inferir por tu afirmación que hay una conexión?

El hombre puso los ojos en blanco.

—¿Qué vamos a hacer?

—¿A qué te refieres con ese «vamos»? El vicealcalde tendrá que hacerse cargo.

Una sacudida de la cabeza.

—¿El teniente de alcalde?

El otro frunció los labios con una mueca decepcionada.

—¿El tesorero de la ciudad?

—Arrestado. Es persona de interés.

—Ah. ¿Y eso deja...?

—A usted.

—¿A mí? La Señora me libre, no.

—Lo siento, pero es que se nos han acabado los candidatos. El abad está muerto, y el lord alcalde se ha ido. Eso lo deja a usted. Felicidades, este desastre es todo suyo.

Cabrón de alcalde Gorlings. Nunca me cayó bien ese imbécil pomposo. Y ahora se larga y me deja con este embrollo. Y yo no lo quiero. Bakune miró a su capitán de la Guardia. Al menos el tipo parecía dispuesto a hacer lo que le pidiese. Suponía que ya era hora de que uno de los examinadores auxiliares ocupara la magistratura.

—Confisca la propiedad necesaria. Diles que se les compensará con pagarés.

El largo rostro de Hyuke se iluminó con una gran sonrisa y se acarició el bigote.

—Eso me gusta oírlo. —Se levantó—. Lo van a odiar.

—Me van a odiar de todos modos.

—Eso sí. —El hombre hizo una pequeña reverencia—. Lord alcalde.

Esa noche, mientras regresaba a casa caminando, le sorprendió una vez más lo tranquila que estaba la ciudad. La marea aparentemente interminable de peregrinos había menguado. Un sinfín de ciudadanos había huido de la costa en busca de la dudosa seguridad de los pueblos interiores. La capital, Paliss, al parecer estaba asfixiada por los refugiados. ¿Y el jefe supremo? Circulaban rumores extraños sobre él y su aparente falta de respuesta a la invasión.

El ama de llaves de Bakune le abrió la puerta con una pequeña reverencia, eso también era nuevo. Todo el mundo lo trataba con mucho más respeto o mucha más hostilidad, dependiendo de dónde se encontraran sus intereses concretos. Sus guardias tomaron posiciones ante la puerta. Su cocinera estaba en la cocina, preparando la cena, otra novedad. Colgó su manto y se sirvió una copa. Al entrar en el salón se encontró al sacerdote, Ipshank, sentado en su sillón más cómodo.

Bakune lo saludó con la cabeza y se sentó; se recordó que tenía que hablar con su ama de llaves que, al parecer, se había convertido a la extraña religión nueva de ese sacerdote.

—Bonita casa —dijo el sacerdote.

—Un visitante previo la llamó miserable y pequeña.

—Cómo pueden cambiar nuestras percepciones.

—Ipshank... quizá no deberías...

—Nadie sabe que estoy aquí.

Bakune se masajeó la frente dolorida.

—Es solo que ya me están llamando traidor...

El sacerdote se echó hacia delante. Los tatuajes bestiales de su rostro se oscurecieron bajo la luz tenue.

—Estoy aquí para avisarte de que las cosas van a empeorar mucho.

—Estupendo.

—¿Has oído los rumores sobre nuestro jefe supremo, Yeull? ¿El ejército rooliano?

—¿Cuáles? He oído veinte historias contradictorias.

El hombre se echó hacia atrás.

—Bueno, no va a haber ninguna contraofensiva. Ningún esfuerzo por liberar Banith.

Bakune asintió. Él ya había llegado a esa reticente conclusión. Habían pasado más de diez días y todavía no habían llegado fuerzas roolianas. De hecho, él había oído rumores alarmantes sobre la disposición del ejército. Tomó un sorbo de su licor.

—Había oído un rumor que decía que se estaba abandonando Paliss.

El sacerdote asintió.

—La versión oficial es que el jefe supremo conservará el norte y después retomará el sur.

—¿Y tú qué crees?

El hombre tardó un rato en responder. Bajó la mirada como si estudiara las manazas anchas como palas.

—Iba a irme, ¿sabes? Hace días.

—¿Sí?

—Sí. Decía que ya era hora de que me enfrentara a la Señora... y ya me iba.

—Y algo te detuvo.

—Sí. Uno de esos rumores. Uno que tenía demasiado sentido.

Bakune levantó la copa, después se contuvo y la volvió a dejar. No sabía si quería oír lo que podría inquietar a ese hombre.

—¿Tengo que oírlo?

—Sí. Bakune, creo que los malazanos... Melena Gris... viene hacia aquí.

El otro desechó la posibilidad con un ademán.

—Eso es absurdo. Marchará sobre Paliss, por supuesto.

El sacerdote sacudía la cabeza. La luz del fuego se reflejaba en su calva.

—No. Esta es su flota. Lo están esperando.

—¿Esperándolo? ¿Para llevarlo adónde? ¡Acaban de llegar! No, cuando se acerque, las tropas moranthianas desembarcarán y se unirán a él para marchar sobre Paliss. Y si sale victorioso, tendremos un nuevo jefe supremo. —Bakune se encogió de hombros con gesto impotente—. Tan simple como eso.

El sacerdote se levantó.

—No. No es tan simple. Se acercan tiempos de caos, Bakune. Es posible que no haya ningún jefe supremo. Entonces harán falta personas que sepan mirar al futuro. Piénsalo. Es lo único que sugiero. —Bajó la cabeza y miró a su interlocutor—. No sé si nos veremos otra vez. Pero si no, mucha suerte, y mi bendición. —Puso una mano en el hombro de Bakune—. Saldré por detrás, no hace falta que me acompañes.

Mucho después de que el hombre se fuera, Bakune continuó sentado mientras la noche caía sobre él. El fuego se fue apagando y convirtiéndose en brasas. Estiró el brazo y se tomó de un trago el resto del licor. Jamás había sido un hombre demasiado religioso, aunque había asistido a los servicios toda su vida, gajes del oficio de funcionario. Era extraño, solo esa noche había tenido la sensación de estar en presencia de un sacerdote de verdad, uno menos preocupado por el bienestar de los dioses que por el bienestar auténtico del pueblo. Era una emoción rara, incómoda, que lo hacía sentir que, de algún modo, él también debería estar preocupado. Durante toda su vida adulta había vivido bajo el yugo malazano. No se imaginaba cómo serían las cosas de otro modo.

Sin embargo, merecía la pena pensarlo, como había dicho el sacerdote. Porque, ¿y si en el curso del enfrentamiento inminente no surgía ningún vencedor claro? ¿O si moría Yeull y las fuerzas malazanas terminaban paralizadas? ¿Entonces qué? Surgirían caudillos regionales. La desintegración del estado. El caos. ¿Quién protegería los intereses de Banith?

Bueno, suponía que tendría que ser él.

A Kiska le sorprendió encontrar que ese reino del infra-Caos estaba repleto de vida. Unas criaturas con aspecto de lagarto se escabullían de su camino y desaparecían

entre la roca rota y las arenas cambiantes de la región. Unos duros arbustos de espinas asfixiaban los hoyos. Hasta bichos que podrías llamar peces albinos ciegos nadaban en estanques de roca poco profundos. Kiska se había preguntado de qué se había alimentado el mastín blanco para sobrevivir. Creía tener ya la respuesta. También pensaba que la perspectiva de los peces emocionaría al sacerdote, Warran, pero el tipo no mostró ningún interés.

—Demasiado pequeños —se había quejado.

Eso no le impidió comerse su parte, sin embargo, después de que Jheval hubiera fileteado unos cuantos. Su diminuto guía-murciélago continuaba incitándolos a seguir, incansable, al parecer; y aunque su objetivo último era obvio, les mostraba el mejor camino, evitando desfiladeros, cañones y unas tierras bajas pantanosas que Kiska se alegró de rodear.

Siempre presente en el cielo se cernía su destino, el inmenso cardenal, o la mancha, de la espiral. Por la noche tomaba la apariencia de un círculo negro como boca de lobo rodeado por un torbellino de resplandor cuando las cortinas de luz se ondulaban y arremolinaban.

—La energía de la destrucción —llamó el sacerdote a la luz.

El único acontecimiento extraño o inquietante que tuvo lugar durante un tiempo concernió a Warran. En la oscuridad relativa de una noche, Kiska se levantó para aliviar la vejiga y fue entonces cuando pasó por detrás de donde el sacerdote estaba sentado con las piernas cruzadas, mirando la espiral.

Por un instante a Kiska le pareció que podía ver el brillo de las estrellas y los estandartes ondulados de energía a través del cuerpo del sacerdote. Como si fuera translúcido, o como si no estuviera allí en realidad. Parpadeó, hizo una pausa, y se quedó mirando otra vez, pero la impresión había desaparecido y el hombre la miraba con furia por encima del hombro.

—¡Estoy intentando meditar, si no te importa!

Y ella se retiró, disculpándose. Pero la visión no la abandonaba y Kiska se encontró observándolo con mucha más atención que antes.

Y luego, tras un periodo de tiempo indeterminable, los envolvió una tormenta de arena. Venía de más adelante, de la dirección de la espiral, un gran muro de arena o polvo que lo oscurecía todo y hervía sobre la tierra hacia ellos. Primero, los cuervos, que habían estado saltando entre las rocas (en busca de insectos, pensó Kiska), lanzaron un gran graznido de alarma y echaron a volar de repente. Jheval señaló un grupo de peñascos y corrieron a agazaparse a su socaire. Kiska emitió un gañido cuando algo se agarró a ella, pero era su guía, que había vuelto a meterse bajo su manto.

Warran se irguió entonces y alzó las cejas con un gesto de asombro.

—Eso no es ninguna tormenta.

—Pues claro que lo es —soltó Jheval desde detrás del pañuelo—. ¡Y ahora agáchate!

El sacerdote levantó una mano mirando a Jheval.

—No. Esto es algo mucho peor. No os mováis. —Y volvió a salir al terreno abierto.

—¡Idiota! ¡Vuelve! —Jheval fue a seguirlo, pero Kiska lo detuvo.

—Espera. Quizá sepa lo que está haciendo. —La mujer tuvo tiempo para echar una mirada alrededor en busca del mastín (¿había encontrado refugio?) antes de que el día se oscureciera más allá de la tenebrosidad de la noche. El ruido era casi demasiado fuerte para oír: le machacaba los oídos con su reverberación. Algo le mordió la mano (un pellizco agudo) y cuando miró vio una especie de mosca alimentándose de ella. La aplastó. Jheval pegó la cabeza contra la suya.

—¡Moscas de sangre! ¡Moscas que te comen la carne! ¡Desollan la carne de los huesos! ¡Haz algo!

Pero Kiska se apartó con un estremecimiento. Se dio unas collejas en la cabeza por donde se le arrastraban por el pelo. Se golpeó la armadura por donde se habían metido debajo como gusanos. Las picaduras eran un suplicio; le salpicaban las manos como la viruela. Cuando un pellizco le acuchilló el oído interno, chilló, el aullido inaudible incluso para ella, y cayó hecha un ovillo, en posición fetal.

No creyó haberse desmayado, pero poco a poco fue consciente de que el océano de dolor estaba disminuyendo, desapareciendo convertido en una agonía abrasadora y persistente que ya no amenazaba con sumirla en la inconsciencia. Se levantó y se limpió la cara, sintió una mancha húmeda (tenía la frente cubierta de sangre fresca). Miró a su alrededor con los ojos entrecerrados y vio que la nube de moscas había retrocedido. Los rodeaba a cierta distancia: un muro revuelto de un millón de moscas voraces.

El sacerdote estaba allí y le pasó un paño. Ella lo cogió y se limpió la cara y los brazos, hacía una mueca cuando el tejido frotaba las heridas abiertas. Jheval se levantó entre siseos y gemidos. Si ella tenía el mismo aspecto que él, estaba hecha un desastre; la sangre le corría por la cara, al igual que las manos y los antebrazos.

Kiska vio que ni una sola herida afectaba a Warran.

—¡A ti no te han picado! —¡Maldito fuera aquel hombre! ¿Cómo había escapado?—. ¿Qué pasa aquí?

—Tuvimos una especie de negociación, él y yo.

—¿Él?

Warran levantó las manos abiertas.

—Bueno... ello.

—¿Qué es... ello?

—Es un d'ivers. Parece que lleva algún tiempo rondando por estas costas de Caos. Se ha hecho bastante poderoso, como veis.

—¿Negociación, has dicho? —preguntó Jheval, la voz crispada de dolor.

—Huye de la espiral —explicó Warran. Alzó la voz y exclamó—: ¿No es así?

La horda dibujó un círculo, siseando y vibrando, y la masa de susurros de los millones de alas cambió de timbre. El tono subió y bajó y, por increíble que fuera, Kiska se dio cuenta de que podía entenderlo.

El agujero tiene más hambre que yo...

—¿Cómo debería llamarte? —preguntó Warran.

No recordamos tales cosas. Somos muchos. Un solo nombre no puede abarcarnos.

—Lleva aquí demasiado tiempo... —murmuró Jheval.

Kiska se adelantó.

—Viajamos para resolver los misterios de esta espiral.

Eso afirma Este Del Manto que os acompaña. Cuidado, entonces. Muchos se han reunido en su margen, resueltos a capturar su poder. Seres peligrosos. Seres que incluso yo prefiero no consumir.

—Muchas gracias.

No hay de qué. Esta espiral me inquieta. Recordad, todo lo que os encontráis no tiene por qué ser hostil. Pero cuidado con el Ejército de la Luz.

La nube se alejó, revolviéndose y girando, alzándose como humo. Se fue flotando por donde había llegado, lejos de la mancha de la espiral. Los tres la observaron irse. Kiska se sobresaltó cuando su guía de ramitas y trapos cobró vida bajo su manto y se lanzó a las alturas de aquel no-cielo espeluznante.

Jheval se estaba limpiando la cara.

—Esa cosa está huyendo justo de aquello a lo que nosotros nos dirigimos.

—No puede comerse un agujero —dijo Warran.

Kiska miró al sacerdote.

—¿Qué es ese Ejército de la Luz?

Warran ladeó la cabeza, indiferente.

—Te aseguro que no tengo ni idea.

Jheval murmuró algo, avinagrado. Continuaron caminando. El guerrero de Siete Ciudades caminaba junto a Kiska.

—No sé por qué lo intentas —dijo.

—¿Intentar qué?

El otro señaló al sacerdote con una sacudida de la cabeza.

—Él. Hacerle preguntas. No ha hecho más que mentirnos. Oculta algo. Estoy seguro. ¿Oíste lo que lo llamó esa cosa? El Del Manto. Es un escorpión que se está disfrazando con nosotros.

—Tú tampoco has sido tan comunicativo —exclamó el sacerdote en voz muy alta desde donde caminaba a cierta distancia, y Jheval lanzó un gruñido de enfado—. ¿Quién no oculta cosas, eh, Jheval? ¿Por qué será, me pregunto, que son siempre los que más tienen que esconder los que acusan a otros? ¿Por qué crees tú que es... Jheval?

Kiska alzó una ceja y miró al nativo de Siete Ciudades, que se había puesto furioso y apretaba las mandíbulas sin decir nada. No se habló más ese día y cuando cayó la penumbra de la noche, encontraron otro de aquellos pequeños estanques donde ganduleaban unos pálidos peces transparentes. Kiska y Jheval se turnaron para lavarse y curarse las heridas. Al regresar del estanque, Jheval estaba limpio de sangre, pero los puntos de color rojo rabioso del sinfín de picaduras que tenía en la cara y las manos lo hacían parecer la víctima de una viruela particularmente violenta. Kiska suponía que ella no tenía un aspecto mucho mejor.

Echada sobre su manto extendido, el equipo enrollado metido bajo la cabeza, la joven pensó en las palabras de la criatura d'ivers. Seres poderosos se habían reunido junto a la espiral. Seres que incluso la criatura había decidido no atacar.

Y había elegido no atacarlos. O más bien, quizá debería decir que la criatura había elegido no atacar a Warran. Allí estaba otra vez. El Del Manto. Kiska estaba de acuerdo con Jheval, por supuesto. Pero por enloquecedor que fuera, no había nada que ella, o él, pudieran hacer.

Al día siguiente continuaron después de desayunar la carne cruda del pescado. Lo raro fue que Jheval y ella fueron los que tuvieron que ponerse a pescar, Warran no quiso ni acercarse. El orden habitual que seguían era ella y Jheval delante, Warran cerrando la marcha. Así era como iban cuando, desde debajo de unas capas de arena que los disimulaban, unas figuras con armaduras saltaron para impedirles el paso.

Eran más de veinte: una especie de patrulla o guardia, ataviados de modo similar con armadura esmaltada de coraza con mangas de hojuelas, pantalones ceñidos y yelmos blancos de esmalte. Llevaban escudos pálidos, agrietados y amarillentos ya, y las hojas de sus espadas curvas desnudas resplandecían con un color amarillo.

Warran se acercó y se detuvo junto a Kiska.

—El Ejército de la Luz —anunció.

Pues muchas gracias.

Uno exclamó algo en un idioma que Kiska no entendió. El hombre probó con varios más hasta que por fin habló en taliano.

—Tirad las armas.

—¿Quién eres tú para amenazarnos? —le respondió Kiska a gritos.

—Tu compañero también —respondió el hombre.

—Podemos con ellos —murmuró Jheval sin apenas mover los labios.

—¿No pensarás de verdad que estos son todos los que hay, no? —dijo Warran—. Será mejor obedecer. No hagamos una escena.

—Fácil de decir para ti —contestó Kiska por lo bajo. Más alto, contestó—: Muy bien. Pero esta no es forma de comportarse entre la gente civilizada. —Se arrodilló para dejar su bastón en el suelo. Con un gruñido de disgusto, Jheval arrojó sus manguales.

La partida los rodeó entonces y los hizo marchar. El terreno se fue haciendo cada vez más desigual. Su sendero rodeaba afloramientos de rocas con peñascos del tamaño de edificios. En un punto concreto, la escolta se detuvo y habló entre sí con tono sorprendido. Entonces apareció el mastín blanco, que se abrió camino entre ellos y se colocó junto a Kiska. Se paseó allí durante un rato, con ella; la sangre seca le moteaba el pelo blanco con vetas amarillas.

—No estabas lo bastante lejos, ¿eh? —le dijo, aunque seguía sin atreverse a estirar el brazo para acariciarlo de verdad.

Treparon por una ladera alta de piedras rotas y sueltas, serpenteando por su superficie, hasta que llegaron a la cima y vieron un ejército extendido ante ellos en un valle de roca negra. Kiska se quedó anonadada; era una de las mayores concentraciones de fuerza que había visto jamás. Las tiendas salpicaban toda la superficie. El humo se alzaba de un número incontable de hogueras. Su escolta los instó a bajar por la ladera del valle. Mientras descendían, el mastín se alejó a grandes zancadas, parecía no tener interés alguno en entrar en el campamento. Kiska lo observó desaparecer entre las rocas y de repente se sintió sola y vulnerable; por alguna razón tenía el convencimiento de que podía contar más con aquella bestia de lo que podía confiar en los dos hombres con los que viajaba. *¿Y qué hay de esta fuerza? ¿El Ejército de la Luz? ¿Era uno de los reunidos para reclamar la espiral? ¿Uno de los que el d'ivers no quiso atacar?* Una vacilación que Kiska podía entender. Pero ¿qué esperaban lograr? No se podía atacar esa manifestación. ¡Allí no había nada!

Los bajaron al valle y los hicieron entrar en el campamento. Kiska vio que la fuerza estaba compuesta en su totalidad, que ella viera, por infantería con armadura muy pesada. Todos se parecían con sus rasgos estrechos y pálidos, el cabello blanco o con vetas rubias. ¿Y se podía saber quiénes eran? A Kiska la instaron a meterse en una tienda, separada de Jheval y del sacerdote. Eso la alarmó, pero no había nada que pudiera hacer.

Dentro encontró un jergón y una mesita que contenía una jarra de agua, una jofaina y una fuente de comida: carne seca de algún tipo, tortas finas de pan ácimo, fruta y queso. Todo muy sencillo y austero. *Como un puto monasterio.*

Entró un guardia, el yelmo bajo el brazo revelaba un cabello largo y suelto de color rubio sucio: una mujer.

—Quítate la armadura y todo el equipo.

—¿Es así como tratáis a todos vuestros visitantes?

—Estamos dentro de las orillas de Caos, no en las explanadas de los Ejidos Trémulos. El equipo.

Kiska obedeció con un suspiro. Cada pieza de la armadura, cada arma, la guardia la cogió y la tiró fuera de la tienda, dejando a Kiska con las botas, los pantalones, la camisa, el chaleco y el manto.

—Botas —dijo la mujer.

Kiska se puso las manos en las caderas.

—¿En serio?

La mujer se limitó a señalar con un gesto la abertura.

—¿Llamo a mis compañeros y te desnudamos por completo?

Kiska casi la invitó a hacerlo. Casi. Se quitó las botas a patadas. Al registrarlas, la guardia encontró los cuchillos arrojados deslizados en el forro de cada una.

—Manto.

Kiska se la quedó mirando y después se echó a reír. *Puñetera orden militar del maldito Embozado sin sentido del humor alguno. Tenía que ser.*

Se quedó reducida a la camisola de seda manchada y los pantalones cortos que se ponía siempre debajo para estar más cómoda. Solo entonces se ablandó la mujer y le permitió vestirse. Cuando terminó, la mujer solo hizo un comentario brusco.

—Sígueme.

Dos guardias más se colocaron detrás cuando la mujer atravesó con ella el campamento. Reinaba un orden casi implacable. Los soldados fuera de servicio estaban sentados fuera de sus tiendas reparando equipo o comiendo. Todos estaban en silencio; su actitud sorprendió a Kiska, que estaba acostumbrada al ruido, a las quejas y a las chanzas de las tropas malazanas. También reflexionó que ya hacía un rato que no veía a su diminuto guía. *Bien. La criaturita estaba demostrando tener más criterio que ellos.*

La escoltaron hasta una tienda, la solapa se abrió de un tirón y reveló a Jheval y al sacerdote. Su guía le mandó entrar.

—Espera aquí.

—Date prisa y espera —murmuró Kiska cuando entró. Saludó a los otros dos con la cabeza.

—¿Estás bien? —preguntó Jheval.

—Sí. ¿Quién es esta gente?

—El Ejército de la Luz —repitió Warran con una sonrisa insulsa—. Se diría que eso es obvio.

—¿Y qué significa eso?

—Tiste liosan.

Jheval maldijo por lo bajo. La etiqueta significaba algo para él, eso estaba claro, pero a ella no le decía nada. Sabía de los tiste andii, por supuesto, los Hijos de la Noche. Incluso había oído hablar de los tiste edur, los Hijos de la Sombra. ¿Y ahora los tiste liosan? ¿Los Hijos de la... Luz?

—¿Qué quieren?

El sacerdote encogió los hombros huesudos.

—Yo diría que están aquí para investigar la espiral.

—¿Tantos?

De nuevo aquel encogimiento enloquecedor. Kiska estaba a punto de hacer otra pregunta cuando la solapa se deslizó y entraron varios de sus captores. Cuatro tenían las espadas desenvainadas mientras que el que iba en cabeza, el quinto, o quinta, se erguía con las manos a la espalda. Aparte de la actitud de mando y la seguridad en sí mismo, o misma, no había forma de distinguir a ese de los otros.

—¿Qué estáis haciendo aquí? —preguntó el comandante, la voz reveló que era una mujer.

—Estamos aquí para investigar esta manifestación, la espiral.

—¿Espiral? Nosotros lo llamamos el Devorador.

—¿Lo llamáis? —repitió Kiska—. ¿Es... alguien? ¿Pero cómo puede tener inteligencia?

La comandante se quitó el yelmo con visor y sacudió el cabello rubio, sudoroso y apelmazado. Sus rasgos eran romos y pesados, la mandíbula cuadrada, los salientes de la frente gruesos. Los ojos llamaron la atención de Kiska: unos puntos dorados moteaban el iris, que brillaba con un color casi malva.

—Lo invoca y sostiene un mago poderoso —dijo—. Y ha abordado las fronteras de Kurald Liosan, entre muchas otras.

Kiska esperó que su rostro no traicionara ninguna reacción. *Un mago poderoso. Tayschrenn. Pero... ¿malvado? Quizá se haya vuelto loco...* Se perdió lo que la mujer dijo a continuación y se dio cuenta de que se estaban presentando.

—Kiska —soltó de repente.

La mujer asintió.

—Mi nombre y títulos resultan bastante largos. Me llaman Jayashul. Comandante Jayashul. He oído que os acompañaba un mastín de Luz y eso dice mucho a vuestro favor. Por favor, sed nuestros invitados. Cumplid las reglas de nuestro campamento y seréis bienvenidos. Como es obvio, representáis a organizaciones o entidades políticas que están igual de inquietas por la presencia del Devorador. ¿No es así? —Señaló a Warran con la cabeza—. Veo por tu presencia que Sombra también está preocupada. No cabe duda de que tu patrono resiente la pérdida de cualquier parte del poco reino que le queda.

—Sombra está en todas partes —respondió Warran, con tono engreído.

La mirada de la mujer se entrecerró al oír eso, pero hizo una pequeña reverencia.
—Hasta después.

Cada uno respondió a la inclinación. La comandante salió disparada de la tienda seguida por sus guardias, dejando atrás a un hombre para vigilarlos.

—¿Crees que su alteza nos permitiría pasear por el campamento? —le preguntó Warran al guardia.

El puño embutido en un guantelete del guardia se desplazó hasta su espada.

—Mostraréis respeto. Eligió no honraros con sus títulos, pero deberíais saber que es Jayashul ‘Od Lossica. La Que Trae el Amanecer. Hija de nuestro lord Liossercal.

Kiska se quedó mirando la solapa de la tienda. *Por la mismísima sangre de Ascuá.* La hija de Osserc, Señor del Cielo. Jamás se le había ocurrido que podría estar en semejante compañía. Observó que Jheval se había puesto casi verde al oír la noticia; el nombre significaba mucho para él. El qué, con exactitud, Kiska se preguntaba si lo descubriría alguna vez. Por su parte, Warran se cogió la barbilla con una mano y caviló en voz alta.

—El tipo parece tener un montón de hijas.

Al octavo día de su avance sin oposición a través de Rool, Suth reflexionó que la vida era buena. Nadie estaba intentando destriparlo; nadie jugaba al tiro al blanco con su cabeza; incluso comía mejor que durante su infancia en las llanuras dalhonesias, ¡carne todos los días! Un lujo inaudito. Su única queja era que nadie engrasaba las ruedas de todos los carros y carretas que el ejército requisaba a medida que avanzaba por el campo.

Ese día les tocaba a ellos descansar en esos vehículos. Suth iba sentado con la mayor parte de su pelotón en la parte trasera de un carro, acurrucado entre mantos y mantas. Keri había vuelto con ellos, pero también Pyke: el tipo se había limitado a aparecer en su campamento una mañana con aspecto de haber comido demasiado bien para el gusto de Suth. Yana opinaba que había desertado al bando rooliano durante el punto muerto y que se había estado atiborrando mientras los demás se morían de hambre, y que cuando a los roolianos los habían desperdigado a los cuatro vientos, él había vuelto arrastrándose. Suth se inclinaba por creer lo mismo. Lo ponía malo pensar que buenos camaradas a los que él les habría confiado su vida, como Lerdo y otros, morían en la lucha mientras que los gandules como Pyke avanzaban por la vida sin esfuerzo y sin un solo rasguño. Era suficiente para darle ganas de asesinar a alguien. Se calmó pensando que aquello no había acabado todavía.

Mientras ellos holgazaneaban, el sol los iba calentando, Suth estiró la pierna y se masajeó la herida, después miró al sargento Tela que, con la cabeza echada hacia atrás, aparentaba dormir.

—Sargento... ¿qué hay de eso que dicen sobre usted y la Garra?

Yana le lanzó una mirada asesina. Keri y Len se animaron y miraron al hombre, que no se había movido todavía. Suth esperó. Las ruedas chillaban, las columnas avanzaban a pisotones a ambos lados. Al menos no había polvo, porque un aguanieve fría caía casi cada día. Al final Tela abrió un ojo y lo examinó con una mirada dura. Después, el sargento respiró hondo y exhaló como si soltara algo.

—Esto es solo para los del pelotón, ¿comprendido? Sí, estuve en la Garra.

Las cejas de Yana subieron casi de una forma cómica. Manteca dejó escapar un silbido.

—¡Lo sabía!

—No significa una mierda —le rezongó Tela a Manteca—. Lo dejé.

—¿Por qué? —preguntó Suth, que había decidido presionar mientras pudiese.

La respuesta fue un ceño hostil, y el hombre volvió a echar la cabeza hacia atrás.

—Política. Me harté. Me largué, lo cambié por un poco de lucha honesta.

Suth pensó que había algo más, pero sabía que eso era todo lo que iba a averiguar.

—¿Y Faro? —preguntó—. ¿Qué hay de él?

La mirada de Tela se deslizó sobre él y se quedó allí un rato, rotunda y dura.

—No hablamos de él.

Bueno... algo hemos progresado, en cualquier caso.

Todo el mundo se quedó callado un rato, meciéndose con el carro que rodaba por el basto camino. Suth le agradecía a Tela que se hubiese abierto. Se sentía privilegiado. Parte de una hermandad especial. Si miraba atrás, apenas podía recordar al joven impetuoso que se había alistado tantos meses antes. Entonces su objetivo había sido retar a todo aquel con el que se topase, ponerse a prueba contra todos los que viniesen. Pero con el tiempo, lo último que quería era sacar su espada para luchar. Sería feliz si no viera más acción hasta el final de la campaña. Y con franqueza, tal y como se presentaban las cosas, parecía que ese iba a ser el caso. Las fuerzas roolianas estaban esparcidas por el campo. De vez en cuando barría la columna algún rumor de contraofensivas, pero nunca salía nada en limpio de esas habladurías. Parecía que los roolianos estaban huyendo, que se retiraban hacia el norte.

—¿Adónde nos dirigimos, por cierto? —preguntó Manteca tras un rato con tono soñador, como si estuviera medio dormido.

—¡A la capital, por supuesto! —dijo Pyke, desdeñoso.

Len pareció a punto de decir algo, pero frunció los labios y optó por quedarse callado. Algo distraído, Suth se preguntó por qué querría aquel hombre guardarse su opinión.

—Exacto. La capital, Paliss —dijo Tela, los ojos cerrados.

—Por supuesto —dijo otra vez Pyke, mirando alrededor—. ¿Dónde si no?

Nadie habló y Pyke se limitó a lanzar un bufido y despreciar a Manteca con un

ademán. Sin saber muy bien a qué venían los silencios que lo rodeaban, Suth miró a Yana, que dio una pequeña sacudida a la cabeza. Suth captó la señal, se acomodó mejor y cerró los ojos.

Hacia el mediodía, un suboficial montado se acercó al carro; los miró de arriba abajo sin hacer ningún esfuerzo por ocultar su desaprobación.

—¿Sois la segunda división, cuarta compañía, el decimoséptimo?

Tela se irguió y saludó.

—¡Sí, señor!

—Nuevas órdenes. Se os ha transferido a una cohorte bajo el mando del puño Rillish. Presentaos ante su estandarte.

Tela volvió a saludar.

—Sí, señor.

El oficial respondió al saludo.

—Eso es todo. —Y azuzó su montura con las rodillas.

—Justo cuando empezaba a divertirme —gimió Manteca.

—¡Rillish! —escupió Pyke—. Un eunuco que no sirve para nada. ¿Qué estamos haciendo con él?

—¿Qué tienes tú contra él? —preguntó Yana, llevándole la contraria, como siempre.

—Todo el mundo sabe que Melena Gris no lo aguanta. ¿Para qué lo necesitamos a él cuando tenemos al puño supremo?

—Poneos el bozal —dijo Tela, su tono transmitía su absoluto aburrimiento con esas riñas constantes.

Entre estiramientos y rezongos, todos recogieron su equipo y se fueron en busca del estandarte del puño. Lo encontraron al sur del camino de los mercaderes por el que viajaba la unión del Cuarto Ejército con el Octavo. Alrededor de él había otros cuatro pelotones del Cuarto: el vigésimo, el undécimo, el sexto y el noveno. Suth vio a la chica barghastiana, Tolat, entre la multitud. La chica le lanzó un beso y, él, al darse la vuelta, chocó con Keri.

—¿Y quién es la chicarrona? —preguntó su compañera con una ceja arqueada.

—Fuimos a explorar juntos.

—¿Es así como lo llamas ahora?

Suth no tenía ni idea de qué decir, pero Tela lo salvó con un bramido.

—¡Marcar con estacas un poco de terreno y montad el campamento! —Después, él y los otros sargentos se presentaron ante el puño.

Mientras ordenaban su vivac, Suth se agachó junto a Len.

—¿Qué te pasa con Pyke?

El hombre le contestó en voz baja.

—Estoy seguro de que cruzó el río, joder.

—¿Y qué?

El viejo saboteador hizo una mueca de decepción.

—Que... ¿lo cogieron? ¿Hizo un trato?

—¿Qué quieres decir, un trato?

Len miró a su alrededor para asegurarse por partida doble de que no los oían. No tendría que haberse preocupado: como siempre cuando había trabajo que hacer, Pyke no aparecía por ningún sitio.

—Pasar información.

A Suth le pareció muy difícil de creer.

—Venga ya. ¿Sobre nosotros? ¿Quién tiene un ñero o gonorrea? ¿A quién le importa?

Len asintió con gesto pensativo mientras clavaba las estacas.

—Estado de salud, no está mal. Pero no, a lo que me refiero es a despliegues, objetivos estratégicos, todos los rumores que corren entre las filas.

—Todo eso que se habla no son más que gilipolleces.

—En absoluto. Hay cosas con mucha puta lógica.

—¿Pero con quién iba a hablar? Por aquí no hay nadie.

Len frunció el ceño.

—Bueno, ¿y adónde se ha largado el muy cabrón?

Sobresaltado, Suth miró a su alrededor. Era verdad: a Pyke no se le veía por ninguna parte. ¿Se podía saber qué estaba haciendo el mamón todo el tiempo?

—Voy a matar al puto cabrón.

—No, de eso nada. Solo vamos a mirar y esperar. Es cosa de Tela.

Suth volvió a arrodillarse.

—Cabrón engendrado por el Embozado. No me puedo creer que tengamos que soportarlo.

—Es como la familia —le dijo Len con una sonrisa sesgada—. No se puede elegir a los compañeros de pelotón. Tela le tiene echado el ojo.

A la mañana siguiente, mientras la cola de la fuerza expedicionaria pasaba con un estruendo, ellos se reunieron para recibir las órdenes. Pyke estaba una vez más en la fila y Suth lo miró con furia; ¿cuándo se había colado en el campamento? Entonces recordó la advertencia de Len y se obligó a apartar los ojos.

El puño estaba hablando con los sargentos y a Suth le complació ver al adjunto, Kyle, con el tipo. Parecía estar como nuevo, si a caso un poco magullado. ¡Ajá! Aquello podía ponerse interesante. Después pensó en la última misión especial y decidió que quizá no era lo que quería, después de todo.

Se repartieron las órdenes y, acompañados por unos cuantos carros, se dirigieron al sur, bajando por una simple pista para carros embarrada y llena de baches que

cruzaba el terreno abierto mientras el resto del ejército continuaba hacia el oeste.

No, decidió Suth. Eso no era lo que él quería.

Marcharon el día entero hacia el sur, siguiendo una pista de granjeros. Una mezcla de nieve y lluvia empapaba a Suth, le atravesaba las capas del jubón y le calaba hasta la ropa interior. Solo la marcha lo mantenía caliente. Por lo que había oído, había quizá otro día de marcha hasta la frontera con Mare. Se preguntó si iban a comprobar esa frontera. ¿Pero solo con unos cincuenta soldados?

Continuaron caminando hasta pasado el atardecer. La escolta del puño encabezaba la marcha, el adjunto los acompañaba. El crepúsculo se profundizó a toda prisa bajo la capa de nubes. Unos exploradores salieron de entre las sombras. Tolat entre ellos. Consultaron con el grupo del puño. Se transmitieron órdenes para que se mantuvieran especialmente alerta. Tela hizo una señal y todos descolgaron los escudos.

Siguieron marchando durante la caída de la tarde hasta bien entrada la noche. La caminata llevó a la partida a la cima cubierta de hierba suave de un valle seco; allí, al otro lado, junto a la cima contraria, parpadeaban unas antorchas. En el valle resplandecía una única tienda, iluminada por dentro. Unos estandartes oscuros colgaban sin fuerzas delante. Había muy poca luz para distinguirlos, pero eran estandartes que podrían ostentar el marrón de Rool.

Wess escupió un chorro de saliva marrón, dejó el pesado escudo en el suelo y se apoyó en él.

—Van a parlamentar —dijo, asintiendo con aire seguro.

¿Parlamentar?, pensó Suth mientras observaba las antorchas lejanas. ¿Para qué? Tenían a las fuerzas roolianas en plena huida. ¿Por qué iban a perder el tiempo hablando con ellos? A menos, por poco probable que pareciera, que eso fuera una rendición. No. No podía ser tan fácil. ¿Verdad? A Suth le sorprendió descubrir que parte de él esperaba que ese fuera el caso, mientras que a otra parte le ofendía la idea. Se preguntó qué mitad recibiría su recompensa llegada la mañana.

La voz de Tela hendió la noche.

—¡Descansen! ¡Vivaqueamos aquí!

Suth compartió una mirada poco entusiasta con Wess. Instalar el campamento después de oscurecer. Dioses, cómo lo odiaba.

Rillish tomaba té caliente mientras observaba la tienda que los esperaba bajo la luz dorada del amanecer. Varias figuras se movían por ella; solo unas cinco que él pudiera ver. El resto del grupo permanecía en la lejana cima. *Un comandante de las fuerzas roolianas ha solicitado una reunión, había dicho Melena Gris. Vaya a ver lo que quieren y si tiene algún interés para nosotros.*

Y yo accedí; entonces Melena Gris envió también al adjunto y de nuevo no dije

nada, aunque no teníamos por qué ir los dos. Uno u otro. Kyle podía negociar por el puño supremo; de hecho, eso era casi para lo que estaba diseñado el papel de adjunto. La razón de enviar a los dos quedaba dolorosamente clara hasta para los hombres: Melena Gris no confía en su puño.

Kyle se reunió con él, la cabeza desnuda, vistiendo solo el jubón acolchado y manchado y unos pantalones de cuero suave. Rillish sabía que casi cualquier otro puño en su lugar estaría resentido y odiaría la presencia del joven usurpador de su autoridad, pero siendo como era un hombre maduro, y padre, y convencido de que ese era su último destino, era incapaz de reunir la energía necesaria para hervir de amargura. Más bien lo contrario; siempre le apetecía ofrecerle consejos al joven.

Consejos que, por sorprendente que fuera, ese joven adjunto parecía escuchar, o al menos sabía ocultar su propio resentimiento y desprecio.

Un ayudante ofreció a Kyle una taza de té, que el joven aceptó.

—¿Cuántos deberíamos llevarnos? —preguntó.

—Unos cinco, quizá.

El adjunto levantó el vaso y señaló la lejana cima.

—¿Y cuántos ocultándose tras esas tierras altas?

—Buena pregunta. ¿Tenemos que hablar de verdad con ellos?

El adjunto cogió una galleta de las que hacían en campaña y la mojó en el té.

—Eso creo.

—Estoy de acuerdo. Y el puño supremo no dijo a quién iba a enviar.

Kyle asintió con un gruñido: era difícil tender una trampa cuando no se sabía quién iba.

—¿A quién nos llevamos?

—Un par de sargentos, supongo.

—Si no le importa... hay unos soldados con nosotros con los que ya he trabajado antes.

Rillish asintió.

—Y ese sargento... Tela. Iré a buscarlos.

Kyle dejó el vaso.

—No se moleste, puño. Ya los reúno yo.

—Yo... —Rillish contuvo el resto de la objeción. El adjunto le dio la espalda y frunció el ceño tras su largo bigote.

—¿Sí?

—Nada.

Tras inclinar la cabeza en un saludo informal, el joven se fue.

Ahí está otra vez. ¿Interferencia o consideración? ¿Qué verán los hombres y las mujeres de la cohorte? ¿El adjunto activo, dando órdenes, al mando, mientras yo me aparto, inútil en apariencia? ¿Es así como lo desea el adjunto? ¿O acaso el joven

interpreta que esas funciones de mensajero no son dignas de todo un puño? ¿No le importa que lo vean actuar como un simple ayudante? ¿O es de los que no se plantean en absoluto este tipo de cosas?

No sabía lo suficiente de aquel hombre para estar seguro en uno u otro sentido. De momento, sin embargo, parecía que al joven de las llanuras extranjeras en realidad le importaban un bledo esos asuntos del rango o las prerrogativas del mando. En cuyo caso, sería un alivio para Rillish no tener que preocuparse de tales trivialidades.

Por la mañana, el adjunto se pasó por allí y habló con Tela. El pelotón los observó con miradas de soslayo desde donde se habían encorvado alrededor del fuego para calentarse las manos y patear el suelo. Len repartió un caldo de la olla. Tela se acercó soplando los puños y le hizo un gesto a Suth.

—Recoge tu equipo. Tú y yo nos vamos a dar un paseo. —Suth asintió—. El resto... poneos el equipo y vigilad. No sabemos cuántos cabrones hay. —Le lanzó a Len una mirada dura—. Cabo. Estás al mando hasta que yo vuelva.

Len hizo un saludo militar. Suth vio que Yana estaba mirando a Pyke, que parecía hacer caso omiso de todos.

Tela le lanzó una mirada a Suth.

—¿Qué estás haciendo aquí todavía?

Suth se terminó su caldo y fue a prepararse.

Seis de ellos bajaron por la pista de granjeros llena de maleza hasta el valle. El adjunto y el puño iban en cabeza, seguidos por la sargento del vigésimo, Coral, y Tela, después Suth y Tolat. Si bien era una mujer pequeña, se rumoreaba que Coral era mortífera con su espada larga, que podía empuñar con una o con las dos manos a una velocidad sorprendente.

Los estandartes eran del marrón rooliano. El frente de la tienda estaba abierto de par en par y revelaba un suelo alfombrado, un brasero con un servicio de té y comida. Había cuatro guardias fuera. Dentro estaban sentados tres hombres, esperando. Dos era obvio que eran guardias, mientras que el tercero vestía unas túnicas gruesas y suntuosas sin mangas sobre una armadura de cuero incrustada de anillos y tachuelas.

Los tres se levantaron y el más gordo se adelantó.

—Saludos. Gracias por responder a mi invitación. Soy el barón Karien'el.

Rillish se inclinó.

—Puño Rillish Jal Keth. —Se volvió hacia el adjunto, hizo una pausa y dijo—: Mi ayudante, Kyle.

A Suth le sorprendió la mentirijilla, pero decidió que no tenía sentido que el tipo supiera a quién tenía allí. Y el adjunto no objetó nada.

El barón se inclinó y los invitó a entrar.

—Siéntense, por favor.

Tela y Coral señalaron con un ademán que ellos cuatro esperarían fuera. Se dispersaron en un ancho arco. Suth intentó no ponerse a escuchar, pero no pudo evitarlo, el barón tenía una voz muy potente.

—Me siento honrado, puño, y... me alienta ver... que el puño supremo envía a un oficial de tan alto rango.

—No es nada —respondió Rillish—. El puño supremo tiene mucho interés en ver el fin de las hostilidades.

—¿Les apetece un poco de té? —preguntó el barón.

—Gracias, sí. —Uno de los guardias preparó el té. Rillish continuó con voz insegura—: ¿Barón Karien'el, ha dicho? No recuerdo haber oído hablar de usted... ¿es usted rooliano, no?

El hombre se señaló con un ademán, la cara morena, la barba negra.

—Sí, soy rooliano, como ve. No de ascendencia malazana. Hace poco que he tomado posesión de mi título.

—Felicidades. Pero yo tenía entendido que la aristocracia solía ser de linaje malazano, por regla general.

—Solo entre ustedes, los invasores extranjeros.

El puño se quedó callado un rato. Tomó su té. Tolat, observó Suth, estaba vigilando el campo de hierba alta que rodeaba la tienda y eso le recordó a Suth que él también debería estar atento. Rillish se aclaró la garganta.

—¿He de entender, por tanto, que no me estoy dirigiendo a un representante del jefe supremo Yeull?

El tipo se acarició la densa y suntuosa barba y sonrió.

—Correcto, puño.

Suth miró a su alrededor, alarmado. *¡Thesorma Raadil! ¡Una insurgencia! ¡Estos roolianos ven la oportunidad de deshacerse de todos nosotros!* Pero ¿por qué anunciarlo?

—¿Y tiene una proposición? —preguntó Rillish, su tono expresaba un desinterés seco.

El barón levantó las manos abiertas.

—Seré franco. Los roolianos estamos deseando ver desaparecer al último malazano... —El hombre agitó la mano ante cierta reacción de Rillish—. Bueno, bueno. Si dijera otra cosa, usted sabría que era un mentiroso, ¿no?

—Cierto.

—Muy bien. Y puesto que nos guía la franqueza, déjeme ofrecerle una muestra de nuestra neutralidad. ¿Me permite?

Rillish asintió.

El barón chasqueó los dedos y uno de los guardias agitó los brazos mirando a la ladera contraria del valle. Tela, Coral, Tolat y Suth se irguieron de repente,

alarmados. Rillish y Kyle permanecieron sentados con Karien'el. Una pequeña partida empezó a bajar por el otro lado del valle. Una fila de figuras escoltada por otras cuantas. No tenía aspecto de emboscada.

—¿Qué es, sargento? —exclamó Rillish.

—Parecen prisioneros, puño —contestó Tela.

—Sí, puño —dijo el barón. Y se levantó con un gruñido y frotándose las piernas. Invitó a Rillish y Kyle a la parte frontal de la tienda—. Por favor, acepte a estos oficiales del puño supremo como gesto de buena voluntad. —Y sonrió una vez más.

Y en esa sonrisa salvaje que mostraba todos los dientes, Suth leyó un mensaje: mataos entre vosotros y ahorrados a nosotros las molestias.

Rillish hizo una pequeña reverencia.

—Se lo agradecemos, barón. Hasta que volvamos a encontrarnos, entonces.

La sonrisa se ensanchó.

—Sí. Hasta entonces.

Corlo estaba echado contra la pared húmeda y fría de su prisión, las piernas encogidas contra el pecho, los brazos cruzados con fuerza, le importaba un ardite si vivía o moría. Había hecho su vergonzoso trabajo (había hecho lo que la Guardia de la Tormenta quería de él) y después lo habían rechazado y, al parecer, olvidado. Era probable que la única razón para que siguiera con vida y no estuviera encadenado en alguna frontera de la muralla de las Tormentas fuera la previsión de sus prudentes captores de que quizá lo volvieran a necesitar.

Dioses, otra vez no. No puede ser. Su mentira haría soportar a Barras esa estación. De eso estaba seguro. Y después... lo demás estaba demasiado lejos para que le importara ya. Su traición había sido demasiado grande. La mentira ardía con demasiada virulencia en su pecho. *¡Pero seguro que algunos tienen que estar vivos todavía! ¡En alguna parte!*

Lo habían encerrado con lo peor de la selección que hacía la Guardia de la Tormenta. Tirado entre los encarcelados dentro de lo que era en sí una inmensa prisión. Los asesinos, los rebeldes incurables, y los locos de atar. Se estaba muriendo de hambre. La comida llegaba en fuentes que empujaban a través de una ranura estrecha. Los más fuertes caían sobre ella y la engullían a toda prisa, sin dejar nada para el resto. Y dado que Corlo elegía no levantarse, se quedaba sin ella. Así era la vida sin más reglas que la gratificación individual.

Echó la cabeza hacia atrás. Una brisa fresca lo congeló donde estaba, bajo la única portezuela estrecha que se abría al exterior. Nadie hablaba con él. No solo era extranjero, allí todos sabían reconocer un caso desesperado cuando lo veían. Tenía lo que Hagen había identificado como «la mirada del que va a saltar». Ya era demasiado tarde. Aunque quisiera, ya no tenía fuerzas para luchar por su ración. Se iría

apagando poco a poco. Se frotó la torques de metal que llevaba alrededor del cuello, una aleación de otataralita que embotaba la magia. Demasiado tarde. Había planeado que Hagen se la arrancara cuando llegara el momento. Total, para lo que le iba a servir su gran plan de huida...

Era demasiado horrible. Tanto esfuerzo para seguir con vida y ayudar a Barras, únicamente para engañarlo más allá de toda posible excusa. Era demasiado.

¿Cuántos días habían pasado? No lo sabía. El fulgor procedente de la profunda tobera que dejaba entrar la luz allí, en lo más hondo de las entrañas de la muralla de las Tormentas, iba y venía. El latido hinchado de las olas azotaba sin cesar a través de las piedras.

Adiós, Mediopico. Te deseo mejor suerte. Ojalá puedas encontrar la salida. Dimos un buen espectáculo. Y casi lo conseguimos. Cruzamos la mitad del puñetero mundo solo para caer ya casi en Quon Tali en manos de estos fanáticos religiosos, provincianos, estrechos de miras e ignorantes.

Malditos sean, ojalá caigan en la cripta más profunda del Embozado.

Un rato después despertaron a Corlo unos chillidos y golpes en la celda. Habían entrado guardias y estaban blandiendo porras a diestro y siniestro para abrirse paso entre los prisioneros. Parecían estar buscando a alguien.

Oh, maldita sea, no. Otra vez no. No. Nunca. No pienso...

Unas manos lo cogieron y lo levantaron.

¡No! ¡Malditos seáis! ¡Prefiero morir!

Intentó luchar, pero estaba demasiado débil. El esfuerzo oscureció su visión y ya no supo nada más.

Despertó tirado en un catre de paja. Ya no se estremecía de forma incontrolable; la calidez lo envolvía, procedente de un brasero de hierro en medio de lo que era una larga sala donde había heridos a ambos lados del estrecho pasillo que quedaba en medio. Una especie de enfermería de refuerzo. Dioses, no. No podían volver necesitarlo tan pronto, ¿verdad? El corazón se le encogió. ¿Había problemas con Barras?

Alguien se sentó junto a su catre. Olió un guiso caliente que le hizo dar vueltas el estómago.

—Come —dijo ese alguien.

—Lárgate.

La persona se inclinó un poco más y le habló en voz más baja.

—Debes comer, Corlo.

Corlo volvió la cabeza y allí estaba sentado Jemain, primer oficial de su barco, el Ardiente, antes de que los mare lo hundieran junto a la costa de Puño.

—¡Por todos los misterios de la Reina, Jemain! ¿Qué estás haciendo aquí?

El flaco se encogió de hombros con una gran sonrisa.

—Soy depositario. Te he estado siguiendo el rastro. Cuando oí que estabas aquí, reclamé unos cuantos favores.

—Pero querían mantenernos separados...

El hombre perdió la sonrisa.

—Bueno, parecen haber olvidado quién vino con quién. Tienen preocupaciones mayores, ¿eh? —Revolvió el guiso y le ofreció una cucharada a Corlo, que se la comió—. En fin... vine porque tengo noticias. He conocido a alguien. Una mujer...

—Me alegro por ti.

—Sentido del humor. Buena señal. Te estás recuperando. No, esta luchó como un demonio en la muralla y cuando mencioné el nombre de Barras, reaccionó como si lo conociera.

El estómago de Corlo se enroscó y se tensó. Intentó sentarse. *¡Por el Embozado, no! ¡Otro no!*

—¿Quién?

—¿Te suena el nombre de Shell?

Corlo se lo quedó mirando. *No será Shellarr, ¿verdad? ¿Cómo han podido capturarla? A menos...*

—¿Era rubia?

—Sí.

—¿Atractiva?

El tipo casi se sonrojó.

—Sí.

—¿Maga?

Jemain frunció el ceño. Revolvió el guiso y le ofreció un poco más a Corlo, que comió con aire distraído.

—No llevaba torques en el cuello...

Corlo se echó hacia atrás.

—La mujer que conozco como Shell es maga. Habría tenido una torques en el cuello.

—A menos que se lo haya ocultado a los elegidos.

Cansado de repente, Corlo cerró los ojos.

—¿Dices que luchó bien?

—Lo suficiente para llamar la atención de la Guardia de la Tormenta —dijo Jemain con amargura.

Shell era juramentada. Maga o no, solo eso ya la colocaría entre los más formidables de los que estaban en el muro...

—¿Quién estaba con ella? ¿Lo sabes?

—Vino con otros. Unos cuantos. Podría escarbar un poco.

Corlo asintió con los ojos cerrados.

—Sí. Averigua con quién vino. Nombres. Descripciones. —Se le ocurrió un nuevo pensamiento y abrió los ojos—. ¿Con quién más estás en contacto? ¿De quién sabes? —El hombre se quedó un rato callado; Corlo lo miró. El otro revolvía el guiso con los ojos bajos—. ¿Sabes quién queda, Jemain?

El hombre se recobró y asintió.

—Sí, Corlo. Lo sé.

—Bien. ¿Quién?

Jemain le metió a Corlo el cuenco de madera en las manos.

—Ya hablaremos después. Por ahora es suficiente. Tengo que irme a preguntar por ahí, ¿de acuerdo?

Corlo lo cogió por la muñeca con tanta fuerza como pudo, que tampoco era demasiada.

—¿Quién?

Jemain lo recostó.

—Tú no te preocupes, Corlo. Descansa. Es suficiente por ahora. Tendré más información con el tiempo.

—¿Vas a volver?

—Sí. Una vez que averigüe algo más. —Se levantó—. Esa mujer, Shell. ¿Podría ser juramentada?

—Es posible.

—Bien. Preguntaré por ahí. Me alegro de verte.

—Y yo de verte a ti.

Jemain le apretó el hombro y después se alejó. Corlo se recostó y se quedó mirando el techo de piedra. *Así que Mediopico. Quizá Dócil, Cuentagotas, Joden y Peladura. La antigua Espada. Seguro que son ellos. Seguro que, de todos, ellos habrían sobrevivido. Y esa mujer, ¿juramentada? Es probable que no. ¿Por qué van a infiltrarse en la muralla de las Tormentas? Barras está convencido de que, bajo el mando de Despellejador, la Guardia le ha dado la espalda a nuestra antigua misión. ¿Estarán allí para terminar con él de una vez por todas? Pero ¿para qué venir? Barras permanece encerrado. Pero sigue estando entre los juramentados; siempre será una amenaza para ellos.*

Muy bien... Encontró la cuchara y se la metió en la boca para chuparla. Tendría que esperar y ver. Y si había juramentados de la Guardia allí, bueno, en cierto sentido no había mentido del todo, ¿no?

La sangría de solicitudes de suministros, pertrechos y hombres llevó a Hiam al tramo de la muralla de las Tormentas que se administraba desde la torre de Hielo, al norte de Kor. Se encontraba al este, tras un alto cabo, y este Hiam lo trepó solo, el manto

ceñido a su alrededor, la lanza sujeta con un ángulo fácil. Al llegar a la cima del paso le sorprendió que le dieran el alto unos centinelas que salieron de la nevada que todo lo ocultaba.

—¡Alto! ¿Quién va?

Irritado, Hiam contestó también a gritos.

—¿Con qué autoridad desafían a un guardia de la tormenta en la propia muralla?

—¡Avance!

Los centinelas no pertenecían a los elegidos de la Guardia de la Tormenta, un hecho que tranquilizó a Hiam, pues eso hubiera sido un enorme desperdicio. Los hombres eran, de hecho, dos reclutas de Robo que llevaban escudos y espadas.

—¿Y usted es? —preguntó uno.

—El lord protector, que viene a ver a maese Stimins.

Los dos se lo quedaron mirando con la boca abierta, después se miraron entre sí y envainaron las espadas.

—Nuestras disculpas. Solo estamos aquí para alejar a la gente. Se están haciendo reparaciones más adelante, el suelo está peligroso.

Hiam enarcó una ceja.

—No me diga.

—Sí, ah, señor. Maese Stimins exige que nadie continúe por aquí.

—¿Y ustedes creen que esa prohibición me incluye a mí?

Los dos compartieron otra mirada.

—Difícil de decir —murmuró uno al tiempo que se rascaba el cuello.

El otro se encogió de hombros.

—Nosotros tenemos órdenes.

Hiam hizo lo que pudo por contener una sonrisa y estudió el cabo de su lanza mientras daba golpecitos en la escarcha que relucía en las piedras del camino.

—Órdenes... Comprendo. ¿Qué hacer, entonces? Es una cuestión espinosa.

Los otros dos compartieron ceños. Uno dio unas patadas en el suelo. El otro situó las manos sobre un brasero que había en un soporte de hierro junto a su puesto. Parecían depositar todas sus esperanzas en que a él le diera por irse.

—¿Quizá —sugirió Hiam— uno de ustedes podría escoltarme... a partir de ahora?

Uno le lanzó una mirada al otro.

—No sé. Quizá.

—Le explicaré a maese Stimins que han extremado la vigilancia.

Los dos se relajaron y dejaron escapar penachos de aliento que se llevó una ráfaga de viento.

—Bien... de acuerdo —admitió uno—. Yo lo llevaré. Gnorl, tú quédate de guardia. —E invitó a Hiam a seguir—. Por aquí.

Hiam lo siguió con una triste sonrisa oculta tras la estrecha ranura de su yelmo. No se molestó en señalar que llevaba corriendo por toda esa muralla desde que era niño.

Coronaron el alto cabo y descendieron a la playa baja a la que se asomaba la torre de Hielo y su contramuralla. Cuando se acercaron, Hiam vislumbró el arco de la contramuralla entre las ráfagas de nieve y se detuvo como si se hubiera quedado paralizado.

¡Que la Señora nos libre!

Una gran cascada de hielo verde azulado envolvía tramos de la piedra. El hielo recorría la parte trasera de la muralla, por la que bajaba, congelado en plena caída. Varias figuras trabajaban sobre el hielo como esforzadas hormigas, martilleando y tallando, mientras otras hacían guardia delante de las olas que se estrellaban.

¿Qué ha pasado aquí? ¿Se ha derrumbado?

—Lléveme con maese Stimins —le gruñó al guardia y empezó a bajar, patinando y tambaleándose por los resbaladizos escalones de roca. Encontró al maestro ingeniero dirigiendo las reparaciones desde la base de la torre de Hielo. Se encontró con el hombre de repente, cuando una ráfaga de viento separó la nieve que caía. Por encima del fuerte viento y el impacto vibrante de las olas, el ingeniero chillaba indicaciones a un puñado de trabajadores. Hiam supuso que eran sus jefes de equipo. Al ver a Hiam, los hombres se irguieron y saludaron, la espalda de Stimins se estremeció y se puso rígida.

—Pueden irse —les dijo a los hombres, que se inclinaron ante Hiam y desaparecieron bajo la nieve torrencial.

—¿Cuándo ibas a decírmelo? —quiso saber Hiam.

Stimins se volvió poco a poco.

—Tienes que gestionar la muralla entera, joven Hiam. Esperaba ahorrarte esta preocupación.

Hiam lanzó un gruñido, comprendía la respuesta, aunque estaba indignado.

—Bueno, pues ahora estoy aquí. ¿Qué estás haciendo acerca de ese tema?

El anciano señaló con un gesto el tramo de camino que llevaba adónde el equipo, la cuerda y los bloques de piedra estaban tirados en un batiburrillo vetado de hielo.

—Estoy subiendo la muralla.

—¿Subiéndola? ¿Durante los ataques de los jinetes? —Hiam estaba asombrado, pero ¿qué otra cosa iban a hacer? Examinó el mar con los ojos: las olas se revolvían, agitadas por el viento, pero no había oleaje creciente que subiera por la ensenada, no ese día. No en ese momento. Hiam podía predecir la hora exacta de un asalto solo por el sonido del viento—. ¿Cómo va?

Stimins sacudió la cabeza casi calva.

—El trabajo va demasiado lento. Perdemos demasiados hombres. Los jinetes

huelen la sangre. Necesitamos más guardias.

Pero todos los elegidos estaban ya asignados, y cada uno era vital en su posición. La verdad era que no les quedaban hombres de reserva. El problema era que justo al sur de allí se encontraba la ciudad de Kor. No podían permitirse que los jinetes arrostraran esa sección. A Hiam se le ocurrió una nueva pregunta.

—Si no hubo ningún derrumbamiento, ninguna ruptura. ¿Por qué aquí? ¿Por qué ahora?

El anciano apartó la mirada y arrugó la boca. Se examinó las manos nudosas y retorcidas, que estaban envueltas en trapos.

—Esperaba ahorrártelo, Hiam. No es una buena noticia... la verdad es que la muralla no ha bajado... el mar ha subido.

Hiam se lo quedó mirando. ¿Subido? ¿En toda la muralla? No era de extrañar que las listas de bajas hubieran aumentado tanto, él había pensado que era porque eran menos. Pero no. Era peor. Porque ¿quién puede luchar contra el mar? Y sin embargo... ¿no era eso lo que sus ancestros habían hecho durante generaciones? ¿Cómo osaban ellos hacer menos? *Señora, ¿por qué nos pones estas pruebas? ¿Carece de algo nuestra devoción? ¿Nos estás castigando?*

Se aferró a su lanza hasta que se le entumecieron las manos. *Muy bien, Santísima Señora... serás testigo. ¡Nuestra piedad, nuestro fervor, humillará a todos aquellos que lo presencien!*

—¿Qué hay del oeste, la torre del Viento y los puntos débiles de allí?

Stimins asintió.

—Creo que eso también es producto de la subida del mar. Todos los defectos están surgiendo ahora, bajo la presión incrementada.

Hiam lanzó un bufido. *Qué gran verdad has dicho, maestro ingeniero. Defectos en algo más que la muralla. Y esos defectos hay que quitarlos a martillazos, o la Señora permitirá que caigamos.*

—Muy bien, Stimins. Tendrás todo lo que necesites.

—¿Más guardias para las cuadrillas de trabajo?

Hiam pensó en los últimos comunicados de fuentes leales de Rool. Tropas que se reunían en Lallit para su transporte. Todas buenas señales. Pero también había informes de la flota invasora en Banith. ¿Las fuerzas del Traidor tenían intención de invadir por allí? Ridículo, con Rool por pacificar. Necesitarían la ciudad como punto de apoyo. El Traidor no iba a abandonar. La flota se limitaba a pasar el invierno en aguas más tranquilas. Pretendían hacer las reparaciones y los arreglos necesarios.

Él solo tenía que resistir hasta que llegaran los soldados roolianos.

Una vez más, Hiam escuchó a su instinto. Quizá no tuvieran cantidad, pero tenían a su campeón, revitalizado en los últimos tiempos. Y otros prisioneros hábiles, incluso mercenarios. Los llevaría a todos hasta allí; pondrían todo lo que tenían en

esa brecha.

Aguantarían. Tenían que hacerlo. No había alternativa.

El Ejército de la Reforma se arrastraba rumbo al norte al paso lento de un tullido, un ritmo que no hacía nada por mejorar el humor de Ivanr. Por delante de sus exploradores, las aldeas ardían en todo el país. Cada una arrojaba un negro penacho de humo que se mezclaba e hinchaba, anunciando la guerra abierta entre los leales al Imperio y los simpatizantes de la Reforma. El humo le parecía a Ivanr un digno estandarte para proclamar su llegada. Su número iba aumentando a medida que los simpatizantes se unían al ejército en sí, o contribuían al inflado ejército informal de seguidores y refugiados que arrastraban detrás. En total, él calculaba que su número se acercaba a los cincuenta mil. Una fuerza enorme, en número. El más grande hasta el momento de todos los levantamientos campesinos y movimientos heréticos mesiánicos de los que él hubiera oído hablar en el pasado. Sin embargo, según sus cálculos, en realidad solo podrían contar con menos de un tercio cuando llegara el momento de plantarse y luchar.

Solía andar cerca del centro, sin implicarse en la logística del día a día ni en la organización del mando. Así que solo se limitaba a mirar cuando los zapadores extraoficiales y los ingenieros del ejército demolían muchos de los edificios de madera junto a los que pasaban. Después apilaban las vigas y los tablones en los carros para su transporte. Al verlo, Ivanr llegó a la desalentadora conclusión de que Martal se estaba preparando para el asedio de Anillo. Los pesados carruajes de la mujer también avanzaban con estrépito entre la multitud desorganizada, como torres de asedio móviles. Al verlos dando tirones por el camino, se acordó de la opaca afirmación de su comandante de que habían llevado su propia fortaleza con ellos. ¿Estaban pensados como una especie de plataforma móvil para los arqueros? La mujer tenía que saber que no podía contar con emplear las mismas tácticas que antes. Los imperiales ya se habrían preparado.

Caía una llovizna ligera, fría e incómoda. Su gelidez le recordó que mucho más al norte los korelrianos se enfrentaban a los jinetes de la tormenta, se suponía que para defenderlos a ellos, al mismo tiempo que él y su ejército de herejes y politeístas intentaban usurpar el culto a la Señora. ¿Quién tenía razón? ¿La tenía alguno de ellos? De nuevo deseó que Beneth estuviera allí, aunque jamás se le había ocurrido debatir esos temas con él mientras vivía. ¿Cuál entonces iba a ser su papel, si no de profesor, profeta o inspiración? La pregunta todavía lo atormentaba y ennegrecía aún más su humor.

Un hombre esperaba para abrirse paso entre las filas de guardias que lo rodeaban. Alto y de una delgadez enfermiza: el anciano peregrino. Ivanr asintió para permitirle pasar. El hombre se acercó con una inclinación y se puso a la altura de Ivanr.

—¿Tienes noticias? —preguntó Ivanr.

La cara demacrada del hombre era lúgubre.

—Sí. —La lluvia le había aplastado el pelo sucio y gris sobre el cráneo irregular.

—¿Noticias inquietantes?

—Sí.

Ivanr señaló el cielo nublado.

—No es un día para malas noticias.

—Ningún día sería bueno para esta noticia.

¿Este tipo disfruta siendo el portador de malas nuevas?

—De acuerdo. ¿Qué pasa?

El hombre respiró hondo para cobrar fuerzas.

—Hemos sabido por fuentes fiables que la sacerdotisa todavía vive.

Ivanr se quedó mirando al tipo.

—¡Dioses generosos! ¿Y eso es una mala noticia?

—Está con el Ejército Imperial. Viaja con ellos.

Ivanr se quitó la lluvia fría de la cara mientras continuaban caminando. La traían al sur... ¿hacia ellos?

—Y a ti te preocupa...

—Lo que pretenden, sí. Creo que quieren hacer un espectáculo de su muerte.

Sí. Eso tendría sentido. Una lección espantosa sobre la inutilidad de la rebelión. ¿Pero de verdad creen que eso aterrorizaría a la gente? Solo los enfurecería más. Reforzaría su determinación, no la debilitaría. De hecho, podría provocar un baño de sangre. ¿Podría ser esa su verdadera intención? ¿Incitar a esos campesinos para que lleven a cabo un ataque precipitado? Tendré que advertir a Martal.

—Gracias... ¿Cómo te llamas, por cierto?

Los finos labios exangües se tensaron con una mueca arisca.

—Orman.

—¿Servías en la organización de Beneth?

—Sí, además de lo que predico.

Ivanr lo miró de soslayo.

—Cuando hablamos por aquel entonces... ¿actuabas en nombre de Beneth?

El otro sacudió la cabeza, sin inmutarse.

—Entonces hablaba en nombre de la sacerdotisa.

—Bueno, no soy quién para entrometerme en las elecciones de Beneth. ¿Y ahora qué?

Orman caminó con él durante un rato, en silencio, las manos a la espalda, la cabeza ladeada.

—Con tu permiso, me adelantaré a la ciudad de Anillo. Hace tiempo hicimos el esfuerzo de sembrar la ciudad de seguidores. Ahora estamos metidos en una

encarnizada batalla no oficial por el control de la población.

—¿Cómo va?

Una expresión tensa, dolorida, cruzó el rostro sin carne.

—Mal. Estos imperiales han terminado por caer en la cuenta. Han sellado los caminos al norte. Han forzado a los refugiados a regresar a la ciudad. No van a ceder más terreno.

—Entiendo. Así que... ¿cuál es tu predicción?

El otro ladeó la cabeza.

—Esta vez creo que el destino de la ciudad lo decidirá la batalla. Quien la gane, ganará la ciudad, y la mitad del país. Hablando con imparcialidad, los imperiales en realidad no deberían enfrentarse a nosotros en campo abierto. Deberían guarnecer Anillo, negárnoslo, y observar cómo se disuelve nuestro movimiento sin objetivo ni dirección... —Suspiró y levantó los hombros huesudos—. Pero no lo harán. El modo en que se han manejado estos levantamientos en el pasado dictará cómo se ocuparán de este los imperiales.

Esbozó lo que quizá pretendía que fuera una sonrisa de aliento, pero que a Ivanr le pareció la expresión lasciva de una calavera.

—Así que ya ves, Ivanr. Puede que tú te tomes su determinación de enfrentarse a nosotros en el campo de batalla como un desastre en potencia; yo lo veo ya como una media victoria. —Y con eso el hombre se inclinó y se despidió.

Ivanr no estaba seguro de qué pensar. O bien aquel hombre era un agente político de talento extraordinario, o era un fanático religioso ciego a todo lo que no fuera el éxito. Si bien estaba de acuerdo en que aquella panda carecía de la disciplina necesaria para aguantar un asedio prolongado, la caballería pesada imperial sacando partido de sus puntos fuertes bélicos en el campo de batalla no le parecía tan gran error por su parte. Pero él no estaba al servicio del cuerpo de información de los estrategas. La táctica era su punto fuerte.

Entre las filas se fue transmitiendo la señal que ponía fin a la marcha del día. Al soldado que había en Ivanr le horrorizó: ¡todavía faltaba mucho para el atardecer! A ese ritmo les llevaría otra semana llegar a Anillo. Se pasó la manga mojada por la cara. Ese era el precio de mantener unido un ejército de civiles voluntarios.

Y, como siempre, los imperiales observaban y esperaban. Ivanr miró a su alrededor y examinó las laderas onduladas que rodeaban aquella fuerza suelta y diversa. Allí, en el flanco lejano, unos jinetes los seguían. ¿Parte de la escasa caballería que le quedaba a Hegil? No había forma de saberlo a esa distancia. Seguramente no. Se preguntó por qué no los estaban acosando de forma constante, por qué no iban carcomiendo su número. Quizá a los imperiales les parecía que eso sería rebajarse.

Quizá no deseaban desalentar a esa chusma que avanzaba hacia su destrucción.

Como conclusión, era de lo más mezquina. Se sopló las manos y pensó que ojalá no se le hubiera ocurrido.

Una constelación de hogueras iluminaba la noche al este. Allí, en una depresión boscosa, un único fuego de troncos de brasas resplandecía con un color naranja hosco. Un hombre estaba delante, sentado con las piernas cruzadas, encorvado, estudiando pequeños objetos sacados de una bolsa. Cada pieza extraía nuevas exclamaciones de incredulidad e indignación hasta que el hombre recogió las piezas repartidas y las volvió a meter en su sitio.

El crujido de la maleza llamó su atención y se volvió de golpe.

—¿Quién anda ahí?

—Soy Totsin —gruñó el recién llegado, maldiciendo y abriéndose paso entre los densos helechos.

El hombre se relajó.

—Qué sorpresa verte aquí. ¿No sabes que es peligroso molestar a un talento mientras trabaja?

Totsin se estiró la camisa y se echó hacia atrás el pelo ralo.

—¿Eso es lo que estás haciendo? Estoy buscando a la hermana Gosh. Está aquí, ¿no?

El hombre sacudió la bolsa y la miró con gesto suspicaz y los ojos entrecerrados.

—Sí. Está aquí —dijo con aire distraído.

Totsin lo observó un rato mientras se acariciaba la barba irregular.

—Bueno, hermano Jool... ¿qué estás haciendo?

Jool sacudió la bolsa junto a su oído una vez más. En el interior se oyó un repiqueteo.

—Las losas dicen tonterías.

La mano de Totsin se tensó en la barba. Aspiró una temblorosa bocanada de aire.

—¿Sí? Siempre me han parecido poco de fiar, ya sabes.

Sin responder, Jool alisó la tierra que tenía delante y después metió la mano en la bolsa. Sacó una losa, la examinó a la luz tenue, rezongó y la dejó en el suelo.

—¿Qué pasa? —preguntó Totsin con un susurro.

—Hogar, o Fuego, invertido. ¿Fracaso? ¿Traición? Un comienzo muy inquietante.

Después salió otra losa, esa de una madera muy negra. Jool lanzó un bufido de disgusto.

—Otra vez. Siempre pronto. Un fuerte portento... pero ¿de qué?

—¿Qué es eso?

—El Acaparador Oscuro, invertido. ¿Muerte? ¿Traición que termina en muerte? ¿O vida, lo contrario al cese? ¿Cómo debo leerlo?

Totsin no dijo nada.

Otra losa, esa de burda arcilla cocida.

—Tierra. Muy poco habitual que salga tan pronto. También podría significar el pasado que regresa, o consecuencias. Está alineada con la antigua diosa de la tierra. Algunos la llaman Dolmen.

Metió la mano de nuevo y esa vez siseó al ver la losa blanca resplandeciente que tenía en la mano.

—Los jinetes a continuación. Prominente. ¿Estos dos están asociados ahora de algún modo? ¿Cuál es la relación aquí: hogar traicionado, muerte traicionada, tierra o pasado, y los jinetes de la tormenta? ¿Qué debo pensar de esto? —Jool volvió a introducir la mano—. Una última elección.

Esa losa de madera oscura la sostuvo en alto y la miró con los ojos entrecerrados.

—Heredad de la Noche. Fortaleza de la Oscuridad. Relacionado, ¿cómo? Un auténtico enigma.

Totsin se aclaró la garganta.

—Tengo una losa para ti, Jool. La conseguí hace poco.

Jool no levantó la vista; fruncía el ceño y miraba las losas que tenía extendidas ante él.

—¿Sí? ¿Una nueva?

—Sí. Aquí está.

Distraído, Jool alzó los ojos. Totsin le tiró el pequeño rectángulo de madera; Jool lo cogió.

—Qué es... ¡Por todos los dioses! ¡Totsin! ¡Serás idiota! —El hombre se levantó de un salto e intentó arrojar la losa, pero el objeto no se soltaba de su mano. Se la quedó mirando, horrorizado—. ¡Nosotros nunca... esa Bruja! ¡Ella! ¿Qué has...?

Y luego, con un siseo de comprensión, bajó los hombros.

—Ahora lo veo. El fuego, el hogar, traicionado: un traidor en la familia. Muerte, la mía. Dolmen, el pasado, tus razones. Noche, ahora, esta noche.

La mano que sostenía la losa se marchitó ante los ojos de ambos, se fue desecando hasta quedar convertida en un esqueleto muerto envuelto en piel curada hasta adquirir la textura del cuero.

—Los jinetes, sin embargo —continuó Jool, extrañado—. ¿Qué tienen ellos...? ¡Espera! ¡Cuatro! ¡Cuatro destinos presagiados! Dos mayores y dos menores. —El rostro del hombre palideció hasta adquirir una blancura cenicienta, hundida y marchita—. Sigues siendo idiota, Totsin. Me has asesinado demasiado pronto. Lo que preveo ahora me lo guardo, para tu desesperación... —Un último aliento se le escapó de los labios secos y Jool se derrumbó, los huesos desmoronándose con estrépito entre un montón de carne seca como el pergamino.

Totsin contempló el cadáver. ¿Bravuconadas? ¿Una amenaza vacía? ¿Qué debía pensar de ese último mensaje? Mientras reflexionaba, usó un palo para empujar las

losas y volver a meterlas en su saca de cuero, cuyos cordones después cerró con fuerza. Nada, decidió. No significaba nada. Demasiado vaga y poco fiable, esa técnica... él nunca se había fiado de ella. Un método para talentos menores, nada más. Dio unas patadas a la tierra para cubrir las brasas que ardían sin fuego.

Solo quedaban dos. Los dos más peligrosos.

Tras dejar el valle de Ancy, llegó recado a la columna moranthiana de que Borun y Ussü debían adelantarse a caballo, puesto que habían sido llamados a presencia del jefe supremo. Cogieron las monturas de unos mensajeros y utilizaron el sistema de postas para disfrutar de caballos frescos en su viaje al oeste. Aunque moranthiano, y no acostumbrado a montar, Borun soportó la interminable paliza con su estoicismo habitual. Ussü, sin embargo, no había montado tanto en más de dos décadas. El viaje fue una tortura para él. Tenía en carne viva la cara interna de los muslos; la espalda y el cuello le dolían como si lo hubieran golpeado con porras y, a pesar de la agonía constante, estuvo a punto de caerse de su montura cuando, hacia el amanecer, se sumió en una niebla de agotamiento.

En el siguiente cambio de postas se acostó y amenazó a Borun con la muerte si se le ocurría molestarlo. Prudente, el comandante moranthiano no respondió y se retiró. Ussü se quedó dormido de inmediato y, con lo que pareció la misma inmediatez, se oyó una llamada a la puerta.

—¿Qué pasa? —graznó.

—Le he dado cuatro horas —contestó Borun.

Ussü dejó caer la cabeza hacia atrás. *Maldita sea.*

—Muy bien. Ya voy. —Se incorporó, puso los pies en el suelo y se levantó con un gemido. *Dioses, y Señora, estoy demasiado viejo para esto. Ya solo el viaje me va a matar.* Abrió la puerta y se apoyó en la jamba. Borun rezongó al verlo.

—Nos aguardan comida y monturas frescas.

Ussü sacudió la cabeza.

—No puedo. Adelántese usted.

—No es eso lo dispuesto. Viajamos juntos. Y ahora, venga.

Ussü levantó una mano con perlesía y manchas de vejez.

—No. No tengo fuerzas. Hace ya mucho tiempo.

El anodino yelmo de color negro mate lo contempló en silencio; después, Borun metió la comida en unos cestos que se echó al hombro.

—Es mago, haga lo que sea que hace. —Y dejó la sala principal de la casa de postas.

Ussü se lo quedó mirando. Maldita fuera, pero si el tipo tenía razón. Contempló la mano y recurrió a su senda. Una llama azul cobró vida con un parpadeo alrededor de la carne. *Témlame, ordenó. Las llamas nutrirán.* Al instante, el cansancio en los

huesos se desprendió de él como la escoria en un horno. Se irguió conmovido y, la verdad, bastante aterrado. ¿De dónde viene este poder? No había nada de la Señora en él; más bien, era como si ella se hubiera apartado y lo hubiera permitido. De mala gana, Ussü lo aceptó.

Os lo agradezco, Santísima Señora.

En el cambio de postas que había junto al cruce principal del camino a Paliss, les llegó recado de que debían dirigirse a Lallit. Ussü cogió las órdenes de manos de Borun.

—¿Lallit? ¿En la costa? ¿Para qué?

—No lo dice. Pero es auténtico. Los sellos y los códigos son correctos.

Ussü se lo volvió a tirar al mensajero con gesto de frustración. ¡Tenía que hablar con Yeull! ¿Por qué ese desvío a la costa? Era insufrible... ¡y más cabalgada todavía!

—¡Eso son otros cuatro días!

—Aproximadamente. Y debemos irnos. No podemos cuestionarlo.

—¿Sigue sin saberse nada de Ancy? —le preguntó Ussü al mensajero.

—No, señor. Ustedes van por delante de las noticias.

Borun despidió al mensajero.

—Iremos por el camino de Paliss un tiempo y después giraremos al oeste. —Y se dirigió al corral.

Ussü observó la espalda blindada del hombre. *Aquí estoy yo, quejándome, y este hombre todavía no sabe nada de sus tropas. Pero seguro que están sus buenos dos o tres días por delante de cualquier avance malazano, aunque se hubieran abierto paso de inmediato. Aun así, él haría bien en darles menos vueltas a sus propios problemas y pensar en los de otros, para variar.*

Se resignó al cambio de destino y fue a reunirse con Borun.

Tres días cabalgando, más la mejor parte de tres noches, llevaron a Ussü y Borun cerca de Lallit, en la costa de un brazo del mar del Remitente, que muchos llamaban el mar del Pirata. Esos últimos días se habían topado con señales del paso de muchos hombres, carros y carretas de equipo. Parecía como si estuviera trasladando un ejército a la costa. Todo eso inquietó todavía más a Ussü. ¿Era posible que en realidad Yeull estuviera allí y no en Paliss? Y si era así, ¿qué había de la capital? ¿Qué estaba planeando? Los malazanos estaban avanzando; el reorganizado ejército rooliano debería estar concentrándose y dirigiéndose al este para enfrentarse a ellos.

Un giro en la última ladera del largo descenso que llevaba a la costa trajo a la vista la extensión azul hierro del mar y también la modesta ciudad de Lallit. Los barcos asfixiaban su estrecho puerto y un ejército acampado rodeaba la ciudad. Parecía que se había reunido una fuerza invasora. Por un instante, Ussü se preguntó si

estaban contemplando otra fuerza malazana que acabara de desembarcar en su costa oeste. Pero el marrón oscuro de Rool ondeaba por todas partes, tranquilizándolo. Borun y él intercambiaron una mirada silenciosa y continuaron.

Unos centinelas salieron a su encuentro y se reunió una escolta para llevarlos con el jefe supremo. Según todas las apariencias, el Sexto se había reunido procedente de todas las fronteras. Las fuerzas de élite roolianas y skolati reforzaban los números. Su escolta los llevó hasta el muelle, a la pasarela de un gran buque de guerra que lucía los estandartes roolianos, además del estandarte personal del jefe supremo, la vieja bandera del Sexto.

Estaba nevando en aquella costa, los fuertes vientos del sudoeste llegados del océano de las Tormentas empujaban la nieve hacia el interior. El aire era perceptiblemente más frío; la humedad, se dijo Ussü, nada más. La guardia personal del jefe supremo los mandó subir la pasarela con un gesto. Dentro del mal iluminado y sofocante camarote principal encontraron al jefe supremo esperándolos. Se quitaron los gruesos mantos de viaje y Ussü se arrodilló para rendir pleitesía a la indefinida figura que había detrás del gran escritorio en el que se apilaban hojas de vitela, pergaminos y libros de cuentas ajados.

—Jefe supremo. Nos ordenó que nos presentáramos.

—Y aquí estáis —rezongó la figura con voz profunda—. Echad leña al fuego. Habéis metido el aire gélido con vosotros.

Un guardia puso más madera en el brasero de hierro, aunque el sudor perlaba ya la frente de Ussü y el vapor se alzaba de sus mantos de viaje.

—Nos ordenó la retirada... —dijo Borun, su voz sonaba más ronca de lo habitual.

La figura se inclinó hacia delante, los brazos en el escritorio. Cuando se le acostumbraron los ojos, Ussü vio que Yeull estaba sentado, envuelto en todas sus capas habituales. El cabello negro le relucía, húmedo de sudor, y el rostro tenía una expresión pálida y enfebrecida.

—¿Es eso una acusación? —inquirió.

—Es una pregunta.

El hombre lanzó un gruñido y volvió a hundirse en su sillón de respaldo alto.

—Puede que hayáis demorado al Traidor una semana o algo más, pero al final habría cruzado. Si no por allí, entonces por otra parte. O habría dividido las fuerzas para cruzar por múltiples sitios, ¿no?

—Es posible... —dijo Borun entre dientes.

El jefe supremo siguió con desdén.

—Habría ocurrido. El Traidor está decidido a llegar a la costa como sea. No le queda más remedio. Es su estrategia. Está apostando a todo o nada.

—¿La costa? —preguntó Ussü.

La mirada ardiente de Yeull se posó en él.

—No os detuvisteis a recibir noticias durante el viaje hasta aquí, ¿no? De otro modo os habríais enterado. Decidme, esta segunda fuerza invasora llegó en más de cuatrocientos barcos. ¿Qué creéis que les pasó a esos barcos una vez que el Traidor desembarcó?

Ussü se encogió de hombros.

—Imagino que, a su debido tiempo, los mare los hundieron. Como entonces.

Yeull pareció gruñir de asco.

—¡Té caliente! —le ladró en un aparte a un guardia, y el hombre se puso a servir una cocción oscura—. No, mi muy confiado asesor. ¡A su debido tiempo los mare admitieron la derrota y pidieron la paz! —Yeull dio un puñetazo en la mesa que desperdigó varias hojas de vitela—. Ya nos podemos olvidar de ellos. —Se ciñó mejor las capas de chaquetas y chalecos forrados y acolchados que le envolvían los hombros—. Y ahora estamos flanqueados.

¿Flanqueados? ¡Ah, la costa! ¡Los dioses nos libren! ¿Están aquí?

—Se va de Rool —calculó Borun, mucho más al tanto que Ussü en materias de estrategia.

El jefe supremo asintió.

—Sí.

Ussü estaba confuso. *¿Abandonar Rool? ¿Para ir dónde? ¿Por qué no quedarnos y luchar?*

—¿Usted también capitula? —se le escapó, y al instante lo lamentó.

El jefe supremo se quedó callado. Una capa de sudor le brillaba en la cara. Su mirada era como una lanza calentada que apuñalara la frente de Ussü. Tras un rato, aspiró una bocanada de aire estremecida y se tomó de un trago el té humeante.

—Nos dirigimos a la auténtica batalla, mi ignorante asesor.

Un gruñido chirriante resonó en el yelmo de Borun.

—¡Atacan Korel!

Ussü tuvo la sensación de que se iba a desmayar. El agotamiento, el calor, las revelaciones. Era demasiado. Se pasó una mano por la frente resbaladiza.

—Eso sería una locura. La isla entera se levantaría contra él. —Buscó en la habitación mal iluminada una silla vacía o un taburete.

—Tu fe es una lección para todos nosotros —comentó el jefe supremo en la penumbra—. Debe de ser por eso por lo que ella te favorece tanto.

Pero Ussü no estaba escuchando. Era incapaz de tomar aliento. El ambiente era demasiado cerrado, demasiado constrictivo. Se sentía como si el barco estuviera de repente en una tormenta. Unas manos embutidas en armadura lo sujetaron y lo sentaron en un alféizar. Una mano le bajó la cabeza hasta las rodillas.

—Respire —le ordenó Borun.

La negrura que se tragaba la visión de Ussü se atenuó un poco. Jadeó mientras su

corazón iba ralentizando el pánico constreñido. Borun estaba hablando.

—Se va de Rool demasiado pronto. Déjeme marchar al sur. Puede que todavía lo detengamos.

—Cierto —admitió el jefe supremo, parecía sorprendentemente tolerante con semejante cuestionamiento—. Es posible. Pero he optado por sustituir la posibilidad de una victoria ahora por el éxito asegurado en el verano.

—¿Sí? ¿Y cómo es eso?

Ussü alzó los ojos y parpadeó. Un guardia le ofreció un vaso de té, que él cogió con gratitud. Era una infusión que reconoció, muy vivificante.

—Los korelrianos están desesperados por conseguir soldados. Hemos llegado a un acuerdo para proporcionárselos. Es más, lucharemos a su lado para repeler cualquier intento malazano de acabar con ellos. Tras eso, una vez llegada la primavera, cuando los jinetes de la tormenta se hayan retirado y los korelrianos estén ociosos... bueno, imaginaos lo que podríamos lograr si regresamos a Rool acompañados por el puño de hierro de los agradecidos korelrianos.

Ussü se lo quedó mirando, asombrado. ¿Funcionaría? Los korelrianos jamás habían interferido en ninguna de tantas hostilidades y guerras intestinas; siempre que recibieran su tributo, ellos se mantenían al margen. Pero si Melena Gris atacaba su isla, en un intento de terminar con su poder, y los roolianos luchaban a su lado... ¡una alianza! Las ventajas serían incalculables.

—¿Y mis tropas? —dijo con un rumor sordo Borun.

Yeull observó al comandante negro sin decir nada durante un tiempo, los ojos rasgados casi cerrados. Ussü percibió en esa mirada un desagrado que bordeaba el asco, ¿podrían ser celos?

—Serán los últimos. Se enviarán barcos de regreso. Puede quedarse a esperarlos. Borun se inclinó.

—Y tú, mi mago supremo...

Ussü se irguió y se inclinó.

—Sí, jefe supremo.

—Tú me acompañarás. ¿Has visto alguna vez la muralla de las Tormentas?

—Eh, no, mi señor.

—Es una de las maravillas del mundo. Y todo un espectáculo. Sobre todo en esta época del año.

Ussü de repente ya no sintió un calor tan insoportable. Se apartó las ropas, empapadas de sudor, del pecho.

—Eso dice usted, mi señor. Eso dice usted.



Reside a las afueras de Thol una famosa anacoreta que vive enclaustrada en su hogar prisión, su única comunicación con el mundo exterior es una estrecha ranura por la que se puede pasar comida. Peregrinos de todas las islas visitan a esta mujer sagrada, que ha renunciado al mundo profano por su contemplación de lo sagrado. Puedes sentarte junto a la puerta de ladrillo con su estrecha ventana y participar de su sabiduría, obtenida a lo largo de cinco décadas de exilio autoimpuesto del mundo. Encerrada en su diminuta celda, nada escapa al alcance de su juicio.

Santos del subcontinente
La Abadía, Paliss

Cuando entró en Banith, Melena Gris instaló su cuartel general en el almacén que ocupaban los moranthianos azules. Devaleth se alegró de ver que cuando se encontraron, el puño supremo y el almirante Torbellino compartieron un largo apretón de manos. El almirante Nok, según había oído, no estaba presente, pues era famoso el juramento que había hecho de no volver a pisar tierra jamás. Los dos se sentaron de inmediato a debatir tácticas. Se enviaron órdenes a los puños, Rillish y Khemet Shul, que estaban en el campo, supervisando la disposición de las tropas.

Si bien la bruja estaba contenta con el buen ánimo del puño supremo, había comprendido con una claridad meridiana lo que pretendía y todavía no se había recuperado de la inmensidad, la audacia, del plan.

Kyle lo notó y la invitó a hacerse a un lado con él.

—¿Te encuentras mal?

El tono de la mujer era tembloroso cuando respondió en voz muy baja.

—¿Tienes idea de lo que este hombre va a llevar a cabo en realidad?

—Un desembarco en Korel, sí.

Devaleth se lo quedó mirando, sorprendida de que lo pudiera decir con tanta preocupación.

—Es obvio que ninguno sois de aquí. Qué... —Se detuvo y buscó las palabras adecuadas—. ¿Qué pretende con respecto... con respecto a la muralla de las

Tormentas?

El joven no parecía muy seguro de sí mismo. Fue tanteando a medida que hablaba.

—Creo que quiere acabar con el poder de los korelrianos en este subcontinente. Que lo ve como el único modo de ganar de verdad aquí. —Estaba asintiendo cuando terminó—. Y yo estoy de acuerdo —añadió medio para sí—. En cuanto a la muralla de las Tormentas... Los malazanos puede que tengan que ocupar el lugar de los korelrianos durante un tiempo.

Devaleth se retorció las manos en el estómago, donde se apretaban, unos nudillos ya blancos.

—Si hacéis eso, os quedaréis atrapados allí para siempre. —Y se alejó con la mirada gacha.

El puño Rillish entró y saludó.

—¿Solicitó mi presencia, puño supremo?

Melena Gris se apoyó de espaldas en la mesa, que estaba atestada de libros mayores y órdenes abarquilladas. Se echó hacia atrás el largo cabello gris como el hierro y durante un rato miró al hombre bajo las densas cejas, los ojos azules tormentosos.

—Sí, puño. Vamos a desembarcar en Korel de inmediato. Eso ya lo sabe. Sin embargo, la peor opción es que nos repelan. En cuyo caso necesitaremos un puerto seguro al que regresar. Banith, aquí en Rool, será ese puerto. Así pues, no podemos abandonar Rool por completo.

El estómago de Devaleth se encogió de miedo. *Oh, no, Melena Gris; no le hagas esto...*

El noble untan palideció y se tambaleó.

—Puño supremo —susurró, se le quebraba la voz—. Se lo ruego. No me separe del Cuarto.

—Dejaré cuatro mil con usted.

—El capitán Apuestas, o el capitán Perin, seguro que...

—Un capitán no puede ser la cabeza administrativa de un país, puño. Lo sabe.

—Melena Gris —murmuró Kyle—, quizá...

—Tú también te quedas.

Kyle se irguió con un estremecimiento.

—¿Qué? —Se lo quedó mirando con expresión de incredulidad—. ¡Me necesitarás para el desembarco!

Melena Gris lo miró a los ojos: parecía estar intentando decirle algo.

—Contigo aquí, Kyle, tengo la confianza de saber que al menos Rool permanecerá en manos malazanas.

—Con su permiso... —dijo entre dientes el puño Rillish, después se volvió de

golpe y se fue. Kyle lanzó una mirada furiosa que expresó toda su confusión, pero Melena Gris apartó los ojos y bajó la cabeza con la boca apretada. Kyle murmuró una maldición por lo bajo y salió hecho un basilisco en busca del puño. Devaleth lo siguió tras una inclinación.

Los encontró en el muelle. El puño tenía los ojos clavados en el puerto, donde los navíos azules estaban preparando el desembarco. Ya había tropas saliendo en botes hacia los buques de guerra más grandes anclados en la bahía. Kyle se encontraba cerca, también sumido en sus pensamientos. Un viento gélido llegaba de la bahía y los arañaba a todos, las nubes pasaban por encima de sus cabezas, rumbo al interior.

—Debe de estar muy enfadado conmigo —dijo el puño, y le lanzó a Kyle una rápida mirada.

—¿Enfadado? ¿Con usted?

El otro se encogió de hombros, todavía con los ojos clavados en la bahía.

—Si no fuera por mí, usted lo acompañaría, ¿no?

—Creo que hace bien en mantenerlos aquí —dijo Devaleth—. Pero ojalá lo hubiera hecho de forma diferente...

Una sonrisa forzada de Rillish.

—La diplomacia no es el punto fuerte de Empuñapiedras.

—Necesitamos estar con él. El desembarco será una carnicería.

—No —soltó de repente Devaleth, fiera—. Podría con toda facilidad salir muy mal, los necesitarán aquí.

El puño aspiró una profunda bocanada del gélido aire de mar, después se volvió y los miró. Tenía el rostro pálido, las líneas de la boca salvajes. El viento le agitaba el cabello canoso, descuidado y sin peinar.

—El puño supremo ha tomado una decisión. No podemos más que obedecer. Incluso con Yeull huido a Korel con la mayor parte del Sexto, todavía queda la milicia rooliana, unidades dispersas, compañías renegadas y ese supuesto «barón» con el que hay que tratar. Estaremos muy ocupados.

—Esa no es razón suficiente para dejarnos atrás —dijo Kyle con los dientes apretados.

—No están considerando otra razón —dijo Devaleth, la mirada arqueada—. Creo que ese hombre les acaba de salvar la vida a los dos.

Kyle y Rillish intercambiaron una mirada arrepentida, después la bruja vio en los rostros de ambos que habían caído en la cuenta: como maga suprema, ella sí que acompañaría a Melena Gris.

Suth subió corriendo las escaleras de la posada que la cuarta compañía había ocupado al entrar en Banith, abrió de golpe la puerta de la habitación de su pelotón y empezó a reunir su equipo. Pyke estaba tirado en un catre y Wess en otro, al parecer dormido.

—Moveos —les dijo mientras hacía su petate a toda prisa—. Están formando para embarcar.

Pyke lo miró con un brazo bajo la cabeza, una sonrisa burlona en los labios. Levantó una botella y dio un trago.

—¿No te has enterado?

—¿Enterado de qué?

—Nosotros no vamos.

Suth levantó la mirada de su equipaje.

—¿Qué?

—Nos quedamos. —Pyke se apoyó la botella en el estómago—. Montamos la guarnición aquí, en Banith. Una perita en dulce, en mi opinión. Estaremos cobrando derechos de protección antes de darnos cuenta. Quizá haya alguna chica que necesite protección extra, si sabes a qué me refiero. —Le guiñó un ojo.

Suth se aferró a su espada, recién afilada y envuelta en el cinturón. *¿Va a buscar un afilador y pasa esto?* La tiró en la cama.

—Y una mierda, Pyke.

Por una vez el hombre no se picó. Sonrió y tomó otro sorbo de vino.

—Vete a preguntar al culo gordo de Tela. Está abajo.

Suth le hizo un gesto con la mano y bajó las escaleras como un huracán. Encontró al sargento y a la mayor parte del pelotón en una mesa, en la parte de atrás.

—¿Qué es esto? —preguntó al llegar junto a ellos.

Tela se hundió en su asiento, una alta jarra de gres delante de él.

—Es verdad —rezongó, parecía derrotado. Yana asintió, la cabeza en las manos, los codos en la mesa.

—¡Que Imparala Ar se los lleve a todos! ¡Es una puta mierda!

Alguien le dio a Suth una colleja por detrás, un soldado que reconoció del décimo.

—Buena suerte con estas ancianas damas de Banith, ¡cuidado con los bastones!
—La mesa de al lado estalló en carcajadas.

Suth se lo quitó de encima con un ademán y una carcajada enfermiza. Len apartó una silla de una patada y Suth se dejó caer.

—¿Quién más?

—El undécimo, el sexto, unos cuantos más —respondió Len.

—¿El vigésimo?

Len sacudió la cabeza.

—Ellos se van.

—¡Claro, ellos pueden ir! —gruñó Yana.

—Van a tener las cosas feas, joder —advirtió Tela, y dio un gran trago. Len frunció el ceño y miró la mesa. A Keri parecía que le dolía algo, Suth no sabía si era

por sí misma o por los que se iban.

Manteca solo suspiró.

—Y nosotros nos lo vamos a perder. Y yo que estaba deseándolo.

Suth miró al hombretón. La verdad era que él no podía decir que estuviera deseándolo; él ya no necesitaba el choque de espadas para ver quién era más fuerte o más rápido. Si él quería ir era para estar allí para todos los demás, los iban a necesitar a cada uno de ellos en aquella bronca, tenía muy mala pinta.

—No me lo puedo creer, joder.

Tela asentía.

—Bienvenido al ejército.

Desde las ventanas de su despacho, Bakune observó al ejército malazano de ocupación que marchaba por las calles de Banith. *Así que entran marchando y salen marchando; malazanos van y malazanos vienen. Nuestros antiguos jefes supremos eran malazanos, pero por alguna razón estos parecen diferentes. Claro que yo no estaba cuando entró el Sexto. Me imagino que ese es el aspecto que debían de tener también entonces: disciplinados, endurecidos, veteranos de invasiones en cinco continentes. Pero después de unas cuantas décadas de ocupación, míralos ahora...*

Les dio la espalda y se volvió hacia su escritorio. Lo atestaba el papeleo. Demandas de la jerarquía religiosa para que Banith pagara las reparaciones del Claustro y el Asilo. Su negativa a dicha demanda: la iglesia puede pagarlas. Aunque, dada su desorganización, no había forma de saber cuándo ocurriría eso. Demandas de ciudadanos que buscaban recompensas por el alojamiento y la ocupación de habitaciones. Ingresos perdidos, daños. Bakune solo podía sacudir la cabeza. ¿Es que no entendían que aquellos eran sus conquistadores? Podían hacer lo que les placiese. De momento no había muerto nadie en ninguno de los dos bandos: eso era lo más importante.

Y su solicitud de una audiencia con ese nuevo puño supremo, aunque estaba lejos de disfrutar con la idea de conocer al mayor malvado de la época. El Traidor, Empuñapiedras, ¡el mismísimo Melena Gris! ¿Quién lo habría pensado? Una figura sacada de los viejos cuentos que las madres utilizaban para asustar a sus hijos.

Y allí estaba, para asustarlos de verdad.

De momento, para gran alivio suyo, su solicitud no había recibido respuesta. Hasta la fecha había tratado solo con suboficiales, capitanes y tenientes. Bruscos y rígidos todos, pero tranquilizadamente profesionales en su actitud. Bastante alentador, con la debida cautela, por supuesto; claro que, no cabía duda de que el Sexto también había sido igual de profesional. Al comienzo.

¿E Ipshank? ¿Dónde estaba? ¿Escondido? Echaba de menos su consejo, sobre todo en esos momentos. Maldito fuera el tipo por desaparecer cuando más se le

necesitaba.

Una llamada a la puerta.

—Adelante.

Entró el capitán Hyuke de la Guardia de la Ciudad y se derrumbó en una silla. Se cepilló con gesto pensativo el grueso bigote. Bakune lo miró.

—¿Y bien?

—Pues sí que se van. Zarpan hacia Korel. A la caza del jefe supremo. Le van a ajustar las cuentas. Está fuera de nuestras manos ahora... —Se encogió de hombros.

Como siempre lo estuvo.

—¿Y por tanto?

El tipo continuó acicalándose el largo bigote.

—Dejarán aquí un pequeño contingente, claro...

Bakune le lanzó una mirada furiosa e impaciente.

—¿Sí?

El otro alzó los hombros en un encorvamiento pesaroso.

—Bueno, habrá problemas. La gente empezará a tener ideas. Habrá emboscadas, muertes. Después empezarán los castigos, los arrestos, las ejecuciones. Las cosas van a ir a más y esto se va a poner feo.

Bakune se llevó las puntas de los dedos a las sienes. *¡Malditos sean todos los dioses! Una insurrección. Era lo último que le hacía falta en aquellos momentos. Justo cuando las cosas empezaban a asentarse.* Miró a su capitán de la Guardia.

—Entonces tendrás que evitarlo, ¿no?

El hombre se rascó la cabeza y se examinó las puntas ennegrecidas de los dedos.

—Bueno, eso pondrá su nombre y el mío en los primeros lugares de la lista, ¿no?

Bakune parpadeó. *¿No estoy condenado ya como colaborador? ¿No ha habido ya atentados contra mi vida? ¿No ha intentado ya alguien allanar mi casa?*

—Me temo que es inevitable. A menos que desees dimitir. ¿O estás sugiriendo que existe una alternativa?

El hombre pareció retorcerse de vergüenza y tosió en el puño.

—Bueno, está ese general rooliano, arriba, en las colinas... ya controla buena parte del sur. La mayoría de la milicia, los insurgentes y demás le juran lealtad. Se ha ofrecido a aplastar toda esa violencia. Mantener las cosas a raya...

Bakune se recostó en su sillón y entrecerró los ojos. No le gustaba la dirección que estaba tomando aquello.

—¿Y? —articuló, ya sabía la respuesta.

Una vez más, un encogimiento de hombros casi de disculpa de Hyuke.

—Lo único que tiene que hacer usted es hacer la vista gorda mientras él recluta y se reabastece y eso, nada más.

Bakune sintió que su mirada se endurecía en una expresión gélida. *Jugar a dos*

bandas. Qué desagradable. ¿Iba a traicionar sus votos de defender las leyes de la tierra? ¿Pero las leyes de quién? ¿Las leyes de una élite militar extranjera de ocupación? ¿Qué lealtad le podían exigir? ¿O incluso esperar, si a eso iban?

Se aclaró la garganta.

—¿Y qué garantías puede ofrecer ese general de que no lanzará una operación aquí, en Banith? Los malazanos están aquí, después de todo. ¡No toleraré que esta ciudad se convierta en una zona de guerra!

Hyuke asintió, afligido.

—Oh, eso no ocurrirá. Le da su palabra jurada. Además, ahora mismo está muy ocupado consolidándose. Llevando el orden a más provincias.

—Eliminando a sus rivales, querrás decir.

Un encogimiento de hombros avergonzado.

—¿Y ese general rooliano tiene nombre?

—Ah, bueno, esa es su garantía, sabe...

Bakune suspiró, impaciente.

—¿Sí?

—El general se llama Karien'el.

El lord protector Hiam se encontró con el jefe supremo Yeull en un pabellón levantado al este de Elri. El mariscal del muro Quint lo acompañaba, así como su ayudante, Shool. El campamento de las tropas roolianas recién llegadas se extendía como una ciudad instantánea que bajaba por la costa hasta la misma playa. Los barcos estaban anclados junto a la orilla. Los informes de la guardia koreliana regular habían dejado claro que habían desembarcado muchos más de los acordados diez mil. Al llegar, Hiam vio que era verdad. Se le ocurrió que cualquier otro gobernante vería semejante desembarco como una invasión. Pero ningún otro gobernante tenía tras él la muralla de las Tormentas y la absoluta verdad de su indispensabilidad.

Unos guardias abrieron las pesadas solapas de tela, Hiam se agachó y entró. Dentro, un muro de calor lo golpeó como un puño que le atenazó el pecho. El jefe supremo Yeull estaba sentado junto a un gran montón reluciente de brasas que descansaban en un ancho cuenco de hierro. A su lado se encontraba un hombre alto y delgado, barba gris, vestido con túnicas pálidas de color crema sujetas por un fajín alrededor de la cintura. El jefe supremo se levantó, estiró una gruesa piel que llevaba sobre los hombros y se inclinó.

Hiam respondió a la inclinación.

—Bienvenido, jefe supremo, a Korel.

—Lord protector. Es usted muy amable al permitirnos desembarcar.

Quint y Shool entraron y Hiam los presentó. El jefe supremo Yeull señaló al

hombre que estaba a su lado.

—Ussü, mi asesor jefe.

—Debo decir —comenzó Hiam— que me sorprendió mucho oír que acompañaría a sus tropas.

Yeull se sentó y sostuvo las manos sobre las brasas. El hombre actuaba como si estuviera muerto de frío a pesar del calor aplastante que había dentro de la tienda, las capas de ropa, el manto de piel y el sudor que le chorreaba por la frente cetrina. Asintió con la cabeza.

—No me andaré con rodeos, lord protector. Estoy aquí porque el Traidor, Empuñapiedras, viene hacia aquí.

Hiam miró a Quint, que no pudo ocultar el desprecio de su expresión.

—¿En serio, jefe supremo? Yo pensaba más bien que ha venido aquí porque el Traidor lo había derrotado y no tenía otro sitio al que ir.

El hombre saltó de su silla, la sangre le oscurecía la cara.

—¡Cómo se atreve! Aquí está, en apuros, con apenas el número necesario para defender el muro, yo vengo a ofrecerle ayuda... ¡y así me lo paga!

El asesor, Ussü, acompañó al jefe supremo a su silla para que volviera a sentarse. Después levantó las manos para hablar.

—Por favor, señores. No riñamos. A mí me parece que, como en cualquier acuerdo, ambas partes tienen algo que ganar y algo que ceder. Prometimos diez mil en defensa del muro, nuestra mitad de un pacto de defensa mutua. Seguro que nuestra presencia es una ayuda bienvenida, ¿no?

Hiam inclinó la cabeza en aquiescencia.

—Bien dicho, señor. Sea usted bienvenido, jefe supremo. Durante el tiempo que contribuyan a la defensa de la muralla de las Tormentas, pueden quedarse como invitados en nuestras tierras.

—Y si hubiera desembarcos malazanos aquí, en Korel, nosotros defenderemos las costas —dijo Yeull—. Seguro que, en tal caso, ustedes también volarían a defender sus tierras.

—Desde luego —respondió Hiam. *Por poco probable que sea.*

Ussü se inclinó.

—Muy bien. Entonces estamos de acuerdo. Nuestro agradecimiento, lord protector.

El jefe supremo Yeull inclinó la cabeza una fracción.

—De acuerdo.

—De acuerdo —aceptó Hiam—. Y ahora, han de disculparme, pero las obligaciones del muro exigen mi presencia. Debo regresar con urgencia.

—Comprendo —dijo Yeull con frialdad—. En otro momento, lord protector.

Hiam se inclinó.

—En otro momento.

Fuera de la tienda, el asesor, Ussü, se unió a su grupo cuando regresaron caminando a sus monturas: tres de los pocos caballos que tenía la Guardia de la Tormenta para mensajes vitales. Hiam lo saludó con la cabeza.

—Asesor Ussü, ¿cómo podemos ayudarlo?

El hombre caminaba con las manos entrelazadas a la espalda, la cabeza inclinada.

—Lord protector, una pequeña solicitud.

—¿Sí?

—Tengo noticias sobre su actual campeón del muro...

—¿Sí?

—Que habla malazano, es decir, quon, pero que no pertenece al Sexto Ejército...

—Sí. Así es. —Llegaron a sus caballos. Unos soldados roolianos los sujetaron mientras ellos se esforzaban por montar.

—Me pregunto si me darían permiso para verlo, para hablar con él.

Hiam tensó las riendas y se encogió de hombros.

—No veo por qué no. Si lo desea. Shool, encárguese de ello, ¿quiere?

—Desde luego —respondió Shool mientras se peleaba con el estribo para meter el pie.

Ussü ayudó al asistente a meter el pie, después se inclinó mientras los otros se alejaban a medio galope. *Malos jinetes, estos korelrianos. Me pregunto con cuánto apoyo podremos contar cuando llegue Empuñapiedras. Muy poco, sin duda. No veo a este hombre sacando tropas del muro. Y ese campeón, malazano, pero no malazano. Barras. Un nombre poco común. ¿Podría ser ese Barras? ¿Juramentado de la Guardia Carmesí? Casi imposibles de matar, esos juramentados. Imagínate lo que podría lograr con uno de ellos...*

Ussü regresó a la tienda de mando. Encontró a Yeull encorvado sobre el brasero.

—Que la Señora me libre —gimió el jefe supremo—. Este frío me está matando.

—Mi señor, ¿cuándo podemos esperar la llegada de Borun y los moranthianos? Pronto, diría yo. Melena Gris podría estar aquí cualquier día de estos.

Yeull se hundió en su sillón.

—¿Cómo dices? ¿Los moranthianos? Ussü, no se ha enviado ningún barco. Ni se enviarán jamás.

Ussü se sintió como si le hubieran dado una bofetada. Se quedó mirando con la boca abierta. Estaba tan conmocionado que casi cogió al hombre por el cuello de la ropa y lo sacudió.

—¿Qué? No veo...

Yeull se levantó, furioso una vez más.

—¿Ver? ¿Ver? ¿No ves? ¿Quiénes son los aliados de los malazanos en esto, Ussü? ¿No viste los informes?

—Sí. Los moranthianos, pero...

—¡Sí! Los moranthianos. ¡Exacto! No se puede confiar en ellos. Son extranjeros. No se puede confiar en esos extranjeros.

¡Nosotros somos extranjeros, imbécil! ¡Aquel hombre acababa de tirar por la borda su mayor ventaja! ¿Cómo iba a salvar algo de todo aquello? ¿Cómo podía salvar algo? ¡Señora... dale fuerzas! Ussü se obligó a acercarse a una mesa donde reposaba el té. Se tomó su tiempo para prepararse un vaso. Al final se aclaró la garganta.

—¿Desembarcará aquí, al sur de Kor?

—Sí. De eso estoy seguro.

—¿Y cómo, si me permite preguntar?

El susurro del hombre adoptó un tono astuto, casi insinuante.

—La Señora me guía en estas cosas, Ussü. Ahora vete y prepárate. Los recibiremos en la costa y se ahogarán en las olas.

Ussü sabía que no debía disputar ese tono. Se inclinó.

—Muy bien, mi señor.

Mientras cabalgaban al norte, Hiam le hizo un gesto a Quint para que se acercara. El mariscal del muro azuzó a su montura con torpeza para que trotara más rápido.

—Bueno, ¿y qué piensas? —preguntó Hiam—. Y no me vengas con tu labia habitual.

Quint escupió, las manos aferradas con todas sus fuerzas a las riendas.

—Han llegado muchos más de diez mil, Hiam —señaló.

El lord protector se echó a reír.

—¿Es eso lo más parecido a una disculpa que te voy a sacar?

El hombre hizo una mueca que crispó sus cicatrices faciales.

—Es verdad que han venido —admitió—. Pero ha venido él con ellos.

Hiam sacudió la cabeza. Pobre Quint, el tipo lanza una disculpa y luego la retira con el siguiente aliento.

—Sí, ha venido. Y gracias a sus hombres ganaremos el tiempo que necesitamos hasta el final de la estación. Y luego, llegada la primavera y el verano, ayudaremos a restituirlo. Estará en su trono solo gracias a nosotros. Y nuestro precio será alto. Muy alto. Lo mantendremos ahí por diez mil hombres al año... durante los próximos diez años.

Las cejas de Quint se alzaron mientras se planteaba ese inmenso número. Asintió con gesto aprobador. *Parece que Hiam va a tener a ese gobernante retorciéndose bajo el cabo de su lanza. Como debería ser. Todos los gobernantes desde Estigio a Jourilan deberían considerarse en deuda con nosotros. Es lo más lógico.*

—Señor —dijo Shool alzando la voz—, ¿qué hay de esa afirmación de que el

Traidor, Empuñapiedras, viene a atacarnos? Su flota está en Banith.

Hiam se limitó a sacudir la cabeza.

—Sería esperar demasiado, diría yo. Que mutile sus fuerzas en un intento desastroso por desembarcar. Y después, que los restos destrozados regresen cojeando a Rool. Así será mucho más fácil borrarlos del mapa llegada la primavera.

—Pero Empuñapiedras...

Hiam miró atrás. *Ah, los rumores. Malditas sean las inclinaciones apocalípticas de esos místicos de la Señora. Yo también sentí su fascinación una vez. Por entonces reinaba la alarma y la incertidumbre... y yo cedí ante Cullel y le permití irse. ¡Cómo lo lamento ahora! Fue... una vergüenza.* Se aclaró la garganta.

—Solo es un hombre, Shool. Un hombre no puede deshacer la muralla.

—Entonces solo tenemos que aguantar esta estación —rezongó Quint.

El joven Shool se quedó de piedra ante semejante franqueza. Hiam apretó los dientes, Quint siempre decía lo que pensaba y ojalá tuviera más cuidado. Esa vez, sin embargo, fue incapaz de desechar la lúgubre predicción. *Sí, Quint. Solo tenemos que aguantar.*

El Ejército de la Reforma al fin llegó a los campos embarrados y engalanados de nieve de las afueras de la ciudad amurallada de Anillo. Reunió la larga cola de seguidores del campamento, carros y pequeños mercaderes y levantó su propio y atestado pueblo informal. Las circunstancias le recordaron a Ivanr por fuerza a Plaga. Salvo que la ciudad de Anillo era unas cien veces más grande que Plaga y no se atrevieron a entrar por miedo a ahogarse en su mar de ciudadanos. En cualquier caso, el humo flotaba por encima de sus tejados y torres rojos y negros, donde las facciones reformistas se enfrentaban a los leales por el control de los distritos. Un alto campanario y capilla de la Señora ardía mientras Ivanr observaba desde la ladera que se asomaba a las murallas.

Hacia el interior, al norte, a orillas del río Blanco Menor, se encontraba el campamento del Ejército Imperial jourilano. O más bien, una ciudad de miles de tiendas de campaña que incluían la del hijo mayor del emperador, que se rumoreaba que había sido bendecido por la propia Señora. Él encabezaría la carga de la aristocracia jourilana, que barrería del campo a esa chusma de campesinos advenedizos, o eso se imaginaba él, sin duda. E Ivanr no podía por menos que estar hasta cierto punto de acuerdo. Esa vez no podrían contar con la lluvia o algún otro milagro que los librase, aunque el cielo estaba nublado y hacía frío, un frío de cojones. Las profundidades del invierno inducido por los jinetes de la tormenta que atormentaban a esa región.

Volvió a meterse en su tienda. Martal estaba supervisando la disposición de las tropas. Ivanr sabía que la mujer lo prohibiría, pero él tenía intención de estar allí, en

primera línea. Alentaría a esos ciudadanos-soldados verlo allí. Hasta el momento, parecía como si la extranjera estuviera procediendo como antes, colocando formaciones de picas respaldadas por arqueros. Ivanr se ciñó mejor las túnicas y se paseó por la tienda, incapaz de comer. Los imperiales habían visto el truco y él había podido observar su respuesta: sus arqueros y su infantería se arremolinaban en un número enorme en su campamento.

Responderían andanada por andanada. ¿Y quién ganaría? A Ivanr le parecía que el tiempo no estaba de su parte. Y en algún lugar, en medio de esa extensa ciudad de tiendas, estaba la sacerdotisa. Los imperiales amenazaban con ejecutarla al día siguiente, al amanecer. ¿Cuál sería la respuesta del ejército? Ya habían perdido a Beneth. Él tendría que estar allí, en primera línea, para percibir su humor, para responder, y quizá... para intervenir.

Un suspiro a su espalda lo hizo girarse en redondo, su espada corta surgió entre sus túnicas. La hermana Gosh estaba sentada con las piernas cruzadas en una alfombra. La mujer arqueó una ceja al ver el arma que la apuntaba e Ivanr la envainó bajo las túnicas. La vieja bruja parecía agotada. Sus gruesas capas de faldas y chales estaban más sucias que nunca y ella se mostraba ojerosa, su cabello era un nido de ratas de nudos sucios y apelmazados.

—¿Dónde has estado? —rezongó Ivanr, aunque fue un alivio para él verla.

—Escondida.

—¿Qué? ¿Escondida? ¿Por qué?

La anciana sacó una petaca de plata de entre los chales, dio un rápido trago y suspiró de placer.

—Porque vienen a por mí, por eso.

—¿Quién?

—No lo sé. Algún traidor, estoy segura. Ya casi no quedamos ninguno. Si algún otro que no sea yo se acerca a ti, no confíes en él, ¿de acuerdo?

—Si tú lo dices.

La mujer se relajó, dejó escapar un largo suspiro y aflojó los hombros.

—Bien, bien.

—¿Qué está pasando?

La mirada de la mujer adoptó una expresión calculadora y pareció examinarlo.

—El final de todo, Ivanr.

—¿Qué? ¿El fin del mundo?

Ella hizo una mueca de enfado.

—¡No, no! Solo un cambio. El fin de un orden y el posible principio de otro. Aunque algunos prefieren verlo como el fin de todo, sí. Llegará en tres días. Lo único que puedo ver es que debes recordar tu juramento, Ivanr. Eso es lo único que me viene. Recuérдалo.

—Bueno, si tú lo dices. Lo intentaré.

—Muy bien. —Un espasmo se apoderó de la mujer, que hizo una mueca y contuvo el dolor—. Siento no poder ser de más ayuda, pero estaré librando mi propia batalla, puedes estar seguro de eso.

—Entiendo. ¿No te... veré?

La mujer intentó levantarse con un gruñido. Ivanr saltó a ayudarla.

—Gracias. ¿Quién sabe? Quizá nos volvamos a ver. No lo sé. Pero no lo creo. — La bruja cruzó hasta el frente de la tienda.

—¿Qué hay de la batalla?

La hermana Gosh hizo una pausa ante la solapa.

—Confía en Martal, Ivanr. Confía en ella, ¿sí? —Volvió a arquear una ceja.

Él inclinó la cabeza en un asentimiento y sonrió.

—Si tú lo dices.

La mujer no pareció muy convencida por su contrición, pero aceptó el gesto de todos modos.

—Adiós, Ivanr. Que todos los dioses te guíen.

—Adiós.

Cuando se fue la mujer, Ivanr se quedó sentado un rato, reflexionando. Sí, confiar en Martal. Confiar en esa malazana extranjera. Esa era la cuestión, ¿no?

Durante toda la noche lo despertó el ruido de construcción, de azadones golpeando y pesos pesados cayendo. Pero no saltaron alarmas y él volvió a dormirse, parecía que Martal estaba construyendo sus armas de asedio. *Un poco pronto*, pensó él.

Por la mañana desayunó té caliente y pan. Cuando abrió la solapa de la tienda se encontró con una ventisca de torbellinos de nieve y, más allá, los muros de una fortaleza. Se la quedó mirando y dibujó un círculo completo. Abarcando todo el campamento del Ejército de la Reforma se alzaban muros de tablones y vigas que se extendían entre los altos carruajes, que se alzaban como las torres en las almenas.

¡Por todos los dioses del cielo y del inframundo! ¡Una fortaleza! ¡Esa maldita mujer ha construido una fortaleza!

Ivanr atravesó el campamento intentando no quedarse con la boca abierta. ¿Cómo lo había hecho? Al llegar al muro más cercano, observó que habían desmontado los lados interiores y las partes delanteras y traseras de los carruajes. Se alzaban como plataformas para arqueros de dos pisos y fondo abierto. Los pisos de abajo estaban tomados casi en su totalidad por ballestas de aspecto despiadado que parecían capaces de disparar varios cuadrillos en un abanico. Aquella mujer estaba lista para su propio asedio. Saludó con la cabeza a las tropas cercanas y trepó por una escala hasta una pasarela estrecha que recorría el espacio tras el muro. Giró a la izquierda y la derecha y estudió toda la curva de la fortaleza.

Asombroso, pero no tendría intención de cederle el campo a los imperiales, ¿verdad? Se limitarían a retroceder y matarlos de hambre. Los soldados reunidos en la muralla no parecían muy contentos con su logro; casi todos estaban mirando en silencio los campos e Ivanr se giró. Allí, a medio camino entre los ejércitos, había una pira de leña apilada.

Los imperiales también habían estado muy ocupados la noche anterior.

Mientras Ivanr miraba, un destacamento de unos cincuenta jinetes se acercó con lentitud desde el lado imperial. Con ellos llegaba una carreta tirada por un buey y en la carreta una figura delgada envuelta en harapos. Detrás, la caballería pesada ya estaba formando, montados y armados, los estandartes colgando sin fuerzas. *Para dar fe.* Cada vez más hombres y mujeres del Ejército de la Reforma se estaban reuniendo en las murallas. Ivanr vio a Martal con su armadura negra mirando desde un carruaje cercano.

Dioses. ¿Qué va a ocurrir? ¿Se precipitarán fuera con una furia enloquecida? ¿No es eso lo que quieren estos imperiales? ¿Desorden, rabia ciega?

Pero no percibía rabia alguna a su alrededor. Solo una vigilancia callada, un aliento colectivo contenido.

El destacamento se reunió en un lado de la pira. Sacaron a rastras a la mujer (desde aquella distancia Ivanr solo pudo suponer que era la sacerdotisa). Un sacerdote de la Señora leyó los cargos, todo en silencio entre la tormenta de nieve. Una figura alta con una armadura de bandas que resplandecía como si estuviera ribeteada de oro encabezaba el destacamento, ¿el hijo mayor del emperador, Ranur III? Estaba derrumbado hacia delante, el yelmo bajo un brazo, al parecer aburrido.

Subieron a la mujer al alto montón y la ataron a un poste. Metieron tizones en la leña apilada, pero debido a la nieve y la cellisca, la pira era reticente a prenderse. Los soldados imperiales intentaron hacer cobrar vida al fuego, pero este solo ardió sin llama. La mujer permaneció erguida durante todo el proceso, sin moverse, sin intentar siquiera hablar. Ivanr sabía que con frecuencia a esas víctimas se les cortaba la lengua antes de la ejecución.

Las multitudes del Ejército de la Reforma se concentraban en las murallas y carruajes, y hubo que hacerlas retroceder cuando la construcción de tablones y columnas no pudo soportar tanto peso. Los soldados se mostraban hoscos, pero cooperaban. Ivanr empezaba a palpar la rabia, una furia lenta, hirviente, oscura, nacida de la ofensa ante la indignidad que se estaba desarrollando ante ellos.

La figura de la armadura dorada desmontó, agitando los brazos y dando órdenes. Sacaron a rastras a la mujer de la pira y la obligaron a ponerse de rodillas. El hombre sacó su espada. Primero, apuntó la hoja hacia la fortaleza improvisada en un gesto que no necesitaba palabras, después la levantó por encima de la cabeza con las dos manos y la bajó en un corte limpio y arrollador. La cabeza de la sacerdotisa cayó y

los soldados soltaron su cuerpo, dejando que se derrumbase en el barro y la nieve derretida.

La muralla sobre la que se encontraba Ivanr pareció temblar cuando cientos se estremecieron como uno solo con la estocada del imperial.

Entre la tormenta de nieve, los imperiales desarmaron una pica y colocaron la cabeza en ella, después la dejaron clavada en el campo. Tras lo cual volvieron a montar y se alejaron a caballo con la carreta de bueyes cerrando la marcha.

Así terminó la sacerdotisa que llevó al subcontinente el mensaje de tolerancia y culto a todas las deidades. ¿Qué leyendas surgirían, se preguntó Ivanr, de ese día? ¿Que el fuego se negó a dañar su carne santa? ¿Que se enfrentó con valentía a su fin, despreciando a sus torturadores? ¿Que el mismo cielo lloró al verlo? Por su parte, Ivanr vio el final triste y trágico de una vida joven. Un cadáver en el barro y una cabeza en una pica. Vio un desperdicio, un gesto inútil e innecesario que no resolvía nada. ¿Por qué lo había acatado ella? ¿Qué lección podía extraerse de aquello?

Los cuernos resonando dentro del complejo sacaron a Ivanr de sus reflexiones. ¿La llamada a formar? ¿En qué estaba pensando Martal? Fue a buscarla. Se abrió camino entre la infantería arremolinada, llegó junto al gran semental negro de la mujer y la cogió por el estribo.

—¿Qué estás haciendo?

Ella lo miró desde el caballo y sujetó su montura.

—Lo que debo, Ivanr. Y lo siento... ella significaba algo para ti, lo sé.

—¿Construyes muros y luego sales a la carga al campo de batalla? ¡Estás haciendo lo que ellos quieren!

—Esperemos que sea lo que piensen. —La mujer azuzó su montura con la rodilla.

Pero quizá lo estés haciendo, Martal. Ivanr trepó al muro más cercano que ofrecía una vista de los campos occidentales. Las multitudes apartaron varios carruajes y, como una chusma rebelde, la horda de infantería con picas en ristre comenzó a manar de la fortaleza. Bajaron por la suave pendiente, las picas levantadas, un bosque repleto de crujidos que se movía. A lo lejos, en el campamento imperial, los cuernos respondieron al desafío. La caballería pesada avanzó a medio galope.

¡Formad, malditos seáis! ¿A qué estáis esperando? Resonaron más cuernos, una llamada fuerte, sonora y urgente. Las monturas ataviadas con armadura cobraron velocidad. Siete oleadas diferentes se organizaron entre los cientos de caballería. De momento las lanzas permanecían en alto, apoyadas en caderas, Ivanr sabía que no las bajarían hasta el último instante.

El pánico pareció apoderarse de piqueros y piqueras. Se arremolinaron en una masa sin forma, estremeciéndose y arrojándose a las murallas de la fortaleza. *¡Formad! ¿Es que lo habéis olvidado todo?* Y entonces, un último estallido brillante

en los cuernos imperiales y el paso medido se convirtió en una carga. Las lanzas se inclinaron en ángulo. Ivanr sintió la reverberación de toneladas de carne y hierro aporreando el suelo.

La infantería se estremeció con un movimiento de casi retirada hacia los muros, solo para aguantar en su sitio en el último momento y presentar una valla apretada de varias capas de hojas de hierro. Y entre todos, Martal, a caballo, bramando órdenes.

Ivanr apretó la madera en un espasmo cuando cayó sobre ellos la oleada férrea de hombre y caballo, con armadura ambos, cargando contra el muro de picas clavadas. La pugna envió ondas de choque por toda la masa de infantería. La madera se hizo pedazos, los caballos chillaron, los invasores heridos rodaron entre dos y tres filas. La carga penetró mucho más que ninguna que hubiera presenciado Ivanr hasta entonces. Hombres y mujeres se precipitaron sobre los jinetes caídos y derribaron a los atrapados en la multitud, los cuchillos se clavaban en brechas y visores.

Pero Ivanr observó con pavor que detrás, ladera abajo, la segunda oleada avanzaba a la carga, las lanzas descendiendo ya. Martal agitaba los brazos y daba órdenes. Resonaron los cuernos para volver a formar. La masa de infantería volvió a retroceder para organizar sus filas justo detrás de la carnicería de la primera oleada. Ivanr observó, asombrado, que la segunda se precipitó de todos modos, sin inmutarse, como si su propio ímpetu pudiera hacerlos atravesar la masa de carne para salir por el otro lado. Muchos saltaron por encima de los caballos y hombres caídos; algunos fracasaron, se engancharon con los cadáveres y los heridos y cayeron dando vueltas entre las filas como cantos rodados que hubieran arrojado. Y en esas brechas se metía más caballería, las lanzas hechas pedazos, las espadas en ristre.

El impacto penetró incluso en el muro, que se estremeció cuando los cuerpos equinos y el impulso chocaron contra el hierro inflexible. Resonó un nuevo cuerno entre las filas de la Reforma: retirada.

¡Retirada! ¿Entonces para qué hacer la salida ya en primer lugar? ¿Para esto? ¡Martal! ¿En qué estabas pensando?

Y la tercera oleada llegó como un trueno. Las picas firmes, la infantería de la Reforma se fue retirando paso a paso, las últimas filas fueron entrando otra vez en la fortaleza. Y más allá, al fondo del campo de batalla, los arqueros imperiales se quedaron muy atrás. ¡Habían dejado atrás a su apoyo! ¿Era eso...? Un ruido como el de un bosque de madera al plegarse llamó la atención de Ivanr, que se dio la vuelta.

El terreno encerrado en la fortaleza era una masa sólida de arqueros. Los arcos, alzados casi en vertical, se tensaron; las flechas, engastadas.

La tercera oleada de caballería se estrelló contra el muro triple de filos de hierro. El impacto lo atravesó todo y sacudió el muro al darse la infantería contra él. Un carruaje cercano se balanceó cuando la caballería imperial presionó sobre este. Una orden ladrada subió a los arqueros al muro, alzaron las flechas y dispararon a

voluntad. Ivanr se percató de que no había necesidad de apuntar, lo único que hacía falta era un ritmo rápido de disparos. Golpes y estrépitos secundarios sacudieron el carruaje; Ivanr bajó la cabeza y vio que se abrían de golpe los postigos. Con un retroceso tembloroso, las ballestas dispararon y despejaron el campo de batalla en un estallido de cuadrillos de hierro de un metro veinte.

Tras él, una gran vibración sacudió el aire y un siseo como de granizo se alzó por el cielo. Los arqueros de los muros y los carruajes dispararon también, Ivanr se estremeció y se agachó. La salva bajó como una cortina, la mayor parte justo detrás del muro de picas, aunque algunas alcanzaron a los suyos. La descarga barrió el campo entero y dejó una carnicería a su paso. Una matanza absoluta. Los caballos cayeron dando coces, mutilados. Los hombres se derrumbaron dando vueltas, derribados como dianas. El suelo en sí estaba cubierto de rastros, como un campo tras la cosecha. Las siguientes oleadas de caballería viraron a derecha e izquierda, para desviarse y dar la vuelta sobre sí mismos. Una nueva andanada fue en su persecución y terminó de espantarlos. Los caballos blindados giraron y dibujaron un amplio círculo, sin querer acercarse.

La infantería de picas que quedaba se fue retirando poco a poco, brigada a brigada, todos en orden, y los carruajes se llevaron atrás para colocarlos en su lugar.

Contempló entonces el campo de batalla. La nieve ya flotaba, agitada por el viento, sobre los cuerpos. Los malheridos clamaban. Varias partidas se deslizaron por puertas estrechas para rescatar a los heridos de la Reforma y al mismo tiempo acabar con los imperiales que quedaban vivos. La caballería imperial regresó a medio galope a su campamento, los estandartes al viento y los penachos en alto. Él fue en busca de Martal.

La rodeaban sus ayudantes: estaba sentada en un taburete de campaña mientras un sajahuesos le quitaba la armadura. La sangre le salpicaba el costado izquierdo. Tenía la coraza al lado y el forro del camisote de cota de malla y cuero se lo quitaron por la cabeza, lo que reveló una brecha profunda, bastante alta, bajo el brazo izquierdo. Lo que fuera que Ivanr hubiera querido decir, lo dejó para otro momento. Cuando Martal lo vio, una sonrisa cansada acudió a su rostro brillante, bañado en sudor.

—No como lo habrías hecho tú, ¿eh, Ivanr? —dijo mientras el sajahuesos le vendaba el torso.

—No —admitió él—. Pero quizá era como había que hacerlo.

—No te estarás ablandando, ¿verdad? —Hizo una mueca cuando el sajadador mandó que la auparan.

—Tiene que descansar —le dijo el hombre a Ivanr, que asintió. Dos ayudantes la ayudaron a alejarse.

El médico de cabello cano se llevó a Ivanr aparte.

—¿Era ella? —preguntó.

—¿Quién?

—Esta mañana. ¿Era la sacerdotisa?

Ivanr hizo una pausa y lo pensó un momento. *¿Cómo responder a eso? ¡Dioses, qué elección tan horrible!* Al final asintió.

—Sí, creo que lo era.

—Pero no pasó nada —dijo el hombre mientras se limpiaba las manos de sangre.

—¿Disculpa?

—Cuando murió, no pasó nada.

Ivanr respiró hondo.

—No. Nada. Solo era una mujer que llevaba un mensaje. Y ese mensaje no ha muerto, ¿verdad?

El anciano asintió, comprendía lo que le querían decir.

—Quizá eso sea parte de su mensaje.

—Eso creo yo.

El otro se inclinó más y bajó la voz.

—Y esta mañana... —Señaló con la cabeza los campos del fondo—. ¿Tú qué calculas?

Una vez más Ivanr pensó su respuesta. Personalmente, a él le parecía un empate, pero sabía que no debía decir eso. Lo que dijo, lo dijo en voz alta, para que lo oyeran.

—Cada día que pasa sin quebrantarnos es una victoria para nosotros.

La respuesta del anciano fue una sonrisa cómplice. Envolvió los cuchillos ensangrentados en un trozo de cuero manchado.

—Ahora hablas como un líder.

Se quedó allí, reflexionando sobre eso. Dependiendo de lo grave que fuera la herida de Martal, el liderazgo bien podría recaer en él. Su juramento no decía nada contra dar órdenes. Era hora más que de sobra de hablar con el capitán Carr sobre las demás sorpresas que Martal podría haberles reservado.

Si el príncipe Ranur III estaba al mando de las fuerzas imperiales jourilanas reunidas, no les dio tiempo para recuperarse de la paliza de sus primeras cargas de caballería. Ivanr no llegó a encontrar al capitán Carr antes de que resonaran los cuernos de alarma en las murallas de la fortaleza. Los condes y barones de las tierras, con sus espléndidas armaduras, conducían su concentración de ballesteros y arqueros al campo de batalla. Ivanr reconoció los uniformes de mercenarios dourkanos y compañías libres jasstonesas entre las filas de campesinos y burgueses locales.

En circunstancias normales, una salida de la caballería desperdigaría esas fuerzas, pero la caballería del Ejército de la Reforma, tan superada en número durante tanto tiempo, había quedado reducida casi a la nada. Su comandante, Hegil Lesour'an'al, tenía que luchar a pie, al mando de una brigada. Antes de que se pudiera convencer a

las filas palpitantes de los arqueros imperiales de que se pusieran a tiro para lanzar una andanada contra el fuerte, los cuernos volvieron a bramar y convocaron a las unidades de picas de la Reforma para que salieran. Ivanr corrió a un muro para ver cómo apartaban los carruajes y la infantería entraba en acción a la carrera. Un bosque de picas altas crujió y tintineó, sostenidas en vertical. Sonaron más cuernos y se formaron unas líneas anchas que luego avanzaron sobre las fuerzas imperiales de escaramuza, compuestas por ballesteros y arqueros.

A Ivanr aquello le pareció una locura. Los escaramuzadores podían moverse como quisieran alrededor de las formaciones de picas; ¿eran esas las órdenes de Martal? ¿Y quién estaba al mando? La herida de Martal era demasiado grave, seguro. Los piqueros iban a exponerse a contracargas de la caballería. Aquella salida era peor que una tontería. *Pero Martal no puede entregarle el campo a esos arqueros, ¿verdad? Rodearían el fuerte y nos machacarían.*

Cómo no: movimiento entre las banderas y estandartes de la caballería imperial. Responderían al reto. A lo lejos, al otro lado del campo de batalla, filas de caballería pesada se reunían ante tiendas y carros repletos de espectadores. ¡Espectadores! Habían traído cortesanos de Jour. Quizá también miembros de la familia imperial. Dioses. Tan seguros estaban de poder aplastar a esos insolentes campesinos.

Y antes de ese día, Ivanr casi habría estado de acuerdo con ellos. Pero la ejecución al alba de la sacerdotisa ante los ojos de todos esos hombres y esas mujeres que lo habían dejado todo, que habían arriesgado cuanto conocían en la vida para responder a su llamada, parecía haber cambiado las cosas. Ivanr percibía en ellos una determinación lúgubre, templada como el acero, que quizá llevaba con ellos todo ese tiempo, y que antes él no había observado, o podía admitir que quizá había despreciado.

Sin embargo, en el campo de batalla, el acoso de los ballesteros y arqueros mercenarios había sumido a las unidades de picas en el caos. Viendo su oportunidad, la caballería imperial hizo una señal y la reverberación lejana de los cascos alcanzó a Ivanr una vez más.

¡Formad!, los instó Ivanr desde la muralla; se aferraba con tal fuerza a las maderas que se cortó las palmas. Pero los mercenarios y los indisciplinados arqueros imperiales (quizá inconscientes por completo de la amenaza que se precipitaba sobre ellos por detrás) se mantuvieron en tozudo combate con aquellas unidades.

Resonaron los cuernos, se separó el grupo de guardias a caballo y mensajeros del mando y reveló la figura de armadura negra detrás del estandarte de la Reforma. ¡Martal! ¿Qué estaba haciendo? ¡Se iba a matar! La mujer no hacía ningún gesto, solo parecía aferrarse a muerte al pomo de la silla. En el campo de batalla, las unidades de picas se arremolinaban, las astas trapaleaban. De esa masa informe y desgarrada salieron las filas que, como por arte de magia, formaron y, una vez más, las capas de

puntas serradas se enfrentaron a la caballería. Ivanr alzó un puño al reconocer movimientos que habían trabajado durante meses y que se habían perfeccionado en el campo de batalla.

Solo entonces los arqueros arremolinados y los ballesteros mercenarios comenzaron a ver el peligro. Estaban presos entre dos fuerzas. Los imperiales no vacilaron; resonaron más cuernos que anunciaron que la carga cobraba velocidad y las lanzas empezaron a bajar. Los escaramuzadores contratados sufrieron un ataque de pánico y se desperdigaron, y los corceles se lanzaron a la carga. Estandartes y banderas con heráldica se derrumbaron bajo los cascos revueltos. Unidades enteras desaparecieron, enterrados como forraje en el campo embarrado.

La carga se estrelló con un estremecimiento contra las capas de picas, y las reverberaciones del impacto se transmitieron por todo el sólido cuadrado. Ivanr se maravilló del adiestramiento y la disciplina que hacían falta para obligar a un caballo a empalarse contra un hierro afilado y una multitud impenetrable de humanos concentrados. La primera y segunda filas desaparecieron bajo los caballos derribados, los jinetes embutidos en armadura atrapados entre estribos y correas, aplastados y rotos. Yelmos y otras piezas inidentificables de armadura volaban por los aires. Pero el cuadrado se mantenía, compacto e inamovible. Las últimas filas de la caballería se desviaron y dibujaron un círculo para concentrarse y montar otra carga.

Lejos del centro, sin embargo, las cosas no iban tan bien. Los arqueros y los mercenarios jasstoneses que se habían retirado al extremo izquierdo estaban castigando la brigada de picas de ese flanco. Caían hombres y mujeres, impotentes bajo las andanadas que los fulminaban.

Una segunda oleada llegó cargando sobre el centro. Una señal (que Ivanr no reconoció) resonó entre los comunicadores de la Reforma, pero en un primer momento no pareció que fuera a pasar nada. Y entonces, justo antes de que la caballería pesada golpeará, se oyó un crujido de movimiento en el cuadrado principal y hombres y mujeres se apartaron a un lado, dejando despejados tres canales, dividiéndose a todos los efectos en cuatro unidades más pequeñas. Un movimiento extraordinariamente peligroso completado con precisión, en el momento del impacto. Muchos de los corceles asestaron el golpe que buscaban, destrozaron astas de picas y se metieron entre las filas, pero la mayor parte de los caballos giraron, a pesar de los rodillazos y las espuelas, prefiriendo esos pasillos abiertos.

Las filas rodearon entonces a la caballería, por ambos lados. La armadura pesada quizá evitaría que los empalasen, pero el impacto desensilló a muchos jinetes. Las monturas cayeron, partiendo astiles clavados en flancos y cuellos. Fue una matanza cuando ese número incontable de cabezas de picas, hechas con hierro afilado, se cerró sobre el enemigo como unas mandíbulas.

Al tiempo que la segunda carga quedaba destruida, el flanco izquierdo se

derrumbó. La brigada echó a correr a la desbandada hacia la parte de atrás, abandonando el campo. Resonaron los cuernos cuando Martal, o Carr, o algún otro comandante, ordenó que el centro girara a la izquierda. Las compañías mercenarias de arqueros dourkanos y ballesteros jasstoneses avanzaron a la carrera, se metieron en la brecha y comenzaron a lanzar fuego de acoso, pero al ver que otro disciplinado cuadrado marchaba sobre ellos (uno que acababa de destrozar a esos superiores que vestían armaduras pesadas), optaron por esfumarse.

No apareció una tercera concentración de aristocracia jourilana. O bien ya habían tenido bastante por ese día, o, como Ivanr sospechaba, estaban tan seguros de su victoria que todos esos barones o duques interesados en lanzarse al campo de batalla ese primer día ya lo habían hecho. Los otros tendrían su oportunidad al día siguiente.

E Ivanr se preguntó cómo iba a soportar el Ejército de la Reforma otro día así. El grupo de mando de Martal dio la vuelta y regresó a caballo a la fortaleza. Ivanr observó lo cerca que estaban de ella los dos miembros de su guardia que la flanqueaban, la cubrían y a la vez guiaban el caballo que montaba la mujer, rígida e inmóvil dentro de su armadura. Ivanr abandonó la muralla para estar en la tienda de Martal cuando llegase.

Los hombres y las mujeres del campamento actuaban como si hubiesen obtenido una victoria aplastante. Lo vitoreaban y lo llamaban a gritos «libertador». El título lo sorprendió e irritó, pues tras él presentía la mano cínica de Martal. Dos mujeres de la infantería de picas, sucias y sudorosas del campo de batalla, se arrodillaron en su camino y le pidieron su bendición. El acto lo avergonzó, pero no se le notó. En su lugar, las levantó y les habló en voz lo bastante alta como para que todos lo oyeran.

—Vuestra valentía es nuestra bendición.

Las lágrimas que brotaron en los ojos de las mujeres lo quemaron por lo traidor e impostor que se sentía, así que siguió andando lo más deprisa que pudo, aclarándose la garganta y secándose él también los ojos. *¡Malditos sean por atormentarme! ¿No ven que no soy lo que piensan, que arrojan sobre mí el peso de sus propias esperanzas, sus propios sueños? A nadie debería pedírsele que llevara semejante carga. ¡Es imposible!*

Encontró un círculo de guardias echando a todo el mundo de los alrededores de la tienda de Martal. La habían bajado del caballo y en ese momento estaba echada en el interior. El mismo sajahuesos le estaba quitando la armadura una vez más, maldiciéndola a ella y a sus ayudantes en el proceso. La cara de la mujer estaba blanca por el dolor y la pérdida de sangre, mojada de sudor, o quizá por la conmoción. Apenas estaba consciente, sus ojos miraban el techo sin verlo.

Los labios, apretados y pálidos, se separaron.

—Carr tiene el mando —siseó entre los dientes apretados.

—Tú sigues al mando —dijo Ivanr—. Siempre tendrás el mando.

—Ivanr... —dijo ella mirando a su alrededor con un esfuerzo.

Él se arrodilló a su lado.

—¿Sí?

—¡Han de verme mañana! Debo... ¡como sea! —Ivanr miró al sajahuesos, que sacudió la cabeza—. ¿Lo entiendes?

—Sí, Martal —dijo él, solo para que no siguiera hablando—. Lo entiendo.

Ella se recostó y dejó escapar un aliento tenso.

—Dile que lo intenté. Hice todo lo que pude. Me hubiera gustado tanto haberlo visto de nuevo.

—¿A quién?

—A mi antiguo comandante. Se lo dirás, ¿verdad?

Ivanr no pudo responder. *¡Su antiguo comandante! El malazano... ¡Melena Gris!*

—Sí —consiguió articular tras aclararse la garganta, apenas capaz de hablar.

—Ya es suficiente —dijo el sajahuesos—. Todo el mundo fuera.

Al erguirse fuera de la tienda, Ivanr necesitó toda la fuerza que poseía para fijar en su rostro una expresión de determinación, incluso de firme optimismo. Se unió a la multitud reunida, que se separó ante él. Apretó hombros, puso la mano en cabezas inclinadas y respondió a sus preguntas y preocupaciones: sí, estaba herida, pero se estaba recuperando. Se pondría al frente mañana. No temáis. Mañana acabarían con los imperiales. La Reina Negra los llevaría hasta el final otra vez.

Pero él apenas oía sus propias palabras o veía los rostros de ellos. En su lugar, lo acosaban las palabras de despedida de Martal. *Su antiguo comandante... Melena Gris. El Traidor... Empuñapiedras. Decirle que lo intentó... ¿Intentar qué? ¡Creí que estaba luchando por nosotros! Pero ¿y si todo este tiempo había estado al servicio de las órdenes de ese hombre? ¡Y ese hombre había regresado! Pero no... era demasiado increíble, demasiado inverosímil. Más bien ella se veía como alguien que continuaba siendo leal a su... ¿qué? Su... pretensión. Quizá eso era. Martal había estado honrando la pretensión de Melena Gris. Y esa pretensión era (según los sacerdotes de la Señora) nada menos que la aniquilación de su fe.*

¡Pero Beneth la escogió! La escogió a ella. ¿Un propósito que encajaba a la perfección? ¿Nada más? Quizá.

Aun así, estaba conmocionado.

Esa noche el sueño no llegaba. Yació inquieto hasta que se rindió y se levantó, se echó un largo chaleco suelto sobre la camisa y los pantalones, y fue a una brecha en la solapa de la tienda para quedarse mirando la noche. Encapotada, como siempre, las nubes invernales pasaban tan bajas que casi podía tocarlas, pero continuaban negándose con tozudez a dejar caer la nieve. De vez en cuando las estrellas parpadeaban por algún resquicio solo para desaparecer después. Las antorchas de los

piquetes de las murallas destellaban con un color naranja y rojo. El olor de un ejército en campaña flotó sobre él: cuero mojado, cuerpos sin lavar, el hedor de retretes demasiado cercanos para su comodidad.

—Está muerta —susurró una voz de hombre tras él.

Se sobresaltó, con el cuerpo tenso. El tipo era un anciano con una camisa sucia y rasgada, chaleco corto y pantalones oscuros, con barba y el pelo desgredado y entreverado de gris. Sus ojos parecían relucir en la oscuridad de la tienda.

—¿Muerta? —preguntó Ivanr, la garganta seca, aunque ya lo sabía.

El hombre lo señaló con un dedo doblado.

—Primero Beneth, ahora Martal. Lo que te deja... a ti.

Ivanr se planteó rodar hacia atrás, una finta a la derecha...

Una profunda llama carmesí se encendió en la mano del hombre, que mostró los dientes amarillentos en una sonrisa cómplice. Ivanr dejó que se cerrara la solapa.

—Eres mago. La Señora no suele permitir esas cosas...

—Dispensa especial para aquellos que se adhieren al sendero de los justos.

—¿Que serían...?

La sonrisa se crispó en una mueca de desdén.

—Reserva tu sofistería para las ovejas de ahí fuera. —Hizo un gesto y un torno se cerró alrededor del cuerpo de Ivanr. Unas ataduras invisibles se apretaron como cuerdas en una agonía aplastante. No podía respirar, no podía gritar. Se le oscureció la visión.

Y luego el alivio cuando las ataduras se disiparon, parecieron hacerse jirones. Ivanr aspiró una bocanada de aire estremecida. Parpadeó y vio que el mago fruncía el ceño, inseguro.

—Hay una especie de protección pasiva sobre ti —murmuró—. Cómo... —Abrió mucho los ojos y miró a su alrededor, alarmado de pronto—. No...

La solapa de la tienda se apartó de repente y entró una anciana, si acaso parecía incluso más vieja que la hermana Gosh. Era delgada y fibrosa, morena como el cuero envejecido, el cabello áspero recogido en un moño apretado. El hombre se inclinó, se humedeció los labios con la lengua.

—Hermana Esa.

La anciana, la hermana Esa al parecer, se estaba quitando los guantes.

—Esperaba que vinieses, Totsin.

Totsin empezó a bordear la tienda como si buscara una salida.

—Vamos... hermana Esa... no saquemos conclusiones precipitadas.

La anciana terminó de quitarse los guantes, que revelaron unas manos retorcidas como ganchos, uñas largas, rotas y gruesas como garras y negras de suciedad. Lanzó un extraño siseo gutural y los labios se retiraron sobre unos dientes que se habían quedado negros también, y afilados como agujas. Ivanr se apartó con un

estremecimiento, horrorizado. ¿*Soletaken*? La mujer se abalanzó sobre Totsin.

Los dos lucharon en silencio, la mujer esforzándose por clavar las garras o los dientes en el hombre, él sujetándole las muñecas y apartando la cabeza. Combatieron, boqueando y jadeando. Las manos y los dientes de la mujer se acercaron a la carne del hombre hasta que se estremeció súbitamente y arqueó la espalda de dolor. La anciana cayó al suelo, los espasmos retorcían sus miembros. El anciano se estiró la ropa y escupió sobre la mujer.

—La Señora está conmigo, Esa. Y ahora te tiene a ti...

Ivanr saltó a su jergón y giró en redondo con la espada corta en la mano, listo para acuchillar a Totsin. Por increíble que fuera, el hombre ladeó la cabeza con un solo movimiento y la hoja solo le hizo una brecha en la cara. El viejo se llevó una mano a la cabeza. La sangre brotó entre los dedos. Ivanr se acercó, pero un dolor abrasador le mordió un tobillo y cayó: lo tenía la anciana.

—Te dejo con la Señora —jadeó Totsin, la rabia y el dolor teñían su voz. Desapareció en una confusión gris que lo envolvió y después se desvaneció, dejando a Ivanr solo con la hermana Esa. Estuvo a punto de pedir ayuda a gritos, pero se contuvo, ¡dioses, si eso se sabía, aterrorizaría a todo el mundo!

La mano se cerró, las garras perforaron la carne de Ivanr y arañaron el hueso. La cabeza se alzó, los ojos vueltos al cielo y en blanco. El vello de la nuca de Ivanr se puso de punta cuando una voz borboteó en aquella garganta.

—Abrázame, Ivanr, y te perdonaré...

—Lo siento —dijo él, hizo caer el filo y atravesó el cuello.

Un rato después lo despertaron unos pasos en la tienda y se levantó de un salto con la espada corta en la mano. Era la hermana Gosh, la pipa en la boca, los ojos clavados en el cuerpo envuelto de la hermana Esa. Una furia repentina se apoderó de él, ¡ahora se le ocurría presentarse a esa mujer!

—¿Dónde estabas? —exigió—. ¡Juntas podríais haber acabado con él!

Ella sacudió la cabeza.

—Le dije que no se metiese. No podemos luchar contra la Señora.

Ivanr se dejó caer en su jergón, agotado.

—Bueno, pues se escapó.

La mujer dejó escapar una bocanada de humo.

—Creo que nos volveremos a encontrar.

—¿Y luego qué?

La hermana Gosh le dio una buena calada a la pipa, cuyas brasas ardieron. Lo miró desde la profundidad de las patas de gallo que le rodeaban los ojos.

—Luego ya veremos.

Ivanr exhaló un gruñido ante aquella opacidad predecible, enloquecedora. Apoyó

los brazos en las rodillas y los dejó colgar.

—Así que... ¿se ha ido de verdad?

—Sí.

—¿Él...?

—No. La herida.

Ivanr asintió con otro gruñido. Sabía que en otras tierras ese tipo de heridas las podían tratar sanadores con acceso a sendas. Pero allí, la Señora lo anulaba todo. Solo por eso ya había que destruirla. ¿Cuántas muertes innecesarias todos esos años...?

—No sé si duraremos mañana...

—Mantenlos en la lucha, Ivanr. Estás aquí para hacer algo más que derrotar a esos imperiales. Más ojos de los que crees están puestos en este enfrentamiento. Las murallas de la ciudad de Anillo están a la vista. Tienes que demostrar que se puede hacer frente a esos nobles. Que hay una oportunidad.

—¿De qué estás hablando?

—Lo veremos. Mañana.

Ivanr señaló con un gesto el cuerpo decapitado.

—¿Y ella?

—Haz que algunos hombres en los que confíes se la lleven y la entierren. Ahora, antes del amanecer.

Él asintió.

—¿Y tú?

La hermana Gosh se había acercado a la solapa.

—No lo sé. Haré lo que pueda. Antes dije que quizá no nos volvamos a ver. Ahora estoy más segura todavía. Que tengas buena suerte.

—Y tú también.

La mujer se agachó y salió de la tienda. Ivanr volvió a acostarse para intentar robar un poco de sueño antes del amanecer.

Después de que Shell y su compañero, Tollen, veterano del Sexto Ejército malazano, defendieran durante cortos periodos de tiempo varios puestos de todo el muro, dos elegidos korelrianos fueron a por ellos. Estaban en los calabozos, separados. La Guardia de la Tormenta no parecía saber qué hacer con Shell, al ser mujer, así que habían vaciado una celda para su uso privado. Personalmente, la bruja pensaba que era más una cuestión de la sensibilidad de ellos que de la suya. Ella podía agacharse para aliviarse con igual facilidad en cualquier parte, eran ellos los que parecían no saber cómo tomárselo.

Los volvieron a encadenar a los dos otra vez y los condujeron por uno de los laberintos de pasillos que recorrían la muralla de las Tormentas como un nido de ratas. Fue un paseo largo, llegaron mucho más lejos que cualquier otro día, y les llevó

buena parte de la jornada. Bien entrada la tarde, los remolcaron por unas escaleras y salieron a una torre menor, del tipo que solo tenía número, en ese caso la torre Catorce. Desde ahí se metieron en el duro viento gélido y el aguanieve. Les habían dado unos mantos viejos y raídos y Shell se volvió a atar los trapos con los que se había envuelto las sandalias y las piernas, además de la cabeza y el cuello, para terminar también con las manos.

La muralla trepaba ante ellos, muy por encima de la orilla, era más un pasillo conector que una parte funcional de la muralla de las Tormentas. En la cima del paso, este caía en pico por unos tramos letales de escalones de piedra que conectaban con una sección que parecía salvar una estrecha ensenada. La nieve revoloteó ante la cara de Shell cuando se encorvó y buscó con los dedos entumecidos algún sitio al que poder agarrarse para ir bajando. Tollen descendió las escaleras de frente, casi a gatas. Las olas azotaban la orilla y reverberaban como un trueno. *Los jinetes montan esas olas.* Shell reconoció el tono agudo de su fuerza, su animadversión.

El descenso se niveló con una pendiente más suave. Shell pudo distinguir un amplio camino de ronda, más asfijado por el hielo de los que había visto hasta el momento. Incluso parecía que lo recorrían cursos de ríos congelados. Unos bloques de piedra atestaban el paso, al igual que trípodes rotos y ladeados. Las cuerdas yacían bajo capas de hielo, imposibles de usar. Pasaron junto a cuadrilla de trabajo cuyos peones daban martillazos a un bloque para liberarlo de su mortaja de hielo. Un guardia armado, un mercenario contratado, a juzgar por su armadura pesada, los vigilaba.

Los dos korelrianos los escoltaron a una torre tan recubierta de hielo teñido de azul, que bajaba en surcos por los lados, que parecía como si hubieran vertido el agua desde arriba. Una única puerta estrecha daba acceso a las cámaras interiores, donde ardían braseros que proporcionaban luz y calor a unas habitaciones constreñidas y húmedas. Algunos trabajadores estaban agachados, comiendo; los petates colocados sobre paja atestaban los suelos húmedos de piedra. Bajaron por una estrecha escalera de caracol y llegaron a las celdas, más calabozos. Les quitaron los grilletes y empujaron a Shell al interior de uno, y a Tollen a otro.

Shell se sentó en la losa de piedra elevada y cubierta de paja que supuso que era la cama y se recostó contra la pared, solo para apartarse con un estremecimiento; las paredes estaban gélidas y relucientes de hielo. Al otro lado del estrecho pasillo, la celda contraria estaba ocupada por un tipo achaparrado con una armadura de anillas encima de cuero, trapos en los pies y las manos, el cabello desaliñado y una barba crecida, que se había recostado y dormía. Estaba muy desmejorado, pero Shell podría reconocer a Penas en cualquier parte.

La bruja lo llamó con un silbido y el otro abrió un ojo; se sentó y se la quedó mirando. Shell hizo unas señas: *Un soldado malazano conmigo. ¿Alguna noticia?*

Lazar está aquí. ¿Dedos?

No sé. Me encontré con alguien que conoce a Barras.

¿Quién?

Shell lo deletreó: *Jemain.*

Penas se encogió de hombros. *No lo conozco.*

Dijo que ya me diría.

Un segundo encogimiento de hombros. *Ya veremos.*

—¿Cómo va por aquí? —dijo Shell en voz alta.

—Una puñetera desesperación. Demasiados jinetes, no los suficientes guardias.

—¿Pierden gente?

—Pierden trabajadores.

—¿Qué están haciendo aquí? —preguntó ella.

—Esta es la torre de Hielo —respondió una nueva voz: Tollen—. Las cosas siempre son difíciles por aquí. Parece que las olas ahora están coronando de verdad.

—¡Descansad un poco, cojones! —ladró alguien—. Lo vais a necesitar.

Shell se echó hacia atrás y se abrazó. Quienquiera que fuera, tenía razón. Mejor pensar en lo que estaba por venir. *No dejes que te sorprendan sin preparar. Y ese acento... ¿otro puto malazano?*

Llegado el amanecer, el turno de noche de guardias bajó en tropel las escaleras, agotados, empapados hasta los huesos y temblando. Se reunió un nuevo turno; no seleccionaron ni a Shell ni a Penas.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí? —le preguntó ella.

—Solo unos días.

—¿Cuántos prisioneros estamos aquí?

Penas ladeó la cabeza e hizo unas señas: *¿Pensando en fugarte?*

No podemos quedarnos para siempre.

—No sé —respondió Penas en voz alta—. Estoy empezando a preguntarme si deberíamos interferir...

Shell se lo quedó mirando. Se apoderó de ella un estremecimiento; *dioses benditos, que a Penas le inquiete esto...*

La bruja se levantó de un salto cuando apareció un guardia para abrirle la celda. Después le dijo que saliera con un gesto.

—Buena suerte —exclamó Penas—. Protégete.

Shell asintió. Con la espada en la mano, el hombre la obligó a subir por delante una escalera de caracol. En la cima, cuatro regulares la cubrían con ballestas amartilladas. Las armas atestaban la pared contraria.

—Elige lo que quieras —la invitó uno con una sonrisa. Ella examinó las lanzas y los mandobles, pero se decidió por un enfoque más conservador y optó por espada y

escudo.

El guardia le indicó la puerta.

—Vamos.

La puerta llevaba a un pasillo que salía de la torre. Fuera, el guardia señaló a la derecha y cruzaron la pasarela, encorvados, las cabezas apartadas del castigo de aquel viento cortante. Llegaron junto a un equipo de trabajo que se peleaba con un trípode, un bloque y cordaje. El guardia le señaló a Shell los matacanes exteriores sepultados en hielo. Le dio unos martillazos al hielo para exponer una anilla de hierro y la encadenó a él. Las olas machacaban el lugar y los empapaban con una espuma que la dejó conmocionada, aunque no era la primera vez que sentía sus dientes. Otro defensor estaba agachado a la izquierda. Parecía un hombre viejo que no vestía más que harapos, el cabello largo y la barba entreverados de gris y apelmazados. ¿Quién era ese fósil?

—Eh, abuelo —exclamó Shell haciendo bocina con las manos—, ¿qué estás haciendo aquí?

La cabeza demacrada apenas se giró para echarle una ojeada. La bruja vislumbró un rostro chupado, esquelético, cuando se volvió a girar. La visión de aquella aparente calavera la hizo estremecerse.

Una gran resonancia acampanada repicó entonces en las aguas de la ensenada. *Eso era nuevo. ¿Una especie de esfuerzo extra? Quizá crean que es su oportunidad.* Shell se esforzó por penetrar entre el torrente de nieve. A lo lejos, la superficie de las aguas parecía abombarse, hincharse. *Un buen montón de agua... ¡y se dirige a una brecha muy estrecha!* Shell se preparó. Detrás de ella, los trabajadores se escabulleron para ponerse a cubierto. Un bloque del tamaño de una carreta colgaba suspendido de las cuerdas. *Erigen la muralla desde la parte de atrás, van trabajando hacia el frente.*

Shell miró atrás un instante y sorprendió al anciano con los ojos clavados en ella. El hombre apartó la vista al momento. El alto abombamiento rodaba de forma inexorable hacia ellos. Como un maremoto. Solo que generado por los jinetes. Shell se arrió al borde todo lo que se atrevió y se asomó abajo. Solo parecían tener unas tres brazas de margen. ¡Esa marejada podía sobrepasarlos! Miró a su alrededor y sintió un pánico creciente, pero nadie parecía más alarmado de lo habitual. ¡Que la Reina la protegiese! ¡Contra eso era contra lo que luchaban allí!

El anciano se irguió, los brazos sueltos a los lados. No parecía tener arma alguna.

Shell retrocedió: ya casi tenían encima la marejada recubierta de hielo. Echó un pie hacia atrás, buscó un bulto o una irregularidad para sujetarse y lo encontró.

La marejada golpeó el muro o, más bien, empezó a subir por el lado del muro. El terreno que pisaba Shell se balanceó hacia atrás bajo ella, como si fuera también líquido. El agua siguió llegando, cada vez más, subiendo con el miedo de Shell hasta

que rebosó y la tiró al suelo. Unas aguas glaciales la cubrieron. Casi se muere del susto, pero se irguió y se resistió a la corriente aspirando aire a boqueadas y echando la cabeza atrás, lista para enfrentarse al jinete de la tormenta que se encontraba encima de la muralla. La entidad, que vestía una armadura como de conchas cosidas a una cota de malla, le lanzó una estocada. Shell recibió el golpe en el escudo y lanzó un contraataque torpe que el jinete esquivó. La criatura dibujó un círculo, intentaba obligarla a darle la espalda a la ensenada. Ella lo regateó para impedir la maniobra. Shell lanzó un golpe con el escudo, pero carecía de la potencia necesaria para hacer retroceder al jinete. Este le lanzó una estocada a la pierna y ella lo esquivó con un paso atrás. La criatura echó un vistazo tras ella, pero Shell se negó a mirar. Entonces el jinete se limitó a hundirse otra vez en las aguas que retrocedían y desapareció con la corriente. Shell se quedó de pie, jadeando, su cuerpo era una agonía de frío. Se arriesgó a echar una mirada rápida atrás: el trípode y el bloque habían desaparecido, los habían barrido con limpieza del muro.

Un estallido agudo, como de hierro al rasgarse, resonó a su derecha y cuando miró vio que el puesto del viejo estaba vacío. *Dónde...*

Unas manos la cogieron por detrás, atenazándole la garganta, y la levantaron.

—¡Sabía que te había reconocido! —gruñó alguien—. Te envió Despellejador, ¿verdad?

Con una sensación desesperada, casi extraña, de que aquello no estaba pasando en realidad, Shell reconoció la voz.

—¡Barras! —jadeó.

—Ya veo que no hay torques —siseó él—. Vas a esperar una ola y después vas a acabar conmigo mientras estoy ocupado, ¿a que sí? Y luego te largas a tu senda. Pues parece que perdiste tu oportunidad. Y ahora... ¿dónde está?

—No... no lo...

Las manos gélidas de Barras, como dos cuñas de hielo, la asfixiaban.

—Alza tu senda y te arranco la cabeza. Venga... ¿dónde está?

—¿Quién? —consiguió decir ella tras robar un aliento.

—¡Déjate de rodeos! ¡Despellejador! ¡Maldita sea su alma traidora!

¡Dioses engañosos! ¡Oponn, esta vez te has superado! ¡Despellejador! Había renegado. Su intento de usurpar a K'azz había fracasado, lo habían expulsado y se había convertido en un perjuro. ¡Y Barras cree que me ha enviado él! Shell recurrió a toda la fuerza que poseían los juramentados y con un tirón consiguió separar las manos de Barras unos centímetros mientras pataleaba en vano.

—¡Penas está conmigo! —jadeó antes de que esos dedos de hierro la rodearan como tornos y le cortaran la respiración por completo. Empezó a ver estrellas y un rugido ahogó todos los demás sonidos.

Recuperó el sentido tirada en un agua helada. Un elegido koreliano apuntaba a

Barras con una lanza mientras un guardia regular la ayudaba a levantarse.

—¿Qué pasa aquí? —exigió el korelriano.

—Una vieja cuenta por saldar —graznó Shell mientras se frotaba el cuello.

—¿Entonces habéis terminado los dos?

Shell asintió. Barras se cruzó de brazos. «Penas», dijo él por señas, insistente. Ella asintió de nuevo.

—Tú ya has acabado el turno —le dijo el korelriano a Barras, y le hizo una seña para que se largara—. Tú... tú te quedas todavía.

Shell siguió masajeándose el cuello. Con franqueza, prefería enfrentarse a los jinetes.

La dejaron sola, con los ojos clavados en las olas de color gris pizarra coronadas de blanco batido. Tras un rato, se le ocurrió que el jinete de la tormenta había parecido más interesado en dañar el muro en sí que en matar a nadie.

Suth estaba sentado en el muelle de Banith, inclinado hacia delante y apoyado en una pila de equipo, la barbilla en los brazos, observando la maltratada flota de dromones azules y buques de guerra de Quon que abandonaban la bahía con ritmo pesado.

—¡Por todos los dioses retrasados! No me lo puedo creer, joder.

—Deséales suerte —dijo Len con un saludo militar.

Echado en el suelo, con los ojos cerrados, Wess saludó al cielo.

—Cabrones con suerte —rezongó Manteca.

Keri lanzó un suspiro.

—Alguien tiene que quedarse aquí...

—Que el Embozado se lleve a este puño —dijo Pyke—. Por su culpa nos estamos perdiendo toda la acción.

Yana le lanzó una mirada de desdén.

—Tú te alegras de que nos quedemos, así que cierra la boca.

Pyke se irguió.

—Ya te cerraré yo...

—¡Guárdatelo! —interpuso Tela.

—Necesito una copa —dijo Yana, y se levantó de un tirón—. Vámonos.

Suth se levantó y se ciñó mejor el manto para defenderse del viento cortante.

—Sí. Vamos.

—Tu bomboncito sigue aquí —le dijo Keri a Suth.

—¿Quién?

—Esa chavala barghastiana. —Hizo amago de coger la entrepierna de Suth—. Tengo entendido que una vez que se agarran, ya no se sueltan.

Suth se apartó con un estremecimiento.

—Pero si no hicimos na.

Manteca tenía una expresión soñadora en su amplio rostro.

—Una pena. Porque eso suena muy bien, joder.

Caminaron por las calles casi vacías de regreso a la posada. La nieve revoloteaba por los adoquines. Pasaron junto a algún que otro edificio quemado o saqueado y después entablado, restos de los disturbios y el pánico provocado por los desembarcos.

Yana se encogió de golpe, siseó y se llevó una mano al costado, donde un cuadrillo de ballesta le había brotado de repente. Tela, Suth y Manteca se precipitaron hacia el edificio abandonado que había enfrente. Manteca derribó a patadas las tablas que cubrían la puerta rota. Suth cargó escaleras arriba con Tela detrás. Un ruido lo llevó a una habitación trasera donde había una ventana abierta de par en par. Se asomó: alguien se había descolgado por allí, había saltado y en ese momento subía corriendo un callejón trasero. Una figura delgada y desgarrada. Un crío. Un puto chaval de la Reina. Llegó Tela con una ballesta en la mano: factura malazana. Suth sacudió la cabeza sin poder creérselo.

—¿Lo vio? —preguntó.

—Sí, lo vi. Un crío.

Suth dejó escapar una bocanada de aire. Pintaba mal. ¿Qué podían hacer? No podían dejar que quedara sin respuesta. Todo bicho viviente iba a dedicarse a dispararles. Tenían que responder. No quedaba más remedio. Volvieron a bajar y fueron a ver a Yana.

Wess se había descolgado el escudo y la estaba cubriendo mientras Keri le trataba la herida.

—Tenemos que regresar a la posada. Hay que acostarla —dijo. Tela asintió.

—¿Quién fue? —preguntó Pyke—. ¿Lo cogiste?

—Solo un crío —respondió Suth—. Se escapó.

—¿Un crío? —dijo Pyke, ofendido—. ¿Y qué? ¿Por qué le dejaste ir?

—Yo no...

Tela se llevó a Suth.

—Cierra esa boca —le advirtió a Pyke—. Manteca, coge a Yana. Venga, vamos.

Cuando llegaron, comprobaron sus habitaciones, acostaron a Yana y llamaron a un sajahuesos. Tela puso de guardia a Wess y Manteca y después se sentó con Suth, Keri y Len.

—Ya ha empezado —le dijo a Len, que asintió.

—¿El qué? —preguntó Suth.

—La insurgencia. Ataques, asesinatos, bombas de fuego y demás. Un maldito desastre. Quizá recibamos órdenes de meternos en la guarnición.

Len tomó un buen trago de su jarra de cerveza.

—Odio las ocupaciones. Mala sangre por todas partes. Odio. Susplicacia. Seremos

prisioneros en nuestra propia guarnición.

Tela se limitó a encogerse de hombros, deprimido.

—Me recuerda a la puñetera Siete Ciudades.

El capitán Apuestas y el capitán Perin se reunieron con el puño Rillish para cenar esa noche en los aposentos del comandante, en la guarnición del Sexto Ejército malazano. El fuerte de piedra estaba atestado, albergaba dos mil hombres y mujeres cuando en circunstancias normales albergaría menos de la mitad. El resto de las fuerzas expedicionarias malazanas estaban acampadas en el interior, en las colinas que rodeaban Banith. El capitán Apuestas era un falari pelirrojo, mientras que el capitán Perin procedía del norte de Genabackis y su piel era casi tan oscura como la de los dalhonesios, pero su rostro era mucho más ancho y de facciones más brutales que las líneas más refinadas de los de Dal Hon. Acababan de terminar un primer plato de sopa cuando un mayordomo abrió la puerta para franquearle la entrada a la capitán Peles. Los tres oficiales se levantaron. La capitán Peles les hizo un gesto para que se sentaran.

—Bienvenida —dijo Rillish invitándola a tomar asiento.

Peles se sentó, y lo mismo hicieron los hombres. Rillish se maravilló al verla sin el yelmo y la gruesa cota de malla. Se había destrenzado el largo cabello plateado, que le caía suelto; vestía una chaqueta de manga larga sobre una camisa pálida. Y si bien la mayoría no consideraría bellas su nariz aplastada en alguna batalla y las mejillas con cicatrices, al menos según la imagen estereotípica de una dama urbana, cultivada y sutil, a Rillish le parecía extraordinariamente atractiva, incluso deseable. Y la descubrió respondiendo a su mirada fija.

—¿Sí, puño?

Rillish tragó saliva y apartó la vista para coger su copa de vino.

—¿Qué tal las disposiciones de seguridad? —La capitán Peles había sido nombrada jefe de su guardia.

—Esta guarnición es una trampa mortal. No hay pozo. Los almacenes son demasiado pequeños. El arsenal está tan vacío como la generosidad de un mercader.

—Estoy de acuerdo —añadió el capitán Apuestas.

—¿Qué sugeriría usted? —le preguntó Rillish a Peles.

—Sugiero que nos retiremos a las afueras de la ciudad. Que construyamos nuestra propia fortaleza.

—Eso reduciría esos molestos disparos de los francotiradores —comentó el capitán Perin.

—¿Cuál es el informe? —preguntó Rillish.

—Dos soldados heridos en incidentes separados. Más el vandalismo habitual, los robos y las agresiones.

Llegó el plato principal. A Rillish las noticias le habían quitado el apetito. *Tan pronto. Las ocupaciones engendran enfado mutuo, endurecen las divisiones y brutalizan a todos los bandos implicados.* ¿Deberían retirarse de la ciudad? Quizá. Sin embargo, incluso si se iban por propia voluntad, parecería que los habían echado. Así que, a todos los efectos, estaban atrapados.

—¿Han tomado todas las medidas habituales? —le preguntó al capitán Apuestas.

El hombre asintió, un poco afectado ya por la bebida.

—Hemos arrestado a los líderes locales. Al lord alcalde en funciones, que también es el magistrado local, al parecer. Y a unos cuantos más.

—Pero tengo entendido que el almirante Nok tenía una especie de acuerdo con ese hombre.

—Mejor tenerlo donde podamos echarle un ojo.

—¿Dónde está el adjunto, si me permiten preguntar? —inquirió el capitán Perin.

—Con las tropas que hay fuera de la ciudad.

—Y usted, señor, puño. ¿Tengo entendido que ya ha estado aquí antes?

Las mandíbulas de Rillish se tensaron.

—Sí, capitán. Fue mi segundo destino.

El capitán Perin no parecía consciente de la mirada furiosa, y no del todo sutil, del capitán Apuestas pidiéndole silencio.

—¿Aquí, en Rool? —preguntó.

—Sí —respondió Rillish, con cierta aspereza.

—Entonces... —La voz del capitán fue apagándose a medida que iba dándose cuenta de las aguas peligrosas en las que se había metido—. Ah... interesante. —Se dedicó a su cena. Tras un rato su mirada se posó en Peles, donde descansó mientras comían—. ¿Es usted de Elingarth? —preguntó al fin.

La mujer de huesos anchos casi se sonrojó.

—De por allí —murmuró con la vista clavada en el plato.

—Me sorprende. No es habitual que un miembro de las órdenes militares vuele solo.

—A algunos nos seleccionan para viajar, para aprender otras costumbres, otras filosofías.

—Una estrategia muy acertada —dijo el capitán Apuestas.

El capitán Perin también asentía.

—Sí. Podría regresar con información, conocimientos útiles. Pero quizá podría regresar con ideas peligrosas. La contaminación de creencias extranjeras...

Peles cortó su pescado.

—No seguimos la filosofía de pureza contra contaminación. Es una elección falsa, una falsa dicotomía. Lo cierto es que no hay nada «puro». Todo es producto de otra cosa. Llamar a algo «puro» es fingir que no tiene historia, que no hay nada antes,

cosa que es obviamente falsa.

Rillish se la quedó mirando. Era el discurso más largo que le había oído a aquella mujer, que se ruborizó ante la atención silenciosa que le prestaban los tres hombres.

—Bien argumentado —dijo el capitán Apuestas, y tomó otro trago.

Esa noche, algo más tarde, el capitán Rillish se sentó en su despacho a repasar los informes del intendente. Después de revisar el montón entero de papeles, llegó a un sobre dirigido a él y sellado con cera. La nota de un ayudante decía que lo habían dejado junto a la verja principal. Rompió el sello y abrió el grueso papel plegado, con cuidado de no tocar el borde interno, sabía de alguien al que habían envenenado así.

Leyó el corto mensaje una vez. Era obvio que el contenido lo confundía porque frunció el ceño, perplejo. Después lo volvió a leer. La tercera vez lo levantó de golpe y se puso en pie, jurando y maldiciendo. Llamó a sus ayudantes.

El edificio no era demasiado atractivo. Tenía el aspecto de haber sido abandonado largo tiempo atrás, de haber sido saqueado y luego habitado por indigentes durante un tiempo. La noche ya estaba muy avanzada cuando llegó Rillish. Lo hizo solo, envuelto en un manto oscuro. El nombre de la nota era suficiente para garantizarle la validez del mensaje y también su seguridad. Esperó en la habitación principal, entre la basura y la suciedad, hasta que creció una luz arriba y un hombre bajó las escaleras con una lámpara en la mano. El hombre era bajito, musculoso y calvo. Al verlo, Rillish se lo quedó mirando, asombrado.

—Por todos los dioses del cielo y del inframundo... Ipshank. Sigue vivo. No podía creérmelo.

El sacerdote parecía incómodo.

—Rillish Jal Keth. No creo que nos conociéramos.

—No. Pero he oído hablar mucho de usted. ¿Ha visto a Melena Gris, entonces? Tiene que haberlo visto.

—Nos vimos. —El hombre agitó la lámpara—. Aquí mismo. En secreto.

—¿En secreto? No hay razón para el secretismo. Todo eso fue hace mucho tiempo.

Ipshank dejó la lámpara en una mesa baja. Se frotó la calva con una mano.

—Los hay que siguen recordándolo. Usted. Yo... otros. Y el enemigo sigue ahí.

Rillish sacudió la cabeza.

—Se acabó. Se terminó. Debería haber ido con él. ¿Cómo no lo ha hecho sabiendo a lo que se enfrenta?

El otro asintió con un gesto largo y medido, después se cruzó de brazos y bajó la cabeza. Bajo la luz tenue, los tatuajes desvaídos de jabalí arrojaban sobre su rostro una sombra de muerte.

—Eso fue lo que dijo él. Que debería ir con él. Pero no podía. Mi trabajo está

aquí. Nuestro trabajo está aquí.

A Rillish aquel hombre lo atemorizaba un poco.

—¿A qué se refiere, nuestro?

—Me refiero a que Melena Gris, Empuñapiedras, va a enfrentarse a su enemigo, mientras que nosotros debemos enfrentarnos al nuestro aquí. Si no lo hacemos, no puede haber victoria para nosotros.

—¿Eso es lo que le dijo a Melena Gris?

—Sí.

—¿Y él estuvo de acuerdo?

—Sí. Estuvo de acuerdo en dejarlo a usted aquí.

El instinto repentino de huir se apoderó de Rillish. En su lugar, se puso a pasearse con el corazón martilleándole en el pecho.

—¿Le pidió que me dejara atrás?

—Sí.

—¿Por qué? ¿Por qué yo?

El otro se sentó en un taburete bajo, quizá solo para tranquilizar a Rillish.

—Lo siento, puño. Ojalá pudiera decir que fue por alguna cualidad innata que posee. Que nació para cumplir este papel. Que había una profecía que presagiaba que sería usted. O que el padre de su padre fue uno de los reyes legítimos expulsados de Rool, uno entre una serie de ellos, en realidad. O alguna otra tontería parecida. —Se inclinó hacia delante sobre las rodillas cruzadas—. Pero no. Lo siento, pero no hay nada especial en usted. Ahí lo tiene. Es decepcionante, lo sé, pero así es como es para todos. —Su boca ancha de labios gruesos se inclinó en una mueca disgustada—. Y eso solo lo hace todo más difícil, ¿verdad? No ser especial. No tener esa marca extraña o ese augurio en su nacimiento. Solo una persona normal a la que se le pide que se presente para hacer lo extraordinario.

Rillish se había estado paseando por la habitación vacía, dándole patadas a la basura.

—Si esta es su forma de convencerme para que lo ayude, empiezo a entender su reputación de tipo difícil. ¿Qué es lo que me está pidiendo?

El hombre unió las manos como si rezara. Después se las llevó a los labios.

—Que ayude a matar al dragón metafórico, puño.

Rillish se quedó con la boca abierta. *Por todos los dioses, no. Imposible.* No obstante, era obvio que ese hombre creía que había una posibilidad. Y él y Melena Gris estaban de acuerdo, o eso decía él. ¿Qué prueba ha mostrado? Ninguna. Y sin embargo, Ipshank... fue uno de los que permanecieron leales hasta el sangriento final. Dejó de pasearse.

—Escucharé. Eso es todo lo que puedo prometerle ahora mismo.

Ipshank abrió mucho las manos e inclinó la cabeza.

—Suficiente. Servirá para empezar. —Se levantó, llevó la lámpara a la puerta abierta e iluminó el espacio—. Puño, hay unos papeles aquí que me gustaría que repasara.

Se acercaron unos pasos arrastrados y entraron dos hombres cargados con un gran baúl que tenían que llevar entre los dos. A Rillish uno de ellos, un tipo grande que lucía un bigote de un largo ridículo, le resultaba muy conocido. ¿Un oficial de la Guardia de la Ciudad? Dejaron el cofre en el suelo. Ipshank invitó a Rillish a acercarse a la mesa baja con el taburete. Se sentó y los hombres abrieron el cofre para entregarle el primer fajo de una colección intimidante.

Leyó con lentitud y bastante reticencia. Después, con cada documento, se fue adelantando más y examinando cada uno con mayor intensidad. Estuvo leyendo la noche entera.

Llegado el amanecer, los guardias se habían ido e Ipshank estaba recostado contra una pared, al parecer dormido. Rillish se echó hacia atrás, se frotó los ojos irritados y parpadeó varias veces. Dioses, qué sed tenía. Aquello era el trabajo y la dedicación de una vida entera. Una historia asombrosa que no habría sido fácil de recopilar.

Miró a Ipshank.

—¿Deberíamos dejar salir al tipo?

El sacerdote sacudió la cabeza de proyectil de lado a lado.

—No. Ya lo han condenado como colaborador. Si lo suelta, solo confirmará esas sospechas y lo matarán, o desacreditarán por completo. Cada día que permanezca en la cárcel, es otro día de rehabilitación que tiene.

—¿Rehabilitación? Yo no quiero crear un líder local.

Se abrió un solo ojo.

—¿Y quién quiere que lo sea?

Rillish lanzó un gruñido y admitió que el otro tenía razón. Se estiró y bostezó.

—Bueno. ¿Y qué era lo que quería que viera? El Claustro y el Asilo han sido destruidos. Quemados hasta los cimientos. —Miró al sacerdote de nuevo—. No sería usted...

De nuevo la negación con la cabeza.

—No. Partidarios locales de la Señora. Querían prender el odio contra ustedes, los malazanos, así que lo incendiaron. ¿A quién si no le iban a echar la culpa? —El hombre apoyó los gruesos brazos en las rodillas—. No. Sobre todo quería que viera la evidencia. Pruebas. Entremezcladas hay una serie de entrevistas con trabajadores de bajo rango del Asilo: jardineros, limpiadores y demás. En esas entrevistas se habla de un cofre, una especie de caja, que se sacó del Claustro y se cargó en un carro hace alrededor de un mes.

—Más o menos coincidiendo con los desembarcos.

—Sí. Creo que sé lo que había en ese carro y adónde fue.

—¿Sí?

El sacerdote sacó un pellejo de agua y se lo tiró a Rillish.

—Déjeme contarle una historia, puño. Una vieja historia cuyos detalles me he pasado la mayor parte de mi vida rastreando. Las leyendas de esta región hablan de las tres reliquias más valiosas de la Señora, la Santa Trilogía. Tres iconos sagrados conservados en cofres. Uno, según la tradición, se perdió en el gran agujero, el Anillo, hace mucho tiempo, durante los ataques de los jinetes de la tormenta. El más grande, como la mayor parte sabe, se utilizó al parecer para bendecir y santificar los cimientos de la muralla en sí. Después de lo cual lo ocultó la Guardia de la Tormenta korelriana. La mayor parte piensa que está guardado en la gran torre de la isla Resto, en la torre del Cielo, protegido por cientos de guardias de la tormenta. Y tendrían razón.

»El tercero era el más difícil. Después de descartar un sinfín de santuarios sagrados, monumentos santos, monasterios y templos, reduje las posibilidades a este lugar, el gran Claustro de Banith. Desde entonces lo han trasladado, y yo sé adónde.

—¿Paliss? —dijo Rillish tras despertarse del hipnótico cuento. Dio un trago al agua tibia.

—No. Las cuevas de los ascetas de las montañas, en Thol, en las costas del mar Puño.

—¿Thol? Eso está a más de diez días de viaje a caballo. No puede pedirme que coja al ejército y cruce el país para asediar Thol.

El otro sacudió la cabeza, sin inmutarse por lo indignante que había hecho parecer la petición Rillish.

—No. Esto es solo para un pequeño grupo. Y tenemos que estar allí en los próximos días, o eso creo.

—Imposible. Ya lo sabe. Solo un mago viajando por una senda podría conseguirlo.

—O un chamán. Y hay uno aquí cerca. Un descendiente de los pueblos nativos de esta región, tribus que pueden remontar sus raíces a los propios antiguos imass. La Señora los menosprecia, considera despreciables sus prácticas, indignas de su atención. Pero durante todo este tiempo han mantenido sus antiguas costumbres, han empleado su senda (una versión de Tellann, creo) con discreción, sin que se enterara nadie. A él es al que tenemos que convencer para que nos ayude.

Rillish se lo quedó mirando, asombrado. *Dioses, este hombre ha pensado en todo. Qué barbaridad.*

—Y —empezó a decir, tenía la boca seca—, ¿qué requeriría de mí?

—Escoja un pequeño grupo. Unos veinte, más o menos. Y esté listo para cuando lo llame.

Rillish sacudió la cabeza poco a poco. Una expresión casi de horror le crispaba la

cara.

—Ipshank. Melena Gris me ordenó que me quedara aquí. No puedo abandonar a mis tropas. Si me voy, sería... —No pudo terminar el pensamiento—. Que el Embozado me perdone. No puedo traicionar su confianza otra vez.

El sacerdote no mostró simpatía alguna.

—Tiene que hacerlo. No le queda alternativa.

Los liosan eran, si acaso, rígidos, formales y estrictos observadores de modales y reglas. Unos estirados, los llamaba Jheval. Como habían prometido, les permitieron vagar por el campamento a su antojo. Kiska quería largarse, por supuesto, pero no sin su equipo. Y su diminuto guía todavía no había aparecido, cosa que era, o bien muy tranquilizadora, o muy preocupante. Los enormes y pesados cuervos, sin embargo, eran bastante insolentes en sus apariciones, depositando grandes manchas blancas como señales indelebles de su presencia.

Después de dos días, o lo que unos grandes relojes de arena que había en la tienda del comedor principal dictaban de forma artificial que eran dos días, los invitaron a cenar con la comandante del ejército, Jayashul. Los acompañaron a los aposentos privados de la mujer y ella los recibió ante las colgaduras que separaban las estancias. Dentro esperaba un hombre liosan de rostro agrio, su expresión era de una hostilidad patente. Jayashul invitó a Kiska a sentarse, después a Warran y luego a Jheval. El varón liosan, que se presentó como hermano Jorrude, fue el último en sentarse.

La cena llegó en forma de numerosos platos pequeños de sopa, pan y verduras; nada de lo cual le pareció a Kiska especialmente sabroso ni bien preparado. *Insípida, seria y práctica. Como ellos.* Ansiaba escaparse de ese campamento y regresar a su misión. La única diversión de la noche la proporcionaron las caras que ponía Jheval cuando probaba la comida.

Después de la comida se sirvió un té, una infusión verde y aguada que no sabía a nada.

—Ya estamos preparados para lanzar un asalto contra el Devorador —anunció entonces Jayashul.

Kiska apartó de golpe el té, que se derramó.

—¿Un asalto? ¿No deberíamos determinar antes con exactitud... lo que es?

Jayashul no se dejó amilanar.

—Sabemos que es un mago poderoso, o lo que algunos llamarían un ascendiente. No cabe duda que bastante desquiciado. Quizá fue una locura provocada por la exposición a ese polvo vuestro de otataralita, o algún tipo de ataque mental o crisis nerviosa. Solo con visitar Caos se puede inducir una reacción así, no es insólito. —La mujer se volvió hacia Warran—. ¿Qué dices tú, sacerdote de Sombra?

El sacerdote había estado esperando con impaciencia la cena, y en ese momento

se sentaba con aspecto derrotado por lo que había aparecido en su plato. Kiska imaginaba que el tipo esperaba pescado.

—¿Sería mejor, no es cierto, examinar esta anomalía más de cerca para determinar todos sus particulares, antes de golpear?

Jayashul sacudió la cabeza con gesto condescendiente.

—Mi querido sacerdote... si uno de nuestros mastines blancos se abalanzara sobre ti con intención de consumirte entero, ¿te tomarías un tiempo para inquirir sobre su pedigrí o antecedentes? ¡No, golpearías! ¡Te defenderías!

Warran le dedicó una débil sonrisa.

—El mastín hallaría en mí una comida muy poco sustanciosa.

Jayashul no le dio más importancia al comentario, pero Kiska le lanzó al hombrecito una mirada cortante. *¿Poco sustanciosa? ¿A qué estaba jugando? ¿Cómo se le ocurría burlarse de aquella ascendiente liosan? ¿Quizá se burlaba de todos, de la situación entera?*

Un guardia apartó la colgadura de tela y Jayashul alzó la vista.

—¿Está aquí? —El guardia asintió—. Bien. —La liosan se puso en pie y todos la imitaron—. Ha llegado la persona a la que estábamos esperando. —Entró un hombre. Llevaba el largo y pálido cabello suelto y túnicas verdes que caían en capas—. Mi hermano, L'oric.

La mirada del hombre los barrió a todos. Luego, cuando estaba a punto de inclinarse ante Jayashul, se irguió con una expresión perpleja de sorpresa casi cómica en la cara, y sus ojos volvieron a posarse en Jheval.

—Por la sangre de mi padre... —dijo sin aliento—. ¿Leoman?

La boca de Jheval se crispó con una mueca entre mortificada y avergonzada. Se inclinó en una reverencia irónica.

—L'oric. En cuanto vi a estos liosan, temí que aparecieras.

—¿Aparecer? —repitió L'oric con tono incrédulo—. Leoman, tu arrogancia sigue sin conocer límites, por lo que veo.

¿Leoman? A Kiska le sonaba el nombre, pero no terminaba de ubicarlo. L'oric se volvió hacia ella. Era el hermano de Jayashul, pero al principio Kiska no vio casi ningún parecido. Tenía el rostro delgado, pero había cierta altanería en su expresión en la que la guerrera vio por fin la relación. ¿Cómo puede hablar este hombre de arrogancia! Marcha grabada por su rostro sin que él tenga la menor noción.

—Malazana, por lo que veo —caviló—. Garra, sin duda. Ha venido a espiar. —Se volvió hacia Warran—. Y un sacerdote de ese usurpador de Sombra. Le preocupa la integridad de su reino robado, ¿no?

Warran arqueó una ceja.

—¿Robado? La Casa estaba vacía, sin reclamar.

La boca de L'oric se frunció con enojo.

—El problema, diría yo, es que son demasiados los que reclaman esa Casa. Warran entrecerró los ojos en la primera muestra de irritación que Kiska veía en él.

L'oric se inclinó entonces ante su hermana.

—Jayashul. —Señaló a Jheval—. ¿Qué razón ha dado este hombre para venir aquí?

—Dicen que han venido a investigar la anomalía, el Devorador.

La mirada de L'oric era escéptica mientras los estudiaba uno a uno. Kiska tuvo la sensación de que la registraban mentalmente en busca de objetos robados.

—Para qué, me pregunto —caviló el otro—. Hay que arrestarlos a los tres.

—Les he concedido el estatus de invitados.

—Entonces se lo concediste con demasiada rapidez, deberías haberme esperado.

Le tocó entonces a Jayashul mostrar cierta irritación. Jheval se echó a reír.

—Sigues siendo todo un diplomático, por lo que veo, L'oric.

El hombre frunció el ceño, incapaz de comprender la mofa de Jheval.

—A este, al menos, hay que encadenarlo. Aunque sea por nuestra seguridad.

Kiska ya no pudo seguir conteniéndose. Era asombroso cómo podían plantarse esos dos ahí y hablar de ellos en tercera persona.

—¡No hemos hecho nada!

L'oric la contempló, confuso.

—Qué extraño oír a una malazana defender a Leoman de los Mayales.

¡Leoman de los Mayales! Kiska se quedó mirando a Jheval. El tipo al menos tuvo los escrúpulos suficientes para parecer avergonzado.

—Lo siento, Kiska —dijo.

—¡Ah! —bufó L'oric como si eso lo hubiera justificado todo—. Así que te mintió. Típico.

—Creo que eso ya lo teníamos claro —observó Warran con una ceja arqueada.

Leoman de los Mayales. Seguidor de Sha'ik y el último comandante de la insurrección de Siete Ciudades. El hombre que atrajo con artimañas al Séptimo Ejército malazano a su mayor tragedia en la ciudad de Y'Ghatan, donde una tormenta de fuego consumió a miles. Quizá la mayor amenaza viva para el Imperio.

¡Y un hombre que ella habría llevado hasta Tayschrenn! ¡Y se lo había impuesto la reina de los Sueños! ¿Podría haberla engañado también a ella? Imposible. Pero entonces... ¡que los dioses le dieran la espalda! ¿Qué iba a hacer?

Kiska se sentó con gesto pesado y miró a la nada.

—Quizá —sugirió Warren— tendríais que resolver esto solos.

L'oric asintió con un gesto brusco.

—Sí. —Chasqueó los dedos y un guardia apartó unos milímetros la colgadura de tela—. Lleve a estos tres de vuelta a su alojamiento y que los vigilen de cerca.

La mirada del guardia se posó un momento en Jayashul. Aunque obviamente molesta por el modo en que su hermano estaba violando su prerrogativa como comandante, hizo un gesto de aquiescencia.

Kiska permaneció sentada hasta que unas manos la instaron a levantarse y la devolvieron a su tienda.

Se sentó en su jergón y se quedó contemplando las blancas paredes de tela hasta bien entrada la noche. *Leoman*. ¿Había planeado el asesinato? No podía haber engañado a la reina de los Sueños. ¿Es que ella lo... aprobaba?

Su mirada se posó en sus propias manos. *Impotente. Engañada. ¡Cómplice!*

Las manos se apretaron en puños blancos.

No. Nunca. Lo mataré.

Se levantó, se quitó de un tirón el manto suelto y la chaqueta de viaje. Se apretó otra vez el fajín, que dejó más ancho, y se puso los guantes. Solo entonces comenzó a notar el ruido que había fuera de la tienda. Muchos hombres y mujeres que se movían. Se asomó a una brecha que había en la abertura de tela: los liosan se estaban preparando para el asalto. *¡Qué locura! ¿Qué puede hacer un ejército contra un Vacío?*

Vio un destacamento de cinco liosan que marchaban hacia la tienda, encabezados por el hombre de la cena, el hermano Jorrude. *¡Maldita sea! Podrían ser...*

Se puso el manto, se envolvió con él y se sentó en el jergón, con las manos metidas en los pliegues.

Una llamada seca al poste frontal de la tienda.

—¿Sí? —exclamó ella.

—Debemos entrar. Vístase.

—¿Qué pasa?

—Le daré un momento más.

—Entre, entonces. Si ha de hacerlo.

Apartaron la solapa y entraron tres liosan: el hermano Jorrude y dos mujeres soldado. Miraron por el interior vacío de la tienda.

—¿Qué pasa?

El hermano Jorrude no le hizo caso.

—La cortesía...

—¿Cortesía? —interpuso el hombre—. Ustedes los malazanos no merecen cortesía. Sus modales me parecen... ofensivos.

Kiska sonrió.

—Salió escaldado de un encuentro anterior, ¿verdad?

El hombre la miró con furia, les hizo un gesto a las otras para que salieran y luego las siguió.

Kiska les dio un momento y después se asomó a la brecha en la tela. Parecían haberse ido. Se agachó para examinar el catre. Desprendió dos patas, lo que le proporcionó unas porras cortas como armas. Estas se las metió en el fajín, por la parte de atrás. Fue a la solapa, rodeó el borde con los dedos y esperó a que el callejón de delante se despejara.

—Hay demasiados —dijo una voz a su espalda y Kiska estuvo a punto de salir de la tienda de un salto. Era Warran; el tipo estaba justo detrás de ella.

—¡No hagas eso! —le siseó ella.

—Parece que todos hemos decidido que es hora de irse.

Ella lo miró, aquello no le hacía ninguna gracia.

—¿Qué quieres decir?

—Jheval, es decir Leoman, se ha escapado.

—¡Lo sabía! ¡Por eso vinieron aquí! —Lo miró de nuevo—. Y tú también, al parecer.

Un encogimiento de hombros, modesto.

—Yo voy y vengo como me place. Estos tiste liosan en realidad no entienden Sombra. Para ellos no es más que una especie de híbrido bastardo. Un liosan lisiado, o inferior. Pero no es eso en absoluto. Es un reino por derecho propio. Independiente e igual de legítimo.

En ese discurso Kiska oyó algo nuevo en el sacerdote: orgullo, sí, pero el orgullo susceptible e inseguro del forastero, o del recién llegado a un juego muy antiguo que llevara mucho tiempo jugándose.

—¿Me vas a ayudar a escabullirme?

La sonrisa de respuesta del sacerdote fue de una astucia inquietante.

—Por supuesto.

Pyke se atragantó con su cerveza cuando Manteca y Wess se dejaron caer como moles en su mesa. Terminó de beber de la pesada jarra y se limpió la boca.

—¿Qué queréis vosotros dos?

—Estamos esperando a Suth.

Pyke lanzó un bufido.

—Entonces yo me voy. —Fue a levantarse, pero Manteca lo sujetó por el antebrazo—. ¿Qué es esta mierda?

Suth entró, miró alrededor y después se sentó en la mesa. Miró a Wess y asintió, este arrancó algo de la cintura de Pyke, su saquita de dineros. Wess la volcó sobre la mesa. Sobre los tablones irregulares y en el suelo cayeron dando vueltas monedas de plata y cobre. Pyke se retorció para escapar de Manteca, que lo mantenía sujeto.

—¿Estáis locos, tíos? ¡Eso es mío!

Suth sacudió la cabeza.

—Perdí el día entero siguiéndote, Pyke, de una tienda a la siguiente. Adivina lo que vi.

Pyke se liberó de un tirón y se frotó el brazo con una expresión desdeñosa.

—¿Pero qué os pasa, tíos? Es la rutina. ¿Por qué tendríamos que perdérselo nosotros?

—Ya tenemos una paga —dijo Manteca.

Una carcajada de Pyke.

—¿Cuándo fue la última vez que viste dineros malazanos?

—Dineros o no —dijo Manteca entre dientes—, yo me alisté para luchar, no para robar.

—Bueno, pues es que eres un mamón estúpido, ¿no?

Manteca se abalanzó, pero Suth lo apartó.

—Estás cavando tu tumba con esa boca que tienes, Pyke —dijo—. Considera esto como la advertencia que es. Se acabó lo de darnos mala fama o te meteremos en la enfermería.

Pyke enseñó los dientes con una sonrisita burlona.

—Podéis probar.

Suth se echó hacia atrás en la silla, sin poder creérselo. *Por todos los dioses de las tierras, ¿hasta qué punto puede ser corto un hombre?*

—De acuerdo. Fuera.

Wess ladeó la cabeza unos milímetros, los ojos puestos en algo a la espalda de Suth. Este se volvió y vio que Tela se acercaba. El sargento puso una mano pesada en los hombros de Manteca y Pyke y les lanzó a todos una sonrisa maliciosa.

—Me alegro de ver a todo el mundo reunido como una gran familia feliz. Y ahora, poneos el equipo. Nos vamos.

El pelotón se reunió delante de la posada. Estaban todos presentes, incluyendo nada menos que a Faro. La única que faltaba era Yana, que seguía recuperándose de su herida de cuadrillo. A Suth lo habían nombrado cabo en funciones. Len y Keri aparecieron los últimos, llegaban a la carrera de la guarnición. Acunaban gruesas mochilas a los costados. Algo en Suth se estremeció al ver esas bolsas: fuera lo que fuera, pintaba mal.

Marcharon hacia el este. Antes de dejar las últimas casas de las afueras de Banith, el sexto se unió a ellos encabezado por el sargento Dospies. A Suth no pudo dejar de llamarle la atención el gigantesco Pescas, el músculo del pelotón, que se había acercado arrastrando los pies. El hombre estiró una mano hacia Wess, que le pasó una saquita. Los dos se metieron unos rollos de hojas en la boca. *Como dos puñeteras gotas de agua.*

En las afueras pasaron junto a huertos cultivados, frutales sin hojas y campos

cosechados cubiertos de rastrojos y nieve. Atravesaron controles malazanos, donde les dieron paso con un saludo marcial. Un mensajero montado se unió a ellos y después encabezó la marcha hasta un soto de árboles al norte del camino. Allí les ordenaron formar.

Unas personas salieron de la oscuridad de los bosques. Suth reconoció al adjunto Kyle, al puño Rillish y a la mujer de la cota de malla de la batalla en el puente, la capitán Peles. Con ellos iba un tipo carnoso y achaparrado, que tenía todo el aspecto de un luchador profesional, y un anciano descalzo con camisa y pantalones raídos. Un nativo de las tribus locales. El puño se adelantó y estudió las filas.

—Soldados del sexto y el decimoséptimo. Os han seleccionado para una misión especial. Nos dirigimos a toda velocidad a un baluarte rooliano, una serie de cuevas en las montañas. Allí, nuestro objetivo es conseguir o destruir una pequeña caja o cofre. Si alguno de vosotros ubicase este objeto, ¡no lo toquéis! Podría ser letal. Llamad a los saboteadores.

»Bien, puede que os preguntéis cómo vamos a ir a la carrera a las montañas... bueno, sois tropas malazanas. ¿Cuántos aquí habéis viajado por una senda?

Suth miró a su alrededor con curiosidad mientras unas cuantas manos se levantaban, menos de la cuarta parte de la compañía. La mano de Tela estaba levantada, al igual que la de Dospies, también la de la mayor parte de los saboteadores. Faro no había levantado la mano, cosa que no sorprendió a Suth; aquel hombre no iba a facilitarle información a nadie. Al mirar a su alrededor, a Suth le sorprendió ver que otra persona se había unido a sus filas, detrás de ellos: un gigante. El tipo medía casi el doble de la altura media. Era también, con mucho, el más ancho de todos los presentes. Suth se lo quedó mirando, entonces recordó que estaba en la formación y volvió los ojos hacia el frente.

El puño Rillish estaba asintiendo.

—Muy bien. Los que ya lo habéis hecho ayudad a los otros en caso necesario. Escuchad, nuestro guía para este rápido viaje será este hombre. —El puño indicó al anciano nativo—. Se llama Gheven. Seguiréis sus órdenes al pie de la letra. Mientras estemos en la senda, haréis lo que dice sin vacilaciones ni preguntas. ¿Está claro?

—¡Sí, señor! —fue la respuesta que bramaron todas las gargantas.

El puño volvió a asentir.

—Muy bien. De acuerdo, requerí vuestra presencia porque sé que ya habéis estado bajo fuego enemigo. Sabéis manejaros. Seguid las órdenes, reaccionad bien y rápido y regresaremos antes de que vuestros amantes puedan echaros de menos. Eso es todo. Sargentos.

Tela y Dospies se adelantaron.

—¡Pelotones! ¡A formar! ¡Doble columna!

El decimoséptimo se puso en fila junto al sexto; el adjunto y el puño encabezaron

la partida. Después comenzaron a atravesar los bosques. La noche estaba algo nublada. De vez en cuando una luna creciente dejaba caer rayos plateados entre los troncos de los árboles. Hacía frío, pero nada que resultase incómodo.

—¿Quién es el grandullón? —le preguntó Suth a Tela mientras marchaban.

Un encogimiento de hombros.

—Vino con el sacerdote. Un tipo extraño. No sé qué ayuda puede prestar.

—¿Sacerdote?

Tela le lanzó una mirada divertida. Señaló la cara del hombre.

—Sacerdote de Fener.

Suth ocultó su irritación: estaba muy oscuro, coño, ¿o no?

—Adónde...

Tela había levantado una mano para pedir silencio. Se empuñaron las ballestas por las dos columnas. Las filas se desordenaron un tanto cuando algunos anticiparon un alto y vacilaron. Pero se transmitieron las órdenes de seguir moviéndose. Nadie debía parar a menos que se le diera una orden directa.

Marcharon, examinando los bosques a ambos lados, las ballestas al hombro. Suth vislumbró una bestia enorme que atravesaba un claro, unas cuernas gigantescas que se alzaban y casi ocultaban una luna sorprendente, gruesa y grande. Que nadie disparara un cuadrillo dio fe de la observancia estricta a esperar órdenes.

Suth se quedó mirando esa luna. Podría haber jurado que estaba en cuarto creciente la última vez que la había visto. Estaba tan absorto que tropezó con los talones de Tela y este tuvo que sujetarlo.

—No hagas caso de nada —le dijo su sargento—. A menos que te muerda.

Suth asintió, escarmentado.

Después las cosas se pusieron muy raras. El bosque se hizo extraordinariamente salvaje y denso. Todo el mundo destensó las ballestas y se las colgó al hombro. Sacaron las espadas para abrirse camino a tajos. Brotó una bruma que lo ocultó todo salvo los troncos altos y gruesos y las parras que los rodeaban. Esas parras de vez en cuando enganchaban tobillos y muñecas, pero entre todos no tardaron en hacerlas pedazos; Suth era incapaz de distinguir si los agarraban por accidente o a propósito. Pronto se llevó la bruma el azote de un viento caliente que los detuvo con su furia. Las ramas los golpeaban. Suth se tapó los ojos con un antebrazo y bajó la cabeza. Después de que pasara el viento, los cubrió un humo denso que estuvo a punto de ahogarlos. Se fue dispersando poco a poco, a medida que avanzaban a tientas. Algo más adelante el bosque se convirtió en un yermo ennegrecido de árboles destrozados que continuaban en pie. Más allá se alzaba un muro de riscos y acantilados, desnudos y negros, penachos de humo que ondeaban, azotados por llamas que resplandecían y ocultaban la mitad del cielo nocturno.

Rillish sostenía a Gheven siempre que este vacilaba, cosa que ocurría cada vez con más frecuencia. Se preguntaba, y no por razones solo teóricas, qué pasaría si seguían en esa extraña senda cuando el hombre muriese. ¿Quedarían perdidos para siempre? Era egoísta por su parte pensar así, pero le preocupaba. Estudió el rostro arrugado y sudoroso del hombre y recibió un asentimiento tranquilizador.

—Está nerviosa —explicó el anciano, cada vez le costaba respirar más—. Lo percibo. Están pasando cosas por todas estas tierras. Se está escapando a su control. Ahora es nuestra mejor oportunidad.

—¿Y usted cómo está?

Gheven respondió con una sonrisa cansada.

—Me las arreglaré. Ya llevo tiempo suficiente ocultándome y observando.

Rillish respondió a esa sonrisa con otra y después volvió la vista para estudiar a la compañía. Trepaban por la pendiente rocosa de la medialuna de montañas, la cordillera Temblor, que contenía el cuerpo de agua interior conocido con el nombre de mar Puño. Más adelante esperaba el complejo de cuevas de Thol. Abajo, el amanecer inminente revelaba que en algún momento había regresado el bosque; el penacho de tormentas que se escabullía por detrás de los picos también había desaparecido. Una bruma matinal ocultaba el verdor del bosque, mientras que la habitual capa densa de nubes oscurecía el cielo y parecía apilarse contra las laderas de la cordillera Temblor.

La fila de soldados serpenteaba más abajo, los hombres y las mujeres que se iban escabullendo de un refugio a otro. El sacerdote Ipshank se puso a su altura y le lanzó una mirada, Rillish dirigió la suya al anciano.

—¿No puede ayudarlo? —murmuró en voz baja.

El sacerdote negó con la cabeza.

—No. Ella me percibiría de inmediato. Al hombre ya le está costando bastante ocultar mi presencia y la del adjunto.

—¿Hemos... salido?

—Sí. Hace un rato.

Rillish asintió, aliviado.

—En cuanto haya donde ponerse a cubierto, ordenaré un descanso. Todo el mundo está exhausto. Tendremos un turno para intentar dormir un poco. —Llamó con un gesto a los sargentos. Volvía a abrumarle la persistente sospecha de que no había llevado suficientes soldados. Pero Gheven había sido inflexible, no podía manejar más.

Muy bien. Había que triunfar con lo que tenían. El adjunto, Kyle, había insistido en ir él también. Contaban con la capitán Peles, que era extraordinaria en combate; a Ipshank y Manask, ambos leyendas; y dos pelotones de infantería pesada malazana.

¿Qué más podría desear cualquier comandante? Tendría que servir. Después de todo, ¿qué podría estar esperándolos allí, en medio de ninguna parte?

Esa vez no fue a buscar a Corlo ningún guardia de la tormenta koreliano, sino un guardia regular de Robo. Al parecer estaban en los momentos más críticos de la temporada y los korelianos se hallaban demasiado apurados, su número era escaso como para prescindir de un elegido para una tarea de tan baja categoría. Por su parte, Corlo se sintió reconfortado por la situación. Las posibilidades de poder escapar eran cada vez más altas.

El guardia le esposó las manos a la espalda y después lo instó a avanzar con la punta de la lanza. Jemain no había regresado, pero la muralla era larga y reunir información era un asunto arriesgado. Corlo confiaba en que el genabackeño podría encontrarlo otra vez si fuera necesario. Lo que le preocupaba era la posible causa para que lo llamaran en esa ocasión. ¿Barras se estaba desesperando de nuevo? ¿Ya? Pocas veces ocurría durante la estación. ¿Es que estaba harto de todo? Una reacción bastante razonable, en realidad. *Solo un poco más, Barras. ¡Tengo noticias!*

Lo apremiaron a avanzar hacia el este en una larga caminata. Una de las más largas que había hecho jamás. Era sobre todo terreno alto, salvo por una sección baja de triste fama: la torre de Hielo. La ansiedad se fue apoderando cada vez más de su garganta a medida que seguían avanzando para otro día de marcha. Lo sorprendió en un momento dado pasar junto a una columna de soldados que venían en dirección contraria: un destacamento de cincuenta con el marrón rooliano. Auténticos soldados, no delincuentes hoscos ni ciudadanos atemorizados a los que habían llevado allí las deudas. Hombres bien equipados con armaduras de anillas y tachonadas, yelmos de hierro, espadas y escudos. ¿Los korelianos habían hecho algún tipo de trato con los roolianos? Eso parecía.

El guardia de Robo lo apuró para que bajara por una traicionera cuesta de hielo hasta la curva de la contramuralla de la torre de Hielo. Allí se encontró con el caos. Las partidas de trabajo luchaban con bloques de piedra. Ríos de hielo corrían por el muro y bajaban por la parte de atrás, donde desaparecían en el torrente de nieve. Varios guardias los obligaron a continuar con gestos, como harían en un fuego o cualquier otra catástrofe en una ciudad. Bajo el azote de la espuma gélida de las olas que se estrellaban, el guardia apresuró el paso. Los dos terminaron el viaje corriendo a refugiarse en una torre envuelta en hielo y vigilada por un único koreliano, el manto azul ribeteado de carámbanos, la escarcha formaba su propia incrustación plateada en el yelmo completo del guardia de la tormenta. Corlo empezó a dar patadas en el suelo y a frotarse las manos en la sala de guardia, y se preguntó si quizá esa visión era lo que se ocultaba tras los ribetes plateados de la armadura de todos los elegidos: una imitación, o recordatorio, del verdadero grabado que proporcionaba

gratis la obligación con la que se habían comprometido.

Dentro, un guardia de la tormenta koreliano señaló al de Robo.

—¿Es este?

El guardia asintió, temblaba demasiado como para poder hablar.

El elegido contempló a Corlo desde detrás de la estrecha ranura de su celada.

—Tu amigo ha vuelto a perder de vista su propósito.

Corlo sintió que se le tensaban los hombros.

—No hay nada nuevo que pueda decirle.

Un guantelete se estrelló contra la cara de Corlo y lo mandó al suelo. Se quedó allí tirado, aturdido. *¡Estos guardias de la tormenta jamás han sido sutiles, y ya hace tiempo que pasó la hora de la sutileza!*

—Respuesta equivocada. Convéncelo para que luche o morís los dos. ¿Hablo con claridad?

Corlo se quedó tirado, frotándose la mandíbula.

—Sí, señor. Meridiana.

—Bien. —El guardia recogió su lanza—. Por aquí.

El koreliano lo llevó por una escalera de caracol, empezaron a bajar y pasaron junto a niveles de calabozos, salas de guardia y dormitorios toscos que no eran más que aposentos en los que se había esparcido paja y donde los hombres dormitaban o se sentaban a pasar el rato hablando y jugando a los dados. Hacia el final de esos niveles entraron en un pequeño pasillo bordeado de celdas. El koreliano se detuvo delante de una y se asomó al ventanuco. Se volvió hacia Corlo.

—Habla con tu amigo. Convéncelo o los dos defenderéis juntos la muralla. —Descorrió el cerrojo de la puerta y empujó a Corlo al interior.

Barras estaba sentado, encorvado contra la pared contraria, los codos en las rodillas, la cabeza gacha. Estaba asqueroso. Tenía la piel ennegrecida, agrietada y llena de costras por la exposición a los elementos, el cabello canoso, largo y apelmazado. Corlo se deslizó por el muro, cerca de la puerta. ¿Qué decir? ¿Qué podía intentar decir? Todo lo que le quedaba eran mentiras.

La cabeza se alzó y Barras le guiñó un ojo. Corlo se lo quedó mirando, sin habla. *¿Qué pasaba?* Su comandante se acercó a la puerta, escuchó y después gruñó. Puso en pie a Corlo de un tirón.

—Tengo noticias —dijo el hombretón.

—Y yo —tartamudeó Corlo, todavía sorprendido.

—Hay juramentados aquí. Shell y Penas. Dicen que K'azz ha regresado y expulsado a Despellejador de la Guardia.

Corlo estudió a su comandante, el placer que sentía al ver al hombre revivido y animado se desvanecía a toda prisa. *Dioses, no. Jemain mencionó la posibilidad de algún juramentado... ¿pero al final ha resultado ser todo demasiado él? ¿Se ha*

vuelto loco?

Barras se apartó.

—No me mires así. Es real. Los he visto. Solo tenemos que localizar a los supervivientes de la tripulación y nos largamos de aquí.

Borun pasaba sus días en la torre de la Puerta del Mar en Lallit, contemplando las aguas grises como el hierro del mar del Remitente. Los subcomandantes moranthianos sabían que no debían molestarlo, cada jornada que pasaba sin noticias empeoraba su humor, hasta que cualquier pregunta, por muy tímida que fuera, no recibía más que una mirada gélida y muda.

Pasaron otros dos días sin la llegada de los barcos prometidos. Entonces eligieron a la subcomandante Stoven, compañera del comandante desde su juventud, para que se acercase a preguntar qué debían hacer a continuación. La mujer hincó una rodilla en tierra detrás de Borun, con la cabeza gacha.

—Comandante. Nos ha guiado de forma impecable todos estos años. Nadie cuestiona sus decisiones. Solo preguntamos... ¿cuáles son sus órdenes?

El comandante se giró. Tenía los brazos cruzados. Una gran inspiración ensanchó su pecho y movió la cabeza de lado a lado con un crujido audible de vértebras. Se le escapó un suspiro largo y profundo.

—Levántese, Stoven. Tiene razón al preguntar. He sido... negligente. Parece que, por razones que todavía hemos de determinar, estamos solos. Muy bien. Reúna a todos los artesanos, convenza a los trabajadores. Que se comience la construcción de un muro defensivo alrededor de la ciudad. Puede que pasemos aquí un tiempo.

Stoven se inclinó.

—Comandante. —Al erguirse, la moranthiana había mirado al mar. Su sorpresa era obvia a pesar del visor que ocultaba su expresión—. Comandante... mire.

Borun se volvió. Un navío entraba en la pequeña bahía. Eso solo tampoco era digno de mención, lo que resultaba inusual era un cúter mensajero de los moranthianos azules. Al acercarse, Borun distinguió banderas de señales levantadas en las vergas, señales que solicitaban una tregua y un parlamento. El comandante posó las manos embutidas en guanteletes en los cinturones de las armas que le cruzaban la cintura.

—Bueno, Stoven. Vamos a ver lo que nuestros buenos primos tienen que decir.



Cuando no reconoces los errores del pasado, el futuro se venga.

Autor olvidado

La mañana siguiente trajo nuevos nobles jourilanos. Parecían impacientes por poner en evidencia a sus hermanos del día anterior con una carga asesina que barrería por fin a esa chusma hereje del campo de batalla. Ivanr, agotado y dolorido de las luchas de la noche, se preguntó si quizá tanta confianza no iba desencaminada.

Lo observaba todo desde el muro. A esas alturas ya se había dado cuenta de que su lugar no estaba en las filas. Eran demasiados los que miraban hacia él en busca de consuelo y unos consejos que, por más que lo intentaba, sentía que no podía ofrecer. Pero ellos seguían mirando, así que debía estar allí, aunque se sentía un fraude y temía fallarles de algún modo y traicionarlos a todos.

Una vez más, a la impresionada infantería imperial y las compañías de mercenarios contratados se les dejó que buscasen su camino. Quien estuviera al mando parecía no tener ni idea de qué hacer con ellos, aunque a esas alturas esa persona parecía comprender que, de algún modo, eran necesarios. La caballería noble hacía caso omiso de los soldados de a pie y ya había demostrado que estaban dispuestos a pisotearlos si se los encontraban en medio.

Los piqueros de la Reforma marchaban una vez más a enfrentarse al desafío. Ivanr sabía que les iría mejor quedándose detrás de las murallas alzadas de su fortaleza instantánea, por muy frágiles que pudieran ser sus maderas, pero no salir equivaldría a una rendición. Eran ellos los que tenían que demostrar su valía.

Examinó las filas con los ojos en busca de la enseña de algún comandante. El estandarte de Carr estaba allí junto con los colores de la brigada. Pero ¿qué había de Martal? ¿Qué iban a hacer? Todo el mundo debía de estar buscándola. De momento, la versión oficial era que estaba demasiado herida para montar, Ivanr se preguntaba cuánto tiempo duraría eso.

En cualquier caso, los nobles formados no le dieron a nadie la oportunidad de especular. Casi de inmediato, las primeras filas azuzaron sus monturas. Las formaciones de picas ocuparon largos rectángulos de menos de veinte hombres de profundidad que cubrían una amplia extensión del campo, bastante cerca de los

muros de la fortaleza. Ivanr se preguntó si Carr era el que estaba detrás de esa nueva estrategia. La caballería pesada se acercó a paso firme; la infantería imperial se arremolinaba, perdida, en la retaguardia, al parecer mucho menos impaciente por entrar en acción.

Esa mañana se percibía cierta falta de confianza y vigor en las maniobras de las picas. La ausencia de Martal se dejaba sentir. La caballería que se acercaba también parecía sentirlo: resonó la señal para empezar la carga y cogieron velocidad. Varios cuernos respondieron entre las brigadas de la Reforma y empezaron a moverse las filas de picas, pero estaban confusas e iban lentas. Ivanr se las quedó mirando, se estaba poniendo enfermo al presentir que esa maniobra, un esfuerzo por abrir otro pasillo despejado, no se completaría a tiempo. La peor de las pesadillas se convirtió en realidad cuando la carga de la caballería descendió demasiado rápido como para que todas las filas se enfrentaran a ella de modo uniforme, para que todas las cabezas de picas se presentaran en paralelo y todos los miembros se prepararan.

Un estallido de carne y hierro cuando toneladas palpitantes de músculo arremetieron hasta la retaguardia para irrumpir por el otro lado, las picas apartándose, hombres y mujeres pisoteados. La cuña de nobles, envalentonados, continuó galopando hasta los muros de la fortaleza. Viraron a lo largo de las paredes y lanzaron tajos a los tablones. Un caballo se encabritó y dobló una sección a coces. Ivanr se aferró a un tronco mientras el muro se estremecía por donde él se encontraba. Los arqueros dispararon a bocajarro desde las pasarelas y las plataformas de los carros.

Esa caballería pesada parecía haber venido preparada para esa eventualidad, puesto que sacaron cuerdas que terminaban en nudos corredizos y pequeños garfios. Instrumentos que tiraron por encima del muro. Los defensores lanzaron tajos contra las cuerdas, pero los nobles espolearon sus monturas y esa sección se combó hacia fuera y vaciló. Un desgarró y un estallido enfermizo de la madera anunciaron su caída. Los arqueros saltaron y cayeron dando vueltas. Un gran rugido se alzó a modo de vítor en el campamento imperial.

Sin embargo, un rugido de respuesta se hinchó entre el Ejército de la Reforma, Ivanr se volvió para buscar su fuente: allí, en la plataforma de un carro, con su armadura negra, Martal dirigía la defensa. Pero no era Martal. Alguien con su armadura. Se alzó el cántico: «¡La Reina Negra! ¡La Reina Negra!». La mujer estaba dando órdenes a los responsables de las señales y resonaron los cuernos.

La caballería se volvió y se encontró rodeada. Se dio la señal de acercarse y las cabezas afiladas de las picas y los podones empezaron a avanzar. Los nobles espolearon sus monturas para escapar, pero no tenían espacio para ganar impulso. Solo podían lanzar tajos contra las cabezas de picas que los atacaban. En unos momentos se masacró hasta al último hombre.

Al otro lado del campo de batalla, otra concentración de caballería se estaba

formando a toda prisa. Los imperiales habían experimentado el éxito y parecía que tenían intención de terminar las cosas. Se estaba recurriendo a todos los caballos y jinetes que quedaban en esa carga decisiva. Una gran masa oscura de hombres y caballos emprendió la marcha hacia ellos. Hasta las maderas que tenía Ivanr bajo las manos se estremecieron con el temblor del suelo.

Aunque sabía que la mujer que llevaba la armadura de Martal era una simple oficial, Ivanr no pudo evitar dirigir los ojos hacia esa figura oscura que daba órdenes subida a la plataforma del carro que había junto a la brecha; como todo el mundo que comprobaba de forma constante para asegurarse de que estaba allí su amuleto, su talismán contra la derrota. *Tenía razón, tenían que verla. Tenía que estar aquí.*

Esa última carga total se les echó encima en una marea oscura que se extendió hasta cubrir todo el centro del campo de batalla. Los gruesos rectángulos de piqueros encorvados se prepararon, las picas estáticas, conservando la equidistancia entre las puntas afiladas que les habían inculcado en los ejercicios de adiestramiento día tras día, mes tras mes.

Las piezas de hierro sueltas y las maderas vibraban con el avance. Tanto encima del muro como dentro, los arqueros que llenaban el interior del campamento, apuntaron al cielo con las flechas preparadas. Todos los ojos se dirigieron a Martal, el brazo listo, a la espera. El brazo bajó de golpe. Un gran siseo ahogó por un momento el trueno de los cascos de los caballos. La andanada dibujó un arco en el cielo, más denso y oscuro que la constante capa de nubes, y descendió abriendo una ringlera por el centro y las filas traseras de la caballería. Pero las filas frontales se salvaron y siguieron cargando con las lanzas en ristre.

El cheurón frontal arremetió contra el denso rectángulo de hombres y mujeres. Ivanr presenció la desaparición de las primeras dos o tres filas, en algunos lugares hasta cuatro; desaparecieron bajo el hierro, el hueso y el impulso despiadado, pero la formación absorbió todo aquel aterrador castigo y resistió. Una segunda oleada se estrelló entonces contra ellos, pero con menos energía, puesto que la carnicería y los restos de caballos y defensores caídos los obstaculizaba. Un sinfín de monturas se derrumbó, tropezando y dando vueltas entre la sangre y las entrañas derramadas.

Los vítores se alzaron en el campamento de la Reforma, pero no duró mucho, los flechazos empezaron a barrerlos: las compañías mercenarias de arqueros y ballesteros habían avanzado para apoyar la carga. Esa vez la caballería no giró en redondo para volver a formar, se quedaron, dejaron caer lanzas y garrochas y desenvainaron las espadas. Estalló una refriega e Ivanr tuvo que contenerse para no saltar el muro y unirse a ella. Era intolerable. Piqueros y piqueras estaban en clamorosa desventaja. Muchos no llevaban ningún tipo de armadura.

Pero un nuevo elemento había entrado en el campo. Una especie de horda de infantería irregular, armada de cualquier manera con lanzas, podones, guadañas y

maderos, había tomado el flanco izquierdo y avanzaba cruzando el centro. Asaltaban a la caballería que se interponía en su camino. Ivanr había cogido un escudo y lo había levantado por el aire para alzarse lo más alto posible, ¡la ciudad! ¡Los puñeteros civiles se habían echado al campo de batalla por miles! Mientras él miraba, la indisciplinada masa se abalanzó sobre la caballería desde la retaguardia para vengarse de un modo sangriento y concienzudo. Hombres y mujeres, jóvenes y viejos, tiraban de sus monturas a los nobles con sus armaduras de bandas y les clavaban dagas en articulaciones y visores. Esa sed de sangre despiadada le recordó a Ivanr la aldea por la que había pasado, y tuvo que apartar la vista. A su alrededor, el Ejército de la Reforma vitoreó a sus imprevistos aliados. Incluso los nobles que se rendían, los que arrojaban sus armas (y con toda probabilidad esperaban que los retuvieran para cobrar un rescate), fueron arrancados de sus cabalgaduras y hechos pedazos. A esas alturas, la turba comenzaba a volverse hacia el distante campamento imperial y cundió el pánico entre los estandartes brillantes y las tiendas decoradas con alegres colores.

Descendió la muralla para unirse a los seguidores del campamento y arqueros de la Reforma que se derramaban por el campo. Los guardias que le quedaban lo siguieron. Estrechó un sinfín de manos, apretó un sinfín de hombros y perdió toda vacilación a la hora de bendecir a todos los que se lo pedían. La figura de la armadura negra de Martal había permanecido sobre el muro, pero cuando Ivanr miró atrás, había desaparecido. Se preguntó cuál sería la historia. ¿Sucumbiría a sus heridas esa noche? ¿Un empeoramiento repentino?

La carnicería del campo de batalla no dejó prisioneros. Se arrodilló junto a una chica herida, una piquera, una de muchas en las brigadas; en su experiencia, la fuerza bruta que pudiera faltarles a las mujeres lo compensaban con creces con espíritu, valentía y dedicación a la unidad. La chica tenía la pierna destrozada por el muslo, pisoteado por un caballo. Estaba pálida por la conmoción y la pérdida de sangre. Lo único que Ivanr pudo hacer fue cogerle la mano embarrada mientras se le iba escapando la vida. Le quitó el pelo húmedo de la cara.

—Ganamos —le dijo—. Ganaste. Se acabó. Se terminó.

Entre la niebla de conmoción que la aturdía, la chica esbozó una sonrisa soñadora y asintió. Después articuló algo y él se arrodilló para intentar escucharla.

—Matadlos a todos...

El hombre se encogió por un instante y, al alzar la vista, vio una figura conocida. Era el viejo peregrino, Orman, apoyado en su bastón retorcido. Sin embargo no estaba solo, lo rodeaba una multitud de civiles y era obvio que el que estaba al mando era él. Orman se inclinó ante él.

—Saludos, libertador.

—Tú pareces ser el libertador en este día.

Un modesto asentimiento de la calva sudorosa.

—La ciudad de Anillo es nuestra. Tu ejemplo volvió las tornas.

—Ya veo. —Empezaba a entender las palabras de la hermana Gosh. Ese día la lucha había sido para ganar algo mucho más importante que una simple batalla. ¿La confianza de un pueblo? ¿Cuándo se convierte el movimiento en institución? ¿El rebelde en gobernante? ¿Cuándo llega ese punto en el que todo cambia? Al parecer podía ocurrir sin que uno se diera cuenta siquiera. La mueca cínica de los labios de Ivanr desapareció y bajó la voz.

—En cuanto a Martal...

Orman asintió.

—Lo sé. He estado en contacto todo este tiempo. Ahora es cosa tuya, Ivanr. Tú portas nuestro estandarte.

—No. —Bajó los ojos: la chica estaba muerta. Le dejó la cabeza en el suelo con suavidad y después se levantó. Pero el anciano no se dejó amilanar. Su mirada se había endurecido y lo ponía nervioso.

—Sí. Ya no tienes alternativa.

—No te gustará.

El anciano se inclinó

—No soy quien para juzgar. Tú eres el libertador.

—Entonces detén las muertes. Ya ha habido más que suficientes.

Orman se inclinó otra vez.

—Daré la orden. Pero hay riesgos. El pueblo quiere venganza. Hay entusiastas que piden la limpieza de todos los seguidores de la Señora...

—No. ¡Nada de eso!

La lengua del viejo surgió para humedecer los labios. Cogió bien la empuñadura del bastón, incómodo.

—Haré todo lo que pueda para hacer cumplir tus deseos, libertador.

—Hazlo. —Ivanr lo despidió y se dirigió a la tienda de Martal. ¿Qué estaba pasando allí? ¿Ya se había desatado el último rumor? Rodeado por miles de jubilosos veteranos del Ejército de la Reforma que vitoreaban, Ivanr se sintió de repente total y completamente solo.

La muy disminuida flota de dromones azules moranthianos y la mezcla de buques de guerra falari y talianos avanzaban a buen ritmo hacia el oeste, cruzando el estrecho de Caída y subiendo por los Estrechos, o estrecho de la Grieta. Los fuertes vientos constantes del mar de las Tormentas les permitieron hacer el viaje en dos días y dos noches. Nok y Torbellino estudiaron durante horas los antiguos mapas de la región y abogaron por desembarcar más al oeste, hacia Elri, pero Melena Gris se mostró inflexible: el desembarco tenía que ser al sur de Kor, pegados a las montañas de la

Barrera. Los almirantes al final apelaron a Devaleth, pero esta no pudo ayudarlos.

—La verdad es que no conozco esta costa —tuvo que admitir—. Aunque he oído que es escarpada.

Nok se apartó de la mesa baja de su camarote.

—Ahí lo tienen. Inadecuada para un desembarco, estoy seguro.

—Sobre todo cuando puede ser reñido —añadió Torbellino.

Pero Melena Gris no cedió.

—Tiene que ser aquí. Nos estamos acercando. El desembarco debe seguir adelante. —Miró al último miembro del mando presente: el puño Khemet Shul—. Diríjase al interior, tome control de las tierras altas. Utilícelas como base. Retírese a Katakan si es necesario.

El hombre achaparrado asintió. La luz de la lámpara sacaba reflejos dorados de su calva despuntada.

—Entiendo.

Devaleth fue mirando de un rostro a otro: los dos almirantes reticentes, el puño rotundo, sin inflexiones, y el puño supremo gruñón y enroscado. Le apeteció chillar «¿Cómo podéis hacer esto?», pero sabía que la despacharían sin más. Era mejor tragarse el pavor, seguir el juego y hacer todo lo que pudiera para mitigar el desastre inminente.

—Eso es todo, pues —dijo Melena Gris, cruzado de brazos—. Un asalto al amanecer.

El puño Shul hizo un saludo militar.

—Señor. —Se inclinó y fue a ocuparse de los preparativos.

Devaleth también se inclinó.

—Intentaré descansar un poco, entonces.

Los tres le desearon que durmiera bien. Cuando cerró la puerta del camarote, el almirante Nok estaba haciendo té.

Una vez fuera, Devaleth se apoyó en la barandilla de una regala. Ya era más de medianoche y estaban pasando junto a los últimos picos de la cordillera de la Barrera, que se alzaba al norte de ellos en la noche como una serie distante de dientes desiguales. El mar estaba en calma, aunque los vientos soplaban con fuerza. Y esos vientos la helaban, procedían del mar de las Tormentas y portaban una insinuación de los propios jinetes.

De la forma más retraída posible, Devaleth se abrió para buscar pasivamente su senda Ruse. La respuesta casi la aplastó. Poder puro y revuelto, tenso de anticipación. *Algo viene. Ruse lo percibe, o lo transmite, como la hinchazón grávida de poder antes de su liberación. ¿Qué es? ¿Nuestra destrucción? Sea lo que sea, es inmenso; hay poder aquí para quien apetezca de él, más de lo que me atrevería a acumular jamás, o de lo que sospecharía siquiera que fluía para quien lo quisiera tomar.*

Se retiró. Lo que más la asustaba era el temor de que, antes de que concluyera el día de mañana, quizá la empujaran a estirar el brazo y cogerlo.

El día amaneció con la flota acercándose a la costa por un frente amplio. Por el lado del buque insignia del almirante Nok, el Estrella de Unta, a Devaleth le parecía que esos malazanos y moranthianos habían agotado todos sus trucos y estratagemas cuando habían dejado atrás a las fuerzas skolati y mare, y lo único que les quedaba ya era un asalto puro y duro.

Entraron al socaire de la cordillera de la Barrera y muchos navíos tuvieron que sacar los remos para continuar hacia la orilla. Estaba claro que la costa rocosa era demasiado escarpada como para que los barcos anclaran cerca, así que las tripulaciones prepararon lanchas. En tierra ardían hogueras y Devaleth distinguió barreras de maderos y concentración de tropas. Los roolianos. Era obvio que Yeull también había llegado a la conclusión de que ese tramo de costa era el lugar crucial para el desembarco.

Los navíos se arrimaron a la orilla todo lo posible. Los cúteres y las balandras más pequeñas comenzaron a transportar a cuantos soldados podían aglomerarse a bordo. El agua seguía siendo demasiado profunda para que los hombres y las mujeres saltaran a ella. Y entonces una cortina de flechas los recibió, dibujando un arco que salía de la concentración de arqueros. El estómago de Devaleth se encogió al ver que las tropas se retrasaban mientras se preparaban lanchas y todo tipo de botes de remos. ¡Eran blancos tan fáciles!

La costa era extremadamente rocosa y peligrosa por allí y solo los botes más pequeños se atrevían a acercarse, así que solo un puñado escaso de soldados podía desembarcar en un momento dado. Las partidas se dirigían trabajosamente a tierra en grupos de cinco y diez, con el agua que les llegaba a la cintura y, ante los ojos de Devaleth, un número arrollador de defensores salió de un salto de detrás de troncos caídos y rocas y se lanzó a la carga. La bruja vio barcazas enteras de infantería derribadas de una en una antes de poder escapar del empuje de las olas.

¡Qué catástrofe! Y todavía no se han metido los korelrianos en faena.

Y entonces, justo cuando la maga no podía imaginarse un desastre mayor, surgieron en la orilla baterías de mangonelos, catapultas y onagros. Un aluvión de proyectiles bajó en picado de las armas ocultas. Devaleth dio un salto, estremecida ante la visión de aquella andanada. Observó paralizada, sumida en una especie de fascinación suspendida, las piedras que descendían con un rugido entre la flota anclada. La mayor parte golpeó solo agua, aunque levantó inmensos chorros de espuma. Pero unas cuantas encontraron objetivos y perforaron cubiertas y cascos. *¡Esto es una locura! ¿Dónde estaba Melena Gris? ¡El muy idiota! ¡Yeull los estaba esperando!*

Pero una vez más Devaleth había olvidado a los moranthianos. Comenzaron a responder las máquinas que habían arrojado tanta muerte y destrucción entre la flota mare. El color del amanecer se transformó en un rojo anaranjado cuando una gran cortina de proyectiles en llamas salió, trazando un arco, de los navíos azules. La bruja observó, igual de fascinada, esa andanada que pasaba por encima de la orilla inmediata y aterrizaba a sus buenos cien pasos del borde de los acantilados de arena que enmascaraban la costa.

Brotó una tormenta de fuego que rodó con grandes llamas ondeantes y humo negro. Se extendió en grandes curvas de incendiarios que se estiraban como garras, y los estallidos secundarios esparcían el infierno todavía más lejos. La explosión alcanzó a Devaleth como un corrimiento de tierras distante o una catarata titánica. La arrancó del embrujo de esa erupción los soldados que la empujaron: el Estrella de Unta estaba descargando su cuerpo de infantería, de alrededor de cuatrocientos soldados, en botes y chinchorros.

El humo había empezado a velar la orilla. Oleada tras oleada de infantería de los ejércitos Cuarto y Octavo se aupaban por los lados de los botes y vadeaban la zona de muerte donde rompían las olas entre rocas y bolsas de playa de grava. Devaleth no terminaba de distinguir si se había conseguido afianzar alguna posición. Los cuerpos que no se habían hundido flotaban en el agua y atestaban la rompiente como madera de desecho.

Troquelaba el humo un aluvión continuado de las máquinas de defensa, solo que habían empezado a apuntar más alto para caer a más corta distancia, entre los botes atestados y los grupos de hombres. Grandes chorros salían disparados hacia el cielo con cada impacto, arrojando soldados por el aire como si fueran trapos. Unos pocos alcanzaban botes y los hacían estallar en una gran erupción de astillas de madera y cuerpos desintegrados.

Una mano cogió a Devaleth por la parte superior del brazo y ella dio un salto, jadeando. Era Melena Gris.

—La estaba llamando —le dijo.

La mujer tragó saliva, con el corazón disparado.

—Lo... lo siento. Es que... ¿Las cosas están tan mal como parecen?

El hombretón hizo una mueca de comprensión.

—No pinta nada bien... no hay forma de evitarlo. ¿Atacar una costa hostil? Solo se puede presionar y seguir presionando. Ahora es cosa de las tropas, no pueden retroceder. —Miró la orilla, los ojos pálidos del color del cielo—. Pero tienen toda mi confianza. —Su mirada volvió a posarse en la mujer—. Ahora tengo que pedirle algo, maga suprema.

—¿A mí?

—Un viaje por su senda. Se me necesita en otra parte.

—¿Qué? —La bruja señaló la orilla—. ¿Pero qué hay de esto? ¿Se le necesita aquí!

El puño supremo negó con la cabeza.

—No. Esto ya no es cosa mía. Solo puedo mirar. Nok y Shul tienen sus órdenes y se ocuparán de todo. Debo irme... Créame.

—Pero la Señora...

Los labios se crisparon en una sonrisa.

—Estamos en el agua, maga.

Ella suspiró como si reconociera la derrota.

—Muy bien. ¿Adónde?

—Al oeste. Ya lo avisaré. De hecho, puede que lo perciba usted misma.

—De acuerdo. Al oeste. Si no queda más remedio. —Lo cogió por el antebrazo—. Dioses, hace siglos que no hago esto. —Se estiró en busca de Ruse... y entró.

Se encontró en una llanura inundada, de pie, con el agua por las pantorrillas. El cielo estaba despejado, de un color azul profundo. Melena Gris estaba con ella, vestido con su pesada armadura de bandas de hierro, el yelmo subido y las manos embutidas en guanteletes enganchadas en el cinturón.

—¿Dónde estamos?

—No lo sé. —Devaleth dibujó un círculo completo: una llanura desolada en todas direcciones. El agua era fétida, espesa por los sedimentos y la suciedad. El hedor era nauseabundo.

—¿Por dónde? —preguntó Melena Gris, que hizo una mueca al notar el olor.

—Por aquí. —La bruja echó a andar con esfuerzo entre la inundación. Tenía que arrastrar las túnicas empapadas.

Llegaron a una colina larga y baja, como una morrena, y allí, empujada contra su costado, yacía una gran fila de cosas pálidas, como una marca de la marea. Al principio le parecieron criaturas marinas varadas, focas o marsopas, pero cuando se acercaron la horrible verdad le clavó las garras y las arcadas la hicieron doblarse. Melena Gris la sostuvo.

—Que el dios del Mar nos proteja —consiguió decir mientras escupía y jadeaba—. ¿Qué ha sucedido?

—Soy yo —dijo entre dientes Melena Gris, tenía la voz tomada por la emoción contenida—. Una advertencia, o una lección, de Mael.

—¿Una lección? —La mujer lo estudió de nuevo—. ¿Qué es esto? ¿Qué está pasando aquí?

El hombre intentó hablar, apartó los ojos, parpadeó para espantar las lágrimas y volvió a intentarlo.

—Voy a hacer algo, Devaleth. Algo de lo que llevo décadas huyendo. Algo que

me aterra.

La bruja retrocedió, chapoteando entre aquellos bajíos contaminados.

—¡No! —Una sospecha vertiginosa se había apoderado de su pecho, incapaz de respirar—. ¡Empuñapiedras! ¡No! ¡No lo haga!

—Hay que hacerlo. Siempre lo he sabido. Yo... era incapaz de reunir el valor, la determinación. Pero ahora me doy cuenta de que no hay elección.

Devaleth señaló los cadáveres hinchados, putrefactos, hombres, mujeres, niños, apilados como escombros.

—¿Y qué es esto? ¡Quiere provocar esto!

Él inclinó la cabeza y después la alzó para mirar al cielo con un parpadeo.

—Hace décadas pusieron ante mí dos espantosas alternativas, Devaleth. Asesinato en masa por un lado, y una atrocidad interminable de sangre y muerte por el otro. ¿Cuál elegiría usted?

—¡Yo buscaría un tercer camino!

—Lo intenté. Créame, lo intenté. —Señaló a lo lejos con un gesto—. Pero no lo ha detenido, ¿verdad? —Y añadió, en voz más baja—. ¿Y de verdad cree que lo detendrá?

Ella tuvo que negar con la cabeza.

—No. No lo detendrá. Pero... el precio...

—Es el único modo de ponerle fin. Todo el mundo está demasiado metido. Hay que pagar un precio.

Devaleth se abrazó como si quisiera contener el dolor que le hinchaba el pecho.

—Yo... lo comprendo. Ya se nos ha pasado el momento de las opciones fáciles. Y ahora, nuestro retraso nos ha acarreado esto.

—Sí.

La bruja inclinó la cabeza. *Dioses, no sois más una panda despiadada, ¿eh? Claro que, ¿cómo podéis ser mejores que vuestros devotos?* Devaleth echó a andar otra vez.

—Por aquí. Lo percibo. Es inconfundible.

Encontró el punto, una gran corriente que atravesaba la riada donde el poder casi hacía vibrar el agua. Allí los sacó de la senda y aparecieron en los bajíos de una playa larga y ancha que llevaba a una costa boscosa.

Melena Gris se volvió hacia ella.

—Se lo agradezco. No tenía que...

Ella desechó el comentario con un gesto.

—Lo entiendo. Es hora de tomar decisiones difíciles. Y ahora me hago cargo de por qué apartó a todo el mundo. A su amigo Kyle. A nosotros. Todos nosotros.

El comandante hizo una mueca.

—Hable con él por mí, ¿quiere? Yo... no podía decírselo.

—Sí.

—Y preséntele mis disculpas a Rillish. Ha demostrado su valía. Se merecía algo mejor.

—Lo haré.

—Bien. Se lo agradezco. —Echó a andar playa arriba, se giró—. Mañana. Tendrán hasta mañana. Suba a todo el mundo a las colinas, y ocúpese de Nok. Está en sus manos.

—Sí. Le desearía buena suerte, pero no soy capaz. Lo siento.

El puño supremo asintió.

—Adiós. Que tenga mucha suerte. —E inclinó la cabeza en una especie de saludo.

Devaleth se quedó observando hasta que el hombre desapareció en el bosque de ese trozo de costa anodina. *Un bosque que pronto quedará barrido por completo si ese hombre tiene éxito, cosa que tampoco está garantizada.*

Invocó a Ruse y regresó a su senda.

El viaje de vuelta transcurrió sin incidentes. La estela baja permanecía, ya fueran los restos de una riada, una inundación procedente de un temblor de tierra o algo parecido. No lo sabía. Evitó la morrena, pero tropezó con cadáveres encharcados, hundidos en el agua. Aunque se les estaba desintegrando la carne en una nube alrededor de los huesos, esos cuerpos parecían inusuales: muy gráciles, los huesos curvados de un modo extraño, el cráneo estrecho, los miembros alargados. Muy pálidos, por supuesto, producto del blanqueamiento del agua. Pero, aun así, de una palidez extrema.

Inquieta, la bruja se apresuró. Cuando su percepción de la senda le dijo que había encontrado el lugar de entrada, extendió los sentidos una vez más.

Y accedió a un torbellino de ruido, humo y gritos. Los muertos malazanos alfombraban la zona intermedia de piedras y charcos, rodeados de algas. Los soldados se encogían en busca de refugio entre las rocas. Las flechas y los cuadrillos de ballesta pasaban como rayos junto a ella, que se apresuró a alzar un escudo de Ruse para desviarlos. Las lanchas y los chinchorros asfixiaban la orilla, abandonados o medio hundidos.

¿Qué está pasando? ¿Por qué seguían allí?

Furiosa, chapoteó hasta la multitud más cercana de soldados.

—¿Qué estáis haciendo? —exigió saber.

La tropa se la quedó mirando con la boca abierta. Uno, un sargento a juzgar por la banda del brazo, le dedicó un apresurado saludo militar.

—Disculpe, maga suprema, señora. Son esos acantilados de la orilla. Sus arqueros

hacen retroceder todas las cargas.

Devaletth estudió los acantilados: unas tres brazas de suelo margoso, sin asideros ni brechas.

—Muy bien. Parece que no os vendría mal algo de ayuda.

El sargento dio unos codazos a los soldados que tenía cerca.

—Sí, señora. Un intercambio equitativo, siempre.

—Preparaos...

Ruse la llamaba. Prácticamente le cantaba. *Sí, sí*, respondió ella. *Así sea*. Extendió los brazos para abarcar un frente lo más ancho posible. *Ven. Cruza corriendo. Álzate*. Tiró de las aguas que tenía detrás, instándolas a hincharse, una gran ola o frente que se elevara por los aires. Percibió los enormes dromones azules y los buques de guerra anclados detrás en la bahía como juguetes diminutos rebotando muy por encima de su conciencia. Y empujó.

Chillidos de alarma resonaron a su alrededor, pero no se giró.

Una inmensidad se inclinaba tras ella ascendiendo de modo inexorable. El peso era imposible, pero permitió que fluyera a través de ella, que avanzara, prometiendo la liberación justo delante. Una ola la cogió por detrás, trepó por su cuerpo y siguió subiendo cada vez más. Percibió los botes y chinchorros levantándose por el cielo, hombres y mujeres suspendidos por un instante, su volumen hacía de contrapeso, y después impelidos como con una patada.

La ola golpeó el acantilado como un maremoto y el impulso la llevó hacia arriba, hinchada, alzándose. Bañó el borde y se llevó con ella a todo el mundo, en ese tramo del desembarco, para estallar de repente en una gran liberación de la presión que lo inundó todo antes de retirarse sin prisas.

La ola se hundió a su alrededor, la dejó empapada, agotada, y se dejó caer sobre una roca. El agua se precipitó alrededor de sus rodillas y volvió a cargar hacia el mar arrastrando el suelo margoso con ella; al alzar la vista vio el acantilado erosionado y convertido en tiros de chimenea por los que corría el agua como pequeñas cataratas. Una enorme lancha, de unas dos brazas de longitud, se balanceó en el borde del acantilado antes de deslizarse hacia atrás, vacía.

Las tropas del Cuarto y el Octavo llegaron chapoteando por ambos lados, cargando, vitoreando, animándose unos a otros a continuar. La carga se hizo más densa, un raudal constante de soldados cuando el desembarco entero convergió en esa brecha para trepar con uñas y dientes por la ladera. Al levantar de nuevo la cabeza, una guardia de soldados la tenía cubierta por una barrera de escudos superpuestos. Se frotó una humedad pegajosa que tenía sobre la boca y sacó la mano llena de sangre. Le sangraba la nariz, por supuesto.

Un rato después, los que se habían convertido en su guardia de honor se irguieron, hicieron un saludo militar y, tras inclinarse ante ella, se alejaron a la

carrera. Devaleth se volvió y vio al almirante azul, Torbellino. El moranthiano le envolvió los hombros con una manta.

—Maga suprema —empezó a decir, había asombro en su voz—. Estoy maravillado. Si lo hubiera sabido... nos habríamos limitado a apartarnos mientras usted despejaba el camino.

La bruja negó con la cabeza.

—No fui yo. Yo me limité a aprovechar algo que mora en el interior de Ruse. Algo tan inmenso que la mera posibilidad permitió esto.

El almirante azul ladeó el yelmo.

—Confieso que no entiendo. ¿Tiene que ver con las últimas órdenes del puño supremo?

—¿Cuáles eran?

—El puño Shul debe dirigirse al interior, tomar el terreno alto. La flota debe retirarse de la costa.

Devaleth se levantó de un salto y se bamboleó aferrada a la manta.

—¡Sí! Eso es. Debemos retirarnos al centro del estrecho. Shul se llevará las tropas. Él, todos nosotros, tenemos hasta mañana.

El almirante se inclinó.

—Terminaremos de descargar lo antes posible, entonces. ¿No quiere regresar al buque insignia?

La bruja asintió con alivio. *Dioses, sí. Puedo sentir la empujándome. Rabiosa. Llena de odio y veneno. Mejor salir de aquí lo antes posible.*

Dio un paso y se habría derrumbando si no la hubiera cogido el almirante por el brazo. Mareada, le dio las gracias. El moranthiano llamó a unos guardias con la mano y les ordenó que la trasladaran al buque insignia. A pesar de lo mucho que le desagradaba mostrar debilidad, Devaleth les permitió acompañarla al bote más cercano.

—¿Qué quieres decir con que no está aquí? —El jefe supremo Yeull se quedó mirando a Ussü como si fuera de algún modo responsable—. ¡Este es su desembarco! ¡Su momento! ¿Por qué no iba a estar aquí? —La mirada del hombre salió disparada por la tienda, enfebrecida, salvaje—. ¿Dónde está? ¡Hay que encontrarlo! —Los ojos, muy blancos alrededor, encontraron a Ussü—. ¡Tú! ¡Encuéntralo tú! ¡Te lo ordeno! ¡Encuéntralo y destrúyelo!

Ussü tomó aliento para disentir, pero una sola mirada al hombre encorvado sobre el brasero, las mantas y un manto de piel envolviéndole los hombros, las manos casi crepitando sobre las brasas, lo convenció de que no debía discutir. Se inclinó.

—A su servicio.

El otro lo miró como si lo sorprendiera su presencia.

—¿Qué? ¡Sí! ¡Vete! —Y echó a Ussü con un ademán.

Fuera de la oscura tienda de mando, Ussü se colocó bien las túnicas y pensó en el estado cada vez más deteriorado del jefe supremo. *Siempre fue inestable... pero ahora, ¿quién sabe qué capricho podría apoderarse de él? La situación no promete mucho. Aun así, están ahí, en Korelri. Si esos malazanos consiguieran siquiera un mísero asidero, romperían contra el muro como una ola poco profunda.* Cruzó hasta su tienda y se metió dentro. Sus ayudantes, soldados roolianos, seguían limpiando la sangre de sus anteriores esfuerzos. Uno estaba echando serrín en el suelo desnudo. El cadáver ya había sido envuelto y se lo habían llevado de allí. Cómo se burlaba de él la Señora por aferrarse a esas muletas. Pese a todo, seguía siendo reticente a arrojarse por completo en sus manos.

—¿Otro prisionero, mago? —preguntó un ayudante.

—No. Eso es todo por ahora. —No había necesidad de hacer una nueva adivinación. Melena Gris no estaba allí, eso era seguro. Entonces, ¿dónde estaba aquel hombre? A él también lo inquietaba no poder encontrarlo. ¿Qué estaba tramando? Si tuviera suficiente poder a su disposición, podría localizar al tipo, pero no poder sacado de la Señora, todavía no. Aún no estaba tan desesperado. Pero quizá de otra fuente...

—Necesito un caballo —le dijo a un ayudante—. ¿Tenemos alguno?

—Cruzamos con unos pocos, señor. Para mensajes.

—Muy bien. Prepara uno.

El hombre se inclinó y se fue. Ussü empezó a guardar un juego de cestos. Si los malazanos conseguían un asidero, entonces sería una batalla para la infantería, saltos entre setos y escaramuzas puerta a puerta. No su campaña. Parecía que el jefe supremo le había dado su misión y, si lo pensaba, era importante. Ese hombre, Melena Gris, Empuñapiedras, debía de estar planeando algo, y él, Ussü, otrora mago supremo de la Señora, era el único que tenía alguna mínima posibilidad de localizarlo.

Salió, le acercaron el caballo y montó. Deseó a los hombres buena suerte y se precipitó hacia el interior. Estaba a unas cuantas leguas de distancia, trepando por la suave pendiente de la colina, cuando algo tiró de él desde el estrecho. *Algo se acumula.* Frenó y se volvió. Se protegió los ojos con las manos, podía distinguir apenas los lejanos buques de guerra azules y talianos anclados en la bahía. *¿Qué están tramando?* Entonces lo sintió: la pujanza literalmente lo echó hacia atrás. *Oh, dioses, ¿qué era aquello? ¿Ruse despertándose? ¿Un ascendiente había acudido al campo de batalla?*

Una gran ola se hinchaba en la bahía y se precipitaba hacia la costa. *¡Esa renegada maga mare!* ¡Estaba despejando la orilla! ¿Dónde había obtenido semejante poder? Mucho. Demasiado para que él pudiera disputárselo. Esa era una batalla que

debía dar por perdida. La costa era suya, pero era la primera y última jugada de aquella mujer. Él todavía tenía muchas más. Giró las riendas con un tirón y se dirigió al interior todo lo rápido que pudo azuzar al caballo.

Warran llevó a Kiska a través de Sombra; cómo lo hizo, la chica no estaba segura. Se limitó a invitarla a caminar hasta la parte posterior de la tienda, sumida en la oscuridad, y de repente ella se encontró internándose en sus dimensiones. La penumbra se iluminó entonces con la bruma conocida de la región de Caos y Kiska se volvió hacia su compañero.

—¿Dónde estamos?

—En el umbral de la propia espiral. —El bajito entrelazó las manos al frente—. En cuanto a mí, no tengo deseo alguno de seguir adelante.

—Pero estaba oscuro...

—Para los que miran desde fuera, sí. Al parecer, los del interior crean sus propias condiciones locales.

Kiska miró a su alrededor, insegura.

—Me parece que no te entiendo...

El anciano sacerdote ladeó la cabeza.

—Algunos dicen que cada conciencia es como una semilla. Quizá sea cierto. Sé de pequeños reinos de bolsillo que actúan de ese modo. Quizá creamos los nuestros... durante un tiempo. Ahora comprendo por qué los liosan quisieron venir en tal número. Sus condiciones locales serían mucho más fuertes, y más perdurables.

—¿Perdurables?

Warran asintió, muy serio.

—¿No creerás de verdad que puedes prevenir los efectos de la erosión para siempre, no? Al final te consumiré. —Se llevó un dedo a los labios—. O quizá flotarás en la nada, soñando eternamente... Hmm. Un problema interesante...

Kiska se quedó mirando a aquel tipo desaliñado.

—¿Se supone que eso me tiene que tranquilizar?

Warran parpadeó.

—¿Te tranquiliza? Desde luego a mí no me tranquilizaría.

Exasperada, Kiska alzó los brazos y dibujó un círculo completo.

—Bueno, ¿en qué dirección debería ir?

—La verdad es que no creo que importe mucho. Aquí, todas las direcciones llevan al centro.

—Todas las direcciones llevan... ¿eso no tiene ningún sentido!

El sacerdote frunció los labios y ladeó la cabeza.

—Podrías decir que tiene su propia lógica... solo tienes que aprender a pensar de forma diferente.

—Da la sensación de que ya has hecho esto antes.

Las enmarañadas cejas canosas se alzaron con gesto sorprendido.

—Estamos perdiendo el tiempo. Será mejor que empieces a buscar. —Alzó un dedo—. ¡Ah! Me tomé la libertad... —Metió la mano en sus túnicas sucias y desgarradas y sacó el bastón de Kiska.

Muda de asombro, la chica lo aceptó, después se quedó mirando el bastón y luego al sacerdote: el objeto era más alto que él.

—Cómo...

El hombrecito le dijo adiós con la mano y echó a andar.

—Cuídate —le gritó por encima del hombro—. ¡Recuerda la lógica! —Solo había dado unos pasos cuando desapareció.

Kiska se lo quedó mirando con los ojos guiñados. ¿Era ese el borde de su propio espacio personal? La idea la inquietó. Apretó el bastón en las manos y sintió que su familiaridad le daba valor, después echó a andar en dirección contraria a la que había tomado el sacerdote.

No tuvo sensación alguna del paso del tiempo, por supuesto. Podría haber sido un momento, o un día, pero al final el cielo se oscureció, pareció cerrarse hasta que se encontró avanzando a la carrera bajo un cielo nocturno en el que ardían estrellas que no mostraban constelación alguna que ella conociera. A ambos lados el terreno descendía en pronunciadas pendientes que bajaban a un abismo igual de oscuro, dejando solo una estrecha pasarela, y allí había alguien esperándola.

Era Jheval-Leoman, de brazos cruzados, una mirada casi avergonzada en el rostro curtido por el viento. Kiska observó que una vez más lucía sus manguales en el cinturón... *¡Ese maldito sacerdote!* Bajó el bastón.

—No te acerques.

Él alzó las manos abiertas.

—Kiska. Por mi parte te aseguro que no busco venganza. Créeme. Mi única motivación es que los malditos malazanos me dejéis en paz.

Le hizo un gesto para que echara a andar por delante de ella.

—Eso dices tú. Pero no puedo confiar en eso, ¿no?

El guerrero dejó escapar un largo suspiro y los brazos cayeron poco a poco.

—No. Supongo que no. —Caminó antecediéndola—. He estado pensando en lo que me contaste sobre esta manifestación, y estoy preocupado. Dijiste que Tayschrenn no creó esto...

—¡Agayla no me engañaría! ¡Confío plenamente en ella!

Él se volvió y siguió caminando de espaldas.

—Kiska. No puso objeciones a mi presencia...

La joven se detuvo. Las objeciones atestaban su garganta, pero ninguna podía escapar. ¿Habían engañado a Agayla? Ni hablar. ¿No lo sabía? ¿La reina de los

Sueños, ignorante? Incluso menos probable. Y sin embargo... ¿cómo pudo aceptar a ese criminal? ¿Nada menos que un asesino de masas?

Una forma oscura captó su atención algo más adelante. Una figura echada en el suelo, una figura que vestía túnicas oscuras y desgarradas. ¡Tayschrenn! Se precipitó hacia allí.

—¡Kiska! ¡Espera!

Cayó de rodillas junto a la figura, un hombre mayor echado de espaldas, delgado, con largo cabello gris.

—¡Tayschrenn! —Le tocó un hombro—. Soy yo...

La figura se giró. Y le atenazó la muñeca. Kiska se lo quedó mirando, aturdida. No era Tayschrenn. El hombre se levantó, la mano que encerraba la muñeca femenina era de una fuerza inhumana. Estaba moreno por el sol, con una gran nariz ganchuda y unos brillantes ojos negros.

—¿Y tú eres? —dijo entre dientes en un taliano con marcado acento.

Kiska no podía hablar, no podía pensar. *Imposible. Todo esto... imposible...*

Los ojos ávidos se desviaron y entrecerraron.

—¿Y quién es este?

Kiska siguió la mirada hasta Leoman, que se había arrodillado y se inclinaba.

—Levántate —rezongó el hombre.

Leoman se incorporó y dobló la cerviz en señal de obediencia.

—Saludos, Yathengar. Falah'dano, sacerdote de Ehrlitan. Los siete nos bendicen.

El hombre, Yathengar, apartó a Kiska de un empujón. Dio un paso inseguro con el ceño fruncido.

—¿Leoman? ¿De verdad? Leoman... ¿el paladín de Sha'ik? —Cogió los hombros de Leoman y se echó a reír—. No es tan fácil deshacerse de los siete dioses, ¿eh? ¡Cómo deben de haber intrigado para reunirnos! Regresaremos, tú y yo. ¡Las Siete Ciudades se alzarán en llamas! Serás mi general. Los destruiremos.

Leoman se inclinó otra vez.

—Soy suyo para lo que ordene.

A un lado, un potente brillo alteró la uniformidad de la isla, un núcleo de calma en el centro de la espiral. Yathengar miró con el ceño fruncido.

—¿Qué es esto?

Leoman le lanzó a Kiska una mirada de advertencia.

—Tiste liosan, mi señor. Este lugar roza su reino y están aquí para destruirlo.

—Idiotas, mira que desafiarme aquí. Los barreré del lugar como simple escoria.

Leoman había retrocedido un paso.

—Sin duda, mi señor.

Kiska lo miró, ¿qué estaba tramando el muy cabrón? ¿Ha engañado a todos? Ha traicionado a cada amigo, cada lealtad que ha establecido alguna vez, ¿y ahora quería

azotar a los liosan con ese chiflado? ¿No había límites para su corrupción? ¿Para él todo no era más que un alegre nihilismo?

Leoman alzó los ojos y miró al cielo. Poco dispuesta a cooperar, Kiska de todos modos alzó la mirada, aunque de mala gana. Y lo vio. Un puntito diminuto con pinta de murciélago que aleteaba encima de ellos.

La mirada de Kiska se volvió de golpe con el corazón en un puño. Su compañero retrocedió otro paso, cauteloso, para apartarse de Yathengar. Ella lo imitó.

—Cuidado, Leoman —le advirtió el sacerdote—. Mira cómo he crecido aquí en poder.

Leoman volvió a encorvarse.

—Sí, mi señor.

Kiska lanzaba rápidas miradas furtivas a su pequeño guía. La criatura descendió tras ellos, donde el terreno caía hacia el abismo oscuro que parecía rodearlos. Desapareció, dibujando un arco que bajó a la sima, y los ojos de Kiska se posaron en Leoman, horrorizados.

Él asintió, la mirada firme, insistente.

Y ella, apenas capaz de respirar, aterrada, asintió a su vez.

Leoman dio una patada y tiró el bastón de la chica por el borde. Yathengar se volvió.

—¿Qué?

Kiska saltó al vacío negro. Un rugido sorprendente estalló a su espalda. Y luego, un bramido de rabia pura.

—¡Leoman!

Al parecer, Leoman no podía evitar seguir fiel a su carácter.

Bakune tenía la sensación de que era el preso más mimado en la historia de las dependencias carcelarias de Banith. Los guardias le pasaban de contrabando comida y vino; las esposas de los guardias le susurraban noticias del campo por la rejilla de la puerta. Hasta el comandante de las dependencias, Ibarth, un hombre que una vez había despreciado abiertamente las sentencias que dictaba en el tribunal, apareció en su puerta para expresarle su horror ante el modo en que lo estaban tratando los malazanos.

—Imagínese —había resoplado el hombre, ofendido—, después de todos los esfuerzos que ha hecho para ser cortés. ¡Estos malazanos son unos bárbaros! —Y le aseguró a Bakune que, si por él fuera, ya lo habría sacado de allí, pero esos malazanos lo habían atado de pies y manos.

El presidiario afirmó comprenderlo y el hombre casi se desmayó de alivio; se limpió la cara sudorosa y arrebolada y se inclinó con gratitud. Poco más tarde llegó la noticia, a través de la mujer de un guardia, de que la resistencia rooliana había

nombrado a Bakune patriota de la lucha por la libertad, un título que, por lo menos él, no le encontraba ningún sentido.

A la noche siguiente lo despertó con un sobresalto un traqueteo en su puerta. Un guardia que sostenía un farol la abrió con suavidad para guiñarle un ojo y tocarse un lado de la nariz en una especie de pantomima cómica. Bakune se lo quedó mirando, medio adormilado. ¿Se podía saber qué estaba tramando?

Otro tipo se deslizó dentro, iba envuelto en un manto y llevaba la capucha puesta; una montaña corpulenta de personaje que se sentó a los pies de su jergón. El guardia metió el farol en un gancho y retrocedió.

Bakune miró a la figura.

—¿Y quién es usted?

El hombre se quitó la capucha.

—En serio, examinador, ¿ya no reconoce a los viejos amigos?

Era Karien'el, tan gordo como siempre, la nariz igual de hinchada, si acaso un poco más bronceado.

—Pero ¿qué está haciendo aquí? ¡Es usted un hombre buscado!

—Estaba en la ciudad y pensé que podía sacarlo de este agujero.

Eso silenció a Bakune por un momento. Flexionó el brazo, se lo masajeó e hizo una mueca.

—¿Aquí? ¿En la ciudad? ¿Por qué? Le dije a Hyuke que nada de problemas por aquí.

Karien'el lanzó una risita y alzó las manos.

—Concedido. Los malazanos pueden quedarse con este rincón. —Señaló a Bakune—. Es a usted al que quiero.

—¿A mí?

Karien'el volvió a lanzar otra risita y sacudió la cabeza.

—En cualquier otro lo tomaría como falsa modestia, pero no en usted. Lo conozco. Por eso lo quiero a usted. Necesito un administrador. Uno en el que pueda confiar.

—¿Un administrador? ¿Para qué?

Karien'el perdió la sonrisa.

—¡Dioses, mire que es usted corto, hombre! ¡Para el puñetero reino, para eso!

Bakune se sentó con gesto pesado.

—Hay otros mucho más cualificados...

Karien'el hizo una pedorreta.

—Que la Señora lo perdone, pero está llevando todo esto de la justicia demasiado lejos, coño. ¿Por qué ellos? ¿Por qué no usted? No, en este punto, de lo que se trata aquí es de relaciones. Lo conozco. Por ejemplo, sé que no va a desperdiciar el tiempo de los dos intrigando contra mí. Ni va a intentar socavar mi poder para aumentar el

suyo. —El hombre alzó los ojos al techo y suspiró—. No tiene ni idea del alivio que sería eso.

Bakune no terminaba de creer lo que estaba oyendo.

—Pero los malazanos...

—Ni los nuevos malazanos ni los antiguos malazanos tiene los hombres para conservar el reino. Y los dos bandos lo saben. Entre tanto, es nuestro, y ya estamos luchando por él. Oh, pueden intentar volver a tomarlo. Pero hasta entonces, alguien tiene que imponer el orden.

Bakune lo miró de arriba abajo.

—¿Y ese alguien sería usted?

Si el hombre se ofendió, no se le notó.

—O el siguiente cabrón con suerte de la fila. —Se inclinó hacia delante y dio unos golpes en la puerta con los nudillos.

Cuatro soldados con armadura atestaban el pasillo. Karien'el les hizo un gesto con la cabeza y se levantó, dejando escapar una larga exhalación de cansancio.

—Bienvenido a la lucha, canciller, y lord examinador supremo de Rool.

Los guardias se inclinaron. Uno señaló pasillo arriba.

—Por aquí, si tiene la bondad, mi señor.

Fuera, la noche era oscura y nublada. La nieve se acumulaba contra los muros, medio derretida, y las calles resplandecían por el agua. Lo metieron a toda prisa en un carruaje entoldado. Dos de los guardias se sentaron con él. Karien'el se excusó diciendo que todavía tenía otros asuntos que atender. A Bakune no le gustó cómo sonó eso, pero tampoco podía mostrar semejante ingratitud después de que el hombre lo sacara de prisión.

Mientras traqueteaban por las calles, Bakune se asomó a las ventanas iluminadas. La ciudad parecía igual que siempre, si acaso un poco más silenciosa, un poco más nerviosa. Observó que la guarnición estaba sin luz, sin centinelas ni hogueras de guardia.

—La guarnición está a oscuras —le dijo a un guardia.

—Se largaron. Están construyendo un fuerte fuera de la ciudad.

—Ah. ¿Y nosotros? ¿Adónde nos dirigimos?

—A Paliss, mi señor.

¿Paliss? ¿La capital? Se recostó en el asiento, asombrado. ¿Karien'el controlaba la capital? ¡Que todos los dioses lo sostuviesen! ¡Él se había imaginado un campamento de tiendas cerca de algún frente, no la propia Corte Suprema! Y encima sin ninguna interferencia de Karien'el. Igual que Karien'el había dicho que lo conocía, él también conocía a Karien'el. Igual que él no tenía interés alguno en gobernar, tampoco Karien'el tenía interés alguno en la ley en sí.

Pero no debía adelantarse a los acontecimientos. Encontró una manta de caballo bajo el asiento y se tapó las piernas con ella. Dobló la mano, todavía un poco entumecida. Karien'el tendría que imponerse, después de todo. Y si se imponía... entonces él tendría su oportunidad para poner su sello en las leyes de la tierra.

Y desde luego eso tenía intención de hacer.

Por alguna razón la ciudad de Anillo ponía nervioso a Ivanr. Prefería quedarse fuera, en el campo, ocupando su tienda en la fortaleza de Martal, a la vista de las murallas de la ciudad. Él y los cuerpos envueltos de Martal y la sacerdotisa. Muchos acudían a su presencia rogándole que los bendijese, acosándolo. Dentro de la ciudad sería diez veces peor.

Era el heredero de un movimiento politeísta alimentado y preparado por Beneth, inflamado por la sacerdotisa, dirigido por Martal y que en ese momento controlaba más de la mitad de Jourilan, y eso lo aterraba. No tenía ni idea de qué hacer o cómo proceder. ¿Y luego? ¿Marchar sobre la capital, Jour? Orman ya lo estaba hostigando con información de la frontera dourkana: noticias de las negociaciones de los lealistas imperiales para crear una alianza contra el movimiento reformista. ¡Él no era político! Orman podía ocuparse de eso, parecía disfrutar con ello.

Posó una mano en el cadáver amortajado de la sacerdotisa, la cabeza y el cuerpo reunidos con toda reverencia, metidos en sal y envueltos con cariño. *¡Un cuerpo tan pequeño para haber provocado un cambio tan enorme! Sin embargo, como dijo el cirujano, no pasó nada. ¿Por qué lo permitiste? ¿Viste, al final, que nada salvo tu sacrificio absoluto a la causa podía garantizar también su devoción absoluta?*

—¡Libertador! —lo llamó la voz de una niña desde el exterior. Ivanr abandonó lo que quizá fuera lo más cercano que había estado de rezar en muchos años. *¡Dioses! ¡Otra no!*

Apartó de un manotazo la solapa y vio a una niña pequeña echada boca abajo, las manos estiradas.

—¡Levántate! —le dijo entre dientes, con mucha más ferocidad de lo que pretendía. La niña se levantó, temblando de miedo—. No pasa nada. No tengas miedo. Venera como desees. Ya no existen las proscipciones. Los senderos hacia lo divino son infinitos.

La niña asintió y tragó saliva.

—Sí, libertador. Me ha enviado mi padre. Él es demasiado viejo para venir. Él cree en su mensaje de perdón. —Fue visible el esfuerzo que hizo la niña para meterse en materia—. Mi señor, con la muerte de la Reina Negra hay tanta rabia entre las tropas... Ansían venganza... Mi señor, en la ciudad están reuniendo a la gente. A personas acusadas de venerar a la Señora. Los están matando a todos.

—¿Qué?

La chica se encogió y se postró una vez más.

—¡No! ¡Tú no! —Miró por la tienda y encontró su bastón—. Muéstramelo.

Las calles estaban desiertas salvo por bandas errantes de tropas reformistas, borrachas, que entraban a la fuerza en las tiendas para desvalijarlas. Por las calles estrechas de las tiendas y casas de dos plantas había muchas abiertas de par en par, saqueadas en los disturbios. El producto de los robos, muebles rotos y pertenencias privadas, sembraba la calle junto con los restos quemados de hogueras y barricadas callejeras.

Tras unas cuantas manzanas con la chica por delante, no costó mucho encontrar la fuente de los disturbios cuando el eco del rugido de gritos y vítores llegó a sus oídos. Entraron en la plaza de un mercado. Una multitud de tropas reformistas mezcladas con ciudadanos de Anillo, vencedores obvios en los sangrientos choques que se habían producido calle por calle, asfixiaba la plaza. Algunos incluso habían trepado a estatuas y fuentes rotas para ver mejor, y todo el mundo miraba al otro de la calle, donde se había instalado un campo informal de tiro con arco. Los arqueros reformistas disparaban por los estrechos pasillos despejados entre las multitudes contra dianas de maderos cruzados de los que colgaban inertes hombres y mujeres tachonados de flechas. Cada descarga recibía una gran ovación.

Encolerizado, Ivanr se abrió paso como un toro furioso. Quitó de su camino a hombres y mujeres a empujones y salió adonde estaban las mesas sobre las que habían depositado los arcos y los carcajs con las flechas. Los arqueros se lo quedaron mirando con la boca abierta, asombrados, y la mayor parte bajó los arcos. Todos salvo uno, un muchacho que, de forma deliberada, hizo caso omiso de él y se tomó su tiempo en disparar una última saeta contra una mujer que colgaba sujeta solo por los brazos. El disparo dio en el blanco, aunque el cuerpo de la mujer no se estremeció siquiera, ya sostenía un bosque entero de flechas.

Dos rápidas zancadas llevaron a Ivanr hasta el chico, al que quitó el arco de las manos de un manotazo.

—¡Cómo te atreves, cabrón maligno! —bramó. El arquero giró en redondo e Ivanr se encontró con los ojos clavados en el rostro joven y lleno de cicatrices del niño al que había rescatado.

Para Ivanr todo se detuvo.

El ruido de la multitud se desvaneció en la nada. Incluso su visión se oscureció por los bordes. Se tambaleó hacia atrás, el corazón le dio un vuelco como si se lo hubieran empalado. *¡Dioses, perdonadme! ¡No!* La cara del chico era diferente, una especie de crueldad habitual la crispaba. El joven recuperó su arco de un tirón y con gesto desafiante colocó otra flecha. *¡No! Por favor...* Ivanr echó a andar con el brazo estirado. *Por favor, no lo hagas, lo siento. No quería...*

El joven giró en redondo y disparó a quemarropa contra el pecho de Ivanr.

El rugido de respuesta de la multitud lo deslumbró. Se quedó allí de pie, confuso. Las hordas se abalanzaron. Cientos de manos arremetieron contra el joven y le desgarraron la ropa, le tiraron del pelo. El chico pareció desintegrarse ante sus ojos. Lo único en lo que Ivanr podía pensar era que había algo que tenía que hacer, pero no conseguía recordar lo que era. Alguien le estaba hablando, la boca del hombre se movía, pero Ivanr no comprendía sus palabras entre el rugido reinante. Bajó los ojos y vio en la palma de su mano el trozo de asta y las plumas de la flecha que le sobresalía del pecho. *¡Hay que hacer algo!*

Le preguntó al hombre si podía ayudarlo, o creyó preguntárselo, pero no oía su propia voz. Unas manos lo guiaron hasta una habitación y lo sentaron en un jergón de paja. Le costaba respirar, la flecha había afectado un pulmón. Pero él era de raza toblakai, y resistente. Permaneció consciente, incluso cuando un sajahuesos lo hizo inclinarse hacia delante para partir el asta de la espalda y, tras mirarlo para pedirle permiso, le sacó la flecha del pecho de un tirón. Ivanr sufrió una convulsión y escupió un gran chorro de sangre. El sajahuesos le vendó el torso con muselina. Al final apareció Orman, acompañado de Hegil.

—Lo siento mucho —le dijo Orman, tenía lágrimas en los ojos.

—Dicen que fue un asesino enviado por la Señora —dijo Hegil.

Ivanr negó con la cabeza.

—Detenedlos —dijo, tenía la voz seca como el papel.

—¿Detener? —preguntó Hegil—. ¿Detener qué?

—Las muertes. Ninguna más.

Los dos intercambiaron miradas.

—Sí —le dijo Orman—. Sí, Ivanr. No te preocupes. Descansa tranquilo.

Se inclinaron y se fueron. Ivanr oyó que hablaban fuera, pero no terminó de distinguir las palabras. Estaba solo, luchando por respirar. Orman quizá hubiese dado su palabra de detener los asesinatos, pero fuera, en las calles, el ruido estaba aumentando si acaso más. Ivanr temió que el ataque contra él hubiera hecho pedazos toda moderación. Intentó ponerse en pie, pero al tensar el pecho se quedó sin aliento y estuvo a punto de desmayarse.

Se abrió la puerta y entró una niña silenciosa como un ratón. Un ratón que arrastraba un palo enorme. La niña levantó la vista, lo vio con los ojos clavados en ella y ahogó un grito. Era la niña que lo había llamado para que fuera a la ciudad.

—¡Están diciendo que está muerto!

Ivanr, que se había llevado una mano al pecho, lo dejó caer.

—¿Quién lo dice?

—¡Todo el mundo! En las calles. Están vaciando barrios enteros. Sacan a rastras a las familias a la calle. No tiene ningún sentido. Es un baño de sangre, nada más que sed de sangre.

Ivanr señaló su bastón.

—¡Dame eso!

Con el apoyo del bastón y de la niña, consiguió ponerse en pie.

—Mi camisa... ahí.

La niña lo vistió y, con una mano en el hombro de la niña y la otra en el bastón, salió cojeando. Los guardias se volvieron, asombrados. Dos eran sus guardaespaldas jurados. Esos dos lo miraron con el remordimiento en los ojos.

Ivanr examinó a los soldados reunidos.

—Acompañadme —se limitó a ordenar, y los hombres cayeron de rodillas.

Mientras avanzaba cojeando en medio de su círculo de guardias, Ivanr iba conteniendo el dolor.

—¿Dónde debería ir, el centro de todo? —preguntó sin aliento.

—La Catedral de Nuestra Señora. Los leales están huyendo allí. Ha desembarcado la guarnición de la Guardia de la Tormenta de Anillo y nadie se atreve a atacarlos.

¿Guardia de la Tormenta? Sí, sacar a viejos a la calle a rastras es una cosa, enfrentarse a los guerreros más feroces de la región otra muy diferente.

Una amplia plaza abierta rodeaba la catedral. La encontraron convertida en un mar revuelto de ciudadanos y soldados de la Reforma. El cordón de guardias de Ivanr abrió camino hacia las anchas escaleras frontales. Ivanr oyó cánticos que pedían quemar la estructura entera hasta los cimientos. Las puertas altas de roble estaban abiertas de par en par, protegidas por cuatro guardias de la tormenta. Cuando se acercó, vio que ciudadanos de Anillo, incluidas familias enteras, subían disparados las escaleras bajo una lluvia de rocas y comida podrida para refugiarse dentro. En el interior vislumbró una masa sólida de rostros pálidos y aterrados que miraban a la calle.

El silencio se extendió en ondas por la multitud que rodeaba su avance. La gente señalaba, gritaba de sorpresa, incluso con fervor. Ivanr alzó los brazos, el bastón en una mano, aunque el gesto le provocó punzadas agónicas por el pecho. Les indicó a sus guardias que se apartaran y subió solo las escaleras sembradas de basura.

—¡Ciudadanos de Jourilan! ¡Oídmme! El tiempo de matar ha pasado. ¡No se derramará más sangre!

Siguió una calma momentánea en el ruido de la multitud, solo para que la llenaran nuevos gritos. Los más cercanos señalaron tras él. Ivanr se volvió y vio a un guardia de la tormenta que descendía las amplias escaleras, el grueso manto azul lo envolvía, la lanza sujeta en la mano. La guardia de Ivanr se abalanzó, pero él los detuvo con un ademán.

—¿Lideras esta chusma? —exclamó el korelriano, en su voz un tono seguro y perezoso.

—Eso parecen pensar ellos —respondió él, luchando contra el dolor y mareado.

—Bien. —El hombre golpeó un escalón con el cabo de la lanza y lo estudió a través de la celada del yelmo redondo—. Dentro permanecemos fieles a nuestra fe. No tememos morir.

Ivanr tenía miedo de que, si tosía, se derrumbaría, pero se acunó el pecho.

—Pero teméis algo —dijo.

El koreliano hizo un ademán.

—No tenemos a nada.

—Os aterroriza el cambio. Os asusta tanto que preferís morir antes que enfrentaros a él.

El hombre retrocedió. Abrió mucho los ojos dentro del yelmo y después volvió a agitar la mano.

—¡Bah! Utiliza tus juegos de retórica y tus argumentos en otra parte, apóstata. Aquí estamos comprometidos con la Señora, en carne y hueso, toda nuestra sangre, solo esperamos a que nos recoja.

Toda su sangre. Ivanr se lo quedó mirando. *¡Dioses! ¿Podría ser... deliberado? ¿Cuántos apiñados en el interior? ¿Quizá mil almas? ¿Qué enorme sacrificio de sangre! ¡Y todo en el nombre de la Señora! ¡No! No debo permitirlo.*

El koreliano le había dado la espalda a la multitud con gesto deliberado y burlón, y había regresado a las puertas con grandes zancadas. Ivanr examinó la masa donde comenzaban a llamear tizones de las hogueras que se quemaban en la plaza. Madera y basura dibujaban un arco por el aire para golpear los muros de la catedral.

—¡Venid y morid! —bramó el guardia de la tormenta desde las puertas.

Ivanr alzó los brazos bien abiertos con el bastón en una mano.

—¡No! ¡Lo prohíbo! Lo que hace la Señora es venerar la muerte. ¡Os pido que veneréis la vida!

Muchos atendieron a su llamada, pero demasiados quedaban fuera del alcance de su voz y continuaron arrojando yesca y muebles hechos pedazos. *¡Solo haría falta una chispa para desatar una conflagración!* A Ivanr le dio un vuelco el corazón. No podía respirar, su visión se oscureció.

Hizo acopio de toda la fuerza que le quedaba y sujetó el bastón con las dos manos ante él.

—¡No! —bramó—. ¡Ha pasado el tiempo de las venganzas! ¡Se acabó el castigo! ¡Lo prohíbo! —Y estrelló el bastón contra la escalera de piedra.

La multitud se calló con el eco del gran crujido de la madera contra la piedra. Todo quedó en silencio durante un breve instante. Después, Ivanr se derrumbó.

Quizá fuera su consciencia delirante que se iba apagando, pero mientras yacía allí tirado le pareció que un rugido se imponía a todo el ruido. La tierra se movió bajo él. Palpitó, se meció, acompañado todo del rumor sordo de un gran corrimiento de tierra.

Chillidos agudos de pánico perforaron hasta el escaso oído que le quedaba. Unas manos lo alzaron. Se desmayó y creyó flotar en aquel suave apresamiento.

Era un hormiguero de túneles y cuevas que parecía extenderse hasta el infinito, siempre profundizando en las entrañas de las montañas que bordeaban el lago interior, el mar Puño. Iban de dos en dos, el adjunto y Rillish en cabeza. El anciano nativo drenn, Gheven, que los había llevado por una senda, caminaba en el centro de la columna. Lo único con lo que se habían topado hasta el momento era con ascetas demacrados que los miraban con la boca abierta, o sacerdotes de la Señora que, desarmados, se abalanzaban sobre ellos farfullando e intentando arañarlos con las manos desnudas. Sin hacer excepciones, Rillish ordenó que los atasen y los dejaran allí.

Con el brazo dolorido, Suth se echó el escudo a la espalda. No sabía si estaban haciendo algún progreso. Cada cueva y cada tramo de túnel de techos bajos se parecían a todos los demás. Todo estaba mal iluminado, lleno de polvo y resultaba tan estrecho que muchos de ellos no podían ni siquiera estirarse. Tenía la pierna casi entumecida. Aquello era ridículo, allí no había nada. Pyke estaba rezongando lo mismo a Manteca. Sin embargo, ahí delante, la cabeza de proyectil del sacerdote calvo, Ipshank, estaba sudando y tenía la frente arrugada en un profundo ceño. Quizá sí que había algo... pero ¿dónde estaba?

La disciplina se mantenía, no obstante; las quejas eran pocas y por lo bajo. Tela y Dospies se ocupaban de ello. Llegaron a un tramo de túnel que podía alardear de varias aberturas. La columna se detuvo, algún obstáculo por delante.

—¿A qué viene el atasco? —refunfuñó Pyke, encorvado—. ¡Estos tíos no tienen ni idea!

—Cierra el pico —gruñó Manteca—, o te lo cierro yo.

—Tú y quién... —estaba empezando a decir Pyke cuando salió una figura blindada de la abertura más cercana y atravesó a Manteca con una lanza cuya punta le salió por la espalda. La sangre salpicó a Pyke—. ¡Por los huevos del Embozado! —aulló Pyke cayendo hacia atrás.

Por toda la fila surgieron hombres con armadura oscura que salían de las aberturas y atacaban la columna. Suth manoseó el escudo en un intento de echárselo al frente. El enemigo vestía corazas y yelmos completos esmaltados de color azul profundo con grabados plateados.

—¡La Guardia de la Tormenta korelriana! —chilló Gheven, asombrado.

Suth abandonó el escudo y se batió por su vida. Las puntas de lanzas afiladas y anchas lanzaban estocadas expertas; Suth era incapaz de traspasarlas para combatir a los que las empuñaban. Los soldados caían por toda la fila, atravesados como cerdos.

—¡Despejad la cubierta! —chilló una mujer, Pito.

Suth se arrojó al suelo y tiró a Gheven con él.

El estallido (en un confín tan estrecho) lo dejó sordo y sin aire. Quedó tirado, aturdido, en una oscuridad de polvo arremolinado mientras la tierra caía sobre él. ¿Se había derrumbado el techo? No veía nada y se ahogaba con la tierra. El terror amenazó con estrangularlo. Y entonces unas manos lo levantaron de un tirón. Se resistió al principio, pero las manos no le rodeaban la garganta, así que se puso en pie como pudo, tambaleándose y tropezando con objetos y personas que no podía ver en la oscuridad. Un rugido llenó sus oídos; a duras penas pudo distinguir que tenía un soldado delante, así que colocó una mano en el hombro del tipo. Alguien se aferró a su cinturón por detrás. De este modo, como una tropa de hombres y mujeres ciegos, fueron atravesando a tientas el túnel en busca de aire limpio.

Se derrumbaron en una cueva, tosiendo y jadeando. Dos soldados vigilaban la entrada, los escudos listos. Suth miró a su alrededor y se limpió los ojos. Vio a Pito, Pyke, Faro, el anciano Gheven, unos cuantos de la tropa de Dospies y el gigante Manask, que estaba de rodillas, el asta rota de una lanza le sobresalía del amplio estómago. Estaba intentando arrancársela a tirones.

Suth se acercó a Pito.

—¿Qué pasó?

—Un derrumbamiento parcial. Estamos aislados.

—¡Mierda! ¿Y ahora qué?

—¡Tenemos que salir de aquí! —chilló Pyke—. ¡Son korelrianos!

—¡Cierra el pico del Embozado!

Manask se arrancó la lanza de las capas de armadura y la levantó por el aire.

—¡Yo os guiaré por este laberinto!

—¿Sabes el camino? —le preguntó Suth.

El hombre pareció ofenderse.

—¿Con mis sentidos refinados? ¡Por supuesto!

Suth asintió con un gruñido y después se acercó a los soldados del sexto. El choque de los combates de algún otro túnel llegó a ellos y todo el mundo se quedó quieto. Chillidos aterrados y luego una explosión amortiguada volvió a sacudirlos a todos. El polvo y la tierra cayeron tamizados del tosco techo irregular. *¡Van a derribar el complejo entero sobre ellos!* Saludó con la cabeza a los tres soldados, reconoció a Pescas.

—Suth —dijo.

—Corbin —contestó el bajo fornido.

—Lane —dijo el otro, tenía un corte en el brazo que estaba sangrando.

—Al parecer estamos aislados —explicó Suth.

—A mí me pasa cada noche —dijo Pescas con malhumor.

—¿Cuál es el plan? —preguntó Corbin.

—El grandullón, Manask, dice que nos saca él.

—Pues parece un plan —comentó Lane.

Suth asintió a esa aceptación tácita de su oferta.

—Quiero a la saboteadora, Pito, en el medio, por si se calientan las cosas. Yo iré detrás de Manask. Tú, Pescas, vas detrás de mí.

—Ni siquiera me puedo estirar en esta puñetera ratonera —rezongó Pescas.

—Lane, ponte al final con Pyke.

—¡Ya, claro! —chilló Pyke—. ¡Al final! ¿Quién te puso a ti al mando?

—Métete algo en la boca, anda —gruñó con desdén Pito.

Suth se dirigió al anciano drenn.

—Usted va con aquí Pito.

Pero los ojos del anciano se convirtieron en ranuras entrecerradas.

—No. Lo siento, soldado. Pero tenemos a los korelrianos aquí. Eso lo cambia todo. Me voy en busca de ayuda.

Suth lo estudió, inseguro.

—¿Se refiere a su senda? ¿Aquí?

El anciano se limpió la suciedad y el sudor de la cara, después se encogió de hombros con gesto de disculpa.

—Bueno... no creo que ahora vayamos a fingir que nos estamos escondiendo, ¿no?

—Cierto. ¿Quién... adónde irá?

El anciano parecía afligido.

—Solo se me ocurre un lugar... pero lo siento, no puedo prometer nada.

—Entiendo. Que los dioses apresuren su camino.

Pyke se abrió paso hasta ellos.

—¡Puede llevarnos a todos con él! ¡Podemos escapar!

Suth tuvo que contenerse para no arrearle.

—Nosotros seguimos con la misión.

—Además, a mí no me gusta esa senda —le dijo Pescas a Lane—. Parecía peligrosa.

Lane asintió, estaba totalmente de acuerdo.

Pyke miró a su alrededor, a todos.

—Pero ¿qué os pasa a todos? ¡Nos van a matar! Estáis todos locos, ¡me iría mejor solo!

—Haz tu trabajo o el que te mate seré yo —dijo Suth sin alterarse.

Pyke se irguió y asintió poco a poco.

—Bien. De acuerdo. Total, ya estamos jodidos. —Y levantó las manos.

Suth se volvió a Faro y alzó la barbilla.

—Estás muy callado.

El hombrecito alzó y bajó los hombros.

—Solo fingid que no estoy aquí —dijo, y esbozó esa sonrisa llena de dientes afilados.

Eso es mucho más fácil de decir que de hacer, coño. Alzó la vista y miró a Gheven.

—¿Qué necesita?

El hombre estudió la tosca cueva tallada en la roca sedimentaria rota.

—Esto servirá. Puedo ir desde aquí.

Los soldados retrocedieron para dejarle espacio. El anciano cruzó hasta el fondo de la cueva y apretó la roca con las manos. Se concentró con la cabeza inclinada, se metió en el muro y desapareció.

Suth se volvió hacia Manask.

—Parece que te toca a ti.

El gigante le lanzó a todo el mundo una enorme sonrisa.

—¡No temáis! ¡Desentrañaré los secretos de este laberinto en nada de tiempo! ¡Venid! —Salió al túnel con paso pesado y andares de pato desgarrado. Suth lo siguió con el escudo y la espada larga en la mano.

Avanzaban a ritmo lento. El corpachón de Manask bloqueaba por completo la visión de Suth de lo que quedaba por delante. En cada abertura de la cueva, el hombre se detenía para meter el asta rota de su lanza y hurgar. Después agitaba un brazo. Al fin daba un salto y gritaba: «¡Ajá!».

La tercera vez que lo hizo se tambaleó hacia atrás, acompañado por el golpe seco de objetos pesados chocando con algo. El gigante trastabilló sobre Suth. Dos lanzas le sobresalían de la gruesa armadura como plumas orgullosas.

—¡Ves! —resopló Manask sin aliento—. ¡Solo hay que desarmarlos!

Suth se escurrió junto a él y entró en la cámara. Los guardias de la tormenta korelrianos ya se habían descolgado los escudos y estaban preparados. Suth se enfrentó a uno, Pescas a otro. Suth combatió con extrema cautela; sondeó las defensas del hombre, lo mantuvo ocupado. Llegaban oportunidades, pero Suth reconoció en ellas trampas destinadas a sacarlo de su rincón. Al enfrentarse al guardia de la tormenta, Suth comprendió enseguida el miedo de todo el mundo, el hombre era sin duda el mejor espadachín con el que había luchado jamás: audaz, agresivo y rápido, un auténtico combatiente profesional. Pero la infantería malazana estaba adiestrada para los enfrentamientos con escudo y espada con poco espacio de maniobra. Era el pan de cada día. Esos korelrianos parecían luchar como individuos. Suth pensó que sus compañeros de pelotón y él quizá pudieran pelear con ventaja en esas circunstancias.

Una lanza arremetió por encima del hombro de Suth. El korelriano la bloqueó, pero la punta continuó su camino, atravesó el escudo, se le clavó en el pecho y lo

empujó contra el muro, donde quedó colgado del astil como un insecto.

—¡Dos pueden jugar con palos puntiagudos! —se regocijó Manask, y después se frotó las manos.

Solo, enfrentado a unas probabilidades ínfimas, el segundo guardia de la tormenta no insinuó siquiera que fuera a pedir cuartel. Retrocedió contra un muro de tierra con el escudo listo.

—¡Tira las armas! —le ordenó Suth. El yelmo completo se limitó a deslizarse de un lado a otro. Los ojos encendidos por la batalla miraban con furia por el estrecho visor.

Maldito fanático. No tenían tiempo para eso. Pescas, Corbin, Pyke y él se repartieron en un arco ante el hombre. *¡Inútil! ¿Para demostrar qué?* Suth sujetó mejor la empuñadura de su espada larga y respiró con más calma.

El guardia de la tormenta miró tras todos ellos y se quedó con la boca abierta.

—¡No!

Una ballesta disparada justo detrás de Suth lo hizo estremecerse. El cuadrillo se clavó en la garganta del guardia de la tormenta, que se deslizó por el muro boqueando. Suth se volvió y vio a Faro volviendo a guardarse con calma la fina arma bajo el manto.

—Pongámonos en marcha, ¿os parece? —dijo Faro alzando las cejas.

Suth asintió y tragó saliva. *¡Dioses! ¿Olvidar que ese hombre está con nosotros? ¿Cómo, por el Embozado?*

Manask los siguió guiando, pero no avanzaron más deprisa. Les llegaban gritos lejanos, el choque de los enfrentamientos y, de vez en cuando, el estallido de municiones. Se encontraron con escenarios de batallas: guardias de la tormenta caídos y soldados muertos; cuevas reventadas por municiones, túneles derrumbados en parte. Suth sufrió una conmoción al encontrar a Len muerto, atravesado por una lanza. *¿Len? ¿Tú también? No sé por qué creía que a ti no te podía pasar. Lo siento tanto. Eras un buen amigo. Parece que al final Pyke acertó en algo.*

Pito se arrodilló sobre el cuerpo durante un rato mientras todo el mundo vigilaba con aire nervioso. Su último gesto fue cerrarle los ojos, las alforjas del hombre ya las había saqueado.

Poco después la tierra tembló y los mandó a todos al suelo de tierra batida, acurrucados en busca de refugio. La mugre cayó en una oleada de polvo que cegaba y asfixiaba. Una vez pasado el temblor, Suth se fue levantando con mucho cuidado y se limpió la cara entre toses. Cuando se incorporaron todos, sacudiéndose los mantos y aclarándose la garganta, miraron con furia a Pito. Esta les devolvió la mirada con la misma furia y levantó las manos.

—¡Eh! A mí no me miréis. Imposible que hayamos traído tantas municiones.

Siguieron andando por los túneles medio derrumbados. Suth no sabía si estaban

progresando, pero tampoco le llevó la contraria a Manask porque no sabía si él lo haría mejor a la hora de elegir izquierda o derecha, o en qué cámara tallada entrar. Para él era una madriguera de túneles revueltos que no tenía ningún sentido. Al final dio la sensación de que llevaban demasiado tiempo caminando, encorvados, subidos al filo de la navaja de adrenalina del miedo, así que Suth ordenó un alto. Escogieron la cueva más defendible que pudieron encontrar, establecieron turnos de guardia y se echaron para intentar dormir un poco.

Suth hizo su guardia con Lane y después les tocó acostarse, aunque estaba tan agotado que ya todo le daba igual, el sueño no llegaba. No podía quitarse de encima las palabras de Pyke. ¿Cuántos quedaban? ¿Qué había de Tela, Wess y Keri? ¿Seguían vivos? *¡Estos guardias de la tormenta nos están masacrando! Es obvio que esto no era lo que Rillish y ese sacerdote tenían en mente.* Le dio la impresión de que acababa de cerrar los ojos cuando un bramido lo arrancó del sopor. Una espada se estrelló contra el suelo donde acababa de estar echado. Un guardia de la tormenta se alzaba sobre él, levantando la hoja para otra estocada; Suth alzó una pierna y lo derribó. Saltó sobre el hombre, encontró la vaina de una daga de parada en el costado, sacó el arma con la izquierda y se la clavó al otro en una axila. El guardia de la tormenta se estremeció, pero se lo quitó de encima de un tirón y se levantó de un salto. Suth y él se enfrentaron, agazapados, dibujando un círculo. Una forma cayó sobre el guardia de la tormenta, Faro saltando, dos dagas largas que destellaron y los dos hombres se derrumbaron en una maraña. Suth lanzó una mirada furiosa, enfebrecida, por la oscura cueva. Metidos hombro contra hombro, los soldados luchaban cuerpo a cuerpo con los korelrianos. Un guardia de la tormenta que libraba un duelo con Lane retrocedió hacia Suth, que lo apuñaló en los riñones y después sacó su propia espada. Vio caer a Pescas, que arrastró a un koreliano con él. Manask estaba sujetando el cadáver de uno por delante, utilizándolo como escudo con el que aporrear a otro y hacerlo retroceder hasta que Corbin atacó al guardia de la tormenta por un flanco.

En un instante de adrenalina enfebrecida todo terminó, aunque a Suth le pareció que había ocurrido en una especie de bruma lenta a medio iluminar. El polvo flotaba en el aire muerto y él se quedó quieto, jadeando. Manask, Faro, Corbin y él eran los únicos que continuaban en pie. De los atacantes korelrianos, que parecían estar por todas partes, Suth contó solo a cinco. *¡Cinco! ¡Dioses del inframundo!* Aun así, tenían suerte de seguir con vida.

Miró a su alrededor y vio a Pito tirada contra un muro. La habían apuñalado en las tripas. Suth se arrodilló a su lado, seguía viva pero había perdido mucha sangre. Su respiración era superficial y rápida, como la de un niño.

—Se las llevó —le dijo la saboteadora.

—Calla.

—No. Se las llevó. Ese capullo, Pyke.

—¿Qué? —Se irguió y echó una rápida mirada por la cueva: Pyke no estaba por ninguna parte, ni vivo ni muerto—. ¿Dónde está?

—¿Quién? —preguntó Faro.

—Pyke, el muy cabrón. ¿Quién estaba de guardia con él?

—Estaba conmigo —dijo Pescas desde el suelo, respirando entre los dientes apretados.

Suth se arrodilló junto a Corbin, que estaba restañando la herida que tenía el hombre en el costado.

—¿Qué pasó?

El otro se encogió de hombros con gesto débil.

—Se puso en un lado. Yo me puse en el otro. Más tarde miré y se había ido. Huyó. Esos korelrianos entraron a la carga.

Suth se echó hacia atrás, anonadado. *¡Desertó! Coge las municiones y sale corriendo. Los deja indefensos.* Una furia cegadora le provocó un mareo. *¿Por qué no lo maté? Todas esas oportunidades. ¡Y ahora esto!* Fue hasta su petate; había estado durmiendo con el camisote puesto y se puso el resto del equipo.

—¿Cuál es el plan? —preguntó Corbin.

—Voy a ir a buscar y matar a ese mamón.

Corbin escupió a un lado y asintió.

—Parece un plan.

—No es la misión —advirtió Faro desde donde estaba agachado, limpiando sus cuchillos.

—¡Al Embozado con la misión! ¡Esto es personal!

El explorador (*que el Embozado lo lleve, una garra*) se levantó y se cepilló el polvo de una manga.

—No se puede dejar que sea personal. No funciona así. Yo no puedo ir por ahí.

—Bien. ¿Manask?

El gigante recogió una lanza.

—No puede haber llegado lejos.

—¿Corbin?

El soldado apretó el hombro de Pescas.

—Déjame equiparme.

—Bien. —Se dirigió a Pito—. Tú tranquila. Volveremos. Solo... —La mujer tenía la mirada fija, la cabeza hundida. Suth le pasó una mano por los ojos para cerrárselos. Se levantó—. Vamos.

En el pasillo, Suth se despidió con la cabeza de Faro, que respondió al gesto (apenas) y después se alejó sin ruido y desapareció en la oscuridad. Suth lo observó irse

pensando que, de todos ellos, ese cabrón sería el que saldría bien.

No había mucho rastro que seguir. La oscuridad era absoluta. Corbin llevaba la lámpara. Los korelrianos habían pisoteado todo el túnel, pero Suth iba por delante para poder buscar la pista; por alguna razón había perdido la fe en las habilidades del gigantón. Le parecía que el día anterior no habían hecho más que vagar sin rumbo. Algunos túneles tenían una clara pendiente y calculó que Pyke seguiría la pendiente hacia abajo con la esperanza de llegar a una salida. Así que volvieron sobre sus pasos parte del camino, quedándose en los túneles y siempre bajando.

A lo lejos, los estallidos de las luchas renovadas llegaban a ellos como reverberaciones y rugidos apagados que despertaban ecos por los túneles, entonces se quedaban inmóviles y escuchaban. Pero era muy a lo lejos. Algo más adelante, por un túnel lateral, un fulgor dorado brillante se derramó por una abertura. Suth se acercó con lentitud para echar una rápida mirada. Retrocedió de inmediato. Lo que había vislumbrado dentro le hundió los hombros.

—¡Venid! —exclamó una voz invitadora—. Estáis buscando a alguien, ¿no?

Suth apoyó la cabeza en la pared curva del muro, respiró hondo para cobrar fuerzas y entró. Corbin y Manask lo siguieron. Era la más grande de las cámaras que habían visto de momento. Una especie de templo tosco con columnas de piedra viva. Velas y lámparas iluminaban la habitación. Al fondo, en dos filas, esperaban diez guardias korelrianos de la tormenta. El del centro de la primera fila sujetaba a Pyke por el cogote.

—¿Esto es vuestro, quizá?

—Ya no es uno de los nuestros —dijo Suth con furia, entre dientes.

—¿No? ¿Entonces no os importará que haga esto? —El hombre puso un cuchillo en la garganta de Pyke. Este se debatió con furia, pero estaba amordazado y atado.

Suth frunció el ceño y negó con la cabeza.

—Adelante. Ahórranos la molestia.

El guardia de la tormenta asintió.

—Sí. No os culpo. ¿Sabes que cuando lo atrapamos se ofreció a venderos?

Suth estudió al tipo que se retorció. *Así que más oportunidades como lobo solitario, ¿eh, estúpido? Mira en lo que se han quedado.* Pero al mirar más allá, Suth vislumbró la luz limpia y blanca del día brillando por una abertura lateral. *¡Maldita sea! Así que Pyke encontró una salida, pero los korelrianos la tenían cubierta. No se les escapa ni una a estos cabrones.*

Suth observó que Manask iba retrocediendo muy poco a poco hacia la abertura. *Buena idea.*

—Haz lo que quieras —le dijo al korelriano.

El hombre rebanó la garganta de Pyke con la hoja curva y provocó un gran chorro de sangre que le cayó por la pechera hasta el suelo de tierra que tenían delante. Las

piernas sufrieron un espasmo y el koreliano lo dejó caer como el cuerpo de un animal en el matadero.

—Corred, amigos míos —les dijo Manask, y Suth y Corbin salieron disparados de la cámara con el gigante tras ellos. Lo último que vio Suth fue al koreliano llamando a sus compañeros con la mano.

Se lanzaron precipitadamente por los túneles mal iluminados. La escasa visión de Suth hizo que se chocara de frente con algunas esquinas. Se levantó y vio que Manask se había quedado muy atrás, el gigante apenas si podía correr medio agachado.

¡Puñetero Embozado! Llamó a Corbin con la mano para que volviera atrás y señaló la abertura de una cueva estrecha, la celda de un asceta.

—Tendrá que servir. —Esperaron al gigante y después se metieron. El corpachón de Manask tapó por completo el portal.

Suth no pudo evitar echarse a reír, estaba mirando el gigantesco trasero acolchado del tipo.

—¡Manask, esta debe de ser tu peor pesadilla!

—Caballeros —contestó el otro con voz profunda—. ¡Seré el obstáculo que no se puede derribar!

—Estoy emocionado —dijo Corbin con una carcajada.

Pero Suth perdió la sonrisa cuando oyó gruñir al hombretón y notó los tirones que sufría la gruesa armadura de capas, eso eran impactos. *¡Que la tropa de Brithan se lo lleve!* ¡No había nada que pudieran hacer salvo esperar a que el tipo muriese y los otros lo hicieran pedazos!

—¡Manask! ¡Métete más!

—No, amigos míos —jadeó el otro mientras luchaba—. ¡Me parece que estoy atascado de verdad!

Si no atrás, ¡entonces adelante! Suth señaló con un gesto el amplio trasero acolchado del tipo. En la oscuridad casi absoluta, la resplandeciente cara sudorosa de Corbin le hizo un gesto de comprensión. Los dos se apretaron contra el fondo de la celdita.

—Un, dos...

Un estallido lo dejó sin aliento de golpe y algo enorme le cayó encima y lo clavó al suelo. *¡Un derrumbe!* *¡Enterrado vivo!* El polvo giraba, cegándolo y llenándole los pulmones. Se oyeron unos gruñidos de alguien más atrapado con él, Corbin quizá.

El polvo fue aclarándose poco a poco, Suth parpadeó y vio que la masa considerable de Manask estaba echada sobre él. Luchó por mover los brazos para liberarse. Después alguien más estaba allí, una forma flaca que tosía por el polvo mientras tiraba del hombretón. Con la ayuda de la mujer, Suth al final consiguió salir deslizándose, se puso en pie y se quitó el polvo con las manos. La mujer era Keri, la

bolsa de municiones cruzada en el pecho.

—¿Qué estáis haciendo, tíos? —preguntó la saboteadora, lo miraba furiosa, como si a él se le hubiera ocurrido salir por ahí de borrachera.

—Turismo —rezongó Suth. Bajó los ojos y miró a Manask: la extraordinaria armadura del tipo estaba destrozada, hecha jirones, y revelaba un pecho escuálido y antinatural. Se arrodilló para tomarle el pulso en la garganta; vivo, al menos. Solo estaba aturdido. ¿Y Corbin? Lo sacó tirando por una pierna y le dio unas bofetadas en la cara. El hombre recuperó el sentido, tosiendo y escupiendo. Suth lo ayudó a levantarse.

—¿Qué hacemos con él? —preguntó Corbin.

—Dejadlo —dijo Keri—. Por aquí no hay nadie. Vamos. Los korelrianos se están reagrupando. —Les señaló el túnel con un ademán—. ¡Venga!

Suth aceptó de mala gana. Recogió una lanza, se sujetó bien el escudo a la espalda y dio un golpecito al hombro de Colbin. Después siguieron a Keri túnel arriba.

Corlo yacía en el saliente cubierto de paja, que era su cama, en su celda de las profundidades de la torre de Hielo. Los barrotes que daban al camino de ronda traquetearon cuando alguien dejó una fuente de madera, la cena.

—Corlo —susurró ese alguien.

Abrió solo un ojo: era Jemain. Se fue de un salto a los barrotes.

—¿Qué estás haciendo aquí? —miró de un lado a otro del pasillo vacío—. ¿Cuándo llegaste?

Pero el flaco genabackeño no parecía contento de verlo. Se encogió de hombros con gesto triste.

—Se ha corrido la voz sobre la torre de Hielo. No quiere venir nadie. Entonces recibí un mensaje, y ellos encantados de que hubiera un voluntario. ¿Cómo estás?

—¡Estoy bien! ¿Qué tal tú...?, ¿qué se sabe? ¿A quién has encontrado?

El hombre se encogió a ojos vista: parecía enfermo. El frío le había provocado una erupción rojiza de piel abierta y cicatrices agrietadas que sangraban. Echó la vista por la pasarela y se cogió a los barrotes con las dos manos.

—Corlo... cuando te vi en la enfermería tenías tan mal aspecto... Creí que ya lo sabías.

Algo instó a Corlo a retroceder, a hacer callar al hombre. Un miedo desgarrador le cerró la garganta.

—¿Qué estás diciendo? —consiguió articular.

—Y luego, cuando descubrí que no lo sabías... bueno, lo siento. No tuve valor de decírtelo.

—¿Decirme qué? ¡Dímelo, maldito seas! ¡Suéltalo ya!

Jemain retrocedió como si tuviera miedo. Se llevó las manos al pecho y se abrazó.

—Lo siento, Corlo. Pero... solo estamos nosotros. Nosotros dos. Somos los únicos que quedamos.

—¡No! ¡Estás mintiendo! Hay otros. ¡Tiene que haberlos! ¡Vi a Mediopico!

Jemain asentía.

—Sí, aguantó un tiempo. Pero murió también en la muralla.

¿Él también? ¡Que todos los dioses maldigan a estos guardias de la tormenta! ¡Malditos sean! Entonces cayó en la cuenta de lo que le había prometido a Barras y estuvo a punto de desmayarse. Que la Reina lo perdonara, ¡le había dicho a Barras que había otros!

—Lo siento —dijo Jemain—. No tenía valor para decírtelo.

Corlo cayó de rodillas. Se aferró a los barrotes como si fueran lo único que lo mantenía con vida. Después se echó a reír. *¡Dioses, reíd a gusto! Se ha hecho justicia, Corlo. ¿A qué sabe? Sabe... justa. Sí. Sabe justa.* Alzó la cabeza para mirar a Jemain, que lo observaba con lágrimas en las mejillas.

—Gracias, Jemain. Por decírmelo. Parece que hemos llegado al fin de nuestras mentiras. Ya no podemos seguir.

—¿Verás a Barras?

—Sí. Ahora está en el muro. Lo veré más tarde.

—Qué... —El hombre se humedeció los labios—. ¿Qué le dirás?

—La verdad. Lo que merecía hace mucho tiempo. La verdad.

—¿Y luego...?

Corlo se encogió de hombros, no lo sabía.

—Luego nos iremos del muro. —*De un modo u otro.*

—¿Cómo se lo tomará?

Muy mal, me imagino.

—No importa, Jemain. Tú no te acerques hasta que pueda hablar con él, ¿de acuerdo?

El otro asintió, bastante aliviado.

—Bien. Y gracias. Es mejor saberlo por fin... lo que sea.

—Lo siento mucho.

Corlo lo instó a irse.

—Sí, lo sé. Será mejor que te vayas.

Un ademán de despedida y Jemain retrocedió por el pasillo de celdas. Corlo lo observó marcharse y después apoyó la frente en los barrotes gélidos.

—Yo digo que no le cuentes nada —dijo alguien desde el otro lado del pasillo.

Corlo se sobresaltó, una maldición abrasadora en los labios, pero hubo algo en la cabeza barbuda y desgredada de la jaula de enfrente que lo detuvo. Y el hombre hablaba taliano.

—¿Eres malazano?

—Sí. Mi nombre, Tollen. Escucha, hay unos cuatro o cinco juramentados aquí, en esta torre. Suficientes para tomar esta sección entera de la muralla. Y yo quiero sacar a mis compañeros veteranos. Necesitamos a tu chico, a Barras. Así que no le digas una puta palabra.

¿Otros cuatro juramentados? ¡Así que Barras estaba en lo cierto! Shell no había llegado sola. Corlo se quedó callado un tiempo mientras asimilaba la evidencia. Después lanzó un bufido.

—Se merece la verdad, en cualquier caso. Y yo no acepto órdenes de un cabrón malazano.

—¡Estoy intentando salvarte la puñetera vida, guardia, no seas idiota!

Corlo se apartó de la puerta. *¡Salvar una vida! Eso es justo lo que me decía a mí mismo cada vez que hablaba con Barras. Estaba intentando salvarle la vida. Bueno, pues eso no se hace mintiendo. Mejor que crean que los traicionas, que eres un renegado, que eso.*

En la cima de la torre de Hielo, llegó un guardia de la tormenta korelriano y se inclinó ante el mariscal de sección Learthol, que estaba conversando con el mariscal del muro Quint.

—Han entregado al cautivo.

Learthol aceptó el mensaje. Quint hizo un ademán brusco.

—Bien. Esperemos poder sacarle lo último de la temporada a este campeón.

Otro elegido salió de las sombras de la cámara y se adelantó; el guardia korelriano se puso rígido y se inclinó otra vez.

—Lord protector.

El lord protector Hiam respondió a la inclinación. Después se dirigió a Learthol.

—Tengo entendido que hay otros aquí igual de prometedores...

—Sí. Un número sorprendente de prisioneros muy cualificados en los últimos tiempos. Tenemos que vigilarlos con atención.

El lord protector estudió la llama de aceite del mecanismo de comunicación de esa cámara superior.

—Sí, mariscal de sección. Y hay que vigilar bien esta llama. Si se produce una calamidad, tendremos que recabar ayuda rápido.

—Sí, mi señor. Debo decir que nos honra su presencia.

El lord protector desechó el cumplido con un ademán.

—¿Dónde iba a estar, Learthol? Pronto tendrá más respaldo. Los roolianos llenarán las brechas menos importantes. Nos facilitarán un poco el trabajo. Pronto contará con los números que debería haber tenido desde el principio.

—Se lo agradezco. Pero habríamos resistido pese a todo.

—Por supuesto. —El lord protector se quedó mirando la llama durante un rato, después posó los ojos en Learthol como si no lo viera—. Eso será todo. Gracias.

Tras una inclinación, el guardia y el mariscal de sección abandonaron la estancia y cerraron la puerta tras ellos.

En la relativa quietud regresaron los aullidos del viento para castigar las contraventanas, que estaban tomadas por el hielo por los cuatro costados. El rostro lleno de cicatrices de Quint se crispó mientras estudiaba al lord protector.

—¿Tienes noticias?

Un lento asentimiento de Hiam.

—Sí. A ese jefe supremo y a sus tropas roolianas los han repelido de la costa. Los malazanos han ido tierra adentro, hacia la cordillera de la Barrera.

Quint golpeó las losas con el cabo de la lanza.

—¡Quieren tomar Kor!

Hiam apretó con una mano una contraventana helada.

—Quizá...

—¿Quizá? ¿Qué otra intención podrían tener?

—Podrían... —Hiam abrió de un tirón las contraventanas que daban al oeste. Unos vientos cortantes azotaron la cámara, hicieron chasquear sus mantos y despejaron la mesa de desorden y páginas de vitela. La llama de aceite de la baliza de comunicación se apagó. Hiam se quedó mirando la muralla incrustada de hielo, donde bajo la densa capa de nubes y la nieve torrencial las olas furiosas rompían casi a la misma altura que las almenas exteriores de la muralla. *Todo es gris, gris como el hierro, tanto el mar como la piedra.*

—Podrían lanzar un ataque contra la muralla —admitió.

Quint cerró de un portazo la hoja de madera.

—¡Bien! ¡Los aplastaremos!

Hiam esbozó la sombra de una sonrisa.

—Por supuesto, Quint.

—¡Sí! —El mariscal del muro volvió a encender la gruesa mecha de la enorme lámpara—. Quizá la Señora los ha atraído hasta aquí para destruirlos. —Estudió a su comandante con los ojos entrecerrados—. ¿No se te había ocurrido eso, Hiam?

El lord protector se sobresaltó. *De hecho, no. No me lo había planteado... ¡Señora, perdóname! Mi fe es más superficial de lo que sospechaba. Debo rezar largo tiempo esta noche.* Respondió a la mirada firme de Quint. *Lanza viva de la muralla. Tú no conoces la duda, Quint. La lanza no reflexiona... ¡golpea!*

Hiam se frotó la frente y lo reconoció.

—No, Quint. No se me había ocurrido. Te agradezco que me recuerdes que las formas de hacer las cosas de la Señora están por encima de nuestro conocimiento. —Apretó el hombro del más maduro—. Contigo como nuestro pilar, no fracasaremos.

—Pasó a su lado y bajó la estrecha escalera de caracol, dejando a Quint solo bajo la luz de la llama medio consumida.

Esa noche Hiam estaba cenando un guiso caliente con el comandante de sección Learthol. Alguien llamó a la puerta y un elegido koreliano se inclinó.

—Lord protector, ha llegado el asesor del jefe supremo. ¿Lo hago entrar?

Hiam tomó un sorbo de té.

—Sí. Que lo acompañen aquí arriba.

El hombre se inclinó.

—Lord protector.

—He oído historias sobre él —dijo Learthol cuando se fue el elegido—. Dicen que la Señora le permite la práctica de su brujería.

Hiam asintió.

—Sí. Hay precedentes en la historia.

Learthol se acarició la larga barbilla.

—Cierto. Hay historias de un par de hechiceros ambulantes. A ellos no los destruyó.

Hiam agitó una mano.

—Tengo entendido que solo iban de paso. Carecían de importancia.

Se oyó una llamada a la puerta y Hiam contestó.

—Adelante.

El guardia acompañó al hombre dentro y después, a una señal de Hiam, se fue. El hombre, Ussü, se inclinó. Lucía unas túnicas manchadas a causa del viaje y mojadas por la lluvia y la nieve. Su largo cabello gris lo tenía pegado al cráneo y estaba temblando. Hiam se levantó y le señaló una silla.

—Por favor, siéntese. ¿Acaba de llegar? ¿Qué noticias hay del jefe supremo?

El anciano se sentó y estiró las manos hacia la pequeña estufa que había en medio del aposento.

—Gracias por recibirme, lord protector.

—No hay de qué.

—Sin duda ya se han enterado de las noticias del sur.

—Sí. Esos malazanos han logrado establecerse. —El hombre hizo una mueca de dolor, ya fuera por la franqueza de sus términos o por el uso de la palabra «malazanos», Hiam no estaba seguro.

—Sí, lord protector. Se han adentrado en tierra y han puesto rumbo a las colinas y a la cordillera de la Barrera.

—¿Y el jefe supremo?

—Está reuniendo sus tropas para ir en su persecución, según tengo entendido.

Hiam le ofreció al hombre un poco de té.

—Excelente. Si osan trasladarse al norte, los tendremos atrapados entre los dos, ¿no? —*¿Y si osaran acercarse? ¿De qué podríamos prescindir para ir a su encuentro? Sangre y hierro, por supuesto. Como ofrecemos a todos los que pretenden desafiar a la Señora.*

Ussü aceptó la tacita.

—Sí, lord protector.

—¿Y el jefe supremo lo envió a tranquilizarnos, quizá?

—Lo cierto, lord protector, es que he venido por otro asunto. Deseo interrogar a su campeón. Si me lo permiten.

Hiam lanzó una carcajada.

—El momento que ha elegido es impecable, asesor. Puede quedarse con él. Esta misma tarde perdió la cabeza. Se desquició por completo. Intentó asesinar a su compañero de celda, un camarada de muchos años. La locura es algo terrible. Puede empujarnos a traicionar a todos los que nos rodean. A veces por los desaires más insignificantes, o imaginados. ¿Quién puede saber las razones que se ocultan tras una mente que se rompe? —Y se encogió de hombros.

—Es una pena, mi señor. Siento que haya perdido un luchador tan capaz. Aun así, quizá a mí me sea útil.

Hiam cogió otra cucharada de su guiso.

—¿Qué es lo que requiere usted?

El rooliano (malazano, se corrigió Hiam, y encima un puñetero mago) resopló un instante.

—Oh, un aposento privado, grilletes, unos ayudantes fuertes. Y cadenas, señor. Las cadenas más resistentes que utilicen aquí para arrastrar bloques de piedra.

A Hiam lo desconcertaron bastante esas peticiones. No obstante, podía concederlas. *Y, ¿quién sabe? Quizá salga algo de todo esto.* Asintió.

—Muy bien. Creo que podemos improvisar algo. —Se volvió hacia el mariscal de sección Learthol—. ¿Quiere ocuparse de ello?

Learthol se limpió la boca y se puso en pie.

—Por aquí, asesor, si tiene la bondad.

Ussü se levantó, se estiró las pesadas túnicas empapadas y se inclinó ante Hiam.

—Se lo agradezco, lord protector.

Hiam observó irse al hombre; Learthol se inclinó al cerrar la puerta. El lord protector se preguntó si acababa de cometer un error. Pese a todo, la Señora le permitía a aquel brujo sus infracciones... y ella debería ser el árbitro final, no él.

Ussü trabajó en sus preparativos hasta bien entrada la noche antes de caer dormido, agotado, sobre el escritorio de trabajo de los aposentos que le habían proporcionado. A la mañana siguiente despertó con las manos y los pies entumecidos por el frío y

una densa escarcha en las esquinas de la cámara de piedra. El viento azotaba la única ventana, cerrada con contraventanas. Llegó un sirviente con un brasero de hierro alimentado por carbón y una modesta comida de pan, queso de cabra y té frío.

Dos peones de Robo llegaron más tarde, con órdenes de servirlo. A estos los puso a trabajar clavando unos pernos de hierro en las juntas de las paredes y acoplando unas cadenas. Cuando todo estuvo listo, les dio a los dos instrucciones detalladas sobre cómo proceder y después dejó la sala para solicitar que se trasladara al campeón a su cámara. Decidió no dejarse ver hasta que el hombre estuviera sujeto: quedaba la pequeña posibilidad de que pudiera reconocerlo como malazano y comenzara a sospechar.

Desde el extremo del pasillo observó mientras le llevaban al cautivo, esposado y bajo vigilancia, hasta la sala. Cuando posó los ojos sobre el tipo se quedó espantado: ¿ese pobre diablo demacrado, ojoso y raído era el campeón? Aun así, cualquiera que sufriera semejantes heridas a medio curar, congelaciones y lesiones por la exposición a los elementos ya estaría muerto. Que al parecer fuera capaz de hacer caso omiso de todas esas mutilaciones daba muchas esperanzas al experimento inminente. Esperó para que sus carceleros tuviesen tiempo a que quedase bien encadenado y después entró.

El sujeto estaba echado sobre una gruesa mesa de roble en el centro del aposento, amordazado. Tenía las piernas juntas y estiradas, envueltas en cadenas clavadas a unos pernos sujetos a los dos muros. También tenía los brazos juntos, estirados por encima de la cabeza y extendiéndose hacia el suelo, envueltos en cadenas sujetas a un perno incrustado en las losas. Ussü se inclinó sobre aquel tipo sucio y maloliente y se asomó a sus ojos.

Nada. Ninguna conciencia aparente. Solo una mirada apagada clavada en el techo. ¿Catatónico? Casi mejor. Mucho más fácil para sus propósitos. Y sin embargo... la falta de voluntad para vivir no serviría de mucho... Empezó a cortar los harapos que cubrían el torso del hombre.

—No me conoces —le dijo—, pero creo que yo te conozco a ti.

Rasgó los trapos y fue a una mesa donde tenía dispuestos sus instrumentos.

—Debo admitir que cuando oí que el campeón koreliano era un malazano que negaba ser malazano... y que se llamaba Barras, bueno, me intrigó. —Eché un vistazo atrás, y allí, alrededor de los ojos del tipo... ¿una ligera tensión?—. Yo, como habrás visto, soy malazano. Sexto Ejército, para ser exactos. Mago del cuadro Ussü, a tu servicio. —Cuchillo en mano, hizo una inclinación.

Apretó con una mano el arco de las costillas desnudas del tipo, probando, sondeando.

—Y tú, por otro lado, eres Barras, Barras de Hierro, juramentado de la Guardia Carmesí.

Ussü dio un paso atrás y volvió a pensarlo. ¿Quizá la cavidad del estómago? Menos riesgo de dañar un pulmón, pero claro, menuda hemorragia. Acaba con la fuerza vital. Los ojos del hombre se giraron por un instante para mirarlo; las mandíbulas cambiaron de posición como si se prepararan para hablar.

—Sí. Imagínate cuánto pagaría el Imperio por poder estudiar un juramentado vivo. Una buena cantidad, sin duda. —La asombrosa capacidad pectoral del hombre decidió las cosas por Ussü. Más espacio del que le habían ofrecido jamás. Sería por el frente. Les hizo un gesto a sus ayudantes para que sujetaran piernas y brazos y después se inclinó sobre el hombre—. Pero no es eso por lo que estamos aquí. Dicen que al juramentado no se le puede matar. —Sostuvo el afilado escalpelo con hoja de obsidiana delante de los ojos del hombre—. Estamos aquí para ver si es verdad.

Las cadenas chasquearon con estrépito y resonaron, casi cantando con el esfuerzo cuando el sujeto sufrió una convulsión.

Ussü se estremeció y posó una mano en el costado del hombre como haría alguien para calmar a un caballo espantado. Pero las ataduras resistieron... de momento. Se remangó. Trazó la línea del corte entre las costillas, hizo un gesto con la cabeza a sus ayudantes y partió la carne hasta el músculo.

Amordazado, el sujeto aulló incoherencias mientras se retorció y se arqueaba. Ussü fue hasta sus instrumentos y eligió el separador de costillas más grande y sólido. Regresó con el sujeto.

—Me han dicho —dijo en tono familiar— que esta es una agonía peor que la que puedan infligir hasta torturadores adiestrados en el oficio. —Metió los afilados bordes dentados en el corte y después los clavó bien con un impulso del cuerpo entero. Brotó espuma por los bordes de la mordaza y los ojos ardieron con una furia abrasadora, al rojo vivo. *¡Bien! La rabia alimentará la voluntad de vivir.*

Ussü empezó a girar los tornillos separadores.

—No es que esté insinuando ningún tipo de paralelismo entre mi persona y uno de esos brutos que torturan. Porque la analogía se acaba ahí, ¿sabes? El torturador necesita algo de su víctima y está intentando sacárselo, a él... o a ella. Sin embargo, yo no necesito nada de ti.

Lo que solo es una verdad a medias. Yo necesito que vivas.

—A mí, sin embargo, me motiva la pura curiosidad y la persecución del conocimiento. —Ussü hizo una pausa en los giros. *¿No nos convierte a los dos, al torturador y a mí, en buscadores del conocimiento?* Ladeó la cabeza para pensarlo. *El conocimiento que yo busco no lo tiene nadie más... esa es una distinción fundamental.* Asintió y continuó ensanchando la brecha entre las costillas.

Algo lo sacudió entonces, no el sujeto, y no las olas que se estrellaban con una regularidad mareante contra las toneladas de piedra que tenía debajo, sino algo nuevo, un temblor terrestre. Fuera de los muros, el hielo crepité cuando la estructura

entera se meció, como si un gigante inmenso hubiera posado una mano suave contra la torre. Los ayudantes intercambiaron miradas aterradas. Ussü se limitó a intentar medir el alcance del desplazamiento. *Interesante... este tipo de temblores son comunes en Puño, pero tengo entendido que no suelen darse aquí, en las islas Korel.*

Los movimientos se atenuaron y se fue apagando el rugido del corrimiento de tierras que lo acompañaba. Ussü devolvió la atención al sujeto, sin hacer caso del acontecimiento. Había entrado por la parte superior del torso, puesto que había decidido meterse por arriba, entre los pulmones. El sujeto había dejado de moverse porque hasta el movimiento más ligero provocaba oleadas de intenso dolor, o eso intuía Ussü. Una vez que la brecha fue lo bastante grande, se limpió la mano en un lado de sus túnicas y después, manteniéndola plana como el borde de un cuchillo, la fue introduciendo en la cavidad llena de sangre.

El sujeto sufrió una convulsión como si lo hubiera golpeado un hacha, bramaba de furia y angustia en una tormenta de gritos articulados y rugidos. Ussü capeó la convulsión con la mano metida hasta el segundo nudillo en el pecho del hombre. Cuando pasaron las oleadas de contracciones, Ussü empezó poco a poco a apartar órganos y a atravesar capas de tejido para llegar al corazón, acunado como estaba en su bolsa protectora de grasa y músculo.

Por increíble que fuera, el sujeto continuaba consciente. A solo medio brazo de distancia, los ojos lo miraban ardientes como promesas de la venganza del propio Embozado. Ussü apartó los ojos: había rozado el corazón. Era el momento de invocar su senda. Extendió las manos mentalmente y se abrió al flujo de energías; en ese momento se apoderó de él un torrente que casi lo arrojó del cuerpo. ¡Dioses! ¿Qué había detrás de semejante poder? Había algo ahí... un misterio que iba más allá de esa Guardia Carmesí. Habían tocado algo. Algo latente, u oculto, con ese juramento que tenían.

Da igual. Eso queda para investigaciones futuras. De momento, la tarea que tenemos entre manos. ¡Ja! ¡Entre manos! En la mano, quizá. ¿Dónde está Melena Gris, el Traidor, Empuñapiedras?

Extendió los sentidos y lo buscó. El extraordinario poder disponible empujó la conciencia de Ussü hacia el oeste, y allí encontró a su hombre. Un aura brillaba sobre él, como una columna que excavara el cielo, y de la hoja de piedra gris que llevaba en las manos chorreaba una potencia fundida que la senda de Ussü interpretó como una cegadora llamarada del sol. La tierra rodó alrededor del hombre como una tela agitada, y el simple eco de esa emisión arrojó a Ussü lejos del cuerpo, como si lo hubieran golpeado. Chocó contra el muro y se deslizó al suelo, aturdido.

Sus ayudantes lo despertaron con unas cuantas sacudidas. Al recuperar el sentido, agitó los brazos, mareado. Después se levantó y procuró recuperar el aliento. Cogió a uno por la camisa.

—¡El lord protector! ¿Dónde está? ¡He de hablar con él!

Los ayudantes, peones de Robo, se limitaron a mirarse el uno al otro, desconcertados. Con un gruñido, Ussü los apartó de un empujón y se tambaleó hasta las escaleras.

—¡Quedaos aquí! ¡Vigiladlo!

Hiam estaba con el maestro ingeniero Stimins debatiendo el posible daño que podría haber provocado el temblor cuando el asesor del jefe supremo, Ussü, irrumpió entre ellos. Tenía manchas de sangre en túnicas, manos y brazos, como si hubiese tenido que abrirse camino a tuestas por un matadero. Dos elegidos cercanos sacaron espadas para detenerlo. Hiam le echó un vistazo a la mirada acongojada del hombre y apartó a los hombres con un ademán.

—La Señora nos proteja, mago, ¿qué es esto? ¿Qué ha pasado?

—¿Quién lo llamó Empuñapiedras? —exigió el malazano, casi frenético.

Hiam sintió que la tensión le atenazaba las mandíbulas.

—No es algo que comentemos —dijo entre dientes.

—¿Quién? Maldita sea, tengo que saberlo.

El maestro ingeniero Stimins captó la mirada de Hiam y alzó una ceja. Hiam le ofreció un asentimiento brusco.

—Hay originarios de estas islas. Nativos indígenas que sobreviven por acá y acullá, como en la cordillera Gritos. Fueron los primeros en llamarlo Empuñapiedras. Hay antiguas predicciones de la destrucción de la muralla. Tan antiguas como la propia muralla. Afirmaban que él encajaba con ellas. La venganza de la piedra contra el muro, esa clase de tonterías.

El mago malazano había estado asintiendo, como si eso lo confirmara.

—Sí. Aquí, en Korel, ustedes desprecian las sendas, pero son reales. Una se llama D'riss. La senda de la Tierra. El suelo mismo que pisamos. Esa... arma... que muchos afirmaban que lleva Melena Gris. Acabo de encontrarlos, a él y su arma. Canaliza D'riss directamente, lord protector. El poder de la tierra. Y acaba de ser desenvainada contra el muro. Lo sentí. A lo lejos, al oeste, la muralla de las Tormentas está siendo sacudida hasta los cimientos. Han sentido el temblor, ¿verdad? En cualquier momento los habrá peores.

Hiam buscó la mirada de Stimins. *Pobre hombre. La Señora lo ha vuelto loco. Y sin embargo... las antiguas predicciones. La tierra librándose de la muralla, y la visión del viejo lord protector Ruel: el muro derrumbándose en un gran estremecimiento del mundo, los jinetes atravesándolo en tromba para cubrir la tierra...*

—Cálmese, asesor... —empezó a decir.

—¿Calmarme? —El hombre estuvo a punto de asfixiarse—. Se avecina el final.

Yo voy a prepararme. Y sugiero que ustedes hagan lo mismo. —Y se fue con una sacudida.

Los guardias elegidos miraron a Hiam a la espera de órdenes para ir tras el asesor, pero el lord protector negó con la cabeza.

—No me gusta esa mención del oeste —dijo sin aliento Stimins, en voz muy baja—. Hubiera preferido que hubiera afirmado que era aquí, por arriba. Pero no allí fuera, al oeste. No una socavación... Envía un mensaje —sugirió—. Informe de situación.

Hiam asintió con gesto pensativo.

—Sí. Ha habido un temblor, después de todo. —Su asentimiento se hizo más convencido—. Sí, estaré arriba. Ocúpate de las reparaciones.

Stimins lanzó un bufido.

—No iba a estar en ninguna otra parte, ¿no?



No podemos aprender sin dolor.

Sabiduría de los antiguos
Kreshen Reel, recopilador

La primera señal que tuvo Pesebre de que había problemas fue que los miembros de la cuadrilla de trabajo dejaron de dar martillazos, se incorporaron y se quedaron mirando al sur. Pesebre se apartó de la roca en la que se había apoyado, cogió su lanza y se ciñó mejor el manto. Evessa también se irguió y le lanzó una mirada interrogante. Él señaló el campo de rocas, allí abajo, donde una figura solitaria trepaba por la accidentada ladera que se extendía por la parte posterior de la muralla de las Tormentas. Evessa cogió también su lanza, le hizo una seña a Pesebre y los dos se tomaron su tiempo para llegar hasta el hombre.

Al acercarse más, Pesebre vio que era un hombre grande como un toro, parecía desarmado y llevaba un yelmo completo bajo un brazo. Para defenderse del frío vestía un manto sencillo y varias capas de gruesas túnicas encima de la armadura. Evessa y él se separaron y se colocaron delante del tipo, a ambos lados.

Pesebre plantó la lanza en el suelo.

—¿Quién es usted? —exclamó—. ¡Identifíquese!

El hombre no respondió de inmediato. Miró hacia arriba, por detrás de ellos, a la ladera donde la parte posterior de esa sección de la contramuralla curva se elevaba como una fortaleza. La cuadrilla se asomaba entre las rocas, donde trabajaban en los refuerzos ordenados por el maestro ingeniero Stimins.

El desconocido asintió para sí, respiró hondo y se puso el yelmo.

—Sugiero que os vayáis ahora —les dijo en korelriano con mucho acento.

Pesebre bajó la lanza.

—Tendrá que venir con nosotros para interrogarlo...

El hombre se arrodilló y apretó con un guantelete el suelo desnudo de piedra. Pesebre y Evessa intercambiaron una mirada, ¿estaba ido?

—No nos dé... —empezó a decir Pesebre.

El suelo tembló. Las rocas cayeron con un estruendo. Entre chirridos y rugidos, los peñascos más grandes cambiaron de posición. Evessa lanzó un grito y tuvo que

saltar cuando las enormes rocas sobre las que se encontraba chocaron entre sí. La reverberación se fue extendiendo a su alrededor y se alejó hasta que los ecos de arañazos y movimientos regresaron cada vez más débiles. Los trabajadores gritaron y se escabulleron trepando entre las rocas.

Pesebre volvió a mirar al desconocido y vio que llevaba una espada: una especie de gran mandoble de un color gris apagado. Los ojos del hombre lo miraban furiosos, un azul pálido que brillaba en la oscuridad del yelmo.

—¡Corred, ahora! —ordenó—. ¡Advertid a todos que huyan!

Pesebre se quedó mirando a Evessa y alzó una ceja. La mujer jourilana inclinó la cabeza; Pesebre asintió. Los dos empezaron a retroceder. El hombre estaba quitando piedras del suelo que tenía delante. Pesebre y Evessa aceleraron y mandaron alejarse con gestos a los trabajadores que quedaban y que los miraban sin saber qué hacer.

—¡Corred, malditos idiotas! —chilló Pesebre.

Bueno, ¿qué voy a ser?, se preguntó Melena Gris mientras esperaba un rato para darle tiempo a todo el mundo a poner más tierra entre ellos y él. *¿El gran asesino de masas de la región? ¿O un libertador cuasimítico?*

Las dos cosas, imagino. Era inevitable. Morirían muchos. Y para bien o para mal, le echarían la culpa a él. ¿Pero acaso no era él más que un eslabón en una cadena ininterrumpida de causalidad que se remontaba quién sabía hasta cuándo? Aunque él fuera el último eslabón.

El argumento de Devaleth regresó para perseguirlo, y no es que a él no lo invadieran las mismas dudas: ¿qué garantía tenía de que los jinetes no fueran a invadir todas las tierras? Objetivamente hablando, no existía tanta agua en el mundo. Subjetivamente, cada observación, acción y relato apoyaba la conclusión a la que había llegado.

Irían a por la Señora.

Como él debería haber hecho cuando tuvo la oportunidad. Los remordimientos lo asfixiaban. Esperaba que Kyle no estuviese demasiado enfadado con él, había tenido que mantener a todo el mundo a distancia. ¡El muy idiota seguro que habría intentado seguirlo!

¿Y se habían alejado las tropas de la costa? Desde luego a esas alturas ya deberían estar lejos, sobre todo con Devaleth prevenida. Y la bruja debería alcanzar Banith también, a través de Ruse. ¿Pero qué había de todos los demás asentamientos costeros de la región? ¿No estaban todos bajo amenaza? Sí, muchos morirían. Pero al menos después se habría acabado. No seguiría de forma eterna, año tras año, como había ocurrido durante siglos.

O eso se dijo a sí mismo.

¡Basta! Basta de flagelarte tú solo. Ya era demasiado tarde entonces y ahora es

más tarde todavía. Aún debo hacer lo que tendría que haber hecho hace mucho tiempo. Hora de actuar.

Una pequeña estocada primero. Para advertir a todos de lo que está por venir.

Se arrodilló y levantó la espada de piedra con la punta hacia abajo. *Ascu, acepta esta ofrenda y responde. Bendice mi pretensión. Endereza este antiguo entuerto. Sana esta herida del mundo.*

Clavó de un golpe la hoja en la tierra.

Al principio no pasó nada. La hoja se deslizó con facilidad por la piedra expuesta. Una especie de silencio creció a su alrededor. Entonces llegó una vibración, el suelo inquieto, estremecido. Ladera arriba se deslizaron peñascos, que descendieron. Rodaron rocas por ambos lados. Mucho más arriba, donde el muro con sus troneras, casetones y alojamientos se encontraba con el cielo encapotado, bandadas de pájaros saltaron de donde se habían encaramado y echaron a volar en oscuras ringleras. Enormes acumulaciones colgantes de hielo, algunas más grandes que un hombre, se partieron y se precipitaron por la parte de atrás hasta estrellarse en las rocas del fondo. Figuras diminutas corrían como locas de un lado a otro.

Corred mientras podáis. Melena Gris liberó de un tirón la hoja. Echó el pie izquierdo hacia atrás y lo plantó con firmeza, después alzó la espada por encima de la cabeza todo lo que le dio el brazo. Tensó el cuerpo y clavó la espada en el suelo como si quisiera sacar una rodaja de piedra de la superficie. La tosca hoja de piedra golpeó el granito en un estallido de fuerza que liberó un estremecimiento que la recorrió hasta la empuñadura. Una grieta partió el lecho redondeado de roca, salió disparado y desapareció bajo el pedregal inclinado y revuelto. Melena Gris se arrodilló sin aflojar la presa de hierro con la que sujetaba el trozo de piedra tallada. Apareció agua entre el revoltijo de rocas. Se le disparó sobre las rodillas con un lustre gélido.

Oh, mierda. Estoy debajo de la muralla.

Bueno, se riñó, no pensarías de verdad que ibas a sobrevivir a esto, ¿no?

Resonó un estruendo, como un campanazo, en la imponente muralla. Dos casetas construidas sobre la parte posterior cayeron en un desorden de piedra fracturada y dieron vueltas como casas de muñecas por la superficie curva antes de estallar en fragmentos de madera y piedra en la base. Bloques tallados de la contramuralla, cada uno quizá del tamaño de un hombre, se movieron, tierra y musgo se precipitaron en una cascada. El agua salió disparada de la parte inferior en un chorro de espuma que oscureció las rocas de la ladera.

Melena Gris liberó la hoja de un tirón. *¿Basta con esto? Bueno, mejor asegurarse.*

Volvió a levantar la espada. *Uno más. Y después a correr como un loco.*

Esa vez bajó la espada como si estuviera hundiéndola en el agua. El lecho desnudo de roca consumido por el tiempo se partió en una brecha que llegó a llevarse

la empuñadura. A su alrededor, el propio suelo pareció hundirse y luego rebotar como un tambor golpeado. Peñascos del tamaño de casas se desprendieron para estrellarse y rodar como piedras de catapulta. Un chirrido agudo, como un chillido de muerte, resonó a lo lejos, allí donde la contramuralla que estaban erigiendo vaciló como si la hubiera golpeado el ariete de un gigante. Después se abultó por la base, las piedras cambiaron de sitio y el mar la atravesó de golpe con un chorro de agua que palpitaba.

Hora de irse. Melena Gris dio un tirón, pero las manos, hundidas más allá de las muñecas, no cedieron.

Volvió a dar otro tirón ayudándose con las piernas, pero tenía las manos y las muñecas aprisionadas en el lecho expuesto de granito.

Lanzó una mirada rápida a la riada que se precipitaba por el terreno de contención. A lo lejos, en la curva de la contramuralla, una torre de vigilancia de unos cinco pisos de altura se vino abajo con una lentitud dolorosa; desde aquella distancia parecía el juguete de un niño. Los tramos superiores de la contramuralla, socavados, empezaron a ceder en una serie de piezas de rompecabezas. Cayeron, una avalancha de piedras de proporciones colosales, en la brecha expuesta de abajo. Melena Gris pudo vislumbrar por un instante la arquitectura interior de la muralla de las Tormentas cuando los muros caídos revelaron el trabajo exterior de bloques de piedra revestidos a ambos lados de un relleno de escombros.

El muro estaba abierto al fin, hasta la bahía.

Melena Gris volvió a dar otro tirón, frenético, pero sus miembros no cedían. Se quedó mirándose las manos, atrapadas en la piedra pura, y solo entonces cayó en la cuenta de la hermosa poesía de todo ello y lanzó la cabeza hacia atrás para soltar una gran carcajada. *¡Oh, dioses, os habéis superado! Podéis reiros del idiota del mortal, pues solo ahora lo entiendo. ¡Empuñapiedras, desde luego! Sí. ¡Qué intrigantes sois, cabrones y zorras todos!*

—¡Malditos seáis, ojalá acabéis en los pozos más profundos del Embozado!

La riada de espuma lo golpeó. El agua lo tiró y quedó atrapado bajo el torrente furioso. Ramas y basura impulsada se estrellaron contra él y ya no pudo seguir aguantando la respiración. El aire estalló de sus pulmones abrasados en una espuma de burbujas.

Nunca volvió a aspirar otra bocanada.

A medida que perdía la conciencia, creyó sentir unas manos que lo cogían bajo la superficie. No sabía si era un delirio suyo, ni lo que podría significar, pues todo quedó a oscuras y él se permitió soltarse sin remordimientos, sin ira, sin expectativas de nada.

Las aguas del océano de las Tormentas, elevadas muy por encima de los antiguos niveles, hinchadas por las mareas, empujadas por las hechicerías de los jinetes de la

tormenta, entrarían por la brecha en un fluir creciente. El curso se abrió paso hacia el sur, siempre buscando el terreno bajo. Tramos enteros de bosque quedaron barridos cuando la riada se precipitó colina abajo, ganando cada vez más fuerza a medida que avanzaba. Granjas, campos, caminos, muros de piedra, todo desapareció cuando este nuevo río repentino abrió a la fuerza un canal cada vez más ancho por el lecho de roca de la isla.

Una sutil elevación casual en el paisaje salvó la ciudad fortaleza de Tormenta. Sus ciudadanos acababan de recuperarse de un temblor de tierra poco común. Muchos se habían adentrado en las calles para observar las nuevas grietas en los caminos adoquinados y en los muros arqueados. Oyeron el rugido distante y fueron a las murallas para contemplar, asombrados, que por el este un nuevo canal pasaba como un trueno, convertido en una auténtica catarata. Y, durante un tiempo, la ciudad quedó aislada del resto de Korel. Esos ciudadanos más tarde juraron que habían vislumbrado entre la corriente destellos brillantes de color zafiro y siniestras formas oscuras que se deslizaban.

A una velocidad mucho mayor que la que pudiera alcanzar el corcel más rápido, las aguas revueltas atravesaron con un choque el último tramo de tierra arbolado para derramarse, y después machacar por completo, las playas de la costa y los acantilados de arena hasta el mismísimo estrecho Retorcido. Allí las aguas se fundieron en el angosto estrecho, sin dejar de crecer, formando de orilla a orilla una gran giba hinchada de líquido que atravesaba el terreno de este a oeste. El frente de agua fue subiendo cada vez más, hasta ser más alto que el juanete del navío más alto. Desaparecieron aldeas enteras de pescadores sin una sola onda bajo ese pico palpitante de más de cinco brazas de profundidad. Se precipitó más rápido que cualquier barco o mensajero. Rebasó navíos que huían, sumergió islas bajas llenas de árboles. A su paso quedaba una costa totalmente nueva, vuelta a esculpir y limpiada por el mar.

Sumido en sus pensamientos, Hiam trepó la estrecha escalera de caracol de la torre de Hielo. Los elegidos subían y bajaban a toda prisa, haciendo pausas para hacer saludos militares, a los que él respondía con aire distraído. *Este temblor, ¿podría ser de verdad tan grave como parece pensar el malazano? Todo mago o maga que practica su brujería al final se vuelve loco, esa es la explicación más obvia.* Todo el mundo, imaginó, debía de estar pensando en esas profecías místicas: la tierra agrietándose para tragarse la muralla. Pero aquel no era ningún acontecimiento sobrenatural; era un simple temblor terrestre, bastante común en muchas regiones del mundo. Sí, era cierto que se estaban sucediendo acontecimientos sin precedentes, pero no era razón para dejarse llevar por el pánico.

Llegó a la cámara de comunicación y ajustó la llama para que fuese lo más alta

posible, después abrió de un golpe las contraventanas del oeste. El viento gélido azotó la cámara otra vez, pero en esa ocasión no apagó la llama. Hiam bajó la lámina de metal, sacó una cucharada de polvo de encendido y lo echó a la llama. El polvo estalló y se convirtió en un fulgor blanco que siseó y que lo hizo encogerse y cubrirse la cara. Encorvado, volvió la cabeza y empezó a bajar y subir la lámina para hacerle señales a la torre que había sobre el paso occidental.

Torre del Viento: informen.

La torre del Viento era la más occidental de las fortalezas principales.

Esperó. La solicitud tenía que recorrer la muralla entera y después regresar. La respuesta llegó mucho más rápido de lo que había anticipado: parecía que el temblor había puesto a todos alerta.

Torre del Viento no responde.

Era la torre de las Lágrimas de Ruel, su vecina del este.

Tras echar más polvo en la llama, Hiam hizo más señales: *¿Situación?*

Tras un rato llegó la respuesta: *Lágrimas de Ruel no responde.*

Era la Gran Torre, al norte de Elri, su principal fortaleza en la muralla de las Tormentas.

Sin poder creérselo, Hiam lanzó más polvo a la llama y volvió a hacer señales: *¡Situación! ¡Situación!*

Un largo silencio durante el cual el viento gimió y sopló racheado, como queriendo burlarse de él. Y entonces, de un modo desconcertante, de la torre vecina, la torre de las Estrellas: *¡Reza!*

Hiam se lanzó hacia la ventana del oeste y se quedó mirando entre la eterna nieve torrencial el alto paso, donde el fulgor de la torre de la guardia brillaba como una baliza en la oscuridad encapotada. Mientras miraba, esa luz se apagó y algo ondeó a su alrededor: algo como una ventisca que cayera como una cascada por el paso, a lo largo de la muralla, empujando en busca de ese último tramo de la muralla y la torre de Hielo. Hiam se aferró a la ventana. *Señora, ¿qué es eso? ¿Una auténtica catástrofe como la que golpeó hace eras? ¿Es en verdad el final? Señora, ¿qué hemos hecho para que nos des la espalda de este modo?*

Señora, perdónanos...

La avalancha penetró como un muro blanco. El impacto arrojó a Hiam al suelo, que corcoveó y se desplomó. Un crujido enorme le golpeó el oído y comprendió que los colosales estantes de hielo negro azulado que recubrían la torre se estaban desprendiendo de los lados. Más golpes mecieron e hicieron estremecer la torre cuando esos fragmentos, del tamaño de carros, bajaron como truenos para estrellarse con un estallido sobre la cima de la muralla.

El terremoto pasó rápido, las últimas sacudidas reverberaron a lo lejos como una tormenta pasajera o una caída de rocas. No muy convencido de que se había acabado

de verdad, Hiam se levantó con mucho cuidado. Fue a la ventana y se asomó, medio esperando un paisaje de ruinas, pero lo que vio lo llenó de admiración y asombro.

¡Resistiremos! ¡La muralla está intacta!

¡Magníficos ancestros, no os habéis esforzado en vano! ¡Señora, hemos sufrido lo peor y hemos aguantado! ¿Es este tu mensaje? Si es así, me avergüenzo. Qué patética es mi fe.

Desde luego el daño era horrendo. Peor que todo lo imaginado por él... pero nada parecido a una fractura o un derrumbamiento. Los maticanes exteriores se habían desprendido; había edificios traseros que se habían desmoronado, algunos trabajos de los tramos superiores parecían desalineados; las grietas bajaban por todo el muro de la torre. Pero eso era todo cosmético: la curva estructural básica de la contramuralla parecía sólida. Más allá de esa curva, sin embargo, las aguas de la bahía parecían inusualmente alteradas: grandes contra-olas machacaban la costa de un lado a otro, y el burbujeo y la espuma salían disparados al cielo en un choque de fuerzas en medio de la bahía.

Tendré que inspeccionar los daños. Corrió a las escaleras, pero antes de poder bajar dos tramos completos se encontró el camino atestado de escombros caídos. Se quedó mirando la barrera, casi sin comprender. *¡No! ¡Ahora no! ¡No cuando más me necesitan!* Se arrojó contra los grandes bloques de piedra y empezó a tirar de ellos y a retirarlos.

¡Señora, no! ¡Por favor! ¡Te ruego que me perdones!

En lo más profundo de la torre de Hielo, en las celdas de retención, Shell se había pegado a un muro glacial. Ese primer temblor la había aterrado. ¡Allí estaba, muy por debajo de una torre de piedra, sobre un antiguo muro medio deshecho encaramado a un acantilado que se asomaba al mar! Y aunque no se atrevía a alzar su senda, la sentía crispada, tirando de ella. Estaba pasando algo. Algo aplastante.

Un contingente bajó en fila india tras defender el muro. Shell vio a Penas entre ellos. El hombre se llevaba una mano a la frente y hacía una mueca de dolor. Un guardia regular lo instó a seguir con un empujón de la espada. Sin aparente esfuerzo, Penas le quitó la espada de un tirón y luego lo golpeó con ella en un lado de la cabeza; el guardia cayó sin sentido. La fila de prisioneros detuvo su arrastre de pies sin tener ni idea de qué hacer. Penas se apoyó en un muro, parpadeando y sacudiendo la greñuda cabeza.

—¿Lo notas? —exclamó Shell.

—¡Notarlo! —gimió el hombre—. ¡Dioses! Me va a explotar la cabeza. No he sentido esto desde Genabackis, cuando nos enfrentamos al caudillo... De hecho, hubiera jurado que era imposible...

—¿Qué?

El hombre miró a su alrededor, aterrado de repente.

—¡Todo el mundo a cubierto! ¡Meteos en las puertas!

—¿Qué pasa?

—¡Calla! ¡Escucha! —El hombre retrocedió, se metió bajo el marco de una puerta y se aferró a los bordes.

Shell intentó tranquilizarse. Sentía que su senda crujía con la energía que notaba en las yemas de los dedos... *¡Igual que durante los peores combates de magia! ¡Se ha desatado un poder enorme!*

Entonces lo oyó: un rumor sordo que parecía surgir bajo sus pies. La pared la golpeó y la lanzó al otro lado de la celda, contra el saliente que usaban de cama. La piedra chilló, machacando y batiendo el espacio. Llovió polvo y suciedad que la asfixiaron y cegaron mientras el suelo le daba una paliza. ¡Iba a morir aplastada como un escarabajo!

Al final, aunque pareció durar una eternidad, el estruendo y las sacudidas pasaron. Gemidos, crujidos siniestros y los gritos de los heridos llenaron el silencio. La puerta de su celda estalló en el aposento con un traqueteo de los barrotes de hierro.

—¡Shell! —Unas manos la levantaron: era Penas, con un lado de la cabeza convertido en una mancha de sangre cubierta de polvo—. ¿Te encuentras bien?

Ella se limpió la roca pulverizada que le salpicaba la ropa.

—¡Sí... sí! Eso creo. ¿Quién más está aquí? ¿Lazar?

—Estaba arriba la última vez que lo vi. ¿Qué hay de Barras? ¿Corlo?

—Se lo llevaron a la torre. Corlo... no sé decir.

Penas la ayudó a salir.

—Veamos quién anda por aquí.

Juntos desenterraron a todos los que podían ponerse en pie. Encontraron un buen número de veteranos malazanos, incluyendo a Tollen. Pero no había rastro de Jemain ni Corlo. Por el bien de Barras, Shell esperaba que no hubieran quedado enterrados bajo toneladas de piedra.

Los malazanos formaron una partida encabezada por Tollen. Recuperaron todas las armas que pudieron encontrar.

—¡Nos vamos arriba! —le dijo Tollen a Shell a gritos.

—Deberíamos ir todos juntos —dijo Penas.

Tollen escupió.

—Esta torre no seguirá en pie para siempre. Hay que largarse.

—Buena suerte —exclamó Shell.

Tollen levantó una mano en lo que podría tomarse como una versión abreviada del saludo de la Guardia, después dirigió con una seña a su partida hacia las escaleras.

—Una ojeada rápida es todo lo que haría falta para asegurarnos de que no queda nadie —le dijo Shell a Penas.

Él frunció el ceño y rechazó la idea.

—Demasiado pronto. ¿No hay niveles inferiores?

—Sí, pero no hay prisioneros ahí abajo.

—La enfermería, entonces... ¿dónde está?

Shell asintió, segura de repente.

—¡Sí! ¡La enfermería! Seguro que Jemain está allí.

—De acuerdo. —Penas buscó a su alrededor y apareció con dos palos, cada uno más o menos de la longitud de su antebrazo. Con esos se fue escaleras arriba. Shell lo siguió, desarmada todavía.

Pronto se oyeron combates arriba. Pasaron tres pisos y se encontraron el camino bloqueado por los malazanos. Tollen se abrió paso hasta ellos y volvió a escupir.

—La puñetera Guardia de la Tormenta está bloqueando la salida.

—Pues imponeos —dijo Penas—. Pero ¿qué os pasa a los marines?

Tollen lanzó un bufido y después contestó arrastrando las palabras.

—Solo hay uno.

—¿Uno? —Penas apartó al hombretón—. Anda, déjame pasar.

Tollen le guiñó un ojo a Shell.

—Esto tengo que verlo. La gracia de la Señora está con ese... No hay forma de derribarlo.

—¿La gracia de la Señora? ¿Qué es eso?

Tollen la miró de soslayo.

—Ya lo verás.

Shell lo siguió. Tuvo que pasar por encima de cuatro malazanos muertos, cada uno con heridas feroces provocadas por empalamiento. Habían llegado a la sala de guardia principal que daba acceso a la superficie. Un único guardia de la tormenta koreliano bloqueaba el paso entre los escombros, la lanza sujeta recta, en posición de descanso, los brazos metidos bajo el manto. Era un hombre mayor, el cabello corto salpicado de canas, el rostro con cicatrices salvajes. Pero lo más extraño de todo era el aura de un leve color azul que jugueteaba como una llama alrededor del hombre y su lanza. *Han elevado energías sobre él, y tan fuertes que son visibles incluso sin una senda*, pensó Shell.

—¡A formar para defender el muro, prisionero! —le dijo el guardia a Penas.

—¡Mierda! —murmuró Tollen tras ella—. Ahora sé quién es. El mariscal del muro Quint. El único elegido que no queríamos encontrarnos.

Penas se metió en la sala. Sostenía los dos palos apuntados hacia abajo, en un ángulo que los apartaba un poco del cuerpo.

—Déjanos pasar y no crearemos problemas.

El rostro lleno de cicatrices de Quint se crispó con una mueca de desdén casi sobrenatural.

—¿Pasar? Pues claro que puedes pasar. Se te necesita para defender el muro. Los jinetes se están agitando. Ahora es tu oportunidad de servir a la Señora.

Así era, las olas estaban machacando el muro, pero incluso Shell, novata como era en aquel sitio, notaba la diferencia: la arritmia del golpeteo y la relativa debilidad. Era como si se estuvieran retirando, pero era demasiado pronto para eso.

—Declinamos el honor de morir por tu Señora —dijo Penas.

El hombre levantó la lanza.

—¿Por qué? Vais a morir de todos modos. —Y lanzó una estocada. Penas bloqueó la lanza con los palos cruzados y atacó con una patada que hizo retroceder al hombre. Este gruñó, se recuperó al instante y empujó a Penas hacia atrás con una serie de estocadas cortas. Shell se sobresaltó: Penas era el maestro de armas de su compañía mercenaria; nadie podía enfrentarse a él. Sí, los había que podían aguantar más tiempo, o incluso imponerse a él, como Barras, Lazar o Despellejador, pero en técnica y habilidad con cualquier arma, el hombre no tenía rival.

Libraron un duelo de ese modo durante un rato, ninguno era capaz de atravesar la defensa del otro. Shell observaba, su asombro iba creciendo por momentos. ¿Quiénes eran esos guardias de la tormenta? Era obvio que no habían exagerado con su reputación.

Con un gruñido de enojo, el elegido, Quint dio un paso atrás y apuntó con la lanza.

—Tienes talento, he de admitirlo. Una pena que te niegues a darle el uso adecuado. Pero se acabó. Veamos qué te parece un toque de la ira de la Señora.

El aura que jugueteaba alrededor del hombre se intensificó en sus manos y cobró vida con un fulgor brillante. Shell no tuvo tiempo de gritar una advertencia antes de que saliese disparado de la punta de la lanza y golpease a Penas en pleno pecho. El guardia carmesí se tambaleó hacia atrás, el aura bailoteó a su alrededor con un chisporroteo. Chocó de espaldas con una pared con un crujido nauseabundo que hizo caer otra lluvia de polvo del techo, pero no se derrumbó.

Quint lo miró, asombrado.

—¿Cómo es posible? ¿Vives?

Penas se limpió la sangre de la mejilla y la boca y se sacudió como un perro.

—No es la primera vez que siento algo parecido, mariscal del muro. En otro continente y de otro supuesto dios. Parece que he desarrollado cierta tolerancia.

Quint se puso entonces en posición de guardia.

—Entonces tendremos que resolver esto como en los viejos tiempos.

Penas suspiró y sacudió la cabeza.

—No. No tengo tiempo. —Levantó los brazos y Shell vio que su senda D'riss acudía a él, la senda de la Tierra y la Piedra. Estiró los brazos de golpe y respondió con un estallido de poder que golpeó al mariscal del muro y lo mandó volando de

espaldas hasta derribar la pesada puerta de varios paneles y caer dando vueltas en el muro repleto de escombros y salpicado de hielo.

Tollen dejó escapar un lento silbido que Shell secundó. *Sí, es fácil olvidar que este hombre es también uno de los magos más fuertes de la Guardia.* Shell atravesó lo restos hasta llegar junto a Penas.

—Has decidido tantear el ambiente, ¿no?

Penas le dedicó un encogimiento de hombros, avergonzado.

—Supongo que ahora mismo la Señora está demasiado ocupada para que le importe mucho.

Los malazanos y otros prisioneros avanzaban ya.

—Vamos —exclamó Tollen.

Fuera, fragmentos enormes de hielo hecho pedazos asfixiaban el camino de ronda. Se habían abierto brechas en los lados y edificios enteros habían desaparecido, se habían deslizado por la parte posterior o se habían derrumbado. Una gran grieta recorría el costado de la torre, los bloques de piedra revestida hechos pedazos. El viento aullaba, desbocado entre los escombros, empujando el hielo pulverizado contra la cara de Shell. Mientras estaban allí, buscando con los ojos un modo de atravesar aquella carnicería, una figura se irguió entre los restos destrozados, una figura que se desprendía de astillas de hielo roto: el mariscal del muro Quint.

—¿Es que ese tío es incapaz de quedarse en el suelo? —rezongó Penas.

—Ahora ya sabes lo que se siente —se quejó Tollen.

Penas miró a los ojos a Shell.

—Veamos si sabe nadar...

El mago estaba haciendo un gesto para alzar su senda de nuevo cuando un estallido de poder explotó entre él y Shell y los arrojó a un lado. Shell vislumbró por un instante las aguas que se encabritaban y azotaban el muro antes de chocar contra la piedra con un impacto capaz de quebrar varios huesos.

Cuando Ussü regresó a sus aposentos se encontró la puerta abierta y sus dos ayudantes huidos. *Muy bien. Ya no quedan criados como los de antes...* El juramentado de la Guardia Carmesí, Barras, no se había movido. Ussü comprobó los pernos y las cadenas, dándole a cada una un tirón. Seguían resistiendo.

El verdadero estallido estaba de camino. ¿Dónde capearlo? La cámara presumía de un sólido escritorio construido con gruesos maderos. *¿Bajo esto? Muy poco digno.* Fue a la entrada, bloqueó la puerta para que no se cerrara y se apretó contra el marco. Tendría que servir.

Lo oyó justo antes de que golpeará. Qué apropiado, decidió, que llegara con un rumor sordo, como la avalancha y el corrimiento de tierra que era. Después, una sacudida lo sacó de la puerta y lo mandó dando vueltas por el pasillo como un

muñeco. Unas fracturas provocadas por la vibración anunciaron el parto de enormes fragmentos, alumbrados por la funda de hielo de la torre. Un crujido se disparó por el techo, las vigas explotaron y lo cubrió la roca pulverizada que se diseminó como una lluvia.

Cuando los temblores se aquietaron, se movió con un gemido y se sacudió el polvo del pelo. Se tambaleó como un borracho hasta su sala entre los escombros caídos en el pasillo. Dentro, lo recibió un viento gélido que atravesaba la cámara; los impactos del caído habían arrancado las contraventanas. Su presa yacía estirada sobre la gruesa mesa como antes, brazos y piernas sujetos. Ussü apoyó la oreja en el pecho desnudo del hombre sin hacer caso de la fea herida abierta de la que rezumaba sangre.

¡Un latido firme! Tan fuerte como antes. ¡Como si nada hubiera pasado! Gracias, mi Señora. ¡Con semejante fuerza aparentemente inagotable de la que hacer uso, imagina lo que puedo lograr!

Limpió el polvo y la suciedad que cubría al hombre. Apartó de la herida las piedras más grandes y la grava. ¿Se molestarían los jinetes en atacar allí? Por alguna razón le parecía que no. Tenían su brecha en otra parte. No, serían los malazanos. Esa era su oportunidad de acabar con ciertos asuntos. Hacer añicos una sección del muro era una cosa, la piedra y la madera podían repararse. Aplastar a los korelrianos sería otra muy diferente.

Era difícil pensar con fuerzas tan enormes presionando sobre él. El poder creciente era como una montaña suspendida sobre su cabeza. Un desplazamiento inmenso se abalanzaba sobre el Estrecho. Y él, incluso desde esa distancia, lo sentía como la bota de un gigante aplastándolo.

¿Y qué había del jefe supremo? Alzó su senda y arrojó su visión hacia el sur. Lo que vio le provocó una sacudida que casi lo puso enfermo. *¡No! ¡Idiota! ¡El hombre tenía su ejército todavía en formación a plena vista de la costa! ¿Por qué no estaba en las tierras altas? No tenía ni idea... pero no, por supuesto que no. ¡Dioses! ¡Debo advertirlo!*

Ussü se arrojó sobre Barras. Metió la mano en la herida con un empujón salvaje, apartó la glutinosa costra de sangre y fluidos y rebuscó entre los órganos. Sus dedos se deslizaron alrededor de un pulmón y atravesaron los desgarros de grasa y fibra muscular que rodeaban el corazón palpitante. Bajó la cabeza hasta casi apoyarla en el pecho del sujeto, cerró los ojos y extendió los sentidos para tomar la energía adicional necesaria para un envío. Se apoderó de ella y proyectó su conciencia hacia el sur.

Encontró a Yeull envuelto en capas de mantas y pieles, de pie, fuera, observando cómo ardía su tienda. Lo rodeaba el caos, soldados corriendo por todas partes.

—¡Jefe supremo! —exclamó en tono imperioso para que lo oyera por encima del tumulto. Los ojos del hombre se dispararon a su alrededor, en su busca. La mueca de

la boca bajó y frunció el ceño todavía más.

—¿Qué brujería es esta? —murmuró con los ojos convertidos en meras ranuras.

Ussü sabía que Yeull estaba viendo su imagen, leve y vacilante, perfilada por las energías de su aura.

—¡Tengo noticias! ¡Una advertencia!

—¿Una advertencia? —El jefe supremo extendió los brazos—. Un poco tarde, me parece a mí.

—¡No! Peor... ¿Por qué siguen aquí? ¿Por qué no se han dirigido al interior?

La mirada de Yeull se recubrió de una especie de astucia satisfecha y su boca se crispó en una pequeña sonrisa.

—Mejor darles a los korelrianos un buen susto, ¿no? Nos apreciarán mucho más una vez que los hayamos rescatado de estos invasores...

Ussü no pudo contenerse más. Todo lo que había soportado con aquel hombre lo invadió de repente y lo asfixió como vómito que hubiera tragado.

—¡Cretino aborrecible! Por culpa de tus maquinaciones infantiles...

—¿Eh? ¿A qué viene eso? ¿Te ha vuelto loco la Señora, hombre?

—¡Escúchame de una vez y huye! ¡Corre! ¡Ordena a todo el mundo que suba a terreno alto! ¡Abandonadlo todo!

Yeull frunció el ceño con expresión confundida.

—¿Qué pasa? ¿Correr? ¿Para qué?

—¡Una ola devastadora! Una riada... —Ussü se interrumpió cuando fuera de la torre de Hielo, justo bajo sus pies, otro mago anunció de repente su presencia alzando su senda—. ¡Tú solo ordena a todo el mundo que corra a tierras altas! ¡Estás advertido! —Y se apartó de Yeull cuando el hombre abría la boca para pedir más explicaciones, o para objetar.

Ussü utilizó su poder y el de la Señora, además de la energía vital de su sujeto, y sondeó de forma pasiva torre abajo hasta encontrar al mago. *Un practicante de D'riss ... y fuerte. Muy bien. Tendré que dar un buen golpe, asegurarme de inmediato.* Empezó a sacar y enroscar poder, a reunirlo en un estallido almacenado que desatar con un solo gesto. Cuando todo aquel potencial estaba casi desbordando su control, la proyectó torre abajo y la liberó.

La descarga lo sacudió en su alta cámara. La torre entera gimió y se movió. Llovió más polvo y, en algún lugar, una viga se hizo pedazos en una explosión de respuesta.

Dedos decidió que ya estaba harto de la vida sin acceso a una senda. Esos puñeteros guardias de la tormenta le habían plantado la torques de muñeca de otataralita y, desde entonces, la vida no había sido más que una larga indignidad. Lo obligaban a salir al frío gélido para echar a esos puñeteros jinetes del muro, ¡y casi lo atravesaban

en el proceso! Y encima estaba enfermo como un perro y deseando morir... ¡si pudiese!

Entonces alguien desata la mismísima furia de Ascuá contra la muralla de las Tormentas y él, con la torques puesta, lo único que puede hacer es mirar mientras el temblor golpea y derriba la torre a su alrededor. Sabía que habría muerto si no fuera por el juramento. Al parecer, la otataralita no remediaba su eficacia. Había trepado por piedras rotas, había subido escaleras repletas de escombros, se había arrastrado por encima de cuerpos tendidos que habían estallado como granadas y en ese momento estaba tirado en el muro, fuera, manchado de mierda, en algún sitio de esa condenada muralla, los dioses sabrían dónde, ¡tirado como un perro! Las dos piernas rotas y ni una puta forma de curarse a sí mismo.

Jadeando, casi delirante de dolor, alzó la cabeza y estudió la navaja que le había quitado a uno de los cadáveres. *Lo único que queda...* Apretó la mano derecha, con la palma hacia arriba, contra las losas congeladas y apoyó el filo del cuchillo en la muñeca. *¡Adiós, mano! Se acabó trepar con cuerdas.*

—La verdad es que deberías estar muerto —dijo alguien con voz profunda sobre él.

Dedos miró arriba, parpadeando, a punto de desmayarse.

—¿Qué? —Quienquiera que fuera, el tipo era un gigante que ocultaba la mayor parte del cielo.

—Eres mago, ¿no?

Dedos tragó saliva y consiguió articular una débil afirmación. Después dejó escapar un chillido y se le oscureció la visión cuando el hombretón le dio un tirón a la mano derecha.

—Quieres quitarte esto, ¿eh?

Dedos solo pudo sisear que sí.

—Muy bien. Todos los demás están muertos, que yo vea. Solo hemos sobrevivido nosotros dos. Yo me voy. Pero antes de irme, recuerda que yo, Hagen de los toblakai, te rescaté.

Dedos asintió. *Sí, desde luego, Hagen, sí. Quien sea.*

El gigante retorció la torques y Dedos volvió a chillar cuando el tipo estuvo a punto de romperle la muñeca. Pero entonces quedó libre y sintió que se le abría la senda una vez más. Suspiró, casi en éxtasis, y le apeteció abrazar a aquel gran simio desgreñado. Pero el tipo, Hagen, se había limitado a echar a correr hacia la parte trasera de la muralla. Dedos se lo quedó mirando sin comprender cuando el hombretón aceleró el paso, cada vez más, hasta que un salto enorme lo alzó, lo pasó por encima de la muralla y lo hizo desaparecer.

Dedos se quedó observando durante un rato la sección vacía de piedra por donde había saltado el gigante y pensó, *¿de verdad era un toblakai?*

Luego, parpadeando y sacudiendo la cabeza como si se despertara de un trance, se puso a curarse las piernas para poder, por lo menos, ponerse en pie; y no era que a él se le diese muy bien esa complicada senda Denul.

En el atestado suelo de piedra de la enfermería, entre las camas volcadas, los instrumentos caídos y los fragmentos de piedra, Corlo yacía con los ojos clavados en una titánica viga de madera de treinta centímetros de anchura y otros treinta de grosor, pero partida por la mitad y colgando justo encima de él.

Había alguien a su lado, hablando, pero él no le hizo caso. *Cae*, la instó. *¡Cae, cabrona! ¡Párteme por la mitad!*

El tipo estaba diciendo algo de una sierra y cortar, Corlo solo pensaba que ojalá se fuera de una buena vez.

Por todos los dioses del cielo y del inframundo, ¿por qué sigo vivo? ¿Qué he hecho que fuera tan terrible para merecer semejante castigo? ¿Por qué me han elegido para esto? ¿No has acabado ya conmigo? ¿Qué más podrías sacarme?

Algo le mordió la pierna y bajó la vista. El tipo (¡Jemain!) le estaba cortando la pierna por la rodilla. *¡Jemain me está cortando la pierna!*

Corlo se le tiró al cuello. Enganchó los dedos alrededor de la garganta de Jemain, pero este se deshizo de él con facilidad... ¡estaba tan débil! ¿Por qué estaba tan débil? Con un brazo apretando el pecho de Corlo, Jemain volvió a serrar a la altura de la rodilla.

Cuando los dientes de hierro se deslizaron bajo su rótula, Corlo se desmayó.

Shell despertó tirada de costado. Tenía el brazo derecho entumecido y era una agonía aspirar más aire del que permitía el más superficial de los jadeos. *Costillas rotas*. Solo el alzamiento instantáneo de la senda de Penas le había salvado la vida en aquel ataque. En cualquier caso, no había salido muy bien parada. Desde donde estaba podía ver a Lazar, cerca de las almenas hechas pedazos, entablado combate con dos guardias de la tormenta, y ambos lucían el aura de llamas de lo que ellos llamaban la Gracia de la Señora.

«Posesión» sería como lo llamaría ella.

Al otro lado de la muralla, los prisioneros fugados, malazanos en su mayoría, se enfrentaban a los korelrianos que dominaban las escaleras, el mariscal del muro Quint entre ellos.

Pero en el centro del camino de ronda, Penas estaba sufriendo un castigo terrible a manos de ese mago que se había anunciado de repente. ¿Un mago? Ella creía que los korelrianos esos no tenían magos. ¡Y encima de un poder aterrador!

Las energías azotadoras estaban haciendo retroceder a Penas hacia el saliente medio deshecho del muro. Más allá, los mares estaban embravecidos, llenos de

espuma y revueltos, el temblor debía de haber golpeado también el fondo marino. En cuanto a los jinetes, parecían demasiado preocupados para aprovechar el caos reinante. Las olas seguían golpeando, sin embargo, inundándolos con riadas de aguas gélidas que llegaban con cada embestida.

Alrededor de Penas, el hielo crepitaba y se fundía en el oleaje de energías desatadas por ese mago. Poco a poco, con firmeza, Penas se veía empujado al borde del muro.

Era obvio que la intención de ese korelriano era tirarlo por el borde. ¡Dioses! ¡Y ella no podía ayudar! Solo con tensar el pecho ya sentía que la atravesaban unas saetas que le producían un dolor insufrible; hizo una mueca de dolor, apretó los ojos y sintió que las lágrimas se congelaban en sus mejillas. Entonces sintió una mano en el pecho y el alivio... bendito bálsamo. Aspiró una bocanada estremecida de aire que llevó a lo más profundo de los pulmones y abrió a los ojos para ver a Dedos arrodillado a su lado. Su compañero le dedicaba una gran sonrisa de aliento.

—Parece que Penas por fin ha desenterrado una verdadera amenaza.

Shell aspiró una maravillosa bocanada de aire más, asintió mirando a su amigo y juntos arrojaron todo lo que pudieron reunir contra el mago.

¡Más de esos magos enemigos! Ussü se sorprendió, pero con los recursos que tenía a su disposición, estaba más que preparado para recibirlos. El manantial de poder que sostenía a ese juramentado parecía no tener límite; mientras que la bendición de la Señora, aunque menguante, continuaba. En ese flujo de energías percibió una conciencia, la propia Señora quizá, distraída, agitada, dirigiendo hacia donde él estaba una orden rápida y despiadada: *¡Asésinalos a todos!*

Desde luego, mi señora. Ussü se les echó encima para machacar a ese mago de D'riss, ¿por qué no se caía aquel hombre? Parecía tener una resistencia imposible al poder que le estaba vertiendo encima. *¡Muere, maldito seas! ¿Cómo es posible que sigas vivo? ¿Quién es este prisionero? ¿Otro mago del cuadro malazano?*

El cuerpo que tenía bajo él sufrió una convulsión y el temblor a punto estuvo de desprenderlo. Ussü abrió de golpe los ojos y vio a solo un aliento de distancia al sujeto, el juramentado, despierto y furioso, invadido por una rabia abrasadora. Ussü se quedó mirando al hombre.

—¿Estás consciente? —dijo sin aliento, maravillado.

La boca amordazada se estiró en una sonrisa espeluznante. Los músculos de los brazos y el pecho se tensaron, incluso alrededor de la muñeca de Ussü se tensaron, y el hombre forzó las cadenas que lo retenían. El rostro acalorado, las venas sobresaliendo y retorciéndose. Ussü no podía creer lo que estaba presenciando. ¿Qué creía ese hombre que podía...? Y entonces se le ocurrió: ¡el terremoto! ¡Dioses, no! Lanzó una mirada rápida al suelo. Los bloques de piedra se habían movido, el

temblor los había empujado. El perno de hierro estaba vibrando, se estremecía, machacaba la losa.

Oh, no. Dioses, no. Por favor, no juguéis conmigo así. Apretó la mano, lo que provocó otra convulsión y más golpes del hombre.

—¡Tengo tu corazón! ¡Para! ¡O lo aplastaré!

Aquella sonrisa espeluznante, casi perturbada, permanecía fija en la boca amordazada.

¡No! ¡Para! No lo...

El perno resonó y se soltó de un tirón. Los brazos aplastaron a Ussü contra el pecho del hombre.

Pero Ussü mantuvo su presa y consiguió conjurar los ataques combinados de los tres magos. Las cadenas cayeron con un estrépito. El juramentado se bajó la mordaza.

—Ahora te tengo yo a ti —dijo entre dientes.

Ussü retorció el puño: el órgano se esforzó, exprimido en la mano del mago. Los ojos del hombre se vidriaron de pura agonía, parpadearon, los brazos se debilitaron.

—¿Quién morirá primero, me pregunto? —inquirió.

Barras se sacudió las cadenas de los brazos. Llevó de golpe una mano a la garganta de Ussü.

—Se te olvida —jadeó, ronco por la inimaginable tortura que había soportado—, que yo no puedo morir.

—Sí que puedes. —Y Ussü apretó con todo su poder, con la intención de convertir en pulpa la bola de músculos estremecidos que tenía en el puño. Pero la mano de Barras apretó también y aplastó la garganta de Ussü, cortándole la respiración, la fuerza vital de los pulmones. Cuando a Ussü empezó a escapársele la vida, de repente vio en lo más profundo el manantial de poder inagotable que sostenía al juramentado y comprendió su fuente. Observó el rostro crispado, acalorado, del hombre, a menos de un palmo de distancia del suyo, horrorizado por la magnitud del descubrimiento. Abrió la boca para decirle «Tienes idea...».

Barras siguió estrujando hasta que sufrió un calambre en los dedos que apretaban, sacudió el cuerpo una última vez para asegurarse y después relajó la mano con la que sostenía el cadáver. Con la otra y con toda suavidad, oh, con mucha maldita suavidad, cogió la muñeca que entraba en su pecho y con lentitud, y tanto cuidado como pudo, tiró.

El dolor volvió, una tortura como no había experimentado jamás. Un fuego abrasador, cegador, brotó de nuevo en su mente. Todos sus deseos de morir no eran nada comparados con su deseo de liberarse de esa agonía. ¡Lo que fuera! La muerte sería como el bálsamo más relajante. Infinitamente preferible.

La mano se liberó con un ruido de ventosa enfermizo. Asqueado, Barras arrojó el

cuerpo a un lado solo para hacer una mueca, jadear y acunarse el pecho. Se quedó así un buen rato: sentado, acurrucado alrededor de la herida, envolviéndose el torso con los brazos. El menor movimiento era una ordalía que no soportaba plantearse siquiera.

Tras un rato había alguien en la puerta. Barras abrió un ojo para ver quién era. Se trataba de Penas. El hombre entró con precaución, tan silencioso como pudo, pasando por encima de la basura. Barras levantó un dedo para detenerlo.

—Ni se te ocurra tocarme, joder.

Penas le echó un vistazo al mago caído y asintió con gesto solemne. Barras se señaló las piernas encadenadas. Su camarada agitó una mano y la cadena cayó. Barras apretó los dientes y fue bajando una pierna al suelo, después la otra. Penas se acercó a ayudarlo, pero su compañero lo alejó con un ademán.

—Salgamos de este puto agujero del Embozado.

Penas se hizo a un lado en la puerta.

—Y que lo digas, joder.

Estaban en las escaleras, Penas por delante, echándole miradas rápidas y preocupadas a Barras, cuando alguien los llamó desde una sala bloqueada.

—¡Hola! ¿Hay alguien? ¡Hola!

Barras se irguió sin dejar de acunarse el pecho, los ojos muy abiertos.

—¿Jemain? ¿Eres tú?

—Sí. ¿Barras?

Barras señaló la entrada bloqueada. Penas hizo un movimiento y las piedras empezaron a apartarse. El rostro nervioso de Jemain apareció en la brecha.

—¡Barras! Corlo está aquí... está herido.

En el muro, Dedos intentó levantar a Shell, que, entre muecas y siseos, se liberó las manos.

—¡Espera! ¡Escucha!

—¿Qué?

—¡Agárrate a algo, ya!

Dedos miró la bahía y gruñó.

—Ah... mierda...

Una ola se estrelló contra las maltratadas almenas, las superó con facilidad y siguió avanzando hacia ellos. Apartó bloques sueltos, los golpeó y sumergió a Shell. La bruja resistió, esforzándose por no verse fuera del muro y arrojada por la parte posterior para estrellarse contra las rocas del fondo. A través del lodo de aquella agua fría y letal, vio rielar la armadura de un jinete de la tormenta que se alzaba ante ella.

Shell arrojó la cabeza hacia atrás, aspiró, jadeante, bocanadas de agua, los

miembros temblando de un modo casi incontrolable. La entidad bajó la cabeza para mirarla. Su espada permanecía envainada en el costado y no había señal de ninguna lanza. El yelmo cambió de posición y observó a su alrededor. Después alzó un brazo, la armadura de escamas destelló iridiscente, pareció hacerle un saludo militar, y luego retrocedió.

Dedos apareció al lado de Shell y la sostuvo. Juntos observaron a la entidad, que llegaba a las destrozadas almenas exteriores, retrocedía y desaparecía.

—¿De qué iba todo eso? —preguntó Dedos con un tartamudeo.

—Creo que aquí ya han terminado.

—Y nosotros también —rezongó Dedos—. Vamos.

En una de las direcciones advirtieron que la Guardia de la Tormenta se incorporaba allí donde bloqueaban el único acceso que salía de la muralla. De los malazanos, Shell no vio señal alguna. Dedos apuntó hacia el otro lado; Lazar luchaba chapoteando entre las aguas cada vez más escasas, librando un duelo con dos guardias de la tormenta que todavía brillaban con el aura de la Señora. Los dos, Shell y Dedos, alzaron sus sendas.

Su ataque combinado machacó a ambos elegidos y los arrojó del muro, cayeron dando vueltas en las olas coronadas de espuma, donde desaparecieron. Shell se sujetó el lado entumecido y se unió a Lazar para asomarse al borde roto de la muralla y observar las aguas que levantaban espuma allí abajo.

—Gracias a los dos —dijo Lazar; le costaba respirar—. No había forma de derribar a esos tipos.

—Y a ti tampoco —comentó Dedos cuando llegó cojeando por detrás.

Lazar se quitó el yelmo completo y el vapor levantó jirones en el aire gélido con el sudor que le empapaba el pelo y le bajaba por la cara. Cogía el aire a grandes bocanadas, resoplando y jadeando; entonces se asomó a la ensenada y se quedó inmóvil.

—Maldito Embozado...

Shell miró y se le puso la carne de gallina de auténtico terror. Una ola iba subiendo por la estrecha bahía, una ola que no se parecía a nada que ella hubiera visto antes. Más bien una montaña de agua, entretejida de aguanieve y coronada por espuma blanca, que ya se cernía mucho más alta que la muralla en sí.

—Por la tirada de Oponn —dijo Dedos sin aliento.

Lazar dio un golpe en el brazo de Shell, que esbozó una mueca de dolor.

—¡Vámonos!

Se encontraron con Penas y Barras en la entrada de la torre. Jemain iba detrás con un inconsciente Corlo en brazos, una de cuyas piernas terminaba en un muñón vendado.

—Tenemos que irnos —le dijo Dedos a Penas—. Ahora.

—¿Qué hay de los malazanos? —preguntó Shell. Miró adonde continuaban los cuatro guardias de la tormenta korelrianos, Quint incluido, defendiendo las escaleras. Solo eran visibles unos cuantos cuerpos malazanos caídos.

—Salieron corriendo hacia el paso alto —dijo Penas.

—Que tengan buena suerte —añadió Dedos.

—Penas... llévanos —advirtió Shell. Quint les había hecho un gesto a sus hermanos de la Guardia de la Tormenta y se estaban acercando.

—¡Está bien, está bien! —respondió Penas—. Nos vamos. No os separéis.

Quint rodeó el lado de la torre y se encontró el muro... vacío. Los extranjeros habían huido; habían utilizado su extraña brujería de sendas para escapar. Un movimiento en la ensenada captó su atención y se quedó mirando. Al principio no podía creer lo que estaba viendo, la magnitud era imposible. Ninguna ola podía ser tan alta, tan inmensa. Una vocecita le susurró en el fondo de la mente: *Es el final profetizado de la muralla de las Tormentas, después de todo. Primero la tierra tiembla y después las aguas llegan a reclamar la tierra... ¿no era esa la antigua advertencia sobre el fin del mundo?*

Quint miró su lanza, la hoja maltratada y llena de marcas, la gracia de la Señora menguando, tan leve, y después miró aquel risco titánico de agua que se acercaba, más grande de lo que había visto él en más de cincuenta años, alzándose en esos instantes a una altura de más de seis brazas.

Malditos seáis...

Alzó la lanza y la sacudió en la abrasadora extremidad de su rabia.

¡Maldito sea todo el mundo! ¡Maldito sea todo! Maldito...

La montaña de agua se estrelló contra el muro y dio vueltas, sin freno, rebosando como una catarata, lavando, restregando, imparable. Cuando fue menguando y el agua se drenó por ambos lados del curso de la muralla, el núcleo de piedra permaneció, irregular, castigado, liberado de todo, vacío de todo movimiento.

A medida que avanzaba la tarde, empezó a caer una nueva capa de nieve: sobre las aguas grises y tranquilas de la ensenada, sobre las piedras desnudas de la muralla, donde ninguna pisada la estropeó. Durante la noche se heló, convertida en una capa limpia de escarcha y hielo.

Durante toda la lucha que se libraba abajo, Hiam permaneció arrodillado, rezando. Rezaba para pedir perdón. Para hacer penitencia. Y para pedir consejo. Hizo caso omiso de los gritos, los estallidos y la agitación. Las manos juntas, los ojos cerrados con fuerza, suplicando, rogando. *¡Señora! ¡Por favor, responde! ¿Cómo te hemos desagradado? ¿Dónde hemos pecado? ¡Por favor! En el nombre de nuestra devoción, ¿no querrás honrarnos con tu consejo?*

En un momento determinado algo enorme se abalanzó contra la torre con el rugido de una avalancha que pareció el fin del mundo. El impacto empujó a Hiam contra un muro y dejó la torre inclinada, amenazando con desmoronarse en cualquier instante, pero él no cejó en su obstinada plegaria. Su celo tendría que recibir recompensa en ese lance tan duro.

Tras un tiempo que él no supo cuánto duró (y tampoco le importaba), llegó una respuesta. La voz de la Señora le susurró como si le hablara al oído: *¡Me habéis fallado, lord protector!*

Él se inclinó hasta el suelo, abyecto en su piedad.

—¡Mi Señora! ¿Cómo? ¿Cómo fallamos? ¿Cuál fue nuestro pecado? Permítenos arreglarlo.

¿Arreglarlo? ¡Fracasasteis! ¡Los tengo encima! ¡Los dejasteis pasar! ¡Jurasteis protegerme!

—Mi Señora, nuestro acuerdo sagrado continúa en pie. Protegeremos las tierras como juramos...

¿Las tierras? ¡Las tierras! ¡Me protegéis a mí! ¡A mí! Y habéis fracasado incluso en esa sencilla tarea, miserable idiota.

Hiam se incorporó, confuso.

—Juramos proteger todas las tierras, bajo tu bendición y consejo, por supuesto.

¿Las tierras? ¡Serás idiota! ¡Vuestra sangre me protegía de mis antiguos enemigos! ¡Y ahora ahí vienen!

—¿Nuestra sangre te protegía... a ti?

¡Sí, imbécil! El sacrificio de sangre los detiene. ¡Pero ahora están pasando! ¿Qué me queda a mí? ¿Quién...? ¡Espera! Los noto cerca. El antiguo enemigo. Me han seguido incluso hasta aquí. ¿Cómo me ocultaré? ¡Tú! ¿Por qué no has muerto por mí? Hazlo... ¡ahora!

Y la presencia de la Señora desapareció de golpe, dejando a Hiam tambaleándose. Su mente era incapaz de reaccionar. Se llevó las manos al cuello. Todo ese tiempo... entonces todo ese tiempo... No. Era demasiado terrible planteárselo. Demasiado horrendo. Un crimen monstruoso.

Se levantó del suelo y retrocedió hasta una pared como si se apartara de un enemigo invisible. Era mentira. Un engaño. De algún modo. Pero no. Esa había sido la Señora. Conocía su presencia.

Al fin había llegado a los verdaderos cimientos de su fe y ojalá nunca lo hubiera hecho.

Sus pensamientos abrasados se volvieron hacia todos los hermanos que lo habían precedido, todos ellos buenos hombres y mujeres. Tantos. A lo largo de las eras. Su corazón se elevó hacia ellos con un dolor insoportable. ¡Incontables! Todos confiando en la verdad de su causa... Sí, confiados y... utilizados.

Cruzó el espacio que lo separaba de una ventana abierta y se quedó mirando sin verla la noche moteada de nieve. Sabía lo que tenía que hacer. ¿Qué era una muerte más? Moriría... pero no por ella.

No. Desde luego que no por ella.

Hiam trepó al alféizar de la ventana, se arrojó de la torre y cayó dando vueltas en las aguas coronadas de espuma que palpitaban en el fondo.

Los estibadores del laberinto de muelles del puerto que servía a la capital korelriana de Elri seguían debatiendo el temblor de esa mañana (cómo los altos pilotes oscilaban como los mástiles de los barcos) cuando, ante sus ojos, la marea se retiró de repente hasta un alcance nunca visto ni oído en ningún relato. Los peces yacían saltando y jadeando en el barro abandonado por las aguas. Los tocones podridos de antiguos amarraderos se alzaban como dientes irregulares en medio de las marismas de la bahía. Los ciudadanos, todavía aturdidos por el terremoto, se reunieron en el puerto para contemplar aquel espeluznante fenómeno.

Una extraña sombra verdosa creció en el cielo, al oeste. Comenzó a oírse un sonido como el de una tormenta lejana. La gente dejó de hablar para escuchar y mirar, silenciosa. Algo se acercaba por la bahía, un ancho estandarte verde, o un muro que se precipitaba sobre ellos como un corrimiento de tierras. El ruido fue creciendo hasta convertirse en el silbido furioso de un viento tempestuoso que se llevaba mantos y estandartes. Los ciudadanos empezaron a gritar y a señalar, o se giraron para echar a correr, algunos se limitaron a mirar, como en trance, cuando el muro se hinchó, transformado en una ola gigantesca que comenzaba a romper a unas siete brazas de altura. Se estrelló contra la costa sin perder velocidad ni vacilar, y arrasó tierra adentro, llevándose pueblos, senderos y campos en su camino a las fortificaciones meridionales de Elri, contra las que se estrelló de golpe, demoliendo esas murallas, tirando torres de guardia de piedra y abriendo una brecha de tres bloques a través de casas y tiendas aglomeradas.

Cuando el agua se fue retirando poco a poco, dejó a su paso una masa revuelta y glutinosa de ladrillo, barro, madera hecha pedazos y piedra de construcción. Lo absorbió todo y lo soltó ladera abajo, devolviéndolo a la bahía, donde no se volvería a ver. Y dejó tras ella una orilla de barro vacía una vara entera más allá de su contorno original.

En pleno laberinto de canales de la marisma salada del este de Elri, Orzu se quitó la pipa de la boca, olisqueó el aire y le echó un ojo al extraño color del cielo occidental. Se puso en pie de un salto, tiró la pipa y se llevó las manos a la boca.

—¡Todo el mundo a bordo! —bramó—. ¡Ahora! ¡Rápido! —El pueblo del mar se lo quedó mirando, inmóvil donde se habían agachado junto a las hogueras o donde se

habían sentado a atar juncos—. ¡Ahora! —ordenó Orzu—. ¡Abandonadlo todo! ¡Cortad las cuerdas!

Acunando a su bebé junto al pecho, Ena trepó a bordo.

—¿Qué pasa, pa?

—La venganza del mar, muchacha. Y ahora, átate. —Aparte, a otro bote, les rugió —: ¡Tira toda esa madera por la borda, Laza! Aligera la carga.

Ena se envolvió un brazo en una cuerda e intentó asomarse por encima de los grandes campos de juncos azotados por el viento que se mecían más altos que cualquier hombre. Una tormenta se abatía a toda prisa sobre ellos. Arrojaba una luz como ninguna que ella hubiera visto antes. Era como si el mundo entero se hubiera sumergido bajo el agua.

Se acercaba algo. Podía oírlo, un gruñido que iba aumentando en intensidad.

—¿Es otro estremecimiento de la gran diosa de la tierra? —exclamó.

—El viejo dios del mar se ha despertado. Y está enfadado. —Orzu empezó a gesticular con aire urgente—. ¡Madre! ¡Suelta esas bolsas y salta a bordo de una vez!

El bote dio una sacudida. Ena se asomó al costado: las aguas habían subido. Volvió la vista al oeste a tiempo de ver un muro oscuro que avanzaba como la noche, consumiendo las leguas de hierbas que se balanceaban.

—¡Aquí viene! —bramó Orzu.

El velero se estrelló de lado, girando como una peonza. Ena se golpeó la cabeza contra un lado y luchó por proteger al bebé apretado contra su seno. Cuando volvió a levantar la vista, se precipitaban al norte, arrastrados por las aguas, meciéndose entre una tormenta de restos: árboles arrancados, techos de chozas, troncos a merced de la corriente, todo en un mantillo revuelto de detritos mezclados con una corriente de barro. Ena vio que el bote de un primo quedaba encajado entre los troncos de dos enormes leños y se hacía pedazos. Sus familiares saltaron al techo de una choza que pasaba dando vueltas cerca.

La ola los llevó por encima de los acantilados de arena que bordeaban las marismas y los arrastró tierra adentro, cada vez más despacio, las aguas disminuyendo, mermando. Hasta que al fin, con un último jadeo de la bajamar, los alzó para posarlos ladeados sobre la ladera de una colina muy alejada de la vista de la costa. Ena se quedó sentada, observando con un asombro mudo las aguas que se retiraban, como si una ventosa las absorbiese, y dejaban a su paso un rastro de feo barro revuelto, tierra y rarezas varadas, como la pared de una choza de juncos, o su propio bote: un ornamento curioso para el campo de un granjero.

Orzu se dejó caer de golpe junto a ella y le echó un vistazo a la cabeza.

—¿Entonces te encuentras bien, niña?

—Sí.

—¿Y el bebé?

—Sí.

—¿Y tú, madre? —chilló Orzu.

—¡Bien, no gracias a ti! —rezongó la mujer.

—¿Crees que nuestros amigos tuvieron algo que ver con esto? —preguntó Ena, todavía bastante aturdida.

Orzu dio una palmada en el costado del barco.

—Bueno... eso no lo sé. Pero ahora supongo que tendré que hacer lo que llevo amenazando con hacer todo este tiempo.

—¿Y que es? —No estaba segura de a cuál de las amenazas podría referirse su padre.

—Dedicarme al campo.

Ena lanzó un bufido. Eso podría durarle un día.

—Vamos a por los demás —dijo Orzu al tiempo que se palpaba los bolsillos en busca de su pipa.

Los ejércitos roolianos reunidos aguardaban mientras sus comandantes, encabezados por el propio jefe supremo, debatían la estrategia a seguir. Habían limpiado el campamento tras los fuegos y el pánico provocado por la serie de temblores. Por suerte, aunque había habido algunos daños materiales y se habían perdido algunos caballos que habían huido, aterrados, no había habido una gran pérdida de vidas.

En una tienda nueva, acurrucado junto a un brasero, aunque por alguna razón sentía calor suficiente por primera vez en una década, el jefe supremo Yeull era de la opinión de que a esos invasores malazanos, elementos de los ejércitos Cuarto y Octavo, debía de haberles ido muchísimo peor en las escarpadas tierras altas, donde los corrimientos de tierras y las caídas de rocas eran tan comunes.

Varios oficiales permanecían agrupados, mirando con bastante nerviosismo al jefe supremo, que se había repantigado en un sillón y cuyo rostro permanecía sumido en su hosquedad habitual.

—¿Tienen previsto caer sobre Kor desde las montañas? —se preguntó en voz alta un joven capitán.

Yeull lanzó un bufido.

—Son idiotas. No conocen el país. La cordillera de la Barrera es un laberinto de desfiladeros y riscos afilados como cuchillas. Se morirán de hambre.

Los oficiales, ninguno de los cuales había puesto el pie jamás en Korel, asintieron con aire entendido.

Entró un mensajero y se inclinó junto al jefe supremo para susurrarle algo. Este frunció el ceño todavía más.

—¿Qué?

El mensajero señaló el exterior con un gesto. Enfadado, Yeull se levantó de un

tirón, se estiró el grueso manto de oso (aunque tuvo la tentación de quitarse de encima aquella prenda asfixiante) y se dirigió a la entrada.

—Echemos un vistazo.

Los oficiales lo siguieron. Fuera, Yeull se protegió los ojos con la mano y miró al sudoeste, donde la costa se curvaba en una bahía que daba paso a un cabo. La marea parecía haberse retirado a una distancia significativa cuando, en realidad, debería haber subido. Las marismas yacían expuestas en una fea ringlera marrón y gris. Yeull apretó los dientes. *¿Más supercherías ruse de esa bruja traidora? ¿Qué podría tener en mente?*

Recordó la advertencia de Ussü, pero la desechó. Ese hombre había dejado de serle útil. La Señora parecía haberlo arrastrado al fin a la senilidad. En cualquier caso, ellos estaban a salvo allí, lejos de la orilla, él se había asegurado de eso. Nada que... Entrecerró los ojos y miró al fondo de la bahía, donde el estrecho parecía estar experimentando unas condiciones inusualmente encrespadas. Estaba entrando algo en la bahía. Un alto abultamiento de agua, como un maremoto, pero rápido, más rápido que cualquier ola de la que él hubiera oído hablar.

A su alrededor resonaron gritos asombrados; los soldados señalaban.

Esa era mucha agua y la bahía no tenía apenas profundidad. La mirada de Yeull trazó la larga y suave elevación que se alzaba desde los acantilados de la orilla hasta su campamento.

Señora, no... Es imposible. No. Me niego a creerlo.

El gran abultamiento rodante no era solo de una altura desmesurada, sino también de una anchura desproporcionada: se extendía por toda la bahía, quizá incluso atravesaba el propio estrecho.

Aturdía su imaginación intentar siquiera concebir ese volumen de agua, y esa cantidad de potencial destructivo que se cernía sobre él.

El puñetero fin del mundo, ese del que esos chiflados de korelrianos siempre estaban hablando.

La ola, más que golpear la costa, lo que hizo fue absorberla, y después continuó su camino sin vacilación. Los soldados echaron a correr sumidos en un pánico generalizado.

Yeull permaneció donde estaba. Los oficiales gritaban rogándole instrucciones, pero él no les hizo el menor caso. *No. Imposible. No ocurrirá.*

El frente revuelto de barro, sedimentos, restos caídos de costa, incluso cascos de barcos en suspensión del asalto a la orilla, todo hecho pedazos y dando vueltas, llegaron subiendo la pendiente por los aires, hacia ellos. Su rugido era como el estallido de una avalancha. Los hombros de Yeull se hundieron. *Que los dioses te maldigan, Melena Gris. Has sido tú, ¿verdad? Por eso te odiaban tanto los elegidos. Esos fanáticos korelrianos por fin se han topado con alguien tan chiflado como ellos.*

¿No sabes que tu nombre pasará a la historia como el del mayor villano que ha conocido jamás esta región? Los malazanos no podrán entrar aquí en varias generaciones, has perdido estas tierras para siempre, para todos...

Inexorable, tras hacer pedazos dos granjas de piedra que quedaron reducidas a escombros y astillas, el frente de agua se abrió camino por el campamento. Barrió tiendas, pertrechos reunidos, masas de hombres. Lo último que vio Yeull fue un buche de troncos destrozados que se precipitaba directamente hacia él.

A bordo del buque insignia malazano, el Estrella de Unta, Devaleth esperó toda la noche y el amanecer del día siguiente. A instancias suyas, la flota combinada malazana y azul se había retirado al estrecho de la Grieta. Allí habían esperado mientras, que ella viera, no pasaba nada. Tenía que reconocerles a Nok y al almirante azul Torbellino que no se hubieran acercado a darle la lata con preguntas o exigencias de explicaciones. Le habían otorgado el título de maga suprema y también parecían dispuestos a concederle la debida credibilidad.

Todo eso cambió a primeras horas de la mañana, cuando un rumor sordo como el de una tormenta rodó sobre la flota concentrada. Devaleth miró al oeste. Un estallido mucho mayor de lo que ella esperaba. Para haberlos alcanzado desde tanta distancia y con tanto ruido...

Y luego, muy lejos, a través de la senda de Ruse, sintió la sacudida del mar. ¡Que el Mar Padre los perdonase! Era como los temblores submarinos de los que hablaban en la Academia de Ruse. Volúmenes inmensos de agua desplazada que creaban... Devaleth se apartó del costado del navío. Nok se encontraba cerca, había preocupación en su estrecho rostro arrugado.

—¿Qué ocurre, maga suprema? —preguntó.

Devaleth recuperó el habla y se apartó la mano de la garganta.

—Una ola, almirante. Mucho más devastadora de lo que había anticipado. Una gran riada. Debemos adelantarnos a ella. Ordene a la flota que se disperse, que se dirija al este... ya. Yo haré todo lo que pueda para facilitar nuestro paso.

Nok se inclinó y fue a dar las órdenes. Tras su marcha, Devaleth se aferró al costado para impedir que sus debilitadas piernas cedieran. *¡Facilitar nuestro paso! ¡Ríete, oh gran Mar Padre! También podría intentar contener un temblor de tierra con las manos desnudas. Hay que advertir a todo el mundo.*

El capitán Fullen, al mando temporal de la guarnición de Banith, se estaba afeitando cuando de repente vio una aparición que parpadeaba en su tienda y estuvo a punto de sufrir un ataque al corazón. Oyó una voz hueca, distorsionada, dirigiéndose a él, y la sacudida de sorpresa le produjo un corte que podría haber sido fatal.

—Comandante...

El hombre giró en redondo apretándose un trapo contra la cara y vio una imagen que rielaba, era la maga mare, la nueva maga suprema.

—Se acerca una gran ola —continuó la mujer—. Puede que tenga hasta el mediodía. Debe evacuar Banith de inmediato. Tome todas las medidas necesarias. Es una orden del almirante Nok.

La imagen vaciló y después desapareció. Fullen se quedó mirando el lugar en el que había surgido y se limpió la sangre y el jabón de la cara. Que Togg lo protegiese... como en las viejas historias sobre cómo solían hacerse las cosas en el Imperio. ¡Y él que había creído que jamás vería cosa parecida!

Salió corriendo de la tienda bramando órdenes.

Una aparición similar se presentó en muchas ciudades costeras: Balik y Molz en Katakan, Danig y Filk en Robo.

En Estigio, en las profundidades del palacio de recreo de Ebon, su gobernante se quedó boquiabierto mirando la imagen, escuchando su advertencia, y luego actuó a toda prisa: reunió a los veinte supuestos hechiceros, magos y brujas a los que pagaba para protegerlo de ese tipo de cosas e hizo que los ejecutaran de forma inmediata.

Solo en Mare, en Ciudad Negra y en Rivdo se dio algún crédito a las advertencias, aunque su origen estuviera en una maldita traidora.

Devaleth también intentó llegar al oeste, a Dour y Wolt en Dourkan, pero se topó en Ruse con alteraciones aplastantes que la hicieron retroceder y no pudo alcanzarlas.

Después de enviar las pocas advertencias que pudo, se sentó para acumular fuerzas. Acudió a Ruse, extendió sus invocaciones más lejos de lo que lo había hecho jamás, la potencia creciente que se acercaba por el oeste la llamaba, pero ella se alejó, sabía que la consumiría en un instante. En su lugar, optó por un viejo truco de las brujas del agua que utilizaba en su juventud: calmar el mar. Como aceite sobre agua, el aislamiento localizado de las aguas picadas. Era sencillo, fácil de sostener y eso la liberaría para concentrarse en menguar la quejumbrosa catarata de poder que atravesaba Ruse, potencia que la convertiría en cenizas en un solo instante de desconcentración.

Se alzaron gritos horrorizados, pero ella no abrió los ojos. Unas cuerdas la ciñeron de repente y la ataron a la pared de un camarote, pero para entonces se había alejado demasiado de su carne, montaba la onda de choque que recorría Ruse por completo. Por encima de un rugido hinchado resonó la voz de Nok, ordenando que izaran más velas. Devaleth procuró reunir un estanque de calma: una superficie lisa como una balsa de aceite que cabalgaría por encima de la espuma revuelta que se cernía sobre ellos. Tras lograrlo, empezó a trabajar para extenderla y proteger a tantos miembros de la flota como pudiera alcanzar.

El rugido se intensificó hasta un punto insoportable: nada podía penetrar en sus continuos truenos ensordecedores. El Estrella de Unta se precipitó de repente con una sacudida y cobró velocidad como el juguete de un niño. Se adelantó en una postura imposible. Una cuerda se partió con una explosión que atravesó el rugido; las tablas gimieron. El equipo bajó dando vueltas por la cubierta, rodando y estrellándose contra la proa. Las cuerdas que constreñían a Devaleth la sujetaron. Alguien gritó, cayó y rodó por la cubierta. La bruja luchó con todas sus fuerzas, casi al límite, no para mantener la obra de la senda, sino para contener las inmensas fuerzas que se esforzaban por atravesar su contramedida como un oso enfurecido atacando la más fina de las telas. Si consiguiera colarse aunque solo fuera la más pequeña fracción de aquello, la aniquilaría a ella y al navío.

El Estrella de Unta remontaba la ladera de una catarata, su ángulo lo inclinaba casi en picado. *¡La cresta! ¡Estamos sobre la cresta!* Devaleth presionó con todo su poder para mantener los contornos mentales del hechizo que calmaba el mar. Cómo agradecía su simplicidad, su elegancia perfeccionada por el tiempo. *¡Y en Mare despreciamos a las brujas del agua! ¡Saben lo que funciona y no se les ocurre interferir!*

Con otro siniestro coro de gemidos, el navío se aupó hasta ponerse más horizontal y cayó por la popa. La cima de un mástil se partió y se desmoronó con un estrépito que hizo estremecerse la cubierta. Devaleth mantuvo su concentración, se movía con la ola, facilitando el paso de todos los navíos que podía alcanzar.

Alguien estaba arrodillado con ella y le ponía un paño húmedo en la frente. La frescura y la amabilidad de aquel gesto la revivieron de una forma inmensa. Se atrevió a abrir un poco un solo ojo: era el viejo almirante, Nok.

—¿Cómo sabía que eso ayudaría? —consiguió decir con los dientes apretados.

—Me lo dijo una maga llamada Velajada... hace mucho.

Devaleth gruñó; por supuesto, ese hombre los había visto a todos.

—Bien hecho, maga suprema —dijo él—. Creo que ya hemos pasado lo peor. Y es lo peor que he visto jamás. El fin del mundo.

—No. No es el fin del mundo, almirante. El fin de su mundo.

Nok asintió, le apretó el hombro y se levantó; comprendió por instinto que ya la había distraído suficiente y se retiró.

Una vez que la titánica ola hubo barrido extensión suficiente, aventajando con mucho el progreso pesado de los navíos, Devaleth se relajó. Intentó levantarse, pero volvió a caer, atada. Agotada por completo, se aclaró la garganta.

—¿Quiere alguien quitarme estas cuerdas? —graznó.

Unos marineros la desataron y después el almirante azul, Torbellino, intentó levantarla con suavidad, pero la bruja no podía moverse. Su visión se sumió de repente en un remolino rosa y todos los sonidos desaparecieron. Un dolor terrible se

apoderó de sus articulaciones. ¡No! ¡La enfermedad de las profundidades! ¡La tenía!
¡Con el pánico había descuidado sus protecciones!

Gritos de alarma se alzaron a su alrededor cuando, de repente, con una explosión, empezó a vomitar grandes bocanadas de bilis y agua.

Ivanr había vuelto a su tarea de desherbar. Era un trabajo pesado, había estado fuera mucho tiempo. Era un trabajo exigente y él ya no estaba en forma. ¡Cómo le dolía el pecho al doblarse!

Alguien lo seguía, pero él no hizo caso.

—Ivanr —lo llamó—. Tu trabajo no ha terminado todavía.

¡Como si no lo supiera, mira qué desastre de jardín!

—Tu jardín se encuentra en otro lugar...

Ivanr se volvió hacia la molesta voz y se encontró contemplando la forma pequeña y esbelta de la sacerdotisa. *Estás muerta.*

—Y tú también lo estarás si sigues apartándote de tu obligación.

¿Obligación? ¿No he hecho suficiente?

—No. Una vida entera no sería suficiente. La lucha es interminable.

Lo sé. Señaló a su alrededor. *¿Lo ves?*

—Exacto. Te necesitan. Piensa en ello como... la administración de la que alguien ha de encargarse.

Que se ocupe otro. Se inclinó para seguir desherbando, hizo una mueca y se sujetó el pecho.

—No. Ha recaído sobre ti, no porque seas especial o porque te haya elegido el destino. Es solo que te toca a ti. Como me tocó a mí.

Ivanr se irguió y se estudió las manos embarradas. *Lo entiendo, supongo. Nada de esa estupidez de ser el elegido, singular y único, y demás tonterías.*

—Sí. Te toca a ti, como le toca a todo el mundo en algún momento. Nos ponemos a prueba al responder.

Él asintió poco a poco y alzó los ojos al cielo. *Sí. La prueba es cómo respondes. Sí.* Se frotó las manos. *Supongo...*

—¿Ivanr? —lo llamó otra voz, la de una anciana—. ¿Ivanr?

Parpadeó y abrió los ojos a las pieles sin curar de su tienda a las afueras de la ciudad, en su cama. Era de día. La vieja maga, la hermana Gosh, se inclinaba sobre él, los largos rizos sucios de su cabello pendían sobre él.

—¿Ivanr?

—¿Sí?

La mujer dejó caer los hombros de puro alivio.

—Gracias a los dioses extranjeros. Estás vivo.

—Creí que habías dicho que no volveríamos a encontrarnos...

Ella agitó las manos.

—Eso da igual. Me equivoqué. Ahora escucha, ordena que evacuen la ciudad de Anillo. ¡Tienes que hacerlo! ¡Es vital! Salvarás un sinfín de vidas. ¡Hazlo ya!

—¿Evacuar la ciudad?

—Sí. Se acerca una gran riada. Llámalo la ira de la Señora, o lo que sea. ¡Pero da la orden!

Él frunció el ceño.

—No puedo ordenar eso...

—¡Tú hazlo! —chilló la bruja.

Ivanr parpadeó, sorprendido, la mujer se había ido. Varios guardias entraron volando en la tienda y miraron furiosos a su alrededor. Y luego, al verlo despierto, cayeron de rodillas.

Ivanr se aclaró la garganta.

—Evacuad la ciudad —graznó con voz ronca.

Los guardias se miraron unos a otros.

—Libertador...

—¡Evacuad la ciudad! —Se apretó el pecho—. Es... está condenada. Vacíadla ya.

Con los ojos muy abiertos por el miedo y el asombro supersticioso, los guardias retrocedieron. Después se inclinaron con actitud reverente.

—¡Sí, libertador! —Y huyeron.

Ivanr volvió a recostarse en su cama. Se masajeó el pecho. ¡Dioses, cómo dolía dar órdenes!

La hermana Gosh se irguió donde se había refugiado de las ráfagas de viento gélido junto a las ciclópeas piedras que anclaban un inmenso tramo de cadena cuyos eslabones eran tan gruesos como su muslo. La enorme cadena se extendía a través de una ancha brecha de agua entre las puntas de dos acantilados, los extremos de un risco de roca que rodeaba un pozo profundo que se suponía que no tenía fondo. El Anillo. Una malla de metal colgaba de la cadena, una barrera para cualquier cosa más grande que un pez.

La maga estudió el metal carcomido y oxidado de la cadena, se sacó una petaca de plata de entre los chales y echó una serie de tragos largos y reposados, después la sacudió, la encontró vacía, se encogió de hombros y la tiró. Colocó las dos manos en el último eslabón, bajó la cabeza hacia él y se concentró. Unos jirones de humo se desprendieron del hierro y un fulgor rojo brotó bajo sus manos.

—Ya solo quedamos tú y yo, hermana Gosh —dijo alguien tras ella.

La mujer suspiró, se dio la vuelta y vio al hermano Totsin, el viento le agitaba el cabello canoso y los harapos del chaleco raído, la camisa y los pantalones.

—Me imaginé que aparecerías.

—La Señora está conmigo, Gosh. Te sugiero que te unas tú también.

La hermana Gosh volvió a suspirar.

—La Señora te está utilizando, idiota. Y, en cualquier caso, está acabada.

—No si tú fracasas aquí.

—No fracasaré.

Totsin frunció el ceño, decepcionado, como si estuviera tratando con una niña obstinada.

—No puedes ganar. La Señora me ha concedido acceso absoluto a sus poderes.

—Lo que quiere decir que es tu dueña.

La perilla canosa del hombre se agitó cuando frunció el ceño con gesto irritado.

—Sé una idiota tozuda, si quieres. Nunca me has caído bien.

—Qué alivio.

El hombre se abalanzó sobre ella. Los brazos de ambos se encontraron en una erupción de poder que azotó las piedras bajo sus pies. Las rocas cayeron rodando unas diez brazas a las aguas de color negro azulado del Agujero. La colosal cadena se sacudió y resonó con un ruido metálico hasta vibrar en una línea espumosa que cruzaba la brecha. La carne de las manos de la hermana Gosh se arrugó y agrietó, como si se desecara. La mujer lanzó una queja y presionó todavía más, su rostro se oscureció por el esfuerzo. Una sonrisa satisfecha se coló tras la perilla de Totsin.

Como una explosión, un crujido se disparó por la piedra cincelada que tenían al lado, anclando la cadena. Con un gruñido, Totsin se retorció para levantar a la hermana Gosh y arrojarla por el Agujero. Unos zarcillos negros como cintas rodearon de golpe al mago y tiraron de él; los dos brujos se soltaron, repelidos el uno del otro, con un gran trueno de energía.

Una nueva figura se alzaba sobre el estrecho saliente de piedra, una figura alta, demacrada, vestida toda de negro; su cabello, también negro, era una mata salvaje.

—¡He vuelto! —anunció.

Totsin se dio la vuelta poco a poco y saludó con la cabeza al recién llegado.

—Carfin. Me sorprende verte de nuevo.

—La verdad al fin, Totsin. La verdad al fin.

Un rumor sordo se hinchó a lo lejos, como una tormenta, aunque solo unas nubes altas oscurecían el cielo. La hermana Gosh y Carfin compartieron miradas alarmadas.

Totsin se echó a reír.

—¡Demasiado tarde!

—Todavía no —gruñó la hermana Gosh, y arrojó todo lo que tenía contra él.

El estallido de energías sorprendió a Totsin y lo hizo retroceder un paso. Carfin también lo apuntó con su senda. El poder que la atravesaba reveló mucha más potencia de lo que hasta la hermana Gosh sospechaba de él, parecía que su viaje por su senda le había dado bastante más confianza en sus propias habilidades. Totsin

agitó los brazos bajo las cataratas que lo recorrían y después, con una mueca, se inclinó hacia delante y se metió en ellas. Carfin hizo otro gesto y una cogulla negra se cerró de golpe sobre la cabeza del otro brujo. Este se llevó las manos de golpe a la capucha, la sujetó y la hizo jirones. La hermana Gosh chilló y elaboró una gran espiral de poder que soltó de repente sobre Totsin. Este retrocedió con un estremecimiento, lanzó un grito y tropezó por el borde. La hermana Gosh mantuvo el castigo centrado en el mago hasta que cayó y, si bien no podía estar segura, le pareció que había chocado contra el agua, allí abajo.

—Gracias —le dijo a Carfin con un jadeo.

—No hay de qué.

La maga se volvió hacia la piedra que anclaba la cadena.

—Venga, rápido.

Los dos apretaron el último eslabón con las manos e hicieron fuerza, calentando, buscando los puntos débiles. Gosh observó que el agua había subido mucho por la cadena. El trueno creciente anunciaba que se acercaba algo enorme que surgía del Tajo del Tipejo.

—¿Cómo era? —preguntó la bruja mientras trabajaban.

—¿Cómo era qué?

—Tu senda. La Oscuridad. Rashan.

—No sé —respondió Carfin con la cara muy seria—. Estaba oscuro.

El metal resplandeció con un color amarillo bajo las manos de la hermana Gosh. Unas gotas de metal fundido corrían por los lados.

—¿Quieres decir como esa cueva viscosa en la que vives?

Carfin dio unas palmadas y el metal del eslabón de repente se oscureció hasta adquirir un color negro bajo una capa de escarcha. Estalló en una explosión de fragmentos de metal y la hermana Gosh apartó las manos de golpe. Entre chirridos y crujidos, el inmenso tramo de hierro se fue deslizando por el borde del acantilado hasta desaparecer de la vista con un latigazo. Al otro lado de la brecha, el agua hacía espuma y se acomodaba sobre el tramo a medida que este se hundía.

—No es una cueva —le dijo Carfin a Gosh—. Es un domicilio subterráneo.

El risco de roca sólida sobre el que se hallaban se estremeció entonces, rodó y palpité. Un bulto titánico de agua llegó cruzando la bahía que se creaba allí donde el Tajo del Tipejo se encontraba con el estrecho Flujo. La ola, más bien un muro de agua, fluyó sobre el Agujero y con ella iban rápidos destellos resplandecientes de madreperla y zafiro brillante.

La hermana Gosh y Carfin se sentaron en el borde de piedra. Los brotes de luz se hundieron en las aguas casi negras del Agujero. Parecieron descender durante mucho tiempo. Después, unos estallidos llenaron de espuma la superficie, destellos ligeros de color verdoso que chispeaban en las profundidades. Sobre el Agujero, la superficie

se abultó de una forma alarmante, como por las presiones de una inmensa explosión. Después sisearon, humearon y volvieron a provocar espuma. Una niebla oscureció el pozo del Anillo, suspendida como gruesos pañuelos en el aire.

La tarde fue tornándose en noche. La hermana Gosh observó las panzas de las nubes pintadas de un profundo malva y rosa. Más formas llegaron destellando por las aguas para descender al agujero. A la bruja le pareció ver las conchas de sus armaduras opalescentes en esmeralda y oro. ¿Refuerzos?

Hubiera lo que hubiera allí abajo, tardó mucho tiempo en morir. Las erupciones ampollaron de nuevo la superficie. Las luces parpadeaban como llamas submarinas. Parecía una guerra total en algún lugar incomprensible para la humanidad.

Poco a poco, por etapas, la ferocidad de la lucha de las profundidades pareció disminuir. La noche se oscureció con el crepúsculo. Carfin se entretenía haciendo que unas siluetas de oscuridad bailaran sobre las piedras. Al verlo, la hermana Gosh rezongó con un sonido gutural. Las creaciones se inclinaron ante ella y después se difuminaron en la nada. Carfin suspiró y cambió de posición las ancas flacas.

—¿Y ahora qué?

—Ahora todo bicho viviente será brujo del cerco o acallador del mar.

Carfin arrugó la nariz.

—Dioses. Será horrible. —Se levantó y se sacudió los pantalones—. Me quedaré en mi cueva... es decir, mi domicilio.

—Pues vete con viento fresco.

—Y tú. —El brujo se metió en la oscuridad y desapareció.

Bueno, eso ya es presumir por presumir.

Allí abajo, unas formas raudas pasaban bajo las suelas de sus zapatos raídos y cubiertos de barro y salían a la bahía. Muchas menos de las que habían entrado, eso era seguro. Así que se había terminado, al menos allí. ¿Y en otras partes? ¿A los jinetes les había ido tan bien contra sus otros objetivos? ¿Quién sabía? Estaba rendida. Tan cansada que se preguntó si habría un bote por alguna parte en aquella puñetera isla.

Suth y Corbin siguieron a Keri por los túneles. Intentaron no alejarse porque la mujer mostraba una tendencia alarmante a arrojar sus municiones moranthianas cada vez que le placía y a la menor señal de peligro.

—¿Te envió el viejo para ayudarnos? —le preguntó Suth, casi abrazado a su espalda.

Ella le lanzó una mirada irritada por encima del hombro.

—¿Qué viejo?

—Da igual. ¿Así que te enviaron para encontrarnos? ¿Tú sola?

La chica se detuvo en la penumbra de un túnel y se volvió hacia él, con una

munición de metralla explosiva, un fullero, en el puño.

—Escucha, dalhonesio. Sola estoy mejor, ¿estamos? Así puedo arrojar esto sin tener que preocuparme por vuestros patéticos culos, ¿estamos?

Suth levantó las manos en un gesto de rendición.

—¡Sí, estamos! Lo que tú digas.

—Pues eso, coño ya.

Corbin levantó la lámpara.

—¿A qué viene el parón?

—Aquí, el bolas dormidas este —murmuró Keri. Corbin y Suth intercambiaron miradas de consuelo—. Por aquí —ordenó Keri, y echó a andar.

Suth esperaba que la Guardia de la Tormenta les saltara encima en cada esquina. Lo había conmocionado la despiadada eficacia de aquellos hombres. Eran oponentes feroces. De toda la partida que se había separado, solo él y Corbin continuaban en pie. Los dos pelotones habían sufrido estragos y, con franqueza, Suth dudaba que alguno de ellos sobreviviera para volver a ver la luz del día.

Keri los condujo por varias secciones de túneles medio derrumbados, escenarios de enfrentamientos en los que los muertos yacían donde habían caído, tanto guardias de la tormenta como malazanos. Suth reconoció el cuerpo del sargento Dospies, casi descuartizado. Un leve fulgor amarillento más adelante indicó una fuente de luz y Keri se detuvo. Dio unos pequeños golpecitos, una especie de señal. La respuesta fue diferente, pero al parecer correcta porque la chica se irguió y les hizo señas para que continuaran.

Entraron en una cámara protegida que contenía todo lo que quedaba del equipo: el puño Rillish, que había sufrido numerosos cortes, el adjunto Kyle, la capitán Peles, cuya armadura estaba llena de brechas y tenía el yelmo dentado, el sacerdote achaparrado, el sargento Tela, Wess y unos cuantos hombres del pelotón de Dospies.

Tela apretó el hombro de Suth.

—¿Los otros?

—Demasiado heridos.

El sacerdote, Ipshank, que estaba sentado, se irguió.

—Manask...

—Estaba herido, inconsciente la última vez que lo vimos.

El puño Rillish se adelantó.

—¿Y el anciano, Gheven?

—Se fue por una senda para traer ayuda.

Ipshank gruñó al oír eso.

—Bien. Pero no podemos contar con ello. Debemos continuar adelante.

El puño Rillish se volvió hacia el hombre.

—¿Por qué? Dígame por qué. Nos superan en número. No veo razón para perder

a nadie más.

Ipshank asintió, comprensivo.

—Y sin embargo debemos hacerlo.

—¿Por qué?

El sacerdote miró a Kyle, que los observaba con los brazos cruzados, la empuñadura y el pomo de la espada que llevaba en el costado refulgían bajo la luz tenue.

—Porque creo que Melena Gris va a utilizar su espada, adjunto. Y cuando lo haga, debemos estar preparados para terminar lo que él ha empezado, o todo será en vano.

Quizá de forma inconsciente, la mano del joven adjunto se posó en su espada y se cerró con fuerza. Sacudió la cabeza en una especie de triste burla de sí mismo, como si se riera de un chiste que solo él conocía y a su propia costa.

—Lo entiendo, Ipshank. Iré yo. No hace falta que me acompañe nadie.

—Yo iré, por supuesto.

—Y yo —añadió el puño.

—Y yo —dijo la capitán Peles.

—Vamos todos —contestó con voz profunda Tela, y con una seña los animó a salir.

Avanzaron sin oposición alguna por varias secciones de los túneles. El adjunto y el puño iban en cabeza, seguidos por la capitán Peles y el sacerdote, después los soldados regulares, incluyendo a Suth, Corbin y Wess. El sargento Tela cerraba la marcha. A Suth le extrañaba esa falta de oposición, pero oyó al puño opinando que se habían retirado a proteger su objetivo. Ipshank era el que los guiaba, eligiendo esquinas, qué cámaras saltarse y en cuáles entrar.

Terminaron llegando a un ensanchamiento de la excavación que terminaba en roca sólida. Unas altas puertas dobles que se erigían en el acantilado desnudo lucían el sigilo de la Señora, la explosión blanca. Tras mirar a su alrededor, con cautela por si les tendían una emboscada, el adjunto se acercó, probó las puertas y las encontró cerradas y con el cerrojo pasado. Sacó su espada. En la penumbra relucía como un rayo puro de sol. Golpeó con las dos manos justo en el medio, donde las puertas se encontraban, y las atravesó con un tintineo de metal. Le dio una patada a una de las hojas, que se abrió con un movimiento pesado y se estrelló contra la piedra. Se adelantaron en tropel.

Era un templo dedicado a la Señora. Una larga sala con columnas daba paso a una cámara más ancha. La luz del día entraba a raudales de las alturas a través de unos portales tallados en la roca. Los aguardaban unos veinte guardias de la tormenta. Tras ellos, dos sacerdotes flanqueaban la figura diminuta de una niña pequeña que sostenía

frente a ella un cofre de madera oscura que refulgía con una tracería plateada.

—Retroceded, herejes —exclamó uno de los sacerdotes barbudos— u os destruirá la ira sagrada de la Señora.

Se dispersaron, el adjunto y el puño Rillish ocuparon el centro de la fila. El adjunto se adelantó lentamente. No se molestó en responder. Un sacerdote dio un golpe con el bastón en las losas pulidas de piedra, los korelrianos se dispersaron y desenvainaron las espadas. Una llama de un leve tono verde azulado, un aura que a Suth le resultaba muy conocida, surgió alrededor de los dos sacerdotes. Tocaron con los bastones a los guardias de la tormenta que tenían delante y las llamas se extendieron de un hombre a otro por toda la fila.

—Mierda —rezongó el sacerdote Ipshank a la derecha de Suth. Después gritó—: ¡Ahora no harán caso de las heridas!

Suth ya lo sabía por experiencias previas. Los sacerdotes aullaron una especie de invocación a la Señora y apuntaron con los bastones. Las llamas saltaron por la cámara y golpearon al adjunto y a Ipshank, que se estremecieron, retrocedieron un paso con un gruñido de dolor y alzaron los brazos para protegerse la cara, pero ninguno cayó.

Los korelrianos cargaron contra ellos.

Suth luchó con espada y escudo. Los guardias de la tormenta atacaron primero con lanzas.

Keri levantó un fullero, pero el puño le chilló que parara. Con una maldición, la sabotadora se echó la bolsa a la espalda y sacó dos cuchillos largos. El adjunto dio un salto adelante y blandió su arma. Su filo golpeó a un guardia de la tormenta, pero lo desviaron entre una lluvia de chispas y chisporroteos de energía.

—¿Quién te protege? —le chilló un sacerdote al adjunto.

Ipshank cogió una lanza que le arrojaron y resistió con ella, aunque las manos le humeaban. El hedor a carne quemada flotó sobre Suth. Los soldados del pelotón de Dospies cayeron. Keri cubrió la brecha desviando los golpes. A Suth casi lo alcanzó una estocada cuando echó un vistazo, temiendo por ella. Una punta de lanza rozó la cara femenina, luego la alcanzó otra en el muslo y la chica cayó. Tela dio varios tajos a dos guardias de la tormenta, pero estos se negaban a morir y, sorprendido por un momento, al sargento le atravesaron el estómago. Wess y Corbin cubrieron la brecha, pero estaban a punto de que los arrollaran. Y entonces una figura enorme entró dando saltos en la sala y se unió a ellos: Manask, con la armadura colgándole en jirones del corpachón. Había encontrado en alguna parte una alabarda que blandió y con la que decapitó a un guardia de la tormenta. El cuerpo sin cabeza se tambaleó y se derrumbó.

El guardia de la tormenta que se enfrentaba a Ipshank liberó su lanza y se la clavó al sacerdote en el costado. Ipshank cayó de rodillas. El puño Rillish se metió en el

hueco y el arco de llamas de color verde azulado cambió para envolverlo. El puño chilló envuelto en humo y se retorció de dolor. La capitán Peles dejó escapar un aullido y empezó a lanzar tajos a su alrededor con una rabia ciega.

Y entonces la tierra se movió. Tiró a todo el mundo al suelo, corcoveando y palpitando. Un gran chillido de roca dolorida atravesó la cámara. Cayeron escombros sobre ellos. Una piedra golpeó a Suth y lo derribó. El polvo y la piedra pulverizada llenaron la cámara, dibujando torbellinos entre los amplios haces de sol. Progresivamente, las vibraciones y los temblores se fueron suavizando hasta detenerse y todo quedó en silencio salvo la roca que se asentaba y el estrépito lejano de las olas.

Las últimas rocas trapalearon a lo lejos y Suth fue recuperando el sentido. Se quitó el polvo de la cara y el yelmo. La punzada de dolor agudo que tenía en el hombro no era nada comparada con el peso aplastante del bloque de piedra que le atrapaba el pie embutido en la sandalia. Empujó con las dos manos y consiguió liberarlo de un tirón de la pequeña brecha que impedía que el pedrusco se lo aplastara del todo. A su alrededor, entre los remolinos de polvo, los hombres y las mujeres gemían y empezaban a levantarse. El sol iluminaba el polvo y Suth parpadeó, intentando encontrarle sentido a lo que veía.

Parecía que el gigantesco temblor había provocado un corrimiento de tierras, o una falla, y el muro posterior de la cámara se había partido junto con una porción de la roca en la que se había tallado. Las ráfagas de viento atravesaban la cámara y azotaban el polvo, y Suth veía a vista de pájaro el amplio mar Puño y sus curvados límites montañosos. De pie en ese nuevo acantilado quedaba un sacerdote, la sangre que le caía de un costado relucía a través de las túnicas rasgadas, una mano posada en la niña, que todavía apretaba el cofre contra sí, los ojos muy abiertos. Quedaban también cuatro guardias de la tormenta que permanecían delante del sacerdote y la niña con las espadas en la mano.

Sobre ellos avanzaba Kyle, el yelmo desaparecido, el cabello negro una maraña de polvo y sangre húmeda. Suth encontró su espada entre las rocas rotas y se levantó para seguirlo. También salieron tambaleándose de entre los escombros el puño Rillish y la capitán Peles.

Antes de que Kyle pudiera enfrentarse a uno de los guardias de la tormenta que esperaba, el sacerdote hizo un gesto y una lanza de fuego azul verdoso salió disparada y lo golpeó en el pecho. El adjunto se tambaleó hacia atrás con un gruñido de dolor, pero no cayó.

—¿Quién te protege? —bramó de nuevo el sacerdote, colérico, con espuma en la boca—. ¡Es de la tierra! ¡Lo noto! ¿Quién se atreve?

Kyle dejó caer los brazos a los lados y se quedó mirando, conmocionado.

—¿La tierra...? —repitió, había un matiz de asombro en su voz.

En ese momento cargó la Guardia de la Tormenta. Suth recibió a uno con una estrategia dilatoria desesperada, dio paso, cedió terreno, esperando sin esperanza alguna que uno de sus compañeros acabara con su propio oponente y fuera en su ayuda. Junto a él, el puño Rillish luchaba con sus dos espadas, agotado, deteniendo solo los golpes, apenas capaz de levantar las puntas de las finas armas. La capitán Peles peleaba con tozudez, la única que había conservado un escudo, detrás del que se encogía y se negaba a ceder terreno.

Kyle se recuperó, derribó al guardia de la tormenta con unos tajos y avanzó sobre el sacerdote. Al ver la muerte que iba a por él, el sacerdote aulló de furia y estiró de golpe las dos manos con un estallido que levantó una nube de polvo, cegó a todo el mundo y derribó más rocas que sacudieron el inseguro saliente de la propia cueva. Suth parpadeó, se pasó un brazo por los ojos y tosió. El guardia de la tormenta juzgó la distancia con oído experto a partir de esa mera tos y lanzó una estocada que le hizo un corte a Suth en el pecho. El koreliano levantó la espada para asestar el golpe de gracia, pero en su lugar se abalanzó a un lado y cayó. Era el sacerdote, Ipshank. El hombre sujetó con sus anchas manos de luchador la cabeza embutida en el yelmo del guardia de la tormenta y la giró sin contemplaciones con un chasquido seco. El crujido de los cartílagos y las vértebras al partirse hizo estremecerse a Suth. Después ayudó a Ipshank a levantarse.

Tras el guardia de la tormenta, los azotes del viento despejaron el polvo y revelaron al adjunto en el suelo y al sacerdote de la Señora regocijado, riéndose, la niña todavía a su lado, paralizada de horror, paralizada de miedo. La sonrisa triunfante se desvaneció, sin embargo, cuando una nueva figura entró de un salto por un lado y se acercó rodando hasta el sacerdote: Faro. Antes de que el sacerdote pudiera reaccionar, la garra lo cosió a cuchilladas. Con un jadeo de incredulidad, el hombre se quedó mirando, inmóvil, hasta que Faro lo tiró por el borde de una patada. Después, la garra se volvió, bajó la cabeza, miró a la niña y levantó las hojas relucientes de sangre.

—¡No! —chilló el puño Rillish y se precipitó junto al guardia de la tormenta. El koreliano le hizo un corte en la espalda cuando pasó. El puño apartó a la niña de Faro de un tirón.

Suth se enfrentó al guardia de la tormenta, con Ipshank, cojeando, justo detrás.

—¡No toquéis el cofre! —chilló el sacerdote.

Faro se encogió de hombros y avanzó con aire perezoso sobre el guardia de la tormenta al que se enfrentaba Suth; el koreliano se volvió para dejar a los dos enfrente de él. Todo ese tiempo, la capitán Peles había estado intercambiando resonantes golpes con el único otro koreliano que continuaba en pie. Parecían haber hecho un pacto para ver quién podía aguantar más.

Cambiando de posición, jadeando, el pie dormido y casi inútil, Suth intentó hacer que el guardia de la tormenta le diera la espalda a Faro.

—¡Rillish! —chilló Ipshank entonces, junto a él.

Suth lanzó una mirada rápida al borde del acantilado. El puño, con las manos en los hombros de la niña, se iba inclinando poco a poco como si estuviera borracho. Se le quedaron los ojos en blanco y se tambaleó hacia atrás, las manos se le deslizaron de los hombros de la niña. Desapareció por el borde.

—¡No! —aulló Peles y machacó a su oponente koreliano con una tormenta borrosa de golpes que literalmente lo aplastaron en el suelo, después, la capitán se abalanzó hacia el borde. Ipshank también echó a correr.

—Ríndete —jadeó Suth, sin aliento, dirigiéndose al último guardia de la tormenta.

El elegido lanzó un bufido dentro de su yelmo.

—No seas idiota.

—El idiota eres tú —respondió Suth y le hizo un gesto a Faro.

El koreliano lanzó una mirada rápida a Faro, y en ese mismo momento la garra realizó un movimiento fugaz con una mano. El elegido se estremeció, los brazos le saltaron como los de una marioneta, se derrumbó de rodillas y cayó de lado. El mango de un cuchillo arrojado le sobresalía por la estrecha celada del yelmo.

Suth se acercó cojeando al borde del acantilado. Allí encontró a la capitán Peles, el yelmo tirado en el suelo, el cabello blanco convertido en una maraña apelmazada y sudorosa, jadeando, aspirando bocanadas angustiadas de aire. Sobre el abismo abierto, con los brazos estirados, sostenía a la niña por la camisa. El cofre yacía a un lado.

—No lo haga —decía Ipshank en voz baja y serena—. No ceda. No lo haga. Jamás se lo perdonará.

Las lágrimas corrían por el rostro sucio y sudoroso de la mujer. Enseñaba los dientes en una mueca salvaje.

Nadie se atrevía a moverse. Allí abajo, en el fondo, las olas machacaban la orilla con sus crestas blancas, insistentes. Las rocas caían rodando y resonaban por el acantilado recién expuesto.

—No se rinda —dijo Ipshank; no suplicaba ni ordenaba, era una simple afirmación.

La mujer aspiró tres grandes bocanadas estremecidas de aire, parecía a punto de echarse a llorar, después arrojó a la niña a Ipshank y se alejó con paso furioso, tapándose la cara con las manos.

El sacerdote abrazó a la niña.

—Levanta a todo el mundo —le dijo a Suth.

El chorro de una bota de agua despertó a Kyle, que gimió y se removió. Lo que

fuera que se suponía que lo había estado protegiendo parecía haberlo aislado de la explosión, la única herida que tenía era la brecha que le partía el cuero cabelludo. Manask había escapado a la muerte una vez más en virtud de su extraordinaria armadura que, incluso hecha jirones, lo había protegido de una inmensa piedra con bordes afilados que lo tenía atrapado contra el suelo. Suth y Kyle consiguieron retirar la piedra y lo levantaron. Del tipo llovió roca pulverizada como si fuera harina. Despabilaron a Tela y después Kyle se puso a vendarle la herida. A Wess lo encontraron enterrado bajo grandes bloques, pero vivo. Corbin yacía de lado, inmóvil, cubierto de polvo de roca. Suth encontró a Keri inconsciente por la pérdida de sangre. Se puso a trabajar para vendarle la pierna.

Faro se limitó a limpiar sus filos. La capitán Peles se sentó a un lado con la cabeza hundida entre las manos. Ipshank los llamó desde el borde del acantilado, donde se había sentado con la niña en los brazos, dormida o inconsciente.

—Mirad el mar...

Tras terminar con la herida de Keri, Suth se acercó al borde. Una especie de alteración recorría como una línea la superficie del cuerpo interior de agua hasta donde él alcanzaba a ver. Y se estaba acercando a la base de los acantilados a una velocidad sobrenatural.

—Manask —lo llamó Ipshank. Señaló el cofre con un pie—. Quiero esto en pleno mar, a tanta distancia como sea posible... ¡pero no lo toques!

Manask tamborileó las yemas de los dedos entre sí como si se hubiera sumido en sus pensamientos.

—Sabes... podríamos conseguir una fortuna...

—¡Manask!

El otro alzó las manos a modo de rendición.

—¡Solo era una idea!

Ipshank señaló.

—El mar.

—Sí, sí. Si no queda más remedio. ¡Nada más simple! —respondió el gigante, aunque mucho menos gigantesco porque le faltaba la gran mata de cabello espeso, que revelaba la cabeza calva. Y había perdido o apartado a patadas las botas altas. Las capas de la armadura le colgaban en pliegues sueltos y rasgados.

El hombretón eligió una de las lanzas korelrianas. Metió el extremo romo por un asa del cofre y después lo estiró con cuidado tras él, de lado. Todo el mundo se alejó.

Con un papirotazo salvaje, arrojó la lanza como una especie de palo de lanzamiento y tiró el cofre muy lejos del acantilado. Suth siguió la caída. El cofre era tan pequeño y las distancias tan grandes que no lo vio chocar contra la superficie.

Casi de inmediato, sin embargo, surgió una espuma entre las olas. Destelló un fulgor, azulado e intenso, que cortó el aire como si golpeará algo. Unas formas

brillantes atravesaron las olas y se acercaron desde todos lados. Dentro de ese trozo, el agua espumeaba como si hirviera.

Kyle se acercó al borde junto a Ipshank y permaneció allí, observando, con las manos en el cinturón. El achaparrado sacerdote miró al joven con expresión preocupada.

—No sabemos con seguridad... —empezó a decir, pero el nativo de las llanuras sacudió la cabeza y se volvió. Al alejarse, Suth lo vio limpiarse la cara.

Manask le dio un codazo a Ipshank.

—¿Se acabó la tontería esta? La misión de toda una vida cumplida, ¿no?

—Esperemos —dijo el sacerdote entre dientes.

Al fondo de la cueva, detrás de todos, la capitán Peles lanzó un grito.

—¡Atención!

Suth se volvió sobre el pie herido e hizo una mueca. Estaban entrando en fila, uno tras otro, moranthianos negros, hasta que tuvieron a unos veinte delante. Suth hubiera lanzado un gemido bien audible si no se le hubiera caído el alma a los pies. La capitán Peles se enfrentó a ellos con la espada lista. Kyle se reunió con ella y Wess se acercó tambaleándose.

—Podría utilizar mis habilidades sobrenaturales para escabullirme, pero permaneceré a tu lado —le dijo Manask a Ipshank.

—Qué consuelo.

Suth echó un vistazo a su alrededor en busca de Faro y descubrió que la garra no compartía el sentido del compañerismo del gigante. Sacó su espada y cojeó hasta colocarse junto a Wess.

Entonces un viejo se deslizó entre las filas de moranthianos: el anciano drenn, Gheven.

—Siento que hayamos llegado tan tarde, nos retrasaron los túneles derrumbados.

Suth se quedó mirando al hombre sin entender nada.

—Usted... ¿trajo a los moranthianos? ¿Para ayudar?

Uno de los negros se inclinó.

—Soy el comandante Borun. Hemos firmado un contrato con nuestros primos azules para prestar ayuda. Me disculpo por nuestra tardanza.

Kyle bajó la espada.

—¿Están con los azules?

—Sí. Nuestras obligaciones con el jefe supremo terminaron de forma... poco satisfactoria.

A Suth no se le ocurría nada que decir; intercambió una mirada insegura con Wess, que apenas parecía capaz de tenerse en pie, una brecha le recorría el costado entero y la sangre le iba empapando la pierna.

—Ocúpense de los heridos —le dijo el comandante a sus tropas, y los soldados se

repartieron por toda la cueva.

Suth llevó a Gheven con Ipshank.

El anciano se asomó al acantilado, donde las luces destellaban como una erupción submarina bajo las aguas del mar Puño.

—No me atrevía a esperar nada bueno —dijo sin aliento.

—Confiemos en que lo hayan conseguido también en otros sitios.

—Me temo que no —dijo el anciano en voz baja.

Arrodillado junto a la niña inconsciente, Ipshank se puso rígido.

—¿A qué se refiere?

—Quiero decir que todavía la percibo. No la han destruido por completo.

—¿Dónde?

—La torre, creo. Si tuviera que adivinar.

Ipshank asintió con un gruñido.

—Cientos de korelrianos protegen ese lugar. Demasiados. —Se alzó y se pasó una mano por la testa afeitada—. No puedo pedirle más a nadie de aquí.

Gheven se apresuró a asentir.

—Sí. Lo entiendo. Solo podemos aguardar.

—Sí. —Ipshank alzó a la niña en brazos con una mueca de dolor por sus propias heridas—. Salgamos de aquí. —Luego se dirigió al otro lado de la cámara—. Deberíamos irnos, adjunto. Recoja a los otros.

Kyle hizo una seña de asentimiento al comandante moranthiano, que después les transmitió a sus tropas la señal manual malazana de «nos vamos».

Suth observó mientras los moranthianos fabricaban una camilla con lanzas korelrianas y un manto y ponían a Keri en ella. Dos cogieron a Corbin. Otro levantó a Tela; Manask desechó con un ademán numerosos ofrecimientos de ayuda. Salieron en fila detrás de Gheven. Suth se dio cuenta de que Kyle permanecía asomado al acantilado durante algún tiempo, en una vigilia larga y solitaria, y que fue el último en retirarse.

Shell salió de la senda D'riss de Penas a un yermo plano y embarrado compuesto por canales perezosos y montículos de arena barrida. Miró a su alrededor, enmudecida, al igual que el resto de la Guardia Carmesí.

—¿Es este el sitio? —le preguntó a Penas, que había sido el primero en salir.

El hombre estaba mirando, todavía perplejo.

—Es aquí. No lo entiendo... ¡espera! La ola. Aquí debe de haber habido también una ola inmensa. El agua ha barrido la marisma.

A lo lejos, un débil zarcillo de humo blanco trepaba por el cielo crepuscular. Se dirigieron trabajosamente hacia ese indicio. Lazar llevaba a Corlo. Jemain ayudaba a Barras a avanzar dando trapiés, el pecho ya vendado. Dedos los seguía, tosiendo,

inclinándose de un lado a otro para apretarse de forma alterna los orificios de la nariz y soplar.

Entre las arenas húmedas encontraron un campamento inhóspito que consistía en Orzu y unos cuantos de sus numerosos hijos. El anciano se levantó con la pipa en la boca para saludarlos.

—Sabía que vendrías —dijo con una sonrisa mientras les tendía los brazos.

Penas dio unas palmadas al hombre en la espalda, después lo alejó un poco y frunció el ceño.

—La chica...

—Ena —dijo Shell.

—¡Ah! Está bien. Aquí fuera hace demasiado frío para ella y el bebé.

—¿Bebé? —repitió Shell.

El anciano esbozó una gran sonrisa con los dientes podridos y manchados.

—Sí, una nena. Shell, se llama. Un buen nombre siendo el pueblo del mar, ¿a que sí?

Shell asintió, algo aturdida.

—¿Todavía tenéis botes? —preguntó Penas.

El hombre meneó la cabeza.

—Bueno... unos pocos.

Penas desechó el asunto con un ademán.

—No te preocupes. Ya no nos hacen falta. Nos arreglaremos como podamos. Solo paramos para avisaros... —Se le fue apagando la voz cuando Dedos, a un lado, se dio la vuelta de repente y levantó una mano para pedir silencio.

Shell miró también. *Algo...*

Penas escudriñó el sur y entrecerró los ojos.

—¿Qué pasa? —preguntó Orzu tras sacarse la pipa de la boca.

Shell los notaba ya: *Guardia Carmesí, pero no. Los expulsados. Los que siguieron a Despellejador en su jugada para tomar el poder de la Guardia Carmesí, exiliados por K'azz.* La mirada de la mujer se posó en Barras. *Y él también está aquí.*

Barras se abrazó y se irguió poco a poco. La conciencia de algo bañó sus ojos.

—¡Está aquí! ¡Ese cabrón está aquí!

Orzu cerró los labios de golpe, su mirada se fue posando en cada uno, calculadora.

—¿Qué hay al sur de aquí? —preguntó Penas con la voz tensa.

Orzu se encogió de hombros, desconcertado.

—Bueno, no hay nada. Nada en absoluto. Solo isla Resto. Pero allí no hay nadie.

—¿Nada? ¿En la isla?

Orzu frunció los labios.

—Bueno... está el... —Se detuvo de golpe.

Penas se volvió para mirar al hombre cara a cara.

—Habla, viejo.

Orzu estudió la pipa y empezó a darle vueltas en las manos.

—Confiad en mí, forasteros. No queréis ir allí.

Barras dio un paso hacia Orzu, pero Penas levantó una mano y lo detuvo.

—Necesitamos saberlo. Dínoslo.

Los hijos de Orzu también se habían levantado y habían posado las manos en los cuchillos que llevaban en los cinturones y en los bastones. El anciano les hizo un gesto para que se sentaran.

—Una torre, extranjero, el santuario de la Guardia de la Tormenta, oculta en el fondo, tras la muralla. Pero no podéis ir allí. Son demasiados.

—Yo voy —dijo Barras entre dientes con voz ronca.

—No, no vas —respondió Penas.

El otro se tragó una objeción y abrió mucho los ojos, conmocionado.

—¿Qué?

Penas alzó una mano.

—Lo siento, no estás en condiciones.

Lazar posó a Corlo con suavidad junto al fuego.

—Vamos a necesitar a todo el mundo —dijo.

—Penas —interpuso Shell en voz muy baja—, tú, Dedos y yo ya no tenemos ningún tipo de restricción.

El bajo napaniano echó la cabeza hacia atrás y miró al cielo. Shell extendió una mano, unas cuantas gotas gruesas cayeron de las nubes cada vez más oscuras. Penas tiró los bastones que llevaba en el cinturón y señaló a los jóvenes del pueblo del mar.

—Dadme esos cuchillos.

Los dos miraron a Orzu, que les hizo un gesto para que obedecieran. Los chicos le entregaron las gruesas hojas curvas. Penas los sopesó para comprobar el peso y el equilibrio y después se los metió en el cinturón. Jemain le dio a Barras una espada que había sacado de la torre de Hielo.

—Lazar, Barras y yo lucharemos juntos. —Penas miró a Shell—. Tú y Dedos iréis entrando y saliendo de la senda para cubrirnos. Yo os pasaré a todos.

Barras se volvió hacia Jemain, que había ido con Corlo.

—Si no vuelvo... bueno, Corlo y tú podréis regresar desde aquí.

Jemain asintió.

—Sí. Y... gracias, capitán.

Barras tragó saliva y apartó la vista.

Shell captó la atención del anciano.

—Despídeme de Ena y del bebé.

Orzu se obligó a esbozar algo parecido a una sonrisa alentadora y se inclinó.

—Que os vaya bien.

—Acercaos —ordenó Penas.

Salieron a una playa rocosa que parecía haber sufrido una marea muy alta o el paso de una gran ola: algas recién arrancadas envolvían los peñascos y las manchas oscuras de agua subían hasta la base de una sencilla torre ancha que se erigía en el mismo centro de la pequeña isla.

Shell alzó su senda, la de Serc, la senda de Aire y Tormenta, y empezó a entrar y salir con un parpadeo para cubrir a Penas, Barras y Lazar, que iban trepando con cautela la pendiente. La bruja sabía que, en otra parte, oculto, Dedos estaba haciendo lo mismo.

Veía la escena en dos marcos diferentes. En uno, los tres hombres trepaban la anodina barrera de toscos peñascos, mientras que en otro persistían las reveladoras marcas y cicatrices que hablaban de enormes energías utilizadas y de un daño horrendo provocado y sufrido. Había cuerpos entre las rocas, jinetes de la tormenta asesinados sobre los que ella pasaba sin más. Su armadura parecía una mezcla de su hielo escamado con hechicerías encima de materiales más mundanos, como conchas, cobre forjado en frío y pieles exóticas. Eran rubios, con el cabello pálido. Los rasgos característicos que vio entre los cadáveres le recordaban a los tiste andii.

Llegaron los tres a la cima y Penas la llamó. Shell salió de su senda justo al lado de su compañero. Este le señaló algo. Había guardias de la tormenta korelrianos muertos y apilados ante la única puerta de acceso a la torre, y que en ese momento vieron que la había reventado una explosión.

—¿Alguien? —preguntó Penas, señalando la torre con la barbilla.

La bruja la estudió desde su senda.

—No. No queda nadie vivo dentro.

Apareció Dedos, que les hizo una reveladora señal. *Nos han visto.*

Se acercaron al muro de la torre y la rodearon. Allí, ladera abajo, junto a una entrada abierta con hechicería que llevaba a una senda grisácea agitada (¿Caos?), los expulsados. Shell reconoció a la maga dalhonesia Mara, con su montaña de rizos, y a Shijel, que prefería dos espadas y siempre se había creído capaz de rivalizar con Penas. Otros se metieron por el portal y desaparecieron ante sus ojos.

En último lugar, con su larga armadura negra resplandeciente que parecía una cota de malla, Despellejador, sosteniendo un cofre con adornos plateados.

Barras abandonó el refugio a la carga y bajó la ladera saltando a grandes zancadas de peñasco en peñasco como una especie de felino depredador.

—¡Despellejadorrrr! —rugió por el camino.

—¡Barras! —chilló Penas y luego—: ¡Mierda! —Y salió corriendo tras él. Todos los siguieron, bajando precipitadamente por las escarpadas rocas.

El yelmo de Despellejador se giró de golpe y después se echó hacia atrás cuando lanzó una carcajada.

—¡Barras! ¿Eres tú? ¡Tienes la misma pinta que la mierda del Embozado!

Mara y Shijel hicieron una pausa, pero Despellejador les indicó que entraran y desaparecieron. Él dio un paso atrás, justo al borde del destellante portal, mientras Barras se acercaba. El yelmo se ladeó, el hombre estaba calculando el momento preciso.

—Así que los perdiste a todos, ¿eh, Barras? —exclamó—. Siempre fuiste la muerte para tu gente... —Y, con una carcajada, retrocedió y desapareció justo cuando Barras se abalanzaba sobre él.

La entrada se esfumó con una ráfaga de aire. Barras yació retorciéndose al borde del agua, gruñendo, golpeando las piedras. Los otros se reunieron allí con él, con las armas en la mano. A Shell el corazón se le había disparado en el pecho. *¡Despellejador!* Desde su senda, el aura del hombre le había parecido incluso más fuerte que la última vez. En cuanto al cofre... la imagen, apenas vislumbrada a toda prisa, de la asombrosa potencia que llevaba en el interior seguía dejándole luces brillantes en los ojos.

—¿Qué puñetera senda era esa? —gruñó Barras desde el suelo.

—La del dios Tullido —dijo Shell—. Despellejador se ha unido a su suerte. Los lectores de la baraja de los Dragones afirman que el dios Caído lo ha hecho rey de su nueva Casa, la Casa de Cadenas.

Barras se levantó de un tirón y se abrazó el pecho; la angustia le crispaba la cara.

—Así que es su chico de los recados.

—¿Y lo del cofre? —preguntó Lazar.

—Un fragmento de la entidad que se hace pasar por la Señora —dijo Shell.

—¿Un fragmento? —repitió Penas, alarmado—. ¿Como en el otro nombre del dios Tullido... el dios Fragmentado?

Dedos se sentó con gesto pesado en un peñasco.

—¡Mierda!

Shell se quedó mirando las aguas oscuras del pequeño lago que rodeaba la isla hasta la capa casi negra de nubes que oscurecía el cielo nocturno, pero sin ver nada de ello. *Toda esa fuerza acumulada por el dios Tullido, ¡añadida a él!* ¿Qué han permitido aquí? ¿Qué otras catástrofes podrían terminar a sus pies? Sacudió la cabeza en un rechazo mudo.

Lazar se aclaró la garganta.

—Deberíamos irnos.

Penas parpadeó y se zafó de sus pensamientos.

—Sí. Vamos a buscar a Corlo y a Jemain.

—Hay que contarle esto a K'azz —dijo Shell.

Pero Barras negó con un ademán.

—No es nuestra lucha. Nosotros solo queremos a Despellejador.

—K'azz decidirá —dijo Penas, dando por terminado el asunto, y les indicó a todos que se acercaran.

Momentos después, la isla quedó vacía salvo por los cientos de cadáveres, en silencio salvo por las olas confusas que cubrían las rocas. Después, los milanos y los cuervos se reunieron revoloteando por el cielo mientras un ejército de cangrejos blancos llegó revolviendo y trepando a tientas entre las rocas.

Epílogo



Suth estaba echado en su hamaca, disfrutando del lujo de tres días consecutivos de inactividad relativa, aparte de reparar su equipo y el habitual supuesto trabajo de limpiar el navío. Estaba a bordo del Velenth, un barco mercante rooliano requisado para el transporte. La fuerza expedicionaria malazana reunida regresaba a Quon Tali, y el mando todavía tenía que asignarle un nuevo destino a Tela, a Keri, a Wess y a él. Allí tirado, un brazo sobre los ojos, intentaba dormir mientras la gran flota se abría camino poco a poco por el estrecho de Aguanegra.

Ya casi lo había conseguido cuando oyó el tono profundo de la voz del sargento Tela.

—Se requiere tu presencia arriba. —Y el tipo le tiró de la pierna.

Suth cambió de postura para poder mirar a su sargento: el hombre volvía a estar en pie después de que los pocos sanadores que tenían al fin pudieran acceder a sus sendas.

—¿Qué? No más puñetero fregoteo, por favor.

Pero el sargento tenía un aspecto más serio de lo que lo había tenido en días.

—La maga suprema está aquí. Tiene algunas preguntas para ti.

Suth se quedó quieto, presa del nerviosismo instintivo que siente todo soldado cuando los peces gordos se interesan por ti.

—¿Sobre qué?

—No puedo hablar.

—¿Lo interrogó a usted?

—Sí.

—¿Y?

El hombre negó con la cabeza.

—No creas que soy lo bastante estúpido como para hacer el gilipollas con la investigación de una maga suprema. Y ahora, vamos.

Suth se puso las botas y, encorvado en el estrecho alojamiento, se abrió camino entre el laberinto de hamacas hasta la escalera. Arriba seguía haciendo frío, pero el aire no tenía el matiz despiadado de antes. Era el viento lo que lo hacía temblar a uno. La poblada capa de nubes seguía siendo densa, pero empezaban a aparecer claros que

se iban ensanchando a medida que avanzaban hacia el sur. Tela acompañó a Suth hasta donde la maga suprema esperaba junto al costado del barco. Con ella estaba la figura inconfundible de la alta y ancha capitán Peles, sin armadura, con su jubón largo acolchado y los pantalones de cuero.

Las dos estaban a plena vista, puesto que todos los soldados que atestaban aquel navío demasiado pequeño mantenían una respetuosa distancia, al igual que todos los marineros que pasaban de un lado a otro para manejar el barco. Suth estaba tenso; todo el mundo hablaba de los logros de la maga suprema: había acabado ella sola con las defensas de la costa durante el desembarco, y había salvado a la flota de la titánica ola marina. Parecía que el Imperio por fin había encontrado una vez más una maga digna del título.

Suth hizo un saludo militar a las dos mujeres.

—Maga suprema. Capitán.

—Descansa —dijo la maga suprema. Lo invitó a colocarse a su lado, junto al costado del barco, y se giró para mirar al agua—. El único sitio privado en cualquier barco lleno de gente —le dijo con un guiño.

—Sí, señora.

—Bien, en primer lugar, relájate, esta no es una investigación oficial... no se está haciendo ningún esfuerzo por echar culpas ni censurar a nadie. ¿Queda claro?

Por alguna razón, el comentario no consiguió tranquilizarlo.

—Sí, señora.

—Yo solo quiero una imagen más nítida de lo ocurrido en Thol. Es comprensible, ¿no?

—Sí, señora.

La mujer dejó escapar un suspiro largo y exasperado. Se apartó de la cara los rizos parduscos y desgredados que comenzaban a encanecer.

—Relájate, marine. Es una orden.

—Sí, señora.

Una mirada dura de un solo ojo de la mujer.

—Bien, he interrogado a tu compañera de pelotón, Keri; se está recuperando bastante bien, por cierto...

—Me alegro de oírlo, señora.

—¿Y, que tú recuerdes, nadie tocó ese cofre después de que la niña lo dejara caer?

—Nadie, señora. Ipshank insistió mucho.

—¿Ni siquiera Manask cuando lo arrojó al mar interior?

—No, señora. Utilizó una lanza.

—Entiendo. ¿Y estás seguro de que lo viste caer al mar?

—Sí, señora. Bastante seguro. Lo vi cuando lo arrojaban y lo vi salir volando, y después el mar se llenó de espuma como la sopa al hervir. ¿Por qué?, ¿la percibe?

La maga suprema decidió no ofenderse por la pregunta y sacudió la cabeza.

—No. Es solo que Manask... el hombre es célebre por...

—Ipshank estaba vigilando.

La maga se volvió para darle la espalda al costado del barco y asintió.

—Sí, bueno, gracias a los dioses. Parece ser el único que puede ejercer algún control sobre ese hombre... Y por último, Kyle, el adjunto. ¿Le oíste decir algo antes de que se fuese?

Suth recordó la confusión y la agitación del regreso a la ciudad aterrada por la riada. Wess y él retornaron a la guarnición, él nunca volvió a ver al adjunto. Pero antes de separarse, sí que lo había oído hablar con Ipshank.

—Creo que dijo algo sobre regresar a casa.

—Entiendo. Gracias, soldado. Bueno, tú acompañaste al puño Rillish en varias misiones, ¿no es así?

—Sí, señora.

—Bien, antes de que te marches, y ya le he dicho esto aquí a la capitán Peles... Pero yo fui la última en ver a Melena Gris y solo quiero que sepas que habló bien del puño antes de irse. Puesto que serviste a sus órdenes, quería que lo supieras.

—Gracias, maga suprema.

—Eso es todo.

Suth saludó y regresó con Tela.

El resto de la tarde se pasó volviendo a ordenar el almacén. Durante todo ese tiempo, la maga suprema y la capitán Peles tuvieron el costado del barco para ellas solas. Y permanecieron allí hasta bien entrada la noche.

Abajo en la bodega, mientras Wess dormía, como siempre, Tela y Suth observaban la multitud reunida alrededor de un cuadrado de madera en el que habían grabado un círculo y donde unas cucarachas que habían soltado de un cuenco en el centro salían disparadas hacia los bordes. La multitud de soldados lanzaba inmensos ruidos con cada carrera, pero se pasaban la mayor parte del tiempo intentando recuperar a las fugitivas.

Tela descruzó los brazos, hizo una mueca y relajó los hombros.

—Seguro que te ascienden a sargento.

—No es que me interese demasiado.

Tela dejó escapar un bufido de irritación.

—¿Es que no has aprendido nada todavía, hombre? Al ejército le da igual lo que tú pienses. Lo que tú piensas no importa. Cogerás lo que te den, aunque sea un perro muerto y dirás, ¡sí, señor, gracias, señor!

Suth no pudo evitar que una sonrisa triste le levantara los labios.

—¡Sí, señor, gracias, señor! —dijo.

Tela aprobó el gesto con un gruñido.

—Eso es. Ya empiezas a aprender.

La monstruosa ola que invadió los muelles de la ciudad de Anillo había aplastado los barcos en sus amarres, demolido los embarcaderos y continuado hasta inundar las manzanas del puerto. El peor daño fue la pérdida de incontables almas que arrastró al mar cuando se retiró llevándose todo con ella. Sin embargo, solo unos días más tarde, el primer bote se atrevió a acercarse a Anillo otra vez. Encontraron la gran cadena marina destrozada y sumergida. Con mucho cuidado, avanzaron remando con su pequeño barco pesquero y pasaron por encima del propio Agujero, los primeros en hacerlo desde que alguien se preocupara de dejar constancia.

Allí el agua era tan transparente, tan tranquila, que era como si flotaran a cientos de metros sobre la nada. Ernen, que era el dueño del barco, guiñó los ojos y observó las paredes de roca que los rodeaban.

—¿Dónde está su torre, su alojamiento? —les preguntó a los tres jóvenes estibadores que habían aceptado acompañarlo—. ¿Veis algo?

—No.

Había sido idea del viejo Ernen.

—Esos guardias de la tormenta se fueron, ¿no? —había argumentado—. Seguro que se largaron a Korel. Así que deben de haber dejado equipo allí, ¿no? Todas esas incrustaciones de plata. Todas esas magníficas espadas, armaduras y demás. Un sustancioso botín que solo espera al primero que se atreva...

Así que se escabulleron de noche, cruzaron y entraron. Al llegar, Ernen les indicó con gestos un lado y les señaló la oscuridad. Los jóvenes se miraron unos a otros, horrorizados bajo el fulgor tenue del farol cubierto que llevaban.

Uno manoseó su remo y después dejó escapar un chillido aterrado, se apartó con estremecimiento y el movimiento los hizo saltar a todos.

—¡Jinetes!

—¡Silencio! —ordenó Ernen, sentado muy quieto, a la escucha. Se quedaron todos inmóviles, esforzándose por escuchar. Pero solo regresó el murmullo de las olas, ecos huecos en la oscuridad. Ernen le dio una colleja al chaval—. ¡Aquí no hay jinetes, hombre!

—Ahí abajo hay algo —susurró con voz ronca el muchacho.

Ernen resopló, estiró el cuello y se asomó. Se quedó mirando con los ojos guiñados, después los abrió mucho y dejó escapar un remo para hacer la señal de la bendición. Los muchachos se reunieron con él.

Allí abajo, a una distancia imposible de calcular, sumida en las profundidades negras del Agujero, resplandecía una figura. La claridad antinatural del agua permitía distinguir detalles extraordinarios. Un tipo gigantesco, con armadura y yelmo completo, que sostenía sobre el pecho y con la punta hacia abajo una gran espada

gris.

Ernen sabía que yacía a una distancia imposible, muy abajo, pero era como si pudiera estirar el brazo y tocarlo.

—¿Quién, qué, es? —dijo sin aliento uno de los chicos.

—Un guardián —dijo otro—. ¡Debe de ser un guardián listo por si volviera la Señora!

—Es solo un cuerpo... —empezó a decir Ernen, pero los jóvenes no le hicieron caso, todos hablando muy emocionados sobre lo gran guerrero que debió de ser, así que el anciano desechó el tema con un ademán y cogió los remos.

—¿Adónde vas? —preguntó uno.

—Al acantilado. Tiene que haber un muelle en alguna parte...

Los muchachos estaban horrorizados.

—¡No puedes! ¡Lo molestarás!

Ernen se los quedó mirando.

—¿Qué? ¿Molestar a quién?

—¡Al guardián!

—¡Es un cuerpo! ¡Hundido en el fondo del Agujero!

Los chicos le quitaron los remos de las manos.

—No vamos a molestarlo. Nadie debería entrar aquí.

Ernen miró el cielo nocturno.

—Oh, por el amor de todos los puñeteros dioses extranjeros...

—No faltes al respeto —le advirtió otro de ellos con gesto estirado.

Ernen murmuró algo, se recostó contra la proa puntiaguda y se cruzó de brazos. *¡Puñeteros beatos, serán idiotas! Un mes antes me habrían denunciado por maldecir a la Señora y ahora están todos contra ella. Sacudió la cabeza. Maldita juventud... tan seguros de todo. ¡Eran capaces de tirar a todo dios por un acantilado!*

En su tribunal de la Corte Suprema del Recién Reino Soberano de Rool, el examinador supremo Bakune escuchaba al abogado de la defensa detallando las complejidades del retorcido linaje que gobernaba las conflictivas reclamaciones familiares sobre el condado de la provincia de Homdo. Parpadeó para obligarse a abrir más los ojos y apoyó la barbilla en las manos. Miró por una ventana, donde la capa primaveral de nubes que empezaba a diluirse le permitía vislumbrar trozos de cielo azul.

Suspiró.

Unas tropas roolianas del barón, convertido en general, Karien'el alcanzaron al antiguo lord alcalde de Banith cerca de la frontera con Mare. En un lado del camino oriental de mercaderes encontraron su gran carruaje abandonado y vacío. En la pista

embarrada, no mucho más allá, en una lúgubre posada, se toparon con el hombre, encorvado junto al fuego, su magnífico manto de pieles lleno de suciedad y despojado de las cadenas de plata que eran el símbolo de su cargo.

El sargento del destacamento arrastró hasta allí una silla, le dio la vuelta y se sentó a la misma mesa que su hombre. El antiguo lord alcalde ni siquiera levantó los ojos de las llamas que estudiaba en el hogar hecho con adoquines y argamasa.

El sargento se aclaró la garganta.

—Así que... ¿dónde está todo?

El hombre pareció despejarse un poco, se frotó el rastrojo de barba que tenía en las mejillas chupadas, parpadeó con los ojos inyectados en sangre y levantó la jarra que tenía delante, solo para fruncir el ceño y asomarse al interior.

—¡Tabernero! —exclamó—. ¡Otra!

El sargento le quitó de un tirón la jarra de la mano y la posó de golpe en la mesa.

—¿Dónde está?

El antiguo lord alcalde Estiel Gorlings parpadeó y miró al sargento.

—¿Dónde está qué?

—¡El contenido entero del tesoro de Banith, maldito traidor!

El labio inferior del hombre empezó a temblar. Le brotaron lágrimas de los ojos. Se limpió la cara con un trapo arrugado.

—Desapareció —gimió—. ¡No está!

El sargento hizo una mueca.

—Haga el favor de calmarse, hombre. ¿Qué quiere decir con que no está? No se lo habrá gastado todo ya, ¿verdad?

—¡No! —Estiel se inclinó hacia delante y bajó la voz—. Lo robaron. ¡Me lo quitaron!

—¿Robado?

—¡Sí! Salió de un salto y nos cayó encima, en el bosque...

—¿Salió? ¿Uno solo? ¿Usted, con todos sus guardias?

—¡Sí!

El sargento se cruzó de brazos y miró al hombre como si lo decepcionara.

—Va a tener que hacerlo un poco mejor.

El que fuera lord alcalde estiró una mano con gesto suplicante.

—¡De verdad! Venció a los guardias, cogió el cofre y se metió andando en el bosque... —Se le fue apagando la voz y se sumió en un silencio asombrado, como si no pudiera creer todavía lo que había visto.

El sargento lanzó un bufido de desdén.

—Un solo hombre no podría vencer a todos sus guardias y luego largarse al monte con uno de esos enormes cofres, ¡están hechos de hierro!

—¡Pues le digo que él sí! —Furioso, Estiel intentó levantarse, pero solo consiguió

derrumbarse otra vez en la silla, a punto de echarse a llorar—. Los guardias cogieron lo que quedaba y me abandonaron, ¡esos cabrones desagradecidos! Y aquí estoy. Plantado. Sin un penique.

—Ya no está tan plantado. —El sargento hizo un gesto para que sus hombres se adelantaran. Dos sujetaron los hombros de densa piel del manto y levantaron al tipo—. Averiguaremos dónde enterró todos esos dineros. ¡No se engañe!

Mientras lo arrastraban, el tipejo no dejaba de despotricar contra el sargento.

—¡No! ¡Se lo estoy diciendo! El que robó el cofre fue él. ¡Él es el ladrón! ¡Yo no! Y era un tipo imponente. ¡Un gigante!

En medio de una ladera alfombrada de hierba, bajo la reluciente cordillera de Yermo Helado cubierta de nieve, Ivanr dejó de caminar. Se frotó con gesto perezoso el pecho y se volvió hacia la reata de seguidores que lo acompañaban detrás, los últimos que se habían aferrado a él y que no se podía quitar de encima. Se ocupaban de los dos carros que contenían a sus mártires sagradas: la sacerdotisa y la Reina Negra.

—Aquí —le dijo a la chica que tenía más cerca.

—¿Aquí? —repitió ella, insegura, mirando a su alrededor—. ¡Pero aquí no hay nada!

—Erigiremos un edificio modesto... un monasterio, supongo, que es lo que tendrá que ser.

—¿Vivirías aquí, tan lejos de la capital? Por favor, regresa con nosotros, libertador. Debes gobernar.

Ivanr rezongó algo en lo más hondo de la garganta. *¿No habían acabado ya con eso?*

—No. Todo el mundo debería conocer sus limitaciones. Yo no soy gobernante. Soy un simple... jardinero.

—¡Construiremos el monasterio más poderoso del mundo! ¡Eclipsará incluso a Banith!

Ivanr agitó las manos.

—¡No! No... solo un edificio pequeño. Con un jardín.

—Y terrenos de adiestramiento para practicar con las armas. —Y la chica levantó el bastón que todavía llevaba.

Ivanr sintió que se le hundían los hombros, pero hizo un esfuerzo y esbozó una sonrisa alentadora.

—Bueno, piensa en ello más como una especie de meditación...

Kiska despertó echada en una playa de arena. Parpadeó y se quedó mirando un cielo nocturno vacío. Totalmente vacío. Ni encapotado ni oculto por las nubes, sino despejado y abierto, pero negro como boca de lobo. Un cielo nocturno desprovisto

por completo de estrellas.

Qué raro. ¿Estaba en Kurald Galain, la senda de la Noche Ancestral?

Se incorporó. Su bastón yacía cerca, en la arena. Y qué arena más rara... también era negra, pero más fina que cualquier otra arena que hubiera tocado. Se levantó. Las olas rompían con suavidad contra la orilla de color carbón. Kiska se quedó mirando, asombrada: un mar de luz blanca. Brillo líquido que rielaba y lamía la orilla, no muy diferente de cualquier otro mar. Se extendía hasta un extraño horizonte que parecía continuar hasta un límite vertiginoso.

Me he vuelto loca.

En un lado, un cabo de roca se extendía hacia el mar de luz. Por suerte lucía un tono gris verdoso que contrastaba con el negro absoluto y el blanco que reinaba alrededor. Una figura se acercaba procedente de ese cabo, los brazos extendidos, una sonrisa bajo el bigote: Leoman.

Kiska se puso las manos en las caderas.

—Por el reino del Embozado, ¿se puede saber dónde estamos?

El hombre se encogió de hombros en un gesto enloquecedoramente despreocupado.

—En ese reino no, te lo aseguro.

—Entonces ¿dónde?

El otro levantó los brazos y dibujó un círculo completo.

—Bienvenida a lo que yo llamo... las Orillas de la Creación.

Algo le dijo a Kiska que ese hombre podría tener razón.

—¿Y qué vamos a hacer aquí? ¿Cómo salimos?

Leoman levantó un dedo.

—¡Ah! Le iba a preguntar a un tipo... pero me está costando bastante captar su atención. —Y señaló al cielo.

Kiska se quedó mirando con los ojos guiñados.

—¿A quién?

Entonces hubo un movimiento, algo enorme que se movía con pesadez arriba. Un gigante. Y no un toblakai o un thelomenio. Un ser titánico del tamaño de una montaña que abarcaba la costa. Kiska sabía que si estuviera junto a su pie, ni siquiera sería capaz de ver por encima de un dedo. Y el hombre, o la criatura, estaba haciendo algo: movía o transportaba un enorme peñasco del tamaño de una fortaleza...

Kiska se encontró sentada una vez más en las arenas.

Leoman estaba sentado junto a ella. Asintió.

—Sí. Eso lo hice yo también.

Kiska hundió la cabeza en las manos. ¡Dioses! ¡Estaba perdida! ¡Perdida por completo! ¡Su misión de salvar a Tayschrenn, un fracaso! ¿Acaso la reina de los Sueños no había previsto aquello? ¿Por qué la había enviado? ¡Estaba... dioses... se

había quedado allí varada!

Para su gran horror sintió que las lágrimas le quemaban los ojos y se las limpió, furiosa. A su lado, Leoman suspiró de placer, se tumbó y dobló los brazos bajo la cabeza.

Kiska lo miró, furiosa, y estalló.

—¿Qué es lo que te complace tanto?

El hombre aspiró una profunda y tranquilizadora bocanada de aire.

—Kiska, he hecho muchos enemigos en el curso de mi vida...

—De eso estoy segura —murmuró ella.

—... y temí que nunca me libraría de todos ellos. Sin embargo —señaló a su alrededor—, ¡aquí estoy! Por fin capaz de dormir con absoluta tranquilidad. ¡Libre por completo de miedo! ¡Qué bendición! —Y cerró los ojos.

Kiska se lo quedó mirando sin poder creérselo. Ya sabía que había algo peor. No era que estuviese allí varada. Era que no estaba sola. Estaba con él. Ese cacho de carne inútil, vago y sin motivación alguna.

Se levantó de un tirón.

—Bueno, pues yo no me conformo con no hacer nada aquí. Pienso encontrar una salida.

Su compañero hizo un ruido evasivo sin abrir los ojos.

Kiska se alejó con paso furioso. *¡Inepto de mierda! ¿Por qué tengo que hacerlo yo todo?*

Tras ella, echado en la arena, una sonrisa se coló en los labios de Leoman.

El sacerdote de Sombra, Warran, se encontraba solo en una modesta ladera observando al ejército liosan, magullado pero victorioso, que regresaba tambaleándose a su campamento. Vio a su líder, la feroz mujer tiste liosan, otra hija del ascendente Osserc, que regresaba cojeando y sosteniendo a su hermano L'oric, cuya nariz, boca y pechera estaban manchadas de sangre.

Ahí están. Bueno, ¡al menos una cosa solucionada!

Estiró la mano y apareció un pequeño bastón de paseo. Se apoyó en él. Su expresión era de contemplación satisfecha.

—¿Todavía no has terminado aquí? —le preguntó alguien a su lado.

Warran miró el cielo vacío y después miró a un lado. Era un hombre delgado con pantalones y una camisa suelta oscura, le colgaba del cuello una cuerda que sostenía con ambas manos.

—Pues resulta que sí, ya he terminado.

—Gracias sean dadas a los ancestrales, ya has desperdiciado atención suficiente.

—La pérdida progresiva de Emurlahn no puede pasarse por alto. —Levantó un dedo—. A mí nadie me roba. Ni siquiera un pez.

El otro frunció las cejas finas, abrió la boca para hacer un comentario y después se lo replanteó.

—Bueno, esto nunca fue una amenaza.

—Estás demasiado seguro de ti mismo.

—Mi seguridad nos ha traído adonde estamos.

—¡Al igual que mi cautela y paranoia!

Ambos se miraron furiosos hasta que la mirada entrecerrada de Warran se deslizó a un lado.

—Al menos eso creo... —dijo.

El otro empezó a desvanecerse.

—Estamos demasiado ocupados para esto...

Warran exhaló un suspiro cansado y empezó a hacerse transparente, como si se deshiciera en jirones de sombra.

—Pero estaba disfrutando viendo desenmarañarse la espiral, el paisaje desolado, los liosan agitándose de forma inútil...

En unos momentos habían desaparecido los dos.

Kyle se sentó sobre la carga apilada en el centro del mercante katakano que había contratado. La isla del Vigía Oriental pasó como una joroba dentada y oscura por el sur. El sol lo calentaba; un alivio que agradecía tras los meses de invierno glacial, sobrenaturalmente intenso. Se protegió los ojos con la mano y volvió la vista al cuerno de Kevil, la punta meridional de Puño.

Si no volvía jamás no lo echaría de menos. Estaba harto de esas tierras y sus inútiles guerras intestinas. Un desperdicio, eso era... un triste desperdicio. Volvería a casa, si podía encontrarla. No estaba demasiado seguro de dónde estaba. Al este de Genabackis, creía. Habían pasado años y, ¿qué era lo que le quedaba después de tantas molestias? Un arma que atraía más atención de la deseada, nuevas cicatrices y recuerdos dolorosos.

Quizá buscara a sus viejos amigos de la Guardia: Acecho y sus primos, Malas Tierras y Fochas. A ver qué estaban tramando. Lo que fuera menos quedarse allí, en esas tierras.

Se habían llevado a su amigo. *¡Que duermas bien, Melena Gris! Hiciste lo apropiado al no contarme nada ni llevarme contigo. Me habría quedado hasta el final... claro que, se me ocurren muertes peores que caer al lado de un amigo. Algo, me parece a mí, que estos korelrianos entienden.*

Se llevó la mano al cuello y sacó un cordón de cuero raído y un ámbar pequeño que frotó entre el pulgar y el índice. Las palabras de ese último sacerdote de Puño regresaron a su cabeza: *¿Quién te protege? ¡Es de la tierra!*

¿Podría ser verdad? ¿Otro viejo amigo caído que continuaba con él? El ámbar se

lo había dado Ereko, un gigante como los toblakai y los tarthenos; de hecho, había afirmado que pertenecía a la raza de los ancestros de estos. Y había afirmado que la propia tierra era su madre. Quizá continuaba con él en algo más que sus recuerdos...

Soltó la piedra y se palpó con cuidado los estragos del cráneo. No tenía forma de saberlo, pero le gustaría pensar que era así. En cualquier caso, ya se había librado de todos ellos: libre de esos korelrianos, de la Guardia y, sobre todo, se había librado de esos malditos malazanos. Se iría a casa, donde solo había llanuras, animales y caza. Sería un placer regresar a esa vida honesta y sin complicaciones.

Se había hartado de guerra, muerte y los grandes poderes que machacaban a la gente para buscar provecho y ventajas, lo ponía enfermo. No sentía más que desdén por todo ello y se sentía casi ingrátido una vez que se había librado de sus garras.

Sí, buscaría a sus amigos, Acecho y sus primos. Ellos procedían de las tierras que había al norte de sus llanuras natales. Una tierra de montañas y bosques. Una tierra que los ancianos de su clan llamaban... Assail.

La tripulación de un barco pesquero, que desafiaba las ricas aguas al sur de la isla de Malaz, se quedó asombrada cuando algo pesado tiró de la caña de uno de los hombres. Un tripulante que estaba en un costado juró que había visto algo brillante destellar bajo el barco, pero cuando no ocurrió nada más, regresaron a la pesca. Tenían miedo, pero ya no era la época de los jinetes, así que tiraron con cuidado y vieron el cuerpo de un hombre enredado en la tripa. Lo auparon al bote y se quedaron todavía más asombrados cuando, de repente, el hombre aspiró una bocanada de aire estremecida y se aferró a ellos.

—Llebadme a Unta —jadeó.

Talia estaba barriendo el patio de la basura dejada por las tormentas de viento de primavera. El pequeño Halgin corría de un lado a otro del patio derrotando hordas enteras con su espada de madera bajo los ojos vigilantes de la niñera. Talia estaba preocupada: esperaban varios potrillos nuevos y se preguntaba si tenían espacio. Y la cosecha del año anterior... no lo que habían esperado. Sería todo un reto salir adelante. Siguió barriendo durante un rato mientras se planteaba las opciones: vender unos cuantos caballos, quizá, aunque eso era algo que jamás habría imaginado menos de un año antes.

Son muchas cosas las que no me habría imaginado hace menos de un año.

Entonces le extrañó el silencio. Alzó los ojos. El pequeño Halgin estaba muy quieto, mirando el camino por donde llegaba un anciano que avanzaba cojeando y con cuidado, ayudado por un largo bastón.

Dentro, los gemelos se echaron a llorar con chillidos que reclamaban su toma.

Pero ella también se quedó mirando, observando. Algo. Había algo conocido en

los hombros, la cabeza...

Halgin tiró su palo y subió corriendo el camino. Talia dio un paso para seguirlo, pero se detuvo. Halgin chillaba algo, una palabra que no podía oír por el zumbido que tenía en los oídos. Y entonces tenía a la niñera allí, sosteniéndola, y los gemelos estaban llorando. Talia se irguió y se obligó a respirar pausadamente. Envió a la niñera adentro para calmar a los gemelos.

Camino abajo, el hombre había tirado su bastón, Halgin se le había echado a los brazos y el hombre lo llevaba caminando con más brío. Talia quiso arreglarse el pelo, pero en su lugar se limpió la cara. Y entonces lo tuvo allí, delante de ella, y ella creyó que iba a estallar. *Oh, dioses... mis plegarias. ¡Habéis respondido a mis plegarias!*

—Mira, mamá —dijo Halgin con una sonrisa entusiasmada.

Su mamá asintió, muy seria.

—Sí, Halgin. Ya lo veo. —Le cogió la cara entre las manos... *¡tan arrugada y delgada! Dioses, lo habéis atormentado. ¡Tiene la barba mucho más gris!* Apretó sus manos entre las suyas—. Rillish Jal Keth. Estás en casa.

—Sí, Talia —dijo él, la voz tomada por la emoción—. Estoy por fin en casa.

Glosario



Adjunto: en la jerarquía imperial malazana, oficial elegido para sustituir y representar a cualquier puño supremo u oficial de rango suficiente

Agayla: bruja de la isla de Malaz

Ascendente: título atribuido a cualquier individuo con suficiente poder. Solo puede otorgarse, nunca ser reclamado

Coraza janzeriana: tipo de armadura repujada

El Caído: otro nombre para la entidad a la que se conoce con varios nombres, como el dios Fragmentado y el dios Tullido

Jayashul: «La que Trae el Amanecer». Hija del ascendente Osserc

L'oric: mago e hijo del ascendente Osserc

La Estrella de Unta: buque insignia del almirante Nok

La Guardia Carmesí: compañía de mercenarios famosa por haber hecho un juramento de oposición eterna al Imperio de Malaz

La Guardia de la Tormenta: orden religiosa militar que venera a la diosa conocida como Nuestra Señora la Santísima Salvadora, y dedicada a la defensa de Korel y todas las tierras de su subcontinente

La muralla de las Tormentas: serie discontinua de fortificaciones levantadas en la costa norte de Korel para defenderla de unas criaturas marinas, los jinetes de la tormenta, decididos a barrer la tierra entera

La reina de los Sueños: ascendiente, también conocida como la Encantadora

La sacerdotisa / Pesar: conversa letherii al culto de Dessembræ

Los elegidos: otro nombre para la Guardia de la Tormenta, utilizado sobre todo en la región de Korel

Los jinetes de la tormenta: raza marina aparentemente hostil a la vida terrestre, en estos momentos contenida dentro de un cuerpo de agua conocido de diversas maneras, como el océano de las Tormentas o el estrecho de las Tormentas. Denominados a veces solo como jinetes

Nuestra Señora la Santísima Salvadora: diosa venerada en Korel y sus regiones como su única y verdadera defensora y guardiana. También llamada Nuestra Señora o la Señora

Puño imperial: título del Imperio de Malaz que designa a un comandante, militar o administrativo

Puño: otro nombre para la isla situada al este del archipiélago de Korel. También se aplica en ocasiones a la región entera

Tiste liosan: «Hijos de Luz», pueblo de la senda de Luz, un reino conocido para algunos como Kurald Liosan o Kurald Thyrlan



IAN CAMERON ESSLEMONT creció en Winnipeg, en Manitoba. Estudió arqueología y escritura creativa. Viajó y trabajó durante años en Asia y actualmente reside en Alaska.

El imaginario de Malaz surgió de las mentes de Steven Erikson y de Ian Cameron Esslemont. Idearon ese mundo, en un principio, para que fuera el escenario de un juego de rol. En 1991, Erikson plasmó la primera historia de Malaz en un guión, pero no cuajó. En 1999 publica el primer libro de una larga serie, *Los jardines de la Luna*.

No fue hasta 2004 cuando llegó la primera novela de Esslemont relacionada con este mismo universo malazano. Se trata de *La noche de los cuchillos*. Tras esta llegó *Return of the Crimson Guard*, en 2008, *Stonewielder*, en 2010 y *Orb, Sceptre, Throne*, en 2012. Esslemont tiene pensado publicar otras tres obras más sobre Malaz.